OBRAS ESCOJIDAS DE STA TERESA DE JESÚS

MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

SANTA TERESA DE JESUS

BIBLIOTECA SALVATELLA—SECCION RELIGIOSA

SANTA TERESA DE JESÚS

COLECCION

DE LAS PRINCIPALES OBRAS DE LA INSIGNE FUNDADORA
DE LA REFORMA DE LA
ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

EDICION ILUSTRADA

CON GRAN NÚMERO DE GRABADOS, PRECEDIDA DE UN ARTÍCULO TITULADO

SANTA TERESA EN LA LITERATURA PATRIA

ESCRITO POR

D. ANGEL LASSO DE LA VEGA

CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DE LA SANTA

SEGUNDA EDICION

BARCELONA

ADMINISTRACION: NUEVA DE SAN FRANCISCO, 11 Y 13

SANTA TERESA DE JESÚS

EN LA LITERATURA PÁTRIA

I

No vamos á juzgar las obras místicas de la ilustre monja de Avila: somos profanos para tan difícil estudio. Nuestro propósito es recordar en este garaje toda la grandeza de su espíritu y la extraordinaria lucidez de su inteligencia, reveladas en aquellos escritos con que las mismas la colocan entre los escritores más insignes de nuestra nación, y el influjo que sus hermosos apasionados ejercieron en otros corazones que guardaban, como el suyo, un tesoro de amor á la Divinidad. No es, ciertamente, en concepto de poetisa como puede enaltecerse más la gloria de esta religiosa admirable. Pocas son las obras de este género que se conservan debidas á su numen, y algunas que se le han atribuido, no son de su mano ó que le pertenezcan. Sujetas á un análisis literario, no resistirán mucho, pero brotaron de sus labios con preciosa espontaneidad y con todo el fuego de una pasión divina, expresada en el lenguaje humano. Donde leemos en cumplida estrofa, es en su bella prosa, tan llena de sencillez como de elevados conceptos. La lectura de su Vida conmueve al mismo por la dulcedumbre y suavidad que exhalan, y cautiva en un gran número, por lo bien acentuado que van en ellas su carácter y la hermosura de su alma. Estos rasgos familiares componen la idea que se forma de tan sorprendente mujer, que unía á pretensiones de santa y penitente por único anhelo tender á Dios y á la humana criatura por el camino de perfección, ofreciéndoles todos los consuelos que la doctrina de Cristo da á las miserias mundanas y á los dolores á que está sujeta á su paso por este mundo. Con el amor á Dios todo se conquista; es el instinto de todo sobrenatural, y desgracia ó de aquel que no le siente. Tal es el tema constante de la ilustre carmelita. Por eso le mueve á compasión el rebelde arcángel hundido en los eternos abismos de la desesperación y el llanto, porque es incapaz de amar, y no sabe el inefable goce que proporciona este dulcísimo afecto; por eso, en uno de los instantes de mayor inspiración, teniendo arrobado su espíritu en la contemplación de la Divinidad, exclama:

> ¡Dichoso el corazón enamorado
> Que en solo Dios un puesto el pensamiento!

¡*Santa locura celestial*! He aquí cómo llama la fervorosa religiosa á su amor intensísimo á Dios. Todo pensamiento no puesto en El, la enoja; y nada hay grato y

apetecible en la vida, fuera de Sér tan inmenso. Así exclama en sus tiernos deliquios. A todos los que trata los quiere locos de ese amor; para nada quiere entónces la existencia del mundo, y sólo ansía ser sacada de él en tiempo breve.

Tema pronto agotado parece éste á primera vista; pero ¡con cuántas múltiples formas, con qué expresión tan diversa manifiesta la mujer aladas estas constantes aspiraciones de su espíritu! Difícil es hallar una existencia tan consagrada á Dios como la suya, y más difícil aún quien, sin la enseñanza precisa, sin los estudios necesarios para producir libros ascéticos como los que son la admiracion de todos, aparezca poseedora de esa ciencia, más que humana, divina, con intuicion tan admirable.

«El Espíritu Santo hablaba por ella, y le regia la pluma y la mano,» dice el que es tambien gloria de nuestros libros sagrados, fray Luis de Leon. No le parecia á este sapientísimo nuestro, humano ingenio el que hallaba en los escritos de la Santa avilesa, y admiraba el provecho eficacísimo que el conocimiento de ellos habia de producir facilitando en el ánimo de los lectores el camino de la virtud, y encendiéndoles en el amor de la misma y en el de Dios. Justa es la fama y justo el aplauso unánime que en nuestra nacion y fuera de ella alcanza quien, no por su santidad solamente, sino por sus sagradas producciones y su inteligencia sublime honra las letras patrias y obtiene merecido lugar, tanto al lado de los que como justos son héroes ceñidos de divina aureola, como al de aquellos que por su inspiracion y ciencia son génios á quienes el mundo coloca en alto pedestal en el templo de las glorias mundanas.

Las obras de santa Teresa enseñan la perfeccion moral en un lenguaje que cautiva y atrae, no solo á los que viven la vida contemplativa del espíritu y de la oracion en el silencio del claustro, sino á los que residen en el mundo de las luchas perpétuas y las pasiones, porque sus sanas advertencias á todos son de provecho; porque las bellezas literarias que brotan de su pluma; reflejos de la belleza de su espíritu, á todos son gratas de igual manera. Teresa siente como escribe: expresa sus pensamientos con expontánea llaneza y sin reconvenciones y artificio alguno. Sus escritos corresponden á sus actos, á sus aspiraciones, á la abnegacion de su existencia toda, á esa mision impuesta y llevada á cabo con la perseverancia y ánimo entero y decidido que los propagadores de la doctrina del Divino Maestro, aquellos apóstoles de la fe, que despreciaban los riesgos, hasta alcanzar el martirio.

Aun prescindiendo, en lo que por su saber obtiene el título de insigne doctora, de que un poder sobrehumano guiara su pluma, y una luz emanada de los cielos iluminase su inteligencia, y solo considerada como la mujer extraordinaria que con sus escritos da gloria á una época y á una nacion; ejemplo es de que la condicion del sexo no ha sido obstáculo en nuestra patria para que sea numeroso el catálogo de hombres ilustres, que por sus conocimientos é su inspiracion admirable han legado su nombre á la posteridad. Hasta los tiempos presentes, no se ha considerado como una necesidad en nuestro país el que la mujer reciba una educacion literaria y de que el sexo bello cultive su inteligencia, y, sin embargo, ya desde siglos anteriores vienen ofreciéndonos ilustres hijas de nuestro suelo con el carácter de escritoras de ingenio peregrino, profunda filosofía, erudicion sorprendente y dulce inspiracion poética. No ha sido, pues, inconveniente antes de ahora ni ha desdecido del carácter de la mujer y sus costumbres en nuestra patria, esa ilustracion que en modo alguno puede ser perjudicial, y que ántes bien ha dado gloria y hecho célebre el nombre de aquellas que han demostrado no ser exclusivo patrimonio del hombre la cualidad de escritor. No ha sido el claustro el que

ménos escritoras ha producido. Desde aquella otra sor Teresa de Cartagena, anterior á la época de los Reyes Católicos, y autora de piadosos libros, ¡cuántas más, ya en la ignorada celda, ya en la agitada vida del mundo, han anonimbrado á los que no conocen á la inteligencia femenil toda discrecion y profundidad!

Prolija fuera su enumeracion, así como la de las cualidades especiales que á cada una adornaban. No es posible olvidar el nombre de la dama ilustre de la época de aquellos dignos monarcas, á quien, por sus conocimientos del idioma del Lacio y de los clásicos antiguos, se dio el sobrenombre de la Latina, ni aquellas otras que frecuentaron las aulas de nuestra célebre universidad obteniendo grados académicos, ocupando sus cátedras y dando al mundo el admirable ejemplo, no ofrecido antes en nacion alguna, de la aptitud femenil para no sólo adquirir la ciencia, sino para explicarla y difundirla. Despues de aquella Luisa Sigea, inspirada por la musa latina, aparece la monja de Avila, la admirable escritora mística, que es objeto de nuestro estudio, y siguen á esta notabilísimas autoras de producciones tanto sagradas como profanas. Los géneros poético, novelístico y dramático tienen en ellas los más dignos representantes. No dejaron de salir del retiro del claustro nuevas obras inspiradas por el espíritu religioso más ferviente, y aun se da el caso de que una poetisa mejicana, á quien cubria el velo de las esposas de Cristo, revistiendo de á su musa de atavios profanos, le ofreciese en los públicos certámenes, donde fué recibida con aplausos merecidos. Recordando los nombres de otras autoras no consagradas exclusivamente al género religioso, sólo haremos ligera mencion de la que tambien adquirió lauros en la escena, D.ª Ana Caro, nacida en las márgenes del Bétis; de aquella dama de inspiracion feliz, D.ª Cristobalina Fernandez de Alarcon, y de la de novelesca existencia, cursante de las aulas salmantinas con hábito y vereda, D.ª Feliciana Enriquez de Guzman. No sólo estas pudieran citarse, que anteriores y posteriores tiempos demostraban cómo no es incompatible la instruccion, el ingenio y el estudio con el carácter de su sexo. Con el ejemplo al de santa Teresa, cuentan las letras patrias á la célebre y sabia autora del libro titulado *Mística ciudad de Dios*, cuyo nombre conventual fué el de sor María de Jesús, y aquellas discípulas de la doctora de Avila, sor Gregoria Francisca y sor María de San José, poetisas ambas y gloria de la religion del Carmelo por sus virtudes. La docta religiosa sevillana, sor Valentina Pinedo, viene á aumentar dignamente el catálogo de estas sabias mujeres consagradas á Dios en el claustro.

II

Despues del estudio tan detenido y profundo llevado á cabo por el docto coleccionador de las obras de santa Teresa, que forman parte de la excelente *Biblioteca de Autores Españoles*, D. Vicente de la Fuente, sobre las excelencias de la misma, nada queda que decir que satisfaga por completo á los apasionados de tan ilustre escritora. Solo hemos de circunscribirnos á las inspiraciones poéticas de la misma, aunque ofrezcan tan estrechos límites al exámen de la crítica, como tan amplios á la admiracion de su espíritu cantoroso y de su amor divino. Difícil es deslindar entre las poesías que se le atribuyen aquellas que pueden ó no pertenecerle. El prolijo estudio que de ellas ha hecho el expresado colector, da por resultado un número no pequeño de las mismas, inéditas hasta la publicacion de las obras por él ordenadas para la citada *Biblioteca*.

Repetidas veces se ha publicado en diversos periódicos una composicion de este género, ya popularizada, que pertenece al número sagrado de la poesía carmelitana. ¿Quién no conoce y aun copia de memoria aquellos admirables versos suyos, en que, con expresion tan vehemente, suspira por la vida eterna?

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Hé aquí resumido el pensamiento exclusivo y dominante en un alma tan para impaciencia por abandonar la cárcel del cuerpo, en donde se juzga prisionera. No hemos de trasladar tan bella poesía á este paraje. Su celebridad hace inoportuna su reproduccion: hállase en la memoria de todos los que, admiradores de su ciencia y de sus virtudes, conocen las excelentes obras que produjeron su piedad y esa misma ciencia que infusa puede llamarse.

El estilo toma cierto carácter en épocas determinadas. Llega á dominar á todos los que escriben con la poderosa influencia que le prestan el uso y hasta la moda, deidad que se impone despóticamente. A aquel llamado conceptuoso, ya comenzaba á ser del gusto de los tiempos de santa Teresa, y había de tomar tales proporciones, que hasta los más preclaros ingenios llegaron á adoptarlo, aun prescindiendo de ese instintivo sentimiento estético y elevado, que deslinda lo que es bello realmente de lo que no lo es. Era un resabio de época que en el siglo XVII tomó alarmantes proporciones, y hasta el más inspirado de nuestros dramáticos en el mismo, el insigne Calderon, se ofrece de él dominado, sin que por eso deje de ostentar maravillosamente su ingenio. Teresa era poetisa conceptuosa. No aspiraba á que se la tuviera por cultivadora de las Musas; *la ocurrencia sacar de pronto coplas muy sentidas, no hechas de su entendimiento*, y algunos de sus versos pertenecen á ese género llano por demás á que se da el nombre de villancicos. A pesar de su forma vulgar y ser los de la Santa composiciones familiares, puesto que fueron hechas para ser cantadas por sus hermanas de religion en el interior del monasterio, rebosan ese piadoso sentimiento de amor sublime á la Divinidad. Con este nombre de *villancico* existe una poesía de la monja abulense, de las que no puede dudarse sean suyas, que encierra conceptos expresados con elevacion. Es la siguiente:

¡Oh hermosura que excedeis
A todas las hermosuras!
Sin herir dolor haceis,
Y sin dolor deshaceis
El amor de las criaturas.
¡Oh dudo que así juntais
Dos cosas tan desiguales,
No sé por qué os desunais,
Pues sabeis fuerzas dais
A tener por bien los males!
Quien no viene á amar juntais
Con el Sér que no se acaba;
Sin acabar, acabais;
Sin tener que amar, amais;
Engrandeceis vuestra nada.

En todas las poesías de santa Teresa se admira su intensísimo amor á Dios, expresado con sentimiento y ternura; en todas su dulce resignacion á la voluntad del cielo: su vehementísimo afan de probar, con los mayores sacrificios, su fe en la divina Omnipotencia. Así, no es mucho que exclame

Dadme muerte; dadme vida;
Dad salud ó enfermedad;
Honra ó deshonra me dad;
Dadme guerra ó paz cumplida;
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Que á todo diré que sí.
¿Qué quereis hacer de mí?

Poco puede la crítica literaria al pretender juzgar á santa Teresa como poetisa. Siete son las composiciones que con seguridad se tienen por suyas; quince más son probables, y veintiuna dudosas. Algunas de estas mismas se han perdido. Basta sólo las que se conocen para apreciar el sentimiento poético que rubia en un alma tan sublime y extraordinaria. Entre aquéllas existe una que no puede dudarse le pertenezca. Es una de sus más bellas inspiraciones, y se hallaba inédita en cierto manuscrito que se conservaba en un convento de Toledo, hasta ser publicada en las obras de la Santa, ordenadas con tanto esmero por el ya expresado escritor D. Vicente de la Fuente. La copiamos á continuación:

Dichoso el corazon enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento;
Por El renuncia todo lo criado,
Y en El halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado
Porque en su Dios está todo su intento.
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas de este mar tempestuoso.

Tal rasgo poético es digno de la musa que inspiró á nuestros antiguos poetas sagrados. La elocuencia de santa Teresa no debe buscarse solo en las palabras, sino en la efusion con que están dichas, en el sentimiento que está en ellas entrañado, y que hace en ocasiones se convierta en poesía verdadera su prosa llana y sin esmero, y que no deja de ofrecer con frecuencia, como prueba de que nunca se pretendieron, hasta las frases más vulgares, que adquieran bajo el dominio de su pluma singular atractivo.

Se atribuye por muchos á santa Teresa el conocidísimo y admirable soneto:

No me mueve mi Dios, para quererte,

A pertenecerla sería su mejor obra poética, puramente literaria. La duda que existe de que sea debido á su inspiracion, asimismo como á la del apóstol de las Indias, san Francisco Javier, se ignora con qué fundamento nos obliga á recibirlo por suyo, lo que no por pocos se aceptemos.

En vano sería, repetimos, un análisis crítico de la escasa coleccion de las poesías de santa Teresa, de esos himnos al Altísimo, que brotaron de sus labios sin el fin de ofrecerlos como acabados obras, pues los algunos de ellos todo el candor y la sencillez de su carácter, todo el fuego de su amor divino. Las composiciones de este género se hallan en el mismo caso que su prosa, la cual no fué corregida por ella, porque más se preocupaba de la ingenua expresion del pensamiento que de la forma. En todos modos, el nombre de Teresa de Jesús engrandece y hermosea todo lo que á ella se refiere, y su figura, como poetisa sagrada, honra el riquísimo Parnaso donde tienen señalado puesto un Luis de Leon y un Juan de la Cruz, también inspirados cantores de la Divinidad.

III

Teresa de Jesus, guiada por su fe, acudió á la hermosa ciudad que baña el Guadalquivir, con objeto de extender sus fundaciones en las comarcas andaluzas. Moradora fué del suelo donde, como ella con su pluma divina, había de revelar

con sus pinceles la ideal expresion de sus sentimientos y análogo misticismo en el arte, aquel á quien sus asuntos sublimes dieron el nombre de *pintor del cielo*, Bartolomé Estéban Murillo. Tuvola por huésped una ciudad de arraigadas creencias religiosas, y en ella vió premiado el fin sus esfuerzos y su infatigable celo piadoso, logrando la fundacion de una nueva casa conventual para su Orden. En ésta tomaron el velo de las esposas de Cristo admirables discípulas y sucesoras suyas que se identificaron con sus aspiraciones, é imitándola en su vida contemplativa y espiritual sintieron iguales anhelos y semejante inspiracion sagrada.

Cuando, hace ya algunos años, escribimos un estudio sobre la escuela poética de Sevilla en los siglos XVI y XVII, nos vino á la memoria el recuerdo de la doctísima Teresa de Jesus, al tratar de los que en suelo tan fecundo para el ingenio se consagraron entonces al cultivo de la poesía religiosa. Hemos de permitirnos la reproduccion en este paraje, de las observaciones que en aquél consignamos, y que nos parece no han de pecar de importunas:

«Al mencionar los poetas sagrados que concurrieron á la mayor brillantez del Parnaso de Sevilla, decíamos, nos asalta el recuerdo de Teresa, á quien aquella ciudad dió hospedaje algun tiempo, cuando en su constante y celo religioso fundó en ella el convento de su nombre. Una de las glorias de Sevilla es el haber albergado en su recinto á la sabia carmelita en el siglo mas brillante de nuestras letras. En aquél debió tratar la pluma de oro la esposa de Jesucristo algunas de esas páginas elocuentes é impregnadas de virtud y elevacion, y en el mismo, bajo su sereno cielo, bajo el influjo de la poesía que se respira en su atmósfera, hubo de concebir tal vez aquellos versos sentidísimos, en que, á pesar de mostrarse enamorada de la muerte, no deja al mismo con idea alguna triste y sombría, sino con las ardientes y puras inspiraciones del ave cautiva prisionera, que aguarda ansiosa el momento en que, rotos los hierros de su cárcel, le sea dado remontarse á los cielos, porque todas sus esperanzas se encuentran en otra region que la del mundo. Por eso exclama:

¡Ay, que larga es esta vida!
¡Qué dura cruz destierro!

»La influencia que, como hemos observado anteriormente, tuvo sin disputa el donaire y gracejo meridional en la imaginacion de Cervantes, el príncipe de nuestros ingenios, la ejercieron, á su vez, el clima apacible, el espíritu piadoso, la religiosidad del pueblo del santo rey conquistador, en la Séfo cristiana, la que ciñó á sus sienes la doble corona de la realeza y la sabiduría.»

Haciendo notar el influjo que asimismo tuvo santa Teresa en los poetas sevillanos cultivadores del género religioso, y en algunas poetisas en especial consagradas, como ella, á Dios en los recintos conventuales, decíamos tambien: El eco de la lira sagrada resonó más lardo en el silencio de los claustros. Más de un alma virginal, á ejemplo suyo, hizo á la poesía intérprete de sus afectos divinos, en las austeridades morales de la abstinencia y del insomnio. No tan solo tiene su digna representacion la poesía religiosa en las letras sevillanas, sino tambien la mística: y por mística entendemos aquella que es inspirada en el éxtasis del espíritu que se eleva á Dios, y en la contemplacion de cuanto emana de su poder. *El Cantar de los Cantares* es un ejemplo de poesía mística. El poeta místico es necesariamente apasionado: modula sus palabras con la exaltacion del sentimiento, porque no canta humanos ni vulgares asuntos, sino los que un amor sublime les sugieren en sus visiones y celestes arrobos.» »

Para ahora nuestra, recitamos en este género con insignes vates, como Luis de Leon, Juan de la Cruz, Teresa, y el mismo Luis de Granada, en su poética prosa.

Marcamos, pues, una diferencia notable entre la poesía religiosa y la mística: esta última es producida por la pasion, por la exaltacion que saca al espíritu de su habitual estado, y la otra, para ser levantada y digna, no necesita estas circunstancias, puesto que puede emplearse en ella la reflexion, el estudio y los razonamientos.»

No huelgan, á nuestro juicio, las anteriores reflexiones, al referirnos á las cualidades poéticas de la insigne doctora: si bien, por ser nuestras, no serán las más competentes y autorizadas para nuestro propósito. Y ya que algo hemos indicado, sobre la influencia que ejercieron en los poetas místicos el estilo y carácter de los fervientes himnos á la divinidad de la monja avilesa, hemos de recordar, quienes fueron los que así en los suyos la reverenciaron.

Presentáisenos como notable figura una virtuosa mujer, digna por sus letras, claro talento y acendrada piedad, del renombre que hoy se le concede, tambien moradora de una celda en el convento de carmelitas descalzas, fundado en Sevilla por Teresa, adoptando como nombre conventual el de esta Santa, y siguiéndola en su camino de perfeccion al tomarla por su ejemplo. Como ella, convirtió en himnos inspirados la fervorosa expresion de su amor divino, y la tuvo por modelo en este género sublime. Por vez primera han sido publicadas en París, sus poesías, coleccionadas por un distinguido escritor, fallecido no há mucho, y con cuya amistad nos honrábamos, M. Antonio Latour, inteligente apreciador de nuestras glorias literarias.

A este ilustrado crítico debimos un ejemplar de libro tan precioso, «monumento que merece figurar entre los que mas honran la poesía mística en España,» segun las palabras de aquel. Para marcar los caractéres de las poesías de esta religiosa sevillana, no tenemos más que copiar el acertado juicio del colector de las mismas. El númen poético, dice, tan reprimido en santa Teresa, se ha desarrollado por el contrario, en los versos de la que habia tomado su nombre, como por instinto del parentesco de sus almas. Y en efecto, no es la tal fraternidad la sola semejanza que haya existido entre estas dos bellas almas. Como su predecesora, la nueva Teresa, fué muchas veces asaltada por las más impetuosas tentaciones, y, como ella tambien, recibió los consuelos de visiones sobrenaturales. Pero como habia en ella el alma de una santa, más bien que el genio de un doctor, en lugar de esos tratados sublimes que hacen de santa Teresa una lumbrera de la Iglesia la madre Francisca Gregoria sacaba de sus arrobamientos y comunicacion con Dios y los santos, tiernas y sencillas poesías. Estas poesías están, sin embargo animadas del mismo espíritu, inflamadas del mismo amor, y contribuyendo á difundirlas, creemos rendir un nuevo homenaje á la misma santa Teresa y hacer un servicio, en la corta medida de nuestras fuerzas, á las letras españolas.»

Muy señalado lo ha hecho, sin duda, el distinguido escritor francés, tan identificando con nuestra literatura. Sin tener otra noticia nosotros de la publicacion de este libro, y estudiando las poesías de sor Gregoria en la *Vida* de esta esposa de Cristo, escrita por el Dr. D. Diego de Torres Villarroel, donde se encuentran esparcidas, dábamos por entonces nuestro modesto juicio acerca de las mismas, acorde, para satisfaccion nuestra, con el emitido por tan inteligente literato (1).

Al colocar á sor Gregoria en el lugar que le corresponde en el Parnaso hispalense, como inspirada poetisa, óralo, sin duda, decíamos, ejemplar de Teresa, ardiente, llena de pasion, pero no triste y sombría como la soledad de su celda. El influjo del alegre cielo de su patria, le hacia concebir risueñas imágenes, pen-

(1) *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana, en los siglos XVI y XVII.* Obra impresa en el año 1871. De esta misma son los párrafos anteriormente citados.

samientos que revelaban la contemplacion extática del espíritu, revestidas de candor de gracia y de vehemencia. Cierto dia al declinar el sol, seguia con su mirada el vuelo de una avecilla en aquel cielo tan puro y diáfano. Veíala remontarse tanto hácia las alturas, que llegó un instante en que casi se ocultó de sus ojos. Entonces, inflamada por el amor á su Dios, en ese estado de exaltacion en que se truecan tan fácilmente las impresiones y sentimientos humanos en sentimientos más altos y profundos, inspiróle la sagrada musa de Sion el siguiente tiernísimo y delicado romance:

Celos me da un pajarillo
Que remontándose al cielo,
Tanto á sí mismo se excede,
Que deja burlado al viento.
Enamorado del sol,
Sus plumas bate ligero
Y escalando el aire bajo,
Toca la region del fuego.
¡Oh, quien imitar pudiera,
Juguete hermoso del viento,
De tu natural impulso
El acelerado vuelo!
Mi amor ansioso te sigue
Con impacientes afectos,
Que es dura prision del alma
La cárcel triste del cuerpo.
Del sol más supremo soy
Mariposa, en cuyo incendio
Deseo abrasarme, cuando
Sus luces amante bebo.
Avecilla soy en jaula,
Que al ver del sol los reflejos,
Son sus gorjeos endechas,
Son sus trinados lamentos.
Envidio tu libertad,
Y abrasándome los celos,
Quisiera ser salamandra
Para vivir en su fuego.
Los rayos del sol divino
Hieren en mi amante pecho,
Siendo halago en la prision
Lo que en la prision tormento.
Vuelas feliz, pajarillo,
Cuando yo presa me quedo;
Y viendo que al cielo subes,
Me llevas el alma al cielo.
Por amante y por cautiva
Dos veces presa padezco.
¡Oh, quién quebrantar pudiera
De las cadenas el hierro!
. . . . . .
¡Oh tú, que con blandas plumas
Giras el vago elemento,
Sube más alto, si puedes,
Y serás mi mensajero;
Darás de mis tristes penas
Un amoroso recuerdo
A la luz inaccesible
Del sol de justicia eterno.
Dile que sus resplandores
Me tienen de amor muriendo,
Porque á la luz de mi fe
Descubro sus rayos bellos.
. . . . . .
Dile que de mí se duela,
Que rompa el vital aliento,

Que desata las prisiones
De tan dilatado tiempo.
Que el mirarle por resquicios
Es del amor más tormento,
Pues al herirme sus rayos,
Más me abraso y más me quemo.
. . . . . .
Pajarillo, si de amores
Has gustado los efectos,
Lastimado de mis ansias,
Duélete de mis tormentos.
Mi libertad solicita
Con tu dulce, amante dueño,
Y de tus alas me presta
Plumas que vuelen al centro.
Salga de esta dura cárcel,
De este largo cautiverio,
Donde triste gimo y lloro
Mi prolongado destierro:
Donde advirtiendo tu dicha,
Tan infeliz me contemplo,
Cuanto mi amor impaciente
Y más divino mi objeto.

¿Cómo es posible no recordar á esta vivísima y tierna expresion de los afectos de un alma pura y candorosa, las inspiraciones de Teresa en sus celestes y místicos arrobos? ¿Como no traer á la memoria aquella exclamacion apasionada que eleva á su Dios la mística doctora:

Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero?»

Adviértese, pues, en la monja y poetisa sevillana, el mismo espíritu de Teresa iguales aspiraciones expresadas con la misma vehemencia, y esa constante esperanza cifrada en la muerte, no como término de la vida, sino como principio de ella. Eco parecen las palabras de la piadosa hija del Carmelo, de aquellas que arrancaba á Teresa ese anhelo constante de desprenderse de la existencia del mundo. «¡Oh, muerte, muerte! ¡No sé quién le teme, pues está en tí la vida!

Despues de la lectura de aquel romance, esto observábamos tambien, al tratar del que acabamos de reproducir, en que sólo se advierten un tanto los resabios del estilo propio de la época en que se escribió; no creemos pueda juzgarse desacertado el considerar á sor Gregoria como notable poetisa, no solo sagrada, sino mística; porque, como en otra ocasion hemos dicho, toda poesía que tenga por base la expresion del amor fervoriente á Dios, es poesía mística. Místicas son las de santa Teresa, y místicas las de esta otra virgen, su imitadora.

Perdónesenos el haber reproducido tan extensamente lo que ya hace algun tiempo consignamos acerca de tan notable religiosa, honra del suelo hispalense. No es nuestro propósito el detenido exámen de las obras que produjo su feliz inspiracion. Análogas las tiene, y en ellas tambien reboza esa ternura y exaltacion del espíritu inspiradas por su amor á la divinidad. De sentir es que el fuego consumiera la mayor parte de las que hizo, á causa, segun su misma autora confiesa, de los celos y disgustos que produjeron en el interior del claustro; lugar no exento á veces de las luchas y pequeñas pasiones, inherentes á la flaqueza de nuestro sér. Si admiracion y complacencia nos promueve la lectura de sus versos inspirados, qué goces los purísimos del alma virginal de la poetisa al sentirlos iluminada de la luz de los cielos y al expresarlos en el hermoso lenguaje, allá en la dichosa soledad donde se contenia para ella

¡Un lleno de dulzuras,
Un todo de deleites!

La influencia á que nos referimos, ejercida por santa Teresa al hacer resonar sus himnos bajo las bóvedas de los monasterios, se advierte también en otra religiosa sevillana, sor Valentina Pinelo, sobrina del Cardenal de este nombre, monja agustina, evocó así mismo aquella musa celestial de Teresa, y cantó divinos asuntos. Como el estudio que anteriormente hemos hecho sobre nuestras antiguas poetisas seglares, es la materia que hoy tratamos, aunque con distinto objeto, se nos ha de permitir que de nuevo recordemos algún otro párrafo del libro mencionado antes. Es el siguiente:

No fueron sólo las religiosas sor Valentina y sor Gregoria Francisca, las que, como la docta Teresa, recibieron la inspiración y habitaron los monacales recintos de la ciudad hispalense. Otra monja notable, sor María de San José, que no tuvo cuna en el suelo andaluz, y á quien aquella doctora ilustre dejó por priora del convento de su fundación en Sevilla, elevó sus cantos al *Divino Eposo*, si no con la efusión ferviente y apasionada que su sabia maestra, con expresión piadosa y también á veces con las imágenes y conceptos tomados del que—es el amor profano, y que en nada empecguan, en labios sinceros, la pureza, la elevación de un afecto espiritual y que aleja todo mundano pensamiento, al dirigirse al cielo como mística plegaria. Sor María imitó á Teresa en sus escritos, y ha dejado notables muestras de su instrucción y piedad concurriendo, sin duda, durante su larga permanencia en el convento sevillano de su orden, en los últimos años del siglo XVI, á aumentar el número de los que en aquella época hacían en las márgenes del Betis los asuntos religios objeto de sus cantos.

Véase, pues, cuán dignos representantes tenía la poesía mística en nuestra nación y en una época floreciente para todos los géneros poéticos. Entre éstos, aparece el más fecundo, como esencialmente parte de nuestra poesía lírica, el sagrado, en cuyo cultivo se distinguieron esos aquellos autores de obras que ofrecen muy distinto carácter; porque en él existe, más que en otro alguno un manantial inagotable de inspiración.

IV

Hállase tan identificado con Teresa aquel otro santo español Juan de la Cruz; eran tan parecidas sus aspiraciones, y sus almas tan elevadas y ardientes para el amor divino, guiándose ambos por sus doctos y místicos consejos, y era, además, varón tan piadoso, glorioso como aquella del Carmelo, tan digno representante de la poesía mística en nuestra patria, que fuera omisión censurable la que hiciéramos en este lugar del recuerdo de su saber y virtudes. De igual manera se separaban las almas de tan preclaros hijos de España del fango de la tierra, no manchadas con su contacto, al expresar sus anhelos con pasión, viveza, sentimiento y ternura, en el dulce lenguaje de la poesía. Sus propósitos y esperanzas eran unos mismos. No cabe presumir que este modo de dirigirse á la Divinidad fuese imitado ó seguido, ni es posible dar en él la primacía á la monja de Avila ó al carmelita placentino. En ambos eran espontáneos aquellos himnos, que parecían arrebatados de los labios de los serafines, que cantan incesantes las glorias de Dios en las mansiones celestes. Fuerza es reconocerlo. Juan de la Cruz supera en la expresión poética del sentimiento á la ilustre Santa. El *doctor extático* no tiene igual en ella; sus canciones no parecen modulados por voz humana; superan á todas las inspiradas por el misticismo. Como poeta de vigoroso vuelo, de sobria expresión y puro lenguaje, le aventaja ciertamente el horaciano Luis de Leon. Éralo éste, asimismo, en repetidas ocasiones, dulce y conmovedor, de frase seductora y apacible, pero no cuenta entre sus rasgos poéticos el suspiro del alma, que así puede llamarse, en sus canciones de este género sagrado, como la *Subida del Monte Carmelo* y *La noche oscura del alma*, celestial idilio de Juan de la Cruz.

El Espíritu divino debió pasar, sin duda, ante los ojos del poeta, y llenándole de luz y de inspiración, para que con tan altísimos dones pudiera decir que al mismo Ser Inmenso,

Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Nada más añadiremos sobre el sapientísimo vate carmelita;

que en nada eclipsa la expresion del sentimiento poético, por ofrecerla él tan felizmente, de su docta hermana de religion. Esta no se hallaba tan exclusivamente entregada como su santo amigo á elevar el vuelo de su espíritu á las regiones de eterna luz, tenia que descender á las de la vida sin tregua, y en las mismas luchas y contrariedades que le afligian, engrandeció su talento y supo aprender mejor las flaquezas del corazon humano, y con alta sabiduría y elocuente consejo se consagraba á remediarlas. Tuvo, pues, necesidad de vivir mas en el mundo, sin que dejara por eso de elevar tambien repetidísimas veces en sus místicos arrobos de su alma, tan limpia de toda mancha, hasta el trono de Dios. Por no ser de nuestro propósito, no hemos de hacer referencia de otros poetas sagrados, como el agustino Pedro Malon de Chaide, y algunos mas, cultivadores de la poesía mística en nuestra patria. Baste sólo este ligero recuerdo en honra á su memoria.

Considerada santa Teresa, no ya exclusivamente mística poetisa, sino en general como escritora, digna es del puesto que ocupa entre nuestros escritores clásicos. No es solo de admirar su penetracion superior y su arte para conducir á la perfeccion moral con su lenguaje persuasivo, sino esa especial elocuencia suya, que no es hija de los preceptos, ni fué aprendida en las aulas. Demuéstranos en sus escritos tan virtuosa mujer, no sólo en su perspicacia tan sorprendente, sino que es sábia sin que la hayan enseñado á serlo, y además, el vigoroso temple de su espíritu, unido á firmeza y perseverancia de carácter, que no desmayan ante los obstáculos, y que caminan sin desaliento á un fin determinado y difícil. Que *siempre fué amiga de las letras*, ella misma nos lo dice; pero ¿qué le haria añadir despues, revelando discrecion suma, estas palabras? *He visto por experiencia que es mejor, siendo cristiana y de santas costumbres, no tener ninguna* La influencia de sus escritos y sus virtudes, fué portentosa á su muerte, y se extendió en breve. Su espíritu parecia velar desde la eterna patria, tan suspirada por ella, por la continuacion y logro de sus esfuerzos en el camino que tan provechosamente habia recorrido en este mundo para arribar al de sus esperanzas. No sólo en España, en Francia, en Portugal, en Bélgica, en Italia, se propaga la fama de su sabiduría y de su doctrina, sino que llega á ser su tradicional espiritualismo el que distingue á sus hermanas de religion en tales países.

Ilustres hijos cuenta nuestra patria, tan fecundos en héroes de todo género, tanto en ciencias, artes' letras, como virtudes, que llevan sobre su frente la corona de la santidad

y son venerados en los altares. El recuerdo de su gloria y el culto que se les debe, no se extingue bajo la bóveda de los templos. En Teresa se une, á las circunstancias que acompañan á estos seres justos, á quienes se ha acrisolado sus merecimientos, la de ser inspirada escritora, y una de las figuras mas dignas de las que representan el genio y la inspiracion entre los caudillos del saber en nuestra patria. ¿Y quién no acudirá á glorificarla en ambos conceptos?

¿Qué es la santidad? La suma de todas las virtudes cristianas: la virtud llevada al heroismo: la perfeccion absoluta del alma que resiste á las humanas flaquezas, que si fué culpable, se purifica con el arrepentimiento y pone en el Juez supremo sus ojos implorando clemencia y perdon. La santidad es la aureola que se concede al sér que se despoja de su condicion humana para alentar con la vida del espíritu, resistiendo á esa tendencia egoista y aun malévola á veces, tan inherente á aquella, á no preocuparse sino de lo que redunde en su provecho, satisfaga su ambicion ó le brinde el placer. La santidad es el amor y la caridad del hombre á sus semejantes, que se ofrece, en quien posee estos afectos, entregándose, hasta el sacrificio de la vida, por aliviar las dolencias, por prodigar los consuelos, por aminorar los infortunios, por separar de los vicios, por contener la desesperacion y abrir el camino de la esperanza, y por curar las enfermedades del alma, mas peligrosas que las del cuerpo, teniendo por ley la doctrina del Redentor del mundo, y su existencia en la tierra por ejemplo.

Llámanse santos á los que cumplen esa difícil mision. A los que ponen su confianza en la omnipotencia divina y tantos beneficios reportan á sus semejantes, al menos de héroes de la virtud. En tiempos en que se glorifican áun las que acaso sean virtudes dudosas, no es justo oponerse á las honras tributadas á la suma de las perfecciones humanas, como tampoco es justo lo que por algunos se cree: que estas honras, refiriéndose á las que son debidas á la escritora y Santa de Avila, son de la exclusiva competencia de la Iglesia, á la que está confiado el culto y veneracion de los séres que llevan en la frente la corona de la santidad. Cuando se une á esta circunstancia, en los que son tan privilegiados, la de ceñir tambien á sus sienes las del genio, á todos cumple ofrecerles rendido homenaje. En santa Teresa se tributa á la Santa y á la escritora, admirando la pureza de sus sentimientos, sus aspiraciones sublimes, su espontaneidad, su bello estilo, la sencillez de su expresion, lo castizo de su lenguaje, y sobre todo, la perfeccion de su alma.

En ambos conceptos da gloria á nuestro suelo; bajo los dos aspectos se la venera en los altares y se la admira en sus escritos, no solo en nuestra nacion, sino en aquellas donde se abrigan nuestras creencias, y aun no profesando las mismas, donde se aprecia la virtud y se honra al saber.

Hemos de poner término á estos apuntes sobre lo que la sábia religiosa representa en nuestras letras, con las palabras de un socio académico (1), porque no la dieran otras mas propias, ni pudieran estar inspiradas por un espíritu mas entusiasta y justo. Así se refiere á nuestra Santa ilustre:

«Bien pueden nuestras mujeres españolas jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque á la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, ha de poner á Shakespeare, á Dante, y quizá á Ariosto y á Camoens: Fenelon y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan á ellos; pero toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma, y aun queda inmensamente por bajo comparada á santa Teresa.»

ANGEL LASSO DE LA VEGA

(1) D. Juan Valera

NOTA Debemos á la galantería de su autor y á la del señor director-propietario de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA la reproduccion del precedente artículo. Son tambien copia de la parte ilustrada del propio periódico algunos de los grabados más notables que adornan el presente volúmen

SANTA TERESA DE JESUS

Nació en la ciudad de Avila á las 5 de la mañana del 29 de marzo de 1515: fueron sus padres D. Alonso Sanchez de Cepeda y doña Teresa de Ahumada. A los veinte años tomó el hábito en el convento de Carmelitas de la misma ciudad, donde dió tales muestras de virtud, que padeció muchas persecuciones, hasta la de ser denunciada al Santo Oficio por hipócrita é ilusa; pero no solo venció á sus enemigos, sinó que emprendió la reforma de su órden, en la que se habian introducido deplorables abusos; y fué tanta la energía con que llevó á cabo su obra, que en sólo doce años fundó diez y siete conventos eficazmente ayudada por San Juan de la Cruz.

Murió el 4 de octubre de 1582, siendo beatificada en 1614 por Paulo V, y solemnemente canonizada por Gregorio XV en 1622.

Sus principales obras, publicadas por solo obedecer á sus superiores, son: *El Discurso de la vida*; EL CAMINO DE PERFECCION: EL LIBRO DE LAS FUNDACIONES; EL CASTILLO INTERIOR Ó LAS MORADAS. Además: su famosa colección de cartas dadas posteriormente á luz.

NOTA. Representa esta grabado la silla en que fué beatificada la Santa, como representa el dibujo de las tres el sepulcro donde fué enterrada.

SANTA TERESA DE JESÚS

Escultura atribuida á Gregorio Hernandez (*Museo de Valladolid*).

CAMINO DE PERFECCION

ARGUMENTO GENERAL DE ESTE LIBRO

Este libro trata de avisos y consejos que da la santa Madre Teresa de Jesús á las hermanas religiosas, y lógicamente de los monasterios, que con el favor de Nuestro Señor y de la gloriosa Virgen Madre de Dios, Señora Nuestra, ha fundado de la Regla primera de Nuestra Señora del Carmen. En especial le dirige á las hermanas del monasterio de san Josef de Avila, que fué el primero, donde lo escribió á fines del año de MDLXIII, ó principios de LXIV.

PROTESTACION

En todo lo que en él dijere, me sujeto á lo que tiene la santa Iglesia Romana; y si alguna cosa hubre contraria á esto, será por no lo entender. Y así á los letrados que lo han de ver, pido por amor de Nuestro Señor que muy particularmente lo miren y enmienden, si alguna falta en esto hubiere, y otras muchas que tendrá en otras cosas. Si algo hubiere bueno, sea para honra y gloria de Dios, y servicio de su sacratísima Madre, Patrona y Señora nuestra, cuyo hábito yo tengo, aunque harto indigna de él.

Teresa de Jesús

Aunque en todas las impresiones que hasta ahora se han publicado se pone esta protestacion, no se encuentra en los originales de la Santa.

PROLOGO

Sabiendo las hermanas de este monasterio de san Josef de Avila, como tenia licencia del Padre presentado Fr. Domingo Bañez, de la órden del glorioso santo Domingo (que al presente es mi confesor) para escribir algunas cosas de oracion, en que parece podré atinar, por haber tratado con muchas personas espirituales y santas, me han tanto importunado les diga algo della, que me he determinado á las obedecer. Viendo que el amor grande que me tienen puede hacer mas aceto

lo imperfecto, por mal estilo que yo les dijere, que algunos libros que están muy bien escritos, de quien sabía lo que escribió. Yo confío en sus oraciones, que podrá ser por ellas el

Señor se sirva acierte á decir algo de lo que al modo y manera de vivir que se lleva en esta casa conviene, y me lo dará para que se lo dé. Y si fuere mal acertado, el Padre presentado que

lo ha de ver primero, lo remediará, ó lo quemará; y yo no habré perdido nada en obedecer á estas siervas de Dios, y verán lo que tengo de mí, cuando su Majestad no me ayuda. Pienso poner algunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio, por serlo tanto, por ventura no hacen caso dellas, y otras cosas, como el Señor me diere á entender y se me fueren acordando; que como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con concierto. Y creo es lo mejor no le llevar, pues es cosa tan desconcertada hacer yo esto. El Señor ponga en todo lo que hiciere sus manos, para que vaya conforme á su voluntad, pues son estos mis deseos siempre, aunque las obras tan faltas como yo soy. Sé que no falta el amor y deseo en mí, para ayudar en lo que yo pudiere, para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor. Y este amor, junto con los años y experiencia que tengo de algunos monasterios, podrá ser aprovecho para avisar en cosas menudas mas que los letrados, que por tener otras ocupaciones mas importantes, y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada, y á cosa tan flaca como somos las mujeres, todo nos puede dañar; porque las sutilezas del demonio son muchas para las muy encerradas, que ven son menester armas nuevas para dañar. Y yo como ruin heme sabido mal defender, y ansí querría escarmentasen mis hermanas en mí. No diré cosas, que ó en mí, ó por verlas en otras, no las tengo por experiencia. Pocos días há me mandaron escribiese cierta relacion de mi vida, á donde también traté algunas cosas de oracion: podrá ser no quiera mi confesor las veais por ahora y por esto pornê aquí alguna cosa de lo que allí va dicho, y otras que también me parecerán necesarias. El Señor lo ponga por su mano, como lo he suplicado, y lo ordene para su mayor gloria. Amen.

CAPÍTULO PRIMERO

De la causa que me movió á hacer con tanta estrechura este monasterio.

Al principio que se comenzó este monasterio á fundar, por las causas que en el libro que digo tengo escrito están dichas, con algunas grandezas del Señor, en que dió á entender se habia mucho de servir en esta casa, no era mi intencion

hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada. En fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba más que mi regalo. En este tiempo vinieron á mi noticia los daños de Francia, y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo, ó fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de una alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer, y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos) determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo, confiada en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar á quien por él se determina á dejarlo todo; y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defendedores de la Iglesia, y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos á este Señor mío que tan apretado le traen á los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no tuviese á donde reclinar la cabeza.

¡Oh redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre han de ser los que más os deben, los que os fatiguen? ¿A los que mejores obras hacéis? ¿á los que escogéis para vuestros amigos? ¿entre los que andáis, y os comunicáis por los Sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habéis pasado? Por cierto, Señor mío, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues á Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos la tengan? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras, para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad del Señor no estamos en aquella roña pestilencial, que ya aquellos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos, y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón, ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada día. Ó hermanas mías en Cristo, ayudadme á suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí: este es vuestro lla-

mamiento; estos han de ser vuestros negocios; estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; estas vuestras peticiones. No, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me rio, y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen á encargar supliquemos á Dios, hasta pedir á su Majestad rentas y dineros, y algunas personas que querría yo suplicasen á Dios, los repisasen todos. Ellos buena intencion tienen, y en fin se hace por ver su devocion, aunque tengo para mí, que en estas cosas nunca me oye. Estase ardiendo el mundo: quieren tornar á sentenciar á Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios: quieren poner su Iglesia por el suelo, y hemos de gastar tiempo en cosas, que por ventura si Dios se las diese, terníamos un alma menos en el cielo. No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto que si no mirase á la flaqueza humana, que se consuela que la ayuden en todo (y es bien si fuésemos algo) que holgaría se entendiese no son estas las cosas que se han de suplicar á Dios en san Josef con tanto cuidado.

CAPÍTULO II

Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza.

No penseis, hermanas mías, que por no andar á contentar á los del mundo, os ha de faltar de comer, yo os aseguro. Jamás por artificios humanos pretendais sustentaros, que moriréis de hambre, y con razon. Los ojos en vuestro Esposo, él os ha de sustentar. Contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habeis visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto muriéredes de hambre, bienaventuradas las monjas de san Josef. Esto no se os olvide por amor del Señor, pues dejais la renta, dejad el cuidado de la comida, si no todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan en hora buena esos cuidados, que es mucha razon, pues es su llamamiento; mas nosotras, hermanas, es disbarate. Cuidado de rentas ajenas, me parece á mí sería estar pensando en lo que los otros gozan. Si que por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna. Dejad ese cuidado á quien los puede mover á todos, que es el Señor de las rentas, y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son

sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra, no le faltemos nosotras, que no hayais miedo que falte: y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas á los Santos, cuando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen trueco sería acabar presto con todo, y gozar de la hartura perdurable.

Mirad, hermanas, que va mucho en esto muerta yo, que para eso os lo dejo escrito, que mientras yo viviere, yo os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia: cuando menos hay, más descuidada estoy. Y sabe el Señor, que á todo mi parecer da mas pena cuando mucho sobra, que cuando nos falta. No sé si lo hace como ya tengo visto, nos lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa, hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría, á manera de decir, y parecerme ya era pedir limosna las ricas, y plegue á Dios no sea así: que á donde hay estos cuidados demasiados, de que dén, una vez ú otra se irán por la costumbre, podrían ir, y pedir lo que no han menester, por ventura á quien tiene mas necesidad; y aunque ellos no pueden perder nada, sino ganar, nosotras perderíamos.

No plegue á Dios, mis hijas, cuando esto hubiera de ser, mas quisiera tuviérades renta. En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento, os pido por amor Dios en limosna. Y la mas chiquita, cuando esto entendiese alguna vez en esta casa, clame á su Majestad, y acuérdelo á la mayor, con humildad le diga que va errada; y vale tanto, que poco á poco se irá perdiendo la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor no será así, ni dejará á sus siervas: y para esto, aunque no sea para más, aproveche esto que me habeis mandado escribir, por despertador. Y crean mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor un poquito á entender los bienes que hay en la santa pobreza, y las que lo probaren lo entenderán, quizá no tanto como yo, porque no solo no había sido pobre de espíritu, aunque lo tenía profesado, sino loca de espíritu. Ello es un bien, que todos los bienes del mundo encierra en sí: es un señorío grande. Digo, que es señorear todos los bienes del otra vez, á quien no se le da nada dellos. ¿Qué se me da á mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas, ni de tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos á Dios? Ni ¿qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? Tengo para mí, que honras y dineros casi siempre andan juntos: y

que quien quiere honra, no aborrece dineros; y que quien los aborrece, se le da poco de honra.

Entiéndase bien esto que me parece que esto de honra siempre trae consigo algun interese de rentas y dineros, porque por maravilla hay honrado en el mundo si es pobre, antes aunque lo sea en sí, le tienen en poco. La verdadera pobreza trae una honraza consigo, que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por solo Dios digo) no ha menester contentar á nadie, sino á él: y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia; porque hay tanto escrito desta virtud, que no lo sabria yo entender, cuanto mas decir: y por no la agraviar en loarla yo, no digo mas en ella; solo he dicho lo que he visto por experiencia. Y yo confieso, que he ido tan embebida, que no me he entendido hasta ahora. Mas pues está dicho, por amor del Señor, pues son nuestras armas la santa pobreza, y lo que al principio de la fundacion de nuestra órden tanto se estimaba y guardaba en nuestros santos Padres (que me ha dicho quién lo sabe, que de un dia para otro no guardaban nada) ya que en tanta perfeccion en lo exterior no se guarde, en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida, grandísimo el premio: y cuando no hubiera ninguno, sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga, imitar en algo á su Majestad.

Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras lo queramos guardar, en casa, en vestidos, en palabras, y mucho mas en el pensamiento. Y mientras esto hicieren, no hayan miedo caya la religion desta casa, con el favor de Dios, que como decia santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. Destos decia ella, y de humildad queria cercar sus monasterios: y á buen seguro si se guarda de verdad, que esté la honestidad, y todo lo demás fortalecido, mucho mejor que con muy suntuosos edificios. Desto se guarden por amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo: y si con conciencia puedo decir, que el dia que tal hicieren, se torne á caer la casa, que las mate á todas, yendo con buena conciencia, lo digo, y lo suplicaré á Dios. Muy mal parece, hijas mias, de la hacienda de los pobrecitos se hacen grandes casas. No lo permita Dios, sino pobre en todo y chica. Parezcámonos en algo á nuestro Rey, que no tuvo casa, sino en el portal de Belen á donde nació, y la cruz á donde murió. Casas eran estas á donde se podia tener poca recresion ¡O los que las hacen grandes! Ellos se entenderán, llevan otros intentos santos; mas trece pobrecitas, cualquier rincon les basta. Si (porque es menester por el mucho encerramiento) tuvieron campo (y

aun ayuda á la oracion y devocion) con algunas ermitas para apartarse á orar, en hora buena; mas edificios, ni casa grande, ni curioso nada. Dios nos libre. Siempre os acordad se ha de caer todo el dia del juicio, ¿qué sabemos si será presto? Pues hacer mucho ruido al caerse casa de trece pobrecillas,

no es bien, que los pobres verdaderos no han de hacer ruido: gente sin ruido ha de ser, para que los hayan lástima. Y cómo se holgarán, si ven alguno por la limosna que les ha hecho, librarse del infierno, que todo es posible; porque están muy obligadas á rogar por ellos muy continuamente, pues os dan de comer. Que también quiere el Señor, que aunque viene de su parte, que también lo agradezcamos á las personas por cuyo medio nos lo da: y desto no haya descuido. No sé lo que habia comenzado á decir, que me he divertido, creo lo ha

querido el Señor, porque nunca pensé escribir lo que aquí he dicho. Su Majestad nos tenga siempre de su mano, para que no se caya dello. Amen.

CAPÍTULO III

Prosigue lo que en el primero comenzó á tratar, y persuade á las hermanas á que se ocupen siempre en suplicar á Dios favorezca á los que trabajan por la Iglesia: acaba con una exclamacion.

Tornando á lo principal, para lo que el Señor nos juntó en esta casa (y por lo que yo mucho deseo seamos algo, para que contentemos á su Majestad) digo, que viendo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan á atajar este fuego destos herejes, que va tan adelante, hame parecido es menester, como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra, y viéndose el Señor della apretado, se recoge á una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden mas ellos á solas, que con muchos soldados, si eran cobardes pudieron; y muchas veces se gana desta manera vitoria; al menos aunque no se gane, no los vencen, porque como no haya traidor, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber, que baste á que se rindan: á morir sí, mas no á quedar vencidos. ¿Mas para qué he dicho esto? Para que entendais, hermanas mias, que lo que hemos de pedir á Dios es, que en este castillo que hay ya de buenos cristianos, no se nos vaya ya ninguno con los contrarios: y á los capitanes deste castillo ó ciudad, los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos. Y pues, los mas están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfeccion y llamamiento, que es muy necesario, que ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico, y no el seglar. Y pues ni en lo uno ni en lo otro valemos nada para ayudar á nuestro Rey, procuremos ser tales, que valgan nuestras oraciones para ayudar á estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras, y buena vida, y trabajado para ayudar ahora al Señor. Podrá ser digais, ¿que para qué encarezco tanto esto; y digo hemos de ayudar á los que son mejores que nosotras? Yo os lo diré; porque aun no creo entendeis bien lo mucho que debeis al Señor en

traeros á donde tan quitadas estais de negocios, y ocasiones, y tratos. Es grandísima merced esta, lo que no están los que digo, ni es bien que estén en estos tiempos, menos que en otros, porque han de ser los que esfuercen la gente flaca, y pongan ánimo á los pequeños. Buenos quedaban los soldados sin capitanes. Han de vivir entre los hombres, y tratar con los hombres, y estar en los palacios, y aun hacerse algunas veces con ellos en lo exterior.

¿Pensais, hijas mias, que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse, como he dicho, á la conversacion del mundo, y ser en lo interior extraños del mundo, y enemigos del mundo y estar como quien está en destierro, y en fin no ser hombre, sino ángeles? Porque á no ser esto así, ni merecen nombre de capitanes, ni permita el Señor salgan de sus celdas, que mas daño harán, que provecho; porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar: y si en lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los piés, y estar desasidos de las cosas que se acaban, y asidos á las eternas por mucho que lo quieran encubrir, han de dar señal. Pues con quien lo han, sino con el mundo, no hayan miedo se lo perdone, ni que ninguna imperfeccion dejen de entender. Cosas buenas muchas se les pasarán por alto, y aun por ventura no las tendrán por tales, mas mala, ó imperfecta, no hayan miedo.

Ahora yo me espanto quien les muestra la perfeccion, no para guardarla (que desto ninguna obligacion les parece tienen, harto les parece hacen si guardan razonablemente los mandamientos) sino para condenar; y á las veces lo que es virtud les parece regalo. Así que no penseis es menester poco favor de Dios, para esta gran batalla á donde se meten, sino grandísimo. Para estas dos cosas os pido yo procureis ser tales, que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy muchos letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho, y á los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor, que mas hará uno perfecto, que muchos que no lo estén. La otra, que despues de puestos en esta pelea (que, como digo, no es pequeña) los tenga el Señor de su mano, para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oidos en este peligroso mar del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincon, á donde también pretendí se guardase esta regla de Nuestra Señora y

emperadora, con la perfeccion que se comenzó. No os parezca inútil ser contina esta peticion, porque hay algunas personas que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma: ¿y qué mejor oracion que esta? Si teneis pena, porque no se os descontará la pena del purgatorio, tambien se os quitará por esta oracion, y lo que mas faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el dia del juicio en el purgatorio, si por mi oracion se salvase sola un alma, cuanto mas el provecho de muchas, y la honra del Señor? De penas que se acaban no hagais caso dellas, cuando interviniere algún servicio mayor, al que tantas pasó por nosotras. Siempre os informad lo que es mas perfecto, pues como os rogaré mucho, y daré las causas, siempre habeis de tratar con letrados. Así que os pido por amor del Señor, pidais á su Majestad nos oya en esto. Yo, aunque miserable, lo pido á su Majestad, pues es para gloria suya, y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos.

Parece atrevimiento pensar yo he de ser alguna parte para alcanzar esto. Confio yo, Señor mio, en estas siervas vuestras, que aquí están, que veo, y sé no quieren otra cosa, ni la pretenden, sino contentaros. Por Vos han dejado lo poco que tenian, y quisieran tener mas para serviros con ello. Pues no sois Vos, Criador mio, desagradecido, para que piense yo dejareis de hacer la que os suplican, ni aborrecistes, Señor, cuando andábades en el mundo las mujeres, antes las favorecistes siempre con mucha piedad. Cuando os pidiéramos honras, no nos oyais, ó rentas, ó dineros, ó cosa que sepa á mundo: mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no habeis de oir, Padre eterno, á quien perderia mil honras y mil vidas por Vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo, y sus merecimientos, ¡O Padre eterno! Mirad que no son de olvidar tantos azotes é injurias, tan gravísimos tormentos. Pues, Criador mio, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo y por mas contentaros á Vos, que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco, como hoy dia tienen esos herejes el santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas, deshaciendo las iglesias? Si le faltara algo para hacer para contentaros, mas todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, Padre eterno, que no tuvo á donde reclinar la cabeza, mientras vivió, y siempre en trabajos, sino que ahora las que tiene para convidar sus amigos, por vernos flacos, y saber que es menester, que los que han de trabajar, se sustenten de tal manjar se las quiten? ¿Ya no habia pagado bastantísimamente por el pecado de Adan? ¿Siempre que tornamos á pecar lo ha de pagar este amantísi-

mo Cordero? No lo permitais, Emperador mio, apláquese ya vuestra Majestad, no mireis á los pecados nuestros, sino á que nos redimió vuestro sacratísimo Hijo, y á los merecimientos suyos y de su Madre gloriosa, y de tantos Santos y Mártires como han muerto por Vos. ¡Ay dolor, Señor mio, y quién se ha atrevido á hacer esta peticion en nombre de todos! Qué mala tercera, hijas mias, para ser oidas, y que echase por vosotras la peticion. ¿Si ha de indignar mas á este soberano Juez verme tan atrevida? y con razon y justicia. Mas mirad, Señor, que ya sois Dios de misericordia, habedla desta pecadorcilla, gusanillo, que ansí se os atreve. Mirad, Dios mio, mis deseos, y las lágrimas con que esto os suplico, y olvidad mis obras por quien Vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitais ya mas daños en la cristiandad, Señor, dad ya luz á estas tinieblas.

Pídoos yo, hermanas mias por amor del Señor, encomendeis á su Majestad esa pobrecilla, y le supliqueis la dé humildad, como cosa que teneis obligacion. No os encargo particularmente los reyes y prelados de la Iglesia, en especial nuestro obispo, ved á las de ahora tan cuidadosas dello, que ansí me parece no es menester. Mas vengan los que vinieren, que teniendo santo prelado, lo serán las súbditas, y como cosa tan importante la ponen siempre delante del Señor. Y cuando vuestras oraciones, y deseos, y disciplinas, y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no haceis, ni cumplis el fin para que aquí os juntó el Señor.

CAPITULO IV

En que se persuade de la guarda, y de tres cosas importantes para la vida espiritual.

Ya, hijas, habeis visto la gran empresa que pretendemos ganar: ¿que tales habrémos de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos menester trabajar mucho; y ayuda mucho tener altos pensamientos, para que nos esforcemos á que lo sean las obras, pues con que procuremos guardar cumplidamente nuestra regla y constituciones con gran cuidado espero en el Señor admitirá nuestros ruegos. Que no os pido cosa nueva, hi-

jas mias, sino que guardemos nuestra profesion, pues es nuestro llamamiento, y á lo que estamos obligadas, aunque de guardar á guardar va mucho.

Dice la primera regla nuestra, que oremos sin cesar: con que se haga esto con todo el cuidado que pudiéremos, que es lo mas importante, no se dejarán de cumplir los ayunos, disciplinas, y silencio que manda la orden. Por que ya sabeis que para ser la oracion verdadera, se ha de ayudar con esto, que regalo y oracion no se compadecen. En esto de oracion es lo que me habeis pedido diga alguna cosa, y lo dicho hasta ahora, para en pago de lo que dijere, os pido yo cumplais, y leais muchas veces de muy buena gana. Antes que diga de lo interior, que es la oracion, diré algunas cosas que son necesarias, tener las que pretenden llevar camino de oracion, y tan necesarias, que con ellas sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor: y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas. El Señor me dé el favor para ello, y me enseñe lo que tengo de decir, porque sea para su gloria. Amen.

No penseis, amigas y hermanas mias, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plegue al Señor hagamos las que nuestros santos Padres ordenaron y guardaron, que por este camino merecieron este nombre: yerro seria buscar otro, ni deprenderle de nadie. Solas tres me extenderé en declarar, que son de la misma constitucion, porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en guardarlas, para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor interior y exteriormente. La una, es amor unas con otras. La otra, desasimiento de todo lo criado. La otra, verdadera humildad, que aunque la digo á la postre, es muy principal, y las abraza todas. Cuanto á la primera, que os amaros mucho unas á otras, va muy mucho: porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman, y recia ha de ser cuando dé enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo, como se ha de guardar, creo aprovecharia mucho para guardar las demás, sino que por mas ó por menos, nunca acabamos de guardarle con perfeccion.

Parece que lo demasiado entre nosotras, no puede ser malo, y trae tanto mal y tantas imperfecciones consigo, que no creo lo creeran, sino los que han sido testigos de vista. Aquí hace el demonio muchos enredos, que en conciencias que tratan groseramente de contentar á Dios, se sienten poco, y les parece virtud; y las que tratan de perfeccion lo entienden mucho, porque poco á poco quita la fuerza á la voluntad, para

que del todo se emplee en amar á Dios. Y en mujeres creo debe ser esto aun mas que en hombres, y hace daños para la comunidad muy notorios; porque de aquí viene el no se amar tanto todas, el sentir el agravio que se hace á la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla y muchas veces, mas para decirle lo que la quiere, y otras cosas impertinentes, que lo que ama á Dios. Porque estas amistades grandes pocas veces van ordenadas á ayudarse á amar mas á Dios, antes creo las hace comenzar el demonio, para comenzar bandos en las religiones; que cuando es para servir á su Majestad, luego se parece que no va la voluntad con pasion, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones. Y destas amistades querria yo muchas, donde hay gran convento, que en esta casa, que no son mas de trece (ni lo han de ser) aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar: y guárdense destas particularidades, por amor del Señor, por santas que sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña, y ningun provecho en ello veo; y si son deudos, muy peor: es pestilencia. Y créanme, hermanas, que aunque os parezca que este es extremo, en él está gran perfeccion y gran paz, y se quitan muchas ocasiones á las que no están muy fuertes: sino que si la voluntad se inclinare mas á una que á otra (que no podrá ser menos, que es natural, y muchas veces nos lleva á amar lo mas ruin, si tiene mas gracias de naturaleza) que nos vamos mucho á la mano, á no nos dejar enseñorear de aquella aficion.

Amemos las virtudes y lo bueno interior, y siempre con estudio trayamos cuidado de apartarnos de hacer caso deste exterior. No consintamos, ó hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre, miren, que sin entender cómo, se hallarán asidas, que no se puedan valer. ¡O valame Dios! Las niñerías que vienen de aquí no tienen cuento; y por que son tan menudas, que solo las que lo ven lo entenderán y creerán, no hay para qué las decir aquí. Y por que no se entiendan tantas flaquezas de mujeres y no deprendan las que no lo saben, no las quiero decir por menudo. Mas cierto á mí me espantan algunas veces verlas, que yo por la bondad de Dios en este caso, jamás me asi mucho, mas como digo, vilo muchas veces, y en los mas monasterios temo que pasa, por que en algunos lo he visto, y sé que para mucha religion y perfeccion es malísima cosa en todas; y en las preladas sería pestilencia, esto ya se está dicho. Mas en atajar estas parcialidades es menester gran cuidado desde el principio que se comienza la amistad, y esto mas con indus-

tria y amor, que con rigor. Para remedio desto es gran cosa no estar juntas sino las horas señaladas, ni hablarse conforme á la costumbre que ahora llevamos, que es no estar juntas, como manda la regla, sino cada una apartada en su celda. Librense en san Josef de tener casa de labor, porque aunque es loable costumbre, con mas facilidad se guarda el silencio cada una por sí. Y á acostumbrarse á la soledad es gran cosa para la oracion, y pues este ha de ser el cimiento desta casa, y á esto nos juntamos mas que á otra cosa, es menester traer estudio en aficionarnos á lo que á esto mas nos ayuda.

Tornando á el amarnos unas á otras, parece cosa impertinente encomendarlo; porque ¿qué gente hay tan bruta, que tratándose siempre, y estando en compañía, y no habiendo de tener otras conversaciones, ni otros tratos, ni recreaciones con personas de fuera de casa, y creyendo las ama Dios, y ellas á él (pues por su Majestad lo dejan todo) que no cobre amor? En especial, que la virtud siempre convida a ser amada, y esta con el favor de Dios, (espero yo en su Majestad), siempre la habrá en las desta casa. Ansí que en esto no hay que encomendar mucho, a mi parecer, es cómo ha de ser este amarse, y que cosa es amor virtuoso el que yo deseo haya aquí, y en qué veremos tenemos esta grandísima virtud (que es bien grande, pues Nuestro Señor tanto nos la encomendó, y tan encargadamente á sus Apóstoles) desto querría yo decir ahora un poquito, conforme á mi rudeza. Y si en otros libros tan menudamente lo hallaredes, no temeis nada de mí, que por ventura no sé lo que digo.

De dos maneras de amor es lo que trato, una es puro espiritual, porque ninguna cosa parece toca á la sensualidad, ni la ternura de nuestra naturaleza, de manera que quite su puridad. Otra es espiritual, y que junto con ella nuestra sensualidad y flaqueza, y es buen amor, y que parece lícito, como el de los deudos y amigos. Desta ya queda algo dicho. Del que es espiritual, sin que entrevenga pasion ninguna, quiero ahora hablar; porque en habiéndola va todo desconcertado este concierto, si con templanza y discrecion tratamos el amor que tengo dicho, va todo meritorio; porque lo que nos parece sensualidad se torna en virtud; sino que va tan entremetido, que á veces no hay quien lo entienda, en especial si es con algun confesor: que personas que tratan oracion, si le ven santo y las entiende la manera de proceder, tómase mucho amor. Y aquí da el demonio gran batería de escrúpulos que desasosiega el alma harto, que esto pretende él; en especial si el confesor la trae á mas perfeccion, apriétala tanto, que le viene á dejar y no la deja con uno ni con otro.

Lo que en esto pueden hacer es, procurar no ocupar el pensamiento en si quieren ó no quieren, sino si quieren quieran; porque pues cobramos amor á quien nos hace algunos bienes al cuerpo, quien siempre procura y trabaja de hacerlos al alma, ¿por qué no le hemos de querer? Antes tengo por gran principio de aprovechar mucho, tener amor al confesor, si es santo y espiritual, y veo que pone mucho en aprovechar mi alma; porque es tal nuestra flaqueza, que algunas veces nos ayuda mucho para poner por obra cosas muy grandes en servicio de Dios. Si no es tal como he dicho, aquí está el peligro, y puede hacer grandísimo daño entender el que le tiene voluntad, y en cosas muy encerradas, mucho más que en otras. Y porque con dificultad se entenderá cuál es tan bueno, es menester gran cuidado y aviso. Porque decir, que no entienda él que hay voluntad, y que no se lo digan, esto sería lo mejor, mas aprieta el demonio de arte, que no da ese lugar, porque todo cuanto tuviere que confesar le parecerá es aquello, y que está obligada á confesarlo. Por esto querría yo creyesen no sé nada, ni hiciesen caso dello. Lleven este aviso, si en el confesor entendieren que todas sus pláticas son para aprovechar su alma, y no le vieren, ni entendieren otra vanidad (que luego se entiende á quien no se quisiere hacer boba) y le entendieren temeroso de Dios, por ninguna tentación que ellas tengan de mucha aficion se fatiguen, sino desprecienla, y apartenla vista della, que de que el demonio se canse les quitará. Mas si en el confesor se entendiere va encaminado á alguna vanidad, todo lo tengan por sospechoso, y en ninguna manera, aunque sean pláticas buenas, las tengan con él, sino con brevedad confesarse y concluir. Y lo mejor sería decir á la prelada que no se halla bien su alma con él, y mudarle: esto es lo mas acertado, si se puede hacer sin tocarle en la honra. En casos semejantes, y otros que podría el demonio en cosas dificultosas enredar, y no se sabe qué consejo tomar, lo mas acertado será procurar hablar á alguna persona que tenga letras (que habiendo necesidad, dese libertad para ello) y confesarse con él, y hacer lo que le dijere en el caso. Porque ya que no se puede dejar de dar algun medio podríase errar mucho. ¿Y cuántos yerros pasan en el mundo, por no hacer las cosas con consejo, en especial en lo que toca dañar á nadie? Dejar de dar algun medio, no se sufre, porque cuando el demonio comienza por aquí no es por poco, si no se ataja con brevedad. Y así lo que tengo dicho de procurar hablar con otro confesor, es lo mas acertado, si hay disposicion (y espero en el Señor si habrá) y poner lo que pudieren en no tratar con él, aunque sientan la muer-

te. Miren que va mucho en esto, que es cosa peligrosa, y un infierno, y daño para todas. Y digo que no aguarden á entender mucho mal, sino que al principio le atajen por todas las vias que pudieren y entendieren, con buena conciencia lo pueden hacer. Mas espero yo en el Señor, no permitirá, que personas que han de tratar siempre en oracion, puedan tener voluntad sino á quien sea muy siervo de Dios, que esto es muy cierto, ó lo es que no tienen oracion, ni perfeccion, conforme á lo que aquí se pretende; porque si no ven que entiende su lenguaje, y es aficionado á hablar en Dios, no le podrán amar, porque no es su semejante. Si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí habrá, ó será muy simple, ó no querrá desasosegarse y desasosegar las siervas de Dios. Ya que he comenzado á hablar en esto, que como he dicho, es todo ó el mayor daño que el demonio puede hacer á monasterios encerrados, y muy tardío en entenderse, y ansí se puede ir estragando la perfeccion, sin saber por donde; porque si este quiere dar lugar á vanidad por tenerla él, lo hace todo poco aun para las otras. Dios nos libre por quien su Majestad es, de cosas semejantes. A todas las monjas bastan á turbar, porque sus conciencias les dice al contrario de lo que el confesor, y si las aprietan en que tengan uno solo, no saben que hacer, ni cómo se sosegar: porque quien lo habia de quietar y remediar, es quien hace el daño. Harias aficciones destas debe haber en algunas partes, háceme gran lástima; y ansí no os espanteis ponga mucho cuidado en daros á entender este peligro.

CAPITULO V

Prosigue en los confesores, dice lo que importa sean letrados.

No dé el Señor á probar á nadie en esta casa el trabajo que queda dicho, por quien su Majestad es, de verse alma y cuerpo apretadas. O que si la prelada está bien con el confesor, que ni á él della, ni á ella dél, no osan decir nada. Aquí verná la tentacion de dejar de confesar pecados muy graves, por miedo las cuitadas de no estar en desasosiego. ¡O válame Dios, qué daño puede hacer aquí el demonio, y qué caro les cuesta el negro apretamiento y honra, que porque no tratan mas de un confesor, piensan granjean gran cosa de religion y honra del monasterio, y ordena por esta via el demonio coger las almas, como no puede por otra. Si las tristes piden otro, luego parece va perdido el concierto de la religion; ó

que si no es de la órden, aunque sea un Santo, aun en tratar con él, les parece hacen afrenta á toda la órden. Alabad mucho, hijas, á Dios por esta libertad que ahora teneis, que aunque no ha de ser para con muchos, podeis tratar con algunos, aunque no sean los ordinarios confesores que os den luz para todo. Y esta misma libertad santa pido yo por amor del Señor á la que estuviere por mayor, procure siempre con el obispo ó provincial, que sin los confesores ordinarios, procure algunas veces tratar ella y todas, y comunicar sus almas con personas que tengan letras, en especial si los confesores no las tienen, por buenos que sean Dios las libre, por espíritu que uno les parezca tenga, (y en hecho de verdad le tenga) regirse en todo por él, si no es letrado. Son gran cosa letras para dar en todo luz. Será posible hallar lo uno y lo otro junto en algunas personas: y mientras mas merced el Señor os hiciere en la oracion, es menester mas bien ir fundadas sus obras y oracion.

Ya sabeis que la primera piedra ha de ser buena conciencia y con todas vuestras fuerzas libraros, aun de pecados veniales, y seguir lo mas perfecto. Parecerá que esto cualquier confesor lo sabe, y es engaño. A mí me acaeció tratar con uno cosas de conciencia, que habia oido todo el curso de teología, y me hizo harto daño en cosas que me decia no eran nada, y sé que no pretendia engañarme, ni tenia para qué, sino que no supo mas; y con otros dos ó tres sin este me acaeció. Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfeccion, es todo nuestro bien: sobre este asienta bien la oracion, sin este cimiento fuerte todo el edificio va falso: ansi que gente de espíritu y letras han menester tratar. Si el confesor no pudieren lo tenga todo, á tiempo procurar otros; y si por ventura las ponen precepto, no se confiesen con otros, sin confesion traten su alma con personas semejantes á lo que he dicho. Atrévome mas á decir, que aunque el confesor lo tenga todo algunas veces se haga lo que digo, porque ya puede ser él se engañe, y es bien no se engañen todas por él, procurando siempre no se haga cosa contra la obediencia, que medios hay para todo, y vale mucho un alma, para que procuren por todas maneras su bien cuanto mas las de muchas.

Todo esto que he dicho toca á la prelada, y ansí la torno á pedir que, pues aquí no se pretende tener otra consolacion, sino la del alma, procure en esto su consolacion, que hay diferentes caminos por donde lleva Dios, y no por fuerza los sabrá todos un confesor; que yo aseguro no les falten personas santas que quieran tratarlas, y consolar sus almas, si ellas son las que han de ser aunque seais pobres: que el que las sustenta

los cuerpos, despertará y pornà voluntad á quien con ella dé luz á sus almas, y remédiase este mal, que es el que mas yo temo; que cuando el demonio tentase al confesor en engañarle en alguna doctrina, como vea trata otros, iráse á la mano y mirará mejor en todo lo que hace. Quitada esta entrada al demonio, yo espero en Dios no la terná en esta casa: y ansí pido por amor del Señor al obispo ó prelado que fuere que deje á las hermanas esta libertad, y que cuando las personas fueren tales, que tengan letras y bondad (que luego se entienden en lugar tan chico como este) no las quite que algunas veces se confiesen con ellos, aunque haya confesores, que para muchas cosas sé que conviene, y que el daño que puede haber es ninguno, en comparacion del grande y disimulado, y casi sin remedio que hay en lo otro. Que esto tienen los monasterios, que el bien cause presto, si con gran cuidado no se guarda y el mal si una vez se comienza, es dificultosísimo de quitarse, y muy presto la costumbre se hace hábito de cosas imperfectas.

Esto que aquí he dicho téngolo visto y entendido, y tratado con personas doctas y santas; que han mirado lo que mas convenia á esta casa, para que la perfeccion della fuese adelante. Y entre los peligros (que en todo los hay mientras vivimos) este hallarémos ser el menor, y que nunca haya vicario que tenga mano de entrar, y mandar, y salir, ni confesor que tenga esta libertad, sino que estos sean para celar el recogimiento y honestidad de la casa, y aprovechamiento interior y exterior, para decirlo al prelado cuando hubiere falta; mas que no sea el superior. Y esto es lo que se hace ahora, y no por solo mi parecer, porque el obispo que ahora tenemos, debajo de cuya obediencia estamos (que por causas muchas que hubo no se dió la obediencia á la órden) que es persona amiga de toda religion y santidad, gran siervo de Dios (llámase don Alvaro de Mendoza, de gran nobleza de linaje, y muy aficionado á favorecer á esta casa de todas maneras), hizo juntar personas de letras, y espíritu, y experiencia para este punto, y se vino á determinar esto después de harta oracion de muchas personas, y mia, aunque miserable. Razon será que los prelados que vinieren se lleguen á este parecer, pues por tan buenos está determinado, y con hartas oraciones pedido al Señor alumbrase lo mejor, y á lo que se entiende hasta ahora, cierto esto lo es. El Señor sea servido llevarlo siempre adelante, como mas sea para su gloria. Amen.

CAPÍTULO VI

Torna á la materia que comenzó del amor perfecto.

Harto me he divertido, mas importa tanto lo que queda dicho, que quien lo entendiere no me culpará. Tornemos ahora al amor que es bueno y lícito que nos tengamos. Del que digo es puro espiritual, no sé si sé lo que me digo, al menos paréceme no es menester mucho hablar en él, porque temo le tienen pocas, á quien el Señor se le hubiere dado alábele mucho, porque debe ser grandísima perfección. En fin, quiero tratar algo dél, por ventura hará algun provecho, que poniéndonos delante de los ojos la virtud, aficiónase á ella quien la desea y pretende ganar. Plegue á Dios yo sepa entenderle, cuantimas decirle, que ni creo sé cuál es espiritual, ni cuándo se mezcla sensual, ni sé como me pongo á hablar en ello. Es como quien oye hablar desde léjos, que no entiende lo que dicen, ansí soy yo, que algunas veces no debo entender lo que digo, y quiere el Señor sea bien dicho: si otras fuere dislate, es lo mas natural á mí no acertar en nada.

Paréceme ahora á mí, que cuando una persona allegándola Dios á claro conocimiento de lo que es el mundo, y que hay otro mundo, la diferencia que hay de lo uno á lo otro, y que lo uno es eterno y lo otro soñado, y qué cosa es amar al Criador ó á la criatura, (esto visto por experiencia, que es otro negocio que solo pensarlo y creerlo) y ver, y probar que se gana con lo uno, y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador, y qué cosa es criatura; y otras muchas cosas que el Señor enseña con verdad y claridad á quien se quiere dar á ser enseñado del en la oracion, ó á quien su Majestad quiere; que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí. Podrá ser, hermanas, que os parezca impertinente tratar en esto, y que digais que estas cosas que he dicho todas las sabeis. Plegue al Señor sea ansí, que lo sepais de la manera que hace al caso, imprimiéndolo en las entrañas. Pues si lo sabeis, veréis que no miento en decir, que á quien el Señor llega aquí, tiene este amor. Son estas personas (las que Dios llega á este estado) almas generosas, almas reales. No se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan, bien que aplace á la vista, y alaban al Criador; mas para detenerse en ello, no. Digo detenerse de manera, que por estas cosas les tengan amor, parecerles ya que aman cosa sin tomo, y que se ponen á querer sombra, correrseían de sí mismos, y no ter-

nian cara, sin gran afrenta suya, para decir á Dios que le aman.

Diréisme, esos tales no sabrán querer, ni pagar la voluntad que se les tuviere. Al menos dáseles poco de que se la tengan, y ya que de presto algunas veces el natural lleva á holgarse de ser amados, en tornando sobre sí, ven que es disbarate, si no son personas que han de aprovechar á su alma con doctrina ó con oracion. Todas las otras voluntades les cansan, que entienden les hace ningun provecho, y les podrian dañar: no porque las dejen de agradecer y pagar con encomendarlos á Dios, tomándolo como cosa que echan cargo al Señor, los que las aman, que entienden viene de allí, porque en sí no les parece que hay que querer, y luego les parece las quieren, porque las quiere Dios, y dejan á su Majestad lo pague, y se lo suplican, y con esto quedan libres, y paréceles que no les toca. Y bien mirado, si no es con las personas que digo, que nos pueden hacer bien para ganar bienes perfectos, yo pienso algunas veces cuán gran ceguedad se trae en este querer que nos quieran.

Ahora noten que como en el amor, cuando de alguna persona le queremos, siempre pretendemos algun interese de provecho y contento nuestro, y estas personas perfectas ya tienen debajo de los piés todos los bienes que en el mundo les pueden hacer, y los regalos, y los contentos, y están de suerte que aunque ellas quieran, á manera de decir no le pueden tener, que lo sea fuera de con Dios, y en tratar de Dios, no hallan qué provecho les puede venir de ser amadas, y así no curan de serlo. Y como se les representa esta verdad, de sí mesmos se rien de la pena que algun tiempo les ha dado, si era pagada, ó no su voluntad: que aunque sea buena la voluntad, luego no os es muy natural querer ser pagada. Venida á cobrar esta paga, es en pajas, que todo es aire, y sin tomo, que se lo lleva el viento; porque cuando mucho nos hayan querido, ¿qué es esto que nos queda? Así que si no es para provecho de su alma con las personas que tengo dichas, porque ven ser tal nuestro natural, que si no hay algun amor luego se cansa, no se les da mas ser queridas, que no. Pareceros ha que estos tales no quieren á nadie, ni saben sino á Dios. Mucho mas quieren, y con mas verdadero amor y más provechoso, y con mas intencion; en fin es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas á dar mucho mas, que no á recibir, y aun con el mesmo Criador les acaece eso. Esto digo que merece este nombre de amor, que estotras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre.

Tambien os parecerá, que si no aman por las cosas que

ven, ¿que á qué se aficionan? Verdad es que lo que ven aman, y á lo que oyen se aficionan; mas esas cosas que ven son estables. Luego estos si aman, pasan por los cuerpos, y ponen los ojos en las almas y miran si hay que amar; y si no lo hay, y ven algun principio ó disposicion, para que si cavan hallarán oro en esta mina; si la tienen amor, no les duele el trabajo. Ninguna cosa se les pone delante, que de buena gana no la hiciesen por el bien de aquella alma, porque desean durar en amarla, y saben muy bien que si no tiene bienes, y ama mucho á Dios, que es imposible. Y digo que es imposible, aun mas la obligue, y se muera queriéndola, y le haga todas las buenas obras que pueda, y tenga todas las gracias de naturaleza juntas, no terná fuerza la voluntad, ni la podrá hacer estar con asiento. Ya sabe y tiene experiencia de lo que es todo, no le echará dado falso. Ve que no son para en uno, y que es imposible durar el quererse el uno al otro; porque es amor que se ha de acabar con la vida, si el otro no va guardando la ley de Dios, y entiende que no le ama, y que han de ir á diferentes partes. Y este amor, que solo acá dura, alma destas, á quien el Señor ha infundido verdadera sabiduría, no le estima en mas de lo que vale, ni en tanto; porque para los que gustan de gustar de cosas de mundo, deleites, honras y riquezas, algo valdrá, si es rico, ó tiene partes para dar pasatiempo y recreacion; mas quien todo esto aborrece, ya poco ó nada se le dará de aquello. Ahora, pues, aquí si tiene amor, es la pasion por hacer esta alma ame á Dios para ser amada del (porque, como digo, sabe que no ha de durar en quererla de otra manera, y que es amor muy á su costa) no deja de poner todo lo que puede, porque se aproveche: perderia mil vidas por un pequeño bien suyo. ¡Ó precioso amor, que va imitando al capitan del amor Jesús nuestro bien!

CAPÍTULO VII

En que trata de la misma manera de amor espiritual, y de algunos avisos para ganarle.

Es cosa extraña, ¡qué apasionado amor es este! ¡Qué de lágrimas cuestas! ¡Qué de penitencias y oracion! ¡Qué cuidado de encomendar á todos los que piensa le ha de aprovechar con Dios para que se le encomienden! ¡Qué deseo ordinario,

un no traer contento, si no le ve aprovechar! Pues si le parece está mejorado, y le ve que torna algo atrás, no parece ha de tener placer en su vida; ni come ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa, si alma que tanto quiere se ha de perder, y si se han de apartar para siempre (que la muerte de acá no la tiene en nada) que no quiere asirse á cosa que en un soplo se le va de entre las manos, sin poderla asir. Es, como he dicho, amor sin poco ni mucho de interese propio: todo lo que desea y quiere, es ver rica aquella alma de bienes del cielo. Esta sí es voluntad, y no estos quereres de por acá desastrados, aun no digo los malos, que desos Dios nos libre: en cosa que es infierno no hay que nos cansar en decir mal, que no se puede encarecer el menor mal dél. Esto no hay para qué tomarle nosotras, hermanas, en la boca, ni pensar le hay en el mundo, ni en burlas, ni en veras oirle, ni consentir que delante de vosotras se trate, ni cuente de semejantes voluntades. Para ninguna cosa es bueno, y podría dañar aun oirlo; sino de estotros lícitos, como he dicho, que nos tenemos unas á otras, y se tienen los deudos y amigos. Toda la voluntad es, que no se nos muera; si le duele la cabeza, parece nos duela el alma. Si los vemos con trabajos, no queda, como dicen, paciencia; todo desta manera. Estotra voluntad no es ansí, aunque con la flaqueza natural se sienta algo de presto, luego la razon mira si es bien para aquella alma, si se enriquece mas en virtud, y cómo lo lleva; el rogar á Dios la dé paciencia, y merezca en los trabajos. Si ve que la tiene, ninguna pena siente, antes se alegra y consuela: bien que lo pasaria de mejor gana, que vérselo pasar, si el mérito y ganancia que hay en padecer pudiese todo dárselo, mas no para que se inquiete y desasosiegue.

Torno otra vez á decir, que se parece va imitando este amor al que nos tuvo el buen amador Jesús, y ansí aprovechando tanto, porque es abrazar todos los trabajos, y que los otros sin trabajar se aprovechasen dellos. Ansí ganan muy mucho los que tienen su amistad, y crean, que ó les dejarán de tratar con particular amistad, digo, ó acabarán con Nuestro Señor, que vayan por su camino, pues van á una tierra, como hizo santa Mónica con san Agustin. No les sufre el corazon tratar con ellos doblez, ni verles falta, si piensan les ha de aprovechar. Y ninguna vez se les acuerda desto, con el deseo que tienen de verlos muy ricos, que no se lo digan. ¿Qué rodeos traen por esto con andar descuidados de todo el mundo? No pueden consigo acabar otra cosa, ni tratan de lisonja con ellos, ni de disimularles nada. O ellos se enmendarán, ó se apartarán de la amistad, porque no podrán sufrirlo,

ni es de sufrir; para el uno y para el otro es continua guerra, con andar descuidados de todo el mundo, y no trayendo cuenta si sirven á Dios, ó no, porque solo consigo mesmo la tienen, con sus amigos no hay poder hacer esto, ni se les encubre cosa: las motitas ven: digo, que traen bien pesada cruz. ¡O dichosas almas, que son amadas de las tales! Dichoso el dia en que las conocieron!

¡O Señor mio! ¿No me haríades merced, que hubiese muchos que ansí me amasen? Por cierto, Señor, de mejor gana lo procuraría, que ser amada de todos los reyes y señores del mundo; y con razon, pues estos nos procuran por cuantas vías pueden, hacer tales, que señoreemos el mesmo mundo, y que nos estén sujetas todas las cosas dél. Cuando alguna persona semejante conociéredes, hermanas, con todas diligencias que pudiere la madre procure trate con vosotras. Quered cuanto quisiéredes á los tales, mientras fueren tales: pocos deben de haber, mas no deja el Señor de querer se entienda cuando alguno hay que llegue á la perfeccion: luego os dirán que no es menester, que basta tener á Dios. Buen medio es para tener á Dios, tratar con sus amigos: siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia: y que después del Señor, si no estoy en el infierno, es por personas semejantes, que siempre fui muy aficionada me encomendasen á Dios, y ansí lo procuraba. Mas tornemos á lo que íbamos.

Esta manera de amar es la que yo querria tuviésemos nosotras. Aunque á los principios no sea tan perfecta, el Señor lo irá perficionando. Comencemos en los medios, que aunque lleve algo de ternura no dañará, como sea en general: es bueno y necesario algunas veces mostrar ternura en la voluntad, y aun tenerla, y sentir algunos trabajos y enfermedades de las hermanas, aunque sean pequeños. Que algunas veces acaece dar una cosa muy liviana tan gran pena, como á otra daria un gran trabajo, y á personas que tienen el natural muy apretado, darlo han mucho pocas cosas, si vos le tenéis al contrario, os dejeis de compadecer: y no se espanten, que al demonio por ventura puso allí todo su poder con mas fuerza, que para que vós sintiésedes las penas y trabajos grandes. Y por ventura quiere Nuestro Señor reservarnos destas penas, y las tornemos en otras casas, y de las que para nosotras son graves, aunque de suyo lo sean, para las otras serán leves.

Ansí que estas cosas no juzguemos por nosotras, ni nos consideremos en el tiempo, que por ventura sin trabajo nuestro el Señor nos ha hecho mas fuertes, sino consideremonos en el tiempo que hemos estado mas flacas. Mirad que impor-

ta este aviso para sabernos condoler de los trabajos de los prójimos, por pequeños que sean, en especial á almas de las que quedan dichas: que ya estas, como desean los trabajos, todo se les hace poco, y es muy necesario traer cuidado de mirarse cuando era flaca, y ver que si no lo es, no viene della; porque podria por aquí el demonio ir enfriando la caridad con los prójimos, y hacernos entender es perfeccion lo que es falta. En todo es menester cuidado, y andar despiertas, pues él no duerme, y en los que van en mas perfeccion, mas, porque son muy mas disimuladas las tentaciones, que no se atreve á otra cosa, que no parece se entiende el daño hasta que está ya hecho, si, como digo, no se trae cuidado.

En fin, que es menester siempre velar y orar, porque no hay mejor remedio para descubrir estas cosas ocultas del demonio, y hacerle dar señal, que la oracion. Procurar tambien holgares con las hermanas, cuando tienen recresion con necesidad della, y el rato que es de costumbre, aunque no sea á vuestro gusto; que yendo con consideracion, todo es amor perfecto. Y es ansi, que en queriendo tratar del que no es tanto, que no hallo camino en esta casa para que parezca entre nosotras, será bien tenerle; porque si por bien es, como digo todo se ha de volver á su principio, que es el amor que queda dicho. Pensé decir mucho destotro, y venido á adelgazar, no me parece se sufre aquí en el modo que llevamos, y por eso lo quiero dejar en lo dicho, que espero en Dios, aunque no sea con toda perfeccion, no habrá en esta casa disposicion para que haya otra manera de amaros. Ansi que es muy bien las unas se apiaden de las necesidades de las otras, miren no sea con falta de discrecion que sea contra la obediencia. Aunque parezca áspero dentro de sí lo que le mandare la prelada, no lo muestre, ni dé á entender á nadie, si no fuere á la misma priora con humildad, que haréis mucho daño. Y sabed entender cuáles son las cosas que se han de sentir y apiadar de las hermanas, y siempre sientan mucho cualquiera falta, si es notoria, que veais en la hermana: y aquí se muestra, y ejercita bien el amor en saberla sufrir, y no se espantar de ella, que ansí harán las otras las que vos tuviéredes, que aun de las que no entendeis, deben ser muchas mas, y encomendarla mucho á Dios, y procurar hacer vos con gran perfeccion la virtud contraria de la falta que os parece en la otra: esforzaros á esto, para que enseñéis á aquella por obra lo que por palabra por ventura no lo entenderá, ni le aprovechará, ni castigo.

Y esto de hacer una lo que ve resplandecer de virtud en otra pégase mucho. Este es buen aviso, no se olvide. ¡O qué

bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar á todas, dejando su provecho por el de las otras, ir muy adelante en todas las virtudes, y guardar con gran perfeccion su regla! Mejor amistad será esta que todas las ternuras que se pueden decir: que estas no se usan, ni se han de usar en esta casa, tal como mi vida, mi alma, mi bien, y otras cosas semejantes, que á las unas llaman uno, y á las otras otro. Estas palabras regaladas déjenlas para su Esposo, pues tanto han de estar con él, y tan á solas, que de todo se habrán menester aprovechar, pues su Majestad lo sufre, y muy usadas acá, no enternecen tanto con el Señor, y sin esto no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo, hijas mias, lo fuésedes en nada, ni lo pareciésedes, sino varones fuertes que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor les hará tan varoniles, que espanten á los hombres: y que facil es á su Majestad, pues nos hizo de nada.

Es tambien muy buena muestra de amor en procurar quitarlas de trabajo, y tomarle ella para sí en los oficios de casa, y tambien en holgarse, y alabar mucho al Señor del acrecentamiento que viere en sus virtudes. Todas estas cosas, dejado el gran bien que traen consigo, ayudan mucho á la paz y conformidad de unas con otras, como ahora lo vemos por experiencia por la bondad de Dios. Plegue á su Majestad llevarlo siempre adelante, porque seria cosa terrible ser al contrario, y muy recio de sufrir, pocas y mal avenidas. No lo permita Dios. Mas, ó se ha de perder todo el bien que va principiado por manos del Señor, ó no habrá tan gran mal. Si por dicha alguna palabrilla de presto se atravesare, remedíese luego, y hagan grande oracion; y en cualquiera destas cosas, que dure, ó bandillos, ó deseo de ser mas, ó puntillo de honra (que parece se me hiela la sangre cuando esto escribo, de pensar que puede en algun tiempo venir á ser, porque veo es el principal mal de los monasterios) cuando esto hubiese, dénse por perdidas; piensen y crean haber echado á su Esposo de casa, y que en cierta manera le necesitan ir á buscar otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen á su Majestad, procuren remedio, porque si no le pone el confesar y comulgar tan á menudo, teman si hay algun Judas. Mire mucho la priora, por amor de Dios, en no dar lugar á esto, atajando mucho los principios, que aquí está todo el daño ó remedio; y la que entendiere alborota, procuren se vaya á otro monasterio, que Dios las dará con que la doten. Echen de sí esta pestilencia, corten como pudieren las ramas, ó si no bastare, arranquen la raiz. Y cuando no pudiesen esto, no salga de una cárcel quien destas cosas tratare, mucho mas vale, antes que pague

á todas tan incurable pestilencia. ¡O qué es gran mal! ¡Dios nos libre de monasterio donde entrare! Yo mas querría que entrase en este un fuego que nos abrase á todas. Porque en otra parte creo diré algo mas desto, como en cosa que nos va tanto, no me alargo mas aquí, sino que quiero mas que se quieran y amen tiernamente, y con regalo, aunque no sea tan perfecto como el amor que queda dicho, como sea en general, que no que haya punto de discordia. No lo permita el Señor, por quien su Majestad es. Amen. Suplico á Nuestro Señor, y pídanselo mucho, hermanas, que nos libre desta inquietud, que de su mano ha de venir.

CAPÍTULO VII.

Que trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado, interior y exteriormente.

Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfeccion. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con solo el Criador, y se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde las virtudes de manera, que trabajando nosotras poco á poco lo que es en nosotras, no ternemos mucho mas que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios, y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensais, hermanas, que es poco bien, procurar este bien de darnos todas á él todo, sin hacernos partes, pues en él están todos los bienes, como digo? Alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, donde no se trata de otra cosa, sino esto: y ansí no sé para qué lo digo, pues todas las que aquí estais me podeis enseñar á mí, que confieso en este caso tan importante no tener la perfeccion, como la deseo y entiendo que conviene. De todas las virtudes, y de lo que aquí va, digo lo mesmo, que es más fácil de escribir que de obrar; y aun á esto no atinara, porque algunas veces consiste en experiencia el saberlo decir; y ansí si en algo acierto, debo de atinar por el contrario destas virtudes que he tenido. Cuanto á lo exterior, ya se ve cuán apartadas estamos aquí de todo. Parece nos quiere el Señor apartar de todo á las que aquí nos trajo, para llegarnos mas sin embarazo su Majestad á sí. ¡O Criador y Señor mio! ¿Cuando merecí yo tan gran dignidad, que parece habeis andado rodeando como os llegar mas á nosotras? Plegue á vuestra bondad no lo perda-

mas por nuestra culpa. O hermanas mias, entended por amor de Dios la gran merced que el Señor ha hecho á las que trajo aquí, y cada una lo piense bien en sí, pues en solas doce quiso su Majestad que fuésedes una. Y que dellas, que multitud dellas mejores que yo sé que tomaran este lugar de buena gana, diómele el Señor á mí, mereciéndole tan mal. Bendito seais Vos, mi Dios, y alaben os los Angeles, y todo lo criado, que esta merced tampoco se puede servir como otras muchas que me habeis hecho, que darme estado de monja fué grandísima, y como lo he sido tan ruin no os fiastes, Señor, de mí; porque á donde habia muchas juntas, no se echara de ver ansí mi ruindad, hasta que me acabara la vida, y yo la encubriera, como hice muchos años. Mas Vos, Señor, trajísteme á donde por ser tan pocas, parece imposible dejarse de entender, y porque ande con mas cuidado, quitáisme todas las ocasiones. Ya no hay disculpa para mí, Señor, yo lo confieso, y ansí he mas menester vuestra misericordia para que perdoneis lo que tuviere.

Lo que os pido mucho es, que la que viere en sí que no es para llevar lo que aquí se acostumbra, lo diga antes que profese. Otros monasterios hay donde se sirve al Señor, no turben estas poquitas que aquí su Majestad ha juntado: en otras partes hay libertad para consolarse con deudos, aquí si alguno se admite, es para consuelo dellos mesmos. La monja que deseare ver deudos para consuelo, y no se cansare á la segunda vez, si no son espirituales, téngase por imperfecta; crea que no está desasida, no está sana, no terná libertad de espíritu, no terná entera paz, menester ha médico. Y digo, que si no se le quita y sana que no es para esta casa. El remedio que veo mejor es, no los ver hasta que se vea libre, y lo alcance del Señor con mucha oracion. Cuando se vea de manera que lo tome por cruz, véalos alguna vez en hora buena, para aprovecharlos en algo, que cierto los aprovechará, y no hará daño á sí. Mas si les tiene amor, si le duelen mucho sus penas, y escucha sus sucesos del mundo de buena gana, crea que á sí se dañará, y á ellos no les hará ningun provecho.

CAPITULO IX

Que trata del gran bien que hay en huir los deudos, los que han dejado al mundo, y cuan verdaderos amigos hallan.

¡O si entendiésemos las religiosas el daño que nos viene de tratar mucho con deudos, cómo huiríamos dellos! Yo no en-

tiendo qué consolacion es esta que dan, aun dejado lo que toca á Dios, sino solo para nuestro sosiego y descanso. Que de sus recreaciones no podemos, ni es lícito gozar: sentir su trabajo sí. Ninguno dejamos de llorar, y algunas veces mas que los mesmos. A osadas, que si algun regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu. Deseo estais aquí bien quitadas, como todo es comun, y ninguna puede tener regalo particular, ansí la limosna que las hacen es general, y queda libre de contentarlos por esto, que ya sabe el Señor las ha de proveer por junto.

Espantada estoy el daño que hace tratarlos, no creo lo creerá sino quien lo tuviere por experiencia; y que olvidada parece que está el dia de hoy en las religiones, ó al menos en las mas, esta perfeccion. No sé yo qué es lo que dejamos del mundo, las que decimos que todo lo dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Viene ya la cosa á estado, que tienen por falta de virtud no querer, y tratar mucho los religiosos á sus deudos; y como que lo dicen ellos, y alegan sus razones. En esta casa, hijas mías, mucho cuidado de encomendarlos á Dios (después de lo dicho, que toca á su Iglesia) que es razon; en lo demás apartarlos de la memoria lo mas que podamos, porque es cosa natural asirse á ellos nuestra voluntad mas que á otras personas. Yo he sido querida mucho dellos, á lo que decian, y yo los quería tanto, que no los dejaba olvidarme: y tengo por experiencia en mí y en otras, que dejados padres, que por maravilla dejan de hacer por los hijos (y es razon con ellos, cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos que no nos hace daño á lo principal, no seamos extrañas, que con desasimientos se puede hacer, y tambien con hermanos) en lo demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido quien menos me han ayudado en ellos, y quien me ha ayudado en ellos han sido los siervos de Dios.

Creedme, hermanas que sirviéndole vosotras, como debeis, que no hallaréis mejores deudos que los siervos suyos que su Majestad os enviare. Yo sé que es ansí, y puestas en esto, como lo vais entendiendo, que en hacer otra cosa faltais al verdadero amigo y esposo vuestro, creed que muy en breve ganaréis esta libertad, y de los que por solo él os quisieren, podeis fiar mas que de todos vuestros deudos, y que no os faltarán y en quien no pensais hallaréis padres y hermanos. Porque como estos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras: los que la pretenden de nosotras, como nos ven pobres, y que en nada les podemos aprovechar, cánsanse presto que aunque esto no sea en general, es lo mas usado en el mundo, porque

en fin es mundo. Quien os dijere otra cosa, y que es virtud hacerla no lo creais, que si dijese todo el daño que traen consigo, me habia de alargar mucho. Y porque otros que saben lo que dicen mejor, han escrito en esto, basta lo dicho. Parece que, pues con ser tan imperfecta lo he entendido tanto, ¿qué harán los que son perfectos? Todo este decirnos que huyamos del mundo, que nos aconsejan los Santos, claro está que es bueno. Pues creed que, como he dicho, lo que mas se apega dél, son los deudos, y lo mas malo de desapegar.

por eso hacen bien las que huyen de sus tierras, si les vale, digo que no creo va en huir el cuerpo, sino que determinadamente se abrace el alma con el buen Jesús Señor Nuestro, que como allí lo halla todo lo olvida todo. Aunque ayuda es muy grande apartarnos, hasta que ya tengamos conocida esta verdad, que después podrá ser que quiera el Señor, por darnos cruz en lo que soliamos tener gusto que tratemos con ellos.

CAPÍTULO X

Trata como no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mesmas, y como está junta esta virtud y la humildad.

Desasiéndonos del mundo y deudos, y encerradas aquí con las condiciones que están dichas, ya parece lo tenemos todo hecho. O hermanas mias, no os asegureis, no os echeis á dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabeis que no hay peor ladron que el de casa, pues quedamos nosotras mesmas, que si no se anda con gran cuidado, y cada una (como en negocio mas importante que todos) no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que pueda volar á su Hacedor, sin ir cargada de tierra y de plomo.

Grande remedio es para esto, traer muy contino en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar la aficion de las cosas que son tan baladíes, y ponerla en lo que nunca se acaba (que aunque parece flaco medio, viene á fortalecer mucho el alma) y en las muy pequeñas cosas traer gran cuidado, en aficionándonos á alguna, procurar apartar el pensamiento della y volverle á Dios, y su Majestad ayuda; y hanos hecho gran merced, que en esta casa lo mas está hecho. Puesto que este apartarnos de nosotras

mesmas, y ser contra nosotras, es recia cosa, porque estamos muy juntas y nos amamos mucho, aquí puede entrar la verdadera humildad; porque esta virtud y estotra: paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas que no hay para qué las apartar. No son estos los deudos de que yo aviso que se aparten, sino que los abracen y los amen, y nunca se vean sin ellas.

¡O soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones: no haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos: no tiene á quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, si no lo tiene por pérdida: solo teme descontentar á su Dios, y suplicarle le sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera, que nunca las vé, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas en tanto, que siempre anda procurando tenerlas, y valas perficionando en sí mas; aunque bien se señalan los que las tienen, luego se da á entender á los que las tratan, sin querer ellos.

¡Mas qué desatino, ponerme yo á loar humildad y mortificacion, estando tan loadas del Rey de la gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Pues, hijas mias, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que en hallándolas, hallareis el maná; todas las cosas os sabrán bien, por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces. Ahora pues, lo primero que hemos de procurar, es quitar de nosotras el amor deste cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar á Dios la guerra que dan á monjas en especial, y aun á las que no lo son, estas dos cosas. Mas algunas monjas no parece que venimos á otra cosa al monasterio sino á procurar no morirnos: cada una lo procura como puede. Aquí á la verdad poco lugar hay deso con la obra, mas no querria yo que hubiese el deseo. Determinaos, hermanas, que venis á morir por Cristo, y no á regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar, y guardar la órden, y tanto en hora buena se quiere guardar la órden con procurar la salud para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un dia. Pues no sé yo á qué venimos, no hayan miedo que nos falte discrecion en este ca-

se por maravilla, que luego temen los confesores que nos hemos de matar con penitencias, y es tan aborrecido de nosotras esta falta de discrecion, que ansí lo cumpliésemos todo.

A las que lo hicieren al contrario, sé que no se les dará nada de que diga esto, ni á mí de que digan que juzgo por mí, que dicen verdad; creo, y sólo cierto, que tengo mas compañeras, que terné injuriadas por hacer lo contrario. Tengo para mí, que ansí quiere el Señor que seamos mas enfermas: al menos á mí hízome el Señor gran misericordia en serlo, porque como me habia de regalar ansí como ansí, quiso que fuese con causa, pues es cosa donosa las que andan con este tormento que ellas mesmas se dan. Algunas veces dales un frenesí de hacer penitencias, sin camino ni concierto, que duran dos dias, á manera de decir: después pónoles el demonio en la imaginacion, que les hizo daño, y que nunca mas penitencia, ni la que manda la órden, que ya la probaron. No guardamos unas cosas muy bajas de la regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido á la imaginacion que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata. Un dia, porque nos dolió, y otro porque no nos ha dolido; y otros tres, porque no nos duela, y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza, para que no podamos hacer lo uno ni lo otro; y á las veces es poco el mal, y nos parece que no estamos obligadas á hacer nada, que con pedir licencia cumplimos.

Diréis, que ¿por qué la da la priora? A saber lo interior, por ventura no lo haria; mas como le haceis informacion de necesidad, y no falta un médico que ayuda por la mesma que vos le haceis, y una amiga ó parienta que llore al lado, aunque la pobre priora alguna vez ve que es demasiado, ¿qué ha de hacer? Queda con escrúpulo si falta en la caridad; quiere mas que falteis vos que ella, y no le parece justo juzgaros mal. O este quejar, válame Dios, entre monjas, él me perdone, que temo es ya costumbre. Estas son cosas que puede ser que pasen alguna vez, y porque os guardeis dellas, las pongo aquí, porque si el demonio nos comienza á amedrentar con que nos faltará la salud, nunca harémos nada. El Señor nos dé luz para acertar en todo. Amen.

CAPITULO XI

Prosigue en la mortificacion, y dice lo que se ha de adquirir en las enfermedades.

Cosa imperfectísima me parece, hermanas mias, este quejarnos siempre con livianos males, si podeis sufrirlo no lo hagais. Cuando es grave mal, él mesmo se queja, es otro quejido, y luego se parece. Mirad que sois pocas, y si una tiene esta costumbre, es para traer fatigas á todas, si os teneis amor, y caridad sino que la que estuviere de mal, que sea de veras mal lo diga, y tome lo necesario, que si perdeis el amor propio, sentiréis tanto cualquier regalo, que no hayais miedo que tomeis sin necesidad, ni os quejeis sin causa; cuando la haya, seria muy bueno decirla, y mejor mucho que tomarle sin ella, y muy malo si no se apiadasen; mas deseo á buen seguro, que á donde hay oracion y caridad, y tan pocas, que os veréis una á otras la necesidad, que nunca falte el regalo ni el cuidado de curaros. Mas unas flaquezas y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlas, que algunas veces pone el demonio imaginacion destos dolores, quítanse y pónense, si no se pierde la costumbre de decirlo, y quejaros del todo si no fuera á Dios, nunca acabaréis.

Pongo tanto en esto, porque tengo para mí que importa, y que es una cosa que tiene muy relajados los monasterios; y este cuerpo tiene una falta, que mientras mas le regalan, mas necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado, y como tiene algun buen color, por poca que sea la necesidad, engaña á la pobre del alma para que no medre. Acordaos que de pobres enfermos habrá que tengan á quien se quejar: pues pobres y regaladas, no lleva camino. Acordaos tambien de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas, de suerte que con graves males, por no dar enfado á sus maridos no se osan quejar, y con grandes trabajos, pues pecadora de mí, sé que no venimos aquí á ser mas regaladas que ellas. ¡O que estais libres de grandes trabajos del mundo! Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos. Pues es una mujer mal casada, y porque no lo sepa su marido, no lo dice ni se queja, pasa mucha mala ventura sin descansar con nadie; ¿y no pasarémos algo entre Dios y nosotras de males que nos da por nuestros pecados? Cuanto mas que es no nada lo que se aplaca el mal.

En todo esto que he dicho no trato de males recios, cuando

hay calentura mucha, aunque pido que haya moderacion y sufrimiento siempre, sino unos malecillos que se pueden pasar en pié, sin que matemos á todos con ellos. ¿Mas qué fuera si esto se hubiera de ver fuera desta casa? ¿Qué dijeran todas las monjas de mí? Y qué de buena gana, si alguna se enmendara lo sufriera yo; porque por una que haya desta suerte, viene la cosa á términos, que por la mayor parte no creen á ninguna por graves males que tenga. Acordémonos de nuestros Santos Padres pasados ermitaños, cuya vida pretendemos imitar, ¿qué pasarian de dolores, y qué á solas, y qué de frios y hambre, y sol y calor, sin tener á quien se quejar sino á Dios? ¿Pensais que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras. Y creed, hijas, que en comenzando á vencer estos cuerpezuelos, no nos cansan tanto: hartas habrá que miren lo que habeis menester, descuidaos de vosotras, si no fuere á necesidad conocida. Si no nos determinamos á tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca harémos nada: procurad de no tenerla y dejaros todas en Dios, venga lo que viniere. ¿Qué va en que muramos? De cuantas veces nos ha burlado el cuerpo, ¿no burlariamos alguna vez dél? Y creed, que esta determinacion importa mas de lo que podemos entender. Porque de muchas veces, que poco á poco lo vamos haciendo con el favor del Señor, quedarémos señoras dél. Pues vencer un tal enemigo es gran negocio para pasar en la batalla desta vida: hágalo el Señor como puede: Bien creo que no entiende la ganancia sino quien ya goza de la vitoria, que es tan grande, á lo que creo, que nadie sentirá pasar trabajo, por quedar en este sosiego y señorío.

CAPITULO XII

Trata de cómo ha de tener en poco la vida y la honra el verdadero amador de Dios

Vamos á otras cosas, que tambien importan harto aunque parecen menudas; trabajo grande parece todo y con razon, porque es guerra contra nosotras mesmas; mas comenzando á obrar, obra Dios tanto en el alma y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco cuanto se puede hacer en esta vida: y pues las monjas hacemos lo mas, que es dar la libertad por amor de Dios, poniéndola en otro poder, y pasar tantos trabajos, ayunos, silencio, encerramiento, servir el coro, que por

mucho que nos queramos regalar, es alguna vez: y por ventura es sola yo, en muchos monasterios que he visto. ¿Pues por qué nos hemos de detener en mortificar lo interior, pues en esto está el ir todo estotro bien concertado, y muy mas meritorio y perfecto, y después obrarlo con mucha suavidad y descanso?

Esto se adquiere con ir poco á poco, como he dicho, no haciendo nuestra voluntad y apetito, aun en cosas muy menudas, hasta acabar de rendir el cuerpo al espíritu. Torno á decir, que está el todo ó gran parte en perder cuidado de nosotras mesmas y de nuestro regalo: que quien de verdad comienza á servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida, pues le ha dado su voluntad. ¿Qué temen en dar esta? Que si es verdadero religioso ó verdadero orador, y pretende gozar regalos de Dios, sé que no ha de volver las espaldas á desear morir por él, y pasar cruz. ¿Pues ya no sabeis, hermanas, que la vida del buen religioso, y del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio? Largo, porque para compararle á los que de presto los degollaban, puédese llamar largo, mas toda la vida es corta, y algunas cortísimas. Y qué sabemos si seremos de tan corta, que desde una hora ó momento que nos determinamos á servir del todo á Dios, se acabe. Posible sería, que en fin todo lo que tiene fin, no hay que hacer caso dello, y de la vida mucho menos, pues no hay dia seguro; y pensando que cada hora es la postrera, ¿quién no la trabajará?

Pues creedme, que pensar esto es lo mas seguro; por eso mostrémonos á contradecir en todo, nuestra voluntad, que aunque no se haga de presto, si traeis cuidado con oracion, como he dicho, sin saber cómo, poco á poco os hallareis en la cumbre. Mas que gran rigor parece decir que no nos hagamos placer en nada, como no se dice los gustos y deleites que trae consigo esta contradiccion, y lo que se gana con ella aun en esta vida. Aquí como todas lo usais, estáse lo mas hecho: unas á otras se despiertan y ayudan; y así ha de procurar cada una ir adelante de las otras. En los movimientos interiores se traya mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre por su pasion de decir, ni pensar para detenerse en ello, si soy mas antigua en la órden, si he mas años, si he trabajado mas, si tratan á la otra mejor.

Estos pensamientos, si viniesen, es menester atajarlos con presteza, que si se detienen en ellos ó los ponen en plática, es pestilencia, y de donde nacen grandes males en los monasterios. Si tuvieren prelada que consienta cosas destas por poca que sea, crean que por sus pecados ha permitido Dios la

tengan, para comenzar á perderse, y clamen á él, y toda su oracion sea porque dé el remedio, porque están en peligro. Podrá ser que digan, que para qué pongo tanto en esto y que va con rigor, que regalos hace Dios á quien no está tan desasido. Yo lo creo, que con su sabiduría infinita ve que conviene para traerlos á que lo dejen todo por él. No llamo dejarlo entrar en religion, que impedimentos puede haber, y en cada parte puede el alma perfecta estar desasida y humilde: ello á mas trabajo suyo, que gran cosa es el aparejo. Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra, ó de hacienda (y esto tambien puede haber en los monasterios, como fuera, aunque mas quitadas están las ocasiones, y mayor sería la culpa) aunque tengan muchos años de oracion, ó por mejor decir, consideracion (porque oracion perfecta, en fin, quita estos resabios) nunca medran mucho, ni llegarán á gozar el verdadero fruto de la oracion.

Mirad si os valgo, hermanas, en estas que parecen naderías, pues no estais aquí á otra cosa. Vosotras no quedais mas honradas y el provecho perdido, para lo que podriades mas ganar: ansí que deshonra, y pérdida cabe aquí junto: cada una mire en lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada. Paréceme que el verdadero humilde aun de primer movimiento, no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría; porque como es tan sagaz teme el golpe. Es imposible si una es humilde, que no gane mas fortaleza en esta virtud y aprovechamiento, si el demonio la tiesta por ahí: porque está claro que ha de dar vuelta sobre su vida, y mirar lo poco que ha servido, con lo mucho que debe al Señor, y la grandeza que él hizo en abajarse á sí, para dejarnos ejemplo de humildad y mirar sus pecados, y á donde merecía estar por ellos. Y con estas consideraciones sale el alma tan ganancioso, que no osa tornar otro dia, por no ir quebrada la cabeza.

Este consejo tomad de mí, y no se os olvide, que no solo en lo exterior, que sería gran mal no quedar con ganancia, mas en lo interior procurad que la saquen las hermanas de vuestra tentacion, si quereis vengaros del demonio, y libraros mas presto de la tentacion: y que ansí como os venga, os descubrais á la prelada, y le rogueis y pidais que os mande hacer algun oficio bajo, ó como pudiéredes lo hagais vos, y andeis estudiando en esto como doblar vuestra voluntad en cosas contrarias, que el Señor os las descubrirá, y con mortificaciones públicas, pues se usan en esta casa, y con esto durará poco la tentacion, y procurad mucho que dure poco. Dios nos libre de personas que le quieren servir, acordarse de honra ó temer deshonra: mirad que es mala ganancia, y

como he dicho, la misma honra se pierde con desearla especial en las mayorías, que no hay tósigo en el mundo que así mate, como estas cosas la perfeccion.

Diréis que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso dellas; no os burleis con eso, que crece como espuma en los monasterios, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro: como son estos puntos de honra, y mirar si nos hicieren agravio. Sabeis porque (sin otras hartas cosas) por ventura en una comienza por poco, y no es casi nada, y luego mueve el demonio á que la otra le parezca mucho, y aun pensará que es caridad decirle, que como consiente aquel agravio, que Dios le dé paciencia, que se lo ofrezca, que no sufriera mas un Santo.

Finalmente, pone el demonio un caramillo en la lengua de la otra que ya que acabais con vos de sufrir, quedais aun tentada de vanagloria, de lo que no sufristeis con la perfeccion que se habia de sufrir. Y esta nuestra naturaleza es tan flaca, que aun quitándonos la ocasion con decirnos que no hay que sufrir, pensamos que hemos hecho algo y lo sentimos, cuanto mas ver que lo sienten por nosotras. Hácenos crecer la pena, y pensar tenemos razon, y pierde el alma to-

das las ocasiones que habia tenido para merecer, y queda mas flaca y abierta la puerta del demonio, para que otra vez venga con otra cosa peor. Y aun podria acaecer (aun cuando vos querais sufrirlo) que vengan á vos y os digan que si sois bes-

tia, que bien es que se sientan las cosas. ¡O por amor de Dios, hermanas mías, que á ninguna la mueva indiscreta caridad, para mostrar lástima de la otra en cosa que toque á estos fingidos agravios, que es como la que tuvieron los amigos del santo Job, con él y su mujer!

CAPÍTULO XIII

Prosigue en la mortificacion, y cómo la religiosa ha de huir de los puntos y razones del mundo, para allegarse á la verdadera razon.

Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se os olvide, que en esta casa y aun en toda persona que quiere ser perfecta, se huya mil leguas de razon tuve, hiciéronme sinrazon, no tuvo razon quien esto hizo conmigo; de malas razones nos libre Dios. ¿Paréceos que había razon, para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias, y se las hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razon, no sé yo para qué está en el monasterio: tórnese al mundo, á donde no la guardarán esas razones. ¿Por ventura podeis pasar tanto, que no debais mas? ¿Qué razon es esta? Por cierto yo no la entiendo. Cuando nos hicieren alguna honra ó regalo, ó buen tratamiento, saquemos estas razones, que cierto es contra razon nos le hagan en esta vida; mas cuando agravios (que así los nombran, sin hacernos agravio) yo no sé que hay que hablar. O somos esposas de tan gran Rey, ó no. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay que no participe de las deshonras que á su esposo hacen aunque no le quiera por su voluntad? En fin, de honra ó deshonra participan ambos. Pues querer tener parte en su reino y gozarle, y de las deshonras y trabajos querer quedar sin ninguna parte, es disbarate. No nos lo deje Dios querer, sino que la que pareciere que es tenida entre todas en menos, se tenga por mas bienaventurada. Y verdaderamente así lo es, si lo lleva como lo ha de llevar, que no le faltará honra en esta vida ni en la otra, créanme esto á mí.

Mas qué disbarate he dicho, que me crean á mí, diciéndolo la verdadera Sabiduría. Parezcámonos, hijas mías, en algo á la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusion nombrarnos monjas suyas, que por mucho que nos parezca que nos humillamos, quedamos bien

cortas, para ser hijas de tal Madre, y esposas de tal Esposo. Así que si las cosas dichas no se atajan con diligencia, lo que hoy no parece nada, por ventura mañana será pecado venial, y es de tan mala digestion, que si os dejais no quedará solo: es cosa muy mala para congregaciones. En esto habiamos de mirar mucho las que estamos en ellas, por no dañar á las que trabajan para hacernos bien y darnos buen ejemplo. Y si entendiésemos cuán gran daño se hace en que se comience una mala costumbre, mas querriamos morir, que ser causa dello; porque esa es muerte corporal, y pérdidas en las almas es gran pérdida, y que me parece que no se acaba de perder, porque muertas unas vienen otras, y á todas por ventura les cabe mas parte de una mala costumbre que pusimos, que de muchas virtudes. Porque el demonio no la deja caer, y las virtudes la mesma flaqueza natural las hace perder, si la persona no tiene la mano, y pide favor á Dios.

¡O qué grandísima caridad haria, y qué gran servicio á Dios, la monja que así viese que no puede llevar las costumbres que hay en esta casa, en conocerlo, é irse antes que profesase y dejar á las otras en paz! Y aun en todos los monasterios (al menos si me creen á mí no la ternán, ni darán profesion, hasta que de muchos años esté probado á ver si se enmienda. No llamo faltas en la penitencia y ayunos, porque aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño. Mas unas condiciones, que ha de suyo amigas de ser estimadas y tenidas, y mirar las faltas ajenas, y nunca conocer las suyas y otras cosas semejantes, que verdaderamente nacen de poca humildad, si Dios no favorece con darle grande espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda, os libre Dios de que queden en vuestra compañía. Entended que ni ella sosegará, ni os dejará sosegar á todas.

Esto me lastima de los monasterios, que muchas veces por no tornar á dar el dinero del dote, dejan el ladron que les robe el tesoro, ó por la honra de sus deudos. En esta casa teneis ya aventurada y perdida la honra del mundo (porque las pobres no son honradas) no tan á vuestra costa querais que lo sean los otros. Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir á Dios: quien pensare que desto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa, que para esto ordenaron nuestros Padres la probacion de un año, y aquí quisiera yo que no se diera en diez la profesion, que á la monja humilde poco se le diera en no ser profesa; bien supiera que si era buena no la habian de echar: y si no lo es, para qué quiere hacer daño á este colegio de Cristo? Y no llamo no ser buena cosa de vanidad, que con el favor de Dios creo estará léjos desta casa: llamo

no ser buena, no estar mortificada, sino con asimiento de cosas del mundo ó de sí en estas cosas que he dicho. Y la que mucho en sí no la viere, créame ella misma, y no haga profesion, si no quiere tener un infierno acá, y plegue á Dios no sea otro allá; porque hay muchas cosas en ella para ello, y por ventura ella y las demás no lo entenderán como yo. Créanme esto, y sino el tiempo les doy por testigo, que el estilo que pretendemos llevar, es no solo de ser monjas sino ermitañas como nuestros Padres santos pasados, y así se desasen de todo lo criado. Y á quien el Señor ha escogido para aquí, particularmente vemos que la hace esta merced, y aunque ahora no sea en toda perfeccion, vése que va ya á ella por el gran contento que le da, y alegría de ver que no ha de tornar á tratar con cosa de la vida, y el sabor que siente de todas las cosas de la religion.

Torno á decir, que si se inclina cosas del mundo, y no se ve ir aprovechando, que no es para estos monasterios; puédese ir á otro si quiere ser monja, y si no verá como le sucede. No se quejó de mí (que comencé este) porque no la avisé. Es esta casa un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar á Dios Nuestro Señor, y no hace caso de contento suyo, y tiene muy buena vida: en queriendo algo mas, lo perderá todo, porque no lo puede tener. Y alma descontenta, es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar le da en rostro; y lo que los sanos comen con gran gusto, le hace asco en el estómago. En otra parte se salvará mejor, y podrá ser que poco á poco llegue á la perfeccion que aquí no pudo sufrir, por tomarse por justo; que aunque en lo interior se guarde tiempo para del todo desasirse y mortificarse, en lo exterior ha de ser con brevedad, por el daño que puede hacer á las otras. Y si aquí viendo que todas lo hacen, y andando en tan buena compañía siempre, no aprovecha en un año, temo que no aprovechará en muchos. No digo que sea tan cumplidamente como en las otras, mas que se entienda, que va cobrando salud, que luego se ve cuando el mal no es mortal.

CAPITULO XIV

En que trata lo mucho que importa en no dar profesion á ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas.

Bien creo que favorece al Señor mucho á quien bien se determina, y por eso se ha de mirar qué intento tiene la que entra, no sea solo por remediarse, como acaece ahora á muchas, puesto que el Señor puede perficionar este intento, si es persona de buen entendimiento: que si no, en ninguna manera se tome, porque ni ella se entenderá como entra, ni despues á las que la quieren poner en lo mejor. Porque por la mayor parte, quien esta falta tiene, siempre le parece que atina mas lo que conviene, que los mas sabios. Y es mal que le tengo por incurable, porque por maravilla deja de traer consigo malicia: á donde hay muchas podráse tolerar, y entre tan pocas no se podrá sufrir. Un buen entendimiento si se comienza á aficionar al bien, ásese á él con fortaleza, porque ve que es lo mas acertado: y cuando no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo, y para muchas cosas sin cansar á nadie: cuando este falta, yo no sé para qué puede aprovechar en comunidad, y podria dañar harto. Esta falta no se ve muy en breve, porque muchas hablan bien y entienden mal; y otras hablan corto y no muy cortado, y tienen entendimiento para mucho. Bien que hay unas simplicidades santas que saben poco para negocios y estilo de mundo, y mucho para tratar con Dios. Por eso es menester gran informacion para recibirlas, y larga probacion para hacerlas profesas. Entienda una vez el mundo, que tienes libertad para echarlas, que en monasterio donde hay asperezas, muchas ocasiones hay; y como se use, no lo tornan por agravio.

Digo esto, porque son tan desventurados estos tiempos, y tánta nuestra flaqueza, que no basta tenerlo por mandamiento de nuestros pasados, para que dejemos de mirar lo que han tomado por honra los presentes, para no agraviar los deudos, sino que por no hacer un agravio pequeño, por quitar un dicho que no es nada, dejamos olvidar las virtuosas costumbres. Plegue á Dios no lo paguen en la otra vida las que las admiten que nunca falta un color con que nos hacemos entender, que se sufre hacerlo: y este es un negocio que cada una por sí lo habia de mirar, y encomendar á Dios, y animar á la prelada, que es cosa que tanto importa á todas; y ansi suplico á Dios en ello os dé luz. Y tengo para mí que cuando la prelada sin

aficion ni pasion mira lo que está bien á la casa, nunca la dejará Dios errar, y en mirar estas piedades y puntos necios, creo que no deja de haber yerro.

CAPITULO XV

Que trata del gran bien que hay en disculparse, aunque se vean condenados sin culpa.

Confusion grande me hace lo que os voy á persuadir, que no os disculpeis, que es costumbre perfectísima y de gran mérito, porque habia de obrar lo que os digo en esta virtud. Es ansí, que yo confieso haber aprovechado muy poco en ella. Jamás me parece que me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito, y sería muy mal no hacer: no tengo discrecion, ó por mejor decir, humildad para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de grande humildad verse condenar sin culpa, y callar: y es gran imitacion del Señor, que nos quitó todas las culpas. Y ansí os ruego mucho traigais en esto cuidado, porque trae consigo grandes ganancias, y en procurar nosotras mesmas librarnos de culpa: ninguna veo, si no es, como digo, en algunos casos que podria causar enojo no decir la verdad. Esto quien tuviere mas discrecion que yo lo entenderá, creo que va mucho en acostumbrarse á esta virtud, y en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad, que de aquí debe venir; porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido, y condenado, aunque no haya hecho por qué. Si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales, ni ayuda de nadie, sino de Dios.

Estas virtudes grandes, hermanas mias, querria yo fuese vuestro estudio y nuestra penitencia, que en otras grandes y demasiadas penitencias, ya sabeis que os voy á la mano, porque pueden hacer daño á la salud, si son sin discrecion. En estotro no hay que temer, porque por grandes que sean las virtudes interiores, no quitan las fuerzas del cuerpo para servir á la religion, sino fortalecen el alma, y en cosas muy pequeñas se pueden (como he dicho otras veces) acostumbrar para salir con vitoria en las grandes. Mas que bien se escribe esto, y que mal lo hago yo: á la verdad en cosas grandes nunca he yo podido hacer esta prueba, porque nunca oí decir

nada de mi que fuese malo, que no viese claro que quedaban cortos; porque aunque no eran las mesmas cosas, tenia ofendido á Dios Nuestro Señor en otras muchas, y parecíame que habian hecho harto en dejar aquellas, que siempre me huelgo yo mas que digan de mí lo que no es, que no las verdades. Ayuda mucho á traer consideracion cada uno de lo mucho que se gana por todas vias, y por ninguna pierde, á mi parecer: gana lo principal en seguir en algo el Señor. Digo en algo, bien mirado nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenas dellas, pues cae siete veces al dia el justo, y seria mentira decir que no tenemos pecado. Así que aunque no sea en lo mesmo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús.

¡O Señor mio! Cuando pienso por qué de maneras padecistes, y como por ninguna lo merecíades, no sé qué me diga de mí, ni donde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni á donde estoy cuando me disculpo. Sabeis Vos, bien mio, que si tengo algun bien, que no es dado por otras manos sino por las vuestras. ¿Pues qué os va mas, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecia las mercedes que me habeis hecho. ¿Es posible que yo he de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de Vos, que sois bien sobre todos los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mio, ni querria yo que sufriésedes Vos que haya en vuestra sierva cosa que no contente á vuestros ojos. Pues mirad, Señor, que los mios están ciegos, y se contentan de muy poco, dadme Vos luz, y haced con verdad yo desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado á Vos amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué pensamos sacar de contentar á las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpadas de todas ellas, si delante de Vos, Señor, estamos sin culpa?

¡O hermanas mias, que nunca acabamos de entender esta verdad, y así nunca acabarémos de estar en la cumbre dela perfeccion, si mucho no la andamos considerando, y pensando, qué es lo que es, y qué es lo que no es! Pues cuando no hubiese otra ganancia, sino la confusion que le quedará á la persona que os hubiere culpado, de ver que Vos sin ella os dejais condenar, es grandísima. Mas levanta una cosa destas á las veces el alma, que diez sermones. Pues todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras, pues el Apóstol, y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos de palabras. Nunca penseis que ha destar secreto el mal ó el bien que hiciéredes, por encerradas que esteis. ¿Y pensais, hijas, que aunque vosotras no os disculpeis, ha de faltar quien torne por

vosotras? Mirad cómo respondió el Señor por la Magdalena en casa del fariseo, y cuando su hermana la culpaba. No os llevará por el rigor que así, que ya al tiempo que tuvo un ladrón que tomase por él, estaba en la cruz. Ansí que su Majestad moverá á quien torne por vosotras, y cuando no, no será menester.

Esto yo lo he visto, y es ansí, (aunque no querría que se os acordase, sino que os holgásedes de quedar culpadas) y el provecho que veréis en vuestra alma, el tiempo os doy por testigo; porque se comienza á ganar libertad, y no se da mas que digan mal, que bien, antes parece que es negocio ajeno; y es como cuando están hablando dos personas, que como no es con nosotras mesmas, estamos descuidadas de la respuesta; ansí es acá con la costumbre que está hecha, de que no hemos de responder, no parecen que hablan con nosotros. Parecerá esto imposible á los que somos muy sentidos, y poco

mortificados: á los principios dificultoso es, mas yo sé que se puede alcanzar esta libertad, y negacion, y desasimiento de nosotras mesmas con el favor del Señor.

CAPÍTULO XVI

De la diferencia que ha de haber en la perfeccion de la vida de los contemplativos á los que se contentan con oracion mental: y como es posible algunas veces subir Dios un alma distraida á perfecta contemplacion, y la causa dello. Es mucho de notar este capítulo y el que viene sabe él.

No os parezca mucho todo esto, que voy entablando el juego, como dicen. Pedísteseme os dijese al principio de oracion: yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este principio, porque aun no le debo tener destas virtudes, no sé otro. Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun si me habeis de reprender porque hablo en cosa de juego, no le habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dió Dios que hasta esta vanidad sabia; mas dicen que es lícito algunas veces, y cuán lícita seria para nosotras esta manera de juego, y cuán presto si mucho lo usamos, daremos mate á este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá. La dama es la que mas guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que ansí le haga rendir como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello á nuestras almas. Y creed, que quien mas tuviere, mas le terná, y quien menos, menos. Porque yo no entiendo, ni puedo entender, como haya, ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad. No es posible estar estas dos virtudes en su perfeccion, sin gran desasimiento de todo lo criado.

¿Diréis, mis hijas, que para que os hablo de virtudes, que hartos libros teneis que os la enseñen, que no quereis sino contemplacion? Digo yo que aun si pidiérades meditacion, pudiera hablar della, y aconsejar á todas la tuvieran, aunque no tengan virtudes; porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos; y ninguno, por perdido que sea, si Dios le dispiera á tan gran bien, lo habia de dejar, como ya tengo escrito en otra parte, y otros muchos que saben lo que escriben, que yo por cierto no lo sé, Dios lo sabe. Mas contemplacion es otra cosa, hijas, que esto es el engaño que todos trae-

mos, que en llegándose uno un rato cada día á pensar sus pecados (que lo debe hacer si es cristiano de mas que nombre) luego dicen es muy contemplativo, y luego le quieren con tan grandes virtudes, como está obligado á tener el muy contemplativo, y aun él se quiere; mas yerra. En los principios no supo entablar el juego, pensó bastaba conocer las piezas para dar mate, y es imposible, que no se da en este modo de que hablamos esto Rey, sino á quien se le da del todo.

Así que, hijas, si quereis que os diga el camino para llegar á la contemplacion, sufrid que sea un poco larga en cosas, aunque no os parezcan luego tan importantes. A mi parecer no lo dejan de ser, y si no las quereis oir, ni obrar, quedaos con vuestra oracion mental toda nuestra vida, que yo os aseguro á vosotras, y á todas las personas que pretendieren este bien (ya puede ser que yo me engañe, porque juzgo por mí, que lo procuré veinte años) que llegueis á verdadera contemplacion.

Quiero ahora declarar, porque algunas no lo entenderéis, qué es oracion mental; y plegue á Dios que esta tengamos como se ha de tener: mas tambien he miedo que se tiene con harto trabajo, si no se procuran las virtudes, aunque no en tan alto grado, como para la contemplacion son menester. Digo que no vernà el Rey de la gloria á nuestra alma (digo á estar unido con ella) si no nos esforzamos á ganar las virtudes grandes. Quiérolo declarar, porque si en alguna cosa que no sea verdad me tomais, no creeréis cosa, y terniades razón si fuese con advertencia; mas no me dé Dios tal lugar, será no saber mas, ó no lo entender. Quiero, pues, decir, que algunas veces querrá Dios á personas que estén en mal estado hacerles tan gran favor, que las suba á la contemplacion, para sacarlas por este medio de las manos del demonio.

¡O Señor mio, qué de veces os hacemos andar á brazos con el demonio! ¿No bastara que os dejastes tomar en ellos, cuando os llevó al pináculo, para enseñarnos á vencerle? ¿Mas qué seria, hijas, ver junto aquel sol con las tinieblas, y qué temor llevaria aquel desventurado, sin saber de qué? Que no permitió Dios lo entendiese. Bendita sea tanta piedad y misericordia, que vergüenza habiamos de haber los cristianos de hacerle andar cada dia á brazos, como he dicho, con tan sucia bestia. Bien fué menester, Señor, que los tuviésedes tan fuertes. ¿Mas como no os quedaron flacos de tantos tormentos como pasastes en la cruz? ¡O que todo lo que se pasa con amor torna á soldarse! Y así creo que si quedáredes con la vida, el mesmo amor que nos teneis tornara á soldar vuestras llagas, que no fuera menester otra medicina. ¡O Dios mio, y

quién la pusiese tal en todas las cosas, que me diesen pena y trabajo, que de buena gana las desearia, si tuviese cierto ser curada con tan saludable ungüento!

Tornando á lo que decia, hay almas que entiende Dios, que

por este medio las puede granjear para sí, ya que las ve del todo perdidas, quiere su Majestad que no quede por él, y aunque estén en mal estado, y faltas de virtudes, dales gustos, y regalos, y ternura, que las comienza á mover los deseos, y aun pónelas en contemplacion algunas veces, pocas, y dura

poco: y esto (como digo) hace, porque las pruebe, si con aquel sabor se querrán disponer á gozarle muchas veces. Mas si no se disponen, perdonen (ó perdonadnos Vos, Señor, por mejor decir) que harto mal es que os llegueis Vos á un alma desta suerte, y se llegue ella después á cosa de la tierra para asirse á ella. Tengo para mí, que hay muchos con quien Dios Nuestro Señor hace esta prueba, y pocos los que se disponen para gozar de esta merced. Que cuando el Señor la hace, y no queda por nosotros, tengo por cierto, que nunca cesa de dar, hasta que llega á muy alto grado. Cuando no nos damos á su Majestad con la determinacion de que él se da á nosotros, harto hace en dejarnos en oracion mental, y visitarnos de cuando en cuando, como á criados que están en su viña: mas estotros son hijos regalados, no los querria quitar de cabe sí, ni los quita, porque ya ellos no se quieren quitar: siéntalos á su mesa, dales de lo que come, hasta quitar, como dicen, el bocado de la boca para dárselo.

¡O dichoso cuidado, hijas mias! ¡O bienaventurada dejacion de cosas tan pocas y tan bajas, que llega á tan gran estado! Mirad que se os dará estando en los brazos de Dios, que os culpe todo el mundo. Poderoso es para libraros de todo, que una vez que mandó hacer el mundo, fué hecho, su querer es obrar: pues no hayais miedo, que si no es para mas bien del que le ama, consienta hablar con vos: no quiere tampoco á quien le quiere. ¿Pues por qué, mis hermanas, no le mostrarémos nosotras, en cuanto podemos el amor? Mirad que es hermoso trueco, dar nuestro amor por el suyo: mirad que lo puede todo, y acá no podemos nada, sino lo que él nos hace poder. ¿Pues qué es esto que hacemos por Vos, Señor, hacedor nuestro? Que es tanto como nada, una determinacioncilla. Pues si con lo que no es nada, quiere su Majestad que merquemos el todo, no seamos desatinadas.

¡O Señor que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos! Que si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos: mas damos mil caidas y tropezones, y erramos el camino, por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino. Parece que nunca se anduvo segun es nos hace nuevo: cosa es para lastimar por cierto, lo que algunas veces pasa: por esto digo, que no parecemos cristianos, ni leimos la pasion en nuestra vida. Pues tocar en un puntico de ser menos, no se sufre, ni parece que se ha de poder sufrir: luego dicen, no somos santos. Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfecto, de decir no somos Angeles, no somos Santas. Mirad que aunque no lo seamos es gran bien pensar, si nos esforzamos lo podriamos ser, dándonos

Dios la mano, y no hayas miedo que quede por él, si no queda por nosotras. Y pues no venimos aquí á otra cosa, manos á la labor, como dicen, no entendamos, cosa en que se sirva mas el Señor, que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presuncion querria yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad, y tener una santa osadía, que Dios ayuda á los fuertes, y no es acetador de personas. Mucho me he divertido, quiero tomar á lo que decia. Combiene saber qué es oracion mental, y qué contemplacion; impertinente parece, mas para vosotras todo pasa; y podrá ser que lo entendais mejor por mi grosero estilo, que por otros elegantes. El Señor me dé favor para ello. Amen

CAPÍTULO XVII

De cómo no todas las almas son para contemplacion, y como algunas llegan á ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor.

Parece que voy entrando en la oracion, y fáltame un poco de decir, que importa mucho, porque es de la humildad, y es necesaria en esta casa; porque es el ejercicio principal de la oracion, y como he dicho, cumple mucho que traiga de entender cómo ejercitamos mucho en la humildad: y este es un gran punto della, y muy necesario para todas las personas que se ejercitan en oracion. ¿Cómo podrá el verdadero humilde pensar que es tan bueno como los que llegan á ser contemplativos? Que Dios le puede hacer tal, si por su bondad y misericordia, mas de mi consejo siempre se siente en el mas bajo lugar, que así nos dijo el Señor lo hiciésemos, y nos lo enseñó por la obra. Dispóngase para si Dios le quisiere llevar por ese camino; cuando no, para eso es la humildad, para tenerse por dichosa en servir á las siervas del Señor, y alabarle; porque mereciendo ser siervas de los demonios en el infierno, la trajo su Majestad entre ellas. No digo esto sin gran causa, porque, como he dicho, es cosa que importa mucho entender, que no á todos lleva Dios por un camino, y por ventura el que le parece que va mas bajo, está mas alto en los ojos del Señor.

Así que, no porque en esta casa todas traten de oracion, han de ser todas contemplativas, es imposible, y será grande consolacion para la que no lo es, entender esta verdad, que

esto es cosa que lo da Dios: y pues no es necesario para la salvacion, ni nos lo pide de precepto, no piense que se lo pedirá nadie, que por eso no dejará de ser muy perfecta, si hace lo que queda dicho. Antes podrá ser que tenga mucho mas mérito, porque es á mas trabajo suyo, y la lleva el Señor como á fuerte, y la tiene guardado junto todo lo que aquí no goza. No por eso desmaye, ni deje la oracion, y de hacer lo que todas, que á las veces viene el Señor muy tarde, y paga tambien, y tan por junto, como en muchos años ha ido dando á otros. Yo estuve mas de catorce, que nunca podia tener aun meditacion, sino junto con leccion. Habrá muchas personas desta arte, y otras, que aunque sea con la leccion no puedan tener meditacion, sino rezar vocalmente, y aquí se detienen mas. Hay pensamientos tan ligeros, que no pueden estar en una cosa, sino siempre desasosegados, y en tanto extremo que si le quieren detener á pensar en Dios, se les va á mil disbarates, y escrúpulos, y dudas.

Yo conozco una persona bien vieja de harto buena vida (que pluguiera á Dios fuera mi vida como la suya) penitente, y muy sierva de Dios, gastar hartas horas y hartos años en oracion vocal, y mental no haber remedio, cuando mas puede, poco á poco en las oraciones vocales se va deteniendo. Y otras muchas personas hay desta manera, y si hay humildad no creo yo que saldrán peor libradas al cabo, sino muy en igual de los que llevan muchos gustos, y con mas seguridad en parte, porque no sabemos si los gustos son de Dios, ó si los pone el demonio, y si no son de Dios, es mas peligroso, porque en lo que el demonio trabaja aquí, es en poner soberbia, que si son de Dios, no hay que temer, consigo traen la humildad, como escribí muy largo en el otro libro.

Estotros que no reciben gustos, andan con humildad sospechosos, que es por su culpa, siempre con cuidado de ir adelante, no van á otros llorar una lágrima, que si ellos no la tienen, no les parezca estar muy atrás en el servicio de Dios, y deben estar por ventura muy mas adelante; porque no son las lágrimas (aunque son buenas) todas perfectas. En la humildad, y mortificacion, y desasimiento, y otras virtudes, siempre hay mas seguridad: no hay que temer, ni hayais miedo que dejeis de llegar á la perfeccion, como los muy contemplativos. Santa era santa Marta, aunque no dicen que era contemplativa; ¿pues qué mas quereis que poder llegar á ser como esta bienaventurada, que mereció tener á Cristo Nuestro señor tantas veces en su casa, y darle de comer, y servirle, y comer á su mesa? Si se estuviera como la Magdalena siempre embebida, no hubiera quien diera de comer á este divino

huésped. Pues pensad que es esta congregacion la casa de santa Marta, y que ha de haber de todo; y las que fueren llevadas por la vía activa, no murmuren de las que mucho se embebieren en la contemplacion, pues saben que ha de tornar al Señor por ellas, aunque calle la mayor parte, las hace descuidar de sí y de todo. Acuérdense que es menester quien le guise la comida, y ténganse por dichosas en andar sirviendo con Marta. Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellas, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos.

Pues si contemplar, y tener oracion mental y vocal y curar enfermos, y servir en las cosas de casa, y trabajar, sea en lo mas bajo, todo es servir al huésped, que se viene á estar, y á comer, y á recrearse con nosotras, ¿qué mas se nos da servirle en lo uno que en lo otro? No digo yo que quede por nosotras, sino que lo probeis todo, porque no está esto en vuestro escoger, sino en el del Señor: mas si despues de muchos años quisiere á cada una para su oficio, gentil humildad será querer vosotras escoger: dejad hacer al Señor de la casa, sábio es, y poderoso, entiende lo que os conviene, y lo que le conviene á él tambien.

Estad seguras que haciendo lo que es en nosotras, y aparejándose para contemplacion, con la perfeccion que queda dicha, que si él no os la da, (y á lo que creo, no dejará de dar, si es de veras el desasimiento y humildad) que tiene guardado este regalo, para dároslo junto en el cielo, y que como otra vez he dicho, os quiere llevar como á fuertes, dándonos acá cruz, como siempre su Majestad la trajo. ¿Y qué mejor amistad que querer lo que quiso para sí, para vos? Y pudiera ser que no tuviérades tanto premio en la contemplacion. Juicios son suyos, no hay que meternos en ello. Harto bien es, que no quede á nuestro escoger, que luego como nos parece mas descanso, fuéramos todos grandes contemplativos. ¡O gran ganancia, no querer ganar por nuestro parecer, para no temer pérdida! Pues nunca permita Dios que la tenga él bien mortificado, sino para ganar mas.

CAPÍTULO XVIII

Que prosigue en la misma materia, y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos, que de los activos. Es de mucha consolación para ellos.

Pues yo os digo, hijas, á las que no lleva Dios por este camino, que á lo que he visto, y entendido de los que van por él, que no llevan la cruz mas liviana, y que os espantaríades por las vías y maneras que la da Dios. Yo sé de unos, y de otros, y sé claro que son intolerables los trabajos que Dios da á los contemplativos; y son de tal suerte, que si no les diese aquel manjar de gustos, no se podrían sufrir. Y está claro, que pues lo es, que á los que Dios mucho quiere lleva por camino de trabajos, y mientras mas les ama, mayores, no hay porque creer que tiene aborrecidos los contemplativos, pues por su boca los alaba y tiene por amigos. Pues creer que admite á su amistad á gente regalada, y sin trabajos, es disparate: tengo por muy cierto que se los da Dios mucho mayores. Y ansí como los lleva por camino barrancoso, y tan áspero, que á las veces les parece que se pierden, y han de comenzar de nuevo á tornarle á andar; ansi ha menester su Majestad darles mantenimiento, y no de agua sino de vino, para que embriagados con este vino de Dios, no entiendan lo que pasan, y lo puedan sufrir. Y ansi pocos veo verdaderos contemplativos, que no los vea animosos y determinados á padecer: que lo primero que hace el Señor, si son flacos, es ponerles ánimo, y hacerles que no teman trabajos. Creo que piensan los de la vida activa, por un pequito que los ven regalados, que no hay mas que aquellos: pues yo digo, que por ventura un dia de los que pasan no lo pudiésedes sufrir. Ansi que, el Señor como conoce á todos para lo que son, da á cada uno su oficio, el que mas ve que conviene á su alma, y al mesmo Señor, y al bien de los prójimos. Y como no quede por no haberos dispuesto, no hayais miedo que se pierda vuestro trabajo.

Mirad que digo que todas lo procuremos, pues no estamos aquí á otra cosa, y no un año, ni dos solos, ni aun diez, porque no parezca que los dejamos de cobarde. Y es bien que el Señor vea que no queda por nosotras, como los soldados, que aunque mucho hayan servido, siempre han de estar á punto, para que el capitan los mande en cualquier oficio que quiera ponerlos, pues les ha de dar un sueldo muy bien pagado: y cuán mejor pagado le pagará nuestro Rey, que los de la tierra.

Pues como el capitan los ve presentes, y con gana de servir, y tiene ya entendido para lo que es cada uno, reparte los oficios como ve las fuerzas, y si no estuviesen presentes, no les daria nada, ni mandaria en que sirviesen.

Ansí que, hermanas, oracion mental, y quien esta no pudiere, vocal, y leccion, y coloquios con Dios, como después diré: no deje las horas de oracion, que no sabe cuándo llamamará el Esposo (no le acaezca como á las vírgenes locas) y las querrá dar más trabajo disfrazado con gusto, y si no se le diere, entienda que no es para ello, y que le conviene lo otro. Y aquí entra el merecer con la humildad, creyendo con verdad, que aun para lo que hacen, no son. Andar alegres sirviendo en lo que les mandan, como he dicho; y si es de veras esta humildad, bienaventurada tal sierva de vida activa, que no murmurará sino de sí, deje á las otras con su guerra, que no es pequeña. Porque aunque en las batallas el alférez no pelea, no por eso deja de ir en gran peligro, en lo interior debe de trabajar mas que todos, porque como lleva la bandera, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos, no la ha de dejar de las manos: ansí los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad, y sufrir cuantos golpes les dieren, sin dar ninguno, porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no la dejar de las manos por peligros en que se vean, sin que muestren flaqueza en padecer, para eso los dan tan honroso oficio.

Miren lo que hacen, porque si el alférez deja la bandera, perderse ha la batalla: y ansí creo que se hace gran daño en los que no están tan adelante, si á los que tienen ya en cuenta de capitanes, y amigos de Dios, les ven no ser sus obras conforme al oficio que tienen. Los demás soldados vánse como pueden, y á las veces se apartan de donde ven el mayor peligro, y no los echa nadie de ver, ni pierden honra: estotros llevan todos los ojos en ellos, no se pueden bullir. Bueno es el oficio, y honra grande, y merced hace el rey á quien le da, mas no se obliga á poco en tomarlo.

Ansí que, hermanas mías, no nos entendemos, ni sabemos lo que pedimos, dejemos hacer al Señor, que nos conoce mejor que nosotras mesmas; y la humildad es, contentarnos con lo que nos dan, que hay algunas peronas que por justicia parece quieren pedir á Dios regalos. Donosa manera de humildad; por eso hace bien el conocedor de todos, que pocas veces creo les da á estos: ve claro que no son para beber el cáliz suyo. Pues para entender, hijas, si estais aprovechadas, será en si entendiere cada una que es la más ruin de todas, y que se entienda en sus obras que lo conoce así, para aprove-

chamiento y bien de las otras; y no en la que tiene mas gustos en la oracion, y arrobamientos y visiones, y mercedes que le hace el Señor desta suerte, que hemos de aguardar al otro mundo para ver su valor. Estotro es moneda que corre, es renta que no falta, son juros perpétuos, y no censo de al quitar (que estotro quítese, y póngase) una virtud grande de humildad y mortificacion, de gran obediencia en no ir un punto contra lo que manda el prelado, que sabeis verdaderamente que es lo manda Dios, pues está en su lugar.

En esto de obediencia es en lo que mas habia de decir y por parecerme, que si no la hay, es no ser monjas, no digo nada dello, porque hablo con monjas (y á mi parecer buenas, al menos que lo desean ser) en cosa tan sabida é importante, no más de una palabra, porque no se olvide. Digo, que quien estuviere por voto debajo de obediencia, y faltare, no trayendo todo cuidado en cómo cumplirá con mayor perfeccion este voto, que no sé para qué está en el monasterio. Al ménos yo la aseguro que mientras aquí faltare, que nunca llegue á ser contemplativa, ni aun buena activa. Esto tengo por muy cierto, y aunque no sea persona que tiene á esto obligacion, si quiere ó pretende llegar á contemplacion ha menester para ir muy acertada dejar su voluntad con toda determinacion en un confesor que sea tal. Porque esto es ya cosa muy sabida, que aprovechan mas desta suerte en un año, que sin esto en muchos, y porque para vosotras no es menester, no hay que hablar dello.

Concluyo con que estas virtudes son las que yo deseo que tengais, hijas mias, y las que procureis, y las que santamente envidieis. Estotras devociones no cureis de tener pena por no tenerlas, es cosa incierta. Podria ser que otras personas sean de Dios, y en vos permitirá su Majestad sea ilusion del demonio, y que os engañe, como ha hecho á otras personas. ¿En cosa dudosa para qué quereis servir al Señor, teniendo tanto en que seguro? ¿Quién os mete en estos peligros? Heme alargado en esto tanto, porque sé que conviene, que esta nuestra naturaleza es flaca, y á quien Dios quisiere dar la contemplacion, su Majestad le hará fuerte. A los que no, heme holgado de dar estos avisos, por donde tambien se humillarán los contemplativos. El Señor por quien es nos dé luz para seguir en todo su voluntad, y no habrá de qué temer.

CAPITULO XIX

Que comienza á tratar de la oracion, habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento

Ha tantos dias que escribí lo pasado, sin haber tenido lugar para tornar á ello, que si no lo tornase á leer, no sé lo que decia, por no ocupar tiempo habrá de ir como saliere, sin concierto. Para entendimientos concertados, y almas que están ejercitadas y pueden estar consigo mesmas hay tantos libros escritos, y tan buenos, y de personas tales, que seria yerro que hiciésedes caso de mi dicho en cosas de oracion. Pues, como digo, teneis libros tales, á donde van por dias de la semana repartidos los misterios de la vida del Señor, y de su pasion, y meditaciones del juicio é infierno, y nuestra no nada; y lo mucho que debemos á Dios, con excelente doctrina, y concierto para principio y fin de la oracion.

Quien pudiere y tuviere costumbre de llevar este modo de oracion, no hay que decir, que por tan buen camino el Señor nos le sacará á puerto de luz, y con tan buenos principios el fin lo será. Y todos los que pudieren ir por él llevan descanso y seguridad, porque atado el entendimiento vase con descanso: mas de lo que queria tratar y dar algun remedio, si el Señor quisiese que acertase, y si no al menos que entendais hay muchas almas que pasan este trabajo, para que no os fatigueis las que lo tuviéredes.

Hay unas almas y entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados, que no hay quien los haga parar, ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego, es su misma naturaleza, ó Dios que lo permite. Heles mucha lástima, porque me parece como unas personas que han mucha sed, y ven el agua de muy lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien los defienda el paso al principio, y medio, y fin. Acaece, que cuando ya con su trabajo, y con harto trabajo, han vencido los primeros enemigos, á los segundos se dejan vencer, y quieren mas morir de sed, que beber agua que tanto á de costar. Acabóseles el esfuerzo, faltóles ánimo, y ya que algunos le tienen para vencer, tambien los segundos enemigos, á los terceros se les acaba la fuerza y por ventura no estaban dos pasos de la fuente de agua viva, que dijo el Señor á la Samaritana, que quien la bebiere, no terná sed. Y con cuanta razon y verdad, como dicho de la boca de la misma Verdad, que no la terná de cosa desta vida, aunque crece de las cosas de la otra muy mayor de lo que acá podemos imaginar por esta sed na-

tural. Mas con qué sed se deesa tener esta sed, porque entiende el alma su gran valor; y es sed penosísima que fatigas, trae consigo la mesma satisfaccion con que se mata aquella sed; de manera, que es una sed que no ahoga sino á las co-

sas terrenas, antes de arturo, de manera, que cuando Dios la satisface, una de las mayores mercedes que puede hacer al alma, es dejarla con la mesma necesidad, y mayor queda siempre de tornar á beber esta agua.

El agua tiene tres propiedades, que ahora se me acuerda que me hacen al caso, que muchas mas terná. La una es que enfria, que por calor que hayamos, en llegando al agua se quita: y si hay gran fuego, con ella se mata, salvo si no es de alquitran, que se enciende mas. ¡O válame Dios, qué maravillas hay en este encenderse mas el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso, y no sujeto á los elementos, pues este con ser su contrario no le empece, antes le hace crecer! Mucho valiera aquí poder hablar quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello, y no lo sé decir, y un por ventura, no lo sé entender. De que Dios, hermanas, os traiga á beber esta agua, y las que ahora bebeis, gastaréis desto, y entenderéis como el verdadero amor de Dios si está en su fuerza y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo; y como el agua procede de la tierra, no hayais miedo que ma

te á este fuego de amor de Dios, no es de su jurisdiccion, aunque son contrarios, es ya Señor absoluto, no le está sujeto y ansí no os espanteis, hermanas, de lo mucho que he puesto en este libro, para que procureis esta libertad.

¿No es linda cosa, que una pobre monja de san Josef pueda llegar á señorear toda la tierra y elementos? ¿Y qué mucho que los Santos hiciesen dellos lo que querrian con el favor de Dios? A san Martin el fuego y las aguas le obedecian; y á san Francisco las aves y los peces, y ansí á otros muchos Santos que se veia claro ser tan señores de todas las cosas del mundo, por haber bien trabajado de tenerle en poco, y sujetándose de veras con todas sus fuerzas al Señor del. Ansí que, como digo, el agua que nace en la tierra no tiene poder contra este fuego, sus llamas son muy altas, y su nacimiento no comienza en cosa tan baja. Otros fuegos hay de pequeño amor de Dios, que cualquier suceso los amatará, mas á este no: aunque toda la mar de tentaciones venga no le harán que deje de arder, de manera que no se enseñoree él dellas. Pues si es agua de la que llueve del cielo, muy menos le amatará, mas que estotra le aviva; no son contrarios, sino de una tierra, no hayas miedo que se hagan mal el un elemento al otro, antes ayuda el uno al otro á su efecto; porque el agua de las lágrimas verdaderas, que son las que proceden en verdadera oracion, vienen dadas del Rey del cielo, que le ayuda á encender mas, y hacer que dure, y el fuego ayuda al agua á enfriar.

¡O válame Dios, que cosa tan hermosa y de tanta maravilla, que el fuego enfria, y aun hiela todas las afecciones del mundo cuando se junta con el agua viva del cielo, que es la fuente de donde proceden las lágrimas, que quedan dichas, que son dadas, y no adquiridas por nuestra industria! Ansí que á buen seguro que no deja calor en ninguna cosa del mundo, para que se detenga en ellas, si no es para sí puede pegar este fuego, que es natural suyo no se contentar con poco, sino que si pudiese abrasaria todo el mundo.

Es la otra propiedad limpiar cosas no limpias. Si no hubiese agua para lavar, ¿qué seria del mundo? ¿Sabeis que tanto limpia esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que cae del cielo? Que de una vez que se beba, tengo por cierto que deja el alma clara y limpia de todas las culpas. Porque como tengo escrito, no da Dios lugar á que beban desta agua (que no está en nuestro querer, por ser cosa muy sobrenatural esta divina union) sino es para limpiarla, y dejarla limpia, y libre del lodo y miseria en que por las culpas estaba metida: por-

que otros gustos que vienen por medianería del entendimiento, por mucho que hagan, traen el agua corriendo por la tierra, no la beben junto a la fuente, nunca faltan en este camino cosas lodosas en que se detenga, y no va tan puro ni tan limpio. No llamo yo esta oración (que como digo va discurriendo con el entendimiento) agua viva: conforme á mi entender, digo, que por mucho que queramos hacer, siempre se pega á nuestra alma (ayudado deste nuestro cuerpo y bajo natural) algo de camino de lo que no queríamos.

Quiérome declarar más. Estamos pensando qué es el mundo, y como se acaba todo para menospreciarlo, y casi sin entendernos nos hallamos metidas en cosas que amamos dél, y deseándola huir, por lo menos nos estorba un poco pensar cómo fué, y cómo será, y qué hice, y que haré. Y para pensar lo que hace al caso para librarnos, a las veces nos metemos de nuevo en el peligro. No porque esto se ha de dejar, mas hase de temer: es menester no ir descuidado. Acá lleva este cuidado el mesmo Señor, que no quiere fiarnos de nosotros; tiene en tanto nuestra alma, que no la deja meter en cosas que la puedan dañar, por aquel tiempo que quiere favorecerla, sino ponerla de presto junto cabe sí, muéstrale en un punto mas verdades, y dala mas claro conocimiento de lo que es todo que acá pudiéramos tener en muchos años. Porque no va libre la vista, ciéganos el polvo como vamos caminando: acá llévanos el Señor al fin de la jornada, sin entender cómo. La otra propiedad del agua es, que harta y quita la sed; porque sed me parece á mí que quiere decir, deseo de una cosa que nos hace gran falta, que si del todo nos falta, nos mata. Extraña cosa es, que si nos falta, nos mata, y si no sobre nos acaba la vida, como se ve morir muchos ahogados.

¡O Señor mío, quien se viese tan engolfada en esta agua viva, que se le acabase la vida! ¿Mas no puede ser esto? Sí, que tanto puede crecer el amor y deseo de Dios, que no lo pueda sufrir el sujeto natural, y ansí ha habido personas que han muerto. Yo sé de una que si no la socorriera Dios presto, era esta agua viva tan en gran abundancia, que casi la sacaba de sí con arrobamientos. Digo que casi la sacaba de sí, porque aquí descansa el alma. Parece que ahogada de no poder sufrir el mundo, resucita en Dios, y su Majestad la habilita para que pueda gozar lo que estando en sí no pudiera sin acabársele la vida. Entiéndase de aquí, que como en nuestro sumo bien no puede haber cosa que no sea cabal, todo lo que él da es para nuestro bien; y ansí por mucha abundancia que haya desta agua, no hay sobra, que no puede haber demasía en cosa suya: porque si da mucho, hace, como he dicho, hábil al alma,

para que sea capaz de beber mucho: como un vidriero que hace la vasija de la manera que ve esmenester, para que quepa lo que quiere echar en ella. En el desearlo como es de nosotros nunca va sin falta: si alguna cosa buena lleva, es lo que en él ayuda el Señor; mas somos tan indiscretos, que como es pena suave y gustosa, nunca nos pensamos hartar desta pena: comemos sin tasa, ayudamos como acá podemos este deseo, y ansí algunas veces mata: dichosa tal muerte. Mas por ventura con la vida ayudará á otros para morir por deseo desta muerte. Y esto creo que hace el demonio, porque entiende el daño que ha de hacer con vivir, y ansí tienta aquí de indiscretas penitencias para quitar la salud, y no le va poco en ello. Digo que quien llegó á tener esta sed tan impetuosa, que se mire mucho, porque crea que terná esta tentación; y aunque no muera de sed, acabará la salud, y dará muestras exteriores, aunque no quiera, que se han de excusar por todas vías. Algunas veces aprovechará poco nuestra diligencia, que no podremos todo lo que se quiere encubrir: mas estemos con cuidado cuando vienen estos ímpetus tan grandes de crecimiento deste deseo, para no añadir en él, sino con suavidad cortar el hilo con otra consideración, que podrá ser que nuestra naturaleza á veces obre tanto como el amor; que hay personas, que cualquiera cosa, aunque sea mala, desean con grande vehemencia. Estas no creo serán las muy mortificadas, que para todo aprovecha la mortificación. Parece desatino, que cosa tan buena se ataje, pues no lo es, que yo no digo que se quite el deseo, sino que se ataje, y por ventura será con otro que se merezca tanto. Quiero decir algo para darme mejor á entender. Da un gran deseo de verse ya con Dios, y desatado desta cárcel, como le tenía san Pablo, pena por tal causa, y que debe en sí ser muy gustosa: no será menester poca mortificación para atajarla, y del todo no podrá. Mas cuando viere que aprieta tanto, que casi va á quitar el juicio, como yo ví á una persona no ha mucho, y aunque de su natural impetuosa, pero tan amostrada á quebrantar su voluntad, que me parece que le ha ya perdido; porque se ve en otras cosas. Digo que por un rato la ví como desatinada, de la gran pena y fuerza que se hizo en disimularla, y que en caso tan excesivo, aunque fuese espíritu de Dios, tengo por humildad temer; porque no hemos de pensar que tenemos tanta caridad, que nos ponga en tan gran aprieto. Digo que no terné por malo, si puede, (aunque por ventura todas veces no podrá) que mude el deseo, pensando que si vive servirá mas á Dios, y podrá ser que dé luz á algún alma que se había de perder, y que con servir mas merecerá por donde pueda gozar mas de Dios, y-

témase lo poco que ha servido: y estos son buenos consuelos para tan gran trabajo, y aplacará su pena, y ganará mucho, pues por servir al mesmo Señor se quiere acá pasar, y vivir con su pena. Es como si uno tuviese un gran trabajo ó grave

dolor, consolarle con decir tenga paciencia, y se deje en las manos de Dios, y que cumpla en él su voluntad, que dejarnos en ellas, es lo mas acertado en todo. Y que si el demonio ayuda en alguna manera á tan gran deseo, que sería posible, como cuenta, creo, Casiano de un ermitaño de asperísima vida, que le hizo entender que se echase en un pozo, porque vería mas presto á Dios. Yo bien creo que no debia haber vivido con humildad, ni bien; porque fiel es el Señor, y no consintiera su Majestad que se cegara en cosa tan manifiesta; mas está claro, que si el deseo fuera de Dios, no le hiciera mal. Trae consigo la luz y la discrecion, y la medida (esto es claro) sino que este adversario enemigo nuestro, por donde quiera que fuere procura dañar: y pues él no anda descuidado no lo andemos nosotras. Este es punto importante para muchas cosas, así para acortar el tiempo de la oracion, por gustosa que sea, cuando se vienen á acabar las fuerzas corpora-

les, ó hacer daño á la cabeza: en todo es muy necesario discrecion. ¿Para qué pensais, hijas mias, que he pretendido declarar el fin, y mostrar el premio antes de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llegar á beber desta fuente celestial y desta agua viva? Para que no os congojeis del trabajo y contradiccion que hay en el camino, y vais con ánimo, y no os canseis; porque, como he dicho, podra ser que despues de llegadas, que no os falte sino bajaros á beber en la fuente, lo dejeis todo, y perdais este bien, pensando que no tendréis fuerza para llegar á él, y que no sois para ello. Mirad que convida el Señor á todos, pues es la misma verdad, no hay que dudar. Si no fuere general este convite, no nos llamara el Señor á todos; y aunque nos llamara, no nos dijera: Yo os daré de beber. Pudiera decir: Venid todos, que en fin no perderéis nada, y á los que á mí me pareciere yo les daré de beber: mas como dijo, sin esta condicion, á todos tengo por cierto que todos los que no se quedaron en el camino, no les faltará esta agua viva. Denos el Señor, que la promete, gracias para buscarla como se ha de buscar, por quien su Majestad es.

CAPÍTULO XX

Trata como por diferentes vias nunca falta consolacion en el camino de la oracion, y aconseja á las hermanas desto sean sus pláticas siempre.

Parece que me contradigo en este capítulo pasado de lo que habio dicho; porque cuando consolaba á las que no llegaban aquí, dije que tenia el Señor diferentes caminos por donde iban á él, ansi como habia muchas moradas. Ansi lo torno ahora á decir, porque como entendió su Majestad nuestra flaqueza, proveyó como quien es; mas no dijo por este camino vengan unos y por este otros antes fué tan grande su misericordia, que á nadie quitó que procurase venir á esta fuente de vida á beber. ¡Bendito sea por siempre, y con cuánta razon me lo hubiera quitado á mí! Y pues no me mandó lo dejase cuando lo comencé, y hizo que me echase en el profundo, á buen seguro que no le quite á nadie, antes públicamente nos llama á voces; mas como es tan bueno, no nos fuerza, antes da de muchas maneras á beber á los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado, ni muera de sed: porque desta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes, y

otros pequeños, y algunas veces charquitos para niños, que aquellos les basta, y mas sería espantarlos ver mucha agua; estos son los que están en los principios. Así que, hermanas, no haya is miedo que murais de sed. En este camino nunca falta agua de consolacion, tan faltada que no se pueda sufrir; y pues esto es así, tomad mi consejo y no os quedeis en el camino, sino pelead como fuertes, hasta morir en la demanda, pues no estais aquí á otra cosa, sino á pelear. Y con ir siempre con esta determinacion de antes morir que dejar de llegar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna sed en esta vida, en la que es para siempre, os dará con toda abundancia de beber, y sin temor que os ha de faltar. Plegue al Señor no le faltemos nosotras. Amen. Ahora para comenzar este camino que queda dicho, de manera que no se yerre desde el principio, tratemos un poco de cómo se ha de principiar esta jornada, porque es lo que mas importa. Digo, que importa el todo para todo. No digo que quien no tuviera la determinacion que aquí diré, deje de comenzar, porque el Señor le irá perficionando; y cuando no hiciese mas de dar un paso, tiene en sí tanta virtud, que no haya miedo lo pierda, ni le deje de ser muy bien pagado. Es, digamos, como quien tiene una cuenta de perdones, que si la reza una vez, gana, y mientras mas vece, mas: mas si nunca llega á ella, sino que se la tiene en el arca, mejor fuera no tenerla. Así que aunque no vaya después por el mismo camino, lo poco que hubiere andado dél le dará luz para que vaya bien por los otros; y si mas anduviere, mas. En fin, tenga por cierto no le hará daño el haberlo comenzado para cosa ninguna, aunque le deje, porque el bien nunca hace mal. Por eso á todas las personas que os trataren, hijas, habiendo disposicion y alguna amistad, procurad quitarles el miedo de comenzar tan gran bien. Y por amor de Dios os pido que vuestro trato sea siempre ordenado á algun bien de aquel con quien hablareades, pues vuestra oracion ha de ser para provecho de las almas: y esto habeis siempre de pedir al Señor. Mal pareceria, hermas, no lo procurar de todas maneras. Si quereis ser buen deudo, esta es la verdadera amistad: si buena amiga, entended que no lo podeis ser si no por este camino. Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la meditacion, y vereis claro el amor que somos obligados á tener á los prójimos. No es ya tiempo, hermanas, de juego de niños (que no parece otra cosa estas amistades del mundo, aunque sean buenas) ni haya en vosotras tal plática, que si me quereis, ó no me quereis, ni con deudos, ni con nadie, si no fuere yendo fundadas en un gran fin, y provecho de aquel ánima: que

puede acaecer, que para que os escuche vuestro deudo, ó hermano, ó persona semejante una verdad, y la admita, sea menester de disponerle con estas plàticas y muestras de amor, que á la sensualidad siempre contentan, y acaecerá tener en mas una buena palabra, (que ansí la llaman) y disponer mas que muchas de Dios, para que después estas sepan bien; y ansí yendo con advertencia de aprovechar, no las quito, mas si no es para esto, ningun provecho pueden traer, y podrán hacer daño sin entenderlo vosotras. Ya saben que sois religiosas, y que vuestro trato es de oracion, no se os ponga delante, no quiero que me tengan por buena, porque es provecho ó daño comun el que en vos vieren, y es gran mal que á las que tanta obligacion tienen de no hablar sino en Dios, como las monjas, les parezca bien la disimulacion en este caso, si no fuese alguna vez para mas bien. Este es vuestro trato y lenguaje: quien os quisiere tratar, deprendale, ó sino, guardaos de deprender vosotras el suyo, que será infierno. Si os tuvieran por groseras, poco va en ello; si por hipócritas, menos. Ganareis de aquí, que no os verá sino quien se entendiere por esta lengua, porque no lleva camino uno que no sabe algarabía, gustar de hablar mucho con quien no sabe otro lenguaje: y ansí, ni os cansarán, ni dañarán, que no seria poco daño comenzar á hablar nueva lengua, y todo el tiempo se os iria en eso. Y no podeis saber, como yo que lo he experimentado, el gran mal que es para el alma, que por saber la una, se olvide la otra, y es un perpétuo desconsuelo, del que en todas maneras habeis de huir; porque lo que mucho conviene para este camino, que comenzamos á tratar, es paz y sosiego en el alma. Si los que os trataren quisieren deprender vuestra lengua (ya que no es vuestro de enseñar) podeis decir las riquezas que se ganan en deprenderla, y de esto no os canseis, sino con piedad, y amor, y oracion, porque le aproveche, para que entendiendo la gran ganancia, vaya á buscar maestro que le enseñe; que no seria poca merced que os hiciese el Señor despertar á alguna alma para este bien. ¿Mas qué de cosas se ofrecen en comenzando á tratar desto camino, aun á quien tan mal ha andado por él como yo? Plegue al Señor os lo sepa, hermanas, decir mejor que lo he hecho. Amen.

CAPITULO XXI

Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinacion á tener oracion, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone.

No os espantéis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por él gran tesoro, no es mucho que cueste mucho á nuestro parecer, tiempo verná que se entienda cuán no nada es todo para tan gran precio. Ahora tornando á los que quieren ir por él, y no parar hasta el fin, que es llegar á beber desta agua de vida, como han de comenzar, digo, que importa mucho, y el todo, una grande y determinada determinacion, de no parar hasta llegar á ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, ó no tenga corazon para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo: como muchas veces acaece con decirnos, hay peligros, fulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro que rezaba mucho cayó, hacen daño á la virtud, no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones, mejor será que hilen, no han menester esas delicadezas, basta el Pater noster y Ave María.

Esto así lo digo, hermanas, y como si basta: siempre es gran bien fundar vuestra oracion sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razon, que si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca, y nuestra devocion tan tibia, no eran menester otros conciertos de oraciones, ni eran menester otros libros. Y así me ha parecido ahora (pues, como digo, hablo con almas que no pueden recogerse en otros misterios, que les parece son artificios, y hay algunos ingenios tan ingeniosos, que nada les contenta) ir fundando por aquí unos principios, y medios, y fines de oracion; aunque en cosas sabidas no me detendré. Y no os podrán quitar libros, que si sois estudiosas y teniendo humildad, no habeis menester otra cosa. Siempre yo he sido aficionada y me han recogido mas las palabras de los Evangelios que los libros muy concertados, en especial si no era el autor muy aprobado, no los había gana de leer. Allegada, pues, á este Maestro de la sabiduría, quizá me enseñará alguna consideracion que os contente. No digo que diré declaracion destas oraciones divinas, que no me atreveria, y hartas hay escritas; y cuando no las hubiera, fuera disbarate, sino consideracion sobre las pa-

labras del Pater noster; porque algunas veces con muchos libros parece se nos pierde la devocion, en lo que tanto nos va tenerla. Que está claro, que el mesmo maestro cuando enseña una cosa toma amor con el discípulo, y busca que lo contente lo que le enseña; y le ayuda mucho á que lo deprenda, y así hará el Maestro celestial con nosotras: y por eso ningun caso hagais de los miedos que os pusieren, ni de los peligros que os pintaren. Donosa cosa es, que quiera yo ir por un camino á donde hay tantos ladrones sin peligros, y ganar un gran tesoro. Pues bueno anda el mundo, para que os lo dejen tomar en paz, sino que por un maravedí de interese se pornan á no dormir muchas noches, y á desasosegaros cuerpo y alma. Pues cuando yéndole á ganar, ó á robar (como dice el Señor que le ganan los esforzados) por camino real (y por camino seguro, por el que fué nuestro Rey, por el que fueron todos los escogidos y Santos) os dicen hay tantos peligros, y os ponen tantos temores, los que van á os parecer á ganar este bien sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán? ¡O hijas mias, que muchos mas sin comparacion, sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé la mano, y pierden del todo el agua, sin beber poca, ni mucha, ni de charco, ni de arroyo! Pues ya veis, sin gota desta agua, ¿como se pasará camino donde hay tantos con quien pelear? Esta claro que al mejor tiempo morirán de sed, porque queremos, que no, hijas mias, todos caminamos para esta fuente, aunque de diferentes maneras; pues creedme vosotras, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oracion. Y no hablo ahora en que sea mental ó vocal para todos, para vosotras digo, que lo uno y lo otro habeis menester. Este es el oficio de los religiosos: quien os dijere que esto es peligro, tenedle á él por el mesmo peligro, y huid dél, y no se os olvide que por ventura habreis menester este consejo. Peligroso será no tener humildad y las otras virtudes: ¿mas camino de oracion, camino de peligro? Nunca Dios tal quiera, que el demonio parece á inventado poner estos miedos, y así á sido mañoso á hacer caer á algunos que tenian oracion. Y miren tan gran cegueda, que no miran el mundo de millares, como dicen, que han caido en heregía, y en grandes males sin tener oracion, ni saber qué cosa era, y entre muchos destos, si el demonio por hacer mejor su negocio ha hecho caer á algunos bien contados que tenian oracion, ha hecho poner tanto temor en las cosas de virtud á algunos. Estos que toman este amparo para librarse, se guarden, porque huyen del bien por librarse del mal. Nunca tan mala invencion se ha visto, parece del demonio. ¡O Señor

mio, tornad por Vos! Mirad que entienden al revés vuestras palabras: no permitais semejantes flaquezas en vuestros siervos. Hay un gran bien, que siempre veréis algunos que os ayuden, porque esto tiene el verdadero siervo de Dios, á quién su Majestad ha dado luz del verdadero camino, que por estos temores le crece mas el deseo de no parar. Entiende claro por donde va á dar el golpe el demonio, y húrtale el cuerpo, y quiébrale la cabeza; mas siente él esto, que cuantos placeres otros le hacen, le contentan. Cuando en un tiempo de alboroto, en una zizaña que ha puesto, que parece lleva á todos tras sí medio ciegos, porque es debajo de buen celo, levanta Dios uno que les abra los ojos, y diga que miren las ha puesto niebla en ellos el demonio para no ver el camino: ¡qué grandeza de Dios, que puede mas á las veces un hombre solo, ó dos que digan verdad, que muchos juntos! Torna poco á poco á descubrir el camino, dales Dios ánimo. Si dicen que hay peligro en la oracion, procura se entienda cuán bueno es la oracion, si no por palabras por obras. Si dicen que no es bien á menudo las comuniones, entonces las frecuenta mas: ansí que como haya uno, ó dos que sin temor sigan lo mejor; luego torna el Señor poco á poco á ganar lo perdido. Ansí que, hermanas, dejaos destos miedos, nunca hagais caso de cosas semejantes de la opinion del vulgo; mirad que no son tiempos de creer á todos, sino á los que viéredes van conforme á la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y menosprecio de todas las cosas del mundo; y creer firmemente lo que tiene la santa madre Iglesia, y á buen seguro que vais buen camino. Dejaos, como he dicho, de temores á donde no hay que temer. Si alguno os lo pusiere, declaradle con humildad el camino, decid que teneis regla, que os manda orar sin cesar, que ansí nos lo manda, y que la habeis de guardar. Si os dijeren que sea vocalmente, preguntad ¿que si ha de estar el entendimiento y corazon en lo que decis? Si os dijeren que sí (que no podrán decir otra cosa) veis á donde confiesan que forzado habeis de tener oracion mental, y aun contemplacion, si os la diere Dios allí. Sea bendito para siempre.

CAPÍTULO XXII

En que declara qué es oracion mental.

Sabed, hijas, que no está la falta para ser ó no ser oracion mental, en tener cerrada la boca: si hablando estoy esteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios, con mas advertencia que en las palabras que digo, ¿junto está oracion mental y vocal. Salvo si no os dicen que estais hablando con Dios rezando el Pater noster, y pensando en el mundo, aquí mas callo; mas si habeis de estar, como es razon se esté hablando con tan gran Señor, es bien estéis mirando con quién hablais, y quién sois vos, siquiera para hablar con crianza. Porque, ¿cómo podeis hablar y llamar al Rey alteza, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar á un grande, si no entendeis bien qué estado tiene, y qué estado teneis vos? Porque conforme á esto se ha de hacer el acatamiento, y conforme al uso; porque aun esto es menester tambien que sepais, sino enviaros han para simple, y no negociaréis cosa. ¿Pues qué es esto, Señor mio? ¿Qué es esto, mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir? Rey sois, Dios mio, sin fin, que no es reino prestado el que teneis. Cuando en el Credo se dice, vuestro reino no tiene fin, cási siempre me es particular regalo. Alábeos, Señor, y bendígoos para siempre: en fin, vuestro reino durará para siempre. Pues nunca Vos, Señor, permitais se tenga por bueno, que quien fuere á hablar con Vos sea solo con la boca. ¿Qué es esto, cristianos? Los que decís no es menester oracion mental,, ¿entendeis os? Cierto que pienso que no os entendeis, y ansí quereis desatinemos todos, ni sabeis cual es oracion mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplacion, porque si lo supiésedes, no condenaríades por un cabo lo que alabais por otro. Yo he de poner siempre junta oracion mental con la vocal, cuando se me acordare, porque no os espanten, hijas, que yo sé en qué caen estas cosas, que he pasado algun trabajo en este caso; y ansí querria que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir con miedo este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo á algun caminante que va errado, y que ha perdido el camino, le acaece andar de un cabo á otro, y todo lo que anda buscando por donde ha de ir, se cansa y gasta el tiempo, y llega mas tarde. ¿Quién puede decir que es mal, si comienza uno á rezar las horas ó el rosario, que comience á pensar con quién va á hablar, y quién

es el que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos se hiciese bien, que primero que comenceis la oracion vocal, que vais á rezar, ocupeis harto tiempo en la mental. Sí, que no hemos de llegar á hablar á un príncipe con el descuido que á un labrador, ó como á un pobre, como nosotras, que como quiera que nos hablaren va bien. Razon es que ya que por la humildad deste Rey, si como grosera no se hablar con él, no por eso me deja de oir, ni me deja de llegar á sí, ni me echan fuera sus guardas, (porque saben bien los Angeles que están allí la condicion de su Rey, que gusta mas de esta grosería de un pastorcillo humilde, que ve que si mas supiera mas dijera, que de los muy sabios letrados por elegantes razonamientos que hagan; si no van con humildad) ansí que no porque él sea bueno, hemos de ser nosotros descomedidos. Siquiera para agradecerle el mal olor que sufre en consentir cabe sí una como yo, es bien que procuremos conocer su limpieza, y quién es.

Es verdad que se entiende luego en llegando como con los señores de acá: con que nos digan quién fué su padre, y los cuentos que tiene de renta, y el dinero, no hay mas saber, porque acá no se hace cuenta de las personas, para hacerles honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. ¡O miserable mundo! Alabad mucho á Dios, hijas mías, que habeis dejado cosa tan ruin, á donde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos; y si ellos faltan, luego falta el mundo de hacerles honra. Cosa donosa es esta, para que ocho lguos, cuando hayais todas de tomar alguna recreacion, que este es buen pasatiempo, entender cuán ciegamente pasan su tiempo los del mundo. O Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la misma sabiduría sin principio, sin fin, sin haber térmimos en vuestras perfecciones, son infinitas, sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras, la misma fortaleza. O válame Dios, quién tuviera aquí junta toda la elocuencia de los mortales, y sabiduría para saber bien (como acá se puede saber, que todo es no saber nada) para en este caso dar á entender alguna de las muchas cosas que podemos considerar, para conocer algo de quién es este Señor, y bien nuestro. Sí, llegamos á pensar y entender en llegando con quién vais ha hablar, ó con quién estais hablando. En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor, que los Angeles tiemblan delante dél, todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar.

Pues razon será, hijas mías, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener. ¡O válame Dios! Pues acá cuando uno se casa, primero sabe con quién, y quién es, y qué tiene: nosotras ya desposadas, antes de las bodas, que nos ha de llevar á su casa, ¿no pensáramos en nuestro Esposo? Pues acá no quitan estos pensamientos á las que están desposadas, ¿por qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre y quién es su padre, y que tierra es esta á donde me ha de llevar, y qué bienes son los que promete darnos, qué condicion tiene, cómo podré contentarle mejor, en que le haré placer, y estudiar como haré mi condicion que conforme con la suya? Pues si una mujer ha de ser bien casada no la avisan otra cosa, sino que procure esto, aunque sea hombre muy bajo su marido. ¿Pues, Esposo mio, en todo han de hacer menos caso de Vos que de los hombres? Si á ellos no les parece bien esto, déjenos vuestras esposas, que han de hacer vida con Vos. Es verdad que es buena vida, si un esposo es tan celoso, que quiere no trate con nadie su esposa, linda cosa es, que no piense como le harán este placer, la razon que tiene de sufrirle no querer que trate con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer. Esta es oracion mental, hijas mías, entender estas verdades. Si quereis ir entendiendo esto, y rezando vocalmente, muy en hora buena, no me estéis hablando con Dios, y pensando en otras cosas, que esto hace no entender qué cosa es oracion mental: creo ya dado á entender, plegue al Señor lo sepamos obrar. Amen.

CAPITULO XXIII

Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oracion, y tornar á hablar de lo mucho que va en que vaya con gran determinacion.

Pues digo que va muy mucho en comenzar con gran determinacion, por tantas causas, que sería alargarme mucho si las dijese, solas dos ó tres os quiero, hermanas, decir. La una es, que no es razon que á quien tanto nos ha dado y continúa da, que una cosa que queremos determinar á darle, que es este cuidadito (no cierto sin interese, sino con tan grandes ganancias) no se le dar con toda determinacion, sino como

quien presta una cosa para tornarla á tomar. Esto no me parece á mí dar, antes siempre queda con algun disgusto á quien han emprestado una cosa, cuando se la tornan á tomar; en especial si la ha menester, y la tenia ya como por suya. O que si son amigos, y á quien le prestó debe muchas dadas sin ningun interese, con razon le parecerá poquedad y muy poco amor, que aun una cosa suya no quiere dejar en su poder, siquiera por señal de amor. ¿Qué esposa hay, que recibiendo muchas joyas de valor de su esposo, no le dé siquiera una sortija, no por lo que vale, que ya todo es suyo, sino por prenda que será suya hasta que muera? ¿Pues qué menos merece este Señor, para que burlemos dél, dando y tomando una no nada que le damos? Sino que este poquito de tiempo que nos

determinamos de darle, de cuanto gastamos con otros, y con quien no nos lo agradecerá, ya que aquel rato le queremos dar, demosle libre el pensamiento y desocupado de otras cosas, y con toda determinacion de nunca jamás se lo tornar á tomar, por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradicciones, ni por sequedades: sino que ya como cosa no mia tenga aquel tiempo, y piense me lo pueden pedir por justicia, cuando del todo no se le quisiere dar. Llamo del todo, porque no se entienda, que dejarlo algun dia, ó algunos, por ocupaciones justas, ó por cualquier indisposicion, es tomársele ya. La intencion esté firme, que no es nada delicado mi Dios, no mira en menudencias, ansí terná que os agradecer, es dar al-

go. Lo demás, bueno es á quien no es franco, sino tan apretado, que no tiene corazon para dar, harto es que preste. En fin, haga algo, que todo lo toma en cuenta este Señor nuestro, á todo hace como le queremos: para tomarnos cuenta, no es nada menudo, sino generoso; por grande que sea el alcance, tiene él en poco perdonarle, para ganarnos. Es tan mirado, que no hayais miedo que un alzar de ojos, con un acordarnos dél, deje sin premio. Otra causa, es porque el demonio no tiene tanta mano para tentar; ha gran miedo á ánimas determinadas, que tiene ya él experiencia que le hacen gran daño, y cuanto él ordena para dañarlas, viene en provecho dellas y de otras, y que sale él con pérdida. Y ya que no hemos nosotros de estar descuidados, ni confiar en esto, porque lo habemos con gente traidora, y á los apercibidos no osa tanto acometer, porque es muy cobarde, y si viese descuido haria gran daño; mas si conoce á uno por mudable, y que no está firme en el bien, y con gran determinacion de perseverar, no le dejará á sol ni á sombra, miedos le pornà, ó inconvenientes, que nunca acabe. Yo lo sé esto muy bien por experiencia, y ansí lo he sabido decir, y digo que no sabe nadie lo mucho que importa. La otra cosa que hace mucho al caso es, que pelea con mas ánimo: ya sabe, que venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen, no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla, ha de morir despues: pelea con mas determinacion, y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa, la victoria, y que le va la vida en vencer. Es tambien necesario comenzar con seguridad, de que si no nos dejamos vencer, saldrémos con la empresa: esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saquen, saldrán muy ricos. No hayais miedo que os deje morir de sed el Señor, que nos llama á que bebamos desta fuente. Esto queda ya dicho, y querríalo decir muchas veces, porque acobarda mucho á personas que aun no conocen del toda la bondad del Señor por experiencia, aunque la conocen por fe. Mas es gran cosa haber experimentado con el amistad y regalo que trata á los que van por este camino, y como casi les hace toda la costa. Y los que esto no han probado, no me maravillo que quieren seguridad de algun interese. Pues ya sabeis, que es ciento por uno, aun en esta vida, y que dice el Señor: Pedid, y daros han: si no creeis á su Majestad en las partes de su Evangelio que asegura esto, poco aprovecha, hermanas, que me quiebre yo la cabeza á decirlo. Todavía digo á quien tuviere alguna duda, que poco se pierde probarlo, que eso tiene bue-

no esto viaje, que se da mas de lo que se pide, si acertarémos á desear. Esto es sin falta, yo lo sé, y á las de vosotras que lo sabeis por esperiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos.

CAPITULO XXIV

Trata cómo se ha de rezar oracion vocal con perfeccion, y cuan junta anda con ella la mental.

Ahora, pues, tornemos á hablar con las almas que he dicho que no se pueden recoger, ni atar los entendimientos en oracion mental, ni tener consideracion. No nombremos aquí estas dos cosas, pues no son para ellas, que hay muchas personas en hecho de verdad, que solo el nombre de oracion mental ó contemplacion, parece que las atemoriza; y por si alguna viene á esta casa, que tambien, como he dicho, no van todos por un camino. Pues lo que quiero ahora aconsejaros (y aun puedo decir enseñaros, porque como mándo en el oficio de priora que tengo es lícito) es cómo habeis de rezar vocalmente, porque es razon entendais lo que decis. Y porque quien no puede pensar en Dios, puede ser que oraciones largas tambien la cansen, tampoco me quiero entrometer en ellas, sino en las que forzado habemos de rezar (pues somos cristianos) que es el Pater noster y Ave María, porque no puedan decir por nosotras, que hablamos y no nos entendemos. Salvo si no nos parece que basta irnos por la costumbre con solo pronunciar las palabras, y que esto basta. Si basta ó no, en eso no me entremeto, los letrados lo dirán; lo que yo querria que hiciésemos nosotras, hijas, es que nos contentemos con solo eso, porque cuando digo Credo, razon me parece será que entienda y sepa lo que creo, y cuando Padre nuestro, amor será entender quién es este Padre nuestro, y quién es el Maestro que nos enseñó esta oracion. Si quereis decir que ya se lo sabeis, y que no hay para qué se os acuerde, no teneis razon, que mucho va de maestro á maestro; pues aun de los que nos enseñan, es gran desgracia no nos acordar, en especial si son santos y son maestros del alma, es imposible si somos buenos discípulos. Pues de tal Maestro, como quien nos enseñó esta oracion, y con tanto amor y deseo que nos aprovechase, nunca Dios quiera que no nos acordemos de él muchas veces, cuando decimos la oracion, aunque por flacos no sean todos. Pues cuanto á lo

primero, ya sabeis que enseña su Majestad que sea á solas, que así lo hacia él siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios y con el mundo, que no es otra cosa estar rezando y escuchando por otra parte lo que están hablando, ó pensar en lo que se le ofrece, sin mas irse á la mano. Salvo si no es algunos tiempos, que ó de malos humores (en especial si es persona que tiene melancolía) ó flaqueza de cabeza, que aunque mas lo procura, no puede ó permite Dios dias de grandes tempestades en sus siervos, para mas bien suyo; y aunque se afligen y procuran quietarse, no pueden ni están en lo que dicen, aunque mas hagan, ni asienta en nada el entendimiento, sino que parece tiene frenesí, segun anda desbaratado: y en la pena que da á quien lo tiene, verá que no es culpa suya. Y no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso á quien por entonces no le tiene, que es su entendimiento, sino rece como pudiere, y aun no rece, sino como enferma procure dar alivio á su alma, y entienda en otra obra de virtud. Esto es ya para personas que traen cuidado de sí, y tienen entendido no han de hablar á Dios, y al mundo junto. Lo que podemos hacer nosotras es, procurar estar á solas, y plegue á Dios que baste, como digo, para que entendamos con quién estamos, y lo que nos responde el Señor á nuestras peticiones. ¿Pensais que se está callando, aunque no lo oimos? Bien habla al corazon cuando le pedimos de corazon, y bien es que consideremos que somos cada una de nosotras, á quien el Señor dice esta oracion, y que nos la está mostrando. Pues nunca el maestro está tan léjos del discípulo, que sea menester dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo que entendais vosotras os conviene, para rezar bien el Pater noster; no os apartar de cabo el Maestro que os lo mostró. Direis que ya esto es consideracion, que no podeis ni aun quereis sino rezar vocalmente; porque tambien hay personas mal sufridas, y amigas de no se dar pena, que como no lo tienen de costumbre, esta recoger el pensamiento al principio, y por no cansarse un poco, dicen que no pueden mas, ni lo saben, sino rezar vocalmente. Teneis razon en decir que es oracion mental, mas yo os digo cierto, que no sé cómo lo aparte, si ha de ser bien rezado lo vocal y entendiendo con quién hablamos: y aun es obligacion que procuremos rezar con advertencia, y aun plegue á Dios que con estos remedios vaya bien rezado el Pater noster, y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, el mejor remedio que hallo es, procurar tener el pensamiento

en quien enderezó las palabras. Por esto tened paciencia, y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria.

CAPITULO XXV

En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfeccion vocalmente, y cómo acaece leontiarla Dios de allí á cosas sobrenaturales.

Porque no penseis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfeccion, os digo, que es muy posible que estando rezando el Pater noster, os ponga el Señor en contemplacion perfecta, ó rezando otra oracion vocal, que por estas vias muestra su Majestad que oye al que le habla, y le habla su grandeza, suspendiendo el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede hablar, si no es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras le está enseñando este Maestro divino, suspendiendo las potencias; porque entonces antes dañarian, que aprovecharian, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan, está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo ama: conoce que goza de lo que ama, y no sabe cómo lo goza: bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento á desearle, abrázale la voluntad sin entender cómo: mas en pudiendo entender algo, ve que no es este bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos, por ganarle en la tierra: es don del Señor della, y del cielo, que en fin, da como quien es. Estad, hijas, en contemplacion perfecta, ahora entenderéis la diferencia que hay della á la oracion mental, que es lo que queda dicho, pensar y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido, y lo mucho que estamos obligados á servir, es oracion mental. No penseis que es otra algarabía, ni os espante el nombre, rezar el Pater noster y Ave María, ó lo que quisiéredes, es oracion vocal, pues mirad que mala música hará sin lo primero, aun las palabras no irán con concierto todas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros con el favor de Dios: en la contemplacion que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya, sobre nuestro natural. Como está dado á entender esto de contemplacion

muy largamente, y lo mejor que yo lo supe declarar en la relacion de mi vida, que tengo dicho escribí, para que viesen mis confesores, que me lo mandaron, no lo digo aquí, ni hago mas de tocar en ello. Las que hubiéredes sido tan dichosas, que el Señor os llegue á estado de contemplacion, si le pudiésedes haber, puntos tiene y avisos que el Señor quiso que acertase á decir, que os consolarian mucho, y aprovecharian, á mi parecer, y al de algunos que le han visto, que le tienen para hacer caso dél (que vergüenza es deciros yo que hagais caso del mio) y el Señor sabe la confusion con que escribo mucho de lo que escribo. Bendito sea quien assí me sufre. Las que, como digo, tuvieren oracion sobrenatural, procúrenle despues de yo muerta; las que no, no hay para qué, sino esforzarse á hacer lo que en este va dicho, ganando por cuantas vias pudieren, y haciendo diligencia para que el Señor se la dé, suplicándoselo á él, y ayudándose ellas, y dejen al Señor, que es quien la ha de dar, y no os lo negará, si no os quedais en el camino, sino que os esforceis hasta llegar á la fin.

CAPITULO XXVI

En que va declarando el modo para recoger el pensamiento: pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oracion.

Ahora, pues, tornemos á nuestra oracion vocal, para que se rece de manera, que sin entendernos nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razon la examinacion de la conciencia, y decir la confesion, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero, luego, hija, procurad, pues estais sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mesmo Maestro que enseñó la oracion que vais á rezar? Representad al mesmo Señor junto con Vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no esteis sin tan buen amigo. Si os acostumbrais á traerle cabe vos, y él ve que lo haceis con amor, y que andais procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos: no os faltará para siempre; ayudaros ha en todos vuestros trabajos: tenerle heis en todas partes. ¿Pensais que es poco un tal amigo al lado? ¡O hermanas! Las que no podeis tener mucho discurso del entendimiento, ni podeis tener el pensamiento sin divertiros, acostumbraos: mirad que sé yo que po-

deis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y esto muy grande, mas si, que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad á pedírselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en más; no nos duela el tiempo en cosa que también se gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse á ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penseis en él, ni que saqueis muchos conceptos, ni que hagais grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento, no os pido mas de que le mireis. ¿Pues quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podeis mas, á este Señor? ¿Pues podeis mirar cosas muy feas, y no podeis mirar la cosa mas hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le mireis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Haos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra él, y no bastado para que os deje de mirar, y es mucho, que quitados los ojos destas cosas exteriores, le mireis algunas veces á él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredes le hallareis: tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no quedará por diligencia suya. Así como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté) alegre: mirad de qué sujecion os habeis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, que él se hace sujeto, y quiere que seais vos la señora, y andar él á vuestra voluntad. Si estais alegre, miradle resucitado, que solo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad y con qué hermosura, con qué majestad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla en donde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos. ¿Pues es mucho que á quien tanto os da volvais una vez los ojos á mirarle? Si estais con trabajos, ó triste, miradle camino del huerto, que afliccion tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mesmo sufrimiento, la dice, y se queja della: y miradle atado á la coluna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frio, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podeis consolar; ó miradle cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Miraros á él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por con-

solar los vuestros, solo porque os vais vos con él á consolar- y volvais la cabeza, á mirarle. ¡O Señor del mundo, verdade- ro Esposo mio, (le podeis vos decir, si os ha enternecido el corazon de verle tal, que no solo querais mirarle, sino que os

holgueis de hablar con él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazon, que las tiene él en muy mucho) ¡tan necesitado estais, Señor mio y bien mio, que quereis admitir una pobre compañía como la mia, y veo en vuestro semblante que os habeis consolado conmigo? ¿Pues cómo, Señor,

es posible que os dejan solo los Angeles, y que aún no os consuela vuestro Padre? Si es ansí, Señor, que todo lo quereis pasarpor mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos

por gran bien, é imitaros en algo: juntos andemos, Señor; por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo, no hagais caso de lo que os dijeren, haceos sordas á las murmuraciones, tropezando y cayendo con vuestro Esposo, no os aparteis de la cruz, ni la dejeis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo á los que vos padeceis, por grandes que los querais pintar, y por mucho que los querais sentir, saldréis consoladas dello; porque veréis que son cosa de burla, comparadas á los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto, que si le viérades con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciérades de buena gana, y le miradedes siempre. No lo creais, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza á recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí á este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado), muy menos se pusiera al pié de la cruz con la Magdalena, que vía la muerte al ojo. ¿Mas

qué debia pasar la gloriosa Virgen y esta bendita Santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué de sentimiento? Pues con que gente lo habian tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debia de ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentian el suyo. Ansí que, hermanas, no creais fuéradas para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas; ejercitándoos en ellas podeis venir á otros mayores. Lo que podeis hacer para ayuda desto, procurad traer una imágen y retrato deste Señor, que sea á vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará que le decir. Como hablais con otras personas, ¿por qué os han mas de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creais, al menos yo no os creeré si lo usais, porqué si no, sí faltarán, que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella que parece no la conocemos, y aunque sea deudo, porque deudo y amistad se pierde con la falta de la comunicacion. Tambien es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir á rezar bien vocalmente, y poquito á poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta que ha muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar á su casa, es menester saberlo mucho negociar, que ansí somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento á andar á su placer, ó pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne á tomar amor á estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es ansí, y poco á poco, nunca haremos nada. Y tórnoos á certificar, que si con cuidado os acostumbrais á lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, y muy determinadas á deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejeis de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejais. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

CAPITULO XXVII

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del «Pater noster» y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje, los que de veras quieren ser hijos de Dios.

Padre nuestro, que estás en los cielos. ¡O Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo, y como parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seais Vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la oracion esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchis las manos, y haceis tan gran merced, que seria harto bien henchirse el entendimiento, para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡O qué bien venia aquí, hijas, contemplacion perfecta! ¡O con cuánta razón entraria el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí mesma á que le diese este santo Hijo á entender qué cosa es el lugar á donde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mias, que tal merced como esta no es razon se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡O Hijo de Dios y Señor mio! ¿Cómo dais tanto junto á la primera palabra? Ya que os humillais á Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar pues que quereis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligasele á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos á él, como el hijo pródigo. Hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto, hacernos participantes y herederos con Vos. Mirad, Señor mio, que ya que á Vos con el amor que nos teneis, y con vuestra humildad no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estais, en la tierra, y vestido della, pues teneis nuestra naturaleza, parece teneis alguna causa para mirar nuestro provecho) mas mirad que vuestro Padre está en el cielo; Vos lo decís, es razon que mireis por su honra, ya que estais Vos ofrecido á ser deshonra por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obligueis á tanto por gente tan ruin como yo, que le he de dar malas gracias. ¡O buen Jesús, que claro habeis mostrado

ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué confesion tan clara, Señor mio, qué cosa es el amor que nos teneis! Habeis andado rodeando, y encubriendo al demonio, que sois Hijo de Dios, y con el gran deseo que teneis de nuestro bien, no se os pone cosa delante, por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién lo podia hacer, sino Vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesús, que habeis hablado como hijo regalado, por Vos y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que Vos decis en la tierra. Bendito seais por siempre, Señor mio, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. ¿Pues parécenos, hijas, que es buen maestro este? Para aficionarnos a que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced! Pues ¿paréceos ahora que será razon, que aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazon con ver tal amor? Pues ¿qué hijo hay en el mundo, que no procura saber quién es su padre, cuando le tiene bueno y de tanta majestad y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantara; no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que si el padre se más bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca, plega a Dios, haya acuerdo de cosas destas, sería infierno, sino la que fuere mas, tome menos á su padre en la boca, todas han de ser iguales. ¡O colegio de Cristo, que tenia mas mando san Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que san Bartolomé que era hijo del rey! sabia su Majestad lo que habia de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa, sino debatir si será buena para adobes, ó para tapias. ¡Válame Dios, que gran trabajo! Dios os libre, hermanas de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en su Majestad, que si hará. Cuando algo desto en alguna hubiere, póngase luego remedio, y ella tema no sea estar Judas entre Apóstoles; déla penitencias hasta que entienda que aun tierra muy ruin no mereció ser. Buen padre os teneis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro Padre para tratar dél. Y procurad, hijas mias, ser tales, que merezcais regalaros con él, y echaros en sus brazos. Ya sabeis que no os echará de sí, si sois buenas hijas; ¿pues quién no procurará no perder tal Padre? O válame Dios, y qué hay aquí en que os consolar, que por no me alargar mas lo quiero dejar á vuestros entendimientos, que por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal Hijo y tal Padre, de fuerza ha de es-

tar el Espíritu Santo, que enamore vuestra voluntad, y os la ate con grandísimo amor, ya que no baste para esto tan grande interese.

CAPÍTULO XXVIII

En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse á ella.

Ahora mirad que dice vuestro Maestro: Que estás en los cielos. ¿Pensais que importa poco saber qué cosa es cielo, y á dónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo, que para entendimientos derramados, que importa mucho no solo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recoger el alma. Ya sabeis que Dios está en todas partes, pues claro está, que á donde está el rey, está la corte; en fin, que á donde está Dios, es el cielo: sin duda lo podeis creer, que á donde está su Majestad, está toda la gloria; pues mirad, que dice san Agustín, que le buscaba en muchas partes, y que le vino á hallar dentro de sí mesmo. ¿Pensais que importa poco para una alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar á voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá, ni ha menester alas para ir á buscarle, sino en ponerse en soledad, y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como á padre, pedirle como á padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad. Sí, que no está la humildad, en que si el rey os hace una merced, no la tomeis, sino tomarla y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, ¿que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene á ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad, ni le quiera responder, ni estarme con él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo? ¿Y que estándome diciendo y rogando que le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme?

No os cureis, hijas destas humildades, sino tratad con él como padre, y como con hermano, y como con señor, y como

con esposo, á veces de una manera, á veces de otra, que él os enseñará lo que habeis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedidle la palabra que vuestro Esposo es, que os trate como tal. Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha mas brevedad recoge el entendimiento, y es oracion que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con mas brevedad á enseñarla su divino Maestro, y á darla oracion de quietud, que de ninguna otra manera; porque allí metida consigo mesma, puede pensar en la pasion, y representar allí al Hijo y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andandole buscando en el monte Calvario, y al huerto y á la coluna.

Las que desta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, á donde está el que le hizo á él, y á la tierra, y se acostumbrarán á no mirar, ni estar á donde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar á beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone en el fin de la jornada en pocos dias, y los que van por tierra, tárdanse mas. Estos están ya, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo no han dejado la tierra, aquel rato hacen lo que pueden para librarse della, recogiendo sus sentidos.

Ansimesmo, si es verdadero el recogimiento siéntese muy claro, porque acaece alguna operacion (no sé como lo dé á entender, quien lo tuviere sí entenderá) en que parece que se levanta el alma con el juego, que ya ve lo es las cosas del mundo. Alzase al mejor tiempo, y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores, y dales de tal manera de mano, que sin entenderse, se le cierran los ojos por no las ver, porque mas se despierte la vista á los del alma. Ansí quien va por este camino cási siempre que reza tiene cerrados los ojos, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza é no mirar las de acá; esto es al principio, que después no es menester, mayor se la hace cuando en aquel tiempo los abre. Parece que se entiende un fortalecerse y esforzarse el alma á costa del cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido, y allá toma allí bastimento para contra él.

Y aunque al principio no se entienda esto por no ser tanto, que hay mas y menos en este recogimiento, mas si se acos-

tumbra (aunque al principio dé trabajo, porque el cuerpo torna por su derecho, sin entender que el mesmo se corta la cabeza en no darse por vencido) mas si se usa algunos dias, y nos hacemos esta fuerza, verse ha claro la ganancia, y entenderán en comenzando á rezar, que se vienen las abejas á la colmena, y se entrarán en ella para labrar la miel. Y esto sin cuidado nuestro, porque ha querido el Señor, que por el tiempo que lo han tenido, se haya merecido estar el alma y voluntad con este señorío, que en haciendo una seña no mas, de que se quiere recoger, la obedezcan, los sentidos, y se recojan á ella. Y aunque despues tornen á salir, es gran cosa haberse ya rendido, porque salen como cautivos y sujetos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer, y en tornando á llamar la voluntad, vienen con mas presteza, hasta que á muchas entradas destas quiere el Señor se queden ya del todo en contemplacion perfecta.

Entiéndase mucho esto que queda dicho, porque aunque parece oscuro, lo entenderá quien quisiere obrarlo. Ansí que caminan por mar, y pues tanto nos va no ir tan despacio, hablemos un poco de como nos acostumbremos á tan buen modo de procedar. Están mas seguros de muchas ocasiones: pégase mas presto el fuego del amor divino, porque con poquito que sople con el entendimiento, están cerca del mesmo fuego, con una centellica que les toque se abrasará todo: como no hay embarazo de lo exterior, estáse sola el alma con su Dios; hay gran aparejo para encenderse. Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal (como á la verdad lo es, que es ansí, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, mas resplandecen las piedras) y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huésped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazon.

Parecerá esto al principio cosa impertinente (digo hacer esta ficcion para darlo á entender) y podrá ser aproveche mucho, á vosotras en especial, porque como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad, que hay otra cosa mas preciosa sin ninguna comparacion dentro de nosotras, que lo que vemos por defuera. No nos imaginemos vacías en lo interior; y plega á Dios sean solas las mujeres las que andan con este descuido, que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal huésped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto á las

cosas del mundo; porque veriamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. ¿Pues qué más hace una alimaña, que en viendo lo que le contenta á la vista, harta su hambre en la presa? Sí, que diferencia ha de haber dellas á nosotras.

Reiránse de mí, por ventura, y dirán que bien claro se está esto; y ternán razon, porque para mí fué oscuro algun tiempo. Bien entendia que tenia alma, mas lo que merecia esta alma, y quien estaba dentro della (porque yo me ataba los ojos con las vanidades de la vida para verlo) no lo entendia. Que á mi parecer, si como ahora entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, entonces lo entendiera, no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con él, y mas procurara que no estuviera tan sucia. ¿Mas qué cosa de tanta admiracion que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrase en cosa tan pequeña? Ansi quiso caber en el vientre de su sacratísima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña, para tener en sí cosa tan grande, no se da á conocer hasta que va ensanchando esta alma poco á poco, conforme á lo que entiende es menester para lo que pone en ella. Por eso digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo con toda determinacion, y le desembaracemos, para que pueda poner y quitar como en cosa propia. Esta es su condicion, y tiene razon su Majestad, no se lo neguemos. Y como él no ha forzado nuestra voluntad, toma lo que damos, mas no se da á sí del todo, hasta que nos damos del todo á él (esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces) ni obra en el alma, como cuando del todo sin embarazo es suya, ni sé cómo ha de obrar: es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor en su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo. ¿Pensais, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo: Que estás en los cielos? Pues un tal Rey á osadas que no le dejan solo los cortesanos, sino que están con él rogándole por nosotros, para nuestro provecho, porque están llenos de caridad. No penseis que es como acá, que si un señor ó prelado favorece alguno por algunos fines, ó porque quiere, luego hay las envidias, y el ser malquisto aquel pobre, sin hacerles nada, que le cuestan caros los favores.

CAPÍTULO XXIX

Prosigue en dar medios para procurar esta oracion de recogimiento: dice lo poco que nos há de dar de ser favorecidas de los prelados.

Por amor de Dios, hijas, no cureis de daros nada por estos favores, procure cada una hacer lo que debe, que si el prelado no se lo agradeciere, segura puede estar lo pagará y agrrdecerá el Señor. Si, que no venimos aquí á buscar premio en esta vida: siempre el pensamiento en lo que dura, y de lo de acá ningun caso hagamos, que aun para lo que se vive no es durable, que hoy está bien con la una, mañana si ve una virtud mas en vos, estará mejor con vos, y sino, poco va en ello. No deis lugar á estos pensamientos, que á las veces comienzan por poco, y os pueden desasosegar mucho, sino atajadlos, con que no es acá vuestro reino, y cuán presto tiene todo fin. Mas aun esto es bajo remedio, y no mucha perfeccion; lo mejor es, que dure, y vos desfavorecida y abatida, y lo querais estar por el Señor que está con vos. Poned los ojos en Vos, y miraos anteriormente, como queda dicho, hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará: mientras menos consolacion exterior tuviéredes, mucho mas regalo os hará. Es muy piadoso, y á personas afligidas y desfavorecidas jamás falta, si confian en él solo. Así lo dice David, que está el Señor con los afligidos. O creeis esto, ó no: si lo creeis, ¿de qué os matais?

¡O Señor mio, que si de veras os conociésemos, no se nos daria nada de nada porque dais mucho á los que se quieren fiar de Vos! Creed, amigas, que es gran cosa entender que es verdad esto, para ver que los favores de acá todos son mentira, cuando desvian algo el alma de andar dentro de sí. ¡O válame Dios, quién os hiciere entender esto! No yo por cierto, que sé que con deber yo mas que ninguno, no acabo de entenderlo como se ha de entender.

Pues tornando á lo que decia, quisiera yo saber declarar cómo está esta compañía santa con nuestro acompañador Santo de los santos, sin impedir á la soledad, que él y su Esposa tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraiso con su Dios, y cierra la puerta tras sí á todo lo del mundo. Digo que quiere; porque entended que esto no es cosa sobrenatural del todo, sino que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo con el favor de Dios, que sin esto no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, sino

encerramiento dellas en sí mesmas. Vase ganando esto de muchas maneras, como está escrito en algunos libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente á Dios; y aun en las mesmas ocupaciones retirarnos á nosotros mesmos, aunque sea por un momento solo. Aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

Lo que pretendo, solo es que veamos y estemos con quien hablamos, sin tenerle vueltas las espaldas, que no me parece otra cosa estar hablando con Dios, y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino léjos, y cuán léjos si le vamos á buscar al cielo. Pues rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle estando tan cerca de nosotros! ¿No parece nos oyan los hombres, si cuando hablamos no vemos que nos miran, y cerramos los ojos para no mirar, que nos mirais Vos? ¿Cómo habemos de entender si habeis oido lo que os decimos? Solo esto es lo que querria dar á entender, que para irnos acostumbrando con facilidad á ir sosegando el entendimiento para entender lo que habla, y con quién habla, es menester recoger estos sentidos exteriores á nosotros mesmos, y que les demos en qué se ocupar; pues es assí que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo está. En fin, irnos acostumbrando á gustar de que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará á sentir como está allí. Desta suerte rezaremos con mucho sosiego vocalmente, y es quitarnos de trabajo, porque á poco tiempo que forcemos á nosotras mesmas para estarnos cerca deste Señor, nos entenderá, como dicen, por señas; de manera, que si habiamos de decir muchas veces el Pater nosier, se nos dará por entendido de una. Es muy amigo de quitarnos de trabajo, aunque en una hora no le digamos mas de una vez, como entendamos que estamos con él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana está con nosotros; no es amigo de que nos quebremos las cabezas hablándole mucho. El Señor la enseñe á las que no lo sabeis, y de mí os confieso, que nunca supe qué cosa era rezar con satisfaccion, hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tantos provechos desta costumbre de recogimiento dentro de mí, que eso me ha hecho alargar tanto. Concluyo con que quien lo quisiere adquirir (pues, como digo, está en nuestra mano) que no se canse de acostumbrarse á lo que queda dicho, que es señorearse poco á poco de sí mesmo, no se perdiendo en balde sino ganándose á sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurará acordarse que hay con quien hable dentro de sí mesmo: si oyere, acordarse ha que ha de oir á quien mas cerca le

habla. En fin, traer cuenta que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía, y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado sólo á su padre que está necesitada dél. Si pudiere muchas veces en el dia, si no sea pocas como lo acostumbrase saldrá con ganancia, ó presto ó mas tarde. Después que se lo dé el Señor, no lo trocaria por ningun tesoro; pues nada se deprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastáredes, y yo sé que si lo teneis un año, y quizá en medio saldreis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo para tan gran ganancia, como es hacer buen fundamento, para si quisiere el Señor levantaros á grandes cosas, que halle en vos aparejo, hallándoos cerca de sí. Plega á su Majestad no consienta nos apartemos de su presencia. Amen.

CAPÍTULO XXX

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oracion. Trata destas palabras del «Pater noster,» «Sanctificetur nomen tuum,» aplicadas á oracion de quietud, y comiénzala á declarar.

Ahora vengamos á entender cómo va adelante nuestro buen maestro, y comienza á pedir á su Padre santo para nosotros: y ¿qué le pide, que es bien lo entendamos? ¿Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide á una persona grave, no lleva pensado cómo le ha de pedir para contentarle, y no serle desabrido, y qué le ha de pedir, y para qué ha menester lo que le ha de dar, en especial si pide cosa señalada, cómo nos enseña que pidamos nuestro buen Jesús? Cosa me parece para notar, ¿no pudiérades, Señor mio, concluir con una palabra, y decir: dadnos, Padre, lo que nos conviene, pues á quien tan bien lo entiende todo, parece que no era menester mas? ¡O sabiduría eterna! Para entre Vos y vuestro Padre esto bastaba, y ansí lo pedistes en el huerto: mostrastes vuestra voluntad y temor, mas dejastes os en la suya; mas á nosotros conocéisnos, Señor mio, que no estamos tan rendidos, como lo estábades Vos á la voluntad de vuestro Padre, y que era menester pedir cosas señaladas, para que nos detuviésemos en mirar si nos estaba bien lo que pedimos, y si no que no lo pidamos. Porque segun somos, si no nos dan lo que queremos con este libre albedrío que tenemos, no admitirémos lo que

el Señor nos diere, porque aunque sea lo mejor, como no vemos luego el dinero en la mano, nunca nos pensamos ver ricos.

¡O válame Dios, que hace tener tan adormida la fe para uno y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto tenemos el castigo, ni cuán cierto el premio! Por eso es bien, hijas, que entendais lo que pedís en el Pater noster; porque si el Padre eterno os lo diere, no se lo torneis á los ojos y que penseis muy bien siempre que pedís, si os está bien lo que pedís; y si no, no lo pidais, sino pedid que os dé su Majestad luz, porque estamos ciegos y con hastío, para no poder comer los manjares que os han de dar vida, sino los que os han de llevar á la muerte; ¡y qué muerte tan peligrosa, y tan para siempre! Pues dice el buen Jesús, que digamos estas palabras en que pedimos, que venga en nosotros un tal reino: Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino.

Ahora mirad, hijas, que sabiduría tan grande de nuestro Maestro; considero yo aquí, y es bien que entendamos que pedimos en este reino. Como vió su Majestad que no podíamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este nombre santo del Padre eterno, conforme á lo poquito que podemos nosotros: de manera, que se hiciese como es razon, si no nos proveía su Majestad con darnos acá su reino: ansí lo puso el buen Jesús lo uno cabe lo otro. Porque entendamos esto, hijas, que pedimos, y lo que nos importa importunar por ello, y hacer cuanto pudiéremos para contentar á quién nos lo ha de dar, es quiero decir aquí lo que yo entiendo: si no os contentare, pensad vosotras otras consideraciones; que licencia nos dará nuestro Maestro, como en todo nos sujetemos á lo que tiene la Iglesia, como lo hago yo siempre: y aun esto no os daré á leer; hasta que lo vean personas que lo entiendan.

Ahora, pues, el gran bien que me parece á mí hay en el reino del cielo con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra sino un sosiego y gloria en sí mesmos, un alegrarse que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfaccion grande en sí mesmos, que les viene de ver que todos santifican, y alaban al Señor, y bendice su nombre, y no le ofende nadie. Todos le aman, y la misma alma no entiende en otra cosa, sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce; y ansí le amaríamos acá aunque no en esta perfeccion, ni en un ser, mas muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos, si le conociésemos.

Parece que voy á decir que hemos de ser Angeles, para pedir esta peticion y rezar bien vocalmente: bien lo quisiera

nuestro divino Maestro, pues, tan alta peticion nos manda pedir, y á buen seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles: ¿y qué imposible seria con el favor de Dios, venir á esto un alma puesta en este destierro, aunque no en la perfeccion que estan salidas desta cárcel porque andamos en mar, y vamos este camino? Mas hay ratos, que de cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego de las potencias y quietud del alma, que como por señas les da claro á entender á qué sabe lo que se da á los que el Señor lleva á su reino; y á los que se le da acá, como le pedimos, les da prendas, para que por ellas tenga gran esperanza de ir á gozar perpetuamente lo que acá les da á sorbos.

Si no dijésedes que trato de contemplacion, venia aquí bien en esta peticion hablar un poco del principio de pura contemplacion, que los que la tienen la llaman oracion de quietud: mas como digo que trato de oracion vocal, parecerá que no viene lo uno con lo otro aquí. No lo sufriré, yo sé que viene perdonadme, que lo quiero decir, porque sé que muchas personas que rezan vocalmente, como ya queda dicho, los levanta Dios (sin entender ellas cómo) á subida contemplacion, por eso pongo tanto, hijas en que receis bien las oraciones vocales.

Conozco una persona que nunca pudo tener sino oracion vocal, y asida á esta lo tenia todo; y si no rezaba, ibasele el entendimiento tan perdido, que no lo podia sufrir, mas tal tengamos todas la mental. En ciertos Pater noster que rezaba, á las veces que el Señor derramó sangre, se estaba, y en poco mas, rezando dos ó tres horas. Vino una vez á mí muy congojada, que no sabia tener oracion mental, ni podia contemplar, sino rezar vocalmente. Preguntéle qué rezaba: y vi que asida al Pater noster, tenia pura contemplacion, y la levantaba el Señor á juntarla consigo en union. Y bien se parecia en sus obras, porque gastaba muy bien su vida: y ansí alabé al Señor, y hube envidia á su oracion vocal. Si esto es verdad, como lo es, no penseis los que sois enemigos de contemplativos, que estais libres de serlo, si las oraciones vocales rezais como se han de rezar, teniendo limpia conciencia.

CAPITULO XXXI

Que prosigue en la misma materia, declara qué es oracion de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar.

Pues todavía quiero, hijas, declarar como lo he oido platicar (ó el Señor ha querido dármelo á entender, por ventura, para que os lo diga) esta oracion de quietud, á donde á mi me parece comienza el Señor á dar á entender que oyó la peticion, y comienza ya á darnos su reino aquí, para que de veras le alabemos y santifiquemos, y procuremos lo hagan todos, que es ya cosa sobrenatural, y que no la podemos adquirir nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz; ó ponerla el Señor con su presencia, por mejor decir, como hizo al justo Simeon, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma por una manera muy fuera de entender los sentidos exteriores, que está ya junta cabe su Dios, que con poquito mas llegará á estar hecha una cosa con él por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo, ni del alma: tampoco no veia el justo Simeon mas del glorioso Niño pobrecito, que en lo que llevaba envuelto, y la poca gente que con él iba en la procesion, mas pudiera juzgarle por hijo de gente pobre, que por hijo del Padre celestial, mas dióselo el mismo Niño á entender, y así lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende cómo lo entiende, mas de que se ve en el reino (al menos cabe el Rey que se la ha de dar) y parece que la mesma alma está con acatamiento, aun para no osar pedir.

Es como un amortecimiento interior y exteriormente, que no querria el hombre exterior (digo el cuerpo, porque mejor me entendais) digo que no se querria bullir, sino como quien ha llegado cási al fin del camino, descansa para poder mejor tornar á caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello. Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo, y gran satisfaccion en el alma. Está tan contenta de solo verse cabe la fuente, que aun sin beber está ya harta, no le parece hay mas que desear, las potencias sosegadas que no querrian bullirse, todo parece que le estorba á amar. Aunque no estén perdidas, porque pueden pensar en cabe quién están, que las dos están libres, la voluntad es aquí la cautiva; y si alguna pena puede tener estando así, es de ver que ha de tornar á tener libertad. El entendimiento no querria entender mas de una cosa, ni la

memoria ocuparse en mas; aquí ven que esta sola es necesaria, y todas las demás las turban. El cuerpo no querría se menease, porque les parece han de perder aquella paz, y así no se osan bullir. Dales pena el hablar; en decir Padre nuestro una vez, se les pasará una hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el palacio cabe su Rey, y ven que les comienza ya á dar aquí su reino.

Aquí vienen unas lágrimas sin pesadumbre algunas veces, y con mucha suavidad. Parece no están en el mundo, ni le querría ver ni oir, sino á su Dios. No les da pena nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura con la satisfacción y deleite que en sí tiene, están tan embebidas y absortas, que no se acuerdan que hay mas que desear, sino que de buena gana dirían con san Pedro: Señor, hagamos aquí tres moradas.

Algunas veces en esta oración de quietud, hace Dios otra merced bien dificultosa de entender, si no hay grande experiencia; mas si hay alguna, luego lo entenderéis la que la tuviere, y daros á mucha consolacion saber qué es: y creo muchas veces hace Dios esta merced junto con estotra. Cuando es grande y por mucho tiempo esta quietud, paréceme á mí, que si la voluntad no estuviese asida á algo, que no podría durar tanto en aquella paz, porque acaece andar un dia ó dos, que nos vamos con esta satisfacción, y no nos entendemos: digo los que la tienen. Y verdaderamente ven que no están enteros en lo que hacen, sino que les falta lo mejor, que es la voluntad, que á mi parecer está unida con Dios, y deja las otras potencias libres, para que entiendan en cosas de su servicio: y para esto tienen entonces mucha mas habilidad; mas para tratar cosas del mundo, están torpes y como embobados á veces. Es gran merced esta á quien el Señor la hace, porque vida activa y contemplativa está junta. De todo se sirve entonces el Señor, porque la voluntad ocúpase en su obra, sin saber cómo obra, y en su contemplacion, las otras dos potencias sirven en lo que Marta: así que ella y María andan juntas.

Yo sé de una persona que la ponía el Señor aquí muchas veces, y no se sabía entender, y preguntólo á un gran contemplativo, y dijo: que era muy posible que á él le acaecía. Así que pienso; que pues el alma está tan satisfecha en esta oracion de quietud, que lo mas contino debe estar unida la potencia de la voluntad con el que solo puede satisfacerla. Paréceme que será bien dar aquí algunos avisos, para las que de vosotras, hermanas, el Señor ha llegado aquí por sola su bondad, que sé que son algunas.

El primero es, que como se ven en aquel contento, y no sa-

ben como les vino (al menos ven que no le pueden ellas por sí alcanzar) dales esta tentacion, que les parece podrá detenerle, y aun resollar no querrian. Es boberia, que ansí como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos hacer que deje de anochecer. No es ya obra nuestra, que es sobrenatural, y cosa muy sin poderla nosotros adquirir. Con lo que mas determemos esta merced, es con entender claro que no podemos quitar ni poner en ella, sino recibirla como indignísimos de merecerla, con hacimiento de gracias; y estas no con muchas palabras, sino con un no alzar los ojos como el publicano.

Bien es procurar mas soledad, para dar lugar al Señor, y dejar á su Majestad que obre como en cosa suya, y cuando mas una palabra, de rato en rato, suave, como quien da un soplo en la vela cuando ve que se ha muerto, para tornarla á encender; mas si está ardiendo, no sirve mas de matarla. A mi parecer digo, que sea suave el soplo, porque por concertar muchas palabras con el entendimiento, no ocupe la voluntad. Y notad mucho, amigas, este aviso que ahora quiero decir, porque os veréis muchas veces que no os podais valer con estotras dos potencias. Que acaese estar el alma con grandísima quietud, y andar el pensamiento tan remontado, que no parece que es en su casa aquello que pasa; y ansí le parece entonces, que no está sino como en casa ajena por huesped, y buscando otras posadas á donde estar, que aquella no le contenta, porque sabe poco qué cosa es estar en un ser. Por ventura es solo el mio, y no deben ser ansí otros. Conmigo hablo, que algunas veces me deseo morir, de que no puedo remedir esta variedad del pensamiento; otras parece hace asiento en su casa, y acompaña á la voluntad, que cuando todas tres potencias se conciertan, es una gloria; como dos casados que se aman, y que el uno quiere lo que el otro; mas si uno es mal casado, ya se ve el desasosiego que da á su mujer.

Ansí que la voluntad cuando se ve en esta quietud, no haga caso del entendimiento ó pensamiento, ó imaginacion (que no sé lo que es) mas que de un loco, porque si le quiere traer consigo forzado, ha de ocupar é inquietar algo; y en este punto de oracion todo será trabajar, y no ganar mas, sino perder lo que le da el Señor sin ningun trabajo suyo. Y advertir mucho á esta comparacion que me puso el Señor estando en esta oracion, y cuadrarme mucho, y me parece lo da á entender. Está el alma como un niño que aun mama, cuando está á los pechos de su madre, y ella sin que él paladee échale la leche en la boca para regalarle; ansí es

acá, que sin trabajo del entendimiento está amando la voluntad, y quiere el Señor que sin pensar lo entienda que está con él, y que solo trague la leche que su Magestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad, que conozca le está el Señor haciendo aquella merced y se goce de gozarla. Mas no quiera entender cómo la goza, y qué es lo que goza, sino descúidese entonces de sí, que sé quien está cabe ella no se descuidará de ver lo que le conviene. Porque si va á pelear con el entendimiento, para darle parte, trayéndole consigo, no puede á todo, forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde aquel mantenimiento divino.

En esto se diferencia esta oracion de cuando está toda el alma unida con Dios, porque entonces aun solo este tragar el mantenimiento no hace, dentro de sí lo halla sin entender cómo le pone el Señor. Aquí parece que quiere trabaje un poquito el alma, aunque es con tanto descanso, que casi no se siente. Quien la atormenta es el entendimiento ó imaginacion, lo que no se hace cuando es union de todas tres potencias, porque las suspende el que las crió; porque con el gozo que da, todas las ocupa sin saber ellas cómo, ni poderlo entender. Así que, como digo, en sintiendo en sí, esta oración, que es un contento quieto y grande de la voluntad, sin saberse determinar de que es señaladamente, aunque bien se determina que es diferentísimo de los contentos de acá, que no bastaria señorear el mundo con todos los contentos dél, para sentir en sí el alma aquella satisfaccion que es lo interior de la voluntad. Que otros contentos de la vida, parécemo á mí que los goza lo exterior de la voluntad, como la corteza della, digamos. Pues cuando se viera en este tan subido grado de oracion (que es, como he dicho, ya muy conocidamente sobrenatural) si el entendimiento ó pensamiento, por mas me declarar, á los mayores desatinos del mundo se fuere; ríase dél, y déjele para necio y estése en su quietud, que él irá y vernó, que aquí es señora y poderosa voluntad, ella se le traerá sin que os ocupeis. Y si quiere á fuerza de brazo traerle, pierde la fortaleza que tiene para contra él, que le viene de comer y admitir aquel divino sustentamiento, y así el uno ni el otro ganarán nada, sino perderán entrambos.

Dicen que quien mucho quiere apretar junto, lo pierde todo: ansí me parece será aquí. La experiencia dará esto á entender, que quien no la tuviere, no me espanto le parezca muy oscuro esto, y cosa no necesaria. Mas ya he dicho que con poca que haya lo entenderá, y se podrá aprovechar dello, y alabarán al Señor, porque fué servido se acertase á decir

aquí. Ahora, pues, concluyamos, con que puesta el alma en esta oracion, ya parece le ha concedido el Padre eterno su peticion, de darle acá su reino.

¡Ó dichosa demanda, que tanto bien es ella pedimos sin entenderlo! Dichosa manera de pedir. Por eso quiero, hermanas, que miremos como rezamos esta oración celestial del Pater noster, y todas las demás vocales: porque hecha por Dios esta merced, descuidarnos hemos de las cosas del mundo, porque llegando el Señor dél todo lo echa fuera. No digo que todos los que la tuvieren, por fuerza estén desasidos del todo del mundo, al menos querria que entiendan lo que les falta, y se humillen, y procuren irse desasiendo del todo, porque si no quedarse han aquí.

El alma á quien Dios le da tales prendas, es señal que la quiere para mucho, si no es por su culpa irá muy adelante. Mas si ve que poniéndola el reino del cielo en su casa se torna á la tierra, no solo no la mostrará los secretos que hay en su reino, mas serán pocas veces las que le haga este favor y breve espacio. Ya puede ser yo me engañe en esto, mas véolo, y sé que pasa así, y tengo para mí que por eso no hay muchos más espirituales; porque como no responden en los servicios conforme á tan gran merced, ni tornan á aparejarse á recibirla, sino antes á sacar al Señor de las manos la voluntad, que ya tiene por suya y ponerla en cosas bajas, vase á buscar á donde le quieran para dar mas, aunque no del todo quita lo dado, cuando se vive con limpia conciencia.

Mas hay personas, y yo he sido una de ellas, que está el Señor enterneciéndolas y dándolas inspiraciones santas, y luz de lo que es todo, y en fin, dándoles este reino, y poniéndolas en esta oracion de quietud, y ellas haciéndose sordas; porque son tan amigas de hablar, y de decir muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea, como tienen ya por sí de decirlas cada dia, que aunque, como digo, les ponga el Señor su reino en las manos, no le admiten, sino que ellas con su rezar piensan que hacen mejor y se divierten. Esto no hagais, hermanas, sino estad sobre aviso, cuando el Señor os hiciere esta merced, mirad que perdeis un gran tesoro, y que haceis mucho mas con una palabra de cuando en cuando del Pater noster, que con decirle muchas veces apriesa, y no os entendiendo. Está muy junto á quien pedis, no os dejará de oir, y creed que aquí es el verdadero alabar y santificar de su nombre; porque ya como cosa de su casa glorificais al Señor, y alabáisle con más aficion y deseo, y parece que no podeis dejarle de conocer mejor, porque ha-

hais gustado cuán suave es el Señor. Ansí que en esto os aviso, que tengais mucho aviso, porque importa muy mucho.

CAPITULO XXXII

Que trata destas palabras del «Pater noster,» «Fiat voluntas tua sicut in cœlo, et in terra;» y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinacion, y cuán bien se lo pagará el Señor.

Ahora que nuestro buen Maestro nos ha pedido, y enseñado á pedir cosa de tanto valor, que encierra en sí todas las cosas que acá podemos desear, y nos ha hecho tan gran merced como hacernos hermanos suyos, veamos qué quiere que demos á su Padre, y qué le ofrece por nosotros, y qué es lo que nos pide, que razon es le sirvamos con algo tan grandes mercedes. ¡O buen Jesús! ¿Qué tan poco dais (poco de nuestra parte) cómo pedis mucho para nosotros? Dejado que ello en sí no es nada, para donde tanto se debe, y para tan gran Señor; mas cierto, Señor mio, que no me dejeis con nada, y que damos todo lo que podemos, si lo damos como lo decimos: digo sea hecha tu voluntad, como es hecha en el cielo, ansí se haga en la tierra.

Bien hicistes, nuestro buen Maestro, de pedir la peticion pasada, para que podamos cumplir lo que dais por nosotros. Porque cierto, Señor si ansí no fuera, imposible me parece: mas haciendo vuestro Padre lo que Vos le pedis, de darnos acá su reino, yo sé que os sacarémos verdadero en dar lo que dais por nosotros. Porque hecha la tierra cielo, será posible hacer en mí vuestra voluntad; mas sin esto, y en tierra tan ruin como la mia, y tan sin fruto, yo no sé, Señor, como seria posible. Es gran cosa lo que ofreceis. Cuando yo pienso esto, gusto de las personas que no osan pedir trabajos al Señor, que piensan que está en esto el dárselos luego; no hablo en los que lo dejan por humildad, pareciéndoles que no serán para sufrirlos, aunque tengo para mí, que quien les da amor para pedir este medio tan áspero para mostrarlo, le dará para sufrirlos. ¿Querria preguntar á los que por temor de que luego se los han de dar no los piden, lo que dicen cuando suplican al Señor, cumpla su voluntad en ellos? O es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo. Esto, hermanas, no seria bien; mirad que parece aquí el buen Jesús

nuestro Embajador, y que ha querido entrevenir entre nosotros y su Padre, y no á poca costa suya, y no sería razon que lo que ofrece por nosotros dejásemos de hacerlo verdad, ó no lo digamos. Ahora quiérolo llevar por otra vía. Mirad, hijas, ello se ha de cumplir que queramos que no, y se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra, tomad mi parecer y creedme, y haced de la necesidad virtud.

¡O Señor mio, qué gran regalo es este para mí, que no dejásedes en querer tan ruin como el mio, el cumplirse vuestra voluntad ó no! Buena estuviera yo, Señor, si estuviera en mi mano el cumplirse vuestra voluntad en el cielo y en la tierra. Ahora la mia os doy libremente, aunque á tiempo que no va libre de interese, porque ya tengo probado y gran esperiencia dello, la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra. ¡O amigas que gran ganancia hay aquí! ¡O qué gran pérdida de no cumplir lo que decimos al Señor en el Pater noster en esto que lo ofrecemos!

Antes que os diga lo que se gana, os quiero declarar lo mucho que ofreceis, no os llameis despues á engaño, y digais que no lo entendistes; no sea como algunas religiosas, que no hacemos sino prometer, y como no lo cumplimos, hay este reparo de decir que no se entendió lo que se prometia.

Ya puede ser, porque decir que dejarémos nuestra voluntad en otra, parece muy fácil, hasta que probando se entiende que es la cosa mas recia que se puede hacer; si se cumple como se ha de cumplir, es fácil de hablar y dificultoso de obrar; y si pensaron que no era más lo uno que lo otro, no lo entendieron. Hacedlo entender á las que acá hicieron profesion, por larga prueba, no piensen que ha de haber solas palabras, sino obras tambien: mas no todas veces nos llevan con rigor los prelados, de que nos ven flacos; y á las veces flacos y fuertes llevan de una suerte: acá no es ansí, que sabe el Señor lo que puede sufrir cada uno, y á quien ve con fuerza, no se detiene en cumplir en él su voluntad.

Pues quiero os avisar y acordar, que es su voluntad; no hayais miedo que sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco, y tiene en mucho lo que dais, y quiere os lo pagar bien, pues os da su reino aun viviendo. ¿Quereis ver cómo se ha con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo á su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oracion del huerto: como fué dicho con determinacion y de toda voluntad, mirad si la cumplió bien en él, en lo que le dió de trabajos, dolores, injurias y persecuciones: en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz. Pues veis aquí, hijas, á quien mas amaba lo que dió, por donde se entiende cuál es su voluntad. Ansí que estos son sus dones en este mundo. Va conforme al amor que nos tiene. A los que ama mas da estos dones; mas á los que menos, menos, y conforme al ánimo que ve en cada uno, y al amor que tiene á su Majestad. Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por él, al que amare poco dará poco. Tengo yo para mí, que la medida de poder llevar gran cruz ó pequeña es la del amor.

Ansí que, hermanas, si le teneis, procurad no sean palabras de cumplimiento las que decís á tan gran Señor, sino esforzaos á pasar lo que su Majestad quisiere. Porque si de otra manera dais voluntad, es mostrar la joya é irla á dar, y rogar que la tomen; y cuando extienden la mano para tomarla, tornásosla vos á guardar muy bien. No son estas burlas para con quien lo hicieron tantas por nosotros, aunque no hubiera otra cosa, no es razon que burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el Pater noster. Démosle ya una vez la joya del todo, de cuantas acometemos á dársela. Es verdad que nos da primero para que se la demos. Pues del mundo harto harán si tienen de verdad determinacion de cumplirlo: vosotras, hijas, diciendo y haciendo, palabras y obras como á la verdad parece hacemos los religiosos. Sino que á las veces,

no solo acometemos á dar la joya, sino ponémosla en la mano, y tornámosela á tomar. Somos tan francos de presto, y despues tan escasos, que valiera en parte mas que nos hubiéramos detenido en el dar. Porque todo lo que os he avisado en este libro, va dirigido á este punto de darnos del todo al Criador, y poner nuestra voluntad en la suya, y desasirnos de las criaturas, y ternéis ya entendido lo mucho que importa, no digo mas en ello, sino diré para lo que pone aquí nuestro buen Maestro estas palabras dichas, como quien sabe lo mucho que ganarémos de hacer este servicio á su eterno Padre, porque nos disponemos cumpliéndolas, para que con mucha brevedad nos veamos acabado de andar el camino, y bebiendo del agua viva de la fuente que queda dicha.

Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor, para que haga en todo lo que nos toca conforme á ella, nunca deja beber desta agua. Esto es contemplacion perfecta, lo que dijistes os escribiese; y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni trabajamos, ni negociamos, ni es menester mas, porque todo lo demás estorba é impide, sino decir: *Fiat voluntas tua;* cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad, de todos los modos y maneras que vos, Señor mio, quisiéredes; si quereis con trabajo, dadme esfuerzo y vengan: si con persecuciones, y enfermedades, deshonras y necesidades, aquí estoy: no volveré el rostro, Padre mio, ni es razon vuelva las espaldrs. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad, no es razon falte por mi parte, sino que me hagais vos merced de darme vuestro reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidio: disponed en mí como en cosa vuestra, conforme á vuestra voluntad.

¡O hermanas mias, que fuerzas tiene ese don! No puede menos, si va con la determinacion que ha de ir, de traer al Todopoderoso á ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí, y hacer una union del Criador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas, y si teneis buen Maestro, que como sabe por donde ha de ganar la voluntad de su Padre, enseñanos cómo, y con qué le hemos de servir. Y mientras mas determinacion tiene el alma, y mas se va entendiendo por las obras, que no son palabras de cumplimiento, mas nos llega el Señor á sí, y nos levanta de todas las cosas de acá y de nosotros mesmos para habituarnos á recibir grandes mercedes. Que no acaba de pagar en esta vida este servicio, en tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué nos pedir, y su Majestad nunca se cansa de dar: porque no contento con tener hecha esta tal alma una cosa consigo, por haberla ya unido á sí mesmo, comienza á regalarse con ella y á descu-

brirle secretos, y á holgarse de que entienda lo que ha ganado, y que conozca algo de lo que la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada (esto es arrobamiento) y comienza á tratar de tanta amistad, que no solo la torna á dejar su voluntad, mas dale la suya con ella; porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, que mandeu á veces como dicen, y cumplir él lo que ella le pide, como ella hace lo que él manda, y mucho mejor porque es poderoso y puede cuanto quiere, y no deja de querer. La pobre alma aunque quiera, no puede lo que querria, ni puede nada sin que se lo dés; y esta es su mayor riqueza, quedar mientras mas sirve, mas adeudada, y muchas veces fatigada de verse sujeta a tantos inconvenientes, y embarazos, y ataduras, como trae el estar en la cárcel deste cuerpo, porque querria pagar algo de lo que debo. Y es harto boba en fatigarse, porque aunque haga lo que es en sí, ¿qué podemos pagar los que, como digo, no tenemos que dar si no lo recibimos? Sino conocernos, y esto que podemos con su favor, que es dar nuestra voluntad, hacerlo cumplidamente. Todo lo demás para el alma que el Señor ha llegado aquí, la embaraza y hace daño, y no provecho.

Miren que digo para el alma que ha querido el Señor juntarla consigo por union y contemplacion perfecta; que aquí sola la humildad es la que puede algo, y esta no adquirida por el entendimiento, sino con una clara verdad que comprende en un momento lo que en mucho tiempo no pudiera alcanzar trabajando la imaginacion, es lo muy nada que somos, lo muy mucho que es Dios. Doy os un aviso, que no penseis por fuerza vuestra ni diligencia allegar aquí, que es por demás, antes si teniades devocion, quedaréis frias, sino con simplicidad yhumildad, que es la que acaba todo, decir: *Fiat voluntas tua.*

CAPITULO XXXIII

En que trata la gran necesidad que tenemos de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del Pater noster: «Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.

Pues entendiendo, como he dicho, el buen Jesús cuán dificultosa cosa era esta que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza, que muchas veces nos hacemos entender

que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos, y él tan piadoso, vió que era menester remedio, y así pídenos al Padre eterno este pan soberano. Porque dejar de dar lo dado, vió que en ninguna manera nos convenía, porque está en ello toda nuestra ganancia; pues cumplirlo sin este favor, vió ser dificultoso. Porque decir á un regalado y rico, que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato, para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender esto sino á su propósito. Pues decir á un murmurador que es la voluntad de Dios, querer tanto para su prójimo como para sí, no le puede poner á paciencia, ni bastar razón para que lo entienda.

Pues decir á un religioso, que está mostrado á libertad y regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado y prometido, y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo, que va muy contra ellos, aunque no del todo los quebrante; y que ha prometido pobreza, y que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere, no hay remedio aun ahora de quererlo algunos; ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo mas con el remedio que use? No hubiera sino muy poquitos que cumplieran esta palabra que por nosotros dijo al Padre: *Fiat voluntas tua.*

Pues viendo el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable á donde nos mostró el extremo de amor que nos tiene; y en su nombre y en el de sus hermanos dió esta petición: El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor. Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello; y tened en muy poco lo que habeis dado, pues tanto habeis de recibir. Parécememe ahora á mí (debajo de otro mejor parecer) que visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros, y como nos importa tanto darlo, y la gran dificultad que había, como está dicho, por ser nosotros tales, y tan inclinados á cosas bajas, y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos, y no una vez sino cada día, que aquí se debió determinar de quedarse con nosotros. Y como era cosa tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del eterno Padre; porque aunque son una misma cosa, y sabía que lo que él hiciese en la tierra, lo haría Dios en el cielo, y lo ternía por bueno, pues su voluntad y la de su Padre era una, todavía era tanta la humildad del buen Jesús, en cuanto hombre, que quiso como

pedir licencia, aunque ya sabia era amado del Padre, y que se deleitaba en él. Bien entendió que pedíamos en esto, que pidió en lo demás; porque ya sabian la muerte que le habian de dar, y las deshonras y afrentas que habia de padecer.

¿Pues qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado á su hijo, y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentir que se quedara entre nosotros á padecer nuevas injurias? Por cierto ninguno, Señor, sino el vuestro: bien sabeis á quien pedis. ¡O Valeme Dios, que gran amor del Hijo, y qué gran amor del Padre! Aun no me espanto tanto del buen Jesús, porque como habia ya dicho, *Fiat voluntas tua*, habíalo de cumplir como quien es. Sé que no es como nosotros, pues como sabe la cumplia con amarnos como á sí mesmo, ansi andaba á buscar á como cumplir con mayor cumplimiento, aunque fuese á su costa este mandamiento. ¿Mas Vos, Padre eterno, cómo lo consentísteis? ¿Por qué quereis cada dia ver en tan ruines

manos á vuestro Hijo, ya que una vez quisisteis lo estuviese, y lo consentisteis? Ya veis como le pararon, ¿cómo puede vuestra piedad cada dia verle hacer injurias? ¡Y cuántas le deben hoy hacer á este santísimo Sacramento! ¡En qué de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué desacatos destos herejes!

¡O Señor eterno! ¿Cómo acetais tal peticion? ¿Cómo lo consentis? No mireis su amor, que á trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará cada dia hacer pedazos. Vuestro es mirar, señor mio, ya que á vuestro Hijo no se le pone cosa por delante, ¿por qué ha de ser todo nuestro bien á su costa? ¿Por qué calla á todo, y no sabe hablar por sí, sino por nosotros? ¿Pues no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero?

He mirado yo como en esta peticion sola duplica las palabras, porque dice primero, y pide que nos deis este pan cada dia, y torna á decir: Dánosle hoy, Señor. Es como decirle, que ya una vez nos lo dió, que no nos le torne á quitar, hasta que se acabe el mundo, que le deje servir cada dia. Esto os enternezca el corazon, hijas mias, para amar á vuestro Esposo, que no ha esclavo que de buena gana diga lo que es, y que el buen Jesús parece se honra dello

¡O Padre eterno, qué mucho merece esta humildad, con qué tesoro compramos á vuestro Hijo! Venderlo, ya sabemos que por treinta dineros, mas para comprarle no hay precio que baste. Y como se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza. Y como Señor de su voluntad lo acuerda su Padre, que pues es suya, que nos la puede dar; y así dice: Pan nuestro, no hace diferencia de sí á nosotros, mas hácenos á nosotros unos consigo, para que juntando cada dia su Majestad nuestra oracion con la suya, alcance la nuestra delante de Dios lo que pidiéramos.

CAPITULO XXXIV

Prosigue en la misma materia: es muy bueno para despues de haber recibido el santísimo Sacramento.

Pues esta peticion de cada dia, parece que es para siempre. He estado yo pensando, por qué despues de haber dicho el Señor cada dia, tornó á decir: Dádnosle hoy. Quiero os decir mi boberia: si lo fuere, quédese por tal, que harto lo es me-

terme yo en esto. Cada dia me parece á mí, porque acá lo poseemos en la tierra, y le poseerémos tambien en el cielo, si nos aprovechamos bien de su compañía. Pues no se quedó para otra cosa con nosotros, sino para ayudaroos, y animarnos, y sustentarnos á hacer esta voluntad que hemos dicho se cumpla con nosotros.

El decir hoy, me parece es para un dia, que es mientras durare el mundo, y no mas: y bien un dia, para los desventurados que se condenan, que no lo gozarán en la otra. No es á culpa del Señor, si se dejan vencer, que él no los dejará de animar hasta el fin de la batalla: no tornán con qué disculparse, ni de qué quejarse del Padre eterno, porque se lo tomó al mejor tiempo. Y ansí le dice su Hijo, que pues no es mas de un dia, se le deje ya pasar entre los suyos, y puesto á los desacatos de algunos malos, que pues su Majestad ya nos lo dió, y envió al mundo por esta su voluntad y bondad, que él quiere ahora por la suya no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para mas gloria de sus amigos, y pena de sus enemigos; que no pide mas de hoy ahora nuevamente, que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre cierto le tenemos. Su Majestad nos lo dió, como he dicho, este mantenimiento y maná de la humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el santísimo Sacramento sabor y consolacion. No hay necesidad, ni trabajo, ni persecucion, que no sea fácil de pasar, si comenzamos á gustar de los suyos.

Pedid vosotras, hijas, con este Señor al Padre, que os deje hoy á vuestro Esposo, que no os veais en este mundo sin él, que baste para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar, ni otro consuelo: mas suplicadle que no os falte, y os dé aparejo para recibirle dignamente. De otro pan no tengais cuidado las que muy de veras os habeis dejado en la voluntad de Dios; digo en estos tiempos de oracion, que tratais cosas mas importantes, que tiempos hay otros, para que trabajeis y ganeis do comer, mas no con el cuidado. No careis gastar en eso el pensamiento en ningun tiempo, sino trabaje el cuerpo, que es bien procureis sustentaros, y descanse el alma: dejad ese cuicuidado, como largamente queda dicho, á vuestro Esposo, que él le terná siempre. No hayais miedo que os falte, si no faltais vosotras en lo que habeis dicho, de dejaros en la voluntad de Dios. Y por cierto, hijas, de mí os digo, que si deso faltase ahora con malicia, como otras veces lo he hecho mu-

chas, que yo no le suplicase me diese pan, ni otra cosa de comer, déjeme morir de hambre. ¿Para qué quiero vida, si con ella voy ganando cada dia mas muerte eternal? Ansi que si de veras os dais á Dios, como lo decís, él terná cuidado de vos.

Es como cuando entra un criado á servir, que él tiene cuenta con contentar á su señor en todo, mas el señor esta obligado á dar de comer al siervo, mientras está en su casa y le sirve; salvo si no es tan pobre, que no tiene para sí, ni para él Acá cesa esto, siempre es y será rico y poderoso. ¿Pues sería bien andar el criado pidiendo de comer cada dia, pues sabe que tiene cuidado su amo de dárselo, y le ha de tener? Con razon le dirá, que se ocupe él en servirle, y en como le contentar, que por andar ocupado el cuidado en lo que no le ha de tener, no hace cosa á derechas Ansí que, hermanas, tenga quien quisiere cuidado de pedir ese pan, nosotros pidamos al Padre eterno merezcamos pedir el nuestro pan celestial. De manera, que ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle, por estar tan encubierto, se descubra á los del alma, y se le dé á conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos, y que sustenta la vida.

¿Pensais que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban, y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos, que no se podian fingir, á mi parecer. Y porque las maravillas que hace este santísimo pan, en los que dignamente le reciben, son muy notorias, no digo muchas, que pudiera decir desta persona que he dicho, que lo podia yo saber, y sé que no es mentira Mas á esta habiala el Señor dado tan viva fe, que cuando oia á algunas persona decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reia entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el santísimo Sacramento como entonces, que qué mas se les daba.

Mas sé desta persona, que muchos años, aunque no era muy perfeta, cuando comulgaba, ni más ni menos, que si viera con los ojos corporales entrar en su posada al Señor, procuraba esforzar la fe, para (como creia verdaderamente que entraba este Señor en su pobre posada) desocuparse de todas las cosas exteriores cuanto le era posible, y entrarse con él. Procuraba recoger los sentidos, para que todos entendiesen tan gran bien: digo no embarazasen á el alma para conocerle. Considerábase á sus piés, y lloraba como la Mag-

dalena, ni mas ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del Fariseo; y aunque no sintiese devocion, la fe la decía que estaba bien allí, y estábase allí hablando con él. Porque si no nos queremos hacer bobas, y cegar el entendimiento, no hay que dudar, que esto no es representacion de la imaginacion, como cuando consideramos al Señor en la cruz, ó en otros pasos de la Pasion que le representamos como pasó. Esto pasa ahora, y es entera verdad, y no hay para qué le ir á buscar en otra parte mas léjos, sino que pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, está con nosotros el buen Jesús, que no perdamos tan buena razon, y que nos lleguemos á él.

Pues si cuando andaba en el mundo, de solo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje. Si os da pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado, ó cuando andaba por el mundo. No habria sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habria mundo, ni quien quisiese parar en él, porque en ver esta verdad eterna, se veria ser mentira y burla todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran Magestad, ¿cómo osaria una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca dél? Debajo de aquellos accidentes de pan está tratable, porque si el Rey se disfraza, no parece que se nos da nada de conversar sin tantos miramientos y respetos; parece está obligado á sufrirlo, pues se disfrazó. ¿Quién osaria llegar con tanta tibieza, tan indignamente, con tantas imperfecciones? Como no sabemos lo que pedimos, y como la miró mejor su sabiduría: porque á los que ve que se han de aprovechar, él se les descubre, que aunque no le vean con los ojos corporales, muchos modos tiene de mostrarse al alma, por grandes sentimientos interiores, y por diferentes vías.

Estaos vos de buena gana con él, no perdais tan buena sazon de negociar, como es la hora después de haber comulgado. Mirad que este es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús, que le tengais compañía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder si la obediencia no os mandare, hermanas, otra cosa: procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es, no os dejará de enseñar, aunque no lo entendais, que si luego llevais el pensamiento á otra parte, y no haceis caso, ni tenais cuenta con quien está dentro de vos, no os quejeis sino de vos. Este,

pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oyamos y besemos los piés, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros. Si esto habeis de pedir, mirando una imágen de Cristo, boberia me parece dejar en aquel tiempo la misma persona, por mirar el dibujo.

¿No lo seria, si tuviésemos mucho un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese á ver, dejar de hablar con ella, y tener toda la conversacion con el retrato? ¡Sabeis para cuando es muy bueno y santísimo, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la misma persona, y quiere darnos á entender que lo está, con muchas sequedades, es gran regalo ver una imágen de quien con tanta razon amamos; á cada cabo que volviésemos los ojos la querria ver. ¿En qué mejor cosa, ni mas gustosa á la vista la podemos emplear, que en quien tanto nos ama, y en quien tiene en sí todos los bienes? ¡Desventurados destos herejes, que han perdido por su culpa esta consolacion con otras!

Mas acabado de recibir al Señor, pues teneis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraros al corazon, que yo os digo (y otra vez lo digo, y muchas lo querria decir) que si tomais esta costumbre todas las veces que comulgáredes, procurando tener tal conciencia, que os sea lícito gozar á menudo deste bien, que no viene tan disfrazado que, como he dicho, de muchas maneras no se dé á conocer, conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podeis desear, que se os descubra del todo: mas si no hacemos caso dél, sino que en recibiéndole nos vamos de con él, á buscar otras cosas mas bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hanos de tratar por fuerza á que le veamos, que se nos quiere dar á conocer? No, que no le trataron tan bien, cuando se dejó ver á todos al descubierto, y les decia claro quien era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y así, haria misericordia nos hace á todos, que quiere su Majestad entendamos que es él el que está en el santísimo Sacramento: mas que le vean descubiertamente y comunicar sus grandezas, y dar de sus tesoros no quiere sino á los que entiende que mucho le desean, porque estos son sus verdaderos amigos. Que yo os digo, que quien no le fuere y no llegare á recibirle como á tal, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune porque se le dé á conocer. No ve la hora de haber cumplido con lo que manda la Iglesia, cuando se va de su casa, y procura echarle de sí. Así que este tal con otros negocios, y ocupa-

ciones, y embarazos del mundo, parece que lo mas presto que puede se da priesa á que no le ocupe la casa del Señor.

CAPÍTULO XXXV

Acaba la materia comenzada con una exclamacion al Padre eterno.

Heme alargado tanto en esto, aunque habia hablado en la oracion del recogimiento de lo mucho que importa este entrarnos á solas con Dios, por ser cosa importante, y cuando no comulgáredes, hijas y oyéredes misa, podeis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho, y hacer lo mesmo de recoger á después en vos, que es mucho lo que se imprime aquí el amor desto Señor, porque aparejándonos á recibir, jamás deja de dar por muchas maneras que no entendemos; es como llegarnos al fuego, que aunque le haya muy grande, si estais desviados y escondeis las manos, mal os podeis calentar, aunque todavía da mas calor que no estar donde no haya fuego. Mas otra cosa es querernos llegar á él, que si el alma está dispuesta (digo que esté con deseo de perder el frio) y se está allí un rato, para muchas horas queda con calor, y una centellica que salte le abrasa toda. Y vános tanto, hijas, en disponernos para esto, que no os espanteis lo diga muchas veces.

Pues mirad hermanas que si á los principios no os hallaredes bien, no se os dé nada, que podrá ser que os ponga el demonio apretamiento de coraz n y congoja, porque sabe el daño grande que le viene de aquí. Haráos entender que hay mas devocion en otras cosas que aquí. Creedme, no dejeis este modo: aquí probará el Señor lo que le quereis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen y le sigan en los trabajos: pasemos por él algo, que su majestad os lo pagará. Y acordaos también qué de personas habrá, que no solo quieren no estar con él, sino que con descomedimiento le echan de sí. Pues algo hemos de pasar, para que entienda que le tenemos deseo de ver. Y pues todo lo sufre y sufrirá por hallar sola un alma que le reciba y tenga en sí con amor, sea esta la vuestra; porque á no haber ninguna, con razon no le consintiera quedar el Padre eterno con nosotros, sino que es

tan amigo de amigos, y tan Señor de sus siervos, que como ve la voluntad su de buen Hijo, no le quiere estorbar obra tan excelente, y á donde tan cumplidamente muestra el amor.

Pues, Padre santo, que estás en los cielos, ya que lo queréis y lo acetais (y claro está no habiades de negar cosa que tan bien nos está á nosotros) alguien ha de haber, como dijo al principio, que hable por vuestro Hijo. Seamos nosotras, hijas, aunque es atrevimiento siendo las que somos; mas confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, llegadas á esta obediencia en nombre del buen Jesús, supliquemos á su Majestad, que pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa, haciendo á los pecadores tan gran beneficio como este, quiera su piedad, y se sirva de poner remedio, para que no sea tan maltratado, y que pues su santo Hijo puso tan buen medio, para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don para que no vayan adelante tan grandísimo mal y desacatos como se hacen en los lugares á donde estaba este santísimo Sacramento, entre estos lutera nos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, los sacramentos quitados. ¿Pues qué es esto, mi Señor y mi Dios? O dad fin al mundo, ó poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazon que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos, Padre eterno, que no lo sufrais ya Vos; atajad este fuego, Señor, que si quereis podeis.

Mirad que aun está en el mundo vuestro Hijo; por su acatamiento cesen cosas tan feas, y abominables, y sucias, y por su hermosura y limpieza, que no merece estar en casa á donde hay cosas semejantes. No lo hagais por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo, pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir. Pues él alcanzó de Vos, que por este dia de hoy, que es lo que durare el mundo, le dejásedes acá, y porque se acabaria todo, ¿qué saria de nosotros? Que si algo os aplaca, es tener acá tal prenda: pues algun medio ha de haber, Señor mio, póngale vuestra Majestad.

¡O mi Dios, quién pudiera importunaros mucho, y haberos servido mucho, para poderos pedir tan gran merced, en pago de mis servicios, pues no dejais ninguno sin paga! Mas no le ha hecho, Señor, antes por ventura soy la que os he enojado de manera, que por mis pecados vengan tantos males. ¿Pues qué he de hacer, Criador mio, sino presentaros este pan sacratísimo, y aunque nos le distes, tornárosle á dar, y suplicaros por los méritos de vuestro Hijo no hagais esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido? Ya Señor, ya Señor, haced que sosiegue ese mar, no ande siempre en tanta tem-

pestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mio, que perecemos.

CAPÍTULO XXXVI

Trata de estas palabras: «Dimitte nobis debita nostra.»

Pues viendo nuestro buen Maestro que con este manjar celestial todo nos es fácil, si no es por nuestra culpa, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al Padre, de que se cumpla en nosotros su voluntad, dícele ahora que nos perdone nuestras deudas, pues perdonamos nosotros; y ansi prosiguiendo en la oración, dice estas palabras: Y perdónanos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Miremos, hermanas, que no dice como perdonarémos, porque entendamos, que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho. Y ansi dice: como nosotros las perdonamos. Ansi que, quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, *Fiat voluntas tua*, todo lo ha de tener hecho, con la determinacion al menos. Veis aquí como los santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenian algo que presentar al Señor cuando le pedian. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar, y tanto hay que se me perdone? ¿Señor mio, si habrá algunas personas que me tengan compañía, y no hayan entendido este punto? si las hay, en vuestro nombre les pido yo que se les acuerde desto, y que no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece que hacemos casas de pajitas, como niños, con estos puntos de honra.

¡O válame Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra, y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con vosotras (que harto mal seria no tener ya entendido esto) sino conmigo, el tiempo que me precié de honra, sin entender cómo era, íbame á el hilo de la gente. ¡O de qué cosas me agraviaba, que yo tengo vergüenza ahora! Y no era, pues de las que mucho miraban en estos puntos, mas no estaba en el punto principal: porque no miraba yo, ni hacia caso de la honra que tiene algun provecho, porque esta es la que hace provecho al alma. Y qué bien dijo, que honra y provecho no podian estar juntos, aunque no sé si lo dijo á este propósito; y es al pié de la letra, que el provecho del alma, y esto que

llama el mundo honra, nunca pueden estar juntos. Cosa espantosa es ver, qué al revés anda el mundo. Bendito sea el Señor que nos sacó dél. Plega á su Majestad que estó siempre tan fuera desta casa, como está ahora, porque Dios nos libre de monasterios á donde hay puntos de honra, nunca en ellos se dará mucho á Dios.

Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio, también inventa las honras en los monasterios, y pone sus leyes que suban y bajan en dignidades, como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto. Los letrados deben de ir por sus letras, que esto no lo sé; el que ha llegado á leer teología, no ha de bajar á leer filosofía, que es un punto de honra, que está en que ha de subir, y no bajar: y aun en su seso, si se lo mandase la obediencia, lo termina por agravio, y habría quien tornase por él, y diría que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, que aun en la ley de Dios parece lleva razon. Pues entre monjas, la que ha sido priora ha de quedar inhabilitada para otro oficio mas bajo, un mirar en la que es mas antigua; que esto no se nos olvida, y aun á las veces parece que merecemos en ello, porque lo manda la órden. Cosa es para reir ó para llorar, que lleva mas razon: sé que no manda la orden que no tengamos humildad. Mándalo, porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de órden, como de otras cosas della, que por ventura guardaré imperfectamente: no esté toda nuestra perfeccion de guardarla en esto, otras lo mirarán por mí, si yo me descuido. Es el caso, que como somos inclinados á subir (aunque no subirémos por aquí al cielo) no ha de haber bajar.

¡O Señor! ¿Sois Vos nuestro dechado y Maestro? Sí por cierto: ¿pues en qué estuvo vuestra honra, honrado Maestro? No lo perdistes por cierto en ser humillado hasta la muerte. No, señor, sino que la ganastes para todos. ¡Oh! Por amor de Dios, hermanas, que llevarémos perdido el camino, si fuésemos por aquí, porque va errado desde el principio. Y plega á Dios que no se pierda alguna alma, por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en que está la honra, y vernémos después á pensar que hemos hecho mucho, si perdonamos una cosita destas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada: y muy como quien ha hecho algo, vernémos á que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadnos, mi Dios, á entender que no nos entendemos, y que venimos vacías las manos, y perdonadnos Vos por vuestra misericordia.

Mas qué estimado debe ser del Señor este amarnos unos á

otros, pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras cosas, y decir: Perdónanos, Señor, porque hacemos mucha penitencia ó porque rezamos mucho, y ayunamos, y lo hemos dejado todo por Vos, y os amamos mucho, y porque perderíamos la vida por Vos, y como digo otras muchas cosas que pudiera decir, sino solo porque perdonamos. Por ventura, como nos conoce por tan amigos desta negra honra, y como cosa mas dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo, y se la ofrece de nuestra parte.

Pues tened mucha cuenta, hermanas mias, con que dice: como perdonamos, ya como cosa hecha, como he dicho. Y advertid mucho en esto, que cuando destas cosas acaecen á un alma, y en la oracion que he dicho de contemplacion perfecta, no sale muy determinada, y si se le ofrecen, lo pone por obra de perdonar cualquier injuria por grave que sea, no solo estas naderías que llaman injurias, no fie mucho de su oracion, que al alma á quien Dios llega á sí en oracion tan subida, no llegan, ni se le da mas ser estimada, que no No dije bien, que sí da, que mucha mas pena le da la honra que la deshonra, y el mucho holgar con descanso, que los trabajos. Porque cuando de veras les ha dado el Señor aquí su reino, ya no le quiere en este mundo: y para más subidamente reinar, entiende que este es el verdadero camino, y ha visto por experiencia el bien que le viene, y lo que se adelanta un alma en padecer por Dios. Porque por maravilla llega su Magestad á hacer tan grandes regalos, sino á personas que han pasado de buena gana muchos trabajos por él. Porque, como dije en otra parte deste libro, son grandes los trabajos de los contemplativos, que ansí los busca el Señor gente experimentada

Pues entended, hermanas, que como estos tienen ya entendido lo que es todo, en cosa que pasa no se detienen mucho. Si de primer movimiento da pena una gran injuria y trabajo, aun no lo ha bien sentido, cuando acude la razon por otra parte, que parece que levanta la bandera por sí, y deja casi aniquilada aquella pena, con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor cosa en que en un dia podrá ganar mas delante de su Magestad, de mercedes y favores perpétuos, que pudiera ser que ganara él en diez años, con trabajos que quisiera tomar por sí. Esto es muy ordinario, á lo que yo entiendo, que he tratado muchos contemplativos que como otros precian oro y joyas, precian ellos los trabajos, porque tienen entendido que esto los ha de hacer ricos.

Destas personas está muy lejos estima suya de nada, gustan que entiendan sus pecados, y de decirlos cuando ven que

tienen estima dellos. Ansí les acaece de su linaje, que ya saben que en el reino que no se acaba, no han de ganar por aquí; si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir á Dios fuera menester; cuando no pésales que los tengan por mas de lo que son y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Y el caso debe ser, que á quien Dios hace merced de tener esta humildad y amor grande á Dios, en cosa que sea servirle mas, ya se tiene á sí tan olvidado, que aun no puede creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tiene por injuria.

Estos efectos que he dicho á la postre, son de personas y almas llegadas mas á perfeccion, y á quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegarlos á sí por contemplacion perfecta. Mas lo primero, que es estar determinado á sufrir injurias y sufrirlas, aunque sea recibiendo pena, digo, que muy en breve lo tiene, quien tiene ya esta merced del Señor de llegar á union, y que si no tiene estos efectos, ni sale muy fuerte en ellos de la oracion, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusion del demonio, porque nos tengamos por mas honrados. Puede ser que al principio, cuando el Señor hace estas mercedes, no luego el alma quede con esta fortaleza, mas digo que si las continúa á hacer, que en breve tiempo se hace con fortaleza, y ya que no la tenga en otras virtudes, en esto de perdonar sí.

No puedo yo creer, que el alma que tan junto llega de la misericordia, á donde conoce lo que es, y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad, y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió; porque tiene presente el regalo y merced que le ha hecho, á donde vió señales de grande amor, y alégrase que se le ofrezca en qué le mostrar alguno.

Torno á decir, que conozco muchas personas que las ha hecho el Señor merced de levantarlas á cosas sobrenaturales, dándoles esta oracion ó contemplacion que queda dicha, y aunque las veo con otras faltas é imperfecciones, con esta no he visto ninguna, ni creo la habrá, si las mercedes son de Dios como he dicho. El que las recibiere mayores, mire en sí como van creciendo estos efectos, y si no viere en sí ninguno, témase mucho, y no crea que esos regalos son de Dios, que siempre enriquece el alma á donde llega. Esto es cierto, que aunque la merced y regalo pase presto, que se entiende de espacio en las ganancias con que queda el alma. Y como el buen Jesús sabe muy bien esto, determinadamente dice á su Padre santo, que perdonamos á nuestros deudores.

CAPITULO XXXVII

Dice la excelencia de esta oracion del «Pater noster,» y como hallaremos de muchas maneras consolacion en ella.

Es cosa para alabar mucho al Señor, cuán subida en perfeccion es esta oracion evangelical, bien como ordenada de tan buen Maestro, y ansí podemos, hijas, cada una tomarla á su propósito. Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplacion y perfeccion encerrada, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en este. Porque hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oracion y de alta contemplacion, desde los principiantes, á la oracion mental, y de quietud y union, que á ser yo para saberlo decir, se podia hacer un gran libro de oracion sobre tan verdadero fundamento. Ahora ya comienza el Señor á darnos á entender los efectos que deja, cuando son mercedes suyas, como habeis visto.

Pensado he yo, cómo no se habia su Majestad declarado mas en cosas tan subidas y escuras, para que todos las entendiésemos, y hame parecido, que como habia de ser general para todos esta oracion, que porque pudiese pedir cada uno á su propósito, y se consolase, pareciéndonos le damos buen entendimiento, lo dejó ansí en confuso, para que los contemplativos, que ya no quieren cosas de la tierra, y personas ya muy dadas á Dios pidan las mercedes del cielo, que se pueden por la gran bondad de Dios dar en la tierra: y los que aun viven en ella (y es bien que vivan conforme á sus estados), pidan tambien su pan, que se han de sustentar sus casas, y es muy justo y santo, y ansí las demás cosas conforme á sus necesidades. Mas miren, que estas dos cosas, que es darle nuestra voluntad y perdonar que es para todos. Verdad es, que hay mas y menos en ello, como queda dicho: los perfectos darán la voluntad como perfectos, y perdonarán con la perfeccion que queda dicha: nosotras, hermanas, haremos lo que pudiéremos, que todo lo recibe el Señor. Porque parece una manera de concierto que de nuestra parte hace con su eterno Padre, como quien dice: Haced Vos esto, Señor, y harán mis hermanos estotro.

¡Pues á buen seguro, que no falte por su parte: ó que es muy buen pagador, y paga muy sin tasa! De tal manera podemos decir una vez esta oracion, que como entienda no nos queda doblez, sino que haremos lo que decimos, nos deje ri-

cas. Es muy amigo, tratemos verdad con él tratando con llaneza y claridad, que no digamos una cosa, y nos quede otra: siempre da mas de lo que pedimos. Sabiendo esto nuestro buen Maestro, y que los de veras llegasen á perfeccion en el pedir, habian de quedar tan en alto grado con las mercedes que les habia de hacer el Padre eterno, y entendiendo que los ya perfetos, ó que van camino dello (que no temen ni deben, como dicen, tienen el mundo debajo de los piés, contento el Señor dél) como por los efetos que hace en sus almas, pueden tener grandísima esperanza que su Majestad lo está, y que embebidos en aquellos regalos no querrian acordarse que hay otro mundo, ni que tiene c ntrarios. ¡O sabiduría eterna! ¡O buen enseñador, y qué gran cosa es, hijas, un buen maestro sabio, temeroso, que previene á los peligros! es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear, porque es gran seguridad.

No podria encarecer con palabras lo que importa esto. Ansi que, viendo el Señor que era menester despertarlos, y acordarlos que tienen enemigos, y cuán mas peligroso es en ellos ir descuidados, y que mucha mas ayuda han menester del Padre eterno, porque caerán de mas alto, y para no andar engañados sin entenderse, pide estas peticiones tan necesarias á todos; mientras vivimos en este destierro, que son: y no nos traigas, Señor, en tentacion, mas líbranos de mal.

CAPÍTULO XXXVIII

Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: «Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos á malo;» y declara algunas tentaciones. Es de notar.

Grandes cosas tenemos aquí que pensar y que entender, pues lo pedimos. Ahora mirad, hermanas, que tengo por muy cierto que los que llegan á la perfeccion que no piden al Señor los libre de los trabajos, y de las tentaciones y peleas, que este es otro efecto muy cierto y grande de espíritu, y del Señor, y no ilusion en la contemplacion y mercedes, que su Majestad les diere; porque como poco há dije, antes los desean, y los piden, y los aman. Son como los soldados, que están mas contentos cuando hay mas guerra, porque esperan salir c n mas ganancia: si no la hay, sirven con su sueldo; mas

ven que no pueden medrar mucho. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplacion, no ven la hora de pelear.

Nunca temen mucho enemigos públicos, ya los conocen, y saben que con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencidos, y ellos con gran ganancia: nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razon teman siempre, y pidan los libre el Señor dellos, son unos enemigos traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz, vienen disfrazados; hasta que han hecho mucho daño en el alma no se dejan conocer, sino que nos andan bebiendo la sangre, y acabando las virtudes, y andamos en la misma tentacion, y no lo entendemos.

Destos pidamos, hijas, y supliquemos muchas veces en el Pater noster, que nos libre el Señor, y que no consienta andemos en tentacion; que no nos traigan engañadas, que se descubra la ponzoña, que no nos escondan la luz. Y á la verdad, ¡ó con cuánta razon nos enseña nuestro buen Maestro á pedir esto, y lo pide por nosotros! Mirad, hijas, que de muchas maneras dañan, no penseis que es solo en hacernos entender, que los gustos que pueden fingir en nosotros, y regalos son de Dios. Este me parece el menos daño en parte que ellos pueden hacer, antes podrá ser que con esto hagan caminar mas aprisa, porque cebados de aquel gusto están mas horas en la oracion; y como ellos están ignorantes que es el demonio, y como se ven indignos de aquellos regalos, no acabarán de dar gracias á Dios, quedarán mas obligados á servirle: esforzarse han á disponerse, para que les haga mas mercedes el Señor, pensando son de su mano.

Procurad, hermanas, siempre humildad, y ved que no sois dignas de estas mercedes, y no las procureis: Haciendo esto, tengo para mí, que muchas almas pierde el demonio por aquí, pensando hacer que se pierdan, y que saca el Señor del mal que pretende hacer nuestro bien. Porque mira su Majestad nuestra intencion, que es contentarle y servirle, estándonos con él en la oracion, y fiel es el Señor.

Bien es andar con aviso, no haga quiebra en la humildad, con alguna vanagloria, suplicando al Señor, os libre en esto No hayais miedo, hijas, que os deje su Majestad regalar mucho de nadie, sino de sí. A donde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes, no las teniendo, que esto es pestilencia. Porque en los gustos y regalos, parece solo que recibimos, y que quedamos mas obligados a servirle, acá parece quedamos y servimos, y que está el Señor obligado á pagar, y ansi poco á

poco hace mucho daño Que por una parte enflaquece la humildad, por otra descuidándonos de adquirir aquella virtud, que nos parece la tenemos ya ganada Y sin sentir pareciéndonos vamos seguros, damos con nosotros en un hoyo, que no podemos salir dél, que aunque no sea de conocido pecado mortal, para llevarnos al infierno todas las veces, es que nos desjarreta las piernas para no andar este camino, de que comencé á tratar, que no se me ha olvidado.

Ya os digo, que es bien peligrosa esta tentacion; yo sé mucho desto por experiencia, y así os lo sabré decir, aunque no tan bien como quisiera. ¿Pues qué remedio, hermanas? El que a mí me parece mejor, es lo que nos enseña nuestro Maestro, oracion, y suplicar al Padre eterno que no permita que andemos en tentacion. Tambien os quiero decir otro alguno, que si nos parece, que el Señor ya nos ha dado alguna virtud, que entendamos que es bien recibido, y que nos la puede tornar á quitar, como á la verdad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo habeis visto por vosotras, hermanas? Pues yo sí, unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad vanido á la prueba lo estoy Otras veces me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el dia antes burlara yo dello, que casi no me conozco Otras veces me parece tengo mucho animo, y que á cosa que fuese servir á Dios no volveria el rostro, y probado es así, que le tengo para algunas; otro dia viene, que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradicion Así unas veces me parece que de ninguna cosa que dijesed de mí ó me murmurasen, ne se me daria nada y he probado algunas veces ser así que antes me da contento: vienen dias que solo una palabra me aflige, y querria irme del mundo, porque me parece me cansa todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa así.

Pues si esto es así, ¿quién podrá decir de sí, que tiene virtud, ni que está rico, pues el mejor tiempo que haya mas menesier la virtud, se halla della pobre? Que no hermanas, sino pensemos siempre lo estamos, y no nos adeudemos sin tener de qué pagar, porque de otra parte ha de venir el tesoro, y no sabemos cuando nos querrá dejar en la cárcel de nuestra miseria sin darnos nada Y si teniéndonos por buenas, nos hace merced y honra que es el emprestar que digo, quedaránse burlados ellos y nosotras. Verdad es, que sirviendo con humildad, en fin nos socorre el Señor en las necesidades; mas si no hay de veras esta virtud, á cada paso, como dicen, os dejará el Señor; y es grandísima merced suya,

bue es para que la tengais en mucho, y entendais con verdad que no entenemos nada que no lo recibamos.

Ahora, pues notad otro aviso: hácenos entender el demonio, que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos y hacemos muy continos actos de pasar mucho por Dios, y parécenos en hecho de verdad que lo sufriríamos; y ansí estamos muy contentas, porque ayuda el demonio á que lo creamos. Yo os aviso no hagais caso destas virtudes, ni pensemos las conocemos sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba. Porque acaecerá, que á una palabra que os digan á vuestro disgusto, vaya la paciencia por el suelo. Cuando muchas veces sufriéredes alabad á Dios, que os comienza á enseñar esta virtud, y esforzaos á padecer, que es señal que en eso quiere se la pagueis, pues os la da, y no la tengais sino como en depósito, como ya queda dicho.

Trae otra tentacion, y háceos el demonio entender que sois pobre, y tiene alguna razon, porque habeis prometido pobreza con la boca, como el religioso, ó porque en el corazon lo quereis ser, como acaece á personas que tienen oracion. Ahora bien, prometida la pobreza, ó diciendo el que piensa que es pobre, yo no quiero nada, esto tengo, porque no puedo pasar sin ello, en fin, he de vivir para servir á Dios, él quiere que sustentemos estos cuerpos, y otras mil diferencias de cosas que el demonio enseña aquí, como ángel de luz, porque todo es bueno. Y ansí hacerle entender que ya es pobre, y tiene esta virtud, y que todo está hecho.

Ahora vengamos á la prueba, que esto no se conocerá de otra manera, sino andándole siempre mirando á las manos; y si hay cuidado, muy presto da señal. tiene demasiada renta, entiéndese respeto de lo necesario, y no que si puede pasar con un mozo, traiga tres; pónenle un pleito por algo dello, ó déjale de pagar el pobre labrador, tanto desasosiego le da, y tanta pena en ello, como si sin ello no pudiera vivir. Dirá, que porque no se pierda por mal recaudo, que luego hay una disculpa, No digo yo que lo deje, sino que lo procure, y que si fuere bien, y si no tambien. Porque el verdadero pobre tiene en tan poco estas cosas, que ya que por algunas causas las procura, jamás le inquieta, porque nunca piensa le ha de faltar, y que le falte no se le da mucho: tiénelo por cosa accesoria, y no principal: como tiene pensamientos mas altos, á fuerza de brazos se ocupa en estotro.

Pues un religioso ó religiosa, que ya está averiguado que lo es, al menos que lo ha de ser, no posee nada, porque no lo tiene á las veces, mas si hay quien se lo dé, por maravilla le

parece le sobra: siempre gusta de tener algo guardado, y si puede tener un hábito de fino paño, no le pide de ruin, alguna cosilla que pueda empeñar ó vender, aunque sean libros, porque si vieno una enfermedad, ha menester mas regalo del ordinario. Pecadora de mí, que eso es lo que prometistes, descuidar de vos y dejarlo á Dios, venga lo que viniere; porque si andais proveyéndoos para lo porvenir, mas sin distraeros tuviéredes renta cierta. Aunque esto se puede hacer sin pecado, es bien nos vamos entendiendo estas imperfecciones, para ver que nos falta mucho para tener esta virtud, y la pidamos á Dios, y la procuremos, porque con pensar que la tenemos, estamos descuidados y engañados que es lo peor.

Ansí nos acaece en la humildad, que nos parece no queremos honra ni se nos da nada; viene la ocasion de tocaros en un punto, luego en lo que sentis y hacsis, se entenderá que no sois humildes; porque si algo os viene para mas honra, no lo desechais, ni aun los pobres que hemos dicho para mas provecho, y plega á Dios ni lo procuren ellos. Y traen ya tan en la boca que no quieren nada, ni se les da nada de nada (como es hecho de verdad lo piensan ansí) que aun la costumbre de decirlo les hace mas que lo crean. Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso para entender esta tentacion, ansí en las cosas que he dicho, como en otras muchas. Porque cuando de veras da el Señor una sola virtud destas, todas parece las trae tras sí; es muy conocida cosa. Mas tórnoos á avisar, que aunque os parezca la teneis, temais que os engaña; porque el verdadero humilde, siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen mas ciertas y de mas valor las que ve en sus prójimos.

CAPÍTULO XXXIX

Prosigue la misma materia, y da avisos de algunas tentaciones de diferentes maneras, y pone dos remedios para que se puedan librar dellas. Este capítulo es mucho de notar, ansí para los tentados de humildades falsas, como para los confesores.

Pues guardaos también hijas, de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud, de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras hasta apartarse de las comuniones, y de tener oracion particular

(por no lo merecer, les pone el demonio) y cuando llegan al santísimo Sacramento, en sí se aparejan bien, o no, se les va el tiempo que habian de recibir mercedes. Llega la cosa á término de hacer parecer á un alma, que por ser tal, la tiene Dios tan dejada, que cási pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata, y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea; dale una desconfianza que se le caen los brazos para hacer ningun bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal.

Mirad mucho, hijas, mirad mucho en este punto que os diré, porque alguna vez podrá ser humildad y virtud tenerme por tan ruin, y otras, grandísima tentacion, porque yo he pasado por ella, la conozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea, si no viene con paz, y regalo, y sosiego Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le habian de aborrecer, y que cási no osa pedir misericorcia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí, y contento, que no querriamos vernos sin ella: no alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir mas á Dios. Estotra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo pretende el demonio, que pensemos tenemos humildad, y si pudiese á vueltas, que desconfiásemos de Dios. Cuando así os halláredes, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo mas que pudiéredes; y ponedlo en la misericordia de Dios, y en lo que nos ama, y padeció por nosotros.

Y si es tentacion, aun esto no podréis hacer, que no os dejaré sosegar el pensamiento, ni ponerle en cosa, sino para fatigaros mas, harto será si conoceis es tentacion. Así es en penitencias desconcertadas, para hacernos entender que somos mas penitentes que las otras, y que haceis algo Si os andais escondiendo del confesor ó perlado, ó si diciéndoos que lo dejeis, no lo haceis, es clara tentacion; procurad, aunque mas pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfeccion.

Pone otra bien peligrosa tentacion, que es una seguridad de parecernos, que en ninguna manera tornaríamos á las culpas pasadas, y contentos del mundo; que ya le tengo entendido, y sé que se acaba todo, y que mas gusto me dan las cosas de Dios. Esta, si es á los principios, es muy mala, porque con esta seguridad no se les da nada de tornarse á poner en las ocasiones, y hacernos dar de ojos, y plega á Dios que no sea muy peor la recaida: porque como el demonio ve que es el alma que le puede dañar, y aprovechar á otras, hace

todo su poder, para que no se levante. Así que, aunque mas gustos y prendas de amor el Señor os dé, nunca andéis tan seguras, que dejeis de temer que podeis tornar á caer, y guardaos de las ocasiones.

Procurad mucho tratar esas mercedes y regalos con quien os dé luz sin tener cosa secreta, y tened este cuidado, que en principio y fin de la oracion, por subida contemplacion que sea, siempre acabeis en propio conocimiento: y si es de Dios, aunque no querais, ni tengais este aviso, lo haréis aun mas veces, porque trae consigo humildad, y siempre deja con mas luz para que entendamos lo poco que somos. No me quiero detener mas, porque muchos libros hallaréis destos avisos: lo que he dicho es, porque he pasado por ello, y vístome en trabajo algunas veces, y todo cuanto se puede decir, no puede dar entera seguridad.

Pues, Padre eterno, ¿qué hemos de hacer, sino acudir á Vos, y suplicaros no nos traigan estos contrarios nuestros en tentacion? Cosas públicas vengan, que con vuestro favor mejor nos libraremos; mas esas traiciones, ¿quién las entenderá? Dios mio, siempre hemos menester pediros remedio, decidnos, Señor, alguna cosa para que nos entendamos, y aseguremos. Ya sabeis que por este camino no van los muchos; si han de ir con tantos miedos, irán muy menos.

Cosa extraña es esta, como si á los que no van por camino de oracion, no tentase el demonio, y que se espanten mas todos de uno que engaña más llegado á perfeccion, que de cien mil que ven en engaños, y pecados públicos, que no hay que andar á mirar si es bueno ó malo, porque de mil leguas se entienden. Mas á la verdad tiene razon, porque son tan poquísimos á los que engaña el demonio, de los que rezaren el Pater noster, como queda dicho, que como cosa nueva y no

usado de admiracion. Que es cosa muy de los mortales, pasar fácilmente por lo contino que ven, y espantarse mucho de lo que es muy pocas veces, ó casi ninguna; y los mesmos demonios los hacen espantar, porque les está á ellos bien, que pierden muchos por uno que se llega á la perfeccion. Digo, que es tan de espantar, que no me maravillo se espanten; porque si no es muy por su culpa, tan tanto mas seguros, que los que van por otro camino, como los que están en el cadahalso mirando al toro, ó los que andan poniéndosele en los cuernos. Esta comparación he oido, y paréceme al pié de la letra. No hayais miedo, hermanas, de ir por estos caminos, que muchos hay en la oración, porque unas aprovechan en uno, y otras en otro. Camino seguro es, mas aina os librarèis de las tentaciones estando cerca del Señor, que estando lejos. Suplicaselo, y pediselo, como haceis tantas veces cada dia en el Pater noster.

CAPITULO XI.

Dice como si procuramos siempre andar en amor y temor, iremos seguros entre tantas tentaciones.

Pues, buen Maestro nuestro, dadnos algun remedio como vivir sin mucho sobresalto en guerra tan peligrosa. El que podemos tener, hijas, y nos dió su Majestad, es amor y temor, que el amor nos hará apresurar los pasos, y el temor nos hara ir mirando á donde ponemos los piés, para no caer en camino á donde hay tanto en que tropezar, como caminamos todos los que vivimos: y con esto á buen seguro que no seamos engañadas Diréisme, que en qué veréis que teneis estas virtudes tan grandes, y teneis razon, porque cosa muy cierta y determinada no la puede haber; porque siéndolo de que tenemos amor, lo estariamos de que estamos en gracia.

Mas mirad, hermanas, hay unas señales que parece que los ciegos las ven; no están secretas, aunque no querais entenderlas; ellas dan voces que hacen mucho ruido; porque no son muchos los que con perfeccion las tienen, y anel se señalan mas. Como quien no dice nada, amor y temor de Dios. Son dos castillos fuertes, de dondé se da guerra al mundo y á los demonios. Los que de veras aman á Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre, y los favorecen y defienden; no aman sino verdades y cosas que sean dignas de amar.

¿Pensais que es posible los que muy de veras aman á Dios, amar vanidades, ni riquezas, ni cosas del mundo, ni deleites, ni honras? Ni tienen contiendas, ni andan con envidias, todo porque no pretenden otra cosa sino contentar al Amado: andan muriendo, porque los ame, y ansi ponen la vida en entender cómo le agradarán mas. Que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible esté muy encubierto: sino mirad un san Pablo, una Magdalena, en tres dias el uno comenzó á entenderse que estaba enfermo de amor (este fué san Pablo); la Magdalena, desde el primer dia: ¡y cuán bien entendido! Que esto tiene, que hay mas, y menos, y ansi se da á entender; como la fuerza que tiene el amor, si es poco, dase á entender poco, si es mucho, mucho: mas poco, ó mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende.

Mas de lo que ahora tratamos (que es de los engaños é ilu-

siones que hace el demonio á los contemplativos) no hay poco en ellos, siempre es el amor mucho, ó ellos no serán contemplativos; y así no se da á entender mucho, y de muchas maneras. Es fuego grande, no puede sino dar gran resplandor; y si esto no hay, anden con gran recato, crean que tienen bien que temer, procuren entender qué es, y hagan oraciones, anden con humildad, y supliquen al Señor no los traiga en tentacion, que cierto á no haber esta señal, yo temo que andamos en ella; mas andando con humildad, procurando saber la verdad sujetas al confesor, y tratando con él con verdad, y llaneza, como está dicho, fiel es el Señor. Creed, que si no andais con malicia, ni teneis soberbia, con lo que el demonio os pensare dar la muerte, os da la vida, aunque mas cocos ó ilusiones os quiera hacer.

Mas si sentís este amor de Dios que tengo dicho, y el temor que ahora diré, andad alegres y quietas, que para haceros turbar el alma, para que no goce tan grandes bienes, os pornà el demonio mil temores falsos, y hará que otros os lo pongan; porque ya que no puede ganaros, al menos procura haceros algo perder, y que pierdan los que pudieran ganar mucho, creyendo son de Dios las mercedes tan grandes que hace á una criatura tan ruin, y que es posible hacerlas, que parece algunas veces que tenemos olvidadas sus misericordias antiguas.

¿Pensais que le importa poco al demonio poner estos temores? No, sino mucho, porque hace dos daños: el uno, que atemoriza á los que lo oyen de llegarse á la oracion, pensando que han de ser tambien engañados: el otro, que se llegarian mucho más á Dios viendo que es tan bueno, como he dicho, que es posible comunicarse ahora tanto con los pecadores. Póneles codicia, y tiene razon, que yo conozco algunas personas, que esto les animó y comenzaron oracion, y en poco tiempo salieron verdaderos, haciéndoles el Señor grandes mercedes. Así que, hermanas, cuando entre vosotras viéredes alguna á quien el Señor las haga, alabadle mucho por ello, y no por eso penseis que está segura, antes la ayudad con mas oracion, porque nadie lo puede estar mientras vive, y anda engolfado en los peligros deste mar tempestuoso.

Así, que, no dejeis de entender este amor á donde está, ni sé cómo se puede encubrir. Pues si amamos acá á las criaturas, dicen ser imposible, y que mientras mas hacen por encubrirle, mas se descubre, siendo cosa tan baja que no merece nombre de amor, porque se funda en no nada, y es asco poner esta comparacion: ¿y habíase de poder encubrir un amor tan fuerte como el de Dios? ¿Tan justo, que siempre va cre-

ciendo, teniendo tanto que amar, que no ve cosa para dejar de amar, y tantas causas de amar; fundado sobre tal cimiento, como es ser pagado con otro amor, que ya no puede dudar del, por estar mostrado tan al descubierto con tan grandes dolores y trabajos, y derramamiento de sangre, hasta perder la vida, porque no nos quedase ninguna duda de este amor? ¡O válame Dios, qué cosa tan diferente debe ser el un amor del otro, á quien lo ha probado! Plega á su Majestad nos le dé á entender antes que nos saque desta vida: porque será gran cosa á la hora de la muerte, ver que vamos á ser juzgadas de quien habemos amado sobre todas las cosas. Seguras podrémos ir con el pleito de nuestras deudas, no será ir á tierra extraña, sino propia; pues es á la de quien tanto amamos, y nos ama, que eso tiene mejor (con todo lo demás) que los quereres de acá, que en amándole estamos bien seguros que nos ama.

Acordaos, hijas mias, aquí de la ganancia que trae este amor, consigo, y de la pérdida que es no le tener, que nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien, y tan amigas de todo mal. ¿Qué será de la pobre alma, que acabada de salir de tales dolores y trabajos, como son los de la muerte, cae luego en ellas? ¡Qué mal descanso le viene! ¡Qué despedazada irá al infierno! ¡Qué multitud de serpientes de diferantes maneras! ¡Qué temeroso lugar! ¡Qué desventurado hospedaje! Pues para una noche unamala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son los que mas deben de ir allá), pues posada para siempre sin fin, ¿qué pensais sentirá aquella triste alma? Que no queramos regalos, hijas, bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada: alabemos á Dios, esforcémonos á hacer penitencia en esta vida. ¡Mas qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha, y no ha de ir al purgatorio! Como desde acá aun podria ser que comience á gozar de la gloria. No verá en sí temor, sino toda paz; y que no lleguemos á esto, hermanas, siendo posible, gran cobardía será: supliquemos á Dios, si vamos á recibir luego penas, sea á donde con esperanza de salir dellas, las llevemos de buena gana, y á donde no perdamos su amistad y gracia, y que nos la dé en esta vida, para no andar en tentacion, sin que lo entendamos.

CAPITULO XLI

Que habla del temor de Dios, y como nos hemos de guardar de pecados veniales.

¿Cómo me he alargado? Pues no tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar con tal amor; ¿qué será tenerle? O Señor mio, dádmele Vos, no vaya yo desta vida, hasta que no quiera cosa della, ni sepa qué cosa es amor fuera de Vos, ni acierte á poner este nombre en nadie, pues todo es falso, pues lo és el fundamento, y ansí no durará el edificio. No sé por qué nos espantamos, cuando oyo decir aquel me pagó mal, estotro no me quiere, yo me río entre mí. ¿Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer? En esto veréis quién es el mundo, que en ese mesmo amor os da después el castigo: y eso es lo que os deshace, porque siente mucho la voluntad de que la hayais traido embebida en juego de niños.

Ahora vengamos al temor de Dios, aunque se me hace de mal no hablar en este amor del mundo un rato, porque os librárades dél para siempre: mas porque salga de propósito lo habré de dejar. El temor de Dios es cosa tambien muy conocida de quien le tiene, y de los que le tratan, aunque quiero entendais, que á los principios no está tan crecido, si no es en algunas personas, á quien, (como he dicho) da el Señor en breve tanto, y las sube á tan altas cosas de oracion, que desde luego se entienden bien. Mas á donde no van las mercedes en este crecimiento, que como he dicho, en una llegada dejo un alma rica de todas las virtudes, vase creciendo poco á poco, y vase aumentando el valor, y creciendo mas cada dia. Aunque desde luego se entiende, porque luego se apartan de pecados, y de las ocasiones, y de malas compañías, y se ven otras señales. Mas cuando ya llega el alma á contemplacion (que es de lo que mas ahora aquí tratamos) el temor de Dios tambien anda muy al descubierto, como el amor; no va disimulado aun en lo exterior. Aunque con mucho aviso se miren estas personas, no las verán andar descuidadas, que por grande que le tengamos en mirarlas, las tiene el Señor de manera, que sin gran interese se les ofrece, no harán de advertencia un pecado venial: los mortales temen como al fuego. Y estas son las ilusiones que yo querria, hermanas, que temiésemos mucho, y supliquemos siempre á Dios, no sea tan recia la tentacion que le ofendamos, sino que nos venga conforme á la fortaleza que nos ha de dar para vencerla, que

con limpia conciencia, poco daño ó ninguno os puede hacer. Esto es lo que hace el caso, este temor es lo que yo deseo que nunca se quite de nosotras, que es lo que nos ha de valer.

¡Oh, que es gran cosa no tener ofendido al Señor, para que sus esclavos infernales estén atados, que en fin, todos le han de servir, aunque les pese, sino que ellos es por fuerza, y nosotros de toda voluntad! Así que, teniéndole contento, ellos estarán á raya, no harán cosa con que nos puedan dañar, aunque mas nos traigan en tentacion, y nos armen lazos secretos. En lo interior tened esta cuenta y aviso, que importa mucho; que no descuideis, hasta que os veais con tan gran determinacion de no ofender al Señor, que perderíades mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos de advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos? Mas hay una advertencia muy pensada, y otra tan de presto, que cási haciéndose el pecado venial, y advirtiéndose es todo uno, que no nos podemos entender. Mas pecado muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre dél, que yo no sé como tenemos tanto atrevimiento, como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa; cuanto mas que no hay poco siendo contra una tan gran Majestad, y viendo que nos está mirando, que esto me parece á mí es pecado sobre pensado, y como quien dice: Señor, aunque os pese haré esto; ya veo que lo veis, y sé que no lo querels, y lo entiendo; mas quiero mas seguir mi antojo y apetito, que no vuestra voluntad. ¿Y qué en cosa desta suerte hay poca? A mí no me parece leve la culpa, sino mucha, y muy mucha.

Mirad, por amor de Dios, hermanas, si quereis ganar este temor de Dios, que va mucho en entender cuán grave cosa es ofensa de Dios, y tratarlo en vuestros pensamientos muy de ordinario, que nos va la vida, y mucho mas tener arraigada esta virtud en nuestras almas, y hasta que le tengais, es menester andar siempre con mucho cuidado, y apartarnos de todas las ocasiones y compañías que no nos ayuden á llegarnos mas á Dios. Tened gran cuenta con todo lo que hacemos, para doblar en ello vuestra voluntad; y cuenta con que lo que se hablare vaya con edificacion: huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios.

Ha menester mucho para arraigar; y para que quede muy impreso en sí este temor, aunque si de veras hay amor, presto se cobra: mas en teniendo el alma visto en sí con gran determinacion, como he dicho, que por cosa criada no hará una ofensa á Dios, aunque despues se caiga alguna vez (porque somos flacos, y no hay que fiar de nosotros, cuando mas de-

terminados, menos confiados de nuestra parte, que de donde ha de venir la confianza, ha de ser de Dios) no se desanime, sino procure luego pedir perdon. Cuando esto que he dicho entendamos de nosotros, no es menester andar tan encogidos ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle, sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean personas distraidas; porque las que antes que tuviesedes este verdadero temor de Dios, os fueran tósigo y ayuda para matar el alma, muchas veces despues os la darán para amar á Dios y alabarle, porque os libró de aquello que veis ser notorio peligro. Y si antes fuéredes parte para ayudar á sus flaquezas, ahora lo seréis, para que se vayan á la mano en ellas, por estar delante de vos, que sin quereros hacer honra acaece esto.

Yo alabo al Señor muchas veces, y pensando de donde vernán, porque sin decir palabra, muchas veces un siervo de Dios atája las palabras que se dicen contra él debe ser, que ansí como acá, si tenemos un amigo siempre se tiene respeto, si es en su ausencia, á no hacerle agravio delante dél que saben que lo es: y como aquí está en gracia, la misma gracia debe hacer que por bajo que sea se le tenga respeto, y no le den pena en cosa que tanto entiende ha de sentir como ofender á Dios. El caso es, que yo no sé la causa, mas de que es muy ordinario esto. Ansí que no os apreteis, porque si el alma se comienza á encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y á las veces da en ser escrupulosa, y veisla aquí inhabilitada para sí y para los otros ya que no dé en esto sera buena para sí, mas no llega á muchas almas á Dios, como ven tanto encogimiento y apretura. Es tal nuestro natural, que las atemoriza y ahoga, y aun se les quita la gana (por no verse en semejante apretura) de llevar el camino que vos llevais, aunque conocen claro ser de mas virtud.

Y viene otro daño de aquí, que en juzgar á otros (como no van por vuestro camino, sino con mas santidad por aprovechar el prójimo, tratan con libertad, y sin esos encogimientos) luego os parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa, parecerá disolución; en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa; y aun andar en tentación contínua (y muy de mala digestión, porque es en perjuicio del prójimo) y pensar que si no van todos por el modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo. Y hay otro daño, que en algunas cosas que habeis de hablar, y es razon hableis, por miedo de

no exceder en algo, no osaráis sino por ventura decir bien de lo que sería muy bien abominásedes.

Ansí que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os tratasen, que amen vuestra conversación, y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud. A las religiosas importa mucho esto, mientras mas santas, mas conversables con sus hermanas; que aunque sintáis mucha pena (si no van sus pláticas todas, como vos las queríedes hablar) nunca os extrañeis dellas, y ansí aprovecharéis, y seréis amadas. Que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar y contentar á á las personas que tratamos en especial á nuestras hermanas.

Ansí que, hijas mias; procurad entender de Dios en verdad, que no mira tantas menudencias como vosotros pensais, y no dejeis que se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta y la voluntad determinada (como tengo dicho) de no ofender á Dios, no dejeis arriconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones que el demonio le porná por otras vias; y como he dicho, no aprovechará á sí y á las otras tanto como pudiera. Veis aquí como con estas dos cosas, amor y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque (como el temor ha de ir siempre delante) no descuidados, que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque seria gran peligro, y ansí lo entendió nuestro Ensañador, que en el fin desta oración dice á su Padre estas palabras, como quien entendió bien, que eran menester.

CAPITULO XLII

En que trata destas postreras palabras: «Sed libera nos á malo.»

Paréceme tiene razón el buen Jesús, de pedir al Padre nos libre de mal (esto es, de los peligros y trabajos desta vida) por lo que toca á nosotros, porque en cuanto vivimos, corremos mucho riesgo: y por lo que toca á sí, porque ya veis

cuán cansado estaba desta vida cuando dijo en la cena á sus Apóstoles: Con deseo he deseado cenar con vosotros, que era la postrera cena de su vida, á donde se ve cuán sabrosa le era la muerte. Y ahora no se cansarán los que han cien años, sino siempre con deseo de vivir; mas á la verdad no la pasamos tan mal, ni con tantos trabajos, como su Majestad la pasó, y tan pobremente ¿Qué fue toda su vida, sino una continua muerte, siempre trayendo la que le habian de dar tan cruel delante de sus ojos? Y esto era lo menos, mas tantas ofensas como veía se hacían á su Padre, y tanta multitud de almas como se perdían Pues si acá, á una que tenga caridad le es esto gran tormento, ¿qué sería en la caridad sin tasa ni medida desta Señor? Y qué gran razon tenia de suplicar al Padre que le librase ya de tantos males y trabajos, y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero dél. Y ansí añadió, Amen: que en él entiendo yo, que pues con él se acaban todas las cosas, pidió al Padre el Señor, que seamos librados de todo mal para siempre: y ansí suplico yo al Señor me libre de todo mal para siempre, pues no me desquito de lo que debo, sino que puede ser por ventura cada dia me adeudo mas. Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto que os amo, ni si son acetos mis deseos delante de Vos.

¡O Señor y Dios mio, libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme á donde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí aquellos á quien vos habeis dado algún conocimiento de lo que es el mundo, y tienen viva fé de lo que el padre eterno les tiene guardado? El pedir esto con el deseo grande, y toda determinación, por gozar de Dios, es un gran efecto para los contemplativos, de que las mercedes que en la oracion reciben son de Dios.

Ansí que, los que lo tuvieren, ténganlo en mucho: el pedirlo yo, no es por esta vía (digo que no se tome por esta vía), sino que como he tan mal vivido, temo ya de más vivir, y cánsanme tantos trabajos.

Los que participan de los regalos de Dios, no es mucho que deseen estar á donde no los gozan á sorbos, y que no quieran estar en vida á donde tantos embarazos hay para gozar de tanto bien, y que deseen estar á donde no se les ponga el freno de justicia. Haráseles todo escuro, cuanto acá después ven, y de como viven me espanto. No debe ser con contento, quien ha comenzado á gozar, y le han dado ya acá prendas de su reino, á donde no ha de vivir por su voluntad sino por la del Rey.

¡O cuán otra vida debe ser esta para no desear la muerte!

¡Cuán diferentemente se inclina aquí nuestra voluntad á lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere que queramos la verdad, nosotros queremos la mentira: quiere que queramos lo eterno; acá nos inclinamos á lo que se acaba: quiere que queramos cosas grandes y subidas, acá queremos bajas, y de tierra: querría quisiésemos solo lo seguro, acá amamos lo dudoso. Que es burla, hijas, sino suplicar á Dios nos libre para siempre de todo mal. Y aunque no vamos en el deseo con tanta perfeccion, esforzémonos á pedir la peticion. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos á Poderoso? Vergüenza seria pedir á un gran emperador un maravedí. Y para que acertemos dejemos á su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra, y sea para siempre santificado su nombre en los cielos y en la tierra, y en mí sea siempre hecha su voluntad. Amen.

Ahora mirad, hermanas, como el Señor me ha quitado de trabajo, enseñando á vosotras y á mí el camino que comencé á deciros, dándome á entender lo mucho que pedimos, cuando decimos esta oracion evangélica. Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino á mi pensamiento, que había tan grandes secretos en ella, que ya habeis visto que encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio, hasta engolfar Dios el alma, y darla abundosamente á beber de la fuente del agua viva que estaba al fin del camino: y es así, que salida della, digo desta oracion, no sé ya más ir adelante. Parece nos ha querido el Señor dar á entender, hermanas, la gran consolacion que está aquí encerrada, y que es gran provecho para las personas que no saben leer: si lo entendiesen por esta oracion, podrian sacar mucha doctrina, y consolarse en ella.

Pues deprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña este nuestro buen Maestro, y suplicadle me perdone, que me he atrevido á hablar en cosas tan altas; pues ha sido por obediencia. Bien sabe su Majestad que mi entendimiento no es capaz para ello, si él no me enseñara lo que he dicho. Agradecéselo vosotras, hermanas, que debo haberlo hecho por la humildad con que me lo pedisteis, y quisistes ser enseñadas de cosa tan miserable. Si el padre presentado Fr. Domingo Bañez, que es mi confesor (á quien le daré antes que le veais), viere que es para vuestro aprovechamiento, y os le diere, consolarme he que os consoleis: sino estuviere para que nadie le vea, tomaréis mi voluntad que con la obra he obedecido á lo que me mandastes; que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cier-

to en pensar lo que ha dicho. Bendito sea y alabado el Señor por siempre jamás, de donde nos viene todo el bien que hablamos, y pensamos, y hacemos. Amen. Amen.

CASTILLO INTERIOR

Ó

LAS MORADAS

PROLOGO DE LA STA. MADRE TERESA DE JESUS AL LECTOR

Este tratado, llamado «Castillo interior», escribió Teresa de Jesús, monja de Nuestra Señora del Cármen, á sus hermanas y hijas, las monjas carmelitas descalzas.

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas, como escribir ahora cosas de oracion: lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo: lo otro, por tener la cabeza tres meses há con un ruido y flaqueza tan grande, que aun á los negocios forzosos escribo con pena; mas, entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, la voluntad se determina á hacerlo de muy buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud, que el pelear con enfermedades contínuas y con ocupaciones de muchas maneras, se pueda hacer sin gran contradicion suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas mas dificultosas, por hacerme merced, en cuya misericordia confío. Bien creo he de saber decir poco mas que lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir; antes temo que han de ser casi todas las mesmas; que así como los pájaros, que enseñan á hablar, no saben mas de lo que les muestran ú oyen, y esto repiten muchas veces, soy yo al pié de la

letra. Si el Señor quisiere diga algo nuevo; su Majestad lo dará, ó será servido de traerme á la memoria lo que otras veces he dicho, que aun con esto me contentaria, por tenerla tan mala, que me holgaria de atinar algunas cosas que decian estaban bien escritas, por si se hubiesen perdido. Si tampoco me diere el Señor esto, con cansarme y acrecentar el mal de cabeza, por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no saque ningun provecho. Y ansí comienzo á cumplirla hoy dia de la santísima Trinidad, año de 1577, en este monasterio de san Josef del Cármen de Toledo, á donde al presente estoy: sujetándome en todo lo que dijere al parecer de quien me lo manda escribir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dijere que no vaya conforme á lo que tiene la santa Iglesia Católica Romana, será por ignorancia, y no por malicia. Esto se puede tener por cierto, y que siempre estoy y estaré sujeta por la bondad de Dios, y lo he estado á ella. Sea por siempre bendito, Amen, y glorificado.

Díjome quien me mandó escribir, que como estas monjas destos monasterios de Nuestra Señora del Cármen tienen necesidad de quien algunas dudas de la oracion las declare, y que le parecia que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, y que con el amor que me tienen, les haria mas al caso lo que yo les dijese; y que tiene entendido por esta causa será de alguna importancia, si se acierta á decir alguna cosa, y por esto iré hablando con ellas en lo que escribiere; y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso á otras personas: harta merced me hará Nuestro Señor, si alguna de ellas se aprovechare para alabarle algun poquito mas. Bien sabe su Majestad que yo no pretendo otra cosa: y esta muy claro, que cuando algo se atinare á decir, entenderán no es mio; pues no hay causa para ello, si no fuera tener tan poco entendimiento como yo, y habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no la da.

MORADAS PRIMERAS

HAY EN ELLAS DOS CAPÍTULOS

CAPITULO PRIMERO

En que se trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas: pone una comparación para entenderse, y dice la ganancia que es entendería, y saber las mercedes que recibimos de Dios, y como la puerta deste castillo es oracion.

Estando hoy suplicando á Nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba á cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algun fundamento; que es considerar nuestra alma, como un castillo todo de un diamante, ó muy claro cristal, á donde hay muchos aposentos; ansí como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraiso á donde (dice) él tiene sus deleites. ¿Pues qué tal os parece que será el aposento á donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes, se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma, y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, á comprenderlo; ansí como no pueden llegar á considerar á Dios, pues él mesmo dice que nos crió á su imágen y semejanza.

Pues si esto es, como lo es, no hay para que nos cansar en querer comprender la hermosura deste castillo, porque puesto que hay la diferencia dél á Dios, que del Criador á la criatura, pues es criatura, basta decir su Majestad que es hecha á su imágen, para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima No es pequeña lástima y confusión, que por nuestra culpa no entendamos á nosotros mesmos, ni sepamos qui-n somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen á uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y ansí á bulto

porque lo hemos oído (y porque nos lo dice la fe), sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, ó quién está dentro en esta alma, ó el gran valor della pocas veces lo consideramos: y ansí se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste, ó cerca deste castillo, que son estos cuerpos.

Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho muchas moradas; unas en lo alto, otras en lo bajo, otras á los lados ó en el centro, y mitad de todas estas tiene la mas principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vais advertidas á esta comparacion, quizá será Dios servido pueda por ella daros algo á entender de las mercedes que es Dios servido hacer á las almas y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo

hubiere entendido que es posible, que todas será imposible entenderlas nadie, segun son muchas, cuanto mas quien es tan ruin como yo. Porque os será gran consuelo, cuando el Señor os las hiciese saber, que es posible; y á quien no, para alabar su gran bondad: que ansí como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan: tampoco nos hará ver que es imposible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor, y amar una bondad tan buena, y una misericordia tan sin tasa.

Tengo por cierto, que á quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad, y del amor del prójimo; porque si esto no es, ¿cómo nos podremos dejar de alegrar de que haga Dios estas mercedes á un hermano nuestro, pues no impide para hacérnoslas á nosotras? ¿Y de que su Magestad dé á entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será solo por mostrarlas, como dijo del ciego que dió vista, cuando le preguntaron los apóstoles, si era por sus pecados, ó de sus padres. Y ansí acaeció, no las hace por ser mas santos á quien las hace, que á los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en san Pablo y la Magdalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

Podráse decir que parecen cosas imposibles, y que es bien no escandalizar los flacos. Menos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar á los que Dios las hace; y se regalarán y se despertarán á mas amar á quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad. Cuanto mas, que sé que hablo con quien no habrá este peligro, porque saben y creen que hace Dios aun muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia, porque es muy amigo de que no pongan tasa á sus obras: y ansí, hermanas, jamás os acaezca, á las que el Señor no llevare por este camino.

Pues tornando á nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podemos entrar en él. Parece que digo algun disbarate; porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues ella sé es el mesmo, como pareceria desatino decir á uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habeis de entender que va mucho de estar á estar; que hay muchas almas que están en la ronda del castillo, que es á donde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni aun qué piezas tiene. Ya habréis

oido en algunos libros de oracion aconsejar al alma, que entre dentro de sí; pues esto mesmo es.

Deciame poco há un gran letrado, que son las almas que no tienen oracion como un cuerpo con perlesía, ó tullido, que aunque tiene piés y manos, no los puede mandar: que ansi son, que hay almas tan enfermas, y mostradas á estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están dentro del castillo, que ya cási está hecha como ellas: y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversacion no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hácia sí; ansi como lo quedó la mujer de Loth por volverla. Porque á cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oracion y consideracion: no digo mas mental, que vocal, que como sea oracion, ha de ser con consideracion; porque la que no advierte con quien habla, y lo que pide, y quién es quien pide, y á quién, no la llamo yo oracion, aunque mucho menos los labios, porque aunque algunas veces sí será aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras: mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios, como hablaria con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene á la boca, y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oracion, ni plega á Dios que ningun cristiano la tenga de esta suerte, que entre vosotras, hermanas, espero en su Majestad no la habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad.

Pues no hablemos con estas almas tullidas (que si no viene el mesmo Señor á mandarlas se levanten, como al que habia treinta años que estaba en la piscina, tenia harta mala ventura y gran peligro) sino con otras almas, que en fin entran en el castillo; porque aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez aunque de tarde en tarde, se encomiendan á Nuestro Señor, y consideran quién son, aunque no muy de espacio; y alguna vez en un mes rezan llenos de mil negocios el pensamiento (cási lo ordinario es esto) porque están tan asidos á ellos, que (como á donde está su tesoro, se va allá el corazon) ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento, y ver que no van bien para atinar á la puerta.

En fin, entran en las primeras piezas de las bajas, mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni les dejan ver la her-

mosura del castillo, ni sosegar: harto hacen en haber entrado.

Pareceros ha, hijas, que es esto impertinente, pues por la bondad del Señor no sois destas. Habeis de tener paciencia,

porque no sabré dar á entender, como yo tengo entendido algunas cosas interiores de oración, sino es ansí, y aun plega al Señor que atine á decir algo; porque es bien dificultoso lo que querria daros á entender; si no hay experiencia; si la hay, veréis que no se puede hacer menos de tocar en lo que plega al Señor, no nos toque por su misericordia.

CAPITULO II

Trata de cuán fea cosa es un alma que está en pecado mortal, y cómo quiso Dios dar á entender algo desto á una persona. Trata también algo sobre el propio conocimiento. Es de provecho porque hay algunos puntos de notar. Dice cómo se han de entender estas moradas.

Antes que pase adelante, os quiero decir que consideréis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mesmas aguas de la vida, que es Dios; cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas mas tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho mas. No querais mas saber, de que con estarse el mesmo Sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar dél, con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en el Sol. Ninguna cosa le aprovecha; y de aquí viene, que todas las buenas obras que hiciere, estando así en pecado mortal son de ningun fruto para alcanzar gloria, porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos dél, no puede ser agradable á sus ojos: pues en fin el intento de quien hace un pecado mortal no es contentarle, sino hacer placer al demonio que como es las mesmas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una mesma tiniebla.

Yo sé de una persona, á quien quiso Nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando peca mortalmente. Dícela aquella persona, que le parece si lo entendiesen, no sería posible ningun pecar, aunque se pusiese á mayores trabajos que se pueden pensar, por huír de las ocasiones, y así le dió mucha gana que todos lo entendieran; y así os la de á vosotras, hijas, de rogar mucho á Dios por los que están en este estado, todos hechos una oscuridad, y así son sus obras; porque así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyos que salen della, como es un alma que está en gracia (que de aquí le viene ser sus obras tan agradables á los ojos de Dios y de los hombres, porque proceden desta fuente de vida, á donde el alma está como un árbol plantado en ella, que frescura y fruto no tuviera, si no le procediera de allí, que esto la sustenta y hace no secarse, y que dé buen fruto), así el alma,

que por su culpa se aparta desta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre della es la mesma desventura y suciedad.

Es de considerar aquí que la fuente y aquel Sol resplandeciente, que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro della, y cosa no puede quitar su hermosura; mas si sobre un cristal que está á el sol se pusiese un paño muy negro, claro está que aunque el sol dé en el, no hará su claridad operacion en el cristal.

¡O almas redemidas por la sangre de Jesucristo, entendeos, y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procurais quitar esta pez de este cristal? Mira que se os acaba la vida, y jamás tornaréis a gozar desta luz. ¡O Jesú! ¡Qué es ver á un alma apartada della! ¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias que son los alcaides, y mayordomos, y maestresalas, ¡con qué cegueda!, con qué mal gobierno! En fin, como á donde esta plantado el arbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar? Oí una vez un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacia Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientras vivimos me merezca este nombre de mal, sino esta, pues acarrea males eternos para sin fin. Esto es hijas, de lo que hemos de andar temerosas, y lo que hemos de pedir á Dios en nuestras oraciones: porque si él no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la mesma vanidad.

Decia aquella persona que habia sacado dos cosas de la merced que Dios le hizo. La una, un temor grandísimo de ofenderle; y así siempre le andaba suplicando no la dejase caer, viendo tan terribles daños. La segunda, un espejo para la humildad, mirando como cosa buena que hagamos, no viene su principio de nosotros, sino desta fuente, á donde está plantado este arbol de nuestras almas, y deste Sol que da calor á nuestras obras. Dice que se le representó esto tan claro, que en haciendo alguna cosa buena, ó viéndola hacer acudia á su principio, y entendia como sin esta ayuda no podiamos nada; y de aquí le procedia ir luego á alabar á Dios, y lo mas ordinario no se acordar de sí en cosa buena que hiciese.

No seria tiempo perdido, hermanas, el que gastásedes en leer esto, ni yo en escribirlo, si quedásemos con estas dos cosas, que los letrados y entendidos muy bien las saben, mas nuestra torpeza de las mujeres todo lo ha menester; y así por ventura quiere el Señor que vengan á nuestra noticia se-

mejantes comparaciones, plega á su bondad nos dé gracia para ello. Son tan escuras de entender estas cosas interiores, que á quien tan poco sabe como yo, forzado habrá de ser decir muchas cosas superfluas, y aun desatinadas, para decir alguna que acierte. Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que cierto algunas veces tomo el papel, como una cosa boba, que ni sé qué decir, ni cómo comenzar.

Bien entiendo que es cosa importante para vosotras declarar algunas interioridades como pudiera, porque siempre oimos cuán buena es la oracion, y tenemos de constitucion tenerla tantas horas; y no se nos declara mas de lo que podemos nosotras, y de cosas que obra el Señor en un alma, declárase poco (digo sobrenatural) diciéndose, y dándose á entender en muchas maneras; hemos ha de mucho consuelo considerar este artificio celestial interior, tan poco entendido de los mortales, aunque vayan muchos por él. Y aunque en otras cosas que he escrito ha dado el Señor algo á entender, entiendo que algunas no la sabia entendido como despues acá, en especial de las mas dificultosas. El trabajo es, que para llegar á ellas, como he dicho, se habrán de decir muchas muy sabidas, porque no puede ser menos para mi rudo ingenio.

Pues tornemos ahora á nuestro castillo de muchas moradas. No habeis de entender estas moradas una en pos de otra, como cosa enhilada, sino poner los ojos en el centro, que es la pieza ó palacio á donde está el Rey, y considerar como un palmito que para llegar á lo que habeis de comer, tiene muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan; así acá en redondo desta pieza están muchas, y encima lo mesmo (porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud, y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar), y á todas partes della se comunica este Sol que está en este palacio.

Esto importa mucho á cualquier alma que tenga oracion, poca ó mucha, que no la arrinconen, ni aprieten; déjela andar por estas moradas, arriba y abajo, y á los lados, pues Dios le dió tan gran dignidad; no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola, aunque sea en el propio conocimiento, que con cuán necesario es esto (miren que me entiendan) aun á las que las tiene el Señor en la mesma morada que él está, que jamás, por encumbradas que estén, les cumple otra cosa; ni podrá aunque quiera: que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir á volar para traer flores; así el alma en el propio conocimiento, créame,

y vuele algunas veces á considerar la grandeza y majestad de su Dios: aquí hallará su bajeza mejor que en sí mesma, y mas libre de las sabandijas á donde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento, que aunque, como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite en esto, tanto es lo de más, como lo de menos, suelen decir. Y créanme, que con la virtud de Dios obrarémos muy mejor virtud, que muy atadas a nuestra tierra.

No sé si queda dado bien á entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querria en ello hubiese jamás relajacion, por subidas que esteis en los cielos, pues mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que mas nos importe que la humildad. Y ansí torno á decir, que es muy bueno, y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento á donde se trata desto, que volar á los demás, porque este es el camino, y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? Mas que busque cómo aprovechar mas en esto, y á mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer á Dios: mirando su grandeza, acudamos á nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, verémos cuán léjos estamos de ser humildes.

Hay dos ganancias desto. La primera está claro que parece una cosa blanca, muy mas blanca cabe la negra, y al contrario, la negra cabe la blanca. La segunda es, porque nuestro entendimiento y voluntad se hace mas noble y mas aparejado para todo bien tratando á vueltas de sí con Dios; y si nunca salimos de nuestro cieno y miseria, es mucho inconveniente. Ansí como decíamos de los que están en pecado mortal, cuán negras y de mal olor son sus corrientes, ansí acá, aunque no son como aquellas (Dios nos libre, que esto es comparacion) metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía, de mirar si me miran, no me miran; si yendo por este camino me sucederá mal; si osaré comenzar aquella obra; si será soberbia, si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como oracion, si me tendrán por mejor, si no voy por el camino de todos, que no son buenos los extremos, aunque sean en virtud, que como soy tan pecadora, será caer de mas alto, quizá no iré adelante y haré daño á los buenos, que una como yo no ha menester particularidades.

¡O válame Dios, hijas, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí! Que todo esto le parece humildad, y otras muchas cosas que pudiera decir, y viene de no acabar de entendernos, fuerce el propio conocimiento, y

si nunca salimos de nosotros mesmos, no me espanto, que esto y mas se puede temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí deprenderemos la verdadera humildad, y en sus Santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde: que aunque esta es la primera morada, es muy rica y de tan gran precio, que si se descabulle de las sabandijas della, no se quedará sin pasar adelante. Terribles son los ardides y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos.

Destas moradas primeras podré yo dar muy buenas señas de experiencia, por eso digo, que no consideren pocas piezas, sino un millon, porque de muchas maneras entran almas aquí, unas y otras con buena intencion; mas como el demonio siempre la tiene tan mala, debe tener en cada una muchas legiones de demonios para combatir, que no pasen de unas á otras, y como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras nos hace trapantojos. Lo que no puede tanto á las que están mas cerca de donde está el Rey, que aquí, como aun se están embebidas en el mundo, y engolfadas en sus contentos, y desvanecidas en sus honras y pretensiones, no tienen la fuerza los vasallos del alma, que son los sentidos y potencias que Dios les dió de su natural, y fácilmente estas almas son vencidas, aunque anden con deseos de no ofender á Dios, y hagan buenas obras. Las que se vieren en este estado, han menester acudir á menudo, como pudieren, á su Majestad, tomar á su bendita Madre por intercesora, y á sus Santos, para que ellos peleen por ellas, que sus criados pocas fuerzas tienen para se defender. A la verdad en todos estados es menester que nos venga de Dios. Su Majestad la dé por su misericordia. Amen.

¡Qué miserable es la vida en que vivimos! Porque en otra parte dije mucho del daño que nos hace, hijas, no entender bien esto de la humildad y propio conocimiento, no os digo mas aquí, aunque es lo que mas nos importa; y aun plega al Señor haya dicho algo que os aproveche.

Habeis de notar, que en estas moradas primeras aun no llega casi nada la luz que sale del palacio donde está el Rey, porque aunque no están escurecidas y negras, como cuando el alma está en pecado, está escurecidas en alguna manera, para que no la pueda ver (el que está en ellas, digo), y no por culpa de la pieza (que no sé darme á entender), sino porque con tantas cosas malas de culebras, víboras y cosas emponzoñosas, que entraron con él, no le dejan advertir á la luz. Como si uno entrase en una parte á donde entra mucho sol, y llevase tierra en los ojos, que casi no los pudiese abrir.

Clara está la pieza, mas él no lo goza por el impedimento, ó cosas destas fieras y bestias, que le hacen cegar los ojos, para no ver sino á ellas. Ansí me parece debe ser un alma, que aunque no está en mal estado está tan metida en cosas del mundo, y tan empapada en la hacienda, ó honra, ó negocios, como tengo dicho, que aunque en hecho de verdad se querría ver y gozar de su hermosura, no la dejan, ni parece que puede descabullirse de tantos impedimientos. Y conviene mucho para haber de entrar á las segundas moradas, que procure dar de mano á las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme á su estado. Que es cosa que le importa tanto llegar á la morada principal, que si no comienza á hacer esto, lo tengo por imposible, y aun estar sin mucho peligro en la que está aunque haya entrado en el castillo: porque entre cosas tan ponzoñosas, una vez ú otra es imposible dejarla de morder.

Pues ¿qué sería, hijas, si á las que están ya libres destos tropiezos, como nosotras, y hemos entrado muy mas dentro á otras moradas secretas del castillo, si por nuestra culpa tornásemos á salir é estas barahundas, como por nuestros pecados debe de haber muchas personas que las ha hecho Dios mercedes, y por su culpa las echan á esta miseria? Acá libres estamos en lo exterior, en lo interior plega al Señor que lo estemos, y nos libre. Guardaos, hijas mías, de cuidados ajenos. Mirad, que en pocas moradas deste castillo dejan de combatir los demonios. Verdad es, que en algunas tienen fuerza las guardas para pelear (como creo he dicho), que son las potencias; más es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardides, y que no nos engañe hecho ángel de luz, que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño, entrando poco á poco, y hasta haberle, hecho, no le entendemos.

Ya os dije otra vez que es como una lima sorda, que es menester entenderle a los principios. Quiero decir alguna cosa para dároslo mejor á entender. Pone en una hermana unos ímpetus de penitencia, que le parece no tiene descanso, sino cuando se está atormentando. Este principio bueno es; mas si la priora ha mandado que no hagan penitencia sin licencia, y le hace parecer, que en cosa tan buena bien se puede atrever y escondidamente se da tal vida, que viene á perder la salud, y no hacer lo que manda su regla, ya veis en qué paró este bien. Pone á otra un celo de la perfección muy grande; esto muy bueno es; mas podría venir de aquí, que cualquier falta de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir á la priora; y aun á

las veces podria ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la religion, como las otras no entienden lo interior, y ven el cuidado, podria ser no lo tomar tan bien.

Lo que aqui pretende el demonio no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que seria gran daño. Entendamos, hijas mias, que la perfeccion verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con mas perfeccion guardáremos estos dos mandamientos, seremos mas perfetas. Toda nuestra regla y constituciones no sirven de otra cosa, sino de medios para guardar esto con mas perfeccion. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño; cada una se mire á sí. Porque en otra parte os he dicho harto sobre esto, no me alargaré. Importa tan o esto amor de unas con otras, que nunca querria que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que á las veces no será imperfeccion, sino como sabemos poco, quizá lo echarémos á la peor parte, puede el alma perder la paz, y aun inquietar la de las otras: mira si costaria caro la perfeccion. Tambien podria el demonio poner esta tentacion con la priora, y seria mas peligrosa.

Para esto es menester mucha discrecion; porque si fuesen cosas que van contra la regla y constitucion, es menester que no todas veces se eche á buena parte, sino avisarla: y si no se enmendare, al perlado: esto es caridad. Y tambien con las hermanas, si fuese alguna cosa grave, y dejarlo todo por miedo si es tentacion, seria la mesma tentación. Mas hase de advertir mucho, porque no nos engañe el demonio, no lo tratar una con otra, que de aqui puede sacar el demonio gran ganancia, y comenzar costumbre de murmuracion, sino con quien ha de aprovechar, como tengo dicho. Aquí, gloria á Dios, no hay tanto lugar como se guarda tan contino silencio, mas bien es que estemos sobre aviso.

MORADAS SEGUNDAS

HAY EN ELLAS UN CAPÍTULO

CAPITULO ÚNICO

Trata de lo mucho que importa la perseverancia para llegar a las postreras moradas, y la gran guerra que da el demonio, y cuánto conviene no errar el camino en el principio para acertar; da un medio que ha probado ser muy eficaz.

Ahora vengamos á hablar cuáles serán las almas que entran á las segundas moradas, y qué hacen en ellas. Querría deciros poco, porque lo he dicho en otras partes bien largo, y será imposible dejar de tornar á decir otra vez mucho dello; por que cosa no se me acuerda de lo dicho, que si se pudiera guisar de diferentes maneras, bien sé que no os enfadaredes, como nunca nos cansamos de los libros que tratan desto con ser muchos. Es de los que han ya comenzado á tener oración, y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras moradas; mas no tienen aun determinacion para dejar muchas veces de estar en ellas, porque no dejan las ocasiones, que es harto peligro. Mas harta misericordia es, que sigun ralo procuren huir de las culebras y cosas emponzoñosas, y entender que es bien dejarlas. Estos en parte tienen harto mas trabajo que los primeros, aunque no tanto peligro; porque ya parece los entienden, y hay gran esperanza de que entrarán mas adentro.

Digo que tienen mas trabajo; porque los primeros son como mudos, que no oyen, y anel pasan mejor su trabajo de no hablar, lo que no pasarian, sino muy mayor, los que oyesen y no pudiesen hablar; mas no por eso se desea mas lo de los que no oyen, que en fin es gran cosa entender lo que nos dicen. Anel estos entienden los llamamientos que les hace el Señor; porque como van entrando mas cerca de donde está su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aun estándonos en nuestros pasatiempos y negocios, contentos y baratería» del mundo, y aun cayendo y levantando en pecados (porque estas bestias son tan ponzoñosas, y peligrosa su compañía, y bulliciosas, que por maravilla dejarán de tro-

pezar en ellas para caer), con todo esto tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos, y procuremos su compañía, que una vez ú otra no nos deja de llamar, para que nos acerquemos á él; y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda; y ansí como digo, es mas trabajo, que no lo oir.

No digo que son estas voces y llamamientos, como otras que diré despues, sino con palabras que oyen á gente buena, ó sermones, ó con lo que leen en buenos libros, y cosas muchas que habréis oido por donde llama Dios, ó enfermedades y trabajos; y tambien con una verdad, que enseña en aquellos ratos que estamos en la oracion, sean cuán flojamente quisieredes, tiénelos Dios en mucho. Y vosotras, hermanas, no tengais en poco esta primer merced, ni os desconsoleis, aunque no respondais luego al Señor, que bien sabe su Majestad aguardar muchos dias y años, en especial cuando ve perseverancia y buenos deseos. Esta es lo mas necesario aquí, porque con ella jamás se deja de ganar mucho.

Mas es terrible la batería que aquí dan los demonios de mil maneras, y con mas pena del alma, que aun en la pasada; porque acullá estaba muda, y sorda, al menos oia muy poco, y resistia menos, como quien tiene en parte perdida la esperanza de vencer. Aquí está el entendimiento mas vivo, y las potencias mas hábiles; andan los golpes y la artillería de manera, que no lo puede el alma dejar de oir. Porque aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo, y el hacer los contentos dél casi eternos; la estima en que está tenido en él; los amigos y parientes; la salud en las cosas de penitencia (que siempre comienza el alma que entra en esta morada á desear hacer alguna) y otras mil maneras de impedimentos.

¡O Jesús, qué es la barahunda que aquí ponen los demonios, y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante, ó tornar á la primera pieza! Porque la razon por otra parte le representa el engaño, que es pensar que todo esto vale nada en comparacion de lo que pretende. La fe la enseña cuál es lo que la cumple.

La memoria le representa en lo que paran todas estas cosas, trayéndola presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha visto, como algunas ha visto súbitas, cuán presto son olvidados de todos, como ha visto algunos que conoció en gran prosperidad pisar debajo de la tierra, y aun pasado por la sepultura él muchas veces, y mirar que están en aquel cuerpo hirviendo muchos gusanos, y otras hartas cosas que le puede poner delante. La voluntad se inclina á

amar á donde tan innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querria pagar alguna; en especial se le pone delante, como nunca se quita de con él este verdadero amador, acompañándole, dándo e vida y ser. Luego el entendimiento acude, con darle á entender que no puede cobrar mejor amigo, aunque viva muchos años; que todo el mundo está lleno de falsedad, y estos contentos que le pone el demonio de trabajos, y cuidados, y contradiciones; y le dice que esté cierto que fuera de este castillo no hallará seguridad, ni paz; que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan llena de bienes, si le quiere gozar, que quien hay que halle todo lo que ha menester como en su casa, en especial teniendo tal huesped, que le hará señor de todos los bienes, si él quiere no andar perdido, como el hijo pródigo, comiendo manjar de puercos. Razones son estas para vencer los demonios.

Mas, ¡ó Señor y Dios mio, que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata desto, lo estraga todo! Porque está tan muerta la fé que creemos mas lo que vemos, que lo que el a nos dice. Y a la verdad no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras estas cosas visibles; mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos, que como si á uno muerde una víbora, se emponzoña todo, y se hincha, ansí es acá, no nos guardamos. Claro está que es menester muchas curas para sanar, y harta merced nos hace Dios, si no morimos dello. Cierto pasa aquí el a mas grandes trabajos: en especial si entiende el demonio que tiene aparejo en su condicion, y costumbres para ir muy adelante, todo el infierno juntara para hacer e tornar á salir fuera.

Ah Señor mio, aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada; por vuestra misericordia no consintais que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado; dadle luz, para que vea como está en esto todo su bien, y para que se aparte de malas compañías; que grandísima cosa es tratar con los que tratan desto; allegarse no solo á los que viere en estos aposentos que él está, sino á los que entendiere que han entrado á los de mas cerca, porque le será gran ayuda, y tanto los puede conversar, que lo metan consigo. Siempre esté con aviso de no se dejar vencer; porque si el demonio le ve con una gran determinacion, de que antes perderá la vida, y el descanso, y todo lo que le ofrece, que tornar á la pieza primera, muy mas presto le dejará.

Sea varon, y no de los que se echaban á beber de bruces, cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quién, sino que se determine que va á pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz; aunque otras veces

he dicho esto, importa tanto, que lo torno á decir aquí. Es que no se acuerde que hay regalos en esto que comienza, porque es muy baja manera de comenzar á labrar un tan precioso y grande edificio; y si comienzan sobre arena, darán con todo en el suelo: nunca acabarán de andar disgustados y tentados;

porque no son estas las moradas á donde se llueve el maná, están mas adelante á donde todo sabe á lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios.

Es cosa donosa, que aun nos estamos con mil embarazos é imperfecciones, y las virtudes, que aun no saben andar, sino que há poco que comenzaron á nacer, y aun plega á Dios

estén comenzadas, ¿y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración, y quejarnos de sequedades? Nunca os acaezca, hermanas, abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí, y entended que esta ha de ser vuestra empresa: la que más pudiere padecer, que padezca más por él, y será la mejor librada; lo demás como cosa accesoria, si os lo diere el Señor, dadle muchas gracias.

Pareceros ha, que para los trabajos exteriores bien determinadas estáis, con que os regale Dios en lo interior. Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene: no hay para qué le aconsejar lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir, que no sabemos lo que pedimos. Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar y determinarse, y disponerse con cuantas diligencias pueda á hacer conformar su voluntad con la de Dios; y (como diré después) estad muy ciertas, que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor, y más adelante está en este camino: no penséis que hay aquí más algarabías, ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien.

Pues si erramos en el principio, queriendo luego que el Señor haga la nuestra, y que nos lleve como imaginamos, ¿qué firmeza puede llevar este edificio? Procuremos hacer lo que es en nosotras, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas, que muchas veces quiere el Señor que no persigan malos pensamientos, y nos aflijan, sin poderlos echar de nosotras, y sequedades; y aun algunas veces permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar después, y para probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Por eso no os desanimeis, si alguna vez cayéredes, para dejar de procurar ir adelante, que aun desa caída sacará Dios bien, como hace el que vende la triaca para ver si es buena, que bebe la ponzoña primero.

Cuando no viésemos en otra cosa nuestra miseria, y el gran daño que nos hace andar derramados, si no es esta bellaquería que se pasa, para tornarnos á recoger, bastaba. ¿Puede ser mayor mal, que no nos hallemos en nuestra misma casa? ¿Qué esperanza podemos tener de hallar sosiego en otras cosas, pues en las propias no podemos sosegar? Sino que tan grandes, y verdaderos amigos, y parientes, y con quien siempre (aunque no queramos) hemos de vivir, como son las potencias, estas parece nos hacen la guerra, como sentidas de lo que á ellas les han hecho nuestros vicios. Paz, paz, hermanas mías, dijo el Señor, y amonestó á sus Apóstoles tantas

veces. Pues creedme, que si no la tenemos, y procuramos en nuestra casa, que no la hallarémos en los extraños.

Acábese ya esta guerra, por la sangre que derramó por nosotros, lo pido yo á los que han comenzado á entrar en sí, y á los que han comenzado, que no baste para hacerlos tornar atrás. Miren que es peor la recaida que la caida: ya ven su pérdida, confien en la misericordia de Dios, y no nada en sí, y verán como su Majestad le lleva de unas moradas á otras, y le mete en la tierra á donde estas fieras no le puedan tocar, ni cansar, sino que él las sujete á todas, y burle dellas, y goce de muchos mas bienes que podria desear, aun en esta vida, digo. Porque (como dije al prin ipio) os tengo escrito cómo os habeis de haber en estas turbaciones que aquí pone el demonio, y como no ha de ir á fuerza de brazos el comenzarse á recoger, sino con suavidad, para que podais estar mas continuamente, no lo diré aquí; mas de que de mi parecer hace mucho al caso tratar con personas experimentadas; porque en cosas que son necesario hacer, pensaréis que hay gran quiebra: como no sea el dejarle, todo lo guiará el Señor á nuestro provecho, aunque no hallemos quien nos enseñe, que para este mal no hay remedio, si no se torna á comenzar, sino ir perdiendo poco á poco cada dia mas el alma, y aun plega á Dios que lo entienda.

Podria alguna pensar, que si tanto mal es tornar atrás, que mejor será nunca comenzarlo, sino estarse fuera del castillo. Ya os dije al principio, y el mesmo Señor lo dice, que quien anda en el peligro en él perece, y que la puerta para entrar en este castillo es la oracion. Pues pensar que hemos de entrar en el cielo, y no entrar en nosotros, conociéndonos, y considerando nuestra miseria, y lo que debemos á Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino. El mesmo Señor dice: Ninguno subirá á mi padre, sino por mí (No sé si dice ansí, creo que sí.) Y quien me ve á mí, ve á mi Padre.

Pues si nunca le miramos, ni consideramos lo que le debemos, y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer, ni hacer obras en su servicio. Porque la fe sin ellas, y sin ir llegadas á los merecimientos de Jesucristo bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? Ni ¿quién nos despertará á amar á este Señor? Plega á su Majestad nos dé á entender lo mucho que le costamos, y como no es mas el siervo que el Señor; y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario, orar, para no andar siempre en tentacion.

MORADAS TERCERAS

CONTIENEN DOS CAPÍTULOS

CAPÍTULO PRIMERO

Trata de la poca seguridad que podemos tener mientras se vive en este destierro, aunque el estado sea subido, y como conviene andar con temor. Hay algunos buenos puntos.

A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates, y con la perseverancia entrado en las terceras moradas, ¿qué les diremos? Sino bienaventurado el varon que teme al Señor. No ha sido poco hacer su Majestad que entienda yo ahora, qué quiere decir el romance deste verso á este tiempo, segun soy torpe en este caso. Por cierto con razon le llamaremos bienaventurado, pues si no torna atrás, á lo que podémos entender, lleva camino seguro de su salvacion. Aquí veréis, hermanas, lo que importa vencer las batallas pasadas; porque tengo por cierto, que nunca deja el Señor de ponerle en seguridad de conciencia, que no es poco bien. Digo en seguridad, y dije mal, que no la hay en esta vida; y por eso siempre entended que digo si no torna á dejar el camino comenzado. Harto gran miseria es vivir en vida, que siempre hemos de andar como los que tienen los enemigos á la puerta, que ni pueden dormir, ni comer sin armas, y siempre con sobresalto, si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza.

¡O Señor mio y bien mio! ¿Cómo quereis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer y pedirnos saquela dolga, sino es con esperanza de perderla por Vos, ó gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo entender qué es vuestra voluntad! Si lo es, Dios mio, muramos con Vos, como dijo santo Tomás, que no es otra cosa sino morir muchas veces, vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre. Por eso digo, hijas, que la bienaventuranza que hemos de pedir, es estar ya en seguridad con los bienaventurados, que con estos temores, ¿qué contento puede tener quien todo su contento es contentar á Dios? Y considerad que este y muy mayor tenian

algunos Santos, que cayeron en graves pecados, y no tenemos seguro que nos dará Dios la mano para salir dellos, y hacer la penitencia que ellos. (Entiéndese del auxilio particular.)

Por cierto, hijas mías, que estoy con harto temor escribiendo esto, que no sé cómo lo escribo, ni cómo vivo, cuando se me acuerda; que es muy muchas veces. Pedidle, hijas mías, que viva su Majestad en mí siempre porque si no es ansí, ¿qué seguridad puede tener una vida tan mal gastada como la mía? Y no os pese de entender que esto es ansí, como algunas veces lo he visto en vosotras, cuando os lo digo, y procede de que quisierades que hubiera sido muy santa, y teneis razon, tambien lo quisiera yo; ¡mas qué tengo de hacer si lo perdí por solo mi culpa! Que no me quejaré de Dios, que dejó de darme bastantes ayudas, para que se cumplieran vuestros deseos.

Que no puedo decir esto sin lagrimas, y gran confusion de ver que escribo yo cosa para las que me pueden enseñar á mí. Recia obediencia ha sido. Plega al Señor, que pues se hace por él, sea para que os aprovecheis de algo, porque le pidais perdone á esta miserable atrevida. Mas bien sabe su Majestad, que solo puedo presumir de su misericordia, y ya que no puedo dejar de ser la que he sido, no tengo otro remedio, sino llegarme á ella, y confiar con los méritos de su Hijo, y de la Virgen Madre suya, cuyo hábito indignamente traigo, y traeis vosotras. Alabadle, hijas mías, que lo sois desta Señora verdaderamente; y ansí no teneis para qué os afrontar de que sea yo ruin, pues teneis tan buena Madre; imitadla, y considerad, qué tal debe ser la grandeza desta Señora, y el bien de tenerla por patrona, pues no han bastado mis pecados, y ser la que soy, para deslustrar en nada esta sagrada orden. Mas una cosa os aviso, que no por ser tal, y tener tal Madre esteis seguras, que muy santo era David, y ya veis lo que fué Salomon; ni hagais caso del encerramiento, ni penitencia en que vivís, ni os asegure el tratar siempre de Dios, y ejercitaros en la oracion tan contino, y estar tan retiradas de las cosas del mundo, y tenerlas á vuestro parecer aborrecidas. Bueno es todo esto, mas no basta (como he dicho) para que dejemos de temer; y ansí acontinuad este verso, y traedlo en la memoria muchas veces: *Beatus vir, qui timet Dominum.*

Ya no sé lo que digo, que me he divertido mucho, y en acordándome de mí, se me quiebran las alas para decir cosa buena; y ansí lo quiero dejar por ahora. Tornando á lo que os comencé á decir de las almas que han entrado á las terceras moradas, que no las ha hecho el Señor pequeñas merced

en que hayan pasado las primeras dificultades, sino muy grande. Destas por la bondad del Señor, creo hay muchas en el mundo, son muy deseosas de no ofender á su Majestad, y aun de los pecados venialos se guardan, y de hacer penitencia, amigas, sus horas de recogimiento: gastan bien el tiempo ejercitanse en obras de caridad con los prójimos; muy concertadas en su hablar, y vestir, y gobierno de casa, los que las tienen. Cierto estado para desear, y que al parecer no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera morada, ni se la negará el Señor, si ellos quieren, que linda disposicion es, para que les haga toda merced.

¡O Jesús! ¿y quién dirá que no quiere un tan gran bien, habiendo ya en especial pasado por lo mas trabajoso? No, ninguna. Todas decimos que lo queremos; mas como aun es menester mas, para que del todo el Señor posea el alma, no basta decirlo, como no bastó al mancebo, cuando le dijo el Señor, que si queria ser perfecto. Desde que comencé á hablar en estas moradas, le traigo delante, porque somos asaz al pié de la letra, y lo más ordinario vienen de aquí las grandes sequedades en la oracion, aunque tambien hay otras causas: y dejo unos trabajos interiores, que tienen muchas almas buenas intolerables, y muy sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia, y de los que tienen melancolía, y otras enfermedades. En fin, en todas las cosas hemos de dejar aparte los juicios de Dios. De lo que yo tengo para mí, que es lo mas ordinario, es lo que he dicho; porque como estas almas se ven, que por ninguna cosa harian un pecado (y muchas, que aun venial de advertencia no le harian) y que gastan bien su vida y su hacienda, no pueden poner á paciencia que se les cierre la puerta para entrar á donde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen, y lo son: mas aunque acá tenga muchos el rey de la tierra, no entran todos hasta su cámara.

Entrad, entrad, hijas mias, en lo interior, pasad adelante de vuestras obrillas, que por ser cristianas debeis todo eso, y mucho mas; y os basta que seais vasallos de Dios: no querais tanto, que os quedeis sin nada. Mirad los Santos que entraron á la cámara deste Rey, y veréis la diferencia que hay dellos á nosotras. No pidais lo que no teneis merecido, ni habia de llegar á nuestro pensamiento, que por mucho que sirvamos, lo hemos de merecer los que hemos ofendido á Dios.

¡O humildad humildad! No sé qué tentacion me tengo en este caso, que no puedo acabar de creer á quien tanto caso hace destas sequedades, sino que es un poco de falta della. Digo, que dejo los trabajos grandes interiores, que he dicho,

que aquellos son mucho mas, que falta de devocion. Probémonos á nosotras mesmas, hermanas mías, ó pruébenos el Señor, que lo sabe bien hacer (aunque muchas veces no queremos entenderlo) y vengamos á estas almas tan concertadas, veamos qué hacen por Dios, y luego veremos como no tenemos razon de quejarnos de su Majestad: porque si le volvemos las espaldas, y nos vamos tristes (como el mancebo del Evangelio) cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfetos, ¿qué quereis que haga su Majestad, que ha de dar premio conforme al amor que le tenemos? Y este amor, hijas mías, no ha de ser fabricado en nuestra imaginacion, sino probado por obras, y no penseis que ha menester nuestras obras, sino la determinacion de nuestra voluntad. Parécernos ha, que las que tenemos hábito de religion, y le tomamos de nuestra voluntad, y dejamos todas las cosas del mundo, y lo que teníamos por él (aunque sean las redes de san Pedro, que harto le parece que da quien da lo que tiene) que ya está todo hecho. Harto buena disposicion es, si persevera en aquello, y no se torna á meter en las sabandijas de las primeras piezas, aunque sea con el deseo, que no hay duda sino que si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que alcanza á lo que pretende. Mas ha de ser con condicion (y mirad que os aviso desto) que se tenga por siervo sin provecho como dice san Pablo, ó Cristo, y crea que no ha obligado á nuestro Señor, para que le haga semejantes mercedes; antes como quien mas ha recibido, queda mas adeudado. ¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que murió por nosotros, y nos crió, y da sér, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo que le debemos, por lo que nos ha servido? (de mala gana dije esta palabra, mas ello es ansí, que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo) sin que le pidamos mercedes de nuevo, y regalos.

Mirad mucho, hijas, algunas cosas que aquí van apuntadas, aunque arrebujadas, que no lo sé mas declarar: el Señor os las dará á entender, para que saqueis de las sequedades humildad, y no inquietud, que es lo que pretende el demonio; y creed que á donde la hay de veras, que aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y confortalidad con que anden mas contentas, que otros con regalos, que muchas veces (como habeis leido) los da la divina Majestad á los mas flacos, aunque creo dellos, que no los trocarian por las fortalezas de los que andan con sequedad. Somos amigos de contentos mas que de cruz. Pruébanos tú, Señor, que sabes las verdades para que nos conozca nos

CAPITULO II

Prosigue en lo mesmo, y trata de las sequedades en la oracion, y de lo que podria suceder á su parecer, y como es menester probarnos, y que prueba el Señor á los que están en estas moradas.

Yo he conocido algunas almas, y aun creo puedo decir hartas, de las que han llegado á este estado, y estado, y vivido muchos años en esta rectitud y concierto alma y cuerpo (á lo que se puede entender), y despues dellos, que ya parece habian de estar señores del mundo, al menos bien desengañados dél, probarlos su Majestad en cosas no muy grandes, y andar con tanta inquietud y apretamiento de corazon, que á mí me traian tenia, y aun temerosa harto. Pues darles consejo, no hay remedio, porque como ha tanto que tratan de virtud, paré ellos que pueden enseñar á otros, y que les sobra razon en sentir aquellas cosas. En fin, que yo no he hallado remedio, ni le hallo para consolar á semejantes personas, sino es mostrar grande sentimiento de su pena (y á la verdad se tiene de verlos sujetos á tanta miseria) y no contradecir su razon, porque todas las conciertan en su pensamiento, que por Dios las sienten, y ansí no acaban de entender que es imperfeccion: que es otro engaño para gente tan aprovechada, que de que lo sientan, no hay que espantar, aunque á mí parecer habia de pasar presto el sentimiento de cosas semejantes. Porque muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria, y aparta un poco su favor; que no es menester mas, que á usadas que nos conozcamos bien presto. Y luego se entienda esta manera de probarlos, porque entienden ellos su falta muy claramente, y á las veces les da mas pena esta, de ver que sin poder mas sienten cosas de la tierra, y no muy pesadas, que lo mesmo de que tienen pena. Esto tengolo yo por gran misericordia de Dios; y aunque es falta, muy ganancioso para la humildad. En las personas que digo no es ansí, sino que canonizan, como he dicho en sus pensamientos estas cosas; y ansí querrian que otros las canonizasen. Quiero decir alguna dellas, porque nos entendamos, y nos probemos á nosotras mesmas, antes que nos pruebe el Señor, que seria muy gran cosa estar apercebidas, y habernos entendido primero. Viene á una persona rica y sin hijos, ni para quien querer la hacienda, una falta della; mas no es de

manera, que en lo que le queda le puede faltar lo necesario para sí, y para su casa, y sobrado, si este anduviese con tanto desasosiego é inquietud, como si no le quedase un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle nuestro Señor que lo deje todo por él? Aquí contra el que lo siente, porque lo quiere para los pobres. Yo creo que quiere Dios mas que yo me conforme con lo que su Majestad hace, y en que procure tener quieta mi alma, que no esta caridad. Y ya que no lo hace, porque no le ha llegado el Señor á tanto, enhorabuena; mas entienda, que le falta esta libertad de espíritu, y con esto se dispondrá para que el Señor se la dé, porque se la pedirá. Tiene una persona bien de comer, y aun sobrado; ofrécesele poder adquirir mas hacienda; tomarlo, si se lo dan, enhorabuena, pase; mas procurarlo, y despues de tenerlo procurar mas y mas, tenga cuán buena intencion quisiere (que sí debe tener; porque, como he dicho, son estas personas de oracion, y virtuosas) que no hayan miedo que suban á las moradas mas juntas al Rey. Desta manera es, si se les ofrece algo de que los desprecien, ó quiten un poco de honra, que aunque les hace Dios merced de que lo sufran bien muchas veces (porque es muy amigo de favorecer la virtud en público, porque no padezca la mesma virtud en que están tenidos, y aun será porque le han se vido, que es muy bueno este bien nuestro) allá les queda una inquietud, que no se pueden valer, ni acaba de acabarse tan presto.

¡Válame Dios! ¿No son estos los que ha tanto que consideran como padeció el Señor, y cuán bueno es padecer, y aun lo desean? Querrían á todos tan concertados como ellos traen sus vidas, y plega á Dios, que no piensen que la pena que tienen es de la culpa ajena, y la hagan en su pensamiento meritoria. Parecerosha, hermanas, que hablo fuera de propósito, y no con vosotras, porque estas cosas no las hay acá, que ni tenemos hacienda, ni la queremos, ni procuramos, ni tampoco nos inquieta nadie: por eso las comparaciones no es lo que pasa, mas sácanse dellas otras muchas cosas que pueden pasar, que ni sería bien señalarlas, ni hay para qué: por estas entenderéis si estáis bien desnudas de lo que dejásteis; porque cosillas se ofrecen, aun que no desta suerte, en que os podréis muy bien probar, y entender si estáis señoras de vuestras pasiones. Y creedme, que no está el negocio en tener hábito de religion, ó no, sino en procurar ejercitar las virtudes, y rendir nuestra voluntad á la de Dios en todo, y que el concierto de nuestra vida sea lo que su Majestad ordenare della, y no queramos nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya. Ya que no hayamos llegado aquí, como he di-

cho, humildad, que es el ungüento de nuestras heridas; porque si la hay de veras, aunque tarde algun tiempo, verná el cirujano, que es Dios, á sanarnos.

Las penitencias que hacen estas almas son tan concertadas como su vida: quiéranla mucho, para servir á Nuestro Señor con ella (que todo esto no es malo) y ansí tiene gran discrecion en hacerlas, porque no dañen á la salud. No hayais miedo que se maten, porque su razon está muy en sí. No está aun el amor para sacar de razon; mas querria yo que la tuviésemos, para no nos contentar con esta manera de servir á Dios siempre á un paso, paso que nunca acabarémos de andar este camino. Y como á nuestro parecer siempre andamos, y nos cansamos (porque creed que es un camino brumador), harto bien será que no nos perdamos. ¿Mas parécesos, hijas, si yendo á una tierra desde otra pudiésemos llegar en ocho dias, que seria bueno andarse en un año por ventas, y nieves, y aguas, y malos caminos? ¿No valdria mas pasarlo de una vez, porque todo esto hay, y peligros de serpientes?

¡O qué buenas señas puedo yo dar desto! Y plega á Dios que haya pasado de aquí, que hartas veces me parece que no. Como vamos con tanto seso, todo nos ofende, porque todo lo tenemos, y ansí no osamos pasar adelante, como si pudiésemos nosotras llegar á estas moradas, y que otros anduviesen el camino. Pues no es esto posible, esforcémonos, hermanas mias, por amor del Señor; dejemos nuestra razon y temores en sus manos; olvidemos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho: el cuidado destos cuerpos ténganle los perlados, allá se avengan, nosotras de solo caminar apriesa para ver este Señor, que aunque el regalo que teneis es poco ó ninguno, el cuidado de la salud nos podria engañar. Cuanto mas, que no se terná mas por esto, yo lo sé, y tambien sé que no está el negocio en lo que toca al cuerpo, que esto es lo menos, que el caminar que digo es con una grande humildad: que (si habeis entendido) aquí creo está el daño de las que no van adelante, sino que nos parezca que hemos andado pocos pasos, y lo creamos ansí, y los que andan nuestras hermanas nos parezcan muy presurosos, y no solo deseemos, sino que procurémos nos tengan por la mas ruin de todas. Y con esto este estado es excelentísimo, y sí no toda nuestra vida nos estaremos en él, y con mil penas y miserias; porque como no hemos dejado á nosotras mesmas es muy trabajoso y pesado, porque vamos muy cargadas desta tierra de nuestra miseria, lo que no van los que suben á los aposentos que faltan.

En estos no deja el Señor de pagar como justo, y aun como quien se acuerda, que siempre da muchos mas que merecemos,

con darnos contentos harto mayores, que los podemos tener en los que dan los regalos y distraidamente de la vida. Mas no pienso que da muchos gustos, si no es alguna vez para convidarlos, con ver lo que pasa en las demás moradas, porque se dispongan para entrar en ellas. Pareceros ha, que contentos y gustos, todo es uno, ¿que para qué hago esta diferencia en los nombres? A mí parécemé que la hay muy grande; yo me puedo engañar. Diré lo que en esto entendiere en las moradas cuartas que vienen tras estas, porque como se habrá de declarar algo de los gustos que allí da el Señor, viene mejor. Y aunque parece sin provecho, podrá ser de alguno, para que entendiendo lo que es cada cosa, podáis esforzaros á seguir lo mejor; y es mucho consuelo para las almas que Dios llega allí, y confusion para las que les parece que lo tienen todo, y si son humildes, moverse han á hacimientos de gracias. Si hay alguna falta d-sto, darles ha un desabrimiento interior, y sin propósito, pues no está la perfeccion en los gustos, sino en quien ama mas, y el premio lo mesmo, y en quien mejor obrare con justicia y verdad. Pareceros ha, ¿que de qué sirve tratar destas mercedes interiores, y dar á entender cómo son, si es esto verdad, como lo es? Yo no lo sé, pregúntese á quien me lo manda escribir, que yo no soy obligada á disputar con los superiores, sino obedecer, ni sería bien hecho.

Lo que os puedo decir con verdad es, que cuando yo no tenía, ni aun sabía por experiencia, ni pensaba saberlo en mi vida (y con razon, que harto contento fuera para mí saberlo, ó por conjeturas entender que agradaba á Dios en algo), cuando leía en los libros destas mercedes y consuelos que hace el Señor á las almas que le sirven, me le daba grandísimo y era motivo para que mi alma diese grandes alabanzas á Dios. Pues si la mía con ser tan ruin hacia esto, las que son buenas y humildes le alabarán mucho mas; y por so á una que le alabe una vez, es muy bien que se diga (á mi parecer) y que entendamos el contento y deleites que perdemos por nuestra culpa. Cuanto mas, que si son de Dios, vienen cargados de amor y fortaleza, con que se puede caminar mas sin trabajo, y ir creciendo en las obras y virtudes. No penseis que importa poco que no quede por nosotras, que cuando no es nuestra la falta, justo es el Señor, y su Majestad os dará por otros caminos lo que os quitare por este, por lo que su Majestad sabe que son muy ocultos sus secretos; al menos será lo que más nos conviene sin duda ninguna.

Lo que me parece nos haría mucho provecho á los que por la bondad del Señor están en este estado (que como he dicho

no les hace poca misericordia, porque están muy cerca de subir á mas), es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean religiosos, sería gran cosa (como la hacen muchas personas) tener á quien acudir, para no hacer en nada su voluntad, que es lo ordinario en que nos dañamos y no buscar otro de su humor (como dicen) que vaya con tanto tiento en todo, sino procurar quien esté con mucho desengaño de las cosas del mundo: que es gran manera aprovecha tratar con quien ya le conoce, para conocernos. Y porque algunas cosas que nos parecen imposibles, viéndolas en otros tan posibles, y con la suavidad que las llevan, animan mucho, y parece que con su vuelo nos atrevemos á volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco á poco imitan á sus padres, es gran manera aprovecha esto, yo lo sé. Acertarán, por determinadas que estén, en no ofender al Señor personas semejantes, no se meter en ocasiones de ofenderle; porque como están cerca de las primeras moradas, con facilidad se podrán tornar á ellas (porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, como los que están ya ejercitados en padecer, que conocen las tempestades del mundo, cuán poco hay que temerlas, ni que desear sus contentos) y sería posible con una persecucion grande volverse á ellas, que sabe bien urdirlas el demonio para hacernos mal, y que vendo con buen celo, queriendo quitar pecados ajenos, no pudiese resistir lo que sobre esto se le podría suceder.

Miremos nuestras faltas, y dejemos las ajenas, que es mucho de personas tan concertadas espantarse de todo; y por ventura de quien nos espantamos podríamos bien deprender en lo principal, y en la compostura exterior y en su manera de trato le hacemos ventajas; y no es esto lo de mas importancia, aunque es bueno, ni hay para qué querer luego que todos vayan por nuestro camino, ni ponerse á enseñar el del espíritu, quien por ventura no sabe qué cosa es, que con estos deseos que nos da Dios, hermanas, del bien de las almas, podemos hacer muchos yerros; y así es mejor llegarnos á lo que dice nuestra regla, en silencio y esperanza procurar vivir siempre, que el Señor terná cuidado de sus almas: como no nos descuidemos nosotras en suplicarlo á su Majestad, haremos harto provecho con su favor. Sea por siempre bendito. Amen.

MORADAS CUARTAS

CONTIENEN TRES CAPÍTULOS

CAPITULO PRIMERO

Trata de la diferencia que hay de contentos, y ternura en la oracion y de gustos: y dice el contento que le dió entender que es cosa diferente el pensamiento y el entendimiento. Es de provecho para quien se divierte mucho en la oracion.

Para comenzar á hablar de las cuartas moradas, bien he menester lo que he dicho, que es encomendarme al Espíritu Santo, y suplicarle de aquí adelante hable por mí, para decir algo de las que quedan, de manera que lo entendais, porque comienzan á ser cosas sobrenaturales; y es dificultosísimo de dar á entender, si su Majestad no lo hace, como en otra parte que se escribió; hasta donde yo habia entendido, catorce años há, poco mas ó menos; aunque un poco mas luz me parece tengo de estas mercedes que el Señor hace á algunas almas, es diferente el saberla decir. Hágalo su Majestad, si se ha de conseguir algún provecho, y si no, no.

Como ya estas moradas se llegan mas á donde está el Rey, es grande su hermosura, y hay cosas tan delicadas que ver y que entender, que el entendimiento no es capaz para poder dar traza, como se diga siquiera algo que venga tan al justo, que no quede bien escuro para los que no tienen experiencia, que quien la tiene muy bien lo entenderá, en especial si es mucha.

Parecerá que para llegar á estas moradas se ha de haber vivido en las otras mucho tiempo, y aunque lo ordinario es, que se ha de haber estado en la que acabamos de decir, mas no es regla cierta (como ya habreis oido muchas veces) porque da el Señor cuando quiere, y como quiere, y á quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio á nadie. En estas moradas pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran no hacen daño, antes dejan con ganancia: y tengo por muy mejor cuando entran, y dan guerra en este estado de oracion, porque podria el demonio engañar á vueltas de los gustos que da Dios, si no hubiese tentaciones, y hacer mucho

mas daño que cuando las hay, y no ganar tanto el alma, por lo menos apartando todas las cosas que le han de hacer merecer, y dejarla en un embebecimiento ordinario. Que cuando lo es un sér, no le tengo por seguro, ni me parece posible estar en un sér el espíritu del Señor de este destierro.

Pues hablando de lo que dije que diria aquí de la diferencia que hay entre contentos en la oracion ó gustos; los contentos mas parece á mí se pueden llamar los que nosotras adquirimos con nuestra meditacion y peticiones á Nuestro Señor, que procede de nuestro natural, aunque en fin ayuda para ellos Dios (que hace de entender en cuanto dijere, que no podemos nada sin él), mas nacen de la mesma obra virtuosa que hacemos; y parece á nuestro trabajo lo hemos ganado, y con razon nos da contento habernos empleado en cosas semejantes. Mas si lo consideramos, los mesmos, contentos ternémos en muchas cosas que nos pueden suceder en la tierra: ansí en una grande hacienda que de presto se provee á alguno; como de ver á una persona que mucho amamos de presto; como de haber acertado en un negocio importante y cosa grande, de que todos dicen bien; como si á alguna le han dicho que es muerto su marido, ó hermano, ó hijo, y le ve venir vivo. Yo he visto derramar lágrimas de un gran contento, y aun me ha acaecido alguna vez. Paréceme á mí, que ansí como estos contentos son naturales, ansí hay en los que nos dan las cosas de Dios, sino que son de linaje mas noble (aunque estotros no eran tampoco malos), en fin, comienzan de nuestro natural mesmo, y acaban en Dios. Los gustos comienzan de Dios, y siéntelos el natural, y goza tanto dellos como gozan los que tengo dichos, y mucho mas.

¡O Jesús, y qué deseo tengo de saber declararme en esto! Porque entiendo á mi parecer muy conocida diferencia, y no alcanza mi saber á darme á entender; hágalo el Señor. Ahora me acuerdo en un verso que decimos á Prima al fin del postrer salmo, que al cabo del verso dice: *Con dilatasti cor meum*. A quien tuviere mucha experiencia, esto le basta para ver la diferencia que hay de lo uno á lo otro; á quien no, es menester mas. Los contentos que hay dichos, no ensanchan el corazon, antes lo mas ordinariamente parece aprietan un poco, aunque con contento todo de ver que se hace por Dios, mas vienen unas lágrimas congojosas, que en alguna manera parece las mueve pasion. Yo sé poco destas pasiones del alma, que quiza me diera á entender, y lo que procede de la sensualidad y de nuestro natural, porque soy muy torpe, que yo me supiera declarar, sí como he pasado por ello lo entendiera: gran cosa es el saber, y las letras para todo.

Lo que tengo de experiencia deste estado (digo destos regalos y contentos en la meditacion) es, que si comenzaba á llorar por la Pasion, no sabia acabar, hasta que se quebraba la cabeza; si por mis pecados, lo mesmo: hacia me hacia Nuestro Señor, que no quiero yo ahora examinar cuál es mejor lo uno ó lo otro, ni si es la diferencia que hay de lo uno á lo otro querria saber decir. Para estas cosas algunas veces van estas lágrimas y estos deseos ayudados del natural, y como está la disposicion; mas en fin, como he dicho, vienen á parar en Dios aunque sea esto. Y es de tener en mucho, si hay humildad, para entender que no son mejores por eso; porque no se puede entender si son todos efetos de amor, y cuando sea, es dado de Dios.

Por la mayor parte tienen estas devociones las almas de las moradas pasadas porque van casi contino con obra del entendimiento empleadas en discurrir con el entendimiento y en meditacion, y van bien, porque no se les ha dado mas, aunque acertarian en ocuparse un rato en hacer actos, y en alabanzas de Dios, y holgarse de su bondad, y que sea el que es, y en desear su honra y gloria (esto como pudieren, por que despierta mucho la voluntad), y estén con gran aviso, cuando el Señor les diere estotro, no lo dejar, por acabar la meditacion que se tiene de costumbre. Porque me he alargado mucho en decir esto en otras partes, no lo diré aquí, solo quiero que esteis advertidas, que para aprovechar mucho en este camino, y subir á las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más os dispertare á amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho: porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinacion de desear contentar en todo á Dios, y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo, y el aumento de la Iglesia católica. Estas son las señales del amor, y no penseis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divertis un poco va todo perdido.

Yo he andado en esto desta barahunda de pensamientos bien apretada algunas veces, y habrá poco mas de cuatro años, que vine á entender por experiencia, que el pensamiento ó imaginacion (porque mejor se entienda) no es el entendimiento, y preguntélo á un letrado, y dijome que era así, que no fué para mí poco contento; porque como el entendimiento es una de las potencias del alma, haciasememe recia cosa estar tan torpe á veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de prestr, que solo Dios puede atarle, cuando nos ata así, de manera, que parece que estamos en alguna manera desatados desde

cuerpo. Yo veia á mi parecer las potencias del alma empleadas en Dios, y estar recogidas con él y por otra parte el pensamiento alborotado: traiame tonta.

¡O señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal, que como no pensamos, que hay que saber mas de pensar en Vos, aun no sabemos preguntar á los que saben, ni entendemos qué hay que preguntar, y pásanse terribles trabajos porque no nos entendemos, y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa. De aquí proceden las aflicciones de mucha gente que trata de oracion, y el quejarse de trabajos interiores al menos mucha parte en gente que no tiene letras), y vienen las melancolías, y á perder la salud, y aun á dejarlo todo, porque no consideran que hay un mundo interior acá dentro. Y así como no podemos tener el movimiento del cielo, sino que anda aprisa con toda velocidad, tampoco podemos tener nuestro pensamiento, y luego metemos todas las potencias del alma con él, y nos parece que estamos perdidas y gastando mal el tiempo que estamos delante de Dios: y estáse el alma por ventura toda junta con él en las moradas muy cercanas, y el pensamiento en el arrabal del castillo, padeciendo con mil bestias fieras y ponzoñosas, y mereciendo con este padecer. Y aquí ni nos ha de turbar, ni lo hemos de dejar, que es lo que pretende el demonio; y por la mayor parte todas las inquietudes y trabajos vienen deste no nos entender.

Escribiendo esto, estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido della, que dije al principio, por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos, y por otra parte que destas aguas se despeñan muchos pajarillos y silbos; y no en los oidos, sino en lo superior de la cabeza, á donde dicen que está lo superior del alma. Y yo estuve en este harto tiempo, por parecer que el movimiento grande del espíritu hácia arriba subia con velocidad. Plega á Dios que se me acuerde en las moradas de adelante, decir la causa deste (que aquí no viene bien), y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza, para entenderlo mejor; porque con todo esta barahunda della, no me estorba á la oracion, ni á lo que esto y diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud, y amor, y deseos, y claro conocimiento.

¿Pues si en lo superior de la cabeza está lo superior del alma, cómo no la turba? Eso no lo sé yo, mas sé que es verdad lo que digo. Pena da cuando no es la oracion con suspension, que entonces hasta que se pasa, no se siente ningun mal, mas

harto mal fuera si por este impedimiento lo dejara yo todo: y ansi no es bien que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada, que si los pone el demonio, cesará con esto; y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó por el pecado de Adan, con otras muchas, tengamos paciencia, y sufrámoslo por amor de Dios. Pues estamos también sujetas á comer y dormir, sin poderlo excusar (que es harto trabajo) conozcamos nuestra miseria, y deseemos ir á donde nadie nos menosprecie. Que algunas veces me acuerdo haber oido esto que dice la Esposa en los Cantares, y verdaderamente que no hallo en toda la vida cosa á donde con mas razon se pueda decir, porque todos los menosprecios y trabajos que puede haber en la vida, no me parece que llegan á estas batallas interiores.

Cualquier desasosiego y guerra se puede sufrir con hallar paz á donde vivimos (como ya he dicho), mas que queramos venir á descansar de mil trabajos que hay en el mundo, y que quiera el Señor aparejarnos el descanso, y que en nosotras mesmas esté el estorbo, no puedo dejar de ser muy penoso, y casi insufridero.

Por eso llévanos, Señor, á donde no nos menosprecien estas miserias, que parecen algunas veces que están haciendo burla del alma. Aun en esta vida la libra el Señor desto, cuando ha llegado á la postrera morada, como dirémos, si Dios fuere servido. Y no darán á todos tanta pena estas miserias, ni las acometerán, como á mí hicieron muchos años por ser ruin, que parece que yo mesma me queria vengar de mí. Y como cosa tan penosa para mí, pienso que quizá será para vosotras ansi, y no hago sino decirlo en un cabo y en otro, para si acertase alguna vez á daros á entender como es cosa forzosa, y no os traiga inquietas y afligidas, sino que dejemos andar esta saravalla de molino, y molamos nuestra harina, no dejando de obrar la voluntad y entendimiento.

Hay mas y menos en este estorbo, conforme á la salud y á los tiempos. Padezca la pobre alma, aunque no tenga en esto culpa, que otras harémos por donde es razon que tengamos paciencia. Y porque no basta lo que leemos, y nos aconsejan que es, que no hagamos caso destos pensamientos, para las que poco sabemos, no me parece tiempo perdido todo lo que gaste en declararlo mas, y consolaros en este caso; mas hasta que el Señor nos quiera dar luz, poco aprovecha. Mas es menester, y quiere su Majestad que tomemos medios y nos entendamos, y lo que hace la flaca imaginacion, y el natural, y demonio, no pongamos la culpa al alma.

CAPITULO II

Prosigue en lo mesmo, y declara por una comparacion qué es gustos, y cómo se han de alcanzar no procurándolos.

¡Válame Dios en lo que me he metido! Ya tenia olvidado lo que trataba, porque los negocios y salud me hacen dejarlo al mejor tiempo, y como tengo poca memoria, irá todo desconcertado, por no poder tornarlo á leer. Y aun quizá no es todo desconcierto cuanto digo, al menos es lo que siento. Parécememe queda dicho de los consuelos espirituales, como algunas veces van envueltos con nuestras pasiones. Traen consigo unos alborotos de sollozos, y aun á personas he oido, que se les aprieta el pecho, y aun vienen á movimientos exteriores, que no se pueden ir á la mano, y es la fuerza de manera, que les hace salir sangre de narices, y cosas ansí penosas.

Desto no sé decir nada, porque no he pasado por ello, mas debe quedar consuelo, porque, como digo, todo va á parar en desear contentar á Dios, y gozar de su Majestad. Los que yo llamo gustos de Dios (que en otra parte lo he nombrado oracion de quietud) es muy de otra manera, como entenderéis las que lo habeis probado por la misericordia de Dios.

Hagamos cuenta para entenderlo mejor, que vemos dos

fuentes con dos pilas que se hinchen de agua, que no me hallo cosa mas a propósito para declarar algunas de espíritu, que esto de agua, y es, como sé poco, y el ingenio no ayuda, y soy tan amiga deste elemento, que le he mirado con mas advertencia que otras cosas; que en todas las que crió tan gran Dios, tan sabio, debe haber hartos secretos de que nos podemos aprovechar, y así lo hacen los que lo entienden, aunque creo que en cada cosita que Dios crió hay mas de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita.

Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras: el uno viene de mas léjos por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mesmo nacimiento del agua, y vase hinchendo sin ningun ruido, y si es el manantial caudaloso (como deste que hablamos) despues de hinchido este pilon por cada un gran arroyo, ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí.

Es la diferencia, que la que viene por arcaduces, es a mi parecer los contentos (que tengo dicho) que se sacan con la meditacion, porque los traemos con los pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditacion, y cansando el entendimiento; y como viene en fin con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haber algun henchimiento de provechos que hace en el alma, como queda dicho. Estotra fuente viene el agua de su mesmo nacimiento, que es Dios, y así como su Majestad quiere cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mesmos, yo no sé hácia á dónde, ni cómo.

Ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazon, digo en su principio, que despues todo lo hinche, vase revertiendo esta agua por todas las moradas y potencias, hasta llegar al cuerpo: que por eso dije que comienza de Dios, y acaba en nosotros, que cierto (como verá quien lo hubiere probado) todo el hombre exterior goza deste gusto y suavidad: Estaba yo ahora mirando escribiendo esto, que en el verso que dije: *Dilatasti cor meum*, dice que ensanchó el corazon, y no me parece que es cosa como digo, que su nacimiento es del corazon, sino de otra parte aun mas interior, como una cosa profunda: pienso que debe ser el centro del alma (como despues he entendido, y diré á la postre), que cierto veo secretos en nosotros mesmos, que me traen espantada muchas veces, ¿y cuántos mas debe haber? ¡O Señor mio y Dios mio, qué grandes son vuestras grandezas! y andamos acá como unos pastorcillos bobos, que nos parece alcanzamos

algo de Vos; debe ser tanto como nonada, pues en nosotros mesmos están grandes secretos que no entendemos. Digo tanto como nonada, para lo muy mucho que hay en Vos, que no porque no son muy grandes las grandezas que vemos, aun de lo que podemos alcanzar de vuestras obras.

Tornando al verso, en lo que me puede aprovechar á mi parecer, para aquí es, en aquel ensanchamiento que ansí parece, que como comienza á producir aquella agua celestial deste manantial que digo, de lo profunda de nosotras, parece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior, y produciendo unos bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender qué es lo que se le da allí. Entiende una fragancia (digamos ahora) como si en aquel hondor interior estuviese un brasero á donde se echasen olorosos perfumes, ni se ve la lumbre, ni donde está, mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces, como he dicho, participa el cuerpo. Mira, entendedme, que ni se siente calor, ni se huele olor, que mas delicada cosa es que estas cosas, sino para dároslo á entender. Y entiendan las personas que no han pasado por esto, que es verdad que pasa ansí, y sé que entiende, y lo entiende el alma mas claro, que yo lo digo ahora, que no es esto cosa que se puede antojar; porque por diligencias que hagamos, no lo podemos adquirir, y en ello mesmo se ve no ser de nuestro metal, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina. Aquí no están las potencias unidas, á mi parecer, sino embebidas, y mirando espantadas, qué es aquello. Podrá ser que en estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes; no es maravilla, porque en cási quince años há que lo escribí, quizá me ha dado el Señor mas claridad en estas cosas, de las que entonces entendía, y ahora y entonces puedo errar en todo, mas no mentir; que por la misericordia de Dios antes pasaría mil muertes (digo lo que entiendo) y la voluntad bien me parece que debe estar unida en alguna manera con la de Dios. Mas en los efectos y obras de después, se conocen estas verdades de oracion, que no hay mejor crisol para probarse. Harto gran merced es de Nuestro Señor, si la conoce quien la recibe, y muy grande si no torna atrás.

Luego queréis, mis hijas, procurar tener esta oracion, y teneis razon, que (como he dicho) no acaba de entender el alma las que allí le hace el Señor, y con el amor que le va acercando mas á sí. Que cierto está desear saber cómo alcanzarémos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido: dejemos cuando el Señor es servido de hacerla porque su

Majestad quiere, y no por mas; él sabe el por qué no nos hemos de meter en eso.

Despues de hacer lo que los de las mercadas pasadas, humildad, humildad; por esta se deja vencer el Señor á cuanto del queremos: y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que mereceis estas mercedes y gustos del Señor, ni los habeis de tener en vuestra vida. Diréisme, ¿que desta manera, que cómo se han de alcanzar no los procurando? A esto respondo, que no hay otra mejor de la que os he dicho, y no los procurar, por estas razones. La primera, porque lo primero que para esto es menester, es amar á Dios sin interés. La segunda, porque es un poco de poca humildad, pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande. La tercera, porque el verdadero aparejo para esto, es deseo de padecer y de imitar al Señor, y no gustos, los que en fin le hemos ofendido. La cuarta, porque no está obligado su Majestad á dárnoslo (como á darnos la gloria, si guardamos sus mandamientos), que sin esto nos podrémos salvar, y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y quién le ama de verdad: y así es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir por solo servir á Jesucristo crucificado, que no solo no le piden gustos, ni los desean, más le suplican no se los dé en esta vida: esto es verdad. La quinta es, porque trabajarémos en balde, que como no se ha de traer esta agua por arcaduces, como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que aunque mas meditacion tengamos, aunque mas nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene esta agua por aquí, solo se da á quien Dios quiere, y cuando mas descuidada está muchas veces el alma. Suyas somos, hermanas, haga lo que quisiere de nosotras, llévenos por donde fuere servido: bien creo, que quien de verdad se humillare y desasiere (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos engañan, sino que estemos desasidas del todo), que no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabrémos desear. Sea por siempre alabado y bendito. Amen.

CAPITULO III

En que trata qué es oracion de recogimiento, que por la mayor parte la da el Señor antes de la dicha: dice sus efetos y los que quedan de la pasada, que trató de los gustos que da el Señor.

Los efectos desta oracion son muchos: algunos diré, y primero otra manera de oracion, que comienza casi siempre primero que esta, y por haberla dicho en otras partes, diré poco. Un recogimiento que tambien me parece sobrenatural; porque no es estar en escuro, ni cerrar los ojos, ni consiste en cosa exterior, puesto que sin quererlo se hace esto de cerrar los ojos, y desear soledad; y sin artificio parece que se va labrando el edificio para la oración que queda dicha, porque estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo, que tenia perdido. Dicen que el alma se entra dentro de sí; y otras veces que sube sobre sí: por este lenguaje no sabré yo aclarar nada, que esto tengo malo, que por el que yo lo sé decir, pienso que me habeis de entender, y quizá será solo para mí. Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias (que ya he dicho, que son la gente desta castillo, que es lo que he tomado para saber decir algo) que se han ido fuera, y andan con gente extraña, enemiga del bien deste castillo, dias y años; y que ya se han ido (viendo su perdicion) acercando á él, aunque no acaban de estar dentro; porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya traidores, y andan al rededor.

Visto ya el gran Rey que está en la morada deste castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérelos tornar á él, y como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mesmos no lo entienden, hace que conozcan su voz, y que no anden tan perdidos, sino que se tornen á su morada: y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que andan enajenados, y métense en el castillo.

Parécemo que nunca lo he dado á entender como ahora, porque será buscar á Dios en lo interior (que se halla mejor y más á nuestro provecho, que en las criaturas, como dice san Agustin, que le halló después de haberle buscado en muchas partes) es gran ayuda cuando Dios hace esta merced.

Y no penseis que es por el entendimiento adquirido, pro-

curando pensar dentro de sí á Dios, ni por la imaginacion, imaginándole en sí: bueno es esto y excelente manera de meditacion; porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mesmos: mas no es esto, que esto cada uno lo puede hacer (con el favor del Señor se entiende todo), mas lo que digo es en diferente manera, y que algunas veces antes que se comience á pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde, ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué por los oidos, que no se oye nada, mas siéntese notablemente un encogimiento suave á lo interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor.

Parèceme que he leido, que como un erizo ó tortuga, cuando se retiran hácia sí, y debíalo de entender bien quien lo escribió; mas estos ellos entran cuando quieren, acá no está en nuestro querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí que cuando su Majestad lo hace, es á personas que van ya dando de mano á las cosas del mundo (no digo que sea por obra los que tienen estado, que no pueden, sino por el deseo) pues los llama particularmente, para que estén atentos á las interiores, y ansí creo que si queremos dar lugar á su Majestad, que no dará solo á quien comienza á llamar para mas. Alábale mucho quien esto entendiere en sí: porque es muy mucha razon que conozca la merced, y el hacimiento de gracias por ella hará que se disponga para otras mayores. Y es disposicion para poder escuchar, como se aconseja en algunos libros, que procure no discurrir, sino estarse atentos á ver lo que obra el Señor en el alma. Que si su Majestad no ha comenzado á embebernos, no puedo acabar de entender cómo se pueda detener el pensamiento, de manera que no haga mas daño que provecho; aunque ha sido contienda bien platicada entre algunas personas espirituales; y de mí confieso mi poca humildad, que nunca me han dado razon, para que yo me rinda á lo que dicen.

Uno me alegó con cierto libro del santo Fr. Pedro de Alcántara (que yo creo lo es, á quien yo me rindiera, porque sé que lo sabia) y leímo-lo, y dice lo mesmo que yo, aunque no por estas palabras, mas entiéndese en lo que dice, que ha de estar ya dispierto el amor. Ya puede ser que yo me engañe, mas voy por estas razones. La primera, que en esta obra de espíritu, quien menos piensa y quiere hacer, hace mas. Lo que habemos de hacer, es pedir como pobres necesitados delante de un grande y rico emperador, y luego bajar los ojos, y esperar con humildad. Cuando por sus secretos caminos parece que entendemos que nos oye, entonces es bien callar,

pues nos ha dejado estar cerca dél, y no será malo procurar no obrar con el entendimiento (si podemos digo), mas si este Rey aun no entendemos que nos ha oido, ni nos ve, no nos hemos de estar bobos, que lo queda harto el alma cuando ha procurado esto, y queda con mucho mas seca, y por ventura mas inquieta la imaginacion, con la fuerza que se ha hecho á no pensar nada, sino que quiere el Señor que le pidamos y consideremos estar en su presencia, que él sabe lo que nos cumple

Yo no puedo persuadirme á industrias humanas en cosas que parece puso su Majestad límite, y las quiso dejar para sí; lo que no dejó otras muchas que podemos con su ayuda, ansi de penitencias, como de obras, como de oracion, hasta á donde puede nuestra miseria. La segunda razon es, que estas obras interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa penosa, antes daña, que aprovecha (llamo penosa, cualquier fuerza que nos queramos hacer, como sería pena de tener el huelgo) sino dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiere della, con el menor descuido de su provecho que pudiere, y mayor resignacion á la voluntad de Dios. La tercera es, que el mesmo cuidado que se pone en no pensar nada, quizá despertará el pensamiento á pensar mucho. La cuarta es, que lo mas sustancial y agradable á Dios, es que nos acordemos de su honra y gloria, y nos olvidemos de nosotros mesmos, y de nuestro provecho, y regalo, y gusto. ¿Pues cómo está olvidado de sí, el que con mucho cuidado está, que no se osa bullir ni aun deja á su entendimiento y deseos que se bullan á desear la mayor gloria de Dios, ni que se huelgue de la que tiene? cuando su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpase por otra manera; y da una luz en el conocimiento tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces sin saber cómo, queda muy mejor enseñado, que no con todas nuestras diligencias para echarlo mas á perder. Que pues Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos, y se tiene todo su premio, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer su oficio, hasta que Dios las ponga en otro mayor.

Lo que entiendo, que mas conviene que ha de hacer el alma que ha querido el Señor meter en esta morada, es lo dicho, y que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el discurrir del entendimiento, mas no el suspenderle, ni el pensamiento, sino que es bien que se acuerde que está delante de Dios, y quién es este Dios. Si lo mesmo que siente en sí le embebiere, enhorabuena; mas no procure entender lo que es, porque es dado á la voluntad: déjela gozar sin ninguna indus

tria, mas de algunas palabras amorosas, que aunque no procuremos aquí estar sin pensar nada, se es á muchas veces, aunque muy breve tiempo. Mas como dije en otra parte, la causa porque en esta manera de oración, digo en la que comencé esta morada, que he metido la de recogimiento con esta que había de decir primero, y es muy menos que la de los gustos que he dicho de Dios, sino que es principio para venir á ella, que en la de recogimiento no se ha de dejar la meditación, ni la obra del entendimiento en esta fuente manantial, que no vienen por arcaduces, él se comide, ó le hace comedir, ver que no entiende lo que quiere, y anda de un cabo á otro como tonto, que en nada hace asiento. La voluntad le tiene tan grande en su Dios, que la da gran pesadumbre su bullicio: y así no ha menester hacer caso dél, que la hará perder mucho de lo que goza, sino dejarle, y dejarse á sí en los brazos del amor, que su Majestad la enseñará lo que ha de hacer en aquel punto, que es todo estallarse indigna de tanto bien, y emplearse en hacimiento de gracias. Por tratar de la oración de recogimiento dejé los efetos ó señales que tienen las almas á quien Dios Nuestro Señor da esta oración.

Así como se entiende claro un dilatamiento ó ensanchamiento en el alma, á manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la mesma fuente estuviese labrada de una rosa, que mientras mas agua manase, mas grande se hiciese el edificio; así parece en esta oración y otras muchas maravillas que hace Dios en el alma, que la habilita, y va disponiendo para que quepa todo en ella. Así esta suavidad y ensanchamiento interior se ve en el que le queda, para no estar tan atada como antes en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha mas anchura. Así en no se apretar con el temor del infierno, porque aunque le queda mayor de no ofender á Dios, el servil piérdese aquí, y queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener para hacer penitencia de perder la salud, ya le parece que todo lo puede en Dios, tiene mas deseos de hacerla que hasta allí. El temor que solía tener á los trabajos, ya va mas templado, porque está mas viva la fe; y entiende que si los pasa por Dios, su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia; y aun algunas veces lo desea, porque queda también una gran voluntad de hacer algo por Dios, como va mas conociendo su grandeza, tiénese ya por mas miserable; como ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una basura lo del mundo; vase poco á poco apartando dellos, y es mas señora de sí para hacerlo. En fin, en todas las virtudes queda mejo

rada, y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás, y á hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre.

Tampoco se entiende, que de una vez ó dos que haga Dios esta merced á un alma, quedan todas estas hechas, si no va perseverando en recibirlas, que en esta perseverancia está todo nuestro bien. De una cosa aviso mucho á quien se viere en este estado, que se guarde muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender á Dios, porque aquí no está aun el alma criada, sino como un niño que comienza á mamar, que si se apartase de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar del, sino la muerte? Yo he mucho temor que á quien Dios hubiera hecho esta merced, y se apartare de la oracion, que será ansí, si no es con grandísima ocasion, ó si no torna presto á ella, porque irá de mal en peor.

Yo sé que hay mucho que temer en este caso, y conozco algunas personas que me tienen harto lastimada, y he visto lo que digo, por haberse apartado de quien con tanto amor se les queria dar por amigo, y mostrárselo por obras. Aviso tanto que no se pongan en ocasiones, porque pone mucho el demonio mas por una alma destas, que por muy muchas á quien el Señor no haga estas mercedes; porque le puedes hacer gran daño con llevar otras consigo, y hacer gran provecho podria ser en la Iglesia de Dios. Y aunque no haya otra cosa, sino ver el que su Majestad les muestra amor particular, basta para que él se deshaga, porque se pierdan: y ansí son muy combatidas, y aun mucho mas perdidas que otras, si se pierden.

Vosotras, hermanas, libres estais destos peligros, á lo que podemos entender; de soberbia y vanagloria os libre Dios; y de que el demonio quiera contrahacer estas mercedes, conocerse ha en que no hará estos efectos, sino todo al revés. De un peligro os quiero avisar, aunque os lo he dicho en otra parte, en que he visto caer á personas de oracion (en especial mujeres, que como somos mas flacas ha mas lugar para lo que voy á decir) y es, que algunas, de la mucha penitencia, y oracion, y vigilias, y aun sin esto, somos flacas de complexion, en teniendo algun regalo, sujétales el natural, y como sienten contento alguno interior y calmiento en lo exterior, y una flaqueza cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco mas de lo que queda dicho, parécenles que es lo uno como lo otro, y déjense embebecer: y mientras mas se dejan, se embebecen mas, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento: y llámole

yo abobamiento, que no es otra cosa mas de estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud.

A una persona le acaecia estar ocho horas, que ni están sin sentido, ni sienten cosas de Dios: con dormir y comer, y no hacer tanta penitencia, es le quitó á esta persona, porque hubo quien la entendiese, que á su confesor traia engañado, y á otras personas, y á sí mesma, que ella no queria engañar; bien creo que haria el demonio alguna diligencia para sacar alguna ganancia, y no comenzaba á sacar poca. Hase de entender, que cuando es cosa verdaderamente de Dios, que aunque hay caimiento interior y exterior, que no la hay en el alma, que tiene grandes sentimientos de verse tan de cerca de Dios ni tampoco dura tanto sino muy poco espacio. Bien que se torna á embebecer, y en esta oración, si no es flaqueza, como he dicho, no llega á tanto que derrueque el cuerpo, ni haga ningun sentimiento exterior en él. Por eso tengan aviso, que cuando sintieren esto en sí, lo digan á la perlada, y diviértanse lo que pudieren, y hágalas no tener horas tantas de oracion, sino muy poco, y procure que duerman bien y coman, hasta que se les vaya tornando la fuerza natural, si se perdió por aquí. Si es de tan flaco natural, que no le baste esto, créanme que no la quiere Dios sino para la vida activa, que de todo ha de haber en los monasterios; ocúpenla en oficios, y siempre se tenga cuenta que no tenga mucha soledad, porque vernán á perder del todo la salud. Harta mortificacion será para ella: aquí quiere probar el Señor el amor que le tiene, en como lleva esta ausencia, y será servido de tornarle la fuerza despues de aquel tiempo, y sino, con oración vocal ganará, y con obedecer, y merecerá lo que habia de merecer por aquí, y por ventura mas.

Tambien podria haber algunas de tan flaca cabeza é imaginacion, como las he conocido, que todo lo que piensan les parece que lo ven: es harto peligroso, porque quiza se tratará dello adelante, no mas aquí; que me alargado mucho en esta morada, porque es en la que mas almas creo entran. Y como es tambien natural junto con lo sobrenatural, puede el demonio hacer mas daño, que en las que están por decir no le da el Señor tanto lugar. Sea por siempre alabado. Amen.

MORADAS QUINTAS

CONTIENEN CUATRO CAPÍTULOS

CAPITULO PRIMERO

Comiense á tratar cómo en la oracion se une el alma con Dios: dice en qué se conocerá no ser engaño.

Ó hermanas, ¡cómo os podria yo decir la riqueza, y tesoros, y deleites que hay en las quintas moradas! Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir, ni el entendimiento lo sabe entender, ni las comparaciones pueden servir de declararlo; porque son muy bajas las cosas de la tierra para este fin. Enviad, Señor mio, del cielo luz, para que yo pueda dar alguna á estas vuestras siervas; pues sois servido de que gocen algunas dellas tan ordinariamente destos gozos, porque no sean engañadas, transfigurándose el demonio en angel de luz, pues todos sus deseos se emplean en desear contentaros.

Y aunque dije algunas, bien pocas hay, que no entren en estas moradas que ahora diré. Hay mas y menos, y á esta causa digo, que son las mas las que entran en ellas. En algunas cosas de las que aquí diré que hay en este aposento, bien creo que son pocas; mas aunque no sea sino llegar á la puerta, es harta misericordia la que las hace Dios; porque puesto que son los llamados, son pocos los escogidos. Ansi digo ahora, que aunque todas las que traemos este hábito sagrado del Carmen somos llamadas á la oracion y contemplacion (porque este fue nuestro principio, desta casta venimos, de aquellos santos Padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscan este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos) pocas nos disponemos para que nos la descubra el Señor. Porque cuanto á lo exterior, vamos bien para llegar á lo que es menester en las virtudes; para llegar aquí hemos menester mucho, mucho, y no nos descuidar poco ni mucho: por eso, hermanas mias, alto á pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor, para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre

el camino, y nos dé fuerzas en el alma, para cavar hasta llegar á este tesoro escondido; pues es verdad que lo hay en nosotras mesmas: que esto querria yo dar á entender, si el Señor es servido que sepa. Dije fuerzas en el alma, porque entendais que no hacen falta las del cuerpo: á quien Dios Nuestro Señor no las da, no imposibilita á ninguno para comprar sus riquezas con que dé cada uno lo que tuviere se contenta. Bendito sea tan gran Dios.

Mas mirad, hijas, que para esto que tratamos no quiere que os quedeis con nada; poco ó mucho, todo lo quiere para sí, y conforme á lo que entendiere desde vos que habeis dado, se os harán mayores ó menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si llega á union, ó si no, nuestra oracion. No penseis que es cosa soñada como la pasada (digo soñada, porque ansí parece está dormida ni se siente despierta). Aquí con estar todas dormidas, y bien dormidas á las cosas del mundo, y á nosotras mesmas; porque en hecho de verdad, se queda como sin sentido aquello poco que dura, que ni hay poder pensar aunque quieran; aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento, hasta el amar; si lo hace, no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querria. En fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo para vivir mas á Dios, que ansí es una muerte sabrosa; un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo: deleitosa, porque aunque de verdad, parece se aparta el alma dél, para mejor estar en Dios: de manera, que aun no sé yo si le queda vida para resollar.

Ahora lo estaba pensando, y paréceme que no: al menos, si lo hace, no se entiende si lo hace: todo su entendimiento se querria emplear en entender algo de lo que siente; y como no llegan sus fuerzas á esto, quédase espantado de manera, que si no se pierde del todo, no menea pié, ni mano: como acá decimos de una persona, que está tan desmayada, que nos parece está muerta.

¡O secretos de Dios! Que no me haria de procurar dar á entenderlos, si pensase acertar en algo, y ansí diré mil desatinos, por si alguna vez atinase, para que alabemos al Señor. Dije que no era cosa soñada, porque en la morada que queda dicha, hasta que la experiencia es mucha, queda el alma dudosa de ¿qué fué aquello? ¿si se lo antojó? ¿si estaba dormida? ¿si fué dado de Dios? ¿si se transfiguró el demonio en ángel de luz? queda con mil sospechas, y es bien que las tenga; porque (como dije) aun el mesmo natural nos puede engañar allí alguna vez porque aunque no han tanto lugar

para entrar las cosas emponzoñosas, unas lagartijillas así, que como son agudas, por do quiera se meten; y aunque no hacen daño, en especial si no hacen caso dellas, como dije porque son pensamientillos que proceden de la imaginación y de lo que queda dicho, importuna muchas veces. Aquí, por agudas que son las lagartijas, no pueden entrar en esta morada; porque ni hay imaginación, ni memoria, ni entendimiento que pueda impedir este bien.

Y osaré afirmar, que si verdaderamente es unión de Dios, que no puede entrar el demonio, ni hacer ningún daño; porque es á su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma, que ni lo osará llegar, ni aun debe entender este secreto. Y esta clar , pues dicen, que no entiende nuestro pensamiento, menos entenderá cosa tan secreta, que aun no le fia Dios de nuestro pensamiento. ¡O gran bien, estado á donde este maldito no nos hace mal! Así queda el alma con tan grandes ganancias, por obrar Dios en ella, sin que nadie le estorbe, ni nosotros mesmos. ¿Qué no dará quien es tan amigo de dar, y puede dar todo lo que quiere? Parece que os dejo confusas en decir si es unión de Dios, y que hay otras uniones. ¿Y como si las hay! aunque sea en cosas vanas, cuando se aman mucho, también las transportará el demonio, mas no con la manera que Dios, ni con el deleite y satisfacion del alma, y paz, y gozo. Es sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los deleites, y sobre todo los contentos; y mas que no tiene que ver á donde se engendran estos contentos ó los de la tierra, que es muy diferente su sentir, como lo habéis experimentado.

Dije yo una vez, que es como si fuesen en esa grosería del cuerpo ó en los tuétanos, y aun bien: que no sé cómo lo decir mejor. Paréceme que aun no os veo satisfechas, porque os parecerá que podeis engañar, que esto interior es cosa recia de examinar; y aunque para quien ha pasado por ello basta lo dicho, porque es grande la diferencia, quiéroos decir una señal clara, por donde no os podréis engañar, ni dudar si fué de Dios, que su Majestad me la ha traido hoy á la memoria, y á mi parecer es la cierta. Siempre en cosas dificultosas (aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad) voy con este lenguaje *de que me parece*, porque si me engañare, estoy muy aparejada á creer lo que dijeren los que tuvieren letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es en verdad, dásela para que se admita, y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien

entendido que puede mucho mas, y mas Y en fin, aunque algunas cosas no tan declaradas, otras deben hallar escritas por donde ven que pueden pasar estas. Desto tengo grandísima experiencia, y tambien la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro: al menos creo, que quien no creyere que puede Dios mucho mas, y que ha tenido por bien, y tiene algunas veces comunicarlo á sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas. Por eso, hermanas, nunca os acaezca, sino creed de Dios mucho mas y mas, y no pongais los ojos en si son ruines ó buenos á quien las hace, que su Majestad lo sabe, como os lo he dicho: no hay para que nos meter en esto, sino con simpleza de corazon y humildad servir á su Majestad y alabarle por sus obras y maravillas.

Pues tornando á la señal que digo, es la verdadera: ya veis esta alma que la ha hecho Dios boba del todo para imprimir mejor en ella la verdadera sabiduría, que ni vive, ni oye, ni entiende en este tiempo que está ansí, que siempre es breve, y aun harto mas breve le parece á ella de lo que debe ser. Fija Dios á sí mesmo en lo interior de aquel alma de manera, que cuando torne en sí, en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios, y Dios en ella; con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pasen años sin tornarle Dios á hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que estuvo: aun dejemos por los efectos con que queda, que estos diré después: esto es lo que hace mucho al caso.

Pues diréisme, ¿cómo lo vió, ó cómo lo entendió si no se vé ni entiende? No digo que lo vió entonces; sino que lo vé después claro: y no porque es vision, sino una certidumbre que queda en el alma, que solo Dios la puede poner. Yo sé de una persona, que no había llegado á su noticia que estaba Dios en todas las cosas por presencia, y potencia, y esencia, y de una merced que le hizo Dios desa suerte, lo vino á creer de manera, que aunque un medio letrado de los que tengo dicho, á quien preguntó ¿cómo estaba Dios en nosotros? (y él lo sabia tan poco como ella antes que Dios se lo diese á entender) le dijo que no estaba mas de por gracia; ella tenia ya tan fija la verdad, que no le creyó, y preguntólo á otros que le dijeron la verdad, con que se consoló mucho. No os habeis de engañar, pareciéndoos que esta certidumbre queda en forma corporal, como el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo está en el santísimo Sacramento, aunque no le vemos, porque acá no queda ansí, sino de sola la Divinidad. ¿Pues cómo lo que no vimos se nos queda con esta certidumbre? Eso no lo sé yo, son obras suyas, mas sé que digo la verdad, y quien no que-

dare con esta certidumbre, no diria yo que es union de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia ú otras muchas maneras de mercedes que hace Dios al alma. Hemos de dejar en todas estas cosas de buscar razones, para ver cómo fué: pues no llega nuestro entendimiento á entenderlo, ¿para qué nos queremos desvanecer? Basta ver que es todopoderoso el que lo hace: y pues no somos ni: guna parte, por diligencias que hagamos, para alcanzarlo, sino que es Dios el que lo hace, no lo queramos ser para entenderlo.

Ahora me acuerdo sobre esto que digo, *de que no somos parte*, de lo que habeis oido que dice la Esposa en los Cantares. Llevóme el Rey á la bodega del vino (ó metióme, creo que dice). Y no dice que ella se fué. Y dice tambien, que andaba buscando á su Amado por una parte y por otra. Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor cuando quiere, y como quiere; mas por diligencias que nosotros hagamos no podemos entrar; su Majestad nos ha de meter y entrar en el centro de nuestra alma, y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en esta mas parte de la voluntad, que del todo se le ha rendido, ni que se

le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos, sino entrar en el centro del alma sin ninguna, como entró á sus discípulos, cuando dijo: *Pax vobis*, y salió del sepulcro sin levantar la piedra. Adelante veréis cómo su Majestad quiere que le goce el alma en su mesmo centro, aun mas que aquí mucho en la postrera morada. ¡O hijas, que mucho veremos, si no queremos ver mas de nuestra bajeza y miseria, y entender que no somos dignas de ser siervas de un Señor tan grande, que no podemos alcanzar sus maravillas! Sea por siempre alabado. Amen.

CAPITULO II

Prosigue en lo mesmo: declara la oracion de union por una comparacion delicada: dice los efetos con que queda el alma. Es muy de notar.

Pareceros ha que ya está todo dicho lo que hay que ver en esta morada, y falta mucho porque, como dije, hay mas y menos. Cuanto á lo que es union, no creo sabré decir mas. Mas cuando el alma á quien Dios hace estas mercedes se dispone, hay muchas cosas que decir de lo que el Señor obra en ella; algunas diré, y de la manera que quieda. Para darlo mejor á entender, me quiero aprovechar de una comparacion que es buena para este fin; y tambien para que veamos cómo, aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada; mas para que su Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho disposiciones. Ya habréis oido sus maravillas en cómo se cria la seda (que solo él puede hacer semejante invencion), y como de una simiente, que es á manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto, sino oido), y ansí si algo fuere torcido, no es mia la culpa, con el calor en comenzando á haber hoja en los morales, comienza esta simiento á vivir (que hasta que haya este mantenimiento de que se sustenta, se está muerta), y con hojas de moral se crian, hasta que después de grandes les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de sí mesmos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados, á donde se encierran, y acaba este gusano, que es grande y feo y sale del mesmo capullo una mariposa blanca muy graciosa.

Mas si esto no se viese, sino que nos lo contaran de otros

tiempos ¿quién lo pudiera creer? ¿Ni con qué razones pudiéramos sacar que una cosa tan sin razon como es un gusano, y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho, y con tanta industria, y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda? Para un rato de meditacion basta esto, hermanas, aunque no os diga mas, que en ello podeis considerar las maravillas y sabiduría de Nuestro Dios. ¿Pues qué será si supiéremos la propiedad de todas las cosas? De gran provecho es ocuparnos en pensar estas grandezas, y regalarnos en ser esposas de Rey tan sabio y poderoso.

Tornemos á lo que decia. Entonces comienza á tener vida este gusano, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza á aprovechar del auxilio general que á todos nos da Dios, y cuando comienza á aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia: ansí á confesarse, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados, y metida en ocasiones puede tener. Entonces comienza á vivir, y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que á mí me hace al caso, que estotro poco importa. Pues crecido este gusano (que es lo que en los principios queda dicho desto que he escrito) comienza á labrar la seda, y edificar la casa á donde ha de morir. Esta casa querria dar á entender aquí que es Cristo. En una parte me parece he leido, ú oido, que nuestra vida está escondida en Cristo, ú en Dios, que todo es uno: ó que nuestra vida es Cristo. En que esto sea, ó no, poco va para mi propósito.

Pues veis aquí, hijas, lo que podemos con el favor de Dios hacer, que su Majestad mesma sea nuestra morada, como lo es en esta oracion de unión, labrándola nosotras. Parece que quiero decir, que podemos quitar y poner en Dios, pues digo que él es la morada, y la podemos nosotros fabricar para meternos en ella. Y como si podemos: no quitar de Dios, ni poner, sino quitar de nosotros, y poner como hacen estos gusanitos, que no habrémos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajillo, que no es nada, junta Dios con su grandeza, y le dé tan gran valor, que el mesmo Señor sea el premio desta obra. Y así como ha sido el que ha puesto la mayor costa, así quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció su Majestad, y que todo sea una cosa.

Pues ea, hijas mias, prieva á hacer esta labor, y tejer este capu hilo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas á ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oracion y mortificacion, obediencia, todo lo demás que sabeis. ¡Que así obrásemos como sabemos, y somos enseñadas de lo que hemos de hacer! Muera, muera este gusano (como lo hace en acabando de hacer para lo que fué criado) y veréis como vemos á Dios, y nos vemos tan metidas en su grandeza, como lo está este gusanillo en este capucho. Mirad que digo ver á Dios, como dejo dicho, que se da á sentir en esta manera de union.

Pues veamos qué se hace este gusano, ¿qué es para lo que ha dicho todo lo demás? ¿Qué? Cuando está en esta oracion, bien muerto está al mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y cuál sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios, y tan junta con él, que á mi parecer nunca llega á media hora! Yo os digo de verdad, que la misma alma no se conoce á sí, porque mirad la diferencia que hay de un gusano feo á una mariposita blanca, que la mesma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien (de dónde le pudo venir, quiso decir, que bien sabe que no le merece): vese con un deseo do alabar al Señor, que se querria deshacer, y de morir por él mil muertes. Luego le comienza á tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen á Dios; y de aquí le viene pena grande de ver que es ofendido. Y aunque en la morada que viene se tratará mas destas cosas en particular, porque aunque casi lo que hay en esta morada, y en la que viene después, es todo uno, es muy diferente la fuerza de los efetos; porque, como he dicho, si después de Dios llega á

una alma aquí, se esfuerza á ir adelante, verá grandes cosas. ¡Oh pues ver el desasosiego desta mariposita, con no haber estado mas quieta y sosegada en su vida! es cosa para alabar á Dios, y es, que no sabe adónde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial, cuando son muchas las veces que le da Dios deste vino, casi de cada una queda con nuevas ganancias!

Ya no tiene en nada las obras que hacia siendo gusano, que era poco á poco tejer el capucho: hanle nacido alas. ¿Cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso á paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, segun son sus deseos No tiene en mucho lo que pasaron los Santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor, y transforma un alma, que no parece ella, ni su figura; porque la flaqueza que antes le parecia tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte: el atamiento con deudos y amigos, ó hacienda, que ni le bastaban actos, ni determinaciones, ni quererse apartar, que entonces le parecia se hallaba mas junta; ya se ve de manera, que le pesa estar obligada á lo que, para no ir contra Dios, es menester hacer. Todo le causa; porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas

Parece que me alargo, y mucho mas podria decir, y á quien Dios hubiere hecho esta merced verá que quedo corta, y así no hay que espantar que esta mariposita busque asiento de nuevo, así como se halla nueva de las cosas de la tierra. ¿Pues á dónde irá la pobrecita? Que tornar a donde salió no puede, que como está dicho, no es en nuestra mano, aunque mas hagamos, hasta que es Dios servido de tornarnos a hacer esta merced. ¡O Señor, y qué nuevos trabajos comienzan á esta alma! ¿Quién dijera tal, despues de merced tan subida? En fin, en fin, de una manera ó de otra ha de haber cruz mientras vivimos. Y quien dijere que despues que llegó aquí, siempre está con descanso y regalo, diria yo que nunca llegó, sino que por ventura fue algun gusano (si entró en la morada pasada) y ayudado de flaquez natural, y aun por ventura del demonio, que le da paz, para hacerle despues mucha mayor guerra. No quiero decir que no tienen paz los que llegan aquí, que si tienen, y muy grande, porque los mesmos trabajos son de tanto valor y de tan buena raiz, que con serlo muy grandes, dellos mesmos sale la paz y el contento.

Del mesmo descontento que dan las cosas del mundo nace un deseo de salir dél, tan penoso, que si algun alivio tiene, es pensar que quiere Dios viva en este destierro, y aun no

basta, porque aun el alma con todas estas grandezas no está tan rendida en la voluntad de Dios, como se verá adelante, aunque no deja de conformarse, mas es con un gran sentimiento (que no puede mas, porque no le han dado más) y con muchas lágrimas: cada vez que tiene oración, es esta su pena en alguna manera. Quizá procede de la muy grande que le da de ver que es ofendido Dios, y poco estimado en este mundo, y de las muchas almas que se pierden, ansí de herejes como de moros; aunque las que mas la lastima son las de los cristianos: que aunque ve es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan se pueden enmendar, y salvarse, teme que se condenan muchos.

O grandeza de Dios, que pocos años antes estaba esta alma (y aun quizá días) que no se acordaba sino de sí! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que aunque queramos tener muchos años de meditación tan penosamente como ahora esta alma lo siente, no lo podremos sentir

Pues válame Dios, si muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal, que es ser Dios ofendido, y pensar que estos que se condenan son hijos suyos, y hermanos míos, y los peligros en que vivimos, cuán bien nos está salir desta miserable vida, ¿no bastará? Que no, hijas, no es la pena que se siente aquí como las de acá, que eso bien podríamos, con el favor del Señor, tenerla, pensando mucho esto; mas no llega á lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma, y la muele, sin procurarlo ella, y aun á veces sin quererlo.

¿Pues qué es esto? ¿De dónde procede? Yo os lo diré. ¿No habéis oído (que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no á este propósito) de la Esposa, que la metió Dios á la bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? Pues esto es, que como aquel ya se entrega en sus manos, y el gran amor la tiene casi rendida, que no sabe, ni quiere mas de que haga Dios lo que quisiere della. Que jamás hará Dios (á lo que yo pienso) esta merced, sino á alma que ya toma muy por suya quiere que sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello; porque verdaderamente el alma allí no hace mas que la cera cuando imprima otra el sello, que la cera no se le imprime á sí; solo está dispuesta, digo bien, y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente.

¡O bondad de Dios, que todo ha de ser á vuestra costa! Solo queréis nuestra voluntad, y que no haya impedimento en la cera. Pues veis aquí hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí, para que esta alma ya se conozca por suya, da de lo

que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida: no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién mas debía querer salir de esta vida? Y así lo dijo su Majestad en la cena: Con deseo he deseado.

¿Pues cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habíades de morir, tan penosa y espantosa? No porque el grande amor que tengo, y deseo de que se salven las almas, sobrepuja sin comparación á esas penas, y las muy grandísimas que ha padecido y padezco después que estoy en el mundo, son bas antes para no tener esas en nada, en su comparación. Es así que muchas veces considerando en esto, y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco de ver ofender á Nuestro Señor, tan insufridero, que se quisiera mucho mas morir que sufrirlo: y pensando si un alma con tan poquísima caridad, comparada á la de Cristo (que se puede decir casi ninguna en esta comparacion) sentía este tormento tan insufridero, ¿qué sería el sentimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes, y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían á su Padre? sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima pasion, porque entonces ya veía el fin de estos trabajos, y con esto, y con el contento de ver nuestro remedio con su muerte, y demostrar el amor que tenía al Padre en padecer tanto por él, moderaría los dolores, como acaece acá á los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias, que no las sienten casi, antes querrían hacer mas y mas, y todo se les hace poco. ¿Pues qué sería á su Majestad, viéndose en tan gran ocasion, para mostrar á su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡O gran deleite, padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan contino tantas ofensas hechas á su Majestad, é ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo (si no fuera mas de hombre) un día de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, cuanto mas una.

CAPITULO III

Continúa la misma materia: dice de otra manera de unión que puede alcanzar el alma con el favor de Dios, y lo que importa para esto el amor del prójimo: es de gran provecho.

Pues tornemos á nuestra palomica, y veamos algo de lo que Dios da en este estado; siempre se entiende que ha de procurar ir adelante en el servicio de Nuestro Señor y en el conocimiento propio: que si no hace mas de recibir esta merced, y como cosa ya segura descuidarse en su vida, y torcer el camino del cielo (que son los mandamientos), acaecerle ha lo que á la que sale del gusano, que echa la simiente, para que produzgan otras, y ella queda muerta para siempre. Digo que echa la simiente; porque tengo para mí, que quiere Dios, que no sea dada en balde una merced tan grande, si no que ya que no se aprovecha della para sí, aprovecha á otros.

Porque como queda con estos deseos y virtudes dichas, el tiempo que dura en el bien siempre hace provecho á otras almas, y de su calor les pega calor: y aun cuando le tienen ya perdido, acaece quedar con esa gana de que se aprovechen otras, y gusta de dar á entender las mercedes que Dios hace á quien le ama y sirve.

Yo he conocido persona que le acaecia ansí, que estando muy perdida gustaba de que se aprovechasen otras con las mercedes que Dios le había hecho, y mostrarles el camino de oracion á las que no lo entendian, y hizo harto provecho, harto. Después la tornó el Señor á dar luz. Verdad es que aun no tenia los efetos que quedan dichos. ¿Mas cuántos debe haber que los llama el Señor á el apostolado, como á Judas, comunicando con ellos? ¿y los llama para hacer reyes, como á Saul, y despues por su culpa se pierden? De donde sacarémos, hermanas, que para ir mereciendo mas y mas, y no perdiéndonos como estos, la seguridad que podemos tener, es la obediencia, y no torcer de la ley de Dios (digo, á quien hiciere semejantes mercedes, y aun á todos).

Parécemo que queda algo escura, con cuanto he dicho, esta morada; pues hay tanta ganancia de entrar en ella, bien será que no parezca que quedan sin esperanza á los que el Señor da cosas tan sobrenaturales; pues la verdadera union se puede muy bien alcanzar, con el favor de Nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos á procurarla con no tener voluntad, sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios.

¡Ó qué dellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad! como creo ya he dicho. Pues yo os digo, y lo diré muchas veces, que cuando no fuere, que habiendo alcanzado esta merced del Señor, y ninguna cosa se os dé desotra unión regalada que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella es, proceder desta que ahora digo, y por no poder llegar á lo que queda dicho, si no es muy cierta la unión de estar resignada nuestra voluntad en la de Dios. ¡O qué unión esta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso, y en la otra también; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra le afligirá (si no fuere, si se viese en algún peligro de perder á Dios, ó ver si es ofendido) ni enfermedad, ni pobreza, ni muerte, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Iglesia de Dios, que ve bien esta alma, que él sabe mejor lo que hace, que ella lo que desea.

Habíase de notar, que hay penas y penas; porque algunas penas hay, producidas de presto de la naturaleza, y contentos lo mismo, y aun de caridad de apiadarse de los prójimos (como hizo Nuestro Señor, cuando resucitó á Lázaro) y no quitan estas el estar unidos con la voluntad de Dios, ni tampoco turban el ánimo con una pasion inquieta desasosegada, que dura mucho: Estas penas pasan de presto: que (como dije de los gozos de la oracion) parece que no llegan á lo hondo del alma, sino á estos sentidos y potencias. Andan por estas moradas pasadas, mas no en ran en la que está principalmente. Pues para esto, no es menester lo que queda dicho, de suspension de potencias? No, que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos, y llegarlas á estas moradas, y no por el atajo que queda dicho. Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano, y mas á vuestra costa: porque acullá ayuda mucho para morir el verse en vida tan nueva; acá es menester, que viviendo en esta, le matemos nosotras. Yo os confieso que será á mucho mas trabajo, mas su precio se tiene; y ansí será mayor el galardon si salis con victoria: mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la unión verdaderamente con la voluntad de Dios.

Esta es la unión que toda mi vida he deseado: esta es la que pido siempre á Nuestro Señor, y la que está mas clara y segura. ¡Mas ay de nosotros, que pocos debemos de llegar á ella! Aunque á quien se guarda de ofender al Señor, y ha entrado en religion, le parezca que todo lo tiene hecho. O que quedan unos gusanos que no se dan á entender, hasta que, como el que royó la yedra á Jonás, nos han roido las virtudes con un amor propio, una propia estimacion, un juzgar á los

prójimos (aunque sea en pocas cosas), una falta de caridad con ellos, no los queriendo como á nosotros mesmos. Que aunque arrastrando cumplimos con la obligacion para no ser

pecado, no llegamos con mucho á lo que ha de ser, para estar del todo unidas con la voluntad de Dios.

¿Qué pensais, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfetas, para ser unos con él, y con el Padre, como su Majestad lo pidió. Mirad ¿qué nos falta para llegar á esto? Yo os digo, que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan léjos, y todo por mi culpa: que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos á su Hijo, que nos enseñase el camino. No penseis que está la cosa en si se muere mi padre, ó hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios, que no lo sienta; y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y á las veces consiste en discrecion, porque no podemos mas, y hacemos de la necesidad virtud: cuántas cosas destas hacian los filósofos, ó (aunque no sean destas) de otras de tener mucho saber. Acá solas estas dos que nos pide el Señor, amor de su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar: guardándolas con perfecion hacemos su voluntad, y ansí estarémos unidos con él. ¡Mas qué léjos estamos de hacer, como debemos, á tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho! Plegue á su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar á este estado, que en nuestra mano está si quereinos.

La mas cierta señal, que á mi parecer hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos á Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos, mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertas que mientras mas en este os viéredes aprovechadas, mas lo estais en el amor de Dios; porque es tan grande el que su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos á su Majestad por mil maneras; en esto yo no puedo dudar. Impórtanos mucho andar con gran advertencia, como andamos en esto, que si es con mucha perfecion, todo lo tenemos hecho; porque creo yo, que segun es malo nuestro natural, que si no es haciendo de raiz el amor de Dios, que no llegaremos á tener con perfecion el del prójimo.

Pues tanto nos importa, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas aun menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que ansí por junto vienen en la oracion, de parecer qué haremos, y aconteceremos por los prójimos, y por sola una alma que se salve; porque si no vienen despues conformes las obras, no hay para que creer que lo haremos. Ansí digo de la humildad tambien, y de todas las virtudes. Son grandes los ardides del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la teniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tienen razon, porque es muy dañoso, que nunca estas vir-

tudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raíz: ansí como las que da Dios están libres della y de soberbia.

Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que cuando están en oración, les parece querrían ser abatidas, y públicamente afrentadas por Dios, y después una flaca pequeña encubrirían si pudiesen, ó que si no la han hecho, y se cargan, Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto sufre, para no hacer caso de lo que á solas determinó á su parecer, que en hecho de verdad no fué determinación de la voluntad (que cuando esta hay verdadera, es otra cosa) sino alguna imaginación, que en esta hace el demonio sus saltos y engaños, y á mujeres, ó gentes sin letras podrá hacer muchos; porque no sabemos entender las diferencias de potencias, é imaginación, y otras mil cosas que hay á este tiempos. ¡O hermanas, cómo se ve claro á dónde está de veras el amor del prójimo, en algunas de vosotras, y en las que no está con esta perfección! Si entendiésedes lo que nos importa esta virtud, no traeríades otro estudio.

Cuando yo veo almas muy diligentes á entender la oración que tienen, y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir, ni menear pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no, obras quiere el Señor; que si ves una enferma á quien puedes dar un alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas della, y si tiene algun dolor, te duela á ti, y si fuere menester lo ames, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho una persona, te alegres mas mucho, que si te loasen á ti: esto á la verdad fácil es, que si hay humildad, antes terná pena de ver el alabar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras, y encubrirla.

Mucho he dicho en otras partes desto, porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra, vamos perdidas; plega al Señor nunca la haya que como esto sea, y os digo que no dejéis de alcanzar de su Majestad la unión que queda dicha. Cuando os véades faltas en esto, aunque tengais devociones y regalos, que os parezca habeis llegado allá, y alguna suspensioncilla en la oración de quietud (que á algunos luego les parece que está todo hecho), creedme, que no habeis llegado

á union, y pedid á Nuestro Señor que os dé con perfeccion este amor del prójimo, y dejad hacer á su Majestad, que él os dará mas que sepais desear, como vosotras os esforceis, y procureis en todo lo que pudiéredes esto, y forzar vuestra voluntad, para que se haga en todo la de las hermanas (aunque perdais de vuestro derecho), y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque mas contradicion os haga el natural, y procurar tomar trabajo, por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penseis que no ha de costar algo, y que os lo habeis de hallar hecho. Mirad lo que costó á nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa, como muerte de cruz.

CAPITULO IV

Prosigue en lo mesmo, declarando mas esta manera de oracion. Dice lo mucho que importa andar con aviso, porque el demonio le trae grande para hacer tornar atrás de lo comenzado.

Parécame que estais con deseo de ver qué se hace esta palomica, y á dónde asienta (pues queda entendido, que no es en gustos espirituales, ni en contentos de la tierra, mas alto es su vuelo), y no os puedo satisfacer deste deseo hasta la postrera morada. Y aun plega á Dios se me acuerde, ó tenga lugar de escribirlo, porque han pasado casi cinco meses desde que lo comencé hasta ahora, y como la cabeza no está para tornarlo á leer, todo debe ir desbaratado, y por ventura dicho algunas cosas dos veces como es para mis hermanas, poco va en ello. Todavía quiero mas declararos lo que me parece que es esta oracion de union: conforme á mi ingenio porné una comparacion, despues diré mas desta mariposica, que no para, aunque siempre fructifica haciendo bien á sí y á otras almas, porque no halla en sí verdadero reposo. Ya ternéis oido muchas veces, que se deleita Dios con las almas espirituales (bendita sea su misericordia, que tan de se quiere humillar), y aun que sea grosera comparacion, yo no hallo otra que mas pueda dar á entender lo que pretendo, que el sacramento del matrimonio; porque aunque de diferente manera, porque en esto que tratamos, jamás hay cosa que no sea espiritual, el todo corpóreo va muy léjos, y los contentos espirituales que da el Señor, y los gustos al que deben tener

los que se desposan, van mil leguas lo uno de lo otro, porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpísimas, y tan deleitadísimas y suaves, que no hay cómo se decir, mas sabe el Señor darlas muy bien á sentir.

Parécesme á mí, que la unión no llega á desposorio espiritual, sino como por acá cuando se han de desposar dos, se tratan si son conformes, y que el uno y el otro quieran, y aun que vean, para que mas se satisfagan el uno del otro. Así acá, presupuesto que el consentimiento es ya hecho, y que esta alma está muy bien informada, cuán bien le está, y determinada á hacer en todo la voluntad de su Esposo, de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento, y su Majestad (como quien bien entenderá si es así) lo está della, y así esta misericordia, que quiere que le entienda mas, y que (como dicen) vengan á vistas, y juntarla consigo. Podemos decir que es así esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí no hay mas dar y tomar, sino un ver el alma por una manera secreta, quién es este esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias, en ninguna manera podrá entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo: mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja mas digna de que se vengan á dar las manos, como dicen; porque queda tan enamorada, que hace de su parte lo que puede, para que no se desconcierte este divino desposorio. Mas si esta alma se descuida á poner su afición en cosa que no sea él, piérdelo todo, y es tan grandísima pérdida, como lo son las mercedes que va haciendo, y mucho mayor que se puede encarecer.

Por eso, almas cristianas, á las que el Señor ha llegado á estos términos, por él os pido, que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones, que aun en este estado no está el alma tan fuerte, que se pueda meter en el as, como lo está después de hecho el desposorio (que en la morada que diremos tras esta), porque la comunicación no fué mas de una vista, como dicen, y el demonio andará con gran cautidad á combatirla, y á desviar este desposorio, que después como ya la ve del todo rendida al Esposo, no osa tanto, porque la ha miedo; y tiene experiencia, que si alguna vez lo hace, queda con gran pérdida, y ella con mas ganancia.

Yo os digo, hijas, que he conocido personas muy encumbradas, y llegar á este estado, y con la gran sutileza y astucia del demonio, tornarlas á ganar para sí, porque debe juntarse todo el infierno para ello; porque como muchas veces digo, no pierden una alma sola, sino gran multitud. Ya él tiene experiencia en este caso; porque si miramos la multitud de

almas que por medio de una trata Dios á sí, es para alabarle mucho los millares que convertían los mártires: una doncella como santa Ursula. Pues las que habrá perdido el demonio por santo Domingo, y san Francisco, y otros fundadores de órdenes, y pierde ahora por el P. Ignacio, el que fundó la Compañía, que todos está claro, como lo leemos, recibían mercedes semejantes de Dios. ¿Qué fué esto, sino que se esforzaron á no perder por su culpa tan divino desposorio? ¡O hijas mías, que tan aparejado está este Señor á hacernos merced ahora como entonces, y aun en parte mas necesitado de que las queramos recibir, porque hay pocos que miren por su honra, como entónces había! Queréisnos mucho: hay mucha cordura para no perder de nuestro derecho ¡O qué engaño tan grande! El Señor nos dé luz para no caer en semejantes tinieblas por su misericordia.

Podréisme preguntar, ó estar con duda de dos cosas: la primera, que si está el alma tan puesta con la voluntad de Dios (como queda dicho) ¿cómo se puede engañar, pues ella en todo no quiere hacer la suya? La segunda, ¿por qué vías puede entrar el demonio tan peligrosamente, que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo, y tan llegadas á los Sacramentos, y en compañía (podíamos decir) de Angeles? Pues por la bondad del Señor todas no tratan otros deseos, sino de servirle, y agradarle en todo: que ya los que están metidos en las ocasiones del mundo, no es mucho. Yo digo, que en esto tenéis razon, que harta misericordia nos ha hecho Dios: mas cuando veo, como he dicho, que estaba Judas en compañía de los Apóstoles, y tratando siempre con el mesmo Dios, y oyendo sus palabras, entiendo que no hay seguridad en esto.

Respondiendo á lo primero, digo, que si esta alma se estuviese siempre asida á la voluntad de Dios, está claro que no se perdería: mas viene el demonio con unas sutilezas grandes, y debajo de color de bien, vala desquiciando en poquitas cosas de la, y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas, y poco á poco escurriendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro la va apartando de la voluntad de Dios, y llegando á la suya.

De aquí queda respondido á lo segundo, porque no hay encerramiento tan encerrado, á donde él no pueda entrar, ni desierto tan apartado á donde deje de ir. Y aun otra cosa os digo, que quizá lo permite el Señor, para ver cómo se ha aquella alma, á quien quiere poner por luz de otras, que mas vale que en los principios si ha de ser ruin lo sea, que no

cuando dañe á muchas. La diligencia que á mí se me ofrece mas cierta (después de pedir siempre á Dios en la oración que nos tenga de su mano, y pensar muy continuo, como si él nos deja, serémos luego en el profundo, como es verdad, y jamás estar confiadas en nosotras, pues será desatino estarlo) es andar con particular cuidado y aviso, mirando cómo vamos en las virtudes: si vamos mejorando, ó disminuyendo en alguna, en especial en el amor unas con otras, y en el deseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarias: que si miramos en ello, y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veréis la ganancia ó la pérdida. Que no penseis que alma que llega Dios á tanto, la deja tan apriesa de su mano, que no le niega bien el demonio que trabajar, y siente su Majestad tanto que se le pierda, que le da mil avisos interiores de muchas maneras: así que no se le podrá esconder el daño.

En fin, sea la conclusion en esto, que procure nos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda algun salto nos quiere hacer el demonio; pues no es posible que habiendo llegado á tanto, dejase ir creciendo, que el amor jamás se está ocioso: y así será harto mala señal. Porque alma que ha pretendido ser esposa del mesmo Dios, y tratándose ya con su Majestad, y llegado á los términos que queda dicho, no se ha de echar á dormir.

Y para que veais, hijas, lo que hace con las que ya tiene por esposas comencemos á tratar de las sexas moradas, y veréis como es poco todo lo que pudiéremos servir, y padecer, y hacer para disponernos á tan grandes mercedes: que podrá ser haber ordenado Nuestro Señor que me lo mandasen escribir, para que pues os fijais los ojos en el premio, y viendo cuán sin tasa es su misericordia (pues con unos gusanos quiere así comunicarse, y mostrarse) olvidemos nuestros contentillos de tierra, y pues os los ojos en su grandeza, estemos encendidos en su amor. Plega á él, que acierte yo á declarar algo de cosas tan dificultosas, que si su Majestad y el Espíritu Santo no mueven la pluma, bien sé que será imposible, y si no ha de ser para vuestro provecho, le suplico no acierte á decir nada, pues sabe su Majestad, que no es otro mi deseo (á cuanto puedo entender de mí) sino que sea alabado su nombre, y que nos ofrezcamos á servir á un Señor, que así paga aun acá en la tierra, por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo, sin los intervalos, y trabajos, y peligros, que hay en este mar de tempestades, porque á no le haber de perderle y ofenderle, descanso sería, que no se acabase la vida hasta el fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios, y Señor, y Esposo. Plega á su Majes-

tad merezcamos hacerle algun servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos en las obras buenas. Amen.

MORADAS SEXTAS

HAY EN ELLAS ONCE CAPÍTULOS

CAPITULO PRIMERO

Trata como en comenzando el Señor á hacer mayores mercedes, hay mas grandes trabas. Dice algunos, y cómo se han con ellos los que están ya en esta morada. Es bueno para quien los pasa interiores.

Pues vengamos con el favor del Espíritu Santo á hablar en las sextas moradas, á donde el alma ya queda herida del amor del Esposo, y procura mas lugar para estar sola, quitar todo lo que puede, conforme á su estado, que la puede estorbar desta soledad. Está tan esculpido en el alma (que la vista, que todo su deseo es tornarse á gozar. Ya he dicho que en esta creación no se ve nada, que se queda de ver, ni con la imaginacion (digo vista, por la comparacion que puse). Ya el alma bien determinada queda á no tomar otro espeso, mas el Esposo no mira á los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio: que aun quiere que lo desee mas, y que le cueste algo, bien que es el mayor de los bienes. Y aun que todo es poco para tan grandísima ganancia, yo os digo, hijas, que no deja de ser menester la muestra y señal que ya se tiene de la, para poderse llevar.

¡Ó válame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece hasta que entra en la séptima morada! Por cierto que algunas veces lo considero, y que temo que si se entendiesen antes, sería dificultosísimo de determinarse la flaqueza natural para poderlo sufrir, ni dejo de maravillarme á pasarlos, por bienes que se le representasen, salvo si no hubiese llegado á la séptima morada, que ya allí nada no se teme, de arte que no se arrojase muy de raíz el alma á pasarlo por Dios. Y es la causa, que está allí siempre tan junta á su Majestad, que de allí le viene la fortaleza.

Creo será bien contaros algunos de los que yo sé que se pasan con certidumbre. Quizá no serán todas las almas llevadas por este camino, aunque dudo mucho que vivan libres de trabajos de la tierra, de una manera, ó de otra, las almas que á tiempos gozan tan de veras de cosas del cielo. Aunque no tenia por mi de tratar desto, he pensado que algun alma que se vea en ello, le será gran consuelo saber qué pasa en las que Dios hace semejantes mercedes, porque verdaderamente parece entonces estar todo perdido.

No llevaré por concierto como suceden, sino como se me ofrecieren á la memoria; y quiero comenzar de los mas pequeños, que es una grita de las personas con quien se trata (y aun con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podian acordar della), que se hace la santa, que hace extremos para engañar al mundo, y para hacer á los otros ruines, que son mejores cristianos sin esas ceremonias: y hase de notar que no hay ninguna, sino procurar guardar bien su estado. Las que tenia por amigas, se apartan della, y son los que le dan mejor bocado, y es de las que mucho se sienten: que va perdida aquel alma, y notablemente engañada; que son cosas del demonio, que ha de ser como aquella y la otra persona que se perdió, y ocasion de que caiga la virtud, que traen engañados los confesores, y irá ellos, y decírselo, poniéndole ejemplos de lo que acaeció á algunos que se perdieron por aqui: mil maneras de mofas, y de dichos destos. Yo sé de una persona que tuvo harto miedo no habia de haber quien la confesase, segun andaban las cosas, que por ser muchas, no hay para qué mas detener: y es lo peor, que no pasan de presto, sino que es toda la vida, y el avisarse unos á otros que se guarden de tratar personas semejantes. Diréisme que tambien hay quien diga bien.

¡Ó hijas, y qué pocos hay que crean ese bien, en comparacion de los muchos que abominan! Cuanto mas, que ese es otro trabajo mayor que los dichos, porque como el alma ve claro, que si tiene algun bien, es dado de Dios, y en ninguna manera no es suyo, porque poco antes se vió muy pobre y metida en grandes pecados, este un tormento intolerable; al menos á los principios, que despues no tanto, por algunas razones. La primera porque la experiencia le hace claro ver que tan presto dicen bien como mal, y asi no hace mas caso de lo uno que de lo otro. La segunda, porque le ha dado el Señor mayor luz, de que ninguna cosa buena es suya, sino dada de su Majestad, y como si la viese en tercera persona olvidada, que tiene allá ninguna parte, se vuelve á alabar á Dios. La tercera, si ha visto algunas almas aprovechadas de ver

las mercedes que Dios la hace, piensa que tomó su Majestad este medio de que la tuviesen por buena, no lo siendo, para que á ellas les viniese bien. La cuarta, porque como tiene mas delante la honra y gloria de Dios, que la suya, quítase una tentacion que da á los principios, de que esas alabanzas han de ser deshonrada, á true¡que de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio, después venga lo que viniere.

Estas razones y otras aplacan la mucha pena que dan estas alabanzas, aunque casi siempre se siente alguna, sino es cuando poco ni mucho se advierte, mas sin comparacion es mayor trabajo verse así, en público tener por buena siquiera razon, que no los dichos: y cuando ya viene á no le tener mucho desto, muy mucho menos le tiene de estotro, antes se huelga, y le es como una música muy suave: esto es gran verdad, y antes fortalece el alma que la acobarda; porque ya la experiencia la tiene enseñada la gran ganancia que le viene por este camino, y parécele que no ofenden á Dios los que la persiguen antes que lo permite su Majestad para gran ganancia suya: y como la siente claramente, tómales un amor particular muy tierno, que le parece aquellos son mas amigos, y que la dan mas á ganar que los que dicen bien.

Tambien suele dar el Señor enfermedades grandísimas. Esto es muy mayor trabajo, en especial cuando son dolores agudos, que en parte si ellos son recios, me parece el mayor que hay en la tierra (digo exterior) aunque entren cuantos quisieren, si es de los mas recios dolores; digo, porque descomponen lo interior y exterior, de manera, que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí: y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto que estos dolores aunque en grandísimo extremo no duran tanto, que en fin no da Dios mas de lo que se puede sufrir, y da su Majestad primero la paciencia; mas de otros grandes en lo ordinario, y enfermedades de muchas maneras. Yo conozco una persona, que desde que comenzó el señor á hacerle esta merced que queda dicha, que há cuarenta años, no puede decir con verdad, que ha estado día sin tener dolores, y otras maneras de padecer; de falta de salud corporal digo, sin otros grandes trabajos. Verdad es que habia sido muy ruin, y para el infierno que merecia, todo se le hace poco: otras que no hayan ofendido tanto á Nuestro Señor las llevará por otro camino; mas yo siempre escogería el del padecer, siquiera para imitar á Nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia, en especial que siempre hay muy muchas. Ó pues si tratamos de los interiores; estotros parecerían pequeños, si estos

se acertasen á decir, sino que es imposible darle á entender de la manera que pasan.

Comencemos por el tormento que da tomar con un confesor tan cuerdo y poco experimentado, que no hay cosa que tenga por segura, todo lo teme, en todo pone duda, como ve cosas no ordinarias: en especial si en el alma que las tiene ve alguna imperfeccion, que les parece han de ser Angeles á quien Dios hiciera estas mercedes, y es imposible mientras estuvieren en este cuerpo, luego es todo condenado á demonio, ó melancolía. Y desto está el mundo tan lleno, que no me espanto que haya tanta ahora en el mundo, y hace el demonio tantos males por este camino, que tienen muy mucha razon en temerlo, y mirarlo muy bien los confesores. Mas la pobre alma que anda con el mesmo temor, y va al confesor como juez, y es la condena, no puede dejar de recibir tan gran tormento y turbacion, que solo entenderá cuan gran trabajo es, quien hubiere pasado por ello. Porque este es otro de los grandes trabajos que estas almas padecen, en especial si han sido ruines, pensar que por sus pecados ha Dios de permitir que sean engañadas.

Y aunque cuando su Majestad le hace la merced, están seguras, y no pueden creer ser otro espíritu, sino de Dios, como es cosa que pasa de presto, y el acuerdo de los pecados se está siempre, y ve en sí faltas (que estas nunca faltan) luego viene este tormento. Cuando el confesor la asegura, aplácase, aunque torna: mas cuando él ayuda con mas temor, es cosa casi insufrible, en especial cuando tras esto vienen unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios, ni se ha de acordar, y que como una persona de quien oyó decir desde léjos, es cuando oye hablar de su Majestad. Todo no es nada, sino es que sobre esto venga el parecer, que no sabe informar á los confesores y que los tras engañados, y aunque mas piensa, y ve que no hay primer movimiento, que no les diga, no aprovecha, que está el entendimiento tan escuro, que no es capaz de ver la verdad, sino creer lo que la imaginación le representa; que entonces ella es la señora, y los sesatinos que el demonio la quiere representar, á quien debe Nuestro Señor de dar licencia para que la pruebe, y aun para que la pruebe, y aun para que la haga entender que está reprobada de Dios, porque son muchas las cosas que la combaten con un apretamiento interior; de manera tan sensible, é intolerable, que yo no sé á qué se pueda comparar, sino á los que padecen en el infierno; porque ningun consuelo se admite en esta temporal. Si le quieren tomar con el confesor, parece han acudido los demonios á él, para

que la atormente más: y así, tratando uno con un alma que estaba en este tormento, después de pasado, que parece apretamiento peligroso, por ser de tantas cosas juntas, le decía, le avisase cuando estuviese así, y siempre era tan peor, que vino él á entender que no era mas en su mano. Pues si se quiere tomar un libro de romance, persona que sabía bien leer, le acaecía no entender mas del, que si no supiera letra, porque no estaba el entendimiento capaz. En fin que ningun remedio hay en esta tempestad, sino aguardar á la misericordia de Dios, que á deshora con una palabra sola suya, ó una ocasion, que acaso sucedió, lo quita todo tan de presto, que parece no había nublado en aquel alma, segun quedó llena de sol, y de mucho mas consuelo.

Y como quien se ha escapado de una batalla peligrosa con haber ganado la victoria, queda alabando á Nuestr Señor, que fué el que peleó para el vencimiento; porque conoce muy claro que ella no peleó, que todas las armas con que se podía defender le parece que las ve en manos de su contrario, y así conoce claramente su miseria, y lo poquísimo que podamos de nosotros si nos desamparase el Señor.

Parece que ya no ha menester consideracion para entender esto porque la experiencia de pasar por ello (habiéndose visto del todo inhabilitada) le hacía entender nuestra nonada, y cuán miserable cosa somos; porque la gracia (aunque no debe de estar sin ella, pues con toda esta tormenta no ofenda á Dios, ni le ofendería por cosa de la tierra) está tan escondida, que ni aun una centella muy pequeña le parece no ve de que tiene amor de Dios, ni que le tuvo jamás; porque si ve ha hecho algun bien, ó su Majestad le ha hecho alguna merced, todo le parece cosa soñada, y que fue antojo: los pecados ve cierto que los hizo.

¡O Jesús! Que es ver un alma desamparada desta suerte, y (como he dicho) cuán poco le aprovecha ningun consuelo de la tierra! Por eso, no penseis, hermanas, si alguna vez os viéredes así, que los ricos y los que están con libertad, tendrán para estos tiempos mas remedio. No, no, que me parece á mí es como si á los condenados les pusiesen cuantos deleites hay en el mundo delante, no bastarian para darles alivio, antes les acrecentaría el tormento, así acá viene de arriba, y no valen aquí nada cosas de la tierra. Quiere este gran Dios que conozcamos Rey; y nuestra miseria importa mucho para lo de adelante.

¿Pues qué hará esta pobre alma, cuando muchos días le durare así? Porque si reza, es como si no rezase para su consuelo, digo, que no se admite en lo interior, ni aun se en-

tierde de lo que reza, ella mesma á sí (aunque sea vocal) que para mental no es este tiempo en ninguna manera, porque no están las potencias para ello Antes hace mayor daño la soledad, con que es otro tormento por sí, estar con nadie, ni que la hablen; y ansí por muy mucho que se esfuerce, anda con un desabrimiento y mala condicion en lo exterior, que se le echa mucho de ver ¿Es verdad que sabrá decir lo que ha? es indecible, porque son apretamientos y penas espirituales que no se saben poner nombre. El mejor remedio (no digo para que se quite, que yo no le hallo, sino para que se pueda sufrir) es entender en obras de caridad exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta á los que en él esperan. Sea para siempre bendito. Amen.

CAPITULO II

Trata de algunas maneras con que despierta Nuestro Señor el alma, mé parece no hay en ellas que temer, aunque es cosa muy subida y son grandes mercedes.

Otros trabajos que dan los demonios exteriores, no deben ser tan ordinarios, y ansí no hay para qué hablar en ellos, ni son tan penosos con gran parte; porque por muy mucho que le hagan, no llegan á inhabilitar nasi las potencias (á mi parecer) ni á turbar el alma desta manera, que en fin, queda razon para pensar que no pueden hacer mas de lo que el Señor les diere licencia, y cuando esta no está perdida, todo es poco, en comparacion de lo que queda dicho Otras penas interiores iremos diciendo en estas moradas, tratando diferencias de oracion; y mercedes del Señor, y aunque algunas son aun mas recio que lo dicho en el padecer (como se verá, por cual dejan el cuerpo), no merecen nombre de trabajos, ni es razon que se le pongamos, por ser tan grandes mercedes del Señor: y que en medio dellos entiende el alma que lo son, y muy fuera de estos merecimientos. Viene ya esta pena grande, para entrar en la séptima morada, con otros hartos, que algunos diré, porque todos será imposible, ni aun declarar cómo son; porque vienen de otro linaje que los dichos muy mas altos: y si en ellas con ser de mas baja casta no he podido declarar mas de lo dicho, menos podré en estotro El Señor dé para todo su favor, por los méritos de su Hijo. Amen.

Parece que hemos dejado mucho la palomica, y no hemos;

porque estos trabajos son los que la hacen tener mas alto vuelo. Pues comencemos ahora á tratar de la manera que se ha con ella el Esposo: y como antes que del todo lo sea, se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados, que el alma mesma no los entiende, ni yo creo acertaré á decir, para que lo entienda, si no fueren las que han pasado por ello; porque son unos impulsos tan delicados y sutiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparacion que poner que cuadre.

Va bien diferente de todo lo que acá podemos procurar, y aun de los gustos que quedan dichos, que muchas veces estando la mesma persona descuidada, y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta á manera de un cometa que pasa de presto, ó un trueno. Aunque no se oye ruido, mas entiende muy bien el alma, que fué llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces (en especial á los principios) la hace estremecer, y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina como, ni quién la hirió: mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querria ser sana de aquella herida: quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa á su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera, que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede; mas esto no querria jamás: mucho mas le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oracion de quietud.

Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros á entender esta operacion de amor, y no sé cómo, porque parece cosa contraria dar á entender el Amado claramente que está con el alma, y parecer que la llama con una seña tan cierta, que no se puede dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderle el alma, que no le puede dejar de oir; porque no parece sino que en hablando el Esposo, que está en la séptima morada por esta manera, que no es habla formada, toda la gente que está en las otras no se osa bullir, ni imaginacion, ni sentidos, ni potencias.

¡O mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos! ¡y qué diferentes las cosas del espíritu á cuanto por acá se puede ver, ni entender! Pues con ninguna cosa se puede declarar esta tan pequeña, para las muy grandes que obrais con las almas. Hace en ella tan gran operacion, que se está deshaciendo de deseo, y no sabe qué pedir, porque claramente le parece que está con ella su Dios. Diréisme, pues si esto entiende, ¿qué desea? ¿ó qué le da pena? ¿qué mayor bien

quiera? No lo sé, sé que parece le llega á las entrañas esta pena, y que cuando dellas sale la saca el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, segun el sentimiento de amor que siente.

Estaba pensando ahora, si sería que deste fuego del brasero encendido que es mi Dios, saltaba alguna centella y daba en el alma, de manera que se dejaba ser ir aquel encendido fuego, y como no era aun bastante para quemarla, y él es tan delicioso, que da con aquella pena, y al tocar hace aquella operación; y parécame es la mejor compasión que he acertado á decir, porque este dolor sabroso (y no es dolor) no está en un ser, aunque á veces dura gran rato, otras despresto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se puede procurar por ninguna vía, ni manera: mas aunque está algunas veces rato, quítase y torna: en fin, nunca está estante, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va á encender, muérase la centella, y que á con deseo de tornar á padecer aquel dolor amoroso que le causa.

Aquí no hay pensar si es cosa movida del mismo natural, ni cosa usada de mi memoria, ni tampoco engaño del demonio, ni sí es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de á donde está el Señor, que es inmutable; y las operaciones no son como de otras devociones, que es mucho embebecimiento del gusto nos puede hacer dudar. Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningun embebecimiento, mirando qué podrá ser, sin estorbar nada, ni poder acrecentar aquella pena tan linda, ni quitarla á mi parecer. A quien Nuestro Señor hiciere esta merced (que si se la ha hecho, en leyendo esto lo entenderá) déle muchas gracias, que no tiene que temer si es engaño: tema mucho si ha de ser ingrato á tan gran merced, y procure esforzarse á servir y á mejorar en todo su vida, y verá en lo que para, y como recibe mas y mas. Aunque á una persona que esto tuvo, pasó algunos años con ello y con aquella merced estaba bien satisfecha, que si multitud de años sirviera al Señor con grandes trabajos, quedaba con ella bien muy pagada. Sea bendito por siempre jamás. Amen.

¿Podrá ser que repareis en cómo mas en esto, que en otras cosas, hay seguridad? A mi parecer, por estas razones. La primera, porque jamas el demonio debe dar pena sabrosa como esta podrá él dar el sabor y deleite que para espiritual; mas dar pena, y tanta con quietud y gusto del alma, no es de su facultad: que todos sus poderes están por las adefueras; y sus penas (cuando él las da) no son á mi parecer jamás sabrosas, ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segun-

da, porque esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que el puede señorear. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma, que es lo mas ordinario determinarse á padecer por Dios, y desear tener muchos trabajos, y quedar muy mas determinada á apartarse de los contentos y conversaciones de la tierra, y otras cosas semejantes.

El no ser antojo está muy claro; porque aunque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquello; y es cosa tan notoria, que en ninguna manera se puede antojar (digo parecer que es, no siendo) ni dudar de que es, y si alguna quedare, sepan que no son estos verdaderos ímpetus: d go si dudar en si le tuvo, ó si no; porque así se da á sentir como á los oidos una gran voz. Pues ser melancolía, no lleva camino ninguno porque la melancolía no hace y fabrica sus antojos sino en la imaginacion. Estotro procede de lo interior del alma (ya puede ser que yo me engañe), mas hasta oir otras razones á quien lo entienda, siempre estaré en esta opinión: y así sé de una persona harto llena de temores destos engaños, que desta oracion jamás le pudo tener. También suele Nuestro Señor tener otras maneras de despertar el alma: que á deshora, estando rezando vocalmente y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamacion deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande, que se comunicase por todos los sentidos (no digo que es olor, sino pongo esta comparacion, ó cosa desta manera) solo para dar á sentir que está allí el Esposo; mueve un deseo sabroso de gozar el alma dél, y con esto queda dispuesta para hacer grandes actos y alabanzas á Nuestro Señor. Su nacimiento desta merced es de donde lo que queda dicho, mas aquí no hay cosa que dé pena, ni los deseos mesmos de gozar á Dios son penosos, esto es mas ordinario sentirlo el alma. Tampoco me parece que hay aquí que temer, por algunas razones de las dichas, sino procurar admitir esta merced con hacimiento de gracias.

CAPITULO III

Trata de la misma materia, y dice de la manera que habla Dios al alma cuando es servido: avisa cómo se han de haber en esto, y no seguirse por su parecer. Pone algunas señales para que se conozca cuándo no es engaño y cuándo lo es: es de harto provecho.

Otra manera tiene Dios de despertar á el alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser mas peligrosa, y por eso me detuve algo en ello, que son unas hablas con el alma de muchas maneras: unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior della, otras tan en lo exterior que se oyen con los oidos, porque parece es voz formada. Algunas veces y muchas puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginacion ó melancólicas (dijo de melancólicas notable; destas dos maneras de personas no hay que hacer caso, á mi parecer, aunque digan que ven, y oyen, y entienden, ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oirlas como á personas enfermas, diciendo á la priora ó confesor á quien lo dijere, que no haga caso dello, que no es la sustancia para servir á Dios; y que á muchos ha engañado el demonio por allí, aunque no será quizá ansí á ella, por no la afligir, mas que trae con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que jurará que lo ve y lo oye, porque le parece ansí.

Verdad es, que es menester traer cuenta con quitarle la oracion, y lo mas que se pudiere, que no haga caso dello; porque suele el demonio aprovecharse destas almas ansí enfermas, aunque no sea para su daño, para el de otros; ya enfermas, ya sanas, siempre de las cosas hay que temer, hasta ir entendiendo el espíritu. Y digo que siempre es lo mejor á los principios deshacérsele, porque si es de Dios, es mas ayuda para ir adelante, y antes crece cuando es probado. Esto es ansí, mas no sea aprovechando mucho el alma é inquietándola; porque verdaderamente ella no puede mas.

Pues tornando á lo que decia de las hablas con el ánima, de todas las maneras que he dicho, pueden ser de Dios, y tambien del demonio y de la propia imaginacion. Diré (si acertare) con el favor del Señor, las señales que hay de entender estas diferencias, y cuándo serán estas hablas peligrosas; porque hay muchas almas que las encienden entre gente de

oración y querría, hermanas, que no penseis hacer mal en no las dar crédito, ni tampoco en dárse e Cuando son solamente para vosotras mesmas de regalo ó aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, ó sean antojo, que poco va en ello. De una cosa os aviso, que no penseis, aunque sean de Dios, seréis por eso mejores, que harto habló á los fariseos, y todo el bien está cómo se aprovechan destas palabras: y ninguna que no vaya muy conforme á la Escritura, hagais mas caso dellas, que si las oyesedes al mesmo demonio: porque aunque sean de vuestra flaca imaginación, es menester tomarse como una tentacion de cosas de la fe, y así resistid siempre, para que se vayan quitando; y el quitarán porque llevan poca fuerza consigo.

Pues tornando á lo primero, que venga de lo interior, que de lo superior, que de lo exterior, no importa para dejar de ser Dios. Las mas ciertas señales que se pueden tener, á mi parecer son estas. La primera y mas verdadera, es el poderío y señorío que trae consigo, que se está mandando y obrando. Declárome mas. Está un alma en toda la tribulacion y alboroto interior que queda dicho y escuridad del entendimiento y sequedad: con una palabra destas que diga su amante, «no tengas pena,» se queda sosegada, y sin ninguna, y con gran luz, quitada toda aquella pena, con que le parecia que todo el mundo y letrados que se juntaran á darle razones para que no la tuviese, no la pudieran, con cuanto trabajaran, quitar de aquella afliccion.

Está afligida por haberle dicho su confesor y otros, que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor; y con una palabra que se le diga desto: *Yo soy, no hayas miedo*, se le quita del todo, y queda consoladísima, y parece ridículo que ninguno bastará á hacerla creer otra cosa. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no sabe cómo han de suceder, entiende que se consigue, que todo sucederá bien, queda con certidumbre y sin pena, y desta manera otras muchas cosas.

La segunda señal, una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanza de Dios. ¡O Señor! si una palabra enviada á decir con un paje vuestro (que á lo que dicen, al menos estás en esta morada, no las dice el Señor, sino algun Angel) tienen tanta fuerza, ¿qué tal la dareis en el alma que está asida por amor con Vos, y Vos con ella?

La tercera señal es, no pasa se estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos; digo, que cómo de los hombres,

que aunque sean muy graves y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco si son en cosas por venir, las creemos como á estas, que queda una certidumbre grandísima, de manera que (aunque algunas veces en cosas muy imposibles al parecer, no deja de venirle duda, si será o no será, y anda con algunas vacilaciones el entendimiento) en la misma alma está una seguridad, que no se puede rendir, aunque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años no se le quita aquel pensar, que Dios buscará otros medios, que los hombres entiendan, mas que en fin se ha de hacer, y así es que se hace.

Aunque (como digo) no se deja de padecer cuando ve muchos desatinos, porque como ha tiempo que lo entendió, y las operaciones y certidumbres que al presente quedan ser Dios, es ya pasado, han lugar estas dudas, pensando si fué demonio, si fué de la imaginacion; ninguna destas le queda al presente, sino que moriría por aquella verdad. Mas como digo, con todas estas imaginaciones, que debe poner el demonio para dar pena y acobardar al alma, en especial cuando es un negocio que en el hacerse lo que se entendió ha de haber muchos bienes de almas, y son obras para gran honra y servicio de Dios, y en ellas hay gran dificultad, ¿qué no hará? Al menos enflaquece la fe, que es harto daño no creer que Dios es poderoso para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos.

Con todos estos combates, aunque haya quien diga á la misma persona que son disbarates (digo los confesores con quien se tratan estas cosas) y con cuantos malos sucesos hubiere para dar á entender que no se pueden cumplir, queda una centella, no sé dónde, tan viva de que será, aunque todas las demas esperanzas estén muertas, que no podría, aunque quisiese, dejar de estar viva aquella centella de seguridad. Y en fin (como he dicho) se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta y alegre, que no querría sino alabar siempre á su Majestad, y mucho mas por ver cumplido lo que se le habia dicho, que por la misma obra, aunque le vaya muy mucho en ella.

No sé en qué va esto, que tiene en tanto el alma que salgan estas palabras verdaderas, que si á la misma persona la hiciesen algunas mentiras, no creo sentiría tanto: como si ella en esto pudiese mas, que no dice sino lo que la dicen. Infinitas veces se acordaba cierta persona de Jonás profeta, sobre esto, cuando temia no habia de perderse Nínive. En fin, como es espíritu de Dios, es razon se le tenga esta fidelidad en desear no le tengan por falso, pues es la suma verdad. Y

ansi es grande la alegría, cuando después de mil rodeos, y en cosas dificultosísimas lo ven cumplido, aunque á la misma persona se le hayan de seguir grandes trabajos dello, los quiere mas pasar, que no que deje de cumplirse lo que tiene por cierto le dijo el Señor.

Quizá no todas personas tornán esta flaqueza (si lo es), que no lo puedo confesar por malo. Si son de la imaginación, ninguna destas señales hay, ni certidumbre, ni paz, ni gusto interior. Salvo que podría acaecer (y aun yo sé de algunas personas á quien ha acaecido estando muy embebidas en oración de quietud y sueño espiritual) que algunas son tan dadas de cogitativa ó imaginación, ó no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí que no

se sienten en lo exterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme (y son quizá es ansi, que están adormecidos) como manera de sueño les parece que las hablan, y aunque vea cosas y piensan que es de Dios, y deja los efectos, en fin, como de sueño. También podría ser, pidiendo una cosa á Nuestro Señor afectuosamente, parecerles que le dicen lo que quieren, y esto acaece algunas veces. Mas quien tuviere mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto á mi parecer.

De la imaginación y del demonio hay más que temer, mas si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asegurar ser de Dios, aunque no de manera, que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí ó de negocios de terceras personas, jamás haga nada, ni le pase por el pensamiento sin parecer de confesor letrado, avisado y siervo de Dios, aunque mas y mas entienda y le parezca claro ser de Dios. Porque esto quiere su Majestad, y no es dejar de hacer lo que él manda, pues nos tiene dicho tengamos al confesor en su lugar, á donde no se puede dudar de ser palabras suyas; y estas ayudan á dar ánimo si es negocio difícultoso, y Nuestro Señor le pondrá al confesor, y le hará creer es espíritu suyo, cuando él lo quisiere; y si no, no están mas obligados. Y hacer otra cosa sino lo dicho, y seguirse nadie por su parecer en esto tengalo por cosa muy peligrosa, y así, hermanas, os amonesto de parte de Nuestro Señor, que jamás os acaezca.

Otra manera hay, como habla el Señor al alma, que yo tengo para mí ser muy cierto de su parte, con alguna visión intelectual, que en adelante diré cómo es. Es tan en lo íntimo del alma, y parécele tan claro oir aquellas palabras con los oidos del alma al mesmo Señor, y tan en secreto, que la misma manera de entenderlas, con las operaciones que hace la misma visión, asegura y da certidumbre no poder el demonio tener parte allí. Deja grandes efetos para creer esto, al menos hay seguridad de que no procede de la imaginación, y también si hay advertencia, la puede siempre tener desto, por estas razones.

La primera, porque debe ser diferente en la claridad de la habla, que es tan clara, que una sílaba que falte de lo que entendió, se acuerda; y si se dijo por un estilo ó por otro, aunque sea todo una sentencia; y en lo que se antoja por la imaginación, será habla no tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada. La segunda, porque acá no se pensaba mas hasta en lo que se entendió, digo que es á deshora, y aun algunas estando en conversación, aunque hartas se responde á lo que pasa de presto por el pensamiento, ó á lo que antes se ha pensado, mas muchas es en cosa que jamás tuvo acuerdo de que habían de ser, ni serían, y así no los podía haber fabricado la imaginación, para que el alma se engañase en antojársele lo que no había deseado, ni querido ni venido á su noticia. La tercera, porque lo uno es como quien oye, y lo de la imaginación es como quien va componiendo lo que él mesmo quiere que le digan poco á poco. La cuarta, porque las palabras son muy diferentes, y con una se

comprende mucho lo que nuestro entendimiento no podría comprender tan de presto. La quinta, porque junto con las palabras muchas veces (por un modo que yo no sabré decir) se da á entender mucho más de lo que ellas suenan, sin palabras. En este modo de entender, hablaré en otra parte más, que es cosa muy delicada, y para alabar á Nuestro Señor; porque en esta manera y diferencias, ha habido personas muy dudosas, en especial alguna por quien ha pasado, y ansí habrá otras que no acababan de entenderse; y ansí sé que lo ha mirado con mucha advertencia (porque han sido muy muchas veces las que el Señor le hace esta merced) y la mayor duda que tenía era en esto, si se le antojaba á los principios; que el ser demonio más presto se puede entender: aunque son tantas sus sutilezas, que saben bien contrahacer el espíritu de luz, más será (á mi parecer) en las palabras, decirlas muy claras, que tampoco queda duda si se entendieron como en el espíritu de verdad: mas no podrá contrahacer los efetos que quedan dichos, ni dejar esa paz en el alma, ni luz, antes inquietud y alboroto; mas puede hacer poco daño ó ninguno, si el alma es humilde, y hace lo que he dicho, de no se mover á hacer nada, por cosa que entienda. Si son favores y regalos del Señor, mire con ansia si por ellos se tiene por mejor y si mientras mayor palabra de regalo no quedare más confundida, cree que no es espíritu de Dios, porque es cosa muy cierta, que cuando lo es, mientras mayor merced le hace, muy más en menos se tiene la misma alma y más acuerdo trae de sus pecados y más olvidada de su ganancia, y más empleada su voluntad y memoria en querer sola la honra de Dios, ni acordarse de su propio provecho, y con mayor certidumbre de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno.

Como hagan estos efetos todas las cosas y mercedes que tuviere en la oración, no ande el alma espantada sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel y no dejará que el demonio la engañe, aunque siempre es bien se ande con temor. Podrá ser que á las que no lleva el Señor por este camino, les parezca que podrían estas almas no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, distraerse de manera que no se admitan, y con esto andarán sin estos peligros. A esto respondo que es imposible; no hablo de los que se les antoja que con no estar tanto apreciendo alguna cosa, ni queriendo hacer caso de las imaginaciones, tienen remedio. Acá ninguno, porque de tal manera el mesmo espíritu que habla, hace parar todos los otros pensamientos, y advertir á lo que se dice, que en alguna manera me parece (y creo es ansí) que sería más posible no entender á una persona que hablase muy

á voces, otra que oyese muy bien, porque podria no advertir, y poner el pensamiento y entendimiento en otra cosa Mas en lo que tratamos, no se puede hacer: no hay oido que se tape, ni poder para pensar sino en lo que se le dice, en ninguna manera: porque el que pudo hacer parar el sol (por peticion de Josué creo era), puede hacer parar las potencias y todo el interior, de manera, que se vea bien el alma que otro mayor Señor gobierna aquel castillo que ella, y háreles harta devocion y humildad; ansí que en excusarlo no hay remedio ninguno Dèsele la divina Majestad, para que solo pongamos los ojos en contentarle, y nos olvidemos de nosotros mesmos, como he dicho. Amen Plega á él que haya acertado á dar á entender lo que en esto he pretendido, y que sea de algun aviso para quien lo tuviere

CAPITULO IV

Trata de cuando suspende Dios el ánima en la oracion con arrobamiento, ó éxtasi, ó rapto, que todo es uno á mi parecer, y como es menester gran ánimo para recibir grandes mercedes de su Majestad.

Con estas cosas fechas de trabajos, y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para mas desear gozar el Esposo; y su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando con estas cosas y otras muchas, para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor, y tomarle por Esposo. Reiroseis de que digo esto, y parecerosha desatino; porque cualquiera de vosotras os parecerá que no es menester, y que no habrá ninguna mujer tan baja, que no le tenga para desposarse con el Rey. Ansí lo creo y con el de la tierra, mas con el del cielo, yo os digo que es menester más de lo que pensais; porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa, y tengo por cierto que si no lo dijese Dios, con cuanto veis que nos está bien sería imposible. Y ansí veréis lo que hace su Majestad para concluir este negocio, que entiendo yo debe ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos se viese tan cerca desta gran Majestad, no era posible por ventura quedar con vida Entiéndase arrobamientos que lo sean, y no flaquezas de mujeres, como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éxtasi. Y (como creo dejo dicho)

hay complexiones tan flacas, que con una oración de quietud se mueren.

Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido (como he tratado con tantas personas espirituales) que hay de arrobamientos, aunque no sé si acertaré, como en otra parte que lo escribí. Esto y algunas cosas de las que van aquí, que por algunas razones ha parecido que no va nada tornarlo á decir, aunque no sea sino porque vayan las moradas por junto aquí.

Una manera hay, que estando el alma (aunque no sea en oración) tocada con alguna palabra que se acordó, ú oyó de Dios, parece que su Majestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda ella como un ave fénix, queda renovada (y pasado amenté se puede creer perdonadas sus culpas). Hase de entender con la disposición y medios que esta alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña. Y así limpia la junta consigo, sin entender aquí nadie sino ellos dos, ni aun la misma alma entiende de manera que lo pueda después decir, aunque no está sin sentido interior; porque no es como á quien toma un desmayo ó para mismo, que ninguna cosa interior y exterior entiende. Lo que yo entiendo en este caso, es que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de su Majestad. Parecerá imposible, porque si las potencias están tan absortas, que podemos decir que están muertas, y los sentidos lo mismo, ¿cómo se puede entender que entiende ese secreto? Yo no le sé, ni quizá ninguna criatura, sino el mismo Criador, y otras cosas muchas que pasan en este estado, digo en estas dos moradas, que esta y la postrera se pudieran juntar bien, porque de la una á la otra no hay puerta cerrada; porque hay cosas en la postrera, que no se han manifestado á los que no han llegado á ella, me pareció dividirlas.

Cuando estando el alma en esta suspensión, el Señor tiene por bien de mostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo de pués decir, y de tal manera queda imprimido en la memoria, que nunca jamás se olvida: mas cuando son visiones intelectuales, tampoco las sabe decir; porque debe haber algunas en estos tiempos tan subidas, que no las conviene entender los que viven en la tierra para poderlas decir, aunque estando en sus sentidos, por acá se pueden decir muchas destas visiones intelectuales. Podrá ser que no entendais algunas, qué cosa es visión, en especial las intelectuales. Yo lo diré á su tiempo, porque me lo

ha mandado quien puede; y aunque parece cosa impertinente, quizá para algunas almas será de provecho.

Pues diréisme, si después no ha de haber acuerdo de estas mercedes tan subidas, que ahí hace el señor al alma, ¿qué provecho le trae? ¡O hijas! Es tan grande, que no se puede encarecer; porque aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas, y jamás se olvidan. ¿Pues si no tienen imágen, ni las entienden las potencias, cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo esto; mas entiendo que quedan unas verdades en esta alma tan fijas en la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fé, que le dice quién es, y que está obligada á creerle por Dios, la adorará desde aquel punto por tal, como hizo Jacob, cuando vió la escala, que con ella debía de entender otros secretos, que no los supo decir: que por solo ver una escala que subían y bajaban Angeles, si no hubiera mas luz interior, no entendiera tan grandes misterios. No sé si acierto en lo que digo, porque aunque lo he oido, no sé si se me acuerda bien. Ni tampoco Moisen supo decir todo lo que vió en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese; mas si no mostrara Dios á su alma secretos con certidumbre, para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos; mas debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel. Así que, hermanas, á las cosas ocultas de Dios no hemos de buscar razones para entenderlas, sino que como creemos que es poderoso; está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de entender sus grandezas. Alabémosle mucho, porque es servido que entendamos algunas.

Deseando estoy acertar á poner una comparacion, para si pudiese dar á entender algo desto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre, mas digamos esta. Estais en un aposento de un rey ó gran señor (creo camarin los llaman) á donde tienen infinitos géneros de vidrios y barros, y muchas cosas puestas por tal órden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza destas en casa de la duquesa de Alba, á donde viniendo de camino me mandó la obediencia estar (por haberlos importunado esta señora) que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella barahunda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de ver tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia, como me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había de ver, que luego se me olvidó todo, de manera que de ninguna de aquellas piezas me

quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran; mas por junto acuérdase que lo vió. Así está estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo empíreo (que debemos tener en lo interior de nuestras almas, porque claro está, que pues Dios está en ellas, que tiene algunas destas moradas), y aunque cuando está así el alma en éxtasi, no debe siempre el Señor querer que vea estos secretos, porque está tan embebida en gozarle que le basta tan gran bien: algunas veces gusta que se desembeba, y de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo que sobrenaturalmente ha querido Dios que vea. ¿Luego ya confieso que fue ver, y es visión imaginaria? No quiero decir tal, que no es esto lo que trato, sino de visión intelectual; que como no tengo letras, mi torpeza no sabe decir nada, que lo que he dicho aquí en esta oración, entiendo claro, que sí va bien, que no soy yo la que lo ha dicho.

Yo tengo para mí, que si algunas veces no entienda destos secretos en los arrobamientos, sino alguna flaqueza natural, que puede ser á personas de flaca complexión (como somos las mujeres) con alguna fuerza de espíritu sobrepujar al natural y quedarse así embebidas, como creo dije en la oración de quietud. Aquellos no tienen que ver con arrobamientos, porque el que lo es, cree que roba Dios toda el alma para sí, y que como á cosa suya propia, y á esposa suya, la va mostrando alguna partecita del reino que ha ganado, por serlo: que por poca que sea, es todo mucho lo que hay en este gran Dios, y no quiere estorbo de nadie ni de potencias, ni sentidos, sino de presto manda cerrar las puertas destas moradas todas, y solo en la que él está, queda abierta para entrarnos. Bendita sea tanta misericordia, y con razón serán malditos los que no quisieron aprovecharse della, y perdieren á este Señor.

¡O hermanas mías! que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéramos hacer por un Dios que así se quiere comunicar á un gusano. Y si tenemos esperanza de aun en esta vida gozar deste bien, ¿qué hacemos? ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante para que un momento dejemos de buscar á este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? ¡O que es burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda á esto, aunque duraran para siempre sus deleites, y riquezas, y gozos, cuantos se pudieren imaginar! que es todo asco y basura, comparados á estos te-

seros que se han de gozar sin fin. Ni aun estos no son nada en comparacion de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y de la tierra.

¡O ceguedad humana! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Que aunque entre nosotras no parece es tanta, que nos ciegue del todo, veo unas motillas, unas chinillas, que si las dejamos crecer bastarán a hacernos gran daño; sino que por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos destas faltas, para conocer nuestra miseria, y ellas nos den mayor vista, como la dió el todo del ciego, que sanó nuestro Esposo: y así, viéndonos tan imperfetas crezcamos en suplicarle saque bien de nuestras miserias, para en todo contentar á su Majestad.

Mucho me he divertido sin entenderlo, perdonadme, hermanas, y creed que llegaba á estas grandezas de Dios (digo á hablar en ellas) no puedo dejar de lastimarme mucho ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque aunque es verdad que son cosas que las da el Señor á quien quiere si quisiésemos á su Majestad como él nos quiere, á todas las daria: no está deseando otra cosa, sino tener á quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas. Pues tornando á lo que decia, manda el Esposo cerrar las puertas de las moradas, y aun del castillo y cerca: que en queriendo arrebatar esta alma se le quita el huelgo de manera, que aunque dures un poquito mas algunas veces, los otros sentidos en ninguna manera pueden hablar, aunque otras veces todo se quita de presto, y se enfrian las manos y el cuerpo, de manera que no parece tiene alma, ni se entiende algunas veces si echa el huelgo. Esto dura poco espacio (digo por estar en un ser) porque quitándose esta gran suspension un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí y alienta para tornarse á morir, y dar mayor vida al alma, y con todo no dura mucho este tan gran éxtasi.

Mas aunque se quita, quedarse la voluntad tan embebida, y el entendimiento tan enajenado (y durar así dia, y aun dias) que parece no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad á amar, y ella se está harto dispierta para esto, y dormida para arrostrar á asirse a ninguna criatura. ¡O cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confusion que le da, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tales efetos, como quedan dichos, ¿qué será de una merced tan grande como esta? Querria tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para

alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia grandísimos; y no hace mucho en hacerla; porque con la fuerza del amor siente poco cuanto hace, y ve claro, que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte de Nuestro Señor es fácil; y así se quejan estas almas á su Majestad, cuando no se les ofrece en qué padecer. Cuando es tan merced les hace en secreto, tiénenla por muy grande; porque cuando es delante de algunas personas, es tan grande el corrimiento y afrenta que les queda, que en alguna manera desembebe el alma de lo que gozó, con la pena y cuidado que le da pensar, ¿qué pensarán los que lo han visto? porque conoce la malicia del mundo, y entiende que no lo echarán por ventura á lo que es, sino que por lo que hablan de alabar al Señor, por ventura les será ocasión para echar juicios. En alguna manera me parece esta pena y corrimiento falta de humildad: mas ello no es nada en su manos; porque si esta persona desea ser vituperada, ¿qué se le da? Como entendió una que estaba en esta aflicción de parte de Nuestro Señor: *No tengas pena, que, ó ellos han de alabar mucho á mí, ó murmurar de tí, y en cualquier cosa destas ganas tú.* Supe después que esta persona se había mucho animado con estas palabras y consolado; y porque si alguna se viere en esta aflicción, os las pongo aquí. Parece que quiere Nuestro Señor, que todos entiendan que aquel alma es ya suya, que no ha de tocar nadie en ella: en el cuerpo, en la honra, en la hacienda enhorabuena, que de todo se sacará honra para su Majestad: más en el alma, eso no, que si lo hacen muy culpable atrevimiento no se aparta de su Esposo, él lampará de todo el mundo, y aun de todo el infierno.

No sé si queda algo dado á entender de qué cosa es arrobamiento (que todo es imposible, como he dicho) y creo no se ha perdido nada en decirlo, para que se entienda lo que es, porque hay efetos muy diferentes en los fingidos arrobamientos, (no digo fingidos, porque quien los tiene, no quiere engañar, sino porque ella lo está) y como las señales y efetos no conforman con tan gran merced, queda infamada de manera, que con razon no se cree después á quien el Señor la hiciere. Sea por siempre bendito y alabado. Amen. Amen

CAPITULO V

Prosigue en lo mismo, y pone una manera de cuando levanta Dios el alma con un vuelo de espíritu en diferente manera de lo que queda dicho: dice algunas cosas, porque es menester ánimo: declara algo desta merced que hace el Señor por sobrada manera. Es harto provechoso.

Otra manera de arrobamiento hay, ó vuelo del espíritu le llamo yo (que aunque todo es uno en la sustancia, en lo interior se siente muy diferente) porque muy de presto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad, que pone harto temor, en especial á los principios: que por eso os decía, que es menester ánimo grande, para quien Dios ha de hacer estas mercedes, y aun fe, y confianza, y resignación grande de que haga Nuestro Señor del alma lo que quisiere. ¿Pensais que es poca turbación estar una persona muy en su sentido, y verse arrebatar el alma? (y aun algunos hemos leido, que el cuerpo con ella) sin saber á donde va, ó quién la lleva, y cómo; que al principio desto momentáneo movimiento no hay tanta certidumbre de que es Dios. ¿Pues hay algun remedio de poder resistir en ninguna manera? antes es peor, que yo lo sé de alguna persona, que parece quiere Dios dar á entender al alma, que pues tantas veces con tan grandes veras se ha puesto en sus manos, y con tan entera voluntad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí, y notablemente con mas impetuoso movimiento es arrebatado; y tomada ya por sí, no hacer mas que hace una paja, cuando la levanta el ámbar (si lo habeis mirado) y dejarse en las manos de quien tan poderoso es, que no es lo mas acertado hacer de la necesidad virtud. Y porque dije de la paja, es cierto así, que con la facilidad que un gran jayan puede arrebatar una paja, este nuestro gran gigante y poderoso arrebata el espíritu.

No parece sino que aquel pilar de agua que dijimos (creo era la cuarta morada, que no me acuerdo bien, que con tan suavidad y mansedumbre, digo sin ningun movimiento se henchia; aquí desató este gran Dios, que detiene los manantiales de las aguas, y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venia á este pilar el agua; y con im-

pero grande se levanta una ola tan poderosa, que sube á lo alto esta navecica de nuestra alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas se vienen con furia, la dejen estar á donde quieren; muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos, ni potencias, hagan mas de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso dello.

Es cierto, hermanas, que de solo irlo escribiendo, me voy espantando de cómo se mantiene aquí el gran poder deste gran Rey y Emperador, ¿qué hará quien pasa por ello? Luego parece á mí, que si los que andan muy por ídos por el mundo, se les descubriese su Majestad, como hace á estas almas, que aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender. ¡Pues ó cuán obligados estarán los que han sido avisados por el mismo tan subido á procurar con todas sus fuerzas no enojar este señor! Por él os suplico, hermanas, á las que hubiera hecho su Majestad estas mercedes ó otras semejantes, que no os descuideis con no hacer mas que recibir; mirad que quien mucho debe, mucho ha de pagar. Para esto también es menester gran ánimo; que es una cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicion; porque mirando lo que su Majestad hace con ella, y tornándose á mirar á sí cuán poco sirve para lo que está obligada, y ese poquillo que hace lleno de faltas, y

quiebras, y flojedad, que por no se acordar de cuán imperfetamente hace alguna obra (si la hace) tiene por mejor procurar que se le olvide, y traer delante sus pecados y meterse en la misericordia de Dios; que pues no tiene con qué pagar, supla la piedad y misericordia que siempre tuvo con los pecadores. Quizá le responderá lo que á una persona que estaba muy afligida delante de un Crucifijo en este punto, considerando que nunca habia tenido qué dar á Dios ni qué dejar por él, dijo el mesmo Crucificado consolándola, que él la daba todos los dolores y trabajos que habia pasado en su pasión, que los tuviese por propios para ofrecer á su Padre. Quedó aquel alma tan consolada, y tan rica (segun della he entendido) que no se puede olvidar, antes cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada. Algunas cosas destas podria decir aquí (que como he tratado tantas personas santas y de oracion, sé muchas) porque no penseis que soy yo, me voy á la mano. Esta razon es de gran provecho, para que entendais lo que se contenta Nuestro Señor de que nos conozcamos, y procuremos siempre mirar y remirar nuestra pobreza y miseria, y que no tenemos nada que no lo recibamos.

Así que, hermanas mias, para esto y otras muchas cosas que se ofrecen á un alma, que ya el Señor la tiene en este punto, es menester ánimo; y (á mi parecer) aun para esto postrero mas que para nada, si hay humildad: dénosla el Señor, por quien él es. Pues tornando á este apresurado arrebatar el espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte claro está que no queda esta persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo ó si no, por algunos instantes. Paréceme que toda junta ha estado en otra region muy diferente desta que vivimos, á donde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas; acaece que si en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una. Esto no es vision intelectual, sino imaginario, que se ve con los ojos del alma, muy mejor que acá vemos con los ojos del cuerpo, y sin palabra se le dá á entender algunas cosas, digo como si ve algunos Santos, los conoce como si los hubiera tratado mucho.

Otras veces junto con las cosas que ve con los ojos del alma por vision intelectual, se le representan otras, en especial multitud de Ángeles con el Señor dellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo, por un conocimiento admirable, que yo

no sabré decir, se le representa lo que digo, y otras muchas cosas, que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga mas habilidad que yo, las sabrá quizá dar á entender, aunque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo, ó no, yo no lo sabré decir; al menos, ni juraria que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma. Muchas veces he pensado, ¿si como el sol estándose en el cielo, que en sus rayos tiene tanta fuerza, que no mudándose él de allí, de presto llegan acá; si ansí el alma y el espíritu (que son una misma cosa, como lo es el sol y sus rayos) puede, quedándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de justicia, alguna parte superior salir sobre sí misma?

En fin, yo no sé lo que digo, lo que es verdad, es, que con la presteza que sale la pelota de un arcabuz, cuando le ponen el fuego, se levanta en lo interior un vuelo (que yo no sé otro nombre que le poner) que aunque no hace ruido, hace movimiento tan claro, que no puede ser antojo en ninguna manera; y muy fuera de sí misma, á todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas; y cuando torna á sentirse en sí es con tan grandes ganancias, y teniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura; y desde ahí adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que le solian parecer bien, que no le haga dársela nada della. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra á donde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron á la tierra de promisión los del pueblo de Israel, para que pase los trabajos deste camino tan trabajoso, sabiendo á donde ha de ir á descansar. Aunque cosa que pasa tan de presto no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor. Por donde se ve bien no ser cosa del demonio, que de la propia imaginación es posible, ni el demonio podría representar cosas que tanta operacion, paz y sosiego y aprovechamiento dejan en el alma, en especial tres cosas muy en subido grado.

La primera, conocimiento de la grandeza de Dios, porque mientras mas cosas viéremos della, mas se nos da á entender. La segunda, propio conocimiento y humildad de ver cómo

cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, le ha osado ofender, ni osa mirarle. La tercera, tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios. Estas son las joyas que comienza el Esposo á dar á su esposa, y son de tanto valor, que no las porná á mal recaudo, que así quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas, hasta que las goce para siempre, si no fuese para grandísimo mal suyo: mas el Esposo que se las da es poderoso para darle gracia que no las pierda. Pues tornando al ánimo que es menester, ¿paréceos que es tan liviana cosa? Que verdaderamente parece que el alma se aparta del cuerpo, porque se ve perder los sentidos, y no entiende para qué. Menester es que le dé, el que da todo lo demás. Diréis que bien pagado va este temor. Así lo digo yo; sea para siempre alabado el que tanto puede dar. Plegue á su Majestad, que nos dé para que merezcamos servirle. Amen.

CAPITULO VI

En que dice un efeto de la oración que está dicho en el capítulo pasado, y en que se entenderá que es verdadera y no engaño. Trata de otra merced que hace el Señor al alma para emplearla en sus alabanzas.

Destas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse; y así con lágrimas muy ordinarias pide á Dios la saque deste destierro. Todo la cansa cuanto ve en él: en viéndose á solas tiene algun alivio, y luego acude esta pena, y en estando sin ella no se hace. En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure; antes como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión que sea, para encender mas este fuego, la hace volar, y así en esta morada son muy contínos los arrobamientos, sin haber remedio de excusarlos, aunque sea en público, y luego las persecuciones y murmuraciones,

que aunque ella quiera estar sin temores, no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores. Y aunque en lo interior del alma parece tiene gran seguridad por una parte (en especial cuando está á solas con Dios), por otra anda muy afligida, porque teme si la ha de engañar el demonio, de manera que ofenda á quien tanto ama, que de las murmuraciones tiene poca pena, si no es cuando el mesmo confesor aprieta, como si ella pudiese más. No hace sino pedir á todos oraciones, y suplicar á su Majestad la lleve por otro camino (porque le dicen que lo haga) porque éste es muy peligroso; más como ella ha hallado por él tan gran aprovechamiento, que no puede dejar de ver que le lleva, como lee, y oye, y sabe por los mandamientos de Dios el que va al cielo, no lo acaba de desear aunque quiere, sino dejarse en sus manos. Y aun este no lo poder desearle da pena, por parecerle que no obedece al confesor, que en obedecer y no ofender á Nuestro Señor, le parece que está todo su remedio para no ser engañada; y así no haría un pecado venial de advertencia porque la hiciesen pedazos, á su parecer, y aflígese en gran manera de ver que no se puede excusar de hacer muchos sin entenderse.

Da Dios á estas almas un deseo tan grandísimo de no le descontentar en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfección, si pudiese, que por solo esto, aunque no fuese por más, querría huir de las gentes; y ha gran envidia á los que viven y han vivido en los desiertos: por otra parte se querría meter en mitad del mundo, por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más á Dios: y si es mujer, se aflige del atamiento que le hace su natural, porque no puede hacer esto, y ha gran envidia á los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las caballerías.

¡Ó pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías! Habed lástima, mi Dios: ordenad ya de manera, que ella pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra y gloria. No os acordeis de lo poco que lo merece, y de su bajo natural: poderoso sois Vos, Señor, para que la gran mar se retire, y el gran Jordan, y dejen pasar los hijos de Israel: no la hayais lástima, que con vuestra fortaleza ayudada, puede pasar muchos trabajos. Ella está determinada

á ello, y los desea padecer: alargad, Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pase la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada della, os alaben á Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas, porque un alma os alabe un poquito, mas su causa, si tantas tuviera, y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad, que no merece padecer por Vos un pequeño trabajo, cuanto mas morir. No sé á qué propósito he dicho esto, hermanas, ni para qué, que no me he entendido. Entendamos

que son estos los efetos que quedan destas suspensiones ó éxtasi, sin duda ninguna, porque no son deseos que se pasan, sino que están en un sér, y cuando se ofrece algo en que mostrarlo, se ve que era fingido. ¿Por qué digo estar en un sér? Algunas veces se siente el alma cobarde (y en las cosas mas bajas) y atemorizada, y con tan poco ánimo, que no le parece posible tenerle para cosa. Entiendo yo que la deja el Señor entonces en su natural, para mucho mas bien suyo, porque ve entonces, que si para algo le ha tenido, ha sido dado de su Majestad con una claridad, que la deja aniquilada á sí, y con mayor conocimiento de la miseria de Dios, y de su

grandeza, que en cosa tan baja la ha querido mostrar: mas lo mas ordinario está, como antes hemos dicho.

Una cosa advertid, hermanas, en estos grandes deseos de ver á Nuestro Señor, que aprietan algunas veces tanto, que es menester no ayudar á ellos, sino divertiros; si podeis, digo, porque en otros que diré adelante, en ninguna manera se puede, como veréis. En estos primeros alguna vez sí podrán; porque hay razón entera para conformarse con la voluntad de Dios, y decir lo que decia san Martin; y podráse volver la consideracion, si mucho aprietan: porque como es (al parecer) deseo que ya parece de personas muy aprovechadas, ya podria el demonio moverle, porque pensásemos que lo estamos, que siempre es bien andar con temor. Mas tengo para mí, que no podrá poner la quietud y paz que esta pena da en el alma, sino que será moviendo con él alguna pasion (como se tiene cuando por cosas del siglo tenemos alguna), mas á quien no tuviere experiencia de lo uno y de lo otro, no lo entenderá, y pensando es una gran cosa, ayudará cuanto pudiere, y haríale mucho daño á la salud; porque es contina esta pena, ó al menos muy ordinaria.

Tambien advertid, que suele causar la complexión flaca cosas destas penas, en especial si es en unas personas tiernas, que por cada cosita lloran; mil veces las hará entender que lloran por Dios, aunque no sea así. Y aun puede acaecer ser, cuando viene una multitud de lágrimas (digo por un tiempo) que á cada palabrita que oiga, ó piense de Dios, no se puede resistir dellas haberse allegado algun humor al corazon, que ayuda mas que el amor que se tiene á Dios, que no parece han de acabar de llorar: y como ya tienen entendido que las lágrimas son buenas, no se van á la mano, ni querrían hacer otra cosa, y ayudan cuanto pueden á ellas. Pretende el demonio aquí, que se enflaquezcan de manera, que despues ni puedan tener oracion, ni guardar su regla.

Paréceme que os estoy mirando como decís, que ¿qué habeis de hacer, si en todo pongo peligro, pues en una cosa tan buena como las lágrimas, me parece puede haber engaño? Que yo soy la engañada, y ya puede ser; mas creé, que no hablo sin haber visto que le puede haber en algunas personas, aunque no en mí, porque no soy nada tierna (antes tengo un corazon tan recio, que algunas veces me da pena, aunque

cuando el fuego de adentro es grande, por recio que sea el corazón, destila, como alquitara), y bien entenderéis cuando vienen las lágrimas de aquí, que son mas confortadoras, y pacifican, que no alborotadoras, y pocas veces hacen mal. El bien es en este engaño (cuando lo fuere) que será daño del cuerpo (digo si hay humildad) y no del alma, y cuando no le hay, no será malo tener esta sospecha. No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho, y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas véngansе cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas. Estas dejarán esta tierra seca regada, y son gran ayuda para dar fruto, mientras menos caso hiciéremos dellas, mas; porque es agua que cae del cielo la que sacamos: cansándonos en cavar para sacarla, no tiene que ver con esta, que muchas veces cavarémos y quedarémos molidas, y no hallarémos ni un charco de agua, cuanto mas pozo manantial. Por eso, hermanas, tengo por mejor, que nos pongamos delante del Señor, y miremos su misericordia y grandeza, y nuestra bajeza, y dénos él lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad. Él sabe mejor lo que nos conviene; y con esto andarémos descansadas, y el demonio no terná tanto lugar de hacernos trampantojos.

Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente, da Nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña, que no sabe entender qué es. Porque si os hiciera esta merced, le alabeis mucho y sepais que es cosa que pasa, la pongo aquí. Es á mi parecer, una union grande de las potencias, sino que las deja Nuestro Señor con libertad, para que gocen deste gozo, y á los sentidos lo mesmo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan. Parece esto algarabía, y cierto pasa ansi, que es gozo tan excesivo del alma, que no querria gozarle á solas, sino decirlo á todos, para que la ayudasen á alabar á Nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento. ¡O qué de fiestas haria, y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo! Parece que se ha hallado á sí, y que como el padre pródigo querria convidar á todos, y hacer grandes fiestas por ver su alma en puesto, que no puede dudar que está en seguridad, al menos por entonces. Y tengo para mí, que es con razon, porque tanto gozo interior de lo muy íntimo del alma, y con tanta paz, que todo su con-

tento provoca á alabanzas de Dios, no es posible darle el demonio. Es harto, estando con este gran ímpetu de alegría, que calle y pueda disimular, y no poco penoso.

Esto debia de sentir san Francisco, cuando le toparon los ladrones, que andaba por el campo dando voces, y les dijo, que era pregonero del gran Rey; y otros Santos, que se van á los desiertos por poder pregonar lo que san Francisco, estas alabanzas de su Dios. Yo conocí uno llamado Fr. Pedro de Alcántara (que creo lo es, segun fue su vida) que hacia esto mesmo, y le tenian por loco los que alguna vez le oyeron. ¡O qué buena locura, hermanas! ¡Si nos la diese Dios á todas! Y qué mercedes os ha hecho de teneros en parte, que aunque el Señor os haga esta, y deis muestras della, antes será para ayudaros, que no para murmuración, como fuera si estuviéredes en el mundo, que se usa tan poco este pregon, que no es mucho que le murmuren.

¡O desventurados tiempos, y miserable vida en la que ahora vivimos, y dichosas á las que les ha cabido tan buena suerte, que estén fuera dél! Algunas veces me es particular gozo, cuando estando juntas, las veo á estas hermanas tenerle tan grande interior, que la que mas puede, mas alabanzas da á Nuestro Señor de verse en el Monasterio; porque se les ve muy claramente que salen aquellas alabanzas de lo interior del alma. Muchas veces querria, hermanas, hiciésedes esto, que una que comienza despierta á las demás. ¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua, cuando esteis juntas, que en alabanzas de Dios, pues tenemos tanto por qué se las dar? Plega á su Majestad que muchas veces nos dé esta oracion, pues es tan segura y gananciosa, que adquirirla no podrémos, porque es cosa muy sobrenatural: y acaece durar un dia, y anda el alma como uno que ha bebido mucho, mas no tanto que esté enajenado de los sentidos; ó un melancólico, que del todo no ha perdido el seso, mas no sale de una cosa que se le puso en la imaginacion, ni hay quien le saque della. Harto groseras comparaciones son estas para tan preciosa causa, mas no alcanza otras mi ingenio, porque ello es así que este gozo la tiene tan olvidada de sí y de todas las cosas, que no advierte ni acierta á hablar, sino en lo que procede de su gozo, que son alabanzas de Dios. Ayudemos á esta alma, hijas mias, todas ¿para qué queremos tener mas seso? ¿Qué nos pue-

de dar mayor contento? Y ayúdennos todas las criaturas por todos los siglos de los siglos. Amen. Amen. Amen.

CAPITULO VII

Trata de la manera que es la pena que sienten de sus pecados las almas á quien Dios hace las mercedes dichas. Dice cuán gran yerro es no ejercitarse, por muy espirituales que sean, en traer presente la humanidad de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y su sacratísima pasión y vida, y á su gloriosa Madre y Santos. Es de mucho provecho.

Pareceros ha, hermanas, que á estas almas á quien el Señor se comunica tan particularmente (en especial no podrán pensar esto las que no hubieren llegado á estas mercedes; porque si lo han gozado, y es de Dios, verán lo que yo diré) que estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no ternán que temer, ni que llorar sus pecados: y será muy gran engaño; porque el dolor de los pecados crece mas mientras mas recibimos de nuestro Dios: y tengo yo para mí, que hasta que estemos á donde ninguna cosa puede dar pena, que esta no se quitará. Verdad es que unas veces aprieta mas que otras; y tambien es de diferente manera, porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de cómo fue tan ingrata á quien tanto debe, y á quien tanto merece ser servido; porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho mas las de Dios. Espántase cómo fué tan atrevida; llora su poco respeto; parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas que dejaba una tan gran Majestad. Mucho mas se acuerda desto, que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir: parece que las lleva un río caudaloso y las trae sus tiempos. Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria y es harto gran cruz.

Yo sé de una persona que dejado de querer morirse por ver á Dios, lo deseaba por no sentir tan ordinariamente pena de

cuán desagradecida había sido á quien tanto debió siempre, y había de deber; y así no le parecía podían llegar maldades de ninguno á las suyas; porque entendía que no le habría, á quien tanto hubiese sufrido Dios, y tantas mercedes hubiese hecho. En lo que toca á miedo del infierno, ninguno tienen; de sí han de perder á Dios, á veces aprieta mucho, más es pocas veces. Todo su temor es, no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable, como se vieron algún tiempo, que de pena ni gloria suya propia no tienen cuidado: y si desean no estar mucho en purgatorio, es mas por no estar ausentes de Dios, lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar.

Yo no tenía por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algún tiempo se vió en miserable estado: porque aunque es cosa penosa, aprovecha para muchas. Quizá como yo he sido tan ruin, me parece esto, y esta es la causa de traerlo siempre en la memoria: las que han sido buenas no temán que sentir, aunque siempre hay quiebras mientras vivimos en este cuerpo mortal. Para esta pena ningun alivio es pensar que tiene Nuestro Señor ya perdonados los pecados y olvidados, antes añade á la pena ver tanta bondad, y que se hace mercedes á quien no merecía sino infierno. Yo pienso que fué este un gran martirio en san Pedro y la Magdalena; porque como tenían el amor tan crecido, y habían recibido tantas mercedes, y tenían entendido la grandeza y majestad de Dios, sería harto recio de sufrir, y con muy tierno sentimiento.

También os parecerá que quien ha gozado de cosas tan altas, no terná meditacion en los misterios de la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor. Esto es una cosa que escribí largo en otra parte, que aunque me han contradecido en ella, y dicho que no lo entiendo (porque son caminos por donde lleva Nuestro Señor, y cuando ya han pasado de los principios, es mejor tratar en cosas de la Divinidad y huir de las corpóreas); á mí no me harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañe, y que digamos todos una cosa: mas vi yo que me quería engañar el demonio por ahí, y así estoy tan escarmentada, que pienso, aunque lo haya dicho más veces, deciroslo otra vez aquí, porque vais en esto con mucha adverten-

cia, y mirad que oso decir que no creais á quien os dijere otra cosa: y procuraré darme mas á entender, que hice en otra parte; porque por ventura si alguno lo ha escrito como él lo dijo, si mas se alargara en declararlo, decia bien: y decirlo assí por junto á las que no entendemos tanto, puede hacer mucho mal.

Tambien les parecerá á algunas almas que no pueden pensar en la pasion; pues menos podrán en la sacratísima Vírgen, ni en la vida de los Santos, que tan gran provecho y alimento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan; porque apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate, piense y se acompañe de los que, teniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuanto mas apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo: y no puedo creer que lo hacen, sino que no se entienden, y assí harán daño á sí y á los otros. Al menos yo les aseguro que no entren en estas dos moradas postreras; porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino: harto será si están en las demás con seguridad. Porque el mesmo Señor que dice, que es camino, tambien dice que es luz, y que no puede nenguno ir al Padre, sino por él; y quien me ve á mí, ve á mi Padre. Dirán que se da otro sentido á estas palabras. Yo no sé otros sentidos: con este que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien.

Hay algunas almas, y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como nuestro Señor las llega á dar contemplación perfecta, querrianse siempre estar allí, y no puede ser; mas quedan con esta merced del Señor, de manera, que despues no pueden discurrir en los misterios de la pasion y de la vida de Cristo como antes. Y no sé qué es la causa, mas es esto muy ordinario, que queda el entendimiento mas inhabilitado para la meditación; creo debe ser la causa, que como en la meditación es todo buscar á Dios, como una vez se halla, y queda el alma acostumbrada por obra de la voluntad á tornarle á buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Y tambien me parece, que como la voluntad está ya encendida, no quiere esta potencia generosa aprovecharse de otra si pudiese: y no hace mal, mas será imposible (en especial hasta

que llegue á estas postreras moradas) y perderá tiempo, porque muchas veces ha menester ser ayudada del entendimiento para encender la voluntad.

Y notad, hermanas, este punto que es importante, y así le quiero declarar mas. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querría no entender otra cosa, mas no podrá aunque quiera; porque aunque la voluntad no esté muerta, está amortecido el fuego que la suele hacer quemar; y es menester quien le sople para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo que queme este sacrificio que está haciendo de sí á Dios, como hizo nuestro padre Elías? No por cierto: ni es bien esperar milagros, el Señor los hace cuando es servido por esta alma (como queda dicho, y se dirá adelante), mas quiere su Majestad que nos tengamos por tan ruines, que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiésemos. Y tengo para mí, que hasta que muramos (por subida oracion que haya) es menester esto.

Verdad es, que á quien mete ya el Señor en la séptima morada, es muy pocas veces, ó casi nunca, las que ha menester hacer esta diligencia por la razon que en esta diré (si se me acordare), mas es muy contino no se apartar de andar con Cristo Nuestro Señor con una manera admirable, á donde divino y humano junto, es siempre su compañía. Así que cuando no hay encendido el fuego que queda dicho en la voluntad, ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, que esto quiere su Majestad (como lo hacía la Esposa en los Cantares), y preguntemos á las criaturas quién las hizo, como dice san Agustín, creo en sus Meditaciones ó Confesiones, y no nos estemos bobos, perdiendo tiempo en esperar lo que una vez se nos dió, que á los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año, y aun en muchos; su Majestad sabe el por qué, que nosotras no hemos de querer saberlo, ni hay para qué; pues sabemos el camino como hemos de contentar á Dios, por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos: lo demás, venga cuando el Señor quisiere. Aquí viene el responder, que no pueden detenerse en estas cosas; y por lo que queda dicho, quizá tendrán razón en alguna manera.

Ya sabeis que discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades, es otro. Decís quizá que no me entendeis, y verdaderamente podrá ser que no lo entienda yo para saberlo decir; mas dirélo como supiere. Llamo yo meditacion, al discurrir mucho con el entendimiento desta manera. Comenzamos á pensar en la merced

que nos hizo Dios en darnos á su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante á los misterios de toda su gloriosa vida; ó comenzamos en la oracion del huerto, y no para el entendimiento hasta que está puesto en la cruz; ó tomamos un paso de la pasión, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y que sentir, así de la traición de Judas, como de la huida de los Apóstoles y todo lo demás; y es admirable y muy meritoria oracion.

Esta es la que digo, que temán razon, quien ha llegado á llevarla Dios á cosas sobrenaturales, y á perfeta contemplacion, porque (como he dicho) no sé la causa: mas lo mas ordinario no podrán. Mas no la terná (digo razon) si dice que no se detiene en estos misterios, y los trae presentes muchas veces, en

especial cuando los celebra la Iglesia católica: ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla mas en el que tiene á Nuestro Señor, sino que no se entiende; porque entiende el alma estos misterios por manera mas perfeta; y es, que se los representa el entendimiento, y estámpanse en la memoria, de manera que de solo ver al Señor caido en aquel espantoso sudor en el huerto, aquello basta para no solo una hora, sino muchos dias, mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido á tan gran pena: luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, á desear servir en algo tan gran merced, y á desear padecer algo por quien tanto padeció, y otras cosas semejantes en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y creo que por esta razon no puede pasar á discurrir mas en la pasion, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella. Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé que no lo impedirá la muy subida oracion: y no tengo por bueno que no se ejercite en esto muchas veces. Si de aquí la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que aunque no quiera, la hará dejar en lo que está; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien: lo que sería si mucho trabajase en el discurrir, que dije al principio, y tengo para mí, que no podrá quien ha llegado á más. Ya puede ser que sí, que por muchos caminos lleva Dios los almas: mas no se condenen las que no pudieren ir por él, ni las juzgen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes como están encerrados en los misterios de nuestro bien Jesucristo; ni nadie me hará entender (sea cuán espiritual quisiere) irá bien por aquí. Hay unos principios, y aun medios que tienen algunas almas, que como comienzan á llegar á oracion de quietud, y á gustar de los regalos y gustos que da el Señor, pareceles que es muy gran cosa estarse allí siempre gustando. Pues créanme, y no se embeban tanto (como ya he dicho en otra parte), que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar á nuestro dechado Cristo cómo los pasó, y aun á sus Apóstoles y Santos, para llevarlos con perfeccion. Es muy buena compañía el buen Jesús, para no nos apartar della, y su sacratísima Madre, y gusta mucho que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces.

Cuanto mas, hijas, que no es tan ordinario el regalo en la oracion, que no hay tiempo para todo; y la que dijere que es un sér, temíalo yo por sospechoso, digo que nunca puede hacer lo que queda dicho, y así lo tened, y procurad salir de ese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas, y si no bastaren, decirlo á la priora, para que os dé un oficio de tanto cuidado, que se os quite ese peligro, que al menos para el seso y cabeza es muy grande si durase mucho tiempo.

Creo queda dado á entender lo que conviene, por espirituales que sean, no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca aun hace daño la Humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo á sus discípulos, que convenia que él se fuese: yo no puedo sufrir esto. A usadas que no lo dijo á su Madre sacratísima, porque estaba firme en la fe, que sabia que era Dios y hombre: y aunque le amaba mas que ellos, era con tanta perfecion, que antes le ayudaba. No debian estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe, como despues estuvieron, y tenemos razon de estar nosotros ahora. Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podria el demonio venir á hacer perder la devocion con el santísimo Sacramento. El engaño que me pareció á mí que llevaba, no llegó á tanto como esto, sino á no gustar de pensar en Nuestro Señor Jesucristo tanto, sino andarme en aquel embebecimiento, aguardando aquel regalo: y ví claramente que iba mal; porque como no podia ser tenerle siempre, andaba el pensamiento de aquí para allí, y el alma me parece como una ave revolando, que no halla á donde parar; y perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes, ni medrando en la oracion. Y no entendia la causa, ni la entendiera á mi parecer, porque me parecia que era aquello muy acertado: hasta que tratando la oracion que llevaba con una persona sierva de Dios, me avisó. Despues ví claro cuán errada iba; y nunca me acababa de pesar de que haya habido ningun tiempo que yo careciese de entender, que se podia mal ganar con tan gran pérdida, y cuando pudiera, no quiero ningun bien, sino adquirido por quien nos vienen todos los bienes. Sea para siempre alabado. Amen.

CAPITULO VIII

Trata de cómo se comunica Dios al alma por vision intelectual, y da algunos avisos dice los efetos que hace cuando es verdadero: encarga el secreto destas mercedes.

Para que mas claro veais, hermanas, que es ansí lo que os he dicho, y que mientras mas adelante va un alma, mas acompañada es deste buen Jesús, será bien que tratemos de como cuando su Majestad quiere, no podemos sino andar siempre con él; como se ve claro por las maneras y modos con que su Majestad se nos comunica, y nos muestra el amor que nos tiene, con algunos aparecimientos y visiones tan admirables, que por si alguna merced destas os hiciere no andeis espantadas; quiero decir si el Señor fuere servido de que acierte en suma algunas cosas destas, para que le alabemos mucho, aunque no nos las haga á nosotras, de que se quiera ansí comunicar con una criatura, siendo de tanta majestad y poder.

Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe sí á Jesucristo Nuestro Señor, aunque no le ve, ni con los ojos del cuerpo, ni del alma. Esta llaman vision intelectual, no sé yo por qué. Vi á esta persona á quien le hizo Dios esta merced (con otras que diré adelante) fatigada en los principios harto; porque no podia entender qué cosa era, pues no la via; y entendia tan cierto ser Jesucristo Nuestro Señor el que se le mostraba de aquella suerte, que no lo podia dudar, digo que estaba allí; mas si aquella vision era de Dios ó no, aunque traia consigo grandes efetos para entender que lo era, todavia andaba con miedo, y ella jamás habia oido vision intelectual, ni pensó que la habia de tal suerte; mas entendia muy claro que era este Señor el que la hablaba muchas veces, de la manera que queda dicho, porque hasta que le hizo esta merced que digo, nunca sabia quién la hablaba, aunque entendia las palabras.

Sé que estando temerosa desta vision (porque no es como las imaginarias, que pasan de presto, sino que dura muchos dias, y aun mas que un año alguna vez) se fué á su confesor

harto fatigada; él la dijo, que si no veia nada, ¿como sabia que era Nuestro Señor? Que le dijese ¿qué rostro tenia? Ella le dijo, que no sabia, ni veia rostro, ni podia decir mas de lo dicho; que lo que sabia era, que era él el que la hablaba: y que no era antojo. Y aunque la ponian hartos temores todavía, muchas veces no podia dudar, en especial cuando la decia: *No hayas miedo, que yo soy*. Tenian tanta fuerza estas palabras, que no lo podia dudar por entonces, y quedaba muy esforzada y alegre con tan buena compañía, que veia claro serle gran ayuda para andar con una ordinaria memoria de Dios, y un miramiento grande de no hacer cosa que le desagradase, porque le parecia le estaba siempre mirando, y cada vez que queria tratar con su Majestad en oracion, y aun sin ella, le parecia estar tan cerca, que no la podia dejar de oir, aunque el entender las palabras no era cuando ella queria, sino á deshora, cuando era menester.

Sentía que andaba al lado derecho, mas no con estos sentidos que podemos sentir que está cabe nosotros una persona, porque es por otra vía mas delicada, que no se debe de saber decir; mas es tan cierto y con tanta certidumbre, y aun mucho más; porque acá ya se podria antojar, en esto no, que viene con grandes ganancias y efetos interiores, que ni los podia haber, si fuese melancolía, ni tampoco el demonio haria tanto bien, ni andaria el alma con tanta paz y con tan continos deseos de contentar á Dios, y con tanto desprecio de todo lo que no llega á él: y después entendió claro no ser demonio; porque se iba mas y mas dando á entender. Con todo sé yo, que á ratos andaba harto temerosa: otros con grandísima confusión, que no sabia por dónde le había venido tanto bien. Éramos tan una cosa ella y yo, que no pasaba cosa por su alma que yo estuviese ignorante della, y así puedo ser buen testigo, y me podeis creer ser verdad todo lo que en esto dijere.

Es merced del Señor, que trae grandísima confusion consigo y humildad: cuando fuese del demonio, todo seria al contrario. Y como es cosa que notablemente se entiende ser dada de Dios (que no bastaria industria humana para poderse así sentir) en ninguna manera puede pensar quien lo tiene que es bien suyo, sino dado de la mano de Dios. Y aunque, á mi parecer, es mayor merced algunas de las que quedan dichas, esta trae con-

sigo un particular conocimiento de Dios, y desta compañía tan contina nace un amor ternísimo con su Majestad, y unos deseos aun mayores de los que quedan dichos de entregarse toda á su servicio, y una limpieza de conciencia grande; porque hace advertir á todo la presencia que trae cabe sí. Porque aunque ya sabemos que lo está Dios á todo lo que hacemos, es nuestro natural tal, que se descuida en pensarlo, lo que no se puede descuidar acá, que la despierta el Señor que está cabe ella. Y aun para las mercedes que quedan dichas, como anda el alma cási contino con un actual amor al que ve ó entiende estar cabe sí, son muy mas ordinarias.

En fin, en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced, y muy mucho de preciar y agradecer al Señor, que se la da tan sin poderlo merecer, y por ningun tesoro ni deleite de la tierra la trocaria. Y ansí cuando el Señor es servido que se le quite, queda con mucha soledad, mas todas las diligencias posibles que pusiese para tornar á tener aquella compañía, aprovechan poco, que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir. Algunas veces también es de algun Santo, y es tambien de gran provecho. Diréis, que si no ve, ¿que cómo se entiende que es Cristo? ¿ó cuándo es Santo, ó su Madre gloriosísima? Eso no sabrá el alma decir, ni puede entender cómo lo entiende, sino que lo sabe con una grandísima certidumbre. Aun ya el Señor cuando habla, mas fácil parece, mas el Santo que no habla (sino que parece le pone el Señor allí por ayuda de aquel alma, y por compañía) es mas de maravillar. Ansí son otras cosas espirituales, que no se saben decir: mas entiéndese por ellas cuán bajo es nuestro natural, para entender las grandes grandezas de Dios, pues aun á estas no somos capaces, sino que con admiracion y alabanxas á su Majestad, pase quien se las diere: y ansí le haga particulares gracias por ellas, que pues no es merced que se hace á todos, hase mucho de estimar, y procurar hacer mayores servicios, pues por tantas maneras la ayuda Dios á ello.

De aquí viene no se tener por eso en mas, y parecerle que es la que menos sirve á Dios de cuantas hay en la tierra; porque le parece está mas obligada á ello que ninguno, y cualquier falta que hace la atraviesa las entradas, y con muy grande razon. Estos efetos con que anda el alma, que quedan dichos, podrá advertir cualquiera de vosotras á quien el Señor llevare

por este camino, para entender que no es engaño ni tampoco antojo; porque (como he dicho) no tengo que es posible durar tanto, siendo demonio, haciendo tan notable provecho al alma, y trayéndola con tanta paz interior, que no es de su costumbre, ni puede aunque quiere, cosa tan mala hacer tanto bien, que luego habría unos humos de propia estimacion, y pensar era mejor que los otros. Mas este andar siempre el alma tan asida de Dios, y ocupado su pensamiento en él, hariale tanta rabia, que, aunque lo intentase, no tornase muchas veces; y es Dios tan fiel, que no permitirá darle tanta mano con alma que no pretende otra cosa sino agradar á su Majestad, y poner su vida por su honra y gloria, sino que luego ordenará como sea desengañada.

Mi tema es y será que como el alma ande de la manera que aquí se ha dicho la dejan estas mercedes de Dios, que su Majestad la sacará con ganancia, si permite alguna vez se le atreva el demonio, y que él quedará corrido. Por eso, hijas, si alguna fuere por este camino, como he dicho, no andeis asombradas; bien es que haya temor, y andemos con mas aviso, ni tampoco confiadas, que por ser tan favorecidas, os podeis mas descuidar, que esto será señal no ser de Dios, si no os viéredes con los efetos que quedan dichos. Es bien que á los principios lo comuniqueis debajo de confesión con un muy buen letrado (que sea los que nos han de dar la luz) ó si hubiere alguna persona muy espiritual; y si no lo es, mejor es muy letrado; si le hubiere, con el uno y con el otro; y si os dijere que es antojo, no se os dé nada, que el antojo poco mal ni bien puede hacer á vuestra alma; encomendaos á la divina Majestad, que no consienta seais engañadas. Si os dijeren es demonio, será más trabajo: aunque no dirá si es buen letrado, y hay los efetos dichos; mas cuando lo diga, yo sé que el mesmo Señor que anda con vos os consolará y asegurará, y á él le irá dando luz para que os la dé.

Si es persona que aunque tiene oracion, no la ha llevado el Señor por ese camino, luego se espantará, y lo condenará; por eso os aconsejo que sea muy letrado; y si se hallare tambien espiritual, y la priora dé licencia para ello; porque aunque vaya segura el alma por ver su buena vida, estará obligada la priora á que se comunique, para que anden con seguridad entrambas: y tratado con estas personas, quiétese, y no

ande dando mas parte dello, que algunas veces, sin haber de qué temer, pone el demonio unos temores tan demasiados, que fuerzan al alma á no se contentar de una vez; en especial si el confesor es de poca experiencia, y le ve medroso, y él mesmo la hace andar comunicando, viénese á publicar lo que habia de razon estar muy secreto, y á ser esta alma perseguida y atormentada; porque cuando piensa que está secreto, lo ve público, y de aquí suceden muchas cosas trabajosas para ella, y podrian suceder para la orden, segun andan estos tiempos.

Así que es menester grande aviso en esto, y á las prioras lo encomiendo mucho, y que no piense que por tener una hermana cosas semejantes, es mejor que las otras. Lleva el Señor á cada una, como ve que es menester. Aparejo es para venir á ser muy sierva de Dios si se ayuda, mas á veces lleva Dios por este camino á las mas flacas; y así no hay en esto por qué aprobar, ni condenar, sino mirar á las virtudes, y á quien con mas mortificacion y humildad, y limpieza de conciencia sirviere á Nuestro Señor, que esa será la mas santa, aunque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé á cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio de lo que acá podemos entender. Sea para siempre alabado. Amen.

CAPITULO IX

Trata de cómo se comunica el Señor al alma por visión imaginaria, y avisa mucho se guarden desear ir por este camino. Da para ello razones: es de mucho provecho.

Ahora vengamos á las visiones imaginarias, que dicen que son á donde puede meterse el demonio mas que en las dichas; y así debe de ser: mas cuando son de Nuestro Señor, en alguna manera me parecen mas provechosas, porque son mas conformes á nuestro natural; salvo de las que el Señor da á entender en la postrera morada, que á estas no llegan ningunas. Pues miremos ahora (como os he dicho en el capítulo pasado, que está este Señor) que es como si en una pieza de oro

tuviésemos una piedra preciosa de grandísimo valor y virtudes, sabemos ciertísimo que está allí, aunque nunca la hemos visto; mas las virtudes de la piedra no nos dejan de aprovechar, si la traemos con nosotras; aunque nunca la hemos visto, no por eso la dejamos de preciar; porque por experiencia hemos visto, que nos ha sanado de algunas enfermedades para que es apropiada: mas no la osamos mirar, ni abrir el relicario, ni podemos; porque la manera de abrirle solo la sabe cuya es la joya, y aunque nos la prestó para que nos aprovechásemos della, él se quedó con la llave, y como cosa suya, y abrirá cuando nos la quisiere mostrar, y aun la tomará cuando le parezca, como lo hace.

Pues digamos ahora, que quiere alguna vez abrirla de presto, por hacer bien á quien le ha prestado: claro está que le será después muy mayor contento, cuando se acuerde del admirable resplandor de la piedra, y ansí quedara mas esculpida en su memoria. Pues ansí acaece acá, cuando Nuestro Señor es servido de regalar mas á esta alma, muéstrale claramente su sacratísima humanidad de la manera que quiere, ó cómo andaba en el mundo, ó despues de resucitado; y aunque es con tanta presteza, que lo podríamos comparar á la de un relámpago, queda tan esculpida en la imaginacion esta imágen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse de ella, hasta que la vea á dónde para siempre la pueda gozar. Aunque digo imágen, entiéndese que no es pintada, al parecer de quien la ve, sino verdaderamente viva, y algunas veces está hablando con el alma, y aun mostrándole grandes secretos.

Mas habeis de entender, que aunque en esto se detenga algun espacio, no se puede estar mirando mas, que estar mirando al sol, y ansí esta vista siempre pasa muy de presto; y no porque su resplandor da pena, como el del sol, á la vista interior, que es la que ve todo esto (que cuando es con la vista exterior, no sabré decir dello ninguna cosa; porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no había pasado por ello; y de lo que no hay experiencia, mal se puede dar razon cierta) porque su resplandor es como una luz infusa, y de un sol cubierto de una cosa tan delgada como un diamante, si se pudiera labrar. Como una holanda, parece la vestidura, y cási todas las veces que Dios hace esta merced al alma, se queda en arrobamiento, que no

puede su bajeza sufrir tan espantosa vista. Digo espantosa, porque con ser la mas hermosa, y de mayor deleite que podria una persona imaginar, aunque viviese mil años, y trabajase en pensarlo; porque va muy adelante de cuanto cabe en nuestra imaginacion, ni entendimiento, es su presencia de tan grandísima majestad, que hace grán espanto al alma. A usadas que no es menester aquí preguntar, cómo sabe quién es, sin que se lo hayan dicho, que se da bien á conocer que es el Señor del cielo y de la tierra; lo que no harán los reyes della, que por sí mesmos bien en poco se ternán, si no va junto con él su acompañamiento, ó lo dicen.

¡O Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¿Qué será aquel dia cuando vengais á juzgar? ¡pues viniendo aquí tan de amistad á tratar con vuestra esposa, pone en miraros tanto temor! ¡O hijas! ¿qué será cuando con tan rigurosa voz dijere: Id, malditos de mi Padre! Quédenos ahora esto en la memoria desta merced que hace Dios al alma, que no nos será poco bien: pues san Gerónimo, con ser santo, no la apartaba de la suya, y ansí no nos hará nada cuanto aquí padeciéremos en el rigor de la religion que guardamos; pues cuando mucho durare, es un momento comparado con aquella eternidad. Yo os digo de verdad, que con cuan ruin soy, nunca he tenido miedo de los tormentos del infierno, que fuesen nada, en comparacion de cuando me acordaba que habian los condenados de ver airados estos ojos tan hermosos, y mansos, y benignos del Señor, que no parece lo podia sufrir mi corazon: esto ha sido toda mi vida: ¿cuánto más lo temerá la persona á quien ansí se le ha representado, pues es tanto el sentimiento, que la deja sin sentir? Esta debe de ser la causa de quedar con suspension, que ayuda el Señor á su flaqueza, con que se junte con su grandeza en esta tan subida comunicacion con Dios.

Cuando pudiere el alma estar con mucho espacio mirando este Señor, yo no creo que será vision, sino alguna vehemente consideracion, fabricada en la imaginacion alguna figura, será como cosa muerta esto, en comparacion de estotra. Acaece á algunas personas (y sé que es verdad, que lo han tratado conmigo, y no tres ó cuatro, sino muchas) ser de tan flaca imaginacion, ó el entendimiento tan eficaz, ó no sé qué se es, que se embeben de manera en la imaginacion, que todo lo que piensan, claramente les parece que lo ven: aunque si hubiesen

visto la verdadera vision, entenderian muy sin quedarles duda el engaño; porque van ellas mesmas componiendo lo que ven con su imaginacion, y no hace despues ningun efeto, sino que se quedan frias, mucho mas que si viesen una imagen devota. Es cosa muy entendida no ser para hacer caso dello, y ansí se olvida mucho mas que cosa soñada.

En lo que tratamos no es ansí, sino que estando el alma muy léjos de que ha de ver cosa, ni pasarle por pensamiento, de presto se le representa muy por junto, y revuelve todas las potencias y sentidos con un gran temor y alboroto, para ponerlas luego en aquella dichosa paz. Ansí como cuando fue derrocado san Pablo, vino aquella tempestad y alboroto en el cielo; ansí acá en este mundo interior se hace gran movimiento, y en un punto, como he dicho, queda todo sosegado, y esta alma tan enseñada de unas tan grandes verdades, que no ha menester otro maestro, que la verdadera sabiduría sin trabajo suyo la ha quitado la torpeza; y dura con una certidumbre el alma, de que esta merced es de Dios algun espacio de tiempo. Que aunque mas le dijesen lo contrario entonces, no la podrian poner temor de que puede haber engaño: despues, poniéndosele el confesor, la deja Dios, para que ande vacilando en que por sus pecados seria posible: mas no creyendo, sino (como he dicho en estotras cosas) á manera de tentaciones en cosas de la fé, que puede el demonio alborotar, mas no dejar el alma de estar firme en ella; antes mientras mas la combate, mas queda con certidumbre de que el demonio no la podria dejar con tantos bienes, como ello es ansí; que no puede tanto en lo interior del alma: podrá él representarlo, mas no con esta verdad y majestad y operaciones. Como los confesores no pueden ver esto, ni por ventura á quien Dios hace esta merced sabérselo decir, temen, y con mucha razon; y ansí es menester ir con aviso, hasta aguardar tiempo del fruto que hacen estas operaciones, y ir poco á poco mirando la humildad con que dejan al alma, y la fortaleza en la virtud, que si es demonio, presto dará señal, y le cogerán en mil mentiras.

Si el confesor tiene experiencia, y ha pasado por estas cosas, poco tiempo ha menester para entenderlo, que luego en la relacion verá si es Dios, ó imaginacion, ó demonio: en especial si le ha dado su Majestad don de conocer espíritus; que si

este tiene, y letras, aunque no tenga experiencia, lo conocerá muy bien. Lo que es mucho menester, hermanas, es que andeis con gran llaneza y verdad con el confesor: no digo el decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oracion; porque si no hay esto, no aseguro que vais bien, ni que es Dios el que os enseña, que es muy amigo que al que está en su lugar se trate con la verdad y claridad que consigo mesmo, deseando entienda todos sus pensamientos (cuanto mas las obras) por pequeños que sean: y con esto no andeis turbadas, ni inquietas, que aunque no fuese Dios, si teneis humildad y buena conciencia, no os dañará; que sabe su Majestad sacar de los males bienes, y que por el camino que el demonio os quiere hacer perder, ganaréis mas; pensando que os hace tan grandes mercedes, os esforzaréis á contentarle mejor, y andar siempre ocupada en la memoria su figura; que como decia un gran letrado, que el demonio es gran pintor, y si le mostrase muy al vivo una imágen del Señor, que no le pesaria, para con ella avivar la devocion, y hacer al demonio guerra con sus mesmas maldades: que aunque un pintor sea muy malo, no por eso se ha de dejar de reverenciar la imágen que hace, si es de todo nuestro bien. Pareciale muy mal lo que algunos aconsejan, que dén higas cuando ansí viesen alguna vision, porque decia, que á donde quiera que veamos pintado nuesto Rey, le hemos de reverenciar; y veo que tiene razon: porque aun acá se sentiria, si supiese una persona que quiere bien á otra, que hacia semejantes vituperios á su retrato, no gustaria dello: pues ¿cuánto mas es razon, que siempre se tenga respeto á donde viéramos un Crucifijo, ó cualquier retrato de nuestro Emperador? Aunque he escrito en otra parte esto, me holgué de ponerlo aquí, porque ví que una persona anduvo afligida, que la mandaban tomar este remedio, no sé quién le inventó, tan para atormentar á quien no pudiere hacer menos de obedecer, si el confesor le da este consejo pareciéndole va perdida si no lo hace. El mio es, que aunque os le dé, le digais esta razon con humildad y no le tomeis. En extremo me cuadró mucho las buenas que me dió quien me lo dijo en este caso.

Una gran ganancia saca el alma desta merced del Señor, que es cuando piensa en él, ó en su vida y pasion, acordarse de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo, como acá nos le daria mayor haber visto una persona que nos hace

mucho bien, que si nunca la hubiésemos conocido. Yo os digo, que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria. Otros bienes trae consigo hartos, mas como queda dicho tanto de los efetos que hace estas cosas, y se ha de decir mas, no me quiero cansar, ni cansaros; sino avisaros mucho, que cuando sabeis ú oís que Dios hace estas mercedes á las almas, jamás le supliqueis, ni deseeis que os lleve por este camino: aunque os parezca muy bueno, y se ha de tener en mucho, y reverenciar, no conviene por algunas razones.

La primera, porque es falta de humildad, querer se os dé lo que nunca habeis merecido; y así creo que no terná mucha quien lo deseare: porque así como un bajo labrador está léjos de desear ser rey, pareciéndole imposible, porque no lo merece; así lo está el humilde de cosas semejantes. Y creo yo, que nunca se darán, porque primero da el Señor un gran conocimiento propio, que hace estas mercedes. ¿Pues cómo entenderá con verdad, se le hace muy grande en no tenerla en el infierno, quien tiene tales pensamientos? La segunda, porque está muy cierto ser engañada, ó muy á peligro, porque no ha menester el demonio mas de ver una puerta pequeña abierta, para hacernos mil trampantojos. La tercera, la mesma imaginacion, cuando hay un gran deseo, y la mesma persona se hace entender, que ve aquello que desea, y lo oye, como los que andan con gana de una cosa entre dia, y mucho pensando en ella, acaece venirla á soñar. La cuarta, es muy gran atrevimiento que quiera yo escoger camino, no sabiendo el que me conviene mas; sino dejar al Señor que me conoce, que me lleve por el que conviene, para que en todo haga su voluntad. La quinta, ¿pensais que son pocos los trabajos que padecen los que el Señor hace estas mercedes? no, sino grandísimos y de muchas maneras. ¿Qué sabeis vos si seríades para sufrirlos? La sexta, ¿si por lo mesmo que pensais ganar, perderéis, como hizo Saul por ser rey? En fin, hermanas, sin estas hay otras, y creéme, que es lo mas seguro no querer sino lo que quiere Dios, que nos conoce mas que nosotros mesmos, y nos ama. Pongámonos en sus manos, para que sea hecha su voluntad en nosotras: y no podrémos errar, si con determinada voluntad estamos siempre en esto. Y habeis de advertir, que por recibir muchas mercedes destas, no se merece mas gloria;

porque antes quedan mas obligadas á servir; pues es recibir mas.

En lo que es mas merecer, no nos lo quita el Señor, pues está en nuestra mano: y así hay muchas personas santas que jamás supieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes; y otras que las reciben, que no lo son. Y no penseis que es contino, antes por una vez que las hace el Señor, son muy muchos los trabajos, y así el alma no se acuerda si las ha de recibir mas; sino cómo las servir. Verdad es, que debe ser grandísima ayuda para tener las virtudes en mas subida perfeccion: mas el que las tuviere, con haberlas ganado á costa de su trabajo, mucho más merecerá. Yo sé de una persona á quien el Señor habia hecho algunas destas mercedes, y aun de dos, la una era hombre, que estaban tan deseosas de servir á su Majestad á su costa, sin estos grandes regalos, y tan ansiosas por padecer, que se quejaban á Nuestro Señor, porque se los daba, y si pudieran no recibirlos, lo excusaran. Digo *regalos*, no destas visiones (que en fin ven la gran ganancia, y son mucho de estimar) sino los que da el Señor en la contemplacion. Verdad es, que tambien son estos deseos sobrenaturales (á mi parecer) y de almas muy enamoradas, que querrian viese el Señor, que no le sirven por sueldo; y así, como he dicho, jamás se les acuerda que han de recibir gloria por cosa, para esforzarse mas por eso á servir, sino de contentar al amor, que es su natural obrar siempre de mil maneras. Si pudiese, querria buscar invenciones para consumirse el alma en él, y si fuese menester quedar para siempre aniquilada por la mayor honra de Dios, lo haria de muy buena gana. Sea alabado para siempre, amen, que bajándose á comunicar con tan miserables criaturas, quiere mostrar su grandeza.

CAPÍTULO X

Dice de otras mercedes que hace Dios al alma por diferente manera que las dichas, y del gran provecho que queda dellas

De muchas maneras se comunica el Señor al alma con estas apariciones, algunas cuando está afligida, otras cuando le ha de venir algun trabajo grande, otras para regalarse su Majes-

tad con ella, y regalarla. No hay para qué particularizar mas cada cosa; pues el intento no es, sino dar á entender cada una de las diferencias que hay en este camino, hasta adonde yo entendiere, para que entendais, hermanas, de la manera que son, y los efetos que dejan; porque no se nos antoje que cada imaginacion es vision, y porque cuando lo sea, entendiendo que es posible, no andeis alborotadas, ni afligidas: que gana mucho el demonio, y gusta en gran manera de ver afligida é inquieta un alma, porque ve que les estorbó para emplearse toda en amar y alabar á Dios. Por otras maneras se comunica su Majestad harto mas subidas y menos peligrosas, porque el demonio creo no las podrá contrahacer, y así se pueden mal decir, por ser cosa muy oculta, que las imaginarias puédense mas dar á entender.

Acaece cuando el Señor es servido, estando el alma en oracion, y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión, á donde le da el señor á entender grandes secretos, que parece los ve en el mesmo Dios (que estas no son visiones de la sacratísima humanidad) ni aunque digo que ve, no ve nada, porque no es vision imaginaria, sino muy intelectual, adonde se le descubre, como en Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mesmo; y es de gran provecho; porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpida, y hace grandísima confusion: y vese mas claro la maldad de cuando ofendemos á Dios, porque en el mesmo Dios (digo estando dentro en él) hacemos grandes maldades.

Quiero poner una comparacion, si acertare, para dárosla á entender, que aunque aquesto es así, y lo oimos muchas veces, ó no reparamos en ello, ó no lo queremos entender; porque no parece sería posible si se entendiese cómo es ser tan atrevidos. Hagamos ahora cuenta que es Dios, como una morada, ó palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mesmo Dios. ¿Por ventura puede el pecador para hacer sus maldades, apartarse deste palacio? No por cierto; sino que dentro, en el mesmo palacio, que es el mesmo Dios, pasan las abominaciones, y deshonestidades, y maldades que hacemos los pecadores. ¡O cosa temerosa y digna de gran consideracion, y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades, que no sería posible tener atrevimiento tan desatinado!

Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios, en no nos hundir allí luego: y démosle grandísimas gracias, y hayamos vergüenza de sentirnos de cosa que se haga, ni se diga contra nosotras, que es la mayor maldad del mundo, ver que sufre nuestro Criador tantas á sus criaturas dentro en sí mesmo, y que nosotras sintamos alguna vez una palabra, que se dijo en nuestra ausencia, y quizá con no mala intencion. ¡O miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, imitarémos en algo á este gran Dios? ¡O pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias! sino que de muy buena gana pasemos por todo, y amemos á quien nos las hace, pues este gran Dios no nos ha dejado de amar á nosotras, aunque le hemos mucho ofendido, y ansí tiene muy gran razon en querer que todos perdonen, por agravios que les hagan.

Yo os digo, hijas, que aunque pasa de presto esta vision, que es una gran merced que hace Nuestro Señor á quien la hace, si se quiere aprovechar della, trayéndola presente muy ordinario. Tambien acaece ansí muy de presto, y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en sí mesmo una verdad, que parece deja oscurecidas todas las que hay en las criaturas, y muy claro dado á entender, que él solo es verdad, que no puede mentir: y dase bien á entender lo que dice David en un salmo, que todo hombre es mentiroso, lo que no se entendiera jamás ansí, aunque muchas veces se oyera, es verdad que no puede faltar. Acuérdaseme de Pilato, lo mucho que preguntaba á Nuestro Señor, cuando en su pasion le dijo, que era verdad; y lo poco que entendemos acá desta suma verdad. Yo quisiera poder dar mas á entender en este caso, mas no se puede decir. Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad. No digo solo que no digamos mentira, que en eso, gloria á Dios, ya veo que traeis gran cuenta en estas casas en no decirla por ninguna cosa; sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéremos: en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras, dando á Dios lo que es suyo, y á nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y ansí tenemos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable.

Una vez estaba yo considerando, por qué razón era Nuestro Señor tan amigo desta virtud de la humildad; y púsoseme delante, á mi parecer sin considerarlo, sino de presto esto, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria, y ser nada: y quien esto no entiende, anda en mentira; á quien mas lo entiende, agrada mas á la suma verdad, porque anda en ella. Plega á Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás deste propio conocimiento. Amen. Destas mercedes hace Nuestro Señor el alma, porque como verdadera esposa que ya está determinada á hacer en todo su voluntad, le quiere dar alguna noticia de en qué la ha de hacer, y de sus grandezas. No hay para qué tratar de mas, que estas dos cosas he dicho por parecerme de gran provecho: que en cosas semejantes no hay que temer, sino que ni aun la imaginacion propia, tienen aquí poca cabida, y ansí el alma queda con gran satisfación.

CAPÍTULO XI

Trata de unos deseos tan grandes é impetuosos, que da Dios al alma de gozarle, que ponen en peligro de perder la vida; y con el provecho que se queda desta merced que hace el Señor.

¿Si habrán bastado todas estas mercedes que ha hecho el Esposo á el alma, para que la palomilla ó mariposilla esté satisfecha (no penseis que la tengo olvidada) y haga asiento á donde ha de morir? No por cierto, antes está muy peor: aunque haya muchos años que recibe estos favores, siempre gime y anda llorosa; porque de cada uno dellos le queda mayor dolor. Es la causa, que como va conociendo mas y mas las grandezas de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarla, crece mucho mas el deseo; porque tambien crece el amar, mientras mas se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor, y viene en estos años creciendo poco á poco este deseo, de manera, que la llega á tan gran pena, como ahora diré. He dicho años, conformándome con lo que ha pasado por la persona que he dicho aquí, que bien entien-

do que á Dios no hay que poner término, que en un momento puede llegar á un alma á lo mas subido que se dice aquí: poderoso es su Majestad para todo lo que se quiere hacer, y ganoso de hacer mucho por nosotros.

Pues vienen veces que estas ansias, y lágrimas, y suspiros, y los grandes ímpetus que quedan dichos (que todo esto parece procedido de nuestro amor con gran sentimiento, mas todo no es nada en comparacion de estotro, porque esto parece un fuego que está humeando, y puédese sufrir, aunque con pena) andándose así esta alma, abrasándose en sí mesma, acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero, ó por una palabra que oye, de que se tarda el morir, venir de otra parte (no se entiende de dónde, ni cómo) un golpe, ó como si viniese una saeta de fuego (no digo que es saeta) mas cualquier cosa que sea, se ve claro que no podia proceder de nuestro natural: tampoco es golpe, aunque digo golpe, mas agudamente hiere; y no es á donde se sienten acá las penas, á mi parecer, sino en lo muy hondo é íntimo del alma, á donde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla desta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro sér; porque en un punto ata las potencias de manera, que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor.

No querria pareciese encarecimiento, porque verdaderamente voy viendo que quedo corta, porque no se puede decir. Ello es un arrobamiento de sentidos y potencias, para todo lo que no es, como he dicho, ayudar á sentir esta afliccion. Porque el entendimiento está muy vivo, para entender la razon que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda su Majestad con una tan viva noticia de sí en aquel tiempo, de manera que hacer crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos; con ser persona sufrida y mostrada á padecer grandes dolores, no puede hacer entonces mas; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en el interior del alma. Por esto sacó esta persona, cuán mas recios son los sentimientos della, que los del cuerpo; y se le representó ser desta manera los que padecen en purgatorio, que no les impide no tener cuerpo para dejar de padecer mucho mas que todos los que acá

teniéndole padecen. Yo vi una persona ansí, que verdaderamente pensé que se moría, y no era mucha maravilla, porque cierto es gran peligro de muerte, y ansí aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazon los pulsos tienen tan abiertos, como si el alma quisiese ya dar á Dios, que no menos; porque el calor natural falta, y le abrasa de manera, que con otro poquito mas hubiera cumplídole Dios sus deseos. No porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, aunque se descoyunta, como he dicho, de manera que queda despues dos ó tres dias sin poder aun tener fuerza para escribir, y con grandes dolores, y aun siempre me parece le queda el cuerpo mas sin fuerza que de antes. El no sentirlo, debe ser la causa de ser tan mayor el sentimiento interior del alma, que en ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte, aunque haya otros muchos, se sienten poco. Esto yo lo he bien probado: acá, ni poco, ni mucho, ni creo sentiría si le hiciesen pedazos.

Diréisme que es imperfeccion, ¿que por qué no se conforma con la voluntad de Dios, pues le está tan rendida? Hasta aquí podía hacer eso, y con eso pasaba la vida: ahora no, porque su razon está de suerte que no es señora de ella, ni de pensar sino la razon que tiene para penar; pues está ausente de su bien, que ¿para qué quiere la vida? Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no la hace compañía, ni creo se la harian los del cielo, como no fuese el que ama: antes todo la atormenta: mas vese como una persona colgada, que no asienta en cosa de la tierra, ni al cielo puede subir: abrasada con esta sed, y no puede llegar al agua, y no sed que puede sufrir sino ya en tal término, que con ninguna se le quitaría (ni quiere que se le quite) sino es con la que dijo Nuestro Señor á la Samaritana, y eso no se lo dan.

¡O válame Dios, Señor, cómo apretais á vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dais despues. Bien es que lo mucho cueste mucho: cuanto mas, que si es purificar esta alma para que entre en la séptima morada (como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio) es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar: cuanto mas, que con todo este tormento y aflicción, que no puede ser mayor á lo que yo creo, de todas las que hay en la tierra (que esta persona había pasado muchas, ansí corporales, como es-

pirituales) mas todo le parece nada en esta comparacion. Siente el alma que es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien no la podia ella merecer, sino que no es este sentimiento de manera, que le alivie ninguna cosa, mas con esto la sufre de muy buena gana, y sufriria toda su vida, si Dios fuese dello servido; aunque no seria morir de una vez, sino estar siempre muriendo; que verdaderamente no es menos.

Pues consideremos, hermanas, aquellos que están en el infierno, que no están con esta conformidad, ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, no viendo ser ganancioso este padecer, sino que siempre padecen mas y mas (digo mas y mas, cuanto á las penas accidentales) siendo el tormento del alma tanto mas recio que los del cuerpo, y los que ellos pasan mayores sin comparacion que este que aquí hemos dicho, y estos ver que han de ser para siempre jamás, ¿qué será destas desventuradas almas? ¿y qué podemos hacer en vida tan corta, ni padecer que sea nada para librarnos de tan terribles y eternales tormentos? Yo os digo que será imposible dar á entender cuán sensible cosa es el padecer del alma, y cuán diferente al del cuerpo, si no se pasa por ello; y quiere elmesmo Señor que lo entendamos, para que mas conozcamos lo mucho que le debemos en traernos á estado, que por su misericordia tenemos esperanza de que nos ha de librar, y perdonará nuestros pecados.

Pues tornando á lo que tratábamos, que dejamos esta alma con mucha pena, en este rigor es poco lo que dura, será cuando mas tres, ó cuatro horas (á mi parecer), porque si mucho durase, si no fuese con milagro sería imposible sufrirlo la flaqueza natural. Ha acaecido no durar mas que un cuarto de hora, y quedar hecha pedazos; verdad es que esta vez de todo perdió el sentido, segun vino con rigor (y estando en conversacion Pascua de Resurreccion, el postrer dia, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad, que casi no entendia lo era) de solo oir una palabra de no acabarse la vida. Pues pensar que se puede resistir, no mas que si metida en un fuego quisiese hacer á la llama que no tuviese calor para quemarle. No es el sentimiento que se puede pasar en disimulacion, sin que las que están presentes entiendan el gran peligro en que está; aunque de lo interior no pueden ser testigos. Es verdad que le son alguna compañía, como si fuesen som-

bras; y así le parecen todas las cosas de la tierra. Y porque veais que es posible (si alguna vez os viéredes en esto), acudir aquí nuestra flaqueza y natural, acaece alguna vez, que estando el alma, como habeis visto, que se muere por morir, cuando aprieta tanto, que ya parece que para salir del cuerpo no le falta cási nada, verdaderamente teme, y querria aflojase la pena, por no acabar de morir. Bien se deja entender ser este temor de flaqueza natural, que por otra parte no se quita su deseo, ni es posible haber remedio que se quite esta pena, hasta que la quite el Señor, que cási es lo ordinario con un arrobamiento grande, ó con alguna vision á donde el verdadero Consolador la consuela y fortalece para que quiera vivir todo lo que fuere su voluntad.

Cosa penosa es esta, mas queda el alma con grandísimos efetos, y perdido el miedo á los trabajos que le pueden suceder, porque en comparación del sentimiento tan penoso que sintió su alma, no le parece son nada. De manera que queda aprovechada, y que gustaria padecerle muchas veces; mas tampoco puede esto en ninguna manera, ni hay ningun remedio para tornarle á temer, hasta que quiere el Señor, como no le hay para resistirle, ni quitarle cuando le viene. Queda con muy mayor desprecio del mundo que antes, porque vé que cosa dél no le valió en aquel tormento; y muy mas desasida de las criaturas, porque ya ve que solo el Criador es el que puede consolar y hartar su alma: y con mayor temor y cuidado de no ofenderle, porque ve que tambien puede atormentar, como consolar. Dos cosas me parece á mí que hay en este camino espiritual, que son peligro de muerte. La una esta, que verdaderamente lo es, y no pequeña: la otra, de muy excesivo gozo y deleite, que es tan grandísimo extremo, que verdaderamente parece que desfallece el alma, de suerte, que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo: á la verdad no le seria poca dicha la suya. Aquí veréis, hermanas, si he tenido razon en decir que es menester ánimo, y que terná razon el Señor, cuando le pidiéredes estas cosas, de deciros lo que respondió á los hijos del Zebedeo, ¿si podrian beber el cáliz? Todas creo, hermanas que responderémos que sí: y con mucha razon, porque su Majestad da esfuerzo á quien ve que le ha menester, y en todo defiende estas almas, y responde por ellas en las persecuciones y murmuraciones, como hacia

por la Magdalena, aunque no sea por palabras, por obras; y en fin, en fin, antes que se muera, se lo paga todo junto, como ahora veréis. Sea por siempre bendito, y alábenle todas las criaturas. Amen.

MORADAS SÉPTIMAS

[CONTIENEN CUATRO CAPÍTULOS

CAPÍTULO PRIMERO

Trata de mercedes grandes que hace Dios á las almas que han llegado á entrar en las séptimas moradas. Dice como á su parecer hay diferencia alguna del alma al espíritu, aunque es todo uno. Hay cosas de notar.

Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatinado sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace, que haya comunicado estas cosas á personas que las podamos venir á saber; para que mientras mas supiéremos que se comunica con las criaturas, mas alabarémos su grandeza, y nos esforzarémos á no tener en poca alma con quien tanto se deleita el Señor, pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha á la imágen de Dios, así no entendemos los grandes secretos que están en ella.

Plegue á su Majestad, si es servido, menee la pluma, y me dé á entender como yo os diga algo de lo mucho que hay que decir, y da Dios á entender á quien mete en esta morada. Harto lo he suplicado á su Majestad; pues sabe que mi intento es, que no estén ocultas sus misericordias, para que mas sea

alabado y glorificado su nombre. Esperanza tengo, que no por mí, sino por vosotras, hermanas, me ha de hacer esta merced, para que entendais lo que os importa, que no quede por vosotras el celebrar vuestro Esposo este espiritual matrimonio con vuestras almas, pues trae tantos bienes consigo, como veréis.

¡O gran Dios! parece que tiembla una criatura tan miserable como yo de tratar en cosa tan agena de lo que merezco entender. Y es verdad, que he estado en gran confusion, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada, porque me parece que han de pensar, que yo lo se por experiencia, y háceme grandísima vergüenza; porque conociéndome la que soy, es terrible cosa. Por otra parte me ha parecido es tentación y flaqueza, aunque mas juicios destos echeis: sea Dios alabado, y entendido un poquito mas, y gríteme todo el mundo, cuanto mas que estaré yo quizá muerta cuando se viniera á ver. Sea bendito el que vive para siempre, y vivirá. Amen.

Cuando Nuestro Señor es servido haber piedad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma (que ya espiritualmente ha tomado por esposa) primero que se consuma el matrimonio espiritual, métela en su morada, que es esta séptima; porque ansí como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia, á donde solo su Majestad mora, y digamos otro cielo: porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa escura, que como no la vemos, lo mas ordinario debe parecer, que no hay otra luz interior sino esta que vemos, y que está dentro de nuestra alma alguna escuridad. De la que no está en gracia, yo os lo confieso, y no por falta del Sol de justicia que está en ella dándole sér; sino por no ser ella capaz para recibir la luz, como creo dije en la primera morada, que habia entendido una persona, que estas desventuradas almas es ansí que están como en una cárcel escura, atadas de piés y manos para hacer ningún bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas; con razon podemos compadecernos dellas y mirar que en algun tiempo nos vimos ansí, y que tambien puede el Señor haber misericordia dellas.

Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo, y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que

están en pecado mortal, muy mayor que sería si viésemos un cristiano atadas las manos con una fuerte cadena, y él amarrado á un poste y muriendo de hambre, y no por falta de que coma, que tiene cabe sí muy extremados manjares, sino que no los puede tomar para llegarlos á la boca, y aun está con grande hastío, y ve que va á espirar, y no muerte como acá, sino eterna. ¿No sería gran crueldad estarle mirando, y no le llegar á la boca que comiese? ¿Pues qué, si por vuestra oracion le quitasen las cadenas? Ya lo veis. Por amor de Dios os pido, que siempre tengais acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes. No hablemos ahora con ellas, sino con las que ya, por la misericordia de Dios, han hecho penitencia por sus pecados, y están en gracia.

Que podemos considerar, no una cosa arrinconada y limitada, sino un mundo interior, á donde caben tantas y tan lindas moradas como habeis visto; y así es razon que sea, pues dentro desta alma hay morada para Dios. Pues cuando su Majestad es servido de hacerle la merced dicha deste divino matrimonio, primero la mete en su morada, y quiere su Majestad, que no sea como otras veces que la ha metido en estos arrobamientos, que yo bien creo que la une consigo entonces, y en la oracion que queda dicha de union, aunque no le parece á el alma que está tan llamada para entrar en su centro, como aquí en esta morada, sino la parte superior: en esto va poco, sea de una manera ó de otra, el Señor la junta consigo; mas es haciéndola ciega y muda, como lo quedó san Pablo en su conversion, y quitándola el sentir, cómo, ó de qué manera es aquella merced que goza; porque el gran deleite que entonces siente el alma, es de verse cerca de Dios: mas cuando la junta consigo, ninguna cosa entiende, que las potencias todas se pierden. Aquí es de otra manera: quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea, y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña, y metida en aquella morada por vision intelectual: por cierta manera de representacion de la verdad, se le muestra la santísima Trinidad todas tres personas, como una inflamación, que primero viene á su espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y

un saber, y un solo Dios; de manera, que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma (podemos decir) por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan á entender aquellas palabras que dice el Evangelio, que dijo el Señor, que vernia él, y el Padre, y el Espíritu Santo á morar con el alma que le ama, y guarda sus mandamientos.

¡O válame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oir estas palabras, y creerlas, á entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada dia se espanta mas esta alma, porque nunca mas le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve (de la manera que queda dicho) que están en lo interior de su alma, en lo muy interior, en una cosa muy honda (que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras), siente en sí esta divina compañía. Pareceros ha, que segun esto no andará en sí sino tan embebida, que no puede entender en nada: mucho mas que antes, en todo lo que es servicio de Dios, y en faltando las ocupaciones, se queda con aquella agradable compañía; y si no falta á Dios el alma, jamás él la faltara, á mi parecer, de darse á conocer tan conocidamente su presencia; y tiene gran confianza que no la dejará Dios, pues la ha hecho esta merced para que la pierda, y ansi se puede pensar; aunque no deje de andar con mas cuidado que nunca, para no le desagradar en nada.

El traer esta presencia, entiéndese que no es tan enteramente, digo tan claramente, como se le manifiesta la primera vez, y otras algunas que quiere Dios hacerle este regalo; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni aun vivir entre la gente: mas aunque no es con esta tan clara luz, siempre que advierte se halla con esta compañía. Digamos ahora, como una persona que estuviese en una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas, y se quedase á escuras, no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tomar la luz no las ve, deja de entender que están allí.

Es de preguntar, ¿si cuando torna la luz, y las quiere tornar á ver, si puede? Esto no está en su mano, sino cuando quiere Nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento: harta misericordia la hace en nunca se ir de con ella, y querer que ella lo entienda tan entendido. Parece que quiere aquí la di-

vina Majestad disponer el alma para mas, con esta admirable compañía; porque está claro que será bien ayudada para en todo ir adelante en la perfeccion, y perder el temor que traia algunas veces de las demás mercedes que la hacia, como queda dicho. Y assi fue, que en todo se hallaba mejorada, y le parecia, que por trabajos y negocios que tuviese, lo esencial de su alma jamas se movia de aquel aposento, de manera, que en alguna manera le parecia habia division en su alma; y andando con grandes trabajos, que poco despues de que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejaba della, á manera de Marta, cuando se quejó de María, y algunas veces la decia, que se estaba ella siempre gozando de aquella quietud á su placer, y la deja á ella en tantos trabajos y ocupaciones que no la puede tener compañía.

Esto os parecerá, hijas, desatino, mas verdaderamente pasa assi, que (aunque se entiende que el alma está toda junta) no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario: por donde decia yo que se ven cosas interiores, de manera, que cierto se entiende hay diferencia en alguna manera, y muy conocida del alma al espíritu, aunque mas sea todo uno. Conócese una division tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro, como el sabor que les quiere dar el Señor. Tambien me parece que el alma es diferente cosa de las potencias y que no es todo una cosa: hay tantas y tan delicadas en lo interior, que seria atrevimiento ponerme yo á declararlas: allá lo veremos, si el señor nos hace la merced de llevarnos por su misericordia á donde entendamos estos secretos.

CAPITULO II

Procede en lo mesmo, dice la diferencia que hay de union espiritual á matrimonio espiritual: decláralo por delicadas comparaciones.

Pues vengamos ahora á tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfeccion, mientras vivimos; pues si nos apartásemos de Dios,

se perderia este gran bien. La primera vez que Dios hace esta merced, quiere su Majestad mostrarse al alma por vision imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien, y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. A otras personas será por otra forma; á esta de quien hablamos se le representó el Señor acabando de comulgar con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como despues de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y él tenia cuidado de las suyas, y otras palabras, que son mas para sentir que para decir.

Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se habia representado al Señor á esta alma en esta manera: fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada. Lo uno, porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro, porque las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, á donde se representó, si no es la visión pasada no habia visto otras. Porque entended que hay grandísima diferencia de todas las pasadas á las desta morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como lo hay entre dos desposados, á los que ya no se pueden apartar. Ya he dicho, que aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras mas á propósito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo, mas que si el alma no estuviese en él, sino solo espíritu; y en el matrimonio espiritual muy menos, porque pasa esta secreta union en el centro muy interior del alma, que debe ser á donde está el mesmo Dios; y á mi parecer no ha menester puerta por donde entre, digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí, parece que va por medio de los sentidos y potencias; y este aparecimiento de la humanidad del Señor, así debia ser; mas lo que pasa en la union del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparécese el Señor en este centro del alma sin vision imaginaria, si no intelectual, aunque mas delicada que las dichas, como se apareció á los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo: *Pax vobis*.

Es un secreto tan grande, y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé á qué lo comparar, sino á que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo por mas subida manera, que por nin-

guna vision, ni gusto espiritual. No se puede decir mas de que, á cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu desta alma, hecho una cosa con Dios, que como es tambien espíritu, ha querido su Majestad mostrar el amor que nos tiene en dar á entender á algunas personas hasta dónde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que ansí como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar él della.

El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se aparten: y la union tambien lo es, porque aunque union es juntarse dos cosas en una, en fin se pueden apartar, y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente: que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía. Digo de manera que lo entiendan. En estotra merced del Señor, no, porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro.

Digamos quesea la union, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una, ó que el pábilo, y la luz, y la cera es todo uno; mas despues bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, ó el pábilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un rio ó fuente, á donde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir y apartar cuál es el agua del rio, ó la que cayó del cielo: ó como si un arroyo pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; ó como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace toda una luz. Quizá es esto lo que dice san Pablo: el que se arrima y allega á Dios, hácese un espíritu con él, tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado su Majestad al alma por union. Y tambien dice: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum;* ansí me parece puede decir aquí el alma, porque es á donde la mariposilla que hemos dicho muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo. Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo por los efetos, porque se entiende claro por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida á nuestra alma, muy muchas veces tan vivas, que en ninguna manera se puede dudar, porque las siente muy bien el alma, aunque no se saben decir mas; que es tanto este sentimiento que produce algunas veces unas palabras regaladas, que parece no se puede

excusar de decir: ¡O vida de mi vida! ¡Y sustento que me sustentas! Y otras desta manera: porque de aquellos pechos divinos, á donde parece está Dios siempre sustentando al alma, salen unos rayos de leche, que toda la gente del castillo confortan, que parece quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma, y que de aquel rio caudaloso, á donde se consumió esta fuentecita pequeña, salga algunas veces algun golpe de aquel agua para sustentar los que en lo corporal han de servir estos dos desposados. Y ansí como sentiria esta agua una persona que está descuidada, si la bañasen de presto en ella, y no lo podia dejar de sentir, de la mesma manera, y aun con mas certidumbre, se entienden estas operaciones que digo, porque ansí como no nos podria venir un gran golpe de agua, si no tuviese principio, como he dicho, ansí se entiende claro, que hay en lo interior quien arroje estas saetas, y dé vida á esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz, que se envia á las potencias ó interior del alma. Ella, como he dicho, no se muda de aquel centro, ni se le pierde la paz; porque el mesmo que la dió á los Apóstoles cuando estaban juntos, se le puede dar á ella.

Heme acordado que esta salutacion del Señor debia ser mucho mas de lo que suena: y el decir á la gloriosa Magdaléna, que se fuese en paz, porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros, de tal manera debian hacer la operacion en aquellas almas, que estaban ya dispuestas, que apartase en ellas todo lo que es corpóreo en el alma, y la dejase en puro espíritu, para que se pudiese juntar en esta union celestial con el espíritu increado; que es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasiéndonos della por amor de Dios, el mesmo Señor la ha de henchir de sí. Y ansí orando una vez Jesucristo Nuestro Señor por sus Apóstoles, no sé dónde es, dijo, que fuesen una cosa con el Padre, y con él, como Jesucristo Nuestro Señor está en el Padre, y el Padre en él.

¡No sé qué mayor amor puede ser que este! Y no dejamos de entrar aquí todos, porque ansí dijo su Majestad: No solo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí tambien, y dice: Yo estoy en ellos. ¡O válame Dios, qué palabras tan verdaderas! ¡Y cómo las entiende el alma, que en esta oracion lo ve por sí! Y cómo lo entenderíamos todas, si

no fuese por nuestra culpa, pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar, mas como faltamos en no disponernos, y de desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, á donde nuestra imágen está esculpida. Pues tornando á lo que decíamos, en metiendo el Señor al alma en esta morada suya, que es el centro de la mesma alma, ansí como dicen que el cielo empíreo á donde está Nuestro Señor no se mueve como los demás, ansí parece no hay dos movimientos en esta alma en entrando aquí, que suele haber en las potencias é imaginacion, de manera que la perjudiquen, ni quiten su paz.

¿Parece que quiero decir, que en llegando el alma á hacerla Dios esta merced, está segura de su salvacion, y de tornar á caer? No digo tal, y en cuantas partes tratare desta manera, que parece está el alma en seguridad, se entienda mientras la divina Majestad la tuviere ansí de su mano, y ella no le ofendiere; al menos sé cierto, que aunque se ve en este estado, y le ha durado años, que no se tiene por segura, sino que anda con mucho mas temor que antes, en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con tan grandes deseos de servirle, como se dirá adelante, y con ordinaria pena y confusion de ver lo poco que puede hacer, y lo mucho á que está obligada, que no es pequeña cruz, sino harto gran penitencia; porque el hacer penitencia esta alma, mientras mas grande le es mas deleite. La verdadera penitencia es cuando le quita Dios la salud para poderla hacer, y fuerzas que aun que en otra parte he dicho la gran pena que esto da, es muy mayor aquí. Todo le debe venir de la raíz á donde está plantada; que ansí como el árbol que está cabe las corrientes de las aguas, está mas fresco y de mas fruto, ¿qué hay que maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu della está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

Pues tornando á lo que decía, no se entienda que las potencias, y sentidos y pasiones, están siempre en paz, el alma sí: mas en estotras moradas no deja de haber tiempos de guerra, y de trabajos, y fatigas, mas son de manera, que no se quita de su paz, y esto es ordinario. Y puesto este centro de nuestra alma, ó este espíritu, es una cosa tan dificultosa decir, y aun de creer, que pienso, hermanas, por no me saber dar á entender, no os dé alguna tentacion de no creer lo que digo;

porque decir que hay trabajos y penas, y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa. Quiéroos poner una comparación ó dos; plega á Dios que sean tales, que diga algo; mas si no lo fuere, yo sé que digo verdad en lo dicho. Está el rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino, y muchas cosas penosas, mas no por eso deja de estarse en su nuestro: así acá, aunque en estotras moradas anden muchas baraundas, y fieras ponzoñosas, y se oye el ruido, nadie entra en aquella, que la haga quitar de allí, ni las cosas que oye, aunque le dan alguna pena, no es de manera que le alboroten, y quiten la paz: porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen más ofendidas. Duélenos todo el corazon, mas si la cabeza está sana, no porque duela el cuerpo, dolerá la cabeza. Riéndome estoy destas comparaciones, que no me contentan, mas no sé otras; pensad lo que quisiéredes, ello es verdad lo que he dicho.

CAPITULO III

Trata de los grandes efetos que causa esta oracion dicha; es menester prestar atencion y acuerdo de los que hace, que es cosa admirable la diferencia que hay de los pasados.

Ahora, pues, decimos, que esta mariposita ya murió con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo. Veamos qué vida hace, ó qué diferencia hay de cuando ella vivia; porque en los efetos verémos si es verdadero lo que queda dicho. A lo que puedo entender son los que diré.

El primero un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque todo está de tal manera, que no se conoce, ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida, ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece, que las palabras que le dijo su Majestad hicieron efeto de obra, que fué, que mirase por sus cosas, que él miraria por las suyas. Y ansí de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que como digo, parece ya no es, ni querria ser en nada, nada; sino es para

cuando entiende que puede haber de su parte algo, en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pornia muy de buena gana su vida. No entendais por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir (que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obligada conforme á su estado) que hablamos en cosas interiores, que de obras exteriores poco hay que decir; que antes esa es su pena, ver que es nada lo que ya pueden sus fuerzas. En todo lo que puede, y entiende que es servicio de Nuestro Señor, no lo dejaria de hacer por cosa de la tierra.

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que le inquiete, como solia; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que su Majestad hace, tienen por bueno: si quisiere que padezca enhorabuena, y si no, no se mata, como solia. Tienen tambien estas almas un gran gozo interior, cuando son perseguidas, con mucha mas paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal, ó desean hacer, antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algun trabajo lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarian por librarlos dél, y encomiéndanlos á Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace su Majestad holgarian perder, porque se las hiciese á ellos, porque no ofendiesen á Nuestro Señor.

Lo que mas me espanta de todo es, que ya habeis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar alguna alma si pudiesen, que no solo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellas, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los Santos: no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás.

Verdad es, que algunas veces que se olvida desto, tornan con ternura los deseos de gozar de Dios, y desear salir deste

destierro, en especial viendo lo poco que le sirven; mas luego torna, y mira en sí mesma con la continuación que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece á su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella, que le puede dar. Temor ninguno tiene de la muerte, mas que tenia de un suave arrobamiento. El caso es, que el que daba aquellos deseos con tormento tan excesivo, da ahora estotros. Sea por siempre bendito y alabado. Y así los deseos destas almas no son ya de regalos, ni de gustos, como le tienen consigo al mesmo Señor, y su Majestad es el que ahora vive. Claro está que su vida no fué sino continuo tormento, y ansí hace que sea la nuestra al menos con los deseos que nos lleva como á flacos en lo demás, aunque bien les cabe de su fortaleza, cuando ve que la han menester. Un desasimiento grande de todo, y deseo de estar siempre á solas, ú ocupadas en cosa que sea provecho de algún alma; no sequedades ni trabajos interiores, sino con una memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca querria estar sino dándole alabanzas; y cuando se descuida, el mesmo Señor la despierta de la manera que queda dicho, que se ve clarísimamente, que procede aquel impulso (ó no sé cómo le llame) de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá es con gran suavidad, mas ni procede del pensamiento, ni de la memoria, ni cosa que se puede entender, que el alma hizo nada de su parte; esto es tan ordinario, y tantas veces, que se ha mirado bien con advertencia: que ansí como un fuego no echa la llama hácia abajo, sino hácia arriba, por grande que quieran encender el fuego, ansí se entiende acá, que este movimiento interior procede del centro del alma, y despierta las potencias.

Por cierto cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oracion, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotras, y andarnos rogando (que no parece esto otra cosa) que nos estemos con él, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan, por gozar destos toques de su amor tan suaves y penetrativos. Esto habréis, hermanas, experimentado, porque pienso, en llegando á tener oración de union, anda el Señor con este cuidado, si nosotros no nos descuidamos de guardar sus mandamientos.

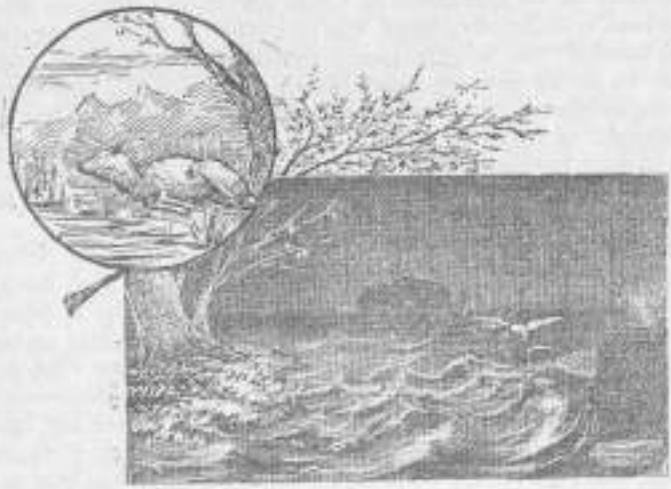
Cuando esto os aconteciere, acordaos que es desta morada

interior, á donde está Dios en nuestra alma, y alabadle mucho, porque cierto es suyo aquel recaudo ó billete escrito con tanto amor, y de manera, que solo vos quiere entendais aquella letra, y lo que por ella os pide. La diferencia que hay aquí en esta morada, es lo dicho, que cási nunca hay sequedad, ni alborotos interiores de los que había en todas las otras á tiempos, sino que está el alma en quietud cási siempre. Y el no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un sér con seguridad que es Dios; porque, como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos ni potencias, que se descubrió su Majestad al alma, y la tiene consigo á donde, á mi parecer, no osará entrar el demonio, ni le dejará el Señor; y todas las mercedes que hace aquí al alma, sino el que ya ella ha hecho de entregarse toda á Dios.

Pasa con tanta quietud, y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí al alma, y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomon, á donde no se habia de oir ningun ruido: ansí en este templo, de Dios en esta morada suya, solo él y el alma se gozan con grandísimo silencio; no hay para qué bullir allí, ni buscar nada el entendimiento, que el Señor que le crió, le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque aunque á tiempos se atiende esta vista, y no la dejan mirar, es poquísimo intervalo, porque á mi parecer, aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas. Yo lo estoy de ver que en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan, si no es alguna vez, y no está con aquellos arrobamientos y vuelos de espíritu; y son muy raras veces, y esas casi siempre no en público como antes (que era muy de ordinario) ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción, que vea, como antes, que si ven una imagen devota, ú oyen un sermon (que casi no era oirle) ó música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo lo espantaba y hacia volar.

Ahora, ó es que halló su reposo, ó que el alma ha visto tanto en esta morada, que no se espanta de nada, ó que no se halla con aquella soledad que solia, pues goza de tal compañía. En fin, hermanas, yo no sé qué sea la causa, que en comenzando el Señor á mostrar lo que hay en esta morada, y metiendo el alma allí, se les quita esta gran flaqueza, que les era harto trabajo, y antes no. Quizá es que la ha fortalecido el Señor, y

ensanchado y habilitado; ó puede ser que querría dar á entender en público lo que hacía con estas almas en secreto, por algunos fines que su Majestad sabe, que sus juicios son sobre todo lo que acá podemos imaginar. Estos efetos, con todo lo



demás que hemos dicho (que sean buenos) en los grados de oracion que quedan dichos, da Dios cuando llega el alma á sí con este ósculo que pedía la Esposa, que yo entiendo aquí se le cumple esta peticion. Aquí se dan las aguas á esta cierva que va herida en abundancia, aquí se deleita en el tabernáculo de Dios, aquí halla la paloma (que envió Noé á ver si era acabada la tempestad) la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades deste mundo.

¡O Jesús! ¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber, para dar á entender esta paz del alma! Dios mío, pues veis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla; y á los que la habeis dado, no se la quiteis por vuestra misericordia; que en fin, hasta que les deis la verdadera, y las lleveis á donde no se pueda acabar, siempre se ha de vivir con temor. Digo la verdadera, no porque entienda

esta no lo es, sino porque se podría tornar la guerra primera, si nosotros nos apartásemos de Dios. ¡Mas qué sentirán estas almas de ver que podrían carecer de tan gran bien? Esto les hace andar muy cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de flaqueza, para no dejar cosa que se les pueda ofrecer, para mas agradar á Dios por culpa suya. Mientras mas favorecidas de su Majestad, andan mas acobardadas y temerosas de sí: y como en estas grandezas suyas han conocido mas sus miserias, y se les hacen mas graves sus pecados, andan muchas veces, que no osan alzar los ojos, como el Publicano. Otras con deseos de acabar la vida, por verse en seguridad, aunque luego tornan con el amor que le tienen, á querer vivir para servirle como queda dicho, y fian todo lo que les toca de su misericordia. Algunas veces, las grandes mercedes las hacen andar mas aniquiladas, que temen que como una nao, que va muy demasiado de cargada, se va á lo hondo, no les acaezca ansí. Yo os digo, hermanas, que no les falta cruz, salvo que no las inquieta, ni hacer perder la paz, sino pasan de presto como una ola, ó algunas tempestades, y torna bonanza: que la presencia que traen del Señor, les hace que luego se les olvide todo. Sea por siempre bendito y alabado de todas sus criaturas. Amen.

CAPITULO IV

Con que acaba dando á entender lo que le parece que pretende Nuestro Señor en hacer tan grandes mercedes al alma, y como es necesario que anden juntas Marta y María: es muy provechoso.

No habeis de entender, hermanas, que siempre en un sér están estos efetos que he dicho en estas almas, que por eso á donde se me acuerda, digo lo ordinario, que algunas veces las deja Nuestro Señor en su natural; y no parece sino que entonces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y moradas deste castillo, para vengarse dellas por el tiempo que no las pueden haber á las manos. Verdad es que dura poco,

un dia lo mas, ó poco mas, y en este gran alboroto (que procede lo ordinario de alguna ocasion) se ve lo que gana el alma en la buena compañía que está, porque la de el Señor una gran entereza, para no torcer en nada de su servicio, y buenas determinaciones, sino que parece le crecen; ni por un primer movimiento muy pequeño no tuercen desta determinacion. Como digo, es pocas veces, sino que quiere Nuestro Señor que no pierda la memoria de su sér, para que siempre esté humilde lo uno, lo otro para que entienda mas lo que debe á su Majestad, y la grandeza de la merced que recibe, y le alabe.

Tampoco os pase por pensamiento, que por tener estas almas tan grandes deseos y determinacion de no hacer una imperfeccion por cosa de la tierra, dejan de hacer muchas, y aun pecados. De advertencia no, que las debe el Señor á estas tales dar muy particular ayuda por esto: digo pecados veniales, que de los mortales, que ellas entiendan, están libres, aunque no seguras, que ternán algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento. También se le dan las almas que ven que se pierden; y aunque en alguna manera tienen gran esperanza que no serán dellas, cuando se acuerdan de algunos que dice la Escritura, que parecia eran favorecidos del Señor, como un Salomon, que tanto comunicó á su Majestad, no pueden dejar de temer como tengo dicho. Y la que se viere de vosotros con más seguridad en sí, esa tema mas; porque bienaventurado el varon que teme á Dios, dice David. Su Majestad nos ampare siempre: suplicárselo para que no le ofendamos, es la mayor seguridad que podemos tener. Sea por siempre alabado. Amen.

Bien será, hermanas deciros, qué es el fin para que hace el Señor estas mercedes en este mundo. Aunque en los efetos dellas lo habréis entendido (si advertís en ello) os lo quiero tornar á decir aquí; porque no piense alguno que es para solo regalar estas almas, que seria gran yerro, que no nos puede su Majestad hacerle mayor, que es darnos vida, que sea imitando á la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto, que estas son mercedes para fortalecer mas nuestra flaqueza, como aquí he dicho algunas veces, para poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto, que los que mas cercanos anduvieron con Cristo Nuestro Señor, fueron los

de mayores trabajos: miremos lo que pasó su gloriosa Madre y los gloriosos Apóstoles.

¿Cómo pensais que pudiera sufrir san Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efetos hacen las verdaderas visiones y contemplación, cuando es de Nuestro Señor, y no imaginacion ó engaño del demonio. ¿Por ventura escondióse con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo día de descanso (á lo que podemos entender) y tampoco le debía de tener de noche, pues en ella ganaba lo que había de comer. Gusto yo mucho de san Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel, y le apareció Nuestro Señor, y le dijo, que iba á Roma á ser crucificado otra vez. Ninguna rezamos esta fiesta á donde esto está, que no me es particular consuelo, ¿cómo quedó san Pedro desta merced del Señor? ¿ó qué hizo? Irse luego á la muerte, y no es poca misericordia del Señor, hallar quien se la dé.

¡Ó hermanas mias! ¡Qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honras, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma á donde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con él, como es razón, poco se debe acordar de sí: toda la memoria se le va en cómo mas contentarle, y en qué ó por dónde mostrar el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mias: desto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras. Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios, como ya os he dicho; porque poco me aprovecha estar muy recogida á solas, haciendo actos con Nuestro Señor, proponiendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí, que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés. Mal dije que aprovechará poco, pues todo lo que está con Dios aprovecha mucho; y estas determinaciones, aunque seamos flacos en no las cumplir despues, alguna vez nos dará su Majestad cómo lo hagamos, y aun quizá, aunque nos pese, como hace muchas veces, que como ve un alma muy cobarde, dale un mayor trabajo contra su voluntad, y sácala con ganancia, y después, como esto entiende el alma, queda mas perdido el miedo para ofrecerse mas á él.

Quise decir, que es poco en comparación de lo mucho mas que es, que conforme las obras con los actos y palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco á poco, vaya do-

blando su voluntad, si quiere que le aproveche la oración, que dentro destos rincones no faltarán ocasiones en que lo podais hacer. Mirad que importa esto mucho mas que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado; y haráseos todo poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo quereis contentarle con solo palabras? ¿Sabeis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, á quien (señalados con su hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo) como él lo fué, que no les hace ningun agravio, ni pequeña merced: y si á esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay esta muy de veras, aun por nuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo.

Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo, ó por dónde las podeis hacer placer, ó servir: pues lo que hiciéredes en este caso, haceis mas por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes, que no se os caiga el castillo. Torno á decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento solo en rezar y contemplar; porque si no procurais virtudes, y hay ejercicio dellas, siempre os quedaréis enanas, y aun plega á Dios que sea solo no crecer, porque yasabeis que quien no crece, descrece, porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un sér donde le hay.

Pareceros ha que hablo con los que comienzan, y que despues pueden ya descansar: ya os he dicho que el sosiego que tienen estas almas en lo interior, es para tenerle muy menos, ni querer tenerle en lo exterior. ¿Para qué pensais que son aquellas inspiraciones que he dicho (ó por mejor decir aspiraciones) y aquellos recaudos que envia el alma del centro interior á la gente de arriba del castillo, y á las moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para que se echen á dormir? No, no, no, que mas guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas las potencias y sentidos, y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba con ellas padeciendo; porque entónces no entendia la ganancia tan grande que son los trabajos, que por ventura han sido medios para traerle Dios allí. Y como la compañía que tiene la da fuerzas muy mayores que

nunca (porque si acá, dice David, que con los Santos serémos santos, no hay duda, sino que estando hecha una cosa con el fuerte, por la union tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y ansí verémos la que han tenido los Santos para padecer y morir) es muy cierto, que aun de la que á ella allí se le pega, acude á todos los que están en el castillo, y aun al mesmo cuerpo, que parece muchas veces no siente, sino (esforzado con el esfuerzo que tiene el alma, bebiendo del vino desta bodega, á donde la ha traído su Esposo, y no la deja salir) redunda en el flaco cuerpo, como acá el manjar que se pone en el estómago, da fuerza á la cabeza y á todo el cuerpo. Y ansí tiene harta mala ventura mientras vive, porque por mucho que haga, es mucho mas la fuerza interior, y la guerra que se le da, que todo le parece nonada.

De aquí debian venir las grandes penitencias que hicieron muchos Santos, en especial la gloriosa Magdalena, criada siempre en tanto regalo; y aquella hambre que tuvo nuestro padre Elías de la honra de su Dios, y tuvieron santo Domingo y san Francisco de allegar almas para que fuese alabado; que yo os digo, que no debian pasar poco, olvidados de sí mesmos. Y esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oracion. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que él fué, y han ido todos sus Santos. No nos pase por el pensamiento: creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diria María, sentada siempre á los piés, si su hermana no le ayudara? Su manjar es, que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas, para que se salven y siempre le alaben.

Decirme heis dos cosas: la una, que dijo, que María habia escogido la mejor parte, y es, que ya habia hecho el oficio de Marta, regalando al Señor en lavarle los piés, y limpiarlos con sus cabellos. ¿Y pensais que sería poca mortificacion á una señora como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola? (porque no llevaba hervor para entender cómo iba) ¿y entrar

á donde nunca habia entrado? ¿y despues sufrir la murmuracion del Fariseo, y otras muy muchas que debia sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y (como sabemos) entre tan mala gente, que bastaba ver que tenia amistad con el Señor, á quien ellos tenian tan aborrecido, para traer á la memoria la vida que habia hecho, y que se queria ahora hacer santa; porque está claro que luego mudaria vestido, y todo lo demás. Pues ahora se dice á personas, que no son tan nombradas, ¿qué seria entonces? Yo os digo, hermanas, que venia la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificacion, que aunque no fuera sino ver á su Maestro aborrecido, es intolerable trabajo. ¿Pues los muchos que despues pasó en la muerte del Señor? Tengo para mí que el no haber recibido martirio, fué por haberle pasado en ver morir al Señor; y en los años que vivió, en verse ausente del, que seria terrible tormento, se verá, que no estaba siempre con regalo de contemplacion á los piés del Señor. La otra, que no podeis vosotras, ni teneis cómo allegar almas á Dios, que lo haríades de buena gana; mas que no habiendo de enseñar y predicar como hacian los Apóstoles, ¿que no sabeis cómo? A esto he respondido por escrito algunas veces, y aun no sé si en este castillo: mas porque es cosa que creo os pasa por pensamiento, con los deseos que os da el Señor, no dejaré de decirlo aquí.

Ya os dije en otra parte, que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos á mano para servir á Nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oracion ayudarêis mucho, no querais aprovechar á todo el mundo, sino á las que están en vuestra compañía, y ansí será mayor la obra, porque estais á ellas mas obligadas. ¿Pensais que es poca ganancia, que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir á todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda á todas, y con las demás virtudes siempre las andeis despertando? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que poneis por obra, que podeis, entenderá su Majestad que haríades mucho mas, y ansí os dará premio como si le ganásedes muchas. Dirêis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso?

Mientras fueren mejores, mas agradables serán sus alabanzas al Señor, y mas aprovechará su oracion á los prójimos.

En fin, hermanas mias, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras, como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéramos, hará su Majestad que vamos pudiendo cada dia mas y mas, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida (y quizá será mas poco de lo que cada uno piensa) interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotros al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras. Plega á su Majestad, hermanas é hijas mias, que nos veamos todas á donde siempre le alabemos, y me dé gracia para que yo obre algo de lo que os digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reine por siempre jamás. Amen. Que yo os digo, que es harta confusión mia, y así os pido por el mesmo Señor, que no olvideis en vuestras oraciones á esta pobre pecadora. Amen.

Aunque cuando comencé á escribir esto que aquí va, fue con la contradicion que al principio digo, despues de acabado me ha dado mucho contento, y doy por bien empleado el trabajo, aunque confieso que ha sido harto poco. Y considerando el mucho encerramiento, y pocas cosas de entretenimiento que teneis, mis hermanas, y no cosas tan bastantes como conviene en algunos monasterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues sin licencia de las superioras podeis entraros y pasearos por él á cualquier hora. Verdad es, que no en todas las moradas podeis entrar por vuestras fuerzas, aunque os parezca las teneis grandes, si no os mete el mesmo Señor del castillo; por eso os aviso, que ninguna fuerza pongais, si halláredes resistencia alguna, porque le enojaréis, de manera que nunca os deje entrar en ellas.

Es muy amigo de humildad: con teneros por tales, que no merezcais aun entrar en las terceras, le ganaréis mas presto la voluntad para llegar á las quintas, y de tal manera le podeis servir desde allí, continuando á ir muchas veces á ellas, que

os meta en la mesma morada que tiene para sí, de donde no salgais mas, si no fuéredes llamada de la priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumplais, como la suya mesma. Y aunque mucho esteis fuere por su mandato, siempre cuando tornáredes, os terná la puerta abierta. Una vez mostradas á gozas deste castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar á él, y que no os lo puede quitar nadie. Aunque no se

trata de mas de siete moradas, en cada una de estas hay muchas, en lo bajo y alto, y á los lados, con lindos jardines, y fuentes, y laberintos, y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios que lo crió á su imágen y semejanza. Si algo halláredes bueno en la orden de daros noticias dél, creed verdaderamente que lo dijo su Majestad por daros á vosotras contento, y lo malo que halláredes, es dicho por mí. Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros á servir este mi Dios y Señor, os pido que en mi nombre, cada vez que leyéredes aquí, alabeis mucho á su Majestad, y le pidais el aumento de su Iglesia, y luz para

los luteranos, y para mí que me perdone mis pecados, y me saque del purgatorio, que allá estaré quizá, por la misericordia de Dios, cuando esto se os diere á leer, si estuviere para que se vea, despues de visto de letrados, y si algo tuviere de error, es por mas no lo entender, y en todo me sujeto á lo que tiene la Iglesia Católica Romana, que en esta vivo, y protesto, y prometo vivir y morir. Sea Dios Nuestro Señor por siempre alabado y bendito. Amen. Amen. Acabóse esto de escribir en el monasterio de San Josef de Avila, año de mil y quinientos y setenta y siete, víspera de San Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina por siempre jamás. Amen.

LIBRO DE LAS FUNDACIONES

DE LAS

HERMANAS DESCALZAS CARMELITAS

PROLOGO

QUE ESCRIBIÓ LA SANTA MADRE FUNDADORA TERESA DE JESÚS.

Por experiencia he visto, dejando lo que en muchas partes he leido, el gran bien que es para una alma no salir de la obediencia. En esto entiendo estar el irse adelantando en la virtud, y el ir cobrando la de la humildad: en esto está la seguridad de la sospecha, que los mortales es bien que tengamos mientras se viva en esta vida, de no errar el camino del cielo. Aquí se halla la quietud que tan preciada es en las almas que desean contentar á Dios; porque si de veras se han resignado en esta santa obediencia, y rendido el entendimiento á ella, no queriendo tener otro parecer del de su confesor, y si son religiosos al de su prelado, el demonio cesa de acometer con sus continuas inquietudes, como tiene visto, que antes sale con pérdida que con ganancia. Y tambien nuestros bulliciosos movimientos amigos de hacer su voluntad y aun de sujetar la razon en cosas de nuestro contento cesan; acordándose que determinadamente pusieron su voluntad en la de Dios, tomando por medio sujetarse á quien en su lugar toman. Habiéndome su Majestad, por su bondad, dado luz de conocer el gran

tesoro que está encerrado en esta preciosa virtud, he procurado (aunque flaca é imperfectamente) tenerla: aunque muchas veces repugna la poca virtud que veo en mí, aunque para algunas cosas que me mandan, entiendo que no llega. La divina Majestad provea lo que falta para esta obra presente.

Estando en San Josef de Avila año de 1561, que fue el mesmo en que se fundó este mesmo monasterio, fuí mandada

del Padre Fray García de Toledo, dominico, que al presente era mi confesor, que escribiese la fundacion de aquel monasterio, con otras muchas cosas, que quien la viere (si sale á luz) verá. Ahora estando en Salamanca año de 1573, que son once años despues, confesándome con un padre rector de la Compañía, llamado el M. Ripalda, habiendo visto este libro de la primera fundación, le pareció sería servicio de Nuestro Señor, que escribiese de otros siete monasterios; que despues acá (por la bondad de Nuestro Señor) se han fundado junto con el principio de los monasterios de los Padres descalzos desta primera órden, y ansí me lo ha mandado. Pareciéndome á mí ser imposible, á causa de los muchos negocios, ansí de cartas,

como de otras ocupaciones forzosas, por ser en cosas mandadas por los prelados, me estaba encomendando á Dios, y algo apretada, por ser yo para tan poco, y con tan mala salud, que aun sin esto muchas veces me parecia no se poder sufrir el trabajo, conforme á mi bajo natural, me dijo el Señor: *Hija, la obediencia da fuerzas.* Plega á su Majestad que sea assi, y dé gracia, para que acierte yo á decir para gloria suya las mercedes que en estas fundaciones ha hecho á esta orden.

Puédese tener por cierto, que se dirá con toda verdad sin ningun encarecimiento á cuanto yo entendiere, sino conforme á lo que ha pasado; porque es cosa muy poco importante ya no trataria mentira por ninguna de la tierra: en esto que se escribe (para que Nuestro Señor sea alabado) haríaseme gran conciencia, y creeria no solo era perder tiempo, sino engañar con las cosas de Dios; y en lugar de ser alabado por ellas, ser ofendido, y seria una grande traicion. Plega á su Majestad no me deje de su mano, para que yo lo haga. Irá señalada cada fundacion, y procuraré abreviar si supiere; porque mi estilo es tan pesado, que aunque quiera temo que no dejaré de cansar y cansarme. Mas con el amor que mis hijas me tienen, á quien ha de quedar esto despues de mis dias, se podrá tolerar. Plega á Nuestro Señor, que pues en ninguna cosa yo procuro provecho mio, ni tengo por qué sino de su alabanza y gloria (pues se verán muchas cosas para que se la dén) esté muy léjos de quien lo leyere, atribuirme á mi ninguna, pues seria contra la verdad; sino que pidan á su Majestad que me perdone lo mal que me he aprovechado de todas estas mercedes como nos ha hecho. Una Ave María pido por su amor á quien esto leyere, para que sea ayuda á salir del purgatorio, y llegar á ver á Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina con el Padre, y el Espíritu Santo por siempre jamás. Amen. Por tener yo poca memoria, creo que se dejarán de decir muchas cosas muy importantes, y otras que se pudieran excusar, se dirán: en fin, conforme á mi poco ingenio y grosería, y tambien al poco sosiego que para esto hay. Tambien me mandan que si se ofreciere ocasion, trate algunas cosas de oracion y del engaño que podria haber, para no ir mas adelante las que la tienen. En todo me sujeto á lo que tiene la madre santa Iglesia romana, y con determinacion que antes que venga á vuestras manos, hermanas é hijas, lo verán letrados y personajes espi-

rituales. Comienzo en nombre del Señor, tomando por ayuda á su gloriosa Madre, cuyo hábito tengo, aunque indigna dél; y á mi glorioso Padre y Señor san Josef, en cuya casa estoy, que ansí es la vocación de este monasterio de descalzas, por

cuyas oraciones he sido ayudada contino. Año de 1573, día de san Luis, rey de Francia, que son veinticuatro días de agosto.

COMIENZA LA FUNDACION

DE

SAN JOSEF DEL CARMEN DE MEDINA DEL CAMPO

CAPITULO PRIMERO

De los medios por donde se comenzó á tratar desta fundacion, y de las demás.

Cinco años después de la fundacion de San Josef de Ávila, estuve en él, que á lo que ahora entiendo, me parece serán

los mas descansados de mi vida, cuyo sosiego y quietud echa harto menos muchas veces mi alma. En este tiempo entraron algunas doncellas religiosas de poca edad, á quien el mundo (á lo que parecia) tenia ya para sí, segun las muestras de su gala y curiosidad, sacándolas el Señor bien apresuradamente de aquellas vanidades, las trajo á su casa, dotándolas de tanta perfeción, que era harta confusion mia, llegando al número de trece, que es el que estaba determinado, para no pasar mas adelante. Yo me estaba deleitando entre almas tan santas y limpias, á donde solo era su cuidado de servir y alabar á Nuestro Señor. Su Majestad nos enviaba allí lo necesario sin pedirlo, y cuando nos faltaba (que fué harto pocas veces) era mayor su regocijo: alababa á Nuestro Señor de ver tantas virtudes encumbradas, en especial el descuido que tenian de todo lo demás, sino de servirle.

Yo que estaba allí por mayor, nunca me acuerdo ocupar el pensamiento en ello, tenia muy creido que no habia de faltar el Señor á las que no traian otro cuidado, sino en cómo contentarle. Y si alguna vez no había para todas el mantenimiento, diciendo yo fuese para las mas necesitadas, cada una le parecia no ser ella, y ansí se quedaba, hasta que Dios enviaba para todas. En la virtud de la obediencia (de quien yo soy muy devota, aunque no sabia tenerla, hasta que estas siervas de Dios me enseñaron, para no lo ignorar si yo tuviera virtud) pudiera decir muchas cosas que allí en ellas ví. Una se me ofrece ahora, y es, que estando un dia en refitorio, diéronnos raciones de cogombre: á mi cupo una muy delgada, y por de dentro podrida: llamé con disimulacion á una hermana de las de mejor entendimiento y talentos que allí habia, para probar su obediencia, y díjela, que fuese á sembrar aquel cogombro á un hortecillo que teniamos. Ella me preguntó, ¿si le habia de poner alto ó tendido? Yo le dije, que tendido. Ella fué y púsole, sin venir á su pensamiento que era imposible dejarse de secar, sino que el ser por obediencia cegó la razon natural en servicio de Cristo, para creer que era muy acertado. Acaecíame encomendar á una seis ó siete oficios contrarios, y callando tomarlos, pareciéndole posible hacerlos todos. Tenia un pozo (á dicho de los que le probaron) de harto mal agua, y parecia imposible correr, por estar muy hondo; llamando yo oficiales para procurarlo, reíanse de mí, de que

queria echar dineros en balde; yo dije á las hermanas, ¿que qué les parecia? Dijo una, que se procure; Nuestro Señor nos ha de dar quien nos traya agua, y para darles de comer, pues mas barato le sale á su Majestad dármosla en casa, y ansí no lo dejará de hacer. Mirando yo con la gran fe y determinacion con que lo decia, túvelo por cierto, y contra voluntad del que entendia en las fuentes, que conocia de agua, lo hice, y fué el Señor servido, que sacamos un caño della bien bastante para nosotras, y de beber, como ahora le tienen. No lo cuento por milagro, que otras cosas pudiera decir, sino por la fe que tenian estas hermanas, puesto que pasa ansí como lo digo: y porque no es mi primer intento loar las monjas destos monasterios, que (por la bondad del Señor) todas hasta ahora van ansí, y destas cosas y otras muchas seria escribir muy largo, aunque no sin provecho, porque á las veces se animan las que vienen á imitarlas; mas si el Señor fuere servido que esto se entienda, podrán los perlados mandar á las prioras que lo escriban.

Pues estando esta miserable entre estas almas de ángeles, que á mí no me parecian otra cosa, porque ninguna falta, aunque fuese interior, me encubrian, y las mercedes y grandes deseos y desasimiento que el Señor les daba eran grandísimas; su consuelo era su soledad, y ansí me certificaban que jamás de estar solas se hartaban, y ansí tenian por tormento que las viniesen á ver, aunque fuesen hermanos. La que mas lugar tenia de estarse en una ermita, se tenia por mas dichosa. Considerando yo el gran valor destas almas, y el ánimo que Dios las daba para padecer y servirle (no cierto de mujeres), muchas veces me parecia que era para algun gran fin las riquezas que el Señor ponia en ellas, no porque me pasase por pensamiento lo que despues ha sido, porque entonces parecia cosa imposible, por no haber principio para poderse imaginar, puesto que mis deseos mientras mas el tiempo iba adelante, eran muy mas crecidos de ser alguna parte para el bien de alguna alma; y muchas veces me parecia, como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen dél, y le atan las manos para distribuirle: ansí me parecia estaba atada mi alma, porque las mercedes que el Señor en aquellos la hacia eran muy grandes, y todo me parecía mal empleado en mí. Servía al Señor con mis pobres oraciones siempre, y yo

procuraba con las hermanas, que hiciesen lo mesmo, y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia, y á quien trataba con ellas, siempre se edificaban, y en esto embebia mis grandes deseos.

A los cuatro años, me parece era algo mas, acertó á venirme á ver un fraile franciscano, llamado Fr. Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venia de las Indias poco habia: comenzóme á contar de los muchos millones de almas que allí se perdian por falta de doctrina, é hízonos un sermon y plática animando á la penitencia, y fuése.

Yo quedé tan lastimada de la perdicion de tantas almas, que no cabia en mí; fúme á una ermita con hartas lágrimas, y clamaba á Nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar alguna alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oracion algo, ya que yo no era para mas. Habia gran envidia á los que podian por amor de Nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes: y ansí me acaece, que cuando en las vidas de los Santos leemos que convirtieron almas, mucha mas devocion me hacen, y mas ternuras y mas envidia, que todos los martirios que padecen, por ser esta inclinacion que Nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia mas un alma que por nuestra industria y oracion le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer.

Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche estando en oracion, representóseme Nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, á manera de quererme consolar, me dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes cosas*. Quedaron tan fijadas en mí corazon estas palabras, que no las podia quitar de mí; y aunque no podia atinar, por mucho que pensaba en ello, qué podria ser, ni veia camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada y con gran certidumbre que serian verdaderas estas palabras: mas el medio cómo, nunca vino á mi imaginación. Ansí se pasó (á mi imaginación y parecer) otro medio año, y después deste sucedió lo que ahora diré.

CAPÍTULO II

Como nuestro Padre General vino á Avila, y de lo que de su venida sucedió.

Siempre nuestros Generales residen en Roma, y jamás ninguno vino á España, y así parecia cosa imposible venir ahora; mas como por lo que Nuestro Señor quiere, no hay cosa que lo sea, ordenó su Majestad que la que nunca habia sido, fuese ahora. Yo cuando lo supe, paréceme que me pesó, porque (como ya se dijo en la fundación de San Josef) no estaba aquella casa sujeta á frailes por la causa dicha. Temí dos cosas: la una, que se habia de enojar conmigo, y no sabiendo las cosas como pasaban, tenia razon; la otra, si me habia de mandar tornar al monasterio de la Encarnacion, que es de la regla mitigada, que para mí fuera desconsuelo, por muchas causas que no hay para qué decir. Una bastaba, que era no poder yo allá guardar el rigor de la regla primera, y ser de mas de ciento y cincuenta el número, y todavía á donde hay pocas, hay mas conformidad y quietud. Mejor lo hizo Nuestro Señor que yo pensaba; porque el General es tan siervo suyo, y tan discreto y letrado, que miró ser buena la obra, y por lo demás ningun desabrimiento me mostró. Llámase Fr. Juan Bautista Rubeo de Ravena, persona muy señalada en la orden, y con mucha razon.

Pues llegado á Avila, yo procuré fuese á San Josef, y el obispo tuvo por bien se le hiciese toda la cabida que á su misma persona. Yo le dí cuenta con toda verdad y llaneza, porque es mi inclinación tratar así con los perlados, suceda lo que sucediere, pues están en lugar de Dios, y con los confesores lo mismo: y si esto no hiciese, no me pareceria tenía seguridad mi alma, y así le dí cuenta de ella, y cuasi de toda mi vida, aunque es harto ruin: él me consoló mucho, y aseguró que no me mandaria salir de allí. Alegróse de ver la manera de vivir, y un retrato (aunque imperfecto) del principio de nuestra órden, y como la regla primera se guardaba en todo rigor, porque en toda la órden no se guardaba en ningun monasterio sino la mitigada; y con la voluntad que tenia de que fuese muy adelante este principio, dióme muy cumplidas patentes para

que se hiciesen mas monasterios, con censuras para que ningun provincial me pudiese ir á la mano. Yo no se las pedí, puesto que entendió de mi manera de proceder en la oracion, que eran los deseos grandes de ser parte para que algun alma se llegase mas á Dios.

Estos medios yo no los procuraba, antes me parecia desatino; porque una majercilla tan sin poder como yo, bien entendia que no podia hacer nada; mas cuando al alma vienen estos deseos, no es en su mano desecharlos: el amor de contentar á Dios y á la fe hacen posible lo que por razon natural no lo es; y ansí en viendo yo la gran bondad de nuestro reverendísimo General, para que hiciese mas monasterios, me pareció los veia hechos, acordándome de las palabras que Nuestro Señor me habia dicho: veia ya algun principio de lo que antes no podia entender. Sentí muy mucho cuando vi tornar á nuestro Padre General á Roma; habíale cobrado gran amor, y parecíame quedar con gran desamparo: él me le mostraba grandísimo, y mucho favor, y las veces que podia desocuparse, se iba allá á tratar cosas espirituales, como á persona á quien el Señor debe hacer grandes mercedes: en este caso nos era consuelo oirle.

Aun antes que se fuese, el señor obispo, que es D. Alvaro de Mendoza, muy aficionado á favorecer á los que ve que pretenden servir á Dios con mas perfecion; y ansí procuró que le dejase licencia para que en su obispado se hiciesen algunos monasterios de frailes descalzos de la primera regla. Tambien otras personas se lo pidieron: él lo quisiera hacer, mas halló contradicion en la órden, y ansí por no alterar la provincia, la dejó por entonces.

Pasados algunos dias, considerando yo cuán necesario era, si se hacian monasterios de monjas, que hubiese frailes de la mesma regla, y viendo ya tan pocos en esta provincia, que aun me parecia se iban á acabar, encomendándolo mucho á Nuestro Señor, escribí á nuestro Padre General una carta suplicándoselo lo mejor que yo supe, dando las causas por donde seria gran servicio de Dios; y los inconvenientes que podia haber, no eran bastantes para dejar tan buena obra, y poniéndole delante el servicio que haria de Nuestra Señora, de quien era muy devoto. Ella debia ser la que lo negoció, porque esta carta llegó á su poder estando en Valencia, y desde allí me envió licencia para que se fundasen dos monasterios,

como quien deseaba la mayor religion de la orden. Porque no hubiese contradiccion, remitiólo al provincial que era entonces, y al pasado, que era harto dificultoso de alcanzar: mas como vi lo principal, tuve esperanza que el Señor haria lo demás: y ansí fué, que con el favor del señor obispo, que tomaba este negocio muy por suyo, entrambos vinieron en ello.

Pues estando yo ya consolada con la licencia, creció mas mi cuidado, por no haber fraile en la provincia que yo entendiese, para ponerlo por obra, ni seglar que quisiese hacer tal comienzo. Yo no hacia sino suplicar á Nuestro Señor, que siquiera una persona despertase. Tampoco tenia casa, ni como la tener. Héla aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra; el ánimo no desfallecia, ni la esperanza, que pues el Señor habia dado lo uno, daria lo otro: ya todo me parecia muy posible, y ansí lo comencé á poner por obra.

¡O grandeza de Dios! ¡Y cómo mostrais vuestro poder en dar osadía á una hormiga! ¿Y cómo, Señor mio, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad? Como nunca nos determinamos sino llenos de mil temores y prudencias humanas; ansí, Dios mio, no obrais por vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién mas amigo de dar, si tuviese á quién, ni de recibir servicios á su costa? Plega á vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno, y no tenga mas cuenta que dar de lo mucho que he recibido. Amen.

CAPITULO III

Por qué medios se comencó á tratar de hacer el monasterio de San Josef de Medina del Campo.

Pues estando yo con todos estos cuidados, acordé de ayudarme de los Padres de la Compañía, que estaban muy aceptos en Medina, con quien (como ya tengo escrito en la primera fundacion) traté mi alma muchos años, y por el gran

bien que la hicieron, siempre les tengo particular devocion. Escribí lo que nuestro Padre General me habia mandado al rector de allí, que acertó á ser el que me confesó muchos años, como queda dicho, aunque no le nombré; llámase Baltasar Alvarez, que al presente es provincial. El y los demás dijeron que harian lo que pudiesen en el caso, y ansí hicieron mucho para recabar la licencia de los del pueblo y del perlado, que por ser monasterio de pobreza, en todas partes es dificultoso: y ansí se tardó algunos dias en negociar.

A esto fué un clérigo muy siervo de Dios, y bien desasido de todas las cosas del mundo y de mucha oracion. Era capellan en el monasterio á donde yo estaba, al cual le daba el Señor los mesmos deseos que á mí, y ansí me ha ayudado mucho, como se verá adelante: llámase Julian de Avila. Pues ya que tenia la licencia, no tenia casa, ni blanca para comprarla: pues crédito para fiarme en nada, si el Señor no le diera, ¿cómo le habia de tener una romera como yo? Proveyó el Señor, que una doncella muy virtuosa, para quien no habia habido lugar en San Josef que entrase, sabiendo se hacia otra casa, me vino á rogar la tomase en ella. Esta tenia unas blanquillas, harto poco, que no eran para comprar casa, sino para alquilarla; y ansí procuramos una de alquiler, y para ayuda al camino. Sin mas arrimo que este, salimos de Avila dos monjas de San Josef y yo, y cuatro de la Encarnacion, que es el monasterio de la regla mitigada (á donde yo estaba antes que se fundase San Josef) con nuestro Padre capellan Julian de Avila.

Cuando en la ciudad se supo, hubo mucha murmuracion: unos decian que yo estaba loca: otros esperaban el fin de aquel desatino: el obispo (segun despues me ha dicho) le parecia muy grande, aunque entonces no me lo dió á entender, ni quiso estorbarme, porque me tenia mucho amor, y no me dar pena: mis amigos harto me habian dicho, mas yo hacia poco caso dello; porque me parecia tan fácil lo que ellos tenian por dudoso, que no podia persuadirme á que habia de dejar de suceder bien. Ya cuando salíamos de Avila, habia yo escrito á un Padre de nuestra orden llamado Fr. Antonio de Heredia, que me comprase una casa, que era entonces prior del monasterio de frailes que allí hay de nuestra órden, llamado Santa Ana. El lo trató con una señora que le tenia devocion, que

tenía una que se le había caído toda, salvo un cuarto, y era muy bien puesto. Fué tan buena, que prometió de vendérsela, y así la concertaron sin pedirle fianzas, ni mas fuerzas de su palabra, porque á pedirlas, no tuviéramos remedio: todo lo iba disponiendo el Señor. Esta casa estaba tan sin paredes, que á esta casa alquilamos estotra, mientras aquella se aderezaba, que había harto que hacer.

Pues llegando la primera jornada ya noche, y cansadas por el mal aparejo que llevábamos, yendo á entrar por Arévalo, salió un clérigo nuestro amigo, que nos tenía una posada en casa de unas devotas mujeres, y díjome en secreto como no teníamos casa, porque estaba cerca de un monasterio de agustinos, y que ellos resistían que no entrásemos ahí, y que forzado había de haber pleito. ¡O válame Dios! cuando Vos, Señor, queréis dar ánimo, ¡qué poco hacen todas las contradiciones! Antes parece me animó, pareciéndome, pues ya se comenzaba á alborotar el demonio, que se había de servir el Señor de aquel monasterio. Con todo le dije que callase, por no alborotar á las compañeras, en especial á las dos de la Encarnación, que las demás por cualquier trabajo pasaran por mí. La una destas dos era superiora entonces de allí, y defendiéronle mucho la salida, entrambas de buenos deudos, y venían contra su voluntad, porque á todas les parecía disbarate, y después ví yo que les sobraba la razón, que cuando el Señor es servido yo funde una casa destas, paréceme que ninguna cosa admite mi pensamiento, que me parezca bastante para dejarlo de poner por obra, hasta después de hecho: entonces se me ponen juntas las dificultades, como después se verá.

Llegando á la posada, supe que estaba en el lugar un fraile dominico, muy gran siervo de Dios, con quien yo me había confesado el tiempo en que había estado en San Josef: porque en aquella fundación traté mucho de su virtud; aquí no diré mas del nombre, que es el maestro Fr. Domingo Báñez; tiene muchas letras y discreción, por cuyo parecer yo me gobernaba, y el suyo no era tan dificultoso, como en todos los que iba á hacer, porque quien mas conoce de Dios, mas fácil se le hacen sus obras, y de algunas mercedes que sabía su Majestad me hacía, y por lo que había visto en la fundación de San Josef, todo le parecía muy posible. Dióme gran consuelo, cuando le ví; porque con su parecer todo me parecía iría acertado. Pues

venido allí, díjele muy en secreto lo que pasaba: á él le pareció que presto podríamos concluir el negocio de los agustinos; mas á mí hacíaseme recia cosa cualquier tardanza, por no saber que hacer con tantas monjas; y ansí pasamos todas con cuidado aquella noche, que luego lo dijeron en la posada á todos.

Luego de mañana llegó allí el prior de nuestra orden, Fr. Antonio, y dijo, que la casa que tenia concertada de comprar, era bastante, y tenia un portal á donde se podía hacer una iglesia pequeña, aderezándole con algunos paños. En esto nos determinamos, al menos á mí parecióme muy bien; porque la mas brevedad era lo que mejor nos convenia, por estar fuera de nuestros monasterios, y tambien porque temí alguna contradicion, como estaba escarmentada de la fundacion primera, y ansí queria que antes que se entendiese, estuviese ya tomada la posesion, y ansí nos determinamos á que luego se hiciese:

en esto mesmo vino el P. M. Fr. Domingo. Llegamos á Medina del Campo, víspera de Nuestra Señora de Agosto á las doce de la noche; apeámonos en el monasterio de Santa Ana por no hacer ruido, y á pié nos fuimos á la casa. Fue harta misericordia del Señor, que aquella hora encerraban toros para correr otro día, no nos topar alguno. Con el embebecimiento que llevábamos, no había acuerdo de nada: mas el Señor, que siempre le tiene de los que desean su servicio, nos libró, que cierto allí no se pretendia otra cosa. Llegadas á la casa, entramos en un patio, las paredes harto caidas me parecieron mas no tanto como fue de día se pareció. Parece que el Señor

habia querido se cegase aquel bendito Padre, para ver que no convenia poner allí el santísimo Sacramento.

Visto el portal, habia bien que quitar tierra dél, á teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta, y no traiamos sino unos reposteros (creo eran tres); para toda la largura que tenia el portal era nada: yo no sabia qué hacer, porque ví no convenia poner allí altar: plugo al Señor, que queria luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora tenia muchos tapices della en casa, y una cama de damasco azul, y habia dicho nos diesen lo que quisiésemos, que era muy buena. Yo cuando ví tan buen aparejo, alabé al Señor, y ansí harian las demás, aunque no sabíamos qué hacer de clavos, ni era hora de comprarlos, comenzáronse á buscar de las paredes: en fin, con trabajo se halló recaudo. Unos á tapizar, nosotras á limpiar el suelo, nos dimos tan buena prisa, que cuando amanecia estaba puesto el altar, y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesion: no se cayó en ello, sino que pusimos el santísimo Sacramento, y desde unas resquicias de una puerta que estaba frontero, veíamos misa, que no habia otra parte. Yo estaba hasta esto muy contenta; porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia mas, á donde haya santísimo Sacramento; mas poco me duró, porque como se acabó la misa, llegué por un poquito de una ventana á mirar el patio, y ví todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo eran menester muchos dias.

¡O válame Dios! ¿cuando yo ví á su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, que fué la congoja que vino á mi corazon! Con esto se juntaron todas las dificultades que podia poner los que mucho lo habian murmurado, y entendí claro que tenian razon. Parecíame imposible ir adelante con lo que habia comenzado; porque ansí como antes todo me parecia fácil, mirando á que se hacia por Dios, ansí ahora la tentacion estrechada de manera su poder, que no parecia haber recibido ninguna merced suya; solo mi bajeza y poco poder tenia presente. Pues arrimada á cosa tan miserable, ¿qué buen suceso podia esperar? Y á ser sola, paréceme lo pasara mejor; mas pensar habian de tornar las compañeras á su casa con la contradicion que habian salido, haciaseme recio. Tambien me parecia que errado este princi-

pio, no habia lugar todo lo que yo tenia entendido habia de hacer el Señor adelante. Luego se añadia el temor, si era ilusion lo que en la oracion habia entendido, que no era la menor pena, sino la mayor; porque me daba grandísimo temor, si me habia de engañar el demonio.

¡Ó Dios mio! ¡qué cosa es ver un alma que Vos quereis dejar que pene! Por cierto cuando se me acuerda esta afliccion, y otras algunas que he tenido en estas fundaciones, no me parece que hay que hacer caso de los trabajos corporales (aunque han sido hartos) en esta comparacion. Con toda esta fatiga, que me tiene bien apretada, no daba á entender ninguna cosa á las compañeras, porque no las queria fatigar mas de lo que estaban. Pasé con este trabajo hasta la tarde, que envió el rector de la Compañía á verme con un Padre que me animó y consoló mucho.

Yo no le dije todas las penas que tenia, sino solo la que me daba vernos en la calle. Comencé á tratar de que se nos buscase casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos á ella, mientras aquello se remediaba, y comencéme á consolar de ver la mucha gente que venia, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios; porque fuera muy acertado quitarnos el santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi boberia, y el poco advertir de todos en no consumirle, sino que me parecia que si esto se hiciera era todo deshecho.

Por mucho que se procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar, que yo pasaba harto penosas noches y dias, porque (aunque siempre dejaba hombres que velasen al santísimo Sacramento) estaba con cuidado si se dormian, y ansí me levantaba á mirarlo de noche por una ventana, que hacia muy clara luna, y podíalo bien ver. Todos estos dias era mucha la gente que venia, y no solo no les parecia mal, sino poníales devocion de ver á Nuestro Señor otra vez en el portal: y su Majestad (como quien nunca se cansa de humillarse con nosotros) no parece queria salir dél. Ya despues de ocho dias, viendo un mercader la necesidad (que posaba en una buena casa) díjonos fuésemos á lo alto della, que podíamos estar como en casa propia. Tenia una sala muy grande y dorada, que nos dió para iglesia, y una señora que vivia junto á la casa que compramos, llamada doña Elena de Quiroga (gran sierva de Dios), dijo que me ayudaria para que luego se comenzase

á hacer una capilla para donde estuviese el santísimo Sacramento, y tambien para acomodarnos como estuviésemos encerradas. Otras personas nos daban harta limosna para comer, mas esta señora fué la que mas me socorrió.

Ya con esto comencé á tener sosiego, porque á donde nos fuimos estábamos con todo encerramiento, y comenzamos á decir las Horas, y en la casa se daba el buen prior mucha priesa, que pasó harto trabajo; con todo tardaria dos meses, mas púsose de manera que pudimos estar algunos años razonablemente; después lo ha ido Nuestro Señor mejorando.

Estando aquí yo, todavía tenía cuidado de los monasterios de los frailes, y como no tenia ninguno (como he dicho) no sabia qué hacer, y así me determiné muy en secreto á tratarlo con el prior de allí, para ver que me aconsejaba, y así lo hice. Él se alegró mucho cuando lo supo, y me prometió que seria el primero: yo lo tuve por cosa de burla, y así se lo dije; porque (aunque siempre fué buen fraile, y recogido, y muy estudioso, y amigo de su celda, que era letrado) para principio semejante no me pareció seria ni ternia espíritu, ni llevaria adelante el rigor que era menester, por ser delicado y no mostrado á ello. Él me aseguraba mucho; y certificó que habia muchos dias que el Señor le llamaba para vida mas estrecha, y así tenía ya determinado de irse á los cartujos, y le tenian ya dicho le recibirian. Con todo esto no estaba muy satisfecha, aunque me alegraba de oirle, y roguéle que nos detuviésemos algun tiempo, y él se ejercitase en las cosas que habia de prometer: y así se hizo, que se pasó un año, y en este le sucedieron tantos trabajos y persecuciones de muchos testimonios, que parece el Señor le queria probar; y él lo llevaba todo tan bien y se iba aprovechando tanto, que yo alababa á Nuestro Señor, y me parecia le iba su Majestad disponiendo para esto.

Poco despues acertó á venir allí un Padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fué con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este Padre hacia: llamábase Fr. Juan de la Cruz. Yo alabé á Nuestro Señor, y hablándole, contentóme mucho, y supe dél como se queria tambien ir á los cartujos. Yo le dije lo que pretendia, y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio, y el gran bien que seria (si habia de mejorarse)

ser en su mesma órden, y cuánto mas serviria al Señor. El me dió la palabra, con que no tardase mucho. Cuando yo vi ya que tenia dos frailes para comenzar, parecióme estaba hecho el negocio, aunque todavía no estaba satisfecha del prior, y así aguardaba algun tiempo, y tambien por tener á donde comenzar.

Las monjas iban ganando crédito en el pueblo, y tomando con ellas mucha devocion, y (á mi parecer) con razon; porque no entendian, sino en cómo pudiese cada una mas servir á Nuestro Señor: en todo iban con la manera de proceder que en San Josef de Avila, por ser una mesma regla y constituciones. Comenzó el Señor á llamar algunas para tomar el hábito; y eran tantas las mercedes que les hacia, que yo estaba espantada. Sea por siempre bendito. Amen. Que no parece aguarda mas de ser querido para querer.

CAPITULO IV

En que trata de algunas mercedes que el Señor hace á las monjas destos monasterios, y dase aviso á las Prioras de cómo se han de haber en ellas.

Hame parecido, antes que vaya mas adelante (porque no sé el tiempo que el Señor me dará de vida ni de lugar, y ahora parece tengo un poco) de dar algunos avisos para que las prioras se sepan entender, y lleven las súbditas con mas aprovechamiento de sus almas (aunque no con tanto gusto suyo). Hase de advertir, que cuando me han mandado escribir estas fundaciones, dejando la primera de San Josef de Avila, que se escribió luego, están fundados (con el favor del Señor) otros siete monasterios hasta el de Alva de Tormes, que es el postrero dellos, y la causa de no se haber fundado mas, ha sido el atarme los perlados en otra cosa, como adelante se verá. Pues mirando á lo que sucede de cosas espirituales, en estos años, en estos monasterios, he visto la necesidad que hay de lo que quiero decir: plega á Nuestro Señor que acierte conforme á lo que veo es menester. Y pues no son engaños, es menester no estén los espíritus amedrantados; porque (como

en otras partes he dicho) en algunas cosillas que para las hermanas he escrito, yendo con limpia conciencia y con obediencia, nunca el Señor permite que el demonio tenga tanta mano, que nos engañe de manera que pueda dañar el alma, antes viene él á quedar engañado; y como esto entiende, creo no hace tanto mal, como nuestra imaginacion y malos humores (en especial si hay melancolía) porque el natural de las mujeres es flaco, y el amor propio que reina en nosotras muy sutil; y ansí han venido á mí personas (ansí hombres como mujeres muchas) junto con las monjas destas casas, á donde claramente he conocido, que muchas veces se engañan á sí mesmas sin querer. Bien creo que el demonio se debe entremeter para burlarnos; mas de muy muchas que (como digo he visto) por la bondad del Señor no he entendido que las haya dejado de su mano: por ventura quiere ejercitarlas en estas quiebras, para que salgan experimentadas.

Están (por nuestros pecados) tan caidos en el mundo las cosas de oracion y perfecion, que es menester declararme desta suerte, porque aun sin ver peligro temen de andar este camino; ¿qué sería si dijésemos alguno? Aunque á la verdad en todo le hay, y para todo es menester (mientras vivimos) ir con temor, y pidiendo al Señor nos enseñe y no desampare. mas, como creo dije una vez, si en algo puede dejar de haber muy menos peligro, es en los que mas se llegan á pensar en Dios, y procuran perficionar su vida.

Como, Señor mio, veo que nos librais muchas veces de los peligros en que nos ponemos, aun para ser contra Vos, ¿cómo es de creer, que no nos librarêis, cuando no se pretende cosa mas que contentaros y regalarnos con Vos? Jamás esto puedo creer: podria ser que por otros juicios secretos de Dios permitiese algunas cosas, que ansí como ansí habian de suceder, mas el bien nunca trajo mal. Ansí que esto sirva de procurar caminar mejor el camino, para contentar mejor á nuestro Esposo, y hallarle mas presto, mas no de dejarle de andar, y para animarnos á andar con fortaleza camino de puertos tan ásperos, como es el desta vida: mas no para acobardarnos en adelante, pues en fin, yendo con humildad (mediante la misericordia de Dios) hemos de llegar á aquella ciudad de Jerusalen á donde todo se nos hará poco lo que se ha padecido, ó nada en comparacion de lo que se goza.

Pues comenzando á poblarse estos palomarcitos de la Virgen Nuestra Señora, comenzó la divina Majestad á mostrar sus grandezas en estas mujercitas flacas, aunque fuertes en los deseos y en el desaire de todo lo criado, que debe ser lo que mas junta el alma con su Criador, yendo con limpia conciencia. Esto no habia menester señalar, porque si el desasimiento es verdadero, parécome no es posible con él ofender al Señor: y como todas las pláticas y trato no sale del, ansi

su Majestad no parece se quiere quitar de con ellas. Esto es lo que veo ahora, y con verdad puedo decir: teman las que están por venir, y esto leyeren; y si no vieren lo que ahora hay, no lo echen á los tiempos, que para hacer Dios grandes mercedes á quien de veras le sirve, siempre es tiempo, y procuren mirar si hay quiebra en esto, y enmendarla.

Oyó algunas veces de los principios de las órdenes decir que (como eran los cimientos) hacia el Señor mayores mercedes á aquellos santos nuestros pasados, y es ansí, mas siempre habian de mirar, que son cimiento de los que están por venir; y si ahora los que vivimos no hubiésemos caido de lo

que los pasados, y los que viniesen después de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaría firme el edificio. ¿Qué me aprovecha á mí que los Santos pasados hayan sido tales, si yo soy tan ruin después, que dejo estragado con la mala costumbre el edificio? Porque está claro, que los que vienen no se acuerdan tanto de los que ha muchos años que pasaron, como de los que ven presentes. Donosa cosa es que lo eche yo á no ser de las primeras, y no mire la diferencia que hay de mi vida y virtudes á la de aquellos á quien Dios hacia tan grandes mercedes.

¡O válame Dios! ¡Qué disculpas tan torcidas y que engaños tan manifiestos! No trato de los que fundan las religiones, que como los escogió Dios para gran oficio, dióles mas gracia. Pésame á mí, mi Dios, de ser tan ruin y tan poco en vuestro servicio, mas bien sé que está la falta en mí, de no me hacer las mercedes que á mis pasados. Lastímame mi vida, Señor, cuando la cotejo con la suya, y no lo puedo decir sin lágrimas. Veo que he perdido yo lo que ellos trabajaron, y que en ninguna manera me puedo quejar de Vos, ni ninguna es bien que se queje, sino que si viere va cayendo en algo su orden, procure ser piedra tal, con que se torne á levantar el edificio: que el Señor ayudará para ello.

Pues tornando á lo que decia (que me he divertido mucho) son tantas las mercedes que el Señor hace en estas cosas, que llevándolas Dios á todas por meditacion, algunas llegan á contemplación perfecta; y otras van tan adelante, que llegan á arrobamientos; y á otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto de darles revelaciones y visiones, que claramente se entienden ser de Dios. No hay ahora casa, que no haya una, ó dos, ó tres destas. Bien entiendo que no está en esto la santidad, ni es mi intencion loarlas solamente, sino para que se entienda que no es sin propósito los avisos que quiero decir.

CAPITULO V

En que se dicen algunos avisos para cosas de oracion, y revelaciones. Es muy provechoso para los que andan en cosas activas.

No es mi intencion ni pensamiento, que será tan acertado lo que yo dijere aquí, que se tenga por regla infalible, que sería desatino en cosas tan dificultosas. Como hay muchos caminos en este camino del espíritu, podrá ser acierte á decir de alguno dellos algun punto: si los que no van por él no lo entendieren, será que van por otro; y sino aprovechare á ninguno, tomará el Señor mi voluntad, pues entiende, que aunque no todo lo he experimentado yo, en otras almas sí lo he visto.

Lo primero, quiero tratar (segun mi pobre entendimiento) en que está la sustancia de la perfeta oracion, porque algunos he topado, que les parece está todo el negocio en el pensamiento, y si este pueden tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, luego les parece que son espirituales: y se divierten (no pudiendo mas) aunque sea para cosas buenas, luego les viene gran desconsuelo y les parece que están perdidos. Estas cosas é ignorancias no las tendrán los letrados, aunque ya he topado con alguno en ellas, mas para nosotras las mujeres de todas estas ignorancias nos conviene ser avisadas. No digo que no es merced del Señor, que siempre pueda estar meditando en sus obras, y es bien que se procure; mas hase de entender, que no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amarle, en que está la perfecion más que en pensar. Ya otra vez escribí las causas deste desvario de nuestra imaginacion, á mi parecer no todas, que será imposible, mas algunas; y ansí no trato ahora desto, sino quería dar á entender, que el alma no es el pensamiento, ni la voluntad es bien que sea mandada por él, que tenía hasta mala ventura, como está dicho arriba, por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho. Y si preguntáredes, ¿cómo se adquirirá este amor? Digo, que determinándose un alma á obrar y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere.

Bien es verdad que del pensar lo que debemos al Señor, y quién es, y lo que somos, se viene á hacer un alma determinada, y que es gran mérito y para los principios muy conveniente: mas entiéndese cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prójimos, á que obligue la caridad; que en tales casos, cualquiera destas dos cosas que se ofrezcan, piden tiempo para dejar el que nosotras tanto deseamos dar á Dios, que (á nuestro parecer) es, estarnos á solas pensando en él, y regalándonos con los regalos que nos da. De dejar esto por cualquiera destas dos cosas, es regalarle á el Señor, y hacer por él, dicho por su boca: *Lo que hicistes por uno de estos pequeñitos, hocesi por mí.* Y en lo que toca á la obediencia, no querrá que vaya por otro camino, que el que bien lo quisiere, sígale, pues fue *obediens usque ad mortem*. Pues si esto es verdad, ¿de qué procede el disgusto que la mayor parte da, cuando no se ha estado mucha parte del dia muy apartados y embebidos en Dios, aunque andemos empleados en estotra cosa? A mi parecer, por dos razones: la una y mas principal, por un amor propio, que aquí se mezcla muy delicado, y así no se deja entender, que es querernos mas contentar á nosotros que á Dios. Porque está claro, que despues que un alma comienza á gustar *cuán suave es el Señor*, que es mas gusto estarse descansando el cuerpo sin trabajar, y regalada el alma.

¡O caridad de los que verdaderamente aman á este Señor, y conocen su condicion! ¡Qué poco descanso podrán tener, si ven que son un poquito de parte, para que un alma solo se aproveche y ame mas á Dios, ó para darla algun consuelo, ó para quitarla de algun peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, con oracion, importunando al Señor por las muchas almas, que la lastima de ver que se pierden, pierde ella su regalo, y lo tiene por bien perdido, porque no se acuerda de su contento, sino en cómo hacer mas la voluntad del Señor; y así es en la obediencia. Seria recia cosa que nos estuviese claramente diciendo Dios que fuésemos á alguna cosa que le importa, y no quisiésemos sino estarle mirando, porque estamos mas á nuestro placer; donoso adelantamiento en el amor de Dios es atarle las manos, con parecer que no nos puede aprovechar sino por un camino.

Conozco algunas personas que he tratado, dejado (como he dicho) lo que yo he experimentado, que me han hecho entender esta verdad, cuando yo estaba con pena grande verme con poco tiempo, y ansí las habia lástima de verlas siempre ocupadas en negocios y cosas muchas, que les mandaba la obediencia; y pensaba yo en mí (y aun se lo decia) que no era posible entre tanta barauuda crecer el espíritu, porque entonces no tenian mucho. ¡O Señor, cuán diferentes son vuestros caminos de nuestras imaginaciones! Y como de un alma, que está ya determinada á amaros, y dejada en vuestras manos, no quereis otra cosa sino que obedezca, y se informe bien de lo que es mas servicio vuestro, y eso desee, no há menester ella buscar los caminos ni escogerlos, que ya su voluntad es vuestra. Vos, Señor mio, tomais ese cuidado de guiarla por donde mas se aproveche. Y aunque el perlado no acude con este cuidado de aprovecharnos el alma, sino de que se hagan los negocios, que le parece convienen á la comunidad, Vos, Dios mio, le teneis y vais disponiendo el alma y las cosas que se tratan de manera, que (sin entender cómo) obedeciendo con fidelidad por Dios las tales ordenaciones, nos hallamos con espíritu y gran aprovechamiento, que nos deja después espantadas.

Ansí lo estaba una persona que há pocos dias que hablé, que la obediencia le habia traido cerca de quince años tan trabajado en oficios y gobiernos, que en todos estos no se acordaba de haber tenido un dia para sí, aunque él procuraba (lo mejor que podia) algunos ratos al dia de oracion, y de traer limpia conciencia. Es un alma de las mas inclinadas á obediencia que yo he visto, y ansí la pega á cuantos trata. Hale pagado bien el Señor, que (sin saber cómo) se halló con aquella libertad de espíritu tan preciada y deseada que tienen los perfetos, á donde se halla toda la felicidad que en esta vida se puede desear, porque no queriendo nada, lo posee todo. Ninguna cosa temen ni desean de la tierra, ni los trabajos los turban, ni los contentos los hacen movimiento: al fin nadie les puede quitar la paz, porque esta de solo Dios depende: y como á él nadie le puede quitar, solo temor de perderle puede dar pena, que todo lo demás deste mundo es (en su opinion) como si no fuese, porque ni le hace, ni le deshace para su contento.

¡O dichosa obediencia y distraccion por ella, que tanto pu-

do alcanzar! No es sola esta persona, que otras he conocido de la misma suerte, que no las habia visto algunos años habia, y hartos, y preguntándoles en qué se habian pasado, era todo en ocupaciones de obediencia y caridad; por otra parte vialos tan medrados en cosas espirituales, que me espantaban. Pues ea, hijas mias, no haya desconsuelo; mas cuando la obediencia os trajere empleados en cosas exteriores, entended, que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior.

Acuérdome, que me contó un religioso, que habia determinado y puesto muy por sí, que ninguna cosa le mandase el perlado que dijese de no, por trabajo que le diese; y un dia estaba hecho pedazos de trabajar, y ya tarde, que no se podia tener, y iba á descansar sentándose un poco, y topóle el perlado, y díjole que tomase el azadon y fuese á cavar á la huerta: él calló, aunque bien afligido el natural, que no se podia valer, tomó su azadon, y yendo á entrar por un tránsito que habia en la huerta (que yo vi muchos años después que él me lo habia contado, que acerté á fundar en aquel lugar una casa) se le apareció Nuestro Señor con la cruz á cuestas, tan cansado y fatigado, que le dió bien á entender, que no era nada el que él tenia en aquella comparacion. Yo creo, que como el demonio ve que no hay camino que mas presto lleve á la suma perfecion que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades, debajo de color de bien, y esto se note bien, y verán claro si digo verdad.

En lo que está la suma perfecion, claro está que no es en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos, ni en visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo amargo con lo sabroso, entendiendo que lo quiere su Majestad. Esto parece dificultosísimo, no el hacerlo, sino este contentarnos con lo que de todo en todo nuestra voluntad contradice conforme á nuestro natural, y así es verdad que lo es; mas esta fuerza tiene el amor (si es perfecto) que olvidamos nuestro contento, por contar á quien amamos. Y verdaderamente ansí, que aunque sean grandísimos trabajos, es entendiendo contentamos á Dios, se nos

hacen dulces; y desta manera aman los que han llegado aquí en las persecuciones, y deshonras y agravios.

Esto es tan cierto, y está tan sabido y llano, que no hay para qué me detener en ello. Lo que pretendo dar á entender, es la causa que la obediencia (á mi parecer) hace mas presto, ó es el mayor medio que hay para llegar á este tan dichoso estado; y esta es, que como en ninguna manera somos señores de nuestra voluntad, para pura y limpiamente emplearla toda en Dios, hasta que la sujetamos á la razon, es la obediencia el verdadero camino para sujetarla, porque esto no se hace con buenas razones, que nuestro natural y amor propio tiene tantas, que nunca llegaríamos allá; y muchas veces lo que es mayor razón (si no lo hemos gana) nos hace parecer disbarate, con la poca gana que tenemos de hacerlo.

Habia tanto que decir aquí, que no acabaríamos desta batalla interior, y tanto lo que ponen el demonio, y el mundo, y nuestra sensualidad, para hacernos torcer la razon. ¿Pues qué remedio? que así como acá en un pleito muy dudoso se toma un juez, y lo ponen en sus manos las partes cansados de pleitear, tome nuestra alma uno que sea el perlado ó confesor, con determinación de no traer más pleito, ni pensar más en su causa, sino fiar de las palabras del Señor, que dice: *Quien á vosotras oye á mí me oye*, y descuidar de su voluntad. Tiene el Señor en tanto este rendimiento (y con razón, porque es hacerle señor del libre albedrío que nos ha dado) que ejercitándonos en esto una vez deshaciéndonos, otra vez con mil batallas, pareciéndonos desatino lo que se juega en nuestra causa, venimos á conformarnos con lo que nos manda con este ejercicio penoso; mas con pena ó sin ella, en fin, lo hacemos, y el Señor ayuda tanto de su parte, que por la mesma causa que sujetamos nuestra voluntad y razon por él, nos hace señores della. Entonces (siendo señores de nosotros mesmos) nos podemos con perfeccion emplear en Dios, dándole la voluntad limpia para que la junte con la suya; pidiéndole, *que venga fuego del cielo de amor suyo, que abrase este sacrificio*, quitando todo lo que le puede descontentar; pues ya no ha quedado por nosotros, que (aunque con hartos trabajos) le hemos puesto sobre el altar, que (en cuanto ha sido en nosotros) no toca en la tierra.

Está claro que no puede uno dar lo que no tiene, sino que

es menester tenerlo primero. Pues créanme, que para adquirir este tesoro, que no hay mejor camino que cavar y trabajar, para sacarle desta mina de la obediencia, que mientras mas caváremos hallarémos mas; y mientras mas nos sujetáremos á los hombres (no teniendo otra voluntad, sino la de nuestros mayores) mas estarémos señores della, para conformarla con la de Dios. Mirad, hermanas, si quedará bien pagado el dejar el gusto de la soledad. Yo os digo, que no por falta della dejaréis de disponeros, para alcanzar esta verdadera union que queda dicha, que es hacer mi voluntad una con la de Dios. Esta es la union que yo deseo y querria en todas, que no unos embebecimientos muy regalados que hay, á quien tienen puesto nombre de union; y será assí, siendo después desta que dejo dicha: mas si después desa suspension queda poca obediencia, y propia voluntad, unida con su amor propio (me parece á mí) que estará, que no con la voluntad de Dios. Su Majestad sea servido de que yo lo obre como lo entiendo.

La segunda causa que me parece causa este sinsabor, es, que como en la soledad hay menos ocasiones de ofender al Señor, que algunas (como en todas partes están los demonios, y nosotros mesmos) no pueden faltar, parece anda el alma mas limpia; que si es temerosa de ofenderle, es grandísimo consuelo no haber en que tropezar: y cierto esta me parece á mí bastante razon para dasear no tratar con nadie, que la dé grandes regalos y gustos de Dios.

Aquí, hijas mías, se ha de ver el amor, que no á los rincones, sino en mitad de las ocasiones; y creéme, que aunque haya mas faltas, y aun algunas pequeñas quiebras, que sin comparacion es mayor ganancia nuestra. Miren que siempre hablo presuponiendo andar en ellas por obediencia y caridad, que (á no haber esto de por medio) siempre me resumo en que es mejor la soledad: y aunque hemos de desearla, aun andando en lo que digo, á la verdad este deseo él anda contino en las almas que de veras aman á Dios. Por lo que digo que es ganancia, es, porque se nos da á entender quién somos, y hasta dónde llega nuestra virtud. Porque una persona siempre recogida, por santa que á su parecer sea, no sabe si tiene paciencia y humildad, ni tiene cómo lo saber. Como si un hombre fuese muy esforzado, ¿cómo se ha de entender, si no se ha visto en batalla? San Pedro harto le parecia que lo era,

mas miren lo que fué en la ocasion; mas salió de aquella quiebra no confiando nada de sí, y de allí vino á ponerla en Dios, y pasó después el martirio que vimos.

¡Ó válame Dios! Si entendiésemos cuánta miseria es la nuestra, en todo hay peligro si no lo entendemos; y á esta causa nos es gran bien que nos manden cosas para ver nuestra bajeza, y tengo por mayor merced del Señor un dia de propio y humilde conocimiento, que nos haya costado muchas aficiones y trabajos, que muchas de oracion: cuento mas, que el verdadero amante en toda parte ama, y siempre se acuerda del amado. Recia cosa sería que solo en los rincones se pudiese traer oracion: ya veo yo que no puede ser muchas horas; mas, ó Señor mio, ¿qué fuerza tiene con Vos un suspiro salido de las entrañas, de pena por ver que no basta que estamos en este destierro, sino que aun no nos dén lugar para eso, que podríamos estar á solas gozando de Vos?

Aquí se ve bien que somos esclavos suyos, vendidos por su amor de nuestra voluntad á la virtud de la obediencia, pues por ella dejamos (en alguna manera) de gozar al mesmo Dios: y no es nada, si consideramos que él vino del seno del Padre por obediencia á hacerse esclavo nuestro. ¿Pues con qué se podrá pagar, ni servir esta merced? Es menester andar con aviso de no descuidarse de manera en las obras, aunque sean de obediencia y caridad, que muchas veces no acuden á lo interior á su Dios. Y créanme, que no es el largo tiempo el que aprovecha el alma en la oracion, que cuando le emplea: tambien en obras, gran ayuda es para que en muy poco espacio tenga mejor disposicion para encender el amor, que en muchas horas de consideracion. Todo ha de venir de su mano. Sea bendito por siempre jamás.

CAPÍTULO VI

Avisa los daños que puede causar á gente espiritual no entender cuándo han de resistir al espíritu. Trata de los deseos que tiene el alma de comulgar, y del engaño que puede haber en esto. Hay cosas importantes para las que gobiernan estas casas.

Yo he andado con diligencia procurando entender de dónde procede un embebecimiento grande, que he visto tener á algunas personas á quien el Señor regala mucho en la oracion, y por ellas no queda el disponerse á recibir mercedes. No trato ahora de cuando un alma es suspendida y arrebatada de su Majestad, que mucho he escrito en otras partes desto, y en caso semejante no hay que hablar, porque nosotros no podemos nada, aunque hagamos mas por resistir si es verdadero arrobamiento: hase de notar, que en este dura poco la fuerza que nos fuerza á no ser señores de nosotros. Mas acaece muchas veces comenzar una oracion de quietud, á manera de sueño espiritual, que embebece el alma de manera, que si no entendemos cómo se ha de proceder aquí, se puede perder mucho tiempo, y acabar la fuerza por nuestra culpa y con poco merecimiento.

Querria saberme dar aquí á entender, y es tan dificultoso que no sé si saldré con ello, mas bien sé que si quieren creerme, lo entenderán las almas que anduvieren en este engaño. Algunas sé que estaban siete ó ocho horas, y almas de gran virtud, y todo las parecia era arrobamiento; y cualquier ejercicio virtuoso las cogia de tal manera, que luego se dejaban á sí mesmas, pareciendo no era bien resistir al Señor; y ansí poco á poco se podrán morir ó tomar tontas, si no procuran el remedio. Lo que entiendo en este caso es, que como el Señor comienza á regalar el alma, y nuestro natural es tan amigo de deleite, empléase tanto en aquel gusto, que ni se querria menear, ni por ninguna cosa perderle: porque, á la verdad, es mas gustoso que los del mundo; y cuando acierta en natural flaco, ó de su mesmo natural el ingenio (ó por mejor decir la imaginacion) no variable, sino que aprendiendo en una cosa, se queda en ella sin mas divertir, como muchas per-

sonas que comienzan á pensar en una cosa, aunque no sea de Dios, se quedan embebidas, y mirando una cosa sin advertir lo que miran; una gente de condicion pausada, que parece de descuido se les olvida lo que van á decir: ansí acaece acá, conforme los naturales, ó complexion ó flaqueza. ¿O que si tiene melancolía? Harálas entender mil embustes gustosos.

Deste humor hablaré un poco adelante, mas aunque no le haya, acaece lo que he dicho, y tambien en personas que de penitencia están gastadas, que como he dicho, en comenzando el amor á dar gusto sensible, se dejan tanto llevar dél, como tengo dicho: y á mi parecer, amaría muy mejor no dejándose embobar, que en este término de oracion pueden muy bien resistir. Porque como cuando hay flaqueza se siente un desmayo que ni deja hablar ni menear, ansí es acá, si no se resiste; que la fuerza del espíritu, si está flaco el natural, le coge y le sujeta. Podránme decir: ¿Qué diferencia tiene esto de arrobamiento? Que lo mesmo es, al menos al parecer, y no les falta razon, mas no al ser. Porque el arrobamiento ó union de todas las potencias, como digo, dura poco, y deja grandes efetos y luz interior en el alma, con otras muchas ganancias, y ninguna cosa obra el entendimiento, sino el Señor es el que obra en la voluntad. Acá es muy diferente, que aunque el cuerpo está preso, no lo está la voluntad, ni la memoria ni entendimiento, sino que harán su operacion desvariada, y por ventura si han asentado en una cosa, aquí dará y tomará.

Yo ninguna ganancia hallo en esta flaqueza corporal, que no es otra cosa, salvo que tuvo buen principio; mas sirva para emplear bien este tiempo, que tanto tiempo embebidas, mucho mas se puede merecer con un acto y con despertar muchas veces la voluntad para que amemos á Dios, que no dejarla pausada. Ansí aconsejo á las prioras, que pongan toda la diligencia posible en quitar esos pasmos tan largos, que no es otra cosa, á mi parecer, sino dar lugar á que se tullan las potencias y sentidos, para no hacer lo que su alma les manda; y ansí la quitan la ganancia, que obedeciendo, andando cuidadosos de contestar al Señor, les suelen acarrear. Si atiende á que es flaqueza quitar los ayunos y disciplinas (digo los que no son forzosos, y á tiempo puede venir que se puedan todos quitar con buena conciencia) darle oficios para que se distraiga.

Y aunque no tenga estos amortecimientos (si trae muy empleada la imaginacion, aunque sea en otras cosas muy subidas de oracion) es menester esto que acaece algunas veces, no ser señoras de sí: en especial si han recibido del Señor alguna merced trasordinaria, ó visto alguna visión, queda el alma de manera, que le parece siempre la está viendo, y no fué ansí, que no fué mas de una vez. Es menester quien se viere con este embebecimiento muchos dias, procurar mudar la consideracion, que (como sea en cosas de Dios, no es inconveniente mas que estén en uno como en otro, que se empleen en cosas suyas): y tanto se huelga algunas veces que consideren sus criaturas, y el poder que tuvo en criarlas, como pensar en el mesmo Criador.

¡O desventurada miseria humana, que quedaste tal por el pecado, que aun en lo bueno hemos menester tasa y medida para no dar con nuestra salud en el suelo, de manera que no lo podamos gozar! Y verdaderamente conviene á muchas personas, en especial á las flacas cabezas ó imaginacion, (y es servir mas á Nuestro Señor, y muy necesario) entenderse. Y cuando una viere que se le pone en la imaginacion un misterio de la Pasion, ó la gloria del cielo, ó cualquier cosa semejante, y que está muchos dias que, aunque quiere, no puede pensar en otra cosa, ni quitar de estar embebida en aquello, entienda que le conviene distraerse como pudiere, sino que verná por tiempo á entender el daño, y que esto nace de lo que tengo dicho ó de flaqueza grande corporal, ó de la imaginacion, que es muy peor! Porque ansí como un loco, si da en una cosa no es señor de sí, ni puede divertirse ni pensar en otra, ni hay razones que para esto le muevan, porque no es señor de la razon; ansí podria suceder acá, aunque es locura sabrosa. ¿O qué si tiene humor de melancolía? Puédele hacer muy gran daño. Yo no hallo por donde sea bueno, porque el alma es capaz para gozar del mesmo Dios; pues si no fuese alguna cosa de las que he dicho, pues Dios es infinito, ¿por qué ha de estar el alma cautiva á sola una de sus grandezas ó misterios, pues han tanto en que nos ocupar? y mientras en mas cosas quisiéramos considerar suyas, mas se descubren sus grandezas.

No digo que en una hora, ni aun en un dia, piense en muchas cosas, que esto seria no gozar por ventura de ninguna;

bien como son cosas tan delicadas, no querria que pensasen lo que no me pasa por pensamiento decir, ni entendiesen uno por otro. Cierto es tan importante entender este capítulo bien, que aunque sea pesada en escribirle, no me pesa ni querria le pesase á quien no le entendiere de una vez leerle muchas, en especial las prioras y maestras de novicias, que han de guiar en oracion á las hermanas. Porque verán (si no andan con cuidado al principio) el mucho tiempo que será despues menester para remediar semejantes flaquezas.

Si hubiera de escribir lo mucho deste daño que ha venido á mi noticia, vieran tengo razon de poner en esto tanto. Una sola quiero decir, y por esta sacarán las demás. Están en un monasterio destos una monja y una lega, la una y la otra de grandísima oracion, acompañada de mortificacion y humildad y virtudes, muy regaladas del Señor, y á quien él comunica de sus grandezas; y particularmente tan desasidas ocupadasen su amor, que no parece (aunque mucho les queramos andar á los alcances) que dejan de responder (conforme á nuestra bajeza) á las mercedes que Nuestro Señor les hace. He tratado tanto de su virtud, porque teman mas las que no la tuvieren. Comenzáronles unos ímpetus grandes de deseo del Señor, que no se podian valer: parecíales se les aplacaban cuando comulgaban; y ansí procuraban con los confesores fuese á menudo, de manera que vino á crecer tanto esta su pena, que si no las comulgaban cada dia, parecia que se iban á morir. Los confesores como veian tales almas, y con tan grandes deseos (aunque el uno era bien espiritual) parecióles convenia este remedio para su mal. No paraba solo en esto, sino que á la una eran tantas sus ansias, que era menester comulgar de mañana para poder vivir, á su parecer; que no era almas que fingieran cosa, ni por ninguna de las del mundo dijeran mentira. Yo no estaba allí, y la priora escribióme lo que pasaba, y que no se podia valer con ellas, y que personas tales decian que pues no podian mas, se remediasen ansí. Yo entendí luego el negocio, que lo quiso el Señor; con todo callé hasta estar presente, porque temí no me engañase; y á quien lo aprobaba era razon no contradecir hasta darle mis razones.

El era tan humilde, que luego como fuí allá y le hablé, me dió crédito; el otro no era tan espiritual, ni casi nada en su

comparacion; no habia remedio de poderle persuadir; mas deste se me dió poco, por no le estar tan obligada; yo las comencé á hablar y á decir muchas razones, á mi parecer bastantes para que entendiesen era imaginacion el pensar se morian sin este remedio; teníanla tan fijada en esto, que ninguna cosa bastó ni bastara llevándose por razones. Ya yo ví era excusado, y díjeles que yo tambien tenia aquellos deseos, y dejaria de comulgar, porque creyesen que ellas no lo habian de hacer, sino cuando todas; que nos muriésemos todas tres; que yo tenia esto por mejor, que no que semejante costumbre se pusiese en estas casas, á donde habia quien amaba á Dios tanto como ellos, y querrian hacer otro tanto.

Era en tanto extremo el daño que ya habia hecho la costumbre, y el demonio debia entrometerse, que verdaderamente como no comulgaron, parecia que se morian. Yo mostré gran rigor, porque mientras mas veia que no se sujetaban á la obediencia (porque á su parecer, no podian mas) mas claro ví que era tentacion. Aquel dia pasaron con harto trabajo, otro con un poco menos, y así se fué disminuyendo de manera, que aunque yo comulgaba, porque me lo mandaron (que víalas tan flacas, que no lo hiciera) pasaban muy bien por ello. Desde á poco entendieron ellas y todas la tentacion, y el bien que fué remediarlo con tiempo; porque de aquí á poco mas, sucedieron cosas en aquella casa de inquietud con los perlados, no á culpa suya (y adelante podrá ser diga algo dello) que no tomaran á bien semejantes costumbres ni las sufrieran.

¡O cuántas cosas pudiera decir destas! Sola otra diré (no era en monasterio de nuestra órden, sino de Bernardas). Estaba una monja no menos virtuosa que las dichas: ésta con muchas disciplinas y ayunos vino á tanta flaqueza, que cada vez que comulgaba ó habia ocasion de encenderse en devocion, luego era caida en el suelo, y así se estaba ocho y nueve horas, pareciendo á ella y á todas que era arrobamiento. Esto le acaecia tan á menudo, que si no se remediara, creo que viniera en mucho mal. Andaba por todo el lugar la fama de los arrobamientos; á mí me pesaba de oirlo, porque quiso el Señor entendiese lo que era, y temia en lo que habia de parar. Quien la confesaba á ella era muy padre mio, y fuémelo á contar; yo le dije lo que entendia, y como era perder tiempo é imposible ser arrobamiento, sino flaqueza: que la quitase los

ayunos y disciplinas, y la hiciese divertir. Ella era obediente, hízolo ansí. Desde á poco que fué tomando fuerza, no había memoria de arrobamiento; y si de verdad lo fuera, ningun remedio bastara hasta que fuera la voluntad de Dios. Porque es tan grande la fuerza del espíritu, que no bastan las nuestras para resistir, y (como he dicho deja grandes efetos en el alma; esotro no mas que si no pasase y cansancio en el cuerpo.

Pues quede entendido de aquí, que todo lo que nos sujetare de manera que entendamos no deja libre la razon, tengamos por sospechoso, y que nunca por aquí se ganará la libertad de espíritu, que una de las cosas que tiene es hallar á Dios en todas las cosas, y poder pensar en ellas; lo demás es sujecion de espíritu, y dejado el daño que hace al cuerpo, ata al alma para no crecer, sino como cuando van en un camino y entran en un trampal ó atolladero, que no pueden pasar de allí, en parte hace ansí el alma, la cual para ir adelante, no solo ha menester andar sino volar.

¡O que cuando dicen ó les parece andan embebidas en la divinidad, y que no pueden valerse, segun andan suspendidas, ni hay remedio de divertirse, que acaece muchas veces! Miren que torna á avisar, que por un dia, ni cuatro, ni ocho, no hay que temer, que no es mucho un natural flaco quede espantado por estos dias; si pasa de aquí, es menester remedio. El bien que todo esto tiene, es, que no hay culpa de pecado, ni dejará de ir mereciendo; mas hay los inconvenientes que tengo dicho y hartos mas: en lo que toca á las comuniones será muy grande, que por amor que tenga un alma, no esté sujeta (tambien esto) al confesor y á la priora; aunque sienta soledad, no con extremos, para no venir á ellos. Es menester tambien en esto, como en otras cosas; las vayan mortificando, y las dén á entender conviene mas no hacer su voluntad que no su consuelo.

Tambien puede entremeterse en esto nuestro amor propio: por mí ha pasado que me acaecia algunas veces, que en acabando de comulgar (cási que aun la forma no podia dejar de estar entera) si veia comulgar á otras, quisiera no haber comulgado por tornar á comulgar: como me acaecia tantas veces, he venido después á advertir (que entonces no me parecia habia en qué reparar) como era mas por mi gusto que por amor de Dios: que como cuando llegamos á comulgar (por la

mayor parte) se siente ternura y gusto, aquello me llevaba á mí; que si fuera por tener á Dios en mi alma, ya le tenía: si por cumplir lo que nos mandan de que lleguemos á la sacra Comunion, ya lo habia hecho; si por recibir las mercedes que con el santísimo Sacramento se dan, ya las habia recibido: en fin, he venido claro á entender, que no habia en ello mas de tornar á tener aquel gusto sensible.

Acuérdome que en un lugar que estuve á donde habia monasterio nuestro, conocí una mujer, grandísima sierva de Dios á dicho de todo el pueblo, y debíalo de ser; comulgaba cada dia y no tenia confesor particular, sino una vez iba á una iglesia á comulgar, otra á otra. Yo notaba esto, y quisiera verla obedecer á una persona que no tanta comunion; estaba en casa por sí, y (á mi parecer) haciendo lo que queria; sino que como era buena, todo era bueno: yo se lo decia algunas veces, mas no hacia caso de mí, y con razon, porque era muy mejor que yo, mas en esto no me parecia erraba. Fué allí el santo Fr. Pedro de Alcántara, procuré que la hablase y no quedé contenta de la relacion que dió; y en ello no debia haber mas, sino que somos tan miserables, que nunca nos satisfacemos mucho sino de los que van por nuestro camino. Porque yo creo que habia esta servido mas al Señor, y hecho mas penitencia en un año, que yo en muchos. Vínole á dar el mal de la muerte (que á esto voy) y ella tuvo diligencia para procurar le dijesen misa en su casa cada dia, y le diesen el santísimo Sacramento. Como duró la enfermedad, un clérigo harto siervo de Dios, que se la decia muchas veces, parecióle no se sufria de que en su casa comulgase cada dia: debia de ser tentacion del demonio, porque acertó á ser el postrero que murió. Ella como vió acabar la misa y quedarse sin el Señor, dióle tan gran enojo y estuvo con tanta cólera con el clérigo, que él vino bien escandalizado á contármelo á mí. Yo sentí harto, porque (aun no sé si se reconcilió) me parece murió luego. De aquí vine á entender el daño que hace hacer nuestra voluntad en nada, y en especial en una cosa tan grande; que quien tan á menudo se llega al Señor, es razon que entienda tanto su dignidad, que no sea por su parecer, sino que lo que nos falta para llegar á tan gran Señor, que forzado será mucho, supla la obediencia de ser mandadas. A esta bendita ofrecióselo ocasion de humillarse mucho, y por ventura mereciera mas que

comulgando, entendiendo que no tenia culpa el clérigo, sino que el Señor viendo su miseria, y cuán indigna estaba, lo había ordenado así para entrar en tan ruin posada. Como hacia una persona, que la quitaban muchas veces los discretos confesores la comunion, porque era á menudo: ella, aunque lo sentia muy tiernamente, por otra parte deseaba mas la honra de Dios que la suya, y no hacia sino alabarle, porque habia despertado al confesor, para que mirase por ella y no entrase su Majestad en tan ruin posada: y con estas consideraciones obedecia con gran quietud de su alma, aunque con pena tierna y amorosa; mas por todo el mundo junto no fuera por lo que la mandaba.

Créanme, que el amor de Dios y (no digo que lo es, sino á nuestro parecer) que menea las pasiones de suerte, que para en alguna ofensa suya, ó en alterar la paz del alma enamorada de manera que no entienda la razon, es claro que nos buscamos á nosotros; y que no dormirá el demonio para apretarnos, cuando más daño nos piense hacer, como hizo á esta mujer, que cierto me espantó mucho, aunque no porque dejo de creer, que no sería parte para estorbar su salvacion, que es grande la bondad de Dios, mas fué á recio tiempo la tentacion. Hélo dicho aquí, porque las prioras están advertidas, y las hermanas teman y consideren, y se examinen de la manera que llegará recibir tan gran merced. Si es por contentar á Dios, ya saben que se contenta mas *con la obediencia que con el sacrificio*. Pues si esto es y merezco mas, ¿qué me altera? No digo que queden sin pena humilde, porque no todas han llegado á perfecion de no tenerla, por solo hacer lo que entienden que agrada mas á Dios. Que si la voluntad está muy desasida de todo su propio interese, está claro que no sentirá ninguna cosa, antes se alegrará de que se le ofrece ocasión de contentar al Señor en cosa tan costosa, y se humillará y quedará tan satisfecha comulgando espiritualmente: mas porque á los principios es merced que hace el Señor, estos grandes deseos de llegarse á él, y aun á los fines mas (digo á los principios, porque es de tener en mas, y en lo demas de la perfecion que he dicho, no están tan enteras) bien se les concede que sientan ternura y pena cuando se lo quitaren, mas con sosiego de alma y sacando actos de humildad de aquí; mas cuando fuere con alguna alteracion ó pasion, y tentándose con la perlada ó

con el confesor, crean que es conocida tentación. O que si alguna se determina, aunque le diga el confesor que no comulgue, á comulgar, yo no querria el mérito que de allí sacará, porque en cosas semejantes no hemos de ser jueces de nosotros; el que tiene las llaves para atar y desatar lo ha de ser. Plega al Señor, que para entendernos en cosas tan importantes nos dé luz, y no nos falte su favor, para que de las mercedes que nos hace no saquemos darle disgusto.

CAPITULO VII

De cómo se han de haber con las que tienen melancolía. Es necesario para las perladas.

Estas mis hermanas de San Josef de Salamanca, á donde

estoy cuando esto escribo, me han mucho pedido diga algo de cómo se han de haber con las que tienen humor de melanco-

lla; y porque, por mucho que andamos procurando no tomar las que le tienen, es tan sutil que se hace mortecino para cuando es menester; y ansí no lo entendemos, hasta que no se puede remediar. Paréceme que en un librico pequeño dije algo desto, no me acuerdo; poco se pierde en decir algo aquí, si el Señor fuese servido que acertase: ya puede ser que esté dicho otra vez; otras ciento lo diría, si pensase atinar alguna en algo que aprovechase. Son tantas las invenciones que busca este humor para hacer su voluntad, que es menester buscarlas para cómo lo sufrir y gobernar, sin que haga daño á las otras.

Hase de advertir, que no todos los que tienen este humor son tan trabajosos, que cuando cae en un sugeto humilde y en condicion blanda (aunque consigo mesmo traen trabajo) no dañan á los otros, en especial si hay buen entendimiento. Y tambien hay mas y menos deste humor. Cierto creo, que el demonio en algunas personas le toma por medianero para si pudiese ganarlas, y si no andan con gran aviso sí hará; porque como lo que mas este humor hace, es sujetar la razon, y ansí está escura, pues con tal disposicion, ¿qué no harán nuestras pasiones? Parece que si no hay razon, que es ser locos, y es ansí; mas en las que ahora hablamos, no llega á tanto mal, que harto menos mal sería: mas haber de tenerse por persona de razon y trataría como tal, no la teniendo, es trabajo intolerable, que los que están del todo enfermos deste mal, es para haberlos piedad, mas no dañan; y si algun medio hay para sujetarlos es que hayan temor.

En los que solo ha comenzado este tan dañoso mal, aunque no esté tan confirmado, en fin, es de aquel humor y raiz, y nace de aquella cepa: y ansí cuando no bastaren otros artificios, el mesmo remedio ha menester, y que se aprovechen las perladas de las penitencias de la órden, y procuren sujetarlas de manera, que entiendan no han de salir con todo ni con nada de lo que quieren. Porque si entienden que algunas veces han bastado sus clamores y las desesperaciones que dice el demonio en ellos, por si pudiese echarlos á perder, ellos van perdidos, y una basta para traer inquieto un monasterio. Porque como la pobrecita en sí mesma no tiene quien la valga para defenderse de las cosas que la pone el demonio, es menester que la perlada ande con grandísimo aviso para su go-

bierno, no solo exterior sino interior; que la razon que en la enferma está escurecida, es menester esté mas clara en la perlada, para que no comience el demonio á sujetar aquel alma tomando por medio este mal. Porque es cosa peligrosa, que como es á tiempos el apretar este humor tanto, que sujeta la razon (y entonces no será culpa, como no lo es á los locos, por desatinos que hagan) mas á los que no lo están, si no enferma la razon, todavía hay alguna; y otros tiempos están buenos: es menester que no comiencen en los tiempos que están malos á tomar libertad, para que cuando están buenos no sean señores de sí, que es terrible ardid del demonio; y ansí (si lo miramos) en lo que mas dan, es en salir con lo que quieren, y decir todo lo que se les viene á la boca, y mirar faltas en los otros, con que encubrir las suyas, y holgarse en lo que les da gusto; en fin, como el que no tiene en sí quien la resista. Pues las pasiones no mortificadas, y que cada una dellas querría salir con lo que quiere, ¿qué será si no hay quien las resista?

Torno á decir, como quien ha visto y tratado muchas personas deste mal, que no hay otro remedio para él, si no sujetarlas por todas las vías y maneras que pudieren; si no bastaren palabras, sean castigos; si no bastaren pequeños, sean grandes; si no bastaren un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien á sus almas. Porque (como queda dicho y lo torno á decir, porque importa para las mesmas entenderlo) aunque alguna vez ó veces no puedan mas consigo, como no es locura confirmada, de suerte que disculpe para la culpa, aunque algunas veces lo sea no es siempre, y queda el alma en mucho peligro, si no es estando (como digo) la razon tan quitada, que la haga fuerza á hacer lo que (cuando no podia mas) hacia ó decia. Gran misericordia es de Dios á los que les da este mal, sujetarse á quien los gobierne, porque aquí está todo su bien, por este peligro que he dicho. Y por amor de Dios, si alguna leyere esto, mire que la importa (por ventura) la salvacion.

Yo conozco algunas personas, que no les falta casi nada para perder del todo el juicio; mas tienen almas humildes y tan temerosas de ofender á Dios, que aunque se estén deshaciendo en lágrimas entre sí mesmas, no hacen mas de lo que les mandan, y pasan su enfermedad como otros hacen; aun-

que esto es mayor martirio, y ansí ternán mayor gloria, y acá el purgatorio, para no le tener allá. Mas torno á decir, que las que no hicieran esto de grado, que sean apremiadas de las perladas, y no se engañen con piedras indiscretas, para que se vengan á alborotar con sus desconciertos. Porque hay otro daño grandísimo, dejado el peligro que queda dicho de la mesma; que como la ven, á su parecer, buena, como no entienden la fuerza que les hace el alma en lo interior, es tan miserable nuestro natural, que cada una le parecerá es melancolía para que la sufran, y aun en hecho de verdad se lo hará entender el demonio ansí, y vernán á hacer el demonio un estrago, que cuando se venga á entender sea dificultoso de remediar. Y importa tanto esto, que en ninguna manera se sufre haya en ello descuido, sino que si la que es melancólica resistiere al perlado, que lo pague como la sana, y ninguna cosa se le perdone: si dijere mala palabra á su hermana, lo mesmo; y ansí en todas las cosas semejantes.

Parece sin justicia, que (si no puede mas) castiguen á la enferma como á la sana: luego tambien lo sería atar á los locos y azotarlos, sino dejarlos matar á todos. Créanme, que lo he probado, y que (á mi parecer) intentado hartos remedios, y que no hallo otro. Y la priora que por piedad dejare comenzar á tener libertad á las tales, en fin, en fin, no se podrá sufrir, y cuando se venga á remediar, será habiendo hecho mucho daño á las otras. Y si porque no matan los locos, los atan y castigan, y es bien, aunque parece hace gran piedad (pues ellos no pueden más), ¿cuánto mas se ha de mirar que no hagan daño á las almas con sus libertades? Y verdaderamente creo, que muchas veces es (como digo) de condiciones libres y poco humildes, y mal domadas, y que no les hace tanta fuerza el humor como esto: digo en algunas, porque he visto que cuando hay á quien temer se van á la mano y pueden; ¿pues por qué no podrán por Dios? Yo he miedo, que el demonio debajo de color deste humor, como he dicho, quiere ganar muchas almas. Porque ahora se usa mas que suele, y es que toda la propia voluntad y libertad llaman ya melancolía; y es ansí, que he pensado que en estas casas y en todas las de religion, no se habia de tomar este nombre en la boca (porque parece que trae consigo libertad); sino que se llame enfermedad grave (¡y cuánto lo es!). Y que se cure como tal,

que á tiempos es muy necesario adelgazar el humor con alguna cosa de medicina para poderse sufrir, y estése en la enfermería, y entienda, que cuando saliere á andar en comunidad, que ha de ser humilde como todas y obedecer como todas; y cuando no lo hiciere, que no le valdrá el humor; porque por las razones que tengo dichas conviene, y mas se pudieran decir. Las prioras han menester (aun que las mesmas lo entiendan) llevarlas con mucha piedad, así como verdadera madre, y buscar los medios que pudieren para su remedio.

Parece que me contradigo, porque hasta aquí he dicho que se lleven con rigor: así lo torno á decir, que no entiendan que han de salir con lo que quieren, ni salgan, puesto en término de que hayan de obedecer, que en sentir que tienen esta libertad está el daño; mas puede la priora no las mandar lo que ve han de resistir, pues no tienen en sí fuerza para hacerse fuerza, sino llevarlas por maña y amor todo lo que fuere menester, para que (si fuese posible) por amor se sujetasen, que sería muy mejor; y suele acaecer, mostrando que las ama mucho, y dárselo á entender por obras y palabras. Y han de advertir, que el mayor remedio que tienen, es ocuparlas mucho en oficios, para que no tengan lugar de estar imaginando, que aquí está todo su mal, y aunque no los hagan tan bien, súfranlas algunas faltas, por no las sufrir otras mayores estando perdidas; porque entiendo que es el mas suficiente remedio que se les puede dar, y procurar que no tengan muchos ratos de oración (aun de lo ordinario) que por la mayor parte tienen la imaginación flaca, y haráles mucho daño, y sin esto se les antojarán cosas, que ellas ni quien las oyere no lo acaban de entender.

Téngase cuenta con que no coman pescado sino pocas veces; y tambien en los ayunos es menester no ser tan contínos como las demás. Demasía parece dar tanto aviso para este mal, y no para otro ninguno, habiéndolos tan graves en nuestra miserable vida, en especial en la flaqueza de las mujeres. Es por dos cosas: la una que parece están buenas, porque ellas no quieren conocer tienen este mal; y como no las fuerza á estar en cama, porque ni tienen calentura, ni á llamar médico, es menester le sea la priora, pues es mas perjudicial mal para toda la perfecion, que las que están con peligro de la vida en la cama. La otra es, porque con otras enfermedades,

ó sanan, ó se mueren. Desta por maravilla sanan, ni della se mueren, sino vienen á perder todo el juicio, que es morir para matar á todas. Ellas pasan harta muerte consigo mesmas de aficciones, imaginaciones y escrúpulos, y ansí ternán harto gran mérito (aunque ellas siempre las llaman tentaciones) que si acabasen de entender es del mesmo mal, ternian gran alivio si no hiciesen caso dello. Por cierto yo las tengo gran piedad, y ansí es razón todas se la tengan las que están con ellas, mirando que se le podrá dar el Señor, y sobrellevándolas, sin que ellas lo entiendan, como tengo dicho. Plega al Señor que haya atinado á lo que conviene hacer para tan gran enfermedad.

CAPÍTULO VIII

Trata de algunos avisos para revelaciones y visiones.

Parece hace espanto á algunas personas solo el oir nombrar visiones ó revelaciones: no entiendo la causa porque tienen por camino tan peligroso el llevar Dios un alma por aquí, ni de dónde ha procedido ese pasmo. No quiero ahora tratar cuáles son buenas ó malas, ni las señales que he oido á personas muy doctas para conocer esto, sino de lo que será bien que haga quien se viere en semejante ocasion; porque á pocos confesores irá que no la dejen atemorizada. Que cierto no espanta tanto decir que le representa el demonio muchos géneros de tentaciones, de espíritu de blasfemia, y disbaratadas y deshonestas cosas, cuanto se escandalizará de decirle, que ha visto ó habládola algun Angel, ó que se le ha representado Jesucristo crucificado Señor nuestro.

Tampoco quiero ahora tratar de cuando las revelaciones son de Dios, que esto está entendido ya los grandes bienes que hacen al alma: mas que son representaciones que hace el demonio para engañar y que se aprovecha de la imagen de Cristo Nuestro Señor ó de sus Santos. Para esto tengo para mí, que no permitirá su Majestad, ni le dará poder para que con semejantes figuras engañe á nadie si no es por su culpa, sino que él quedará engañado: digo que no se engañará, si hay humildad, y ansí no hay para qué quedar asombradas,

sino fiar del Señor y hacer poco caso destas cosas, si no es para alabarle mas.

Yo sé de una persona que la trujeron harto apretada los confesores por cosas semejantes, que después á lo que se pudo entender (por los grandes efetos y buenas obras que desto procedieron) era de Dios; y harto tenia (cuando venia su imágen en alguna vision) que santiguarse y dar higas, porque se lo mandaban ansí. Despues tratando con un gran letrado dominico, el Maestro Fr. Domingo Bañez, le dijo, que era mal hecho que ninguna persona hiciese esto: porque á donde quiera que veamos la imágen de Nuestro Señor, es bien reverenciarla, aunque el demonio la haya pintado, porque él es gran pintor, y antes nos hace buena obra, queriéndonos hacer mal, si nos pinta un Crucifijo ó otra imágen tan al vivo, que la deje esculpida en nuestro corazon. Cuadróme mucho esta razon, porque cuando vemos una imágen muy buena, aunque supiésemos la ha pintado un mal hombre, no dejaríamos de estimar la imágen, ni haríamos caso del pintor para quitarnos la devocion; porque el bien ó el mal no está en la vision, sino en quien la ve y no se aprovecha con humildad della, que si esta hay, ningun daño podrá hacer, aunque sea demonio; y si no la hay, aunque sea de Dios, no hará provecho: porque si lo que ha de ser para humillarse (viendo que no merece aquella merced) la ensoberbece, será como la araña, que todo lo que come lo convierte en ponzoña, ó la abeja que lo convierte en miel.

Quiérome declarar mas: si nuestro Señor por su bondad quiere representarse á un alma, para que mas le conozca y ame, ó mostrarla algun secreto suyo, ó hacerla algunos particulares regalos y mercedes, y ella (como he dicho) con esto que habia de confundirse y conocer cuán poco lo merece su bajeza, se tiene luego por santa, y le parece por algun servicio que ha hecho le viene esta merced, claro está que el bien grande que de aquí la podia venir, convierte en mal como la araña. Pues digamos ahora que el demonio por incitar á soberbia hace estas apariciones: si entonces (pensando que son de Dios) se humilla, y conoce no ser merecedora de tan gran merced, y se esfuerza á servir mas, porque viéndose rica, mereciendo aun no comer las migajas que caen de las personas que ha oido hacer Dios esta mercedes (quiero decir, ni ser

sierva de ninguna) humíllase, y comienza á esforzarse á hacer penitencia y á tener mas oracion, y á tener mas cuesto con no ofender á este Señor, que piensa es el que la hace esta merced, y á obedecer con mas perfecion, yo aseguro que no torne el demonio, sino que se vaya corrido, y que ningun daño deje en el alma. Cuando dice algunas cosas que haga ó por venir, aquí es menester tratarlo con confesor discreto y letrado, y no hacer ni creer cosa, sino lo que aquel la dijere. Puédelo comunicar con la priora, para que le dé confesor que sea tal; y téngase este aviso, que si no obedeciere á lo que el confesor le dijere y se dejare guiar por él, que es mal espíritu ó terrible melancolía. Porque puesto que el confesor no atinase, ella atinará mas en no salir de lo que le dice, aunque sea Angel de Dios el que la habla; porque su Majestad le dará luz ó ordenará como se cumpla, y es sin peligro hacer esto, y en hacer otra cosa puede haber muchos peligros y muchos daños.

Téngase aviso que la flaqueza natural es muy flaca, en especial en las mujeres, y en este camino de oracion se muestra mas: y ansí es menester que á cada cosita que se nos antoje, no pensemos luego es cosa de vision; porque creen que cuando lo es, que se da bien á entender: á donde hay algo de melancolía es menester mucho mas aviso, porque cosas han venido á mí destos antojos que me han espantado, como es posible que tan verdaderamente les parezca que ven lo que no ven. Una vez vino á mí un confesor muy admirado, que confesaba una persona y deciale, que venia muchos dias Nuestra Señora y se sentaba sobre su cama, y estaba hablando mas de una hora, y diciendo cosas por venir, y otras muchas: entre tantos desatinos acertaba alguno, y con esto teniase todo por cierto.

Yo entendí luego lo que era, aunque no lo osé decir, porque estamos en un mundo que es menester pensar lo que pueden pensar de nosotros, para que hayan efeto nuestras palabras; y ansí dije, que se esperasen aquellas profecías si eran verdad, y preguntase otros efetos, y se informase de la vida de aquella persona: en fin (venido á entender) era todo desatino. Pudiera decir tantas cosas destas, que hubiera bien en que probar el intento que llevo, á que no se crea luego un alma, sino que vaya esperando tiempo, y entendiéndose bien antes que lo comunique, para que no engañe al confesor sin

querer engañarle; porque si no tiene experiencia destas cosas (por letrado que sea) no bastará para entenderlo. No há muchos años, sino harto poco tiempo, que un hombre desatinó harto á algunos bien letrados y espirituales con cosas semejantes, hasta que vino á tratar con quien tenía esta experiencia de mercedes del Señor, y vió claro que era locura junto con ilusion; aunque no estaba entonces descubierto, sino muy disimulado, desde á poco le descubrió el Señor claramente: aunque pasó harto primero esta persona, que lo entendió, en no ser creída.

Por estas cosas y otras semejantes conviene mucho que trate con claridad de su oracion cada hermana con la priora, y ella tenga mucho aviso de mirar la complexion y perfecion de aquella hermana, para que avise al confesor porque mejor se entienda, y le escoja á propósito si el ordinario no fuere bastante para cosas semejantes. Tenga mucha cuenta en que cosas como estas no se comuniquen (aunque sean muy de Dios, y mercedes conocidas milagrosas) con los de fuera, ni con confesores que no tengan prudencia para callar, porque importa mucho esto mas de lo que podrán entender; y que unas con otras no lo traten; y la priora con prudencia siempre las entienda, inclinada mas á loar á las que se señalan en cosas de humildad, y mortificacion y obediencia, que á las que Dios llevare por este camino de oracion muy sobrenatural, aunque tengan todas estotras virtudes. Porque si es espíritu del Señor, humildad trae consigo para gustar de ser despreciada, y á ella no hará daño y á las otras hace provecho; porque (como á esto no pueden llegar, que lo da Dios á quien quiere) desconsolarsehian por tener estotras virtudes; aunque tambien las da Dios, puédense mas procurar y son de gran precio para la religion. Su Majestad nos las dé: con ejercicio y cuidado y oracion no las negará á ninguna que con confianza de su misericordia las procurare.

CAPÍTULO IX

Trata de cómo salió de Medina del Campo para la fundacion de San Josef de Malagon.

¡Qué fuera he salido del propósito! Y podrá ser hayan sido mas á propósito algunos destos avisos que quedan dichos, que el contar las fundaciones. Pues estando en San Josef de Medina del Campo, con harto consuelo de ver como aquellas hermanas iban por los mesmos pasos que las de San Josef de Avila, de toda religion, hermandad y espíritu; y como iba Nuestro Señor proveyendo su casa, así para lo que era necesario en la iglesia como para las hermanas, fueron entrando algunas que parece las escogia el Señor, cuales convenian para cimiento de semejante edificio, que en estos principios entiendo está todo el bien para lo de adelante; porque como hallan el camino, por él se van las de después. Estaba una señora en Toledo, hermana del duque de Medina Celi, en cuya casa yo habia estado por mandamiento de los perlados (como mas largamente dije en la fundacion de San Josef) á donde me cobró particular amor, que debia ser algun medio para despertarla á lo que hizo, que estos toma su Majestad muchas veces en cosas que á los que no sabemos lo por venir parecen de poco fruto. Como esta señora entendió que yo tenia licencia para fundar monasterios, comenzóme mucho á importunar que hiciese uno en una villa suya llamada Malagon: yo no le queria admitir en ninguna manera, por ser lugar tan pequeño, que forzado habia de tener renta para poderse mantener, de lo cual yo estaba muy enemiga.

Tratado con letrados y confesor mio, me dijeron que hacia mal, pues el santo Concilio daba licencia de tenerla, que no se habia de dejar de hacer un monasterio, á donde se podia tanto el Señor servir por mi opinion. Con esto se juntaron las muchas importunaciones desta señora, por donde no pude hacer menos de admitirle. Dió bastante renta, porque siempre soy enemiga de que sean los monasterios, ó del todo pobres, ó que tengan de manera, que no hayan menester las monjas importunar á nadie para todo lo que fuere menester.

Pusiéronse todas las fuerzas que pude para que ninguna poseyese nada, sino que guardasen las constituciones en todo, como en estotros monasterios de pobreza. Hechas todas las escrituras, envié por algunas hermanas para fundarle, y fuimos con aquella señora á Malagon, á donde aun no estaba la casa acomodada para entrar en ella; y así nos detuvimos mas de ocho dias en un aposento de la fortaleza.

Dia de Ramos, año de mil y quinientos y sesenta y ocho, yendo la procesion del lugar por nosotras, con los velos delante del rostro y capas blancas, fuimos á la iglesia del lugar, á donde se predicó, y desde allí se llevó el santísimo Sacramento á nuestro monasterio. Hizo mucha devocion á todos: allí me detuve algunos dias. Estando uno después de haber comulgado en oracion, entendí de Nuestro Señor, que se habia de servir en aquella casa mucho. Paréceme que estaria allí aun no dos meses; porque mi espíritu daba priesa, para que fuese á fundar la casa de Valladolid, y la causa era lo que ahora diré.

CAPITULO X

En que se trata de la fundacion de la Casa de Valladolid: llámase este monasterio la Concepcion de Nuestra Señora del Cármen.

Antes que se fundase este monasterio de San Josef en Malagon, cuatro ó cinco meses, tratando conmigo un caballero principal, mancebo, me dijo, que si queria hacer monasterio en Valladolid, que él daria una casa que tenia con una huerta muy buena y grande, que tenia dentro una gran viña, de muy buena gana, y quiso dar luego la posesion: tenia harto valor. Yo la tomé, aunque no estaba muy determinada á fundarla allí, porque estaba cási un cuarto de legua del lugar; mas parecióme que se podia pasar á él, como allí se tomase la posesion: y como él lo hacia tan de gana, no quise dejar de admitir su buena obra, ni estorbar su devocion.

Desde á dos meses, poco mas ó menos, le dió un mal tan acelerado, que le quitó la habla, y no se pudo muy bien con-

fesar, aunque tuvo muchas señales de pedir al Señor perdon; murió muy en breve, harto léjos de donde yo estaba. Díjome el Señor que habia estado su salvacion en harta aventura, y que habia habido misericordia dél, por aquel servicio que habia hecho á su Madre en aquella casa que habia dado para hacer monasterio de su órden, y que no saldria de purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldria. Yo traia tan presentes las graves penas desta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces, y me dí toda la priesa que pude para fundar (como pudiese) en Valladolid.

No pudo ser tan presto como yo deseaba, porque forzado me hube de detener en San Josef de Avila, que estaba á mi cargo hartos dias, y después en San Josef de Medina del Campo, que fuí por allí, á donde estando un dia en oracion, me dijo el Señor, que me diese priesa, que padecia mucho aquel alma; y aunque no tenia mucho aparejo, lo puse por obra, y entré en Valladolid dia de san Lorenzo; y como ví la casa, dióme harta congoja, porque entendí era desatino estar allí monjas, sin muy mucha costa; y aunque era de gran recreacion, por ser la huerta tan deliciosa, no podia dejar de ser enfermo, que estaba cabe el rio.

Con ir cansada, hube de ir á misa á un monasterio de nuestra órden, que estaba á la entrada del lugar; y era tan léjos, que me dobló mas la pena. Con todo no lo decia á mis compañeras, por no las desanimar, que aunque flaca, tenia alguna fe que el Señor, que me habia dicho lo pasado, lo remediaria. Hice muy secretamente venir oficiales, y comenzar á hacer tapias para lo que tocaba al recogimiento y lo que era menester. Estaba con nosotras el clérigo que he dicho, llamado Julian de Avila, y uno de los dos frailes que queda dicho que queria ser descalzo, que se informaba de nuestra manera de proceder en estas cosas. Julian de Avila entendia en sacar la licencia del ordinario, que ya habia dado buena esperanza, antes que yo fuese. No se pudo hacer tan presto, que no viniese un domingo, antes que estuviese alcanzada la licencia; mas diéronnosla para decir misa á donde teníamos para iglesia, y así nos la dijeron.

Yo estaba bien descuidada de que entonces se habia de cumplir lo que se me habia dicho de aquel alma; porque aunque se me dijo á la primera misa, pensé que habia de ser á la

que se pusiese el santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote á donde habíamos de comulgar con el santísimo Sacramento en las manos, llegando yo á recibirle, junto al sacerdote se me presentó el caballero que he dicho con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos, y me agradeció lo que había puesto por él, para que saliese del purgatorio, y fuese aquel alma al cielo. Y cierto, que la primera vez que entendí estaba en carrera de salvacion, que yo estaba bien fuera dello, y con harta pena, pareciéndome que era menester otra muerte para su manera de vida; que aunque tenía buenas cosas, estaba metida en las del mundo: verdad es, que había dicho á mis compañeras que traía muy delante la muerte. Gran cosa es lo que agrada á Nuestro Señor cualquier servicio que se haga á su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que así paga con eterna vida y gloria la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes siendo de pequeño valor.

Pues llegado el dia de Nuestra Señora de la Asuncion, que es á quince de agosto, año de mil y quinientos y sesenta y ocho, se tomó la posesion deste monasterio. Estuvimos allí poco, porque caimos casi todas muy malas. Viendo esto una señora de aquel lugar, llamada doña María de Mendoza, mujer del comendador Cobos, madre del marqués de Camarasa, muy cristiana y de grandísima caridad, que sus limosnas en gran abundancia lo daban bien á entender; hacíame mucha caridad de antes que yo la había tratado, porque es hermana del obispo de Avila, que en el primer manasterio nos favoreció mucho, y en todo lo que toca á la órden: como tiene tanta caridad, y vió que allí no se podía pasar sin gran trabajo, así por ser léjos para las limosnas, como por ser enfermo, díjonos que le dejásemos aquella casa, y que nos compraría otra; y así lo hizo, que valía mucho mas la que nos dió, con dar todo lo que era menester hasta ahora, y lo hará mientras viviere.

Dia de san Blas nos pasamos á ella con gran procesion y devocion del pueblo; y siempre la tiene, porque hace el Señor muchas misericordias en aquella casa, y ha llevado á ella almas, que á su tiempo se porná su santidad, para que sea alabado el Señor, que por tales medios quiere engrandecer sus obras, y hacer merced á sus criaturas.

Porque entró allí una, que dió á entender lo que es el mun-

do en despreciarle, de muy poca edad, me ha parecido decirlo aquí para que se confundan los que mucho le aman, y tomen ejemplo las doncellas, á quien el Señor diere buenos deseos y inspiraciones para ponerlos por obra.

Está en este lugar una señora, que llaman doña María de Acuña, hermana del conde de Buendía; fue casada con el adelantado de Castilla. Muerto él, quedó con un hijo y dos hijas, y harto moza. Comenzó á hacer vida de tanta santidad, y á criar sus hijos en tanta virtud, que mereció que el Señor los quisiese para sí. No dije bien, que tres hijas la quedaron: la una fue luego monja; otra no se quiso casar, sino hacia vida con su madre de gran edificacion. El hijo de poca edad comenzó á entender lo que era el mundo, y á llamarle Dios para entrar en religion, de tal suerte que no bastó nadie á estorbárselo, aunque su madre holgaba tanto dello, que con Nuestro Señor le debia de ayudar mucho, aunque no lo mostraba por los deudos. En fin, cuando el Señor quiere para sí un alma, tienen poca fuerza las criaturas para estorbarlo. Así acaeció aquí, que con detenerle tres años en hartas persuasiones, entró en la Compañía de Jesús. Díjome un confesor desta señora que le habia dicho, que en su vida habia llegado gozo á su corazon, como el dia que hizo profesión su hijo. ¡O Señor! ¡Qué gran merced haceis á los que dais tales padres que aman tan verdaderamente á sus hijos, que sus estados, mayorazgos y riquezas quieren que los tengan en aquella bienaventuranza que no ha de tener fin! Cosa es de gran lástima, que está el mundo ya con tanta desventura y ceguedad, que les parece á los padres que está su honra en que no se acabe la memoria deste estiércol de los bienes deste mundo, y que no la haya, de que tarde ó temprano se ha de acabar, y todo lo que tiene fin, aunque dure, se acaba, y hay que hacer poco caso dello, y que á costa de los pobres hijos quieren sustentar sus vanidades, y quitar á Dios con mucho atrevimiento las almas que quiere para sí, y á ellas un gran bien, que aunque no hubiera el que ha de durar para siempre, que les convida Dios con él, es grandísimo verse libre de los cansancios y leyes del mundo, y mayores para los que mas tienen. Abridles, Dios mio, los ojos, dadles á entender qué es el amor que están obligados á tener á sus hijos, para que no les hagan tanto mal, y no se quejen delante de Dios en aquel juicio final

dellos, á donde (aunque no quieran) entenderán el valor de cada cosa. Pues como, por la misericordia de Dios, sacó á este caballero hijo desta señora doña María de Acuña (él se llama D. Antonio de Padilla) de edad de diez y siete años, del mundo, poco mas ó menos, quedaron los estados en la hija mayor, llamada doña Luisa de Padilla: porque el conde Buendía no tuvo hijos, y heredaba D. Antonio este condado, y el ser adelantado de Castilla. Porque no hace mi propósito, no digo lo mucho que padeció con sus deudos, hasta salir con su empresa; bien se entenderá á quien entendiere lo que precian los del mundo que haya sucesor de sus casas. O hijo del Padre eterno Jesucristo Señor nuestro, Rey verdadero de todo, ¿qué dejastes en el mundo, que pudimos heredar de Vos vuestros descendientes? ¿Qué poseistes, Dios mio, sino trabajos, y dolores, y desbouras, y aun no tuviste sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? En fin, Dios mio, que los que quisiéramos ser vuestros hijos verdaderos, y no renunciar la herencia, no nos conviene huir del padecer. Vuestras armas son cinco llagas: ea pues, hijas mias, esta ha de ser vuestra divisa, si hemos de heredar su reino, no con descansos, no con regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que él compró con tanta sangre. ¡O gente ilustre! Abrid por amor de Dios los ojos, mirad que los verdaderos caballeros de Jesucristo, y los príncipes de la Iglesia, un san Pedro y san Pablo no llevaban el camino que llevais? ¿Pensais por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros? No lo creais. Mirad que comienza el Señor á mostrárosle por personas de tan poca edad, como de los que ahora hablamos. Algunas veces he visto y hablado á este D. Antonio; quisiera tener mucho mas para dejarlo todo. Bienaventurado mancebo, y bienaventurada doncella, que ha merecido tanto de Dios, que en la edad en que el mundo suele señorear á sus moradores, le repisasen ellos. Bendito sea el que los hizo tanto bien.

Pues como quedasen los estados en la hermana mayor, hizo el caso dellos, que su hermano; porque desde niña se habia dado tanto á la oracion (que es á donde el señor da luz, para entender las verdades) que lo estimó tan poco como su hermano. ¡Ó válame Dios, á qué de trabajos y tormentos, y pleitos y aun á aventurar las vidas y las honras se pusieran muchos por heredar esta herencia. Ansí es el mundo, que él nos

da bien á entender sus desvarios, si no estuviésemos ciegos. Muy de buena gana, porque ya dejasen libre desta herencia, la renunció en su hermana, que ya no habia otra, que era de edad de diez ú once años. Luego, porque no se perdiese la negra memoria, ordenaron los deudos de casar esta niña con un tio suyo, hermano de su padre, y trajeron del Sumo Pontifice dispensaciones, y desposáronlos.

No quiso el Señor que hija de tal madre, y hermana de tales hermanos quedase mas engañada que ellos, y ansí sucedió lo que ahora diré. Comenzando la niña á gozar de los trajes y atavios del mundo (que conforme á la persona serian para aficionar en tan poca edad como ella tenia), aun no habia dos meses que era desposada, cuando comenzó el Señor á darle luz, aunque ella entonces no lo entendia. Cuando habia estado el dia con mucho contento con su esposo (que le queria con mas extremo que pedia su edad) dábale una tristeza muy grande, viendo cómo se habia acabado aquel dia, y que ansí se habian de acabar todos. ¡O grandeza de Dios! Que del mesmo contento que la daban los contentos de las cosas perecederas, le vino á aborrecer. Comenzóle á dar una tristeza tan grande, que no la podia encubrir á su esposo, ni ella sabia de qué, ni qué le decir, aunque él se lo preguntaba. En este tiempo ofrecióselle un camino, á donde no pudo dejar de ir léjos del lugar, y ella lo sintió mucho, como le queria tanto. Mas luego le descubrió el señor la causa de su pena; que era inclinarse su alma á lo que no se ha de acabar, y comenzó á considerar, como sus hermanos habian tomado lo mas seguro, y dejándola á ella en los peligros del mundo. Por una parte esto, por otra parecerle qué no tenia remedio, porque no habia venido á su noticia que siendo desposada podia ser monja, hasta que lo preguntó, traíala fatigada, y sobre todo el amor que tenia á su esposo no la dejaba determinar, y ansí pasaba con harta pena. Como el Señor la queria para sí, fuéla quitando este amor, y creciendo el deseo de dejarlo todo. En este tiempo solo la movia el deseo de salvarse, y de buscar los mejores medios, que le parecia, que mas metida en las cosas del mundo, se olvidaria de procurar lo que es eterno, que esta sabiduría le infundió Dios en tan poca edad de buscar cómo ganar lo que no se acaba. ¡Dichosa alma, que tan presto salió de la ceguedad en que acaban muchos viejos! Como se

vió libre la voluntad, determinóse del todo emplearla en Dios (que hasta esto habia callado) y comenzó á tratarlo con su hermana. Ella pareciéndole niñería, la desviaba dello, y le decia algunas cosas para esto, que bien se podia salvar siendo casada. Ella le respondió, ¿por qué lo habia dejado ella? Y pasaron algunos dias, que siempre iba creciendo su deseo, aunque á su madre no osaba decir nada, y por ventura era ella la que la daba la guerra con sus santas oraciones.

CAPÍTULO XI

Prosíguese en la materia comenzada de la orden que tuvo doña Casilda de Padilla para conseguir sus santos deseos de entrar en Religion.

En este tiempo ofrecióse dar un hábito á una freila (era la hermana Estefanía de los Apóstoles) en este monasterio de la Concepción, cuyo llamamiento podrá ser que diga, porque aunque diferentes en calidad (porque es una labradorcita) en las mercedes grandes que la ha hecho Dios, la tiene de manera, que merece, para ser su Majestad alabado, que se haga della memoria. Y yendo doña Casilda (que así se llamaba esta amada del Señor) con una abuela suya á este hábito, que era madre de su esposo, aficionóse en extremo á este monasterio, pareciéndole que por ser pocas y pobres podrian servir mejor al Señor, aunque todavía no estaba determinada á dejar á su esposo, que como he dicho, era lo que mas la detenia. Consideraba, que solia antes que sé desposase tener ratos de oración, porque la bondad y santidad de su madre las tenia, y á sus hijos criados en esto, que desde siete años los hacia entrar á tiempos en un oratorio, y los enseñaba cómo habian de considerar en la pasion del Señor, y los hacia confesar á menudo, y así ha visto tan buen suceso de sus deseos, que eran quererlos para Dios, y así me ha dicho ella, que siempre se los ofrecia, y suplicaba los sacase del mundo, porque ya ella estaba desengañada de en lo poco que se ha de estimar. Considero yo algunas veces, cuando ellos se vean gozar de los gozos eternos, y que su madre fue el medio, las gracias que la

darán, y el gozo accidental que ella terná de verlos, y cuán al contrario será los que, por no los criar sus padres como á hijos de Dios (que lo son mas que no suyos) sean los unos y los otros en el infierno, las maldiciones que se echarán, y las desesperaciones que ternan.

Pues tornando á lo que decia, como ella viese, que aun rezar ya el rosario hacia de mala gana, hubo gran temor que siempre seria peor, y parecíale que claro veia, que viniendo á esta casa, tenia asegurada su salvacion: ansi se determinó del todo, y viniendo una mañana su hermana, y ella con su madre acá, ofrecióse que entraron en el monasterio dentro, bien sin cuidado que ella haria lo que hizo. Como se vió dentro, no bastaba nadie á echarla de casa. Sus lágrimas eran tantas porque la dejasen, y las palabras que decía, que á todas tenia espantadas. Su madre, aunque en el interior, se alegraba, temia los deudos, y no quisiera se quedara ansí, porque no dijesen habia sido persuadida della, y la priora tambien estaba en lo mesmo, que le parecia era niña, y qúe era menester mas prueba. Esto era por la mañana: hubiéronse de quedar hasta la tarde, y enviaron á llamar á su confesor y al Padre maestro Fr. Domingo, que lo era mio, de quien hice al principio mencion, aunque yo no estaba entonces aquí. Este Padre entendió luego, que era espíritu del Señor, y la ayudó mucho, pasando harto con sus deudos (ansí habian de hacer todos los que le pretenden servir, cuando ven un alma llamada de Dios, no mirar tanto las prudencias humanas) prometiéndola de ayudarla para que tornase otro dia. Con hartas persuasiones, porque no echasen la culpa á su madre, se fué esta vez, ella iba siempre mas adelante en sus deseos. Comenzó secretamente su madre á dar parte á sus deudos; porque no lo supiese el esposo, se traia este secreto. Decian que era niñería, y que esperase hasta tener edad, que no tenia cumplidos doce años. Ella decia, que como la hallaron con edad para casarla, y de dejarla al mundo, ¿cómo no se la hallaban para darse á Dios? Decia cosas que se parecia bien no era ella la que hablaba en esto. No pudo ser tan secreto, que no se avisase á su esposo; como ella lo supo, parecióle no se sufria aguardarle; y un dia de la Concepcion, estando en casa de su abuela, que tambien era su suegra, que no sabía nada desto, rogóla mucho que la dejase ir al campo con su aya á holgar un poco; ella lo hizo

por hacerla placer en un carro con sus criados. Ella dió á uno dinero, y rogóle la esperase á la puerta deste monasterio con unos manojos ó sarmientos, y ella hizo rodear de manera, que la trajeron por esta casa. Como llegó á la puerta, dijo que pidiesen al torno un jarro de agua, que no dijesen para quien, y apeóse muy apriesa: dijeron que allí se la darian, ella no quiso. Ya los manojos estaban allí: dijo que dijesen viniesen á la puerta á tomar aquellos manojos, y ella juntóse allí, y en abriendo entróse dentro, y fuése á abrazar con Nuestra Señora, llorando y rogando á la priora no la echase. Las voces de los criados eran grandes, y los golpes que daban á la puerta: ella los fué á hablar á la red, y los dijo que por ninguna manera saldria, que lo fuesen á decir á su madre: las mujeres que iban con ella hacian grandes lástimas, á ella se la daba poco de todo. Como dieron la nueva á su abuela, quiso ir luego allá. En fin, ni ella, ni su tio, ni su esposo, que venido procuró mucho de hablarla por la red, hacian mas de darle tormento cuando estaban con ella, y después quedar con mayor firmeza. Decíala el esposo después de muchas lástimas, que podria mas servir á Dios haciendo limosnas; y ella respondia que las hiciese él, y á las demás cosas le decia, que mas obligada estaba á su salvacion, y que veia que era flaca, y que en las ocasiones del mundo no se salvaria, y que no tenia que se quejar della, pues no le habia dejado sino por dos, que en eso no le hacia agravio. De que vió que no se satisfacia con nada, levantóse y dejóle. Ninguna impresion le hizo, antes del todo quedó disgustada con él; porque á el alma á quien Dios da luz de la verdad, las tentaciones y estorbos que pone el demonio la ayudan mas, porque es su Majestad el que pelea por ella, y ansí se veia claro aquí, que no parecia era ella la que hablaba. Como su esposo y deudos vieron lo poco que aprovechaba quererla sacar de grado, procuraron fuese por fuerza; y ansí trajeron una provision real para sacarla fuera del monasterio, y que la pusiesen en libertad.

En todo este tiempo, que fué desde la Concepcion hasta el dia de los Inocentes, que la sacaron, se estuvo sin darla el hábito en el monasterio, haciendo todas las cosas de la religion, como si le tuviera, y con grandísimo contento. Este dia la llevaron en casa de un caballero, viniendo la justicia por ella. Llevándola con hartas lágrimas, diciendo, ¿que para qué la

atormentaban, pues no les habia de aprovechar nada? Aquí fué harto persuadida, así de religiosos, como de otras personas; porque á unos les parecia que era niñería; otros deseaban gozase su estado. Seria alargarme mucho, si dijese las disputas que tuvo, y de la manera que se libraba de todas. Dejábalos espantados de las cosas que decia. Ya que vieron no aprovechaba, pusiéronla en casa de su madre para detenerla algun tiempo, la cual estaba ya cansada de ver tanto desasosiego, y no la ayudaba en nada, antes á lo que parecia, era contra ella. Podrá ser que fuese para probarla mas; al menos así me lo ha dicho después, que es tan santa, que no se ha de creer sino lo que dice. Mas la niña no lo entendia: y tambien un confesor que la confesaba le era en extremo contrario, de manera, que no tenia sino á Dios, y á una doncella de su madre, que era con quien descansaba. Así pasó con harto trabajo y fatiga hasta cumplir los doce años, que entendió que se trataba de llevarla á ser monja al monasterio que estaba su hermana, ya que no la podian quitar de que lo fuese, por no haber en él tanta aspereza. Ella, como entendió esto, determinó de procurar por cualquier medio, que pudiese llevar adelante su propósito: y así un dia yendo á misa con su madre, estando en la iglesia, entróse su madre á confesar en un confesionario, y ella rogó á su aya, que fuese á uno de los Padres á pedir que la dijesen una misa, y en viéndola ida, metió sus chapines en la manga, y alzó la saya, y vase con la mayor prisa que pudo á este monasterio, que era harto léjos. Su aya, como no la halló, fué tras ella, y ya que llegaba cerca, rogó á un hombre que se la tuviese, él dijo despues que no habia podido menearse, y así la dejó. Ella como entró á la puerta del monasterio primera, y cerró la puerta, y comenzó á llamar, cuando llegó la aya, ya estaba dentro en el monasterio, y diéronle luego el hábito, y así dió fin á tan buenos principios como el Señor habia puesto en ella. Su Majestad la comenzó luego bien en breve á pagar con mercedes espirituales, y ella á servirle con grandísimo contento, y grandísima humildad, y desasimiento de todo. Sea bendito por siempre, que así da gusto con los vestidos pobres de sayal á la que tan aficionada estaba á los muy curiosos y ricos, aunque no eran parte para encubrir su hermosura, que estas gracias naturales repartió el Señor con ella, como las espirituales

de condicion y entendimiento tan agradable, que á todas es despertador para alabar á su Majestad. Plegue á él haya muchas que ansí respondan á su llamamiento.

CAPITULO XII

En que trata de la vida y muerte de una religiosa que trajo Nuestro Señor á esta misma Casa, llamada Beatriz de la Encarnación, que fué su vida de tanta perfecion, y su muerte tal, que es justo se haga della memoria.

Entró en este monasterio por monja una doncella llamada doña Beatriz Oñez, algo deuda de doña Casilda: entró algunos años antes, cuya alma tenia á todas espantadas, por ver lo que el Señor obraba en ella de grandes virtudes, y afirman las monjas y priora, que en todo cuanto vivió, jamás entendieron en ella cosa que se pudiese tener por imperfeción, ni jamás por cosa la vieron de diferente semblante, sino con una alegría modesta, que daba bien á entender el gozo interior que traia su ánima. Un callar sin pesadumbre, que con tener gran silencio, era de manera, que no se le podía notar por cosa particular: no se halla jamás haber hablado palabra, que hubiese en ella que reprender, ni en ella se vió porfía, ni una disculpa, aunque la priora por probarla la quisiese culpar de lo que no habia hecho, como en estas casas se acostumbra para mortificar. Nunca jamás se quejó de cosa, ni de ninguna hermana, ni por semblante ni palabra dió disgusto á ninguna con oficio que tuviese, ni ocasion para que della se pensase ninguna imperfecion, ni se hallaba por qué acusarla ninguna falta en capítulo, con ser cosas bien menudas las que allí las celadoras dicen que han notado. En todas las cosas era extraño su concierto interior y exteriormente: esto nacia de traer muy presente la eternidad, y para lo que Dios nos habia criado. Siempre traia en la boca alabanzas de Dios, y un agradecimiento grandísimo, en fin, una perpetua oracion.

En lo de la obediencia jamás tuvo falta, sino con una prontitud, perfeción y alegría á todo lo que se le mandaba. Grandísima caridad con los prójimos, de manera que decia que por

cada uno se dejaría hacer mil pedazos, á trueco de que no perdiesen el alma, y gozasen de su hermano Jesucristo, que ansí llamaba á Nuestro Señor. En sus trabajos, los cuales con ser grandísimos, de terribles enfermedades (como adelante diré) y de gravísimos dolores, los padecía con tan grandísima voluntad y contento, como si fueran grandes regalos y deleites. Debíasele Nuestro Señor de dar en el espíritu, por que no es posible menos, segun con el alegría que los llevaba.

Acaeció que en este lugar de Valladolid llevaban á quemar á unos por grandes delitos: ella debia saber que no iban á la

muerte con tan gran aparejo como convenia, y dióle tan grandísima afliccion, que con gran fatiga se fué á nuestro Señor y le suplicó muy ahincadamente por la salvacion de aquellas almas, y que á trueco de lo que ellos merecian ó porque ella mereciese alcanzar esto (que las palabras puntualmente no me acuerdo), le diese toda su vida todos los trabajos y penas que ella pudiese llevar. Aquella misma noche le dió la primera

calentura, y hasta que murió siempre fué padeciendo. Ellos murieron bien, por donde parece oyó Dios su oracion. Dióle luego una postema dentro de las tripas con tan grandísimos dolores, que era bien menester para sufrirlos con paciencia lo que el Señor habia puesto en su alma. Esta postema era por la parte de adentro, á donde cosa de las medicinas que la hacian no la aprovechaba, hasta que el Señor quiso se le viniese á abrir y echar la materia, y así mejoró algo deste mal. Con aquella gana que le daba de padecer, no se contentaba con poco, y así oyendo un sermon un dia de la cruz, creció tanto su deseo, que como acabaron, con un ímpetu de lágrimas se fué sobre su cama, y preguntándole qué habia, dijo que rogasen á Dios la diese muchos trabajos, y que con esto estaria contenta.

Con la priora trataba ella todas las cosas interiores, y se consolaba con esto. En toda la enfermedad jamás dió la menor pesadumbre del mundo, ni hacia mas de lo que queria la enfermera, aunque fuese beber un poco de agua. Desear trabajos almas que tienen oracion, es muy ordinario, estando sin ellos; mas estando en los mesmos trabajos alegrarse de padecerlos no es de muchos. Y así ya que estaba tan apretada, que duró poco, y con dolores muy excesivos, y una postema que le dió dentro de la garganta, que no la dejaba tragar, estaban algunas de las hermanas, y dijo á la priora, como la debia consolar y animar á llevar tanto mal, que ninguna pena tenia, ni se trocaria por ninguna de las hermanas que estaban muy buenas. Tenia tan presente aquel Señor por quien padecia, que todo lo demás que ella podia rodeaba, porque no entendiesen lo mucho que padecia; y así, si no era cuando el dolor la apretaba mucho, se quejaba muy poco. Pareciale que no habia en la tierra cosa mas ruin que ella, y así en todo lo que se podia entender, era grande su humildad. En tratando de virtudes de otras personas, se alegraba muy mucho: en cosas de mortificacion era extremada: con una disimulacion se apartaba de cualquier cosa que fuese de recrecion, que si no era quien andaba con aviso, no la entendian. No parecia que vivia, ni trataba con las criaturas, segun se la daba poco de todo: que de cualquier manera que fuesen las cosas, las llevaba con una paz que siempre las veian estar en un ser. Tanto, que la dijo una vez una hermana, que parecia de unas personas

que hay muy honradas, que aunque mueran de hambre, lo quieren mas que no lo sientan los de fuera, porque no podian creer que ella dejaba de sentir algunas cosas, aunque tan poco se le parecia.

Todo lo que hacia de labor y de oficios, era con un fin que no dejaba perder el mérito, y ansí decia á las hermanas: *No tiene precio la cosa mas pequeña que se hace, si va por amor de Dios. No habiamos de menear los ojos, hermanas, si no fuese por este fin, y por agradarle.* Jamás se entremetia en cosa que no estuviese á su cargo, ansí no veia falta de nadie, sino de sí. Sentia tanto que della se dijese ningun bien, que ansí traia cuenta con no le decir de nadie en su presencia, por no las dar pena.

Nunca procuraba consuelo, ni en irse á la huerta, ni en cosa criada; porque segun ella dijo, groseria era buscar alivio de los dolores que Nuestro Señor le daba; y ansí nunca pedia cosa, sino lo que le daban: con esto pasaba. Tambien decia, que antes le seria cruz tomar consuelo en cosa que no fuese Dios. El caso es, que informándome yo de las de casa, no hubo ninguna que hubiese visto en ella cosa, que pareciese sino de alma de gran perfeccion.

Pues venido el tiempo en que Nuestro Señor la quiso llevar desta vida, crecieron los dolores, y tantos males juntos, que para alabar á Nuestro Señor de ver el contento como lo llevaba, la iban á ver algunas veces. En especial tuvo gran deseo de hallarse á su muerte el capellan que confiesa en aquel monasterio, que es harto siervo de Dios, que como él la confesaba, teniala por santa. Fué Dios servido que se le cumplió este deseo, que como estaba en tanto sentido, y ya oleada, llamáronle para que si hubiese menester aquella noche reconciliarla y ayudarla á morir. Un poco antes de las nueve, estando todas con ella, y él lo mesmo, como un cuarto de hora antes que muriese, se le quitaron todos los dolores, y con una paz muy grande levantó los ojos, y se le puso una alegria de manera en el rostro, que pareció como un resplandor, y ella estaba como quien mira una cosa que le da gran alegria, porque ansí se sonrió dos veces. Todas las que estaban allí y el mesmo sacerdote, fué tan grande el gozo espiritual y alegria que recibieron, que no saben decir mas de que les parecia que estaban en el cielo. Y con esta alegria que digo, los ojos en

el cielo, espiró, quedando como un Angel, que ansí lo podemos creer (según nuestra fe, y segun su vida) que la llevó Dios á descanso, en pago de lo mucho que habia deseado padecer por él.

Afirma el capellan (y ansí lo dijo á muchas personas) que al tiempo de echar el cuerpo en la sepultura, sintió en él grandísimo y muy suave olor. Tambien afirma la sacristana, que de toda la cera que en su enterramiento y honras ardió, no halló cosa disminuida de la cera. Todo se puede creer de la misericordia de Dios. Tratando de estas cosas con un confesor suyo de la Compañía de Jesús, con quien habia muchos años confesado y tratado su alma, dijo, que no era mucho, ni él se espantaba, porque sabia que tenia Nuestro Señor mucha comunicacion con ella. Plega á su Majestad, hijas mias, que nos sepamos aprovechar de tan buena compañía como esta, y otras muchas que Nuestro Señor nos da en estas casas. Podrá ser que diga alguna cosa dellas, para que esfuercen á imitar las que van con alguna tibieza, y para que alabemos todas al Señor, que ansí resplandece su grandeza en unas flacas mujercitas.

CAPITULO XIII

En que trata cómo se comenzó la primera casa de la regla primitiva, y por quién de los Descalzos carmelitas. Año 1568.

Antes que yo fuese á esta fundacion de Valladolid, como ya tenia concertado con el P. Fr. Antonio de Jesús, que era entonces prior en Medina en Santa Ana, que es de la órden del Cármen, y con Fr. Juan de la Cruz (como ya tengo dicho) de que serian los primeros que entrasen, si se hiciese monasterio de la primera regla de descalzos; y como yo no tuviese remedio para tener casa, no hacia sino encomendarlo á Nuestro Señor, porque, como he dicho, ya estaba satisfecha destos Padres; porque al P. Fr. Antonio de Jesús habia el Señor bien ejercitado (un año que habia que yo lo habia tratado con él) en trabajos, y llevádolos con mucha perfecion: del P. Fr. Juan de la Cruz ninguna prueba era menester, porque aunque esta-

ba entre los del paño calzados, siempre habia hecho vida de mucha perfecion y religion.

Fué Nuestro Señor servido, que como me dió la principal, que eran frailes que comenzasen, ordenó lo demás. Un caballero de Avila llamado D. Rafael, con quien yo jamás habia tratado, no sé cómo (que no me acuerdo) vino á entender que se queria hacer un monasterio de descalzos, y vinome á ofrecer que me daria una casa que tenia en un lugarcillo de hartos pocos vecinos, que me parece no serian veinte; que no me acuerdo ahora, que la tenia allí para un rentero que recogia el pan de renta que tenia allí. Yo (aunque vi cuál debia ser) alabé á Nuestro Señor, y agradecíselo mucho. Díjome que era camino de Medina del Campo, que iba yo por allí para ir á la fundacion de Valladolid, que es camino derecho, y que la veria. Yo dije que lo haria, y aun ansí lo hice, que partí de Avila por junio con una compañera y con el P. Julian de Avila, que era el sacerdote que he dicho que me ayudaba en estos caminos, capellan de San Josef de Avila. Aunque partimos de mañana, como no sabíamos el camino, errámosle: y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relacion dél. Ansí anduvimos aquel dia con harto trabajo, porque hacia muy recio sol: cuando pensábamos estábamos cerca, habia otro tanto que andar; siempre se me acuerda del cansancio y desvarío que traíamos en aquel camino. Ansí llegamos poco antes del anochecer: como entramos en la casa, estaba de tal suerte, que no nos atrevimos á quedar allí aquella noche, por causa de la demasiada poca limpieza que tenia, y mucha gente del agosto. Tenia un portal razonable, y una cámara doblada con su desvan, y una cocinilla; este edificio todo tenia nuestro monasterio. Yo consideré que el portal se podia hacer iglesia, y el desvan coro, que venia bien, y dormir en la cámara. Mi compañera, aunque era harto mejor que yo, y muy amiga de la penitencia, no podia sufrir, que yo pensase hacer allí monasterio, y ansí me dijo: *Cierto, madre, que no haya espíritu (por bueno que sea) que lo pueda sufrir: vos no trateis desto.*

El Padre que iba conmigo, aunque le pareció lo que á mi compañera, como le dije mis intentos, no me contradijo. Fuímonos á tener la noche en la iglesia, que para el cansancio grande que llevábamos, no quisiéramos tenerla en vela. Llegamos á Medina, hablé luego con el P. Fr. Antonio, y díjele

lo que pasaba, y que si tenia corazon para estar allí algún tiempo, que tuviese cierto que Dios lo remediaria presto, que todo era comenzar. Paréceme tenia tan delante lo que el Señor ha hecho, y tan cierto (á manera de decir) como ahora que lo veo, y aun mucho mas de lo que hasta ahora he visto, que al tiempo que esto escribo hay diez monasterios de descalzas, por la Sondad de Dios; y que creyese, que no nos daria la licencia el provincial pasado, ni el presente (que habia de ser con su consentimiento, segun dije al principio) si nos viese en casa muy medrada, dejado que no tenemos remedio dello, y que en aquel lugarcillo y casa que no harian caso dellos. A él le habia puesto Dios mas ánimo que á mí; y ansí dijo, que no solo allí, mas que estaria en una pocilga. Fr. Juan de la Cruz estaba en lo mesmo: ahora nos quedaba alcanzar la voluntad de los Padres que tengo dichos, porque con esa condicion habia dado la licencia nuestro Padre General. Yo esperaba en Nuestro Señor de alcanzarla, y ansí dije al P. fray Antonio, que tuviese cuidado de hacer todo lo que pudiese en allegar algo para la casa, y yo me fuí con Fr. Juan de la Cruz á la fundacion que queda escrita en Valladolid; y como estuvimos algunos dias con oficiales, para recoger la casa sin clausura, habia lugar para informar al P. Fr. Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, ansí de mortificacion, como de estilo de hermandad y recreacion que tenemos juntas; que todo es con tanta moderacion, que solo sirve de estender allí las faltas de las hermanas, y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la regla. El era tan bueno, que al menos yo podia mucho mas deprender dél que él de mí: mas esto no era lo que yo hacia, sino el estilo del proceder de las hermanas.

Fue Dios servido que estaba allí el provincial de nuestra órden de quien yo había de tomar el beneplácito, llamado Fr. Alonso Gonzalez; era viejo, y harto buena cosa y sin malicia. Yo le dije tantas cosas, y de la cuenta que daria á Dios, si tan buena obra estorbaba, cuando se la pedí, y su Majestad que le dispuso (como quería que se hiciese) que se ablandó mucho. Venida la señora doña María de Mendoza, y el obispo de Avila su hermano, que es quien siempre nos ha favorecido y amparado, lo acabaron con él y con el P. Fr. Angel de Salazar, que era el provincial pasado, de quien yo temia toda

la dificultad. Mas ofrecióse entonces cierta necesidad, que tuvo menester el favor de la señora doña María de Mendoza, y esto creo ayudó mucho, dejado que aunque no hubiera esta ocasion, se lo pusiera Nuestro Señor en el corazon, como al Padre General, que estaba bien fuera dello. ¡O válame Dios, qué de cosas he visto en estos negocios que parecian imposibles, y cuán fácil ha sido á su Majestad allanarlas! Y qué confusion mia es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy, que ahora que lo voy escribiendo, me voy espantando, y deseando que Nuestro Señor dé á entender á todos como en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas; todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que sólo su Majestad lo podia levantar en lo que ahora está. Sea por siempre bendito.

CAPÍTULO XIV

Prosigue en la fundacion de la primera casa de los Descalzos Carmelitas. Dice algo de la vida que allí hacian, y del provecho que comenzó á hacer Nuestro Señor en aquellos lugares á honra y gloria de Dios.

Como yo tuve estas dos voluntades, ya me parecia no me faltaba nada. Ordenamos que el P. Fr. Juan de la Cruz fuese á la casa, y lo acomodase de manera, que como quiera pudiesen entrar en ella, que toda mi priesa era hasta que comenzasen, porque tenia gran temor no nos viniese algun estorbo; y así se hizo. El P. Fr. Antonio ya tenía algo allegado de lo que era menester; ayudábamosle lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí á Valladolid á hablarme con gran contento, y díjome lo que tenía allegado que era harto poco; solo de relojes iba proveido, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome que para tener las horas concertadas, que no quería ir desapercibido; creo aun no tenía en qué dormir. Tardóse poco en aderezar la casa, porque no habia dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabado, el P. Fr. Antonio renunció su priorazgo y prometió la primera regla, que aunque le decian lo probase primero, no quiso; íbase á su casita con el mayor contento del mundo; ya Fr. Juan estaba allá.

Dicho me ha el P. Fr. Antonio, que cuando llegó á vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que había ya acabado con el mundo, en dejarlo todo y meterse en aquella soledad, á donde al uno y al otro no se le hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites. ¡O válame Dios! ¡qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres mios, que nunca dejeis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas; tengamos delante á nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos Santos Padres de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios.

Verdaderamente he visto haber más espíritu y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa y lo están por grande que sea, ¿qué provecho nos trae? pues solo de una celda es lo que gozamos contino, que esta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos va? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes. Considerando que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como es el de la vida, por larga que sea, se nos hará todo suave viendo que mientras menos tuviéremos acá, mas gozarémos en aquella eternidad, á donde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús. Si decimos que son estos principios para renovar la regla de la Vírgen su Madre, Señora y Patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni á nuestros Santos Padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos; y aunque por nuestra flaqueza en todo no podemos, en las cosas que no hace ni deshace para sustentar la vida, habíamos de andar con gran aviso, pues todo es un poquito de trabajo sabroso, como lo tenían estos dos Padres; y en determinándonos de pasarlo, es acabada la dificultad, que toda es la pena un poquito al principio.

Primero ó segundo domingo de Adviento deste año de 1568 (que no me acuerdo cuál destos domingos fue) se dijo la primera misa en aquel portalico de Belen, que parece era mejor. La Cuaresma adelante, viniendo á la fundacion de Toledo me vine por allí; llegué una mañana, estaba el P. Fr. Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría que él tiene siempre; yo le dije: *¿qué es*

esto, mi padre? ¿qué se ha hecho la honra? Díjome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenía: *Ye maldigo el tiempo que la tuve.* Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí: y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces, tantas calaveras!

Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imágen de papel con un Cristo, que parecía ponía mas devocion, que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas, mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oir misa: tenían á los dos rincones hácia la iglesia dos ermitillas (á donde no podían estar sino echados ó sentados) llenas de heno, porque el lugar era muy frio, y el tejado cási les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hácia el altar y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acababan Maitines, hasta Prima, no se tornaban á ir, sino allí se quedaban en oracion, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos, cuando iban á Prima, y no lo haber sentido. Decían sus Horas con otro Padre de los del paño, que se fué con ellos á estar, aunque no mudó hábito porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo que no era ordenado, que tambien estaba allí.

Iban á predicar á muchos lugares, que estaban por allí comarcanos, sin ninguna doctrina, que por eso tambien me holgué se hiciese allí la casa, que me dijeron que ni había cerca monasterio, ni de dónde la tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que á mí me hizo grandísimo consuelo, cuando lo supe; iban (como digo) á predicar legua y media, y dos leguas, descalzos (que entonces no traían alpargatas, que después se las mandaron poner) y con harta nieve y frio, y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde á comer á su casa; con el contento todo se les hacía poco. Desto de comer tenían muy bastante: porque de los lugares comarcanos los proveían mas de lo que habían menester, y venían allí á confesar algunos caballeros que estaban en aquellos lugares, á donde les ofrecían ya mejores casas y sitios. Entre estos fué uno don

Luis, señor de las Cinco Villas. Este caballero habia hecho una iglesia para una imágen de Nuestra Señora, cierto bien digna de poner en veneracion: su padre la envió desde Flandes á su abuela ó madre (que no me acuerdo cuál) con un mercader; él se aficionó tanto á ella, que la tuvo muchos años, y después á la hora de su muerte mandó se la llevasen en un retablo grande, que no he visto en mi vida (y otras muchas personas dicen lo mesmo) cosa mejor. El P. Fr. Antonio de Jesús, como fué á aquel lugar á peticion deste caballero y vió la imágen, aficionóse tanto á ella (y con mucha razon), que aceptó el pasar allí el monasterio: llámase este lugar Mancera, aunque no tenia ningun agua de pozo, ni de ninguna manera parecia la podian tener allí. Labróles este caballero un monasterio (conforme á su profesion) pequeño y dió ornamentos; hízolo muy bien.

No quiero dejar de decir, como el Señor les dió agua, que se tuvo por cosa de milagro. Estando un dia despues de cenar el P. Fr. Antonio (que era prior) en la claustra con sus frailes, hablando en la necesidad de agua que tenian, levantóse el prior, y tomó un bordon que traia en las manos, é hizo en una parte dél la señal de la cruz (á lo que me parece, que aun no me acuerdo bien si hizo cruz, mas en fin, señaló con el palo) y dijo: *Ahora cavad aquí;* á muy poco que cavaron, salió tanta agua, que aun para limpiarle es dificultoso de alimpiar y de agotar, y agua de beber muy buena, que toda la obra han gastado de allí, y nunca (como digo) se agota. Después que cercaron una huerta, han procurado tener agua en ella y hecho noria, y gastado harto; hasta ahora (cosa que sea nada) no la han podido hallar.

Pues como ví aquella casita, que poco antes no se podia estar en ella, con un espíritu que á cada parte que miraba hallaba con qué me edificar, y entendí de la manera que vivian, y con la mortificacion y oracion, y el buen ejemplo que daban (porque allí me vino á ver un caballero y su mujer, que yo conocia, que estaban en un lugar cerca, y no me acababan de decir de su santidad, y el gran bien que hacian en aquellos pueblos) no me hartaba de dar gracias á Nuestro Señor con un gozo interior grandísimo, por parecerme que veia comenzado un principio, para gran aprovechamiento de nuestra órden y servicio de Nuestro Señor. Plega á su Majestad que lo lleve

adelante como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero. Los mercaderes que habian ido conmigo, me decian que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. ¿Qué cosa es la virtud, que mas les agradó aquella pobreza que todas las riquezas que ellos tenian, y les hartó y consoló su alma!

Despues que tratamos aquellos Padres y yo algunas cosas, en especial (como soy flaca y ruin) les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor, que le llevaban muy grande, y como me habia costado tanto de deseo y oracion, que me diese el Señor quien le comenzase, y veia tan buen principio, temia no buscase el demonio cómo las acabar, antes que se efectuase lo que yo esperaba; como imperfecta y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y su Majestad la habia de llevar adelante. Ellos, como tenian estas cosas que á mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras; y ansí me fuí con harto grandísimo consuelo, aunque no daba á Dios las alabanzas que merecia tan gran merced. Plega á su Majestad por su bondad, sea yo digno de servir en algo lo muy mucho que le debo. Amen. Que bien entendia era esta muy mayor merced que la que me hacia en fundar cosas de monjas.

CAPÍTULO XV

En que se trata la fundacion del monasterio del glorioso san Josef de la ciudad de Toledo, que fué año de 1569.

Estaba en la ciudad de Toledo un hombre honrado y siervo de Dios, mercader, el cual nunca se quiso casar, sino hacia una vida como muy católico, hombre de gran verdad y honestidad; con trato lícito allegaba su hacienda con intento de hacer della una obra que fuese muy agradable al Señor. Dióle el mal de la muerte; llamábase Martin Ramirez. Sabiendo un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Pablo Hernández, con quien yo estando en este lugar me habia confesado cuando estaba concertando la fundacion de Malagon, el cual tenia mucho deseo de que se hiciese un monasterio destos en este lugar, fuéle á hablar y díjole el servicio que seria de Nuestro

Señor tan grande, y como los capellanes y capellanías que queria hacer, las podia dejar en este monasterio, y que se harian en él ciertas fiestas, y todo lo demás que él estaba determinado de dejar en una parroquia deste lugar. El estaba ya tan malo, que para concertar esto, vió no habia tiempo, y dejólo todo en las manos de un hermano que tenía, llamado Alonso Alvarez Ramirez, y con esto le llevó Dios. Acertó bien, porque en este Alonso Alvarez hombre harto discreto, y temeroso de Dios, y limosnero y llegado á toda razon, que dél (que le he tratado mucho, como testigo de vista) puedo decir esto con gran verdad.

Cuando murió Martin Ramirez, aun me estaba yo en la fundación de Valladolid, á donde me escribió el P. Pablo Hernández de la Compañía, y el mismo Alonso Alvarez, dándome cuenta de lo que pasaba, y que si queria acceptar esta fundacion, me diese priesa á venir; y así me partí poco después que se acabó de acomodar la casa. Llegué á Toledo víspera de Nuestra Señora de la Encarnacion, y fuíme en casa de la señora doña Luisa, que es á donde habia estado otras veces, y la fundadora de Malagon. Fuí recibida con gran alegría, porque es mucho lo que me quiere: llevaba dos compañeras de San Josef de Avila, harto siervas de Dios: diéronnos luego un aposento (como solia) á donde estábamos con el recogimiento que en un monasterio. Comencé luego á tratar de los negocios con Alonso Alvarez y un yerno suyo llamado Diego Ortiz, que era (aunque muy bueno y teólogo) mas entero en su parecer que Alonso Alvarez. No se ponia tan presto en la razon: comenzáronme á pedir muchas condiciones, que yo no me parecia convenia otorgar.

Andando en los conciertos y buscando una casa alquilada, para tomar la posesion, nunca la pudieron hallar (aunque se buscó mucho) que conviniese, ni yo tampoco podia acabar con el gobernador que me diese licencia, que en este tiempo no habia arzobispo; aunque esta señora á donde estaba la procuraba mucho, y un caballero que era canónigo en esta iglesia, llamado don Pedro Manrique, hijo del adelanto de Castilla, que era muy siervo de Dios y lo es, que aun es vivo, y con tener bien poca salud, unos años despues que se fundó esta casa, se entró en la Compañía de Jesús, á donde está ahora: era mucha cosa en este lugar, porque tiene mucho entendi-

miento y valor. Con todo no podia acabar que me diesen esta licencia; porque cuando tenia un poco blando el gobernador, no lo estaban los del Consejo. Por otra parte, no nos acabábamos de concertar Alonso Alvarez y yo, á causa de su yerno, á quien él daba mucha mano; en fin, venimos á desconcertarnos del todo. Yo no sabia qué me hacer, porque no habia venido á otra cosa, y veía que habia de ser mucha nota irme sin fundar: con todo tenía mas pena de no me dar la licencia que de lo demás; porque entendia que tomada la posesion Nuestro Señor la proveeria, como lo habia hecho en otras partes, y ansí me determiné de hablar al gobernador, y fuíme á una iglesia que está junto con su casa, y enviéle á suplicar que tuviese por bien de hablarme; habia ya mas de dos meses que se andaba en procurarlo, y cada dia era peor. Como me vi con él, díjele: *Que era recia cosa, que hubiese mujeres que querian vivir en tanto rigor y perfecion, y encerramiento, y que los que no pasaban nada desto, sino que se estaban en regalos, quisiesen estorbar obras de tanto servicio de Nuestro Señor.*

Estas y otras hartas cosas le dije, con una determinacion grande que me daba el Señor. De manera le movió el corazon que antes que me quitase de con él me dió la licencia. Yo me fuí muy contenta, que me parecia ya lo tenia todo, sin tener nada; porque debian ser hasta tres ó cuatro ducados los que tenia, con que compré dos lienzos (porque ninguna cosa tenia la imágen para poner en el altar) y dos jergones y una manta; de casa no habia memoria: con Alonso Alvarez ya estaba desconcertada. Un mercader amigo mio del mesmo lugar, que nunca se ha querido casar, ni entiende sino en hacer buenas obras con los presos de la cárcel y otras muchas obras buenas que hace, y me habia dicho que no tuviese pena, que él me buscaria casa (llámase Alonso de Avila), cayóme malo. Algunos días antes habia venido á aquel lugar un fraile francisco llamado Fr. Martin de la Cruz, muy santo; estuvo algunos dias, y cuando se fué envióme un mancebo que él confesaba, llamado Andrada, no nada rico, sino harto pobre, á quien él rogó hiciese todo lo que yo le dijese. El, estando un dia en una iglesia en misa, me fué á hablar, y á decir lo que le habia dicho aquel bendito, que estuviese cierta que en todo lo que él podia, que lo haria por mí, aunque solo con su persona podia ayudarnos. Yo se lo agradecí, y me cayó harto en gracia y á

mis compañeras mas, ver el ayuda que el Santo nos enviaba, porque su traje no era para tratar con descalzas.

Pues como yo me ví con la licencia, y sin ninguna persona que me ayudase, no sabia qué hacer, ni á quien encomendar que me buscase una casa alquilada. Acordóseme del mancebo que me habia enviado Fr. Martin de la Cruz, y díjelo á mis compañeras: ellas se rieron mucho de mí, y dijeron que no hiciese tal, que no serviria de mas de descubrirlo. Yo no las quise oir, que por ser enviado de aquel siervo de Dios, confiaba habia de hacer algo, y que no habia sido sin misterio; y así le envié á llamar, y le conté (con todo el secreto que yo le pude encargar) lo que pasaba y que para este fin le rogaba me buscase una casa, que yo daria fiador para el alquiler. Este era el buen Alonso de Avila que he dicho que me cayó malo. A él se le hizo muy fácil, y me dijo que la buscaria. Luego otro dia de mañana, estando en misa en la compañía de Jesús, me vino á hablar, y dijo que ya tenia la casa, que allí traia las llaves, que cerca estaba, y que la fuésemos á ver, y así lo hicimos, y era tan buena, que estuvimos en ella un año cási. Muchas veces, cuando considero en esta fundacion, me espanta las trazas de Dios, que habia cuási tres meses (al menos mas de dos, que no me acuerdo bien) que habian andado dando vuelta á Toledo, para buscarla personas tan ricas, y como si no hubiera casa en él, nunca la pudieron hallar; y vino luego este mancebo, que no lo era sino harto pobre, y quiere el Señor que luego la halla, y que pudiéndose fundar sin trabajo, estando concertado con Alonso Alvarez, que no lo estuviese, sino bien fuera de serlo, para que fuese la fundacion con pobreza y trabajo.

Pues como nos contentó la casa, luego dí órden para que se tomase la posesion, antes que en ella se hiciese ninguna cosa, porque no hubiese algun estorbo; y bien en breve me vino á decir el dicho Andrada, que aquel dia se desembarazaba la casa, que llevásemos nuestro ajuar: yo le dije que poco habia que hacer, que ninguna cosa teníamos sino dos jergones y una manta. El se debia de espantar: á mis compañeras les pesó de que se lo dije, y me dijeron que como lo habia dicho, que de que nos viese tan pobres, no nos querria ayudar. Yo no advertir en eso, y á él le hizo poco al caso: porque quien le daba aquella voluntad, habia de llevarla adelante hasta hacer su

obra, y es ansí que con la que él anduvo en acomodar la casa y traer oficiales, no me parece le haciamos ventaja. Buscamos prestado aderezo para decir misa, y con un oficial nos fuimos á boca de noche con una campanilla, para tomar la posesión, de las que tañen para alzar, que no teniamos otra, y con harto miedo mio anduvimos toda la noche aliñandolo, y no hubo á donde hacer la iglesia, sino en una pieza que la entrada era por otra casilla que estaba junto, que tenian unas mujeres, y su dueña tambien nos la habia alquilado.

Ya que lo tuvimos todo á punto que queria amanecer, y no habiamos osado decir nada á las mujeres porque no nos descubriesen, comenzamos á abrir la puerta, que era de un tabique, y salir á un patiecillo bien pequeño. Como ellas oyeron golpes, que estaban en la cama, levantáronse despavoridas: harto tuvimos que hacer en halagallas, mas ya era hora que luego se dijo la misa; y aunque estuvieran recias, no nos hicieran daño, y como vieron para lo que era, el Señor las aplacó.

Después veia cuán mal habíamos hecho, que entonces con el embebecimiento que Dios pone para que se le haga la obra, no se advierten los inconvenientes. Pues cuando la dueña de lo casa supo que estaba hecha iglesia, fué el trabajo (que ara mujer de un mayorazgo); era mucho lo que hacia. Con parecerla que se la comprariamos bien, si nos contentaba, quiso el Señor que se aplacó. Pues cuando los del Consejo supieron que estaba hecho el monasterio, que ellos nunca habian querido dar licencia, estaban muy bravos, y fueron en casa de un señor de la iglesia (á quien yo habia dado parte en secreto) diciendo que querian hacer y acontecer: porque el gobernador habíasele ofrecido un camino después que me dió la licencia, y no estaba en el lugar, fuéronlo á contar á este que digo, espantados de tal atrevimiento, que una mujercilla contra su voluntad les hiciese un monasterio. Él hizo que no sabia nada, y aplacólos lo mejor que pudo, diciendo que en otros cabos lo habia hecho, y que no seria sin bastantes recaudos.

Ellos (desde no sé á cuántos dias) nos enviaron una descomunion para que no se dijese misa, hasta que mostrase los recaudos con que se habia hecho. Yo les respondí muy mansamente, que haria lo que mandaban, aunque no estaba obligada á obedecer en aquello; y pedí á D. Pedro Manrique (el

caballero que he dicho) que los fuese á hablar, y á mostrar los recaudos. El los allanó como ya estaba hecho, que sino tuviéramos trabajo.

Estuvimos algunos dias con los jergones y la manta, sin mas ropa, y aun aquel dia ni una seroja de leña no teníamos para asar una sardina, y no sé á quién movió el Señor, que nos pusieron en la iglesia un hacecito de leña con que nos remediamos. A las noches se pasaba algun frio, que le hacia: aunque con la manta y las capas de sayal que traemos encima nos abrigábamos, que muchas veces nos aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora que me queria tanto, entrar con tanta pobreza; no sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien desta virtud: yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió por ventura, que mas que lo que nos podia dar le soy á cargo.

Ello fué bien para nosotros, porque era tanto el consuelo interior que traíamos y el alegría, que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes. Como una contemplacion suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos fueron proveyendo mas de lo que quisiéramos el mesmo Alonzo Alvarez y otros; que es cierto que era tanta mi tristeza, que no me parecia sino como si tuviese muchas joyas de oro y me las llevaran y dejaran pobre, así sentia pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mesmo, que como las ví mustias, les pregunté que habian, y me dijeron: *Qué hemos de haber, madre, que ya no parece somos pobres.*

Desde entonces me creció el deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales, pues su falta hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo otra hartura y quietud. En los dias que habia tratado de la fundacion con Alonso Alvarez, eran muchas las personas á quien parecia mal, y me lo decian, por parecerles que no eran ilustres y caballeros (aunque harto buenos eran en su estado, como he dicho) y que en un lugar tan principal como era este de Toledo, que no me faltaria comodidad: yo no reparaba mucho en esto, porque gloria sea á Dios, siempre he estimado en mas la virtud que el linaje; mas habian ido

tantos dichos al gobernador, que me dió licencia con esta condicion, que fundase yo como en otras partes.

Yo no sabia qué hacer, porque hecho el monasterio, tornaron á tratar del negocio, mas como ya estaba fundado, tomé este medio de darles la capilla mayor, y que en lo que toca al monasterio no tuviesen ninguna cosa, como ahora está. Ya habia quien quisiese la capilla mayor, persona principal, y habia hartos pareceres, no sabiendo á qué me determinar. Nuestro Señor me quiso dar luz en este caso, y ansi me dijo una vez: *Cuan poco al caso harian delante del juicio de Dios estos linajes y estados*, y me hizo una reprension grande, porque daba oido á los que me hablaban de esto, que no eran cosas para los que ya teniaa despreciado el mundo.

Con estas y otras muchas razones, yo me confundí harto, y determiné concertar lo que estaba comenzado de darles la capilla, y nunca me ha pesado, porque hemos visto claro el mal remedio que tuviéramos para comprar casa; porque con su ayuda compramos en la que ahora están, que es de las buenas de Toledo, que costó doce mil ducados; y como hay tantas misas y fiestas, está muy á consuelo de las monjas, y hácele á los del pueblo. Si hubiera mirado á las opiniones vanas del mundo (á lo que podemos entender) era imposible tener tan buena comodidad, y hacia agravio á quien con tanta voluntad nos hizo esta caridad.

CAPITULO XVI

En que se tratan algunas cosas sucedidas en este convento de San Josef de Toledo, para honra y gloria de Dios.

Hame parecido decir algunas cosas de lo que en servicio de Nuestro Señor algunas monjas se ejercitaban, para que las que vinieren procuren siempre imitar estos buenos principios. Antes que se comprase la casa, entró aquí una monja llamada Ana de la Madre de Dios, de edad de cuarenta años, y toda su vida habia gastado en servir á su Majestad; y aunque en su trato y casa no le faltaba regalo, porque era sola, y tenia bien, quiso mas escoger la pobreza y sujecion de la

órden, y ansí me vino á hablar. Tenia harto poca salud; mas como yo ví alma tan buena y determinada, parecióme buen principio para fundacion, y ansí la admití. Fué Dios servido de darla mucha mas salud en la aspereza y sujecion, que la que tenia con la libertad y regalo. Lo que me hizo devocion, y por lo que la pongo aquí, es, que antes que hiciese profe-

sion, hizo donacion de todo lo que tenia (que era muy rica) y lo dió en limosna para la casa. A mí me pesó desto y no se lo queria consentir, diciéndole, que por ventura ó ella se arrepentiria, ó nosotras no la querriamos dar profesion, y que era recia cosa hacer aquello, puesto que cuando esto fuera, no la habiamos de de-

jar sin lo que nos daba, mas quise yo agravárselo mucho; lo uno, porque no fuese ocasion de alguna tentacion; lo otro, por probar mas su espíritu. Ella me respondió que cuando eso fuese, lo pediria por amor de Dios, y nunca con ella pude acabar otra cosa. Vivió muy contenta y con mucha mas salud.

Era mucho lo que en este monasterio se ejercitaba en mortificacion y obediencia; de manera, que algun tiempo que estuve en él, en veces habia de mirar lo que hablaba la perlada, que aunque fuese con descuido, ellas lo ponian luego por obra. Estaban una vez mirando una balsa de agua que habia en el huerto, y dijo: *Mas qué seria si dijese á una monja* (que estaba allí junto) *que se echase aquí.* No se lo hubo dicho, cuando ya la monja estaba dentro, que segun se paró fué menester vestirse de nuevo. Otra vez (estando yo presente) estábanse confesando, y la que esperaba á otra que estaba allá, llegó á hablar con la perlada, y díjole: *¿Que cómo hacia aquello? Si era buena manera de recogerse: que metiese la cabeza en un pozo que estaba allí, y pensase allí sus pecados.* La otra entendió que se echase en el pozo, y fué con tanta priesa á hacerlo, que si no acudieran presto, se echara, pensando hacia á Dios el mayor servicio del mundo: y otras cosas semejantes, y de gran mortificacion: tanto, que ha sido menester que las declaren las cosas en que han de obedecer algunas personas de letras, y irlas á la mano, porque hacian algunas bien recias, que si su intencion no las salvara, fuera desmerecer mas que merecer; y esto no es en solo este monasterio (sino que se me ofreció decirlo aquí), sino en todos hay tantas cosas, que quisiera yo no ser parte por decir algunas, para que se alabe á Nuestro Señor en sus siervas.

Acaeció (estando yo aquí) darle el mal de la muerte á una hermana: recibidos los Sacramentos y después de dada la Extremauncion, era tanta su alegría y contento, que así se le podia hablar, en como nos encomendase en el cielo á Dios y á los Santos que tenemos devocion, como si fuera á otra tierra. Poco antes que espirase, entré yo á estar allí, que me habia ido delante del santísimo Sacramento á suplicar al Señor la diese buena muerte; y así como entré, ví á su Majestad á su cabecera, en mitad de la cabecera de la cama: tenia algo abiertos los brazos como que la estaba amparando, y díjome: *Que tuviese por cierto, que á todas las monjas que muriesen en*

estos monasterios, que él las ampararia así, y que no hubiesen miedo de tentaciones en la hora de la muerte. Yo quedé harto consolada y recogida. Dende á un poquito llegúela á hablar, y díjome: *¡O madre, y qué grandes cosas trigo de ver!* Así murió como un ángel.

Y algunas que mueren despues acá he advertido, que es con una quietud y sosiego como si las diese un arrobamiento ó quietud de oracion, sin haber habido muestra de tentacion ninguna. Así espero en la bondad de Dios, que nos ha de hacer en esto merced, por los méritos de su Hijo y de la gloriosa Madre suya, cuyo hábito traemos. Por eso, hijas mías, esforcémonos á ser verdaderas carmelitas, que presto se acabará la jornada: y si entendiésemos la afliccion que muchos tienen en aquel tiempo, y las sutilezas y engaños con que los tienta el demonio, terníamos en mucho esta merced.

Una cosa se me ofrece ahora, que os quiero decir, porque conocí á la persona, y aun era cási deudo de deudos míos. Era gran jugador, y habia aprendido algunas letras, que por estas le quiso el demonio comenzar á engañar con hacerle creer, que la enmienda á la hora de la muerte no valia nada. Tenia esto tan fijo, que en ninguna manera podian con él que se confesase, ni bastaba cosa, y estaba el pobre en extremo afligido y arrepentido de su mala vida; mas decia, que para qué se habia de confesar, que él veia que estaba condenado. Un fraile dominico, que era su confesor, y letrado, no hacia sino argüirle; mas el demonio le enseñaba tantas sutilezas, que no bastaba. Estuvo así algunos dias, que el confesor no sabia qué se hacer, y debíale de encomendar harto al Señor él, y otros, pues tuvo misericordia dél. Apretándole ya el mal mucho (que era dolor de costado) tornó allá el confesor, y debia de llevar pensadas mas cosas con que le argüir, y aprovechara poco, si el Señor no hubiera piedad dél para ablandarle el corazon; y como le comenzó á hablar, y á darle razones, sentóse sobre la cama, como si no tuviera mal, y díjole: *¿Que en fin decís que me puede aprovechar mi confesion? Pues yo la quiero hacer;* y hizo llamar un escribano ó notario, que desto no me acuerdo, y hizo un juramento muy solemne de no jugar mas y de enmendar su vida, y que lo tomasen por testimonio, y confesóse muy bien, y recibió los Sacramentos con tal devocion, que á lo que se puede entender, segun nuestra fe, se salvó. Plega á Nuestro

Señor, hermanos, que nosotras hagamos la vida como verdaderas hijas de la Virgen, y guardemos nuestra profesion para que Nuestro Señor nos haga la merced que nos ha prometido. Amen.

CAPITULO XVII

Que trata de la fundacion de los monasterios de Pastrana, así de frailes, como de monjas. Fué en el mesmo año de 1569

Pues habiendo (luego que se fundó la casa de Toledo, desde á quince dias víspera de Pascua de Espíritu Santo) de acomodar la iglesia, y poner redes y cosas, que habia habido harto que hacer; porque (como he dicho) casi un año estuvimos en esta casa, cansada aquellos dias de andar con oficiales, habíase acabado todo. Aquella mañana, sentándonos en refectorio á comer, me dió tan grande consuelo de ver que ya no tenia qué hacer, y que aquella Pascua podia gozarme con nuestro Señor algun rato, que cási no podia comer, segun se sentia mi alma regalada. No merecí mucho este consuelo, porque estando en esto me vienen á decir, que está allí un criado de la princesa de Eboli, mujer de Ruí Gomez de Silva: yo fuí allá, y era que enviaba por mí, porque habia mucho que estaba tratado entre ella y mí de fundar un monasterio en Pastrana; yo no pensé que fuera tan presto. A mí me dió pena, porque tan recien fundado el monasterio, y con contradicción, era mucho peligro dejarle; y así me determiné luego á no ir, y se lo dije: él díjome que no se sufria, porque la princesa estaba ya allá, y no iba á otra cosa, que era hacerla afrenta. Con todo eso no me pasaba por el pensamiento de ir, y así le dije que se fuese á comer, y que yo escribiria á la princesa, y se iria. El era hombre muy honrado, y aunque se le hacia de mal, como yo le dije las razones que habia, pasaba por ello.

Las monjas, que para estar en el monasterio acababan de de venir, en ninguna manera veian cómo se poder dejar tan presto aquella casa. Fuíme delante del santísimo Sacramento, para pedir al Señor que escribiese de suerte que no se enojase, porque nos estaba muy mal, á causa de comenzar entonces

los frailes, y para todo era bueno tener el favor de Rui Gomez, que tanta cabida tenia con el rey y con todos, aunque desto no me acuerdo si se me acordaba, mas bien sé que no la queria disgustar. Estando en esto, fueme dicho de parte de Nuestro Señor: *Que no dejase de ir, que á mas iba que á aquella fundacion, y que llevase la regla y las constituciones.* Yo, como esto entendí, aunque veia grandes razones para no ir, no osé sino hacer lo que solia en semejantes cosas, que era regirme por el consejo del confesor: y ansí le envié á llamar, sin decirle lo que habia entendido en la oracion, porque con esto quedo mas satisfecha siempre, sino suplicando al Señor les dé luz, conforme á lo que naturalmente pueden conocer, y su Majestad, cuando quiere se haga una cosa, se lo pone en el corazon.

Esto me ha acaecido muchas veces: ansí fué en esto, que mirándolo todo, le pareció fuese, y con eso me determiné á ir. Salí de Toledo segundo dia de Pascua de Espíritu Santo: era el camino por Madrid, y fuimonos á posar mis compañeras y yo á un monasterio de franciscas con una señora que le hizo, y estaba en él, llamada doña Leonor Mascareñas, aya que fué del rey, muy sierva de Nuestro Señor, á donde yo habia posado otras veces, por algunas ocasiones que se habia ofrecido pasar por allí, y siempre me hacia mucha merced.

Esta señora me dijo, que se holgaba viniese á tal tiempo, porque estaba allí un ermitaño que me deseaba mucho conocer, y que le parecia que la vida que hacian él y sus compañeros conformaba mucho con nuestra regla. Yo, como tenia solos dos frailes, vínome al pensamiento que si pudiese que este lo fuese, que seria gran cosa; y ansí le supliqué procurase que nos hablásemos. El posaba en un aposento que esta señora le tenia dado con otro hermano mancebo, llamado Fr. Juan de la Miseria, gran siervo de Dios y muy simple en las cosas del mundo. Pues comunicándonos estrambos, me vino á decir que queria ir á Roma. Y antes que pase adelante, quiero decir lo que sé deste Padre llamado Mariano de san Benito. Era de nacion italiana, doctor, y de muy gran ingenio y habilidad. Estando con la reina de Polonia, que era el gobierno de toda su casa (nunca se habiendo inclinado á casar, sino tenia una encomienda de san Juan) llamóle Nuestro Señor á dejarlo todo para mejor procurar su salvacion. Después de haber pasado

algunos trabajos, que le levantaron habia sido en una muerte de un hombre, y le tuvieron dos años en una cárcel, á donde no quiso letrado, ni que nadie volviese por él, sino Dios y su justicia, habiendo testigos que decian que él los habia llamado para que le matasen (cuási como á los viejos de santa Susana) acaeció, que preguntando á cada uno á dónde estaba entonces, el uno dijo, que sentado sobre una cama, el otro dijo, que á una ventana: en fin, vinieron á confesar como lo levantaban, y él me certificaba que le habian costado hartos dineros librarlos, para que no los castigasen: y que el mesmo que le hacia la guerra habia venido á sus manos, que hiciese cierta informacion contra él, y que por el mesmo caso habia puesto cuanto habia pedido por no le hacer daño.

Estas y otras virtudes (que es hombre limpio y casto, enemigo de tratar con mujeres) debia de merecer con Nuestro Señor que le diese luz de lo que era el mundo, para procurar apartarse dél, y ansí comenzó á pensar en qué órden tomaria, é intentando las unas y las otras, en todas debia de hallar inconvenientes para su condicion, segun me dijo. Supo que cerca de Sevilla estaban juntos unos hermanos en un desierto, que llamaban el Tardon, teniendo un hombre muy santo por mayor, que llamaban el P. Mateo: tenia aparte cada una su celda, sin decir oficio divino, sino un oratorio á donde se juntaban á misa, ni tenian renta, ni querian recibir limosna, ni la recibian, sino de la labor de sus manos se mantenian, y cada uno comia de por sí harto pobremente. Parecióme cuando lo oí el retrato de nuestros santos Padres. En esta manera de vivir estuvo ocho años. Como vino el santo concilio de Trento, y como mandaron reducir á las órdenes los ermitaños, él queria ir á Roma á pedir licencia para que lo dejasen estar ansí, y este intento tenia cuando yo le hablé. Pues como me dijo la manera de su vida, y le mostré nuestra regla primitiva, y le dije que sin tanto trabajo podia guardar todo aquello, pues era lo mesmo, en especial de vivir de la labor de sus manos, que era á lo que él mucho se inclinaba, diciéndome que estaba el mundo perdido de codicia, y que esto hacia el no tener en nada á los religiosos. Como yo estaba en lo mesmo, en esto presto nos concertamos, y aun en todo; que dándole yo razones de lo mucho que podia servir á Dios en este hábito, me dijo que pensaria en ello aquella noche. Ya le ví casi determinado, y

entendí que lo que yo habia entendido en la oracion, que iba á mas que al monasterio de las monjas, era aquello. Dióme grandísimo contento, pareciendo se habia mucho de servir el Señor si él entraba en la órden. Su Majestad que lo queria, le movió de manera aquella noche, que otro dia me llamó ya muy determinado, y aun espantado de verse mudado tan presto, en especial por una mujer (que aun ahora algunas veces me lo dice) como si fuera eso la causa, sino el Señor, que puede mudar los corazones. Grandes son sus juicios, que habiendo andado tantos años sin saber á qué se determinar de estado (porque el que entonces tenia no lo era, que no hacian votos, ni cosa que les obligase, sino estarse allí retirados) y que tan presto le moviese Dios, y le diese á entender lo mucho que le habia de servir en este estado, y que su Majestad le habia menester para llevar adelante lo que estaba comenzado, que ha ayudado mucho, y hasta ahora le cuesta muchos trabajos, y costará mas, hasta que asiente, segun se puede entender de las tradiciones que ahora tiene esta primera regla: porque por su habilidad, ingenio y buena vida, tiene cabida con muchas personas que nos favorecen y amparan. Pues díjome como Rui Gomez en Pastrana (que es el mesmo lugar á donde yo iba) le habia dado una buena ermita y sitio para hacer allí asiento de ermitaños, y que él queria hacerla desta órden y tomar el hábito. Yo se lo agradecí, y alabé mucho á Nuestro Señor, porque de las dos diligencias que habia enviado nuestro Padre General reverendísimo para dos monasterios, no estaba hecho mas del uno. Y desde allí hice mensajero á los dos Padres que quedan dichos, el que era provincial, y al que lo habia sido, pidiéndoles mucho me diesen licencia, porque no se podia hacer sin su consentimiento; y escribí al obispo de Avila, que era D. Alvaro de Mendoza, que nos favorecia mucho, para que lo acabase con ellos.

Fue Dios servido que lo tuvieron por bien. Parecíeshia, que en lugar tan apartado les podia hacer poco perjuicio. Dióme la palabra de ir allá en siendo venida la licencia; con esto fuí en extremo contenta. Hallé allá á la princesa y al príncipe Rui Gomez, que me hicieron muy buen acogimiento; diéronnos un aposento apartado, á donde estuvimos mas de lo que yo pensé; porque la casa estaba tan chica, que la prin-

cesa la habia mandado derrocar mucho della y tornar á hacer de nuevo, aunque no las paredes, mas hartas cosas.

Estaria allí tres meses, á donde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa, que no convenian á nuestra religion. Y ansí me determiné á venir de allí sin fundar, antes de hacerlo; mas el príncipe Rui Gomez con su cordura (que lo era mucho y llegado á la razon) hizo á su mujer que se allanase, y yo llevaba algunas cosas, porque tenia mas deseo de que se hiciese el monasterio de los frailes que el de las monjas, por entender lo mucho que importaba, como después se ha visto. En este tiempo vino Mariano y su compañero, los ermitaños que quedan dichos, y traida la licencia, aquellos señores tuvieron por bien que se hiciese la ermita que le habian dado para ermitaños de frailes descalzos, enviando yo á llamar al P. Fr. Antonio de Jesús, que fue el primero que estaba en Mancera, para que comenzase á fundar el monasterio. Yo les aderecé hábitos y capas, y hacia todo lo que podia para que ellos tomasen luego el hábito. En esta sazon habia yo enviado por las monjas al monasterio de Medina del Campo, que no llevaba mas de dos conmigo, y estaba allí un padre ya de dias, que aunque no era muy viejo, no era muy mozo, mas era muy buen predicador, llamado Fr. Baltasar de Jesús, que como supo se hacia aquel monasterio, vínose con las monjas, con intento de tornarse descalzo; y ansí lo hizo cuando vino, que como me lo dijo yo alabé á Dios. El dió el hábito al P. Mariano y á su compañero, para legos entrambos, que tampoco el P. Mariano quiso ser de misa, sino entrar para ser el menor de todos, ni yo lo pude acabar con él: después por mandato de nuestro reverendísimo Padre General se ordenó de misa.

Pues fundados entrambos monasterios y venido el P. fray Antonio de Jesús, comenzaron á entrar novicios, tales cuales adelante se dirá de algunos, y á servir á Nuestro Señor tan de veras, como (si él es servido) escribirá quien lo sepa mejor decir que yo, que en este caso cierto quedo corta.

En lo que toca á las monjas, estuvo el monasterio allí dellas con mucha gracia de los señores, y con gran cuidado de la princesa en regalarlas y tratarlas bien, hasta que murió el príncipe Rui Gomez, que el demonio, ó por ventura porque el Señor lo permitió (su Majestad sabe por qué) que con la

acelerada pasión de su muerte entró la princesa allí monja, que con la pena que tenía, no le podían caer en mucho gusto las cosas á que no estaba usada de encerramiento, y por el santo Concilio la priora no podía darle las libertades que quería, vínose á disgustar con ella, y con todas de tal manera, que aun después que dejó el hábito estando ya en su casa le daban enojo, y las pobres monjas andaban con tal inquietud, que yo procuré por cuantas vías pude, suplicándolo á los perlados que quitasen de allí el monasterio, fundándose uno en Segovia, como adelante se dirá, á donde se pasaron, dejando cuanto les había dado la princesa, y llevando consigo algunas monjas que ella había mandado tomar sin ninguna cosa. Las camas y cosillas que las mesmas monjas habían traído llevaron consigo, dejando bien lastimados á los del lugar. Yo con el mayor contento del mundo en verlas en quietud, porque estaba muy bien informada que ellas ninguna culpa habían tenido en el disgusto de la princesa, antes lo que estuvo con hábito la servían, como antes que le tuviese: solo en lo que tengo dicho fue la ocasión, y la mesma pena que esta señora tenía, y una criada que llevó consigo, que á lo que se entiende, tuvo toda la culpa. En fin, el Señor que lo permitió debía de ver que no convenía allí aquel monasterio, que sus juicios son grandes y contra todos nuestros entendimientos: yo por solo el mío no me atreviera, sino por el parecer de personas de letras y santidad.

CAPÍTULO XVIII

Trata de la fundación del monasterio de San Josef de Salamanca, que fué año de 1570. Trata de algunos avisos para las prioras importantes

Acabadas estas dos fundaciones, torné á la ciudad de Toledo á donde estuve algunos meses, hasta comprar la casa que queda dicha, y dejarlo todo en órden. Estando entendiendo en esto, me escribió un rector de la Compañía de Jesús de Salamanca, diciéndome que estaría allí muy bien un monasterio destos, dándome dello razones; aunque por ser muy pobre el

lugar, me habia detenido de hacer allí fundacion de pobreza: mas considerando que lo es tanto Ávila, y nunca le falta, ni creo le faltará Dios á quien le sirviere, puestas las cosas tan en razon como se ponen, siendo tan pocas, y ayudándose del trabajo de sus manos, determineme á hacerle. Y yéndome desde Toledo a Ávila, procuré desde allí la licencia del obispo que era entonces, el cual lo hizo tan bien, que como el Padre rector le informó desta órden, y que seria servicio de Dios, la dió luego.

Pareciame á mí, que en teniendo la licencia del ordinario, tenia hecho el monasterio, segun se me hacia fácil. Y ansí luego procuré alquilar una casa, que me hizo haber una señora que yo conocia, y era dificultoso, por no ser tiempo en que se alquilan, y tenerla unos estudiantes, con los cuales acabaron de darla, cuando estuviese allí quien habia de entrar en ella. Ellos no sabian para lo que era, que desto traia yo muchísimo cuidado, que hasta tomar la posesión no se entendiese nada, porque yo tengo experiencia de lo que el demonio pone por estorbar uno destos monasterios. Y aunque en este no le dió Dios licencia para ponerlo á los principios, porque quiso que se fundase; después han sido tantos los trabajos y contradiciones que se han pasado, que aun no está del todo acabado de allanar, con haber algunos que está fundado cuando esto escribo, y ansí creo se sirve Dios en él mucho, pues el demonio no le puede sufrir.

Pues habida la licencia, y teniendo cierta la casa, confiada de la misericordia de Dios (porque allí ninguna persona habia que me pudiese ayudar con nada, para lo mucho que era sola una compañera por ir mas secreta, que se hallaba por mejor esto, que no llevar las monjas hasta tomar la posesion; que estaba escarmentada de lo que me habia acaecido en Medina del Campo, que me vi allí con mucho trabajo; porque si hubiese estorbo, le pasase yo sola el trabajo, con no más de la que no podia excusar. Llegamos víspera de Todos los Santos, habiendo andado harto del camino la noche antes con harto frio, y dormido en un lugar, estando yo bien mala.

No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con frios, con soles, con nieves, que venia vez no cesarnos en todo el dia de nevar; otras, perder el camino; otras con hartos males y calenturas, porque (gloria á Dios) de

ordinario es tener yo poca salud, sino que veia claro que Nuestro Señor me daba esfuerzo. Porque me acaecia algunas veces que se trataba de fundacion, hallarme con tantos males y dolores, que yo me acongojaba mucho; porque me parecia que aun para estar en la celda sin acostarme no estaba, y tornarme á Nuestro Señor, quejándome á su Majestad, y diciéndole, que cómo queria hiciese lo que no podia: y después, aunque con trabajo, su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponia, y el cuidado, parece que me olvidaba de mí.

A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundacion por miedo del trabajo, aunque de los caminos (en especial largos) sentia gran contradicion; mas en comenzándolos á andar, me parecia poco, viendo en servicio de quién se hacia, y considerando que en aquella casa se habia de alabar al Señor, y haber santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí ver una iglesia mas, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé qué trabajos, por grandes que fuesen, se habian de temer, á trueco de tan gran bien para la cristiandad: que aunque muchos no lo advertimos estar Jesucristo verdadero Dios, y verdadero Hombre (como está) en el santísimo Sacramento en muchas partes, gran consuelo nos habia de ser. Por cierto así me le da á mí muchas veces en el coro, cuando veo estas almas tan limpias en alabanzas de Dios, que esto no se deja de entender en muchas cosas, así de obediencia, como de ver el contento que les da tanto encerramiento y soledad, y el alegría cuando se ofrecen algunas cosas de mortificacion; á donde el Señor da mas gracia á la priora para ejercitarlas, en esto veo mayor contento; y es así, que las prioras se cansan mas de ejercitarlas, que ellas de obedecer, que nunca en este caso acaban de tener deseos.

Aunque vaya fuera de la fundacion que se ha comenzado á tratar, se me ofrecen aquí algunas cosas sobre esto de la mortificacion, y quizá, hijas, hará al caso á las prioras; y porque no se me olvide lo diré ahora. Porque como hay diferentes talentos y virtudes en las perladas, por aquel camino quiere llevar á sus monjas. La que está muy mortificada, parecele fácil cualquiera cosa que mande, para doblar la voluntad, como lo seria para ella, y aun por ventura se le harian muy de mal. Esto hemos de mirar mucho, que lo que á nosotras se nos haria áspero, no lo hemos de mandar. La discrecion es

gran cosa para el gobierno, y en estas casas muy necesaria (estoy por decir mucho mas que en otras) porque es mayor la cuenta que se tiene con las súbditas, ansí de lo interior, como de lo exterior. Otras prioras que tienen mucho espíritu, todo gustarian que fuese rezar: en fin, lleva el Señor por diferentes camino; mas las perladas han de mirar que no las ponen allí para que escojan el camino á su gusto, sino para que lleven á las súbditas por el camino de su regla y constitucion, aunque ellas se esfuercen y quieran hacer otra cosa.

Estuve una vez en una destas casas con una priora, que era amiga de penitencia: por aquí lleva á todas. Acaeciale darse de una vez diciplina todo el convento siete sanos penitenciales con oraciones y cosas desta manera. Ansí les acaece, si la priora se embebe en oracion (aunque no sea en la hora de oracion, sino después de Maitines) allí tiene todo el convento, cuando seria muy mejor que se fuese á dormir. Si como digo es amiga de mortificacion, todo ha de ser bullir, y estas ovejitas de la Virgen callando como unos corderitos, que á mí cierto me hace gran devocion y confusion y á las veces harta tentacion, porque las hermanas no lo entienden, como andan todas embebidas en Dios, mas yo temo su salud, y querria cumpliesen la regla, que hay harto que hacer, y lo demás fuese con suavidad, en especial esto de la mortificacion importa mucho. Y por amor de Nuestro Señor, que adviertan en ello las perladas, que es cosa muy importante la discrecion en estas casas, y conocer los talentos; y si en esto no van muy advertidas, en lugar de aprovecharlas, las harán gran daño y traerán en desasosiego.

Han de considerar que esto de mortificacion no es de obligacion: esto es lo primero que han de mirar: aunque es muy necesario para ganar el alma libertad y subida perfecion, no se hace esto en breve tiempo, sino que poco á poco vayan ayudando á cada una, segun el talento que le da Dios de entendimiento y de espíritu. Parecerles ha que para esto no esmenester entendimiento: engáñanse, que los habrá, que primero que vengan á entender la perfecion y aun el espíritu de nuestra regla, pasen harto, y quizá serán estas después las mas santas; porque ni sabrán cuándo es bien disculparse, ni cuándo no, y otras menudencias, que entendidas, quizá las

harian con facilidad, y no las acaban de entender, ni aun les parece que son perfecion, que es lo peor.

Una está en estas casas, que es de las mas siervas de Dios que hay en ellas, á cuanto yo puedo alcanzar, de gran espíritu y mercedes que le hace su Majestad, y penitencia y humildad, y no acaba de entender algunas cosas de las constituciones: el acusar las culpas en capítulo le parece poca caridad, y dice, que cómo ha de decir nada de las hermanas y cosas semejantes destas, que podria decir algunas de algunas hermanas harto siervas de Dios, y que en otras cosas veo yo que hacen ventaja á las que mucho lo entienden. Y no ha de pensar la priora que conoce luego las almas: deje esto para Dios, que es solo quien puede entenderlo, sino procure llevar á cada una por donde su Majestad la lleva, presupuesto que no falta en la obediencia, ni en las cosas de la regla y contitución más esenciales. No dejó de ser santa y mártir aquella vírgen, que se escondió de las once mil vírgenes, antes por ventura padeció más que las demás vírgenes, en venirse después sola á ofrecer el martirio.

Ahora pues, tornando á la mortificación, manda la priora una cosa á una monja, que aunque sea pequeña, para ella es grave para mortificarla; y puesto que lo hace, queda tan inquieta y tentada, que seria mejor que no se lo mandaran. Luego se entiende esté advertida la priora á no la perficionar á fuerza de brazos, sino disimule y vaya poco á poco, hasta que obre en ella el Señor: porque lo que se hace por aprovecharla (que sin aquella perfección seria muy buena monja) no sea causa de inquietarla y traerla afligido el espíritu, que es muy terrible cosa; y viendo á las otras poco á poco hará lo que ellas, como lo hemos visto; y cuando no, sin esta virtud se salvará. Que yo conozco una dellas, que toda la vida la ha tenido grande, y ha ya hartos años, y de muchas maneras servido á Nuestro Señor, y tiene unas imperfecciones y sentimientos muchas veces, que no puede mas consigo, y ella se aflige conmigo, y lo conoce.

Pienso que Dios la deja caer estas faltas sin pecado, que en ellas no le hay, para que se humille y tenga por donde ver que no está del todo perfeta. Así que unas sufrirán grandes mortificaciones, y mientras mayores se las mandaren, gustarán

mas, porque ya les ha dado el Señor fuerzas en el alma para rendir su voluntad: otras no las sufrirán aun pequeñas, y será como si á un niño cargan dos fanegas de trigo, no sólo no las llevará, mas quebrantarse ha, y caeráse en el suelo. Ansí que, hijas mías, (con las prioras hablo) perdonadme, que las cosas que he visto en algunas, me hace alargar tanto en esto.

Otra cosa os aviso, y es muy importante, que, aunque sea por probar la obediencia, no mandeis cosa que pueda ser, haciéndola, pecado ni venial, que algunas he sabido que fuera mortal, si las hicieran: al menos ellas quizá se salvarán con inocencia, mas no la priora, que ninguna les dice, que no la ponen luego por obra. Que como oyen y leen de los Santos del yermo las cosas que hacian, todo les parece bien hecho, cuanto les mandan, al menos hacerlo ellas. Y tambien estén avisadas las súbditas, que cosa no seria pecado mortal hacerla sin mandársela, que no la pueden hacer mandándosela, salvo sino fuese dejar misa ó ayunos de la Iglesia, ó cosas ansí, que podia la priora tener causas: mas como echarse en el pozo, y cosas desta suerte, el mal hecho, porque no ha de pensar ninguna que ha de hacer Dios milagro, como lo hacia con los Santos. Hartas cosas hay en que ejercite la perfecta obediencia: todo lo que no fuere con estos peligros yo lo alabo. Como una vez una hermana en Malagon, pidió licencia para tomar una disciplina, y la priora (debia haberle pedido otras) dijo: Déjeme.

Como la importunó, dijo: Váyase á pasear, déjeme. La otra con gran sencillez se anduvo paseando algunas horas, hasta que una hermana le dijo, ¿que cómo se paseaba tanto? O ansí una palabra; y ella dijo, que se lo habian mandado. En esto tañeron á Maitines, y como preguntase la priora, cómo no iba allá, díjole la otra lo que pasaba. Ansí que es menester, como otra vez he dicho, estar avisadas las prioras con almas que ya tienen visto ser tan obedientes, y mirar lo que hacen. Que otra fuéle á mostrar una monja uno destos gusanos muy grandes, diciéndole que mirase cuán lindo era: díjole la priora burlando: pues cómaselo ella. Fué, y friéle muy bien. La cocinera díjole, ¿que para qué le freia? Ella le dijo, que para comerle, y ansí lo queria hacer, y la priora muy descuidada, y pudiérale hacer mucho daño. Yo mas me huelgo que tengan en esto de obediencia demasía, porque tengo particular devocion

á esta virtud, y así he puesto todo lo que he podido, para que la tengan; mas poco me aprovechara, si el Señor no hubiera por su grandísima misericordia dado gracia para que todas en general se inclinasen á esto. Plegue á su Majestad lo lleve muy adelante.

CAPÍTULO XIX

Prosigue en la fundacion del monasterio de san Josef de la ciudad de Salamanca.

Mucho me he divertido, porque cuando se me ofrece alguna cosa, que con la experiencia quiere el Señor que haya entendido, háceseme de mal no la advertir: podrá ser que lo que yo piense lo es, sea bueno. Siempre os informad, hijas, de quien tenga letras, que en estas hallaréis el camino de la perfeccion con discrecion y verdad. Esto han menester mucho las perladas, si quieren hacer bien su oficio, confesarse con letrados; y si no harán hartos borrones, pensando que es santidad, y aun procurar que sus monjas se confiesen con quien tenga letras.

Pues una víspera de todos los Santos, el año que queda dicho, á mediodía llegamos á la ciudad de Salamanca. Desde una posada procuré saber de un buen hombre de allí, á quien tenía encomendado me tuviese desembarazada la casa, llamado Nicolás Gutierrez, harto siervo de Dios, que había ganado de su Majestad con su buena vida una paz y contento en los trabajos grande, que había tenido muchos, y vístose en gran prosperidad, y había quedado muy pobre, y llevábalo con tanta alegría como la riqueza. Este trabajó mucho en aquella fundacion con harta devocion y voluntad. Como vino, díjome que la casa no estaba desembarazada, que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen della. Yo le dije lo que importaba que luego nos la diesen, antes que se entendiese que yo estaba en el lugar, que siempre andaba con miedo no hubiese algun estorbo, como tengo dicho. El fué á cuya era la casa, y tanto trabajó, que se la desembarazaron aquella tarde: ya cuási noche entramos en ella. Fué la primera que fundé sin poner el santísimo Sacramento, porque yo no pensaba era tomar la posesion, si no se ponía: y había ya sabido que no im-

portaba, que fué harto consuelo para mí, segun habia mal aparejo de los estudiantes, que como no deben tener esa curiosidad, estaba de suerte toda la casa, que no se trabajó poco aquella noche.

Otro dia por la mañana se dijo la primera misa, y procuré que fuesen por las monjas que habian de venir de Medina del Campo. Quedamos la noche de todos Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de mas edad que yo, hasto sierva de Dios, que me da gana de reir. La casa era muy grande y desbaratada, y con muchos desvanes, y mi compañera no habia quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que como se habian enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se habia escondido en ella: ellos lo pudieran muy bien hacer, segun habia á donde. Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo proveia para fundar la casa; porque teniéndolo, no nos faltaba cama: en ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron. Otro dia unas monjas que estaban junto, que pensamos les pesara mucho, nos prestaron ropas para las compañeras que habian de venir, y nos enviaron limosna: llamábase Santa Isábel, y todo el tiempo que estuvimos en aquella casa nos hicieron harto buenas obras y limosnas. Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece sosegó algo cuanto á los estudiantes, aunque no hacia sino mirar á una parte y á otra todavía con temores, y el demonio que la debia ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme á mí, que con la flaqueza de corazon que tengo, no me solia bastar. Yo la dije, ¿qué miraba, pues allí no podia entrar nadie? Díjome: madre estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué hariades sola? Aquello, si fuera, me parecia recia cosa: hízome pensar un poco en ello, y aun haber miedo; porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo hé, me enflaquecen el corazon, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho, era noche de las animas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías; cuando entiende que dél no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije: Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir. Como habíamos tenido

dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos. Otro dia vinieron mas monjas, con que se nos quitaron.

Estuvo el monasterio en esta casa cerca de tres años y aun no me acuerdo si cuatro, que habia poca memoria dél; porque me mandaron ir á la Encarnacion de Avila, que nunca, hasta dejar casa propia recogida y acomodada á mi querer, dejara ningun monasterio, ni le he dejado, que en esto me hacia Dios mucha merced, que en el trabajo gustaba ser la primera, y todas las cosas para su descanso y acomodamiento procuraba, hasta las muy menudas, como si toda mi vida hubiera de vivir en aquella casa; y ansí me daba gran alegría cuando quedaban muy bien. Sentia harto ver lo que estas hermanas padecieron aquí, aunque no de falta de mantenimiento, que desto yo tenia cuidado, desde donde estaba, porque estaba muy desviada la casa para las limosnas, sino de poca salud, porque era húmeda y muy fría, que como era tan grande, no se podia reparar; y lo peor que no tenian santísimo Sacramento, que para tanto encerramiento es harto desconsuelo. Este no tuvieron ellas, sino que todo lo llevaban con un contento que era para alabar al Señor; y me decian algunas, que les parecia imperfecion desear casa, que ellas estaban allí muy contentas, como tuvieran santísimo Sacramento.

Pues visto el perlado su perfecion, y el trabajo que pasaban, movido de lástima, me mandó venir de la Encarnacion: ellas se habian ya concertado con un caballero de allí que les diese una, sino que era tal, que fue menester gastar mas de mil ducados para entrar en ella. Era de mayorazgo, y él quedó que nos dejaria pasar en ella, aunque no fuese traida la licencia del rey, y que bien podíamos subir paredes. Yo procuré que el Padre Julian de Avila, que es el que he dicho andaba conmigo en estas fundaciones, y habia ido conmigo, me acompañase, y vimos la casa, para decir lo que se habia de hacer, que la experiencia hacia que entendiese yo bien destas cosas: fuimos por agosto, y con darse toda la priesa posible, se estuvieron hasta San Miguel, que es cuando allí se alquilan las casas, y aun no estaba bien acabada, con mucho; mas como no habíamos alquilado, en la que estábamos para otro año, teníala ya otro morador, y dábanos gran priesa. La iglesia estaba ya cuási acabada de enlucir; aquel caballero que nos la habia vendido, no estaba allí: algunas personas que nos que-

rian bien decian, que haciamos mal en irnos tan presto; mas á donde hay necesidad, puédense mal tomar consejos, si no dan remedio. Pasámonos víspera de san Miguel, un poco antes que amaneciese: ya estaba publicado que habia de ser el dia de san Miguel el que se pusiese el santísimo Sacramento, y el sermon que habia de haber. Fue Nuestro Señor servido, que el dia que nos pasamos por la tarde hizo una agua tan recia, que para traer las cosas que era menester, se hacia con dificultad. La capilla habíase hecho nueva, y estaba tan mal tejada, que lo mas della se llovia. Yo os digo, hijas, que me ví harto imperfeta aquel dia, por estar ya divulgado; yo no sabia qué hacer, sino que me estaba deshaciendo, y dije á Nuestro Señor cási quejándome que, *ó no me mandase entender en estas obras, ó remediase aquella necesidad.* El buen hombre de Nicolás Gutierrez, con su igualdad como sino hubiera nada, me decia muy mansamente que no tuviera pena, que Dios lo remediaria. Y ansí fué, que el dia de san Miguel, al tiempo de venir la gente comenzó á hacer sol, que me hizo harta devocion, y ví cuan mejor habia hecho aquel bendito en confiar de Nuestro Señor, que no yo con mi pena.

Hubo mucha gente y música, y púsose el santísimo Sacramento con gran solemnidad; y como esta casa está en buen puesto, comenzaron á conocerla y tener devocion, en especial nos favoreció mucho la condesa de Monte Rey, doña María Pimentel, y una señora cuyo marido era el corregidor de allí, llamada doña Mariana. Luego otro dia, porque se nos templase el contento de tener el santísimo Sacramento, viene el caballero cuyo era la casa tan bravo, que yo no sabia que hacer con él, y el demonio hacia que no se llegase á razon, porque todo lo que estaba concertado con él cumplimos: hacia poco al caso querérselo decir. Hablándole algunas personas, se aplacó un poco, mas despues tornaba á mudar parecer. Yo ya me determinaba á dejarle la casa, tampoco queria esto, porque él queria que se le diese luego el dinero: su mujer, que era suya la casa, habíala querido vender para remediar dos hijas, y con este título que pedia la licencia, y estaba depositado el dinero en quien él quiso. El caso es, que con haber esto mas de tres años, no estaba acabada la compra, ni sé si quedará allí el monasterio, que á este fin he dicho esto (digo en aquella casa) ó en qué parará. Lo que sé es, que en ningun

monasterio de los que el Señor ahora ha fundado desta primera regla, no han pasado las monjas con mucha parte tan grandes trabajos. Haylas allí tan buenas, por la misericordia de Dios, que todo lo llevan con alegría. Plegue á su Majestad esto les lleve adelante, que en tener buena casa, ó no la tener, va poco: antes es gran placer cuando nos vemos en casa que nos pueden echar della, acordándonos como el Señor del mundo no tuvo ninguna. Esto de estar en casa no propia, como en estas fundaciones se ve, nos ha acaecido algunas veces; y es verdad, que jamás he visto á monja con pena dello. Plegue á la divina Majestad, que no nos falten las moradas eternas, por su infinita bondad y misericordia. Amen. Amen.

CAPÍTULO XX

En que se trata la fundacion del monasterio de Nuestra Señora de la Anunciacion, que está en Alva de Tormes. Fué año de 1581.

No habia dos meses que se habia tomado la posesion el dia de Todos Santos en la casa de Salamanca, cuando de parte del contador del duque de Alva y de su mujer fuí importunada que en aquella villa hiciese una fundacion y monasterio: yo no lo habia mucha gana, á causa que, por ser lugar pequeño, era menester que tuviese renta, que mi inclinacion era que ninguna la tuviese. El Padre maestro Fr. Domingo Bañez, que era mi confesor, de quien traté al principio de las fundaciones y acertó á estar en Salamanca, me riñó, y dijo, que pues el Concilio daba licencia para tener renta, que no seria bien dejarse de hacer un monasterio por eso; que yo no lo entendia, que ninguna cosa hacia para ser las monjas pobres y muy perfetas.

Antes que mas diga, diré quién era la fundadora, y cómo el Señor la hizo fundarle. Fué hija Teresa de Laiz (la fundadora del monasterio de la Anunciacion de Nuestra Señora de Alva de Tormes) de padres nobles, muy hijosdalgo, y de limpia sangre: Tenian su asiento (por no ser tan ricos como pedia la nobleza de sus padres) en un lugar llamado Tordesillos, que

es dos leguas de la dicha villa de Alva. Es harta lástima, que por estar las cosas del mundo puestas en tanta vanidad, quieren mas pasar la soledad que hay en estos lugares pequeños de doctrina y otras muchas cosas, que son medios para dar luz á las almas, que caer un punto de los puntos (que esto que ellos llaman honra) trae consigo. Pues habiendo ya tenido cuatro hijas, cuando vino á nacer Teresa de Laiz dió mucha pena á sus padres de ver que tambien era hija. Cosa cierto mucho para llorar, que sin entender los mortales lo que les está mejor, como los que del todo ignoran los juicios de Dios, no sabiendo los grandes bienes que pueden venir de las hijas, ni los grandes males de los hijos, no parece que quieren dejar al que todo lo entiende y lo cria, sino que se matan por lo que se habian de alegrar; como gente que tiene dormida la fe, no van adelante con la consideracion, ni se acuerdan que es Dios el que ansí lo ordena, para dejarlo todo en sus manos; y ya que están tan ciegos que no hagan esto, es gran ignorancia no entender lo poco que les aprovecha estas penas. ¡O válame Dios! ¡Cuán diferente entenderemos estas ignorancias en el dia á donde se entenderá la verdad de todas las cosas! Y ¡cuántos padres se verán ir al infierno por haber tenido hijos y cuántas madres tambien se verán en el cielo por medio de sus hijas!

Pues tornando á lo que decia, vienen las cosas á términos, que como cosa que les importaba poco la vida de la niña, al tercer dia de su nacimiento se la dejaron sola, y sin acordarse nadie della desde la mañana hasta la noche. Una cosa habian hecho bien, que la habian hecho bautizar á un clérigo luego en naciendo. Cuando á la noche vino una mujer que tenia cuenta con ella, y supo lo que pasaba, fue corriendo á ver si era muerta, y con ella otras algunas personas que habian ido á visitar á la madre, que fueron testigos de lo que ahora diré. La mujer la tomó llorando en los brazos, y le dijo: *¿Cómo, mi hija, vos no sois cristiana?* á manera de que habia sido crueldad. Alzó la cabeza la niña, y dijo: *Sí soy;* y no habló mas hasta la edad que suelen hablar todos. Los que la oyeron quedaron espantados, y su madre la comenzó á querer y regalar desde entonces, y ansí decia muchas veces, que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacia desta niña. Criábalas muy honestamente, enseñándolas todas las cosas de virtud.

Venido el tiempo que la querian casar, ella no queria, ni lo tenia deseo; acertó á saber como la pedia Francisco Velazquez, que es el fundador tambien desta casa, marido suyo y en nombrándosele, se determinó de casarse, si la casaban con él, no le habiendo visto en su vida; mas veia el Señor que convenia esto para que se hiciese la buena obra que entrambos han hecho para servir á su Majestad. Porque dejado de ser hombre virtuoso y rico, quiere tanto á su mujer, que la hace placer en todo; y con mucha razon, porque todo lo que se puede pedir en una mujer casada, se lo dió el Señor muy cumplidamente, que junto con el gran cuidado que tiene de su casa, es tanta su bondad, que como su marido la llevase á Alva, donde era natural, y acertasen á aposentar en su casa los aposentadores del duque á un caballero mancebo, sintiólo tanto, que comenzó á aborrecer el pueblo, porque ella siendo moza, y de muy buen parecer, á no ser tan buena, segun el demonio comenzó á poner en él malos pensamientos, podria suceder algun mal. Ella entendiéndolo, sin decir nada á su marido, le rogó la sacase de allí, y él hízolo ansí, y llevóla á Salamanca, á donde estaban con gran contento y muchos bienes del mundo, por tener un cargo que todos le deseaban contentar mucho y regalaban: solo tenia una pena, que era no les dar Nuestro Señor hijos, y para que se los diese, eran grandes las devociones y oraciones que ella hacia, y nunca suplicaba al Señor otra cosa, sino que le diese generacion, para que acabada ella, alabasen á su Majestad, que le parecia recia cosa que se acabasen en ella, y no tuviese quien después de sus dias alabase á su Majestad: y díceme ella á mí, que jamás otra cosa se le ponia delante para desearlo, y es mujer de gran verdad, y tanta cristiandad y virtud, como tengo dicho, que muchas veces me hace alabar á Nuestro Señor, ver sus obras y alma tan deseosa de siempre contentarle, y nunca dejar de emplear bien el tiempo.

Pues andando muchos años con este deseo, y encomendándolo á san Andrés, que le dijeron era abogado para esto, después de otras muchas devociones que habia hecho, dijéronle una noche, estando acostada: No quieras tener hijos, que te condenarás. Ella quedó muy espantada y temerosa, mas no por eso se le quitó el deseo, pareciéndole que pues su fin era tan bueno, ¿que por qué se habia de condenar? y ansí iba ade-

lante con pedirlo á Nuestro Señor, en especial hacia particular oracion á san Andrés. Una vez estando en este mesmo deseo (ni sabe si despierta, ó dormida, de cualquier manera que sea, sabe fué vision buena, por lo que sucedió) parecióle que se hallaba en una casa, á donde en el patio debajo del corredor estaba un pozo, y vió en aquel lugar un prado y verdura, con unas flores blancas por él, de tanta hermosura, que no sabe ella encarecer de la manera que lo vió. Cerca del pozo se le apareció san Andrés de forma de una persona muy venerable y hermosa, que le dió gran recreacion mirarle, y díjole: *Otros hijos son estos que los que tú quieres.* Ella no quisiera que se acabara el consuelo grande que tenia en aquel lugar, mas no duró mas. Y ella entendió claro que era aquel san Andrés, sin decírselo nadie; y tambien que era la voluntad de Nuestro Señor que hiciese monasterio: por donde se da á entender, que tambien fué vision intelectual como imaginaria, y que ni pudo ser antojo, ni ilusion del demonio.

Lo primero, no fué antojo, por el gran efeto que hizo, que desde aquel punto nunca mas deseó hijos, sino que quedó tan asentado en su corazon que era aquella la voluntad de Dios, que ni se los pidió mas, ni los deseó. Así comenzó á pensar qué modo tenia para hacer lo que el Señor queria. No ser demonio tambien se entiende, así por el efeto que hizo, porque cosa suya no puede hacer bien, como por estar hecho ya el monasterio, á donde se sirve mucho Nuestro Señor; y tambien porque era esto mas de seis años antes que se fundase el monasterio, y él no puede saber lo por venir. Quedando ella muy espantada desta vision, dijo á su marido, que pues Dios no era servido de darles hijos, que hiciesen un monasterio de monjas. Él, como es tan bueno y la queria tanto, holgó dello, y comenzaron á tratar á dónde le harian. Ella queria en el lugar que habia nacido; él le puso justos impedimentos para que entendiese no estaba bien allí.

Andando tratando desto envió la duquesa de Alva á llamarle, y como fué, mandóle se tornase á Alva á tener un cargo y oficio, que le dió en su casa. El, como fué á ver lo que le mandaba, y se lo dijo, aceptólo, aunque era de muy menos interese que el que él tenia en Salamanca. Su mujer de que lo supo afligióse mucho, porque, como he dicho, tenia aborrecido aquel lugar, y con asegurarla él que no la daria mas hués-

pedes, se aplacó algo, aunque todavía estaba muy fatigada, por estar mas á su gusto en Salamanca. El compró una casa, y envió por ella: vino con gran fatiga, y mas la tuvo cuando vió la casa; porque, aunque era en muy buen puesto, y de anchura, no tenia edificios, y ansí estuvo aquella noche muy fatigada: otro dia en la mañana, como entró en el patio, vió al mesmo lado el pozo á donde habia visto á san Andrés, y todo ni mas ni menos que lo habia visto se le representó, digo el lugar, que no el Santo, ni prado, ni flores, aunque ella lo tenia y tiene bien en la imaginacion. Ella como vió aquello, quedó turbada y determinada á hacer allí el monasterio, y con gran consuelo y sosiego ya para no querer ir á otra parte; y comenzaron á comprar mas casas juntas, hasta que tuvieron sitio muy bastante. Ella andaba muy cuidadosa de qué órden le haria, porque queria fuesen pocas y muy encerradas: y tratándolo con dos religiosos de diferentes órdenes muy buenos y letrados, entrambos la dijeron seria mejor hacer otras obras; porque las monjas, las mas estaban descontentas, y otras cosas hartas, que como al demonio le pesaba, queríalo estorbar; y ansí les hacia parecer era gran razon las razones que le decian: y como pusieron tanto en que no era bien, y el demonio que ponia mas en estorbarlo hízola temer y turbar, y determinar de no hacerlo, y ansí lo dijo á su marido, pareciéndoles, que pues personas tales les decian que no era bien, y su intento era de servir á Nuestro Señor, de dejarlo. Y ansí concertaron de casar un sobrino que ella tenia, hijo de una hermana suya (que queria mucho) con una sobrina de su marido, y darles mucha parte de su hacienda, y lo demás hacer bien por sus ánimas; porque el sobrino era muy virtuoso y mancebo de poca edad.

En este parecer quedaron entrambos resueltos, y ya muy asentados. Mas como Nuestro Señor tenia ordenada otra cosa, aprovechó poco su concierto, que antes de quince dias le dió un mal tan recio, que en muy pocos dias le llevó consigo Nuestro Señor. A ella se le asentó en tanto extremo, que habia sido la causa de su muerte la determinacion que tenia de dejar lo que Dios queria que hiciese, por dárselo á él, que hubo gran temor; acordábasele de Jonás profeta, lo que le habia sucedido, por no querer obedecer á Dios; y aun le parecia la habia castigado á ella quitándole aquel sobrino que tanto

queria. Desde este dia se determinó de no dejar por ninguna cosa de hacer el monasterio, y su marido lo mesmo, aunque no sabian cómo ponerlo por obra; porque á ella parece le ponia Dios en el corazon lo que ahora está hecho, y á los que ella lo decia, y les figuraba cómo queria el monasterio, reíanse dello, pareciéndoles no hallaria las cosas que ella pedia, en especial un confesor que ella tenia, fraile de san Francisco, hombre de letras y calidad; ella se desconsola mucho.

En este tiempo acertó á ir este fraile á cierto lugar, á don-

de le dieron noticia destos monasterios de Nuestra Señora del Cármen, que ahora se fundaban: informado él muy bien tornó á ella, y díjole que ya habia hallado que podia hacer el monasterio, y como queria: díjole lo que pasaba, y que procurase tratarlo conmigo. Así se hizo. Harto trabajo se pasó en concertarnos, porque yo siempre he pretendido que los monasterios que fundaba con renta, la tuviesen tan bastante, que no hayan menester las monjas á sus deudos, ni á ninguno; sino que de comer y de vestir les dén todo lo necesario en la casa, y las enfermas muy bien curadas; porque de faltarles lo necesario vienen muchos inconvenientes; y para hacer muchos monasterios de pobreza sin renta, nunca me falta corazon y

confianza, con certidumbre que no les ha Dios de faltar; y para hacerlos de renta, (y con poca) todo me falta: por mejor tengo que no se funden. En fin, vinieron á ponerse en razon, y dar bastante renta para el número; y lo que les tuve en mucho, que dejaron su propia casa para darnos, y se fueron á otra harto ruin. Púsose el santísimo Sacramento y hízose la fundacion dia de la conversion de san Pablo, año de mil y quinientos y setenta y uno, para honra y gloria de Dios, á donde (á mi parecer) es su Majestad muy servido, para honra y gloria de Dios. Plegue á él lo lleve siempre adelante.

Comencé á decir algunas cosas particulares de algunas hermanas destos monasterios, pareciéndome cuando esto viniesen á leer, no estarían vivas las que ahora son, y para que las que vinieren se animen á llevar adelante tan buenos principios: después me ha parecido, que habrá quien lo diga mejor y mas por menudo, sin ir con el miedo que yo he llevado, pareciéndome les parecerá ser parte, y así he dejado hartas cosas, que quien las ha visto y sabido, no las pueden dejar de tener por milagrosas, porque son sobrenaturales; destas no he querido decir ningunas, y de las que conocidamente se ha visto hacerlas Nuestro Señor por sus oraciones. En la cuenta de los años en que se fundaron, tengo alguna sospecha si yerro alguno, aunque pongo la diligencia que puedo porque se me acuerde (como no importa mucho, que se puede enmendar después) dígolo conforme á lo que puedo advertir con la memoria: poca será la diferencia si hay algun yerro.

CAPÍTULO XXI

En que se trata la fundacion del glorioso San Josef del Carmen de Segovia. Fundóse en el mismo dia de san Josef, de 1574.

Ya he dicho, como después de haber fundado el monasterio de Salamanca, y el de Alva, y antes que quedase con casa propia el de Salamanca, que mandó el P. Maestro Fr. Pedro Fernandez (que era comisario entonces) ir por tres años á la Encarnacion de Ávila, y como (viendo la necesidad de la

casa de Salamanca) me mandó ir allá, para que se pasasen á casa propia; estando allí un dia en oracion, me fue dicho de Nuestro Señor, que fuese á fundar á Segovia. A mí me pareció cosa imposible, porque yo no habia de ir sin que me lo mandasen, y tenia entendido del padre comisario apostólico el M. Fr. Pedro Fernandez, que no habia gana que fundase mas: y tambien veia que no siendo acabados los tres años que habia de estar en la Encarnacion, que tenia gran razon de no lo querer. Estando pensando esto, díjome el Señor que se lo dijese, que él lo haria. A la sazon estaba en Salamanca, y escribile, que ya sabia como yo tenia precepto de nuesto reverendísimo General, de que cuando viese cómodo en alguna parte paro fundar, no lo dejase, que en Segovia estaba admitido un monasterio destos de la ciudad y del obispo: que si mandaba su paternidad, que le fundaria; que se lo significaba por cumplir con mi conciencia, y con lo que mandase quedaria muy segura y contenta. Creo estas eran las palabras, poco mas ó menos, y que me parecia servicio de Dios. Bien parece que lo queria su Majestad, porque luego dijo que se fundase, y me dió licencia, que yo me espanté harto, segun lo que habia entendido del en este caso, y desde Salamanca procuré me alquilasen una casa, porque después de la de Toledo y Valladolid habia entendido era mejor buscársela propia, después de haber tomado la posesion, por muchas causas. La principal, porque yo no tenia blanca para comprarlas, y estando ya hecho el monasterio, luego lo proveia el Señor, y tambien escogiase sitio mas á prósito. Estaba allí una señora, mujer que habia sido de un mayorazgo, llamada doña Ana de Jimena: esta me habia ido una vez á ver á Avila, y era muy sierva de Dios, y siempre su llamamiento habia sido para monja: ansi en haciéndose el monasterio, entró ella, y una hija suya de harto buena vida, y el descontento que habia tenido de casada y viuda, le dió el Señor de doblado cotento en viéndose en la religion. Siempre habian sido madre y hija muy recogidas y siervas de Dios. Esta bendita señora tomó la casa, y de todo lo que vió habiamos menester, ansí para la iglesia como para nosotras, lo proveyó, que para eso tuve poco trabajo. Mas porque no hubiese fundacion sin alguno, dejado de ir yo allí con harta calentura, y hastio, y males interiores de sequedad y escuridad en el alma grandí-

sima, y males de muchas maneras corporales, que lo recio me duraria tres meses, y medio año que estuve allí, siempre fue mala. El dia de san Josef, que pusimos el santísimo Sacramento, que aunque habia del obispo licencia, y de la ciudad, no quise sino entrar la vispera secretamente de noche. Habia mucho tiempo que estaba dada la licencia, y como estaba en la Encarnacion, y habia otro perlado que el generalísimo nuestro Padre, no habia podido fundarla, y tenia la licencia del obispo (que estaba entonces cuando lo quiso el lugar) de palabra, que lo dijo á un caballero que lo procuraba por nosotras, llamado Andrés de Jimena, y no se le dió nada tenerla por escrito, ni á mí me pareció que importaba, y engañéme, que como vino á noticia del provisor que estaba hecho el monasterio, vino luego muy enojado, y no consintió decir mas misa, y queria llevar preso á quien la habia dicho, que era un fraile descalzo que iba con el P. Julian de Ávila, y otro siervo de Dios que andaba conmigo, llamado Antonio Gayatan.

Este era un caballero de Alba, y habíale llamado Nuestro Señor, andando muy metido en el mundo algunos años habia: teníale tan debajo de los piés, que solo entendia en cómo le hacer mas servicio: porque en las fundaciones de adelante se ha de hacer mencion dél, que me ha ayudado mucho y trabajado mucho, he dicho quién es; y si hubiese de decir sus virtudes no acabara tan presto. La que mas nos hacia al caso es estar tan mortificado, que no habia criado de los que iban con nosotras, que ansí hiciese cuanto era menester: tiene gran oracion, y hale hecho Dios tantas mercedes, que todo lo que á otros seria contradicion, le daba contento y se le hacia fácil; y ansí le es todo lo que trabaja en estas fundaciones, que parece bien que á él y al P. Julian de Ávila los llamaba Dios para esto, aunque al P. Julian de Ávila fue desde el primer monasterio. Por tal compañía debia Nuestro Señor querer que me sucediese todo bien. Su trato por los caminos era tratar de Dios, y enseñar á los que iban con nosotras y encontraban: y ansí de todas maneras iban sirviendo á su Majestad.

Bien es, hijas mias, las que leyéredes estas fundaciones, sepais lo que se les debe, para que pues sin ningun interese trabajan tanto en este bien que vosotras gozais de estar en estos monasterios, los encomendais á Nuestro Señor, y tengan

algun provecho en vuestras oraciones, que si entendiésedes las malas noches y dias que pasaron, y los trabajos en los caminos, lo hariades de muy buena gana. No se quiso ir el provisor de nuestra iglesia sin dejar un alguacil á la puerta, yo no sé para qué: sirvió de espantar un poco á los que allí estaban, y á mí nunca se me daba mucho de cosa que acaeciese después de tomada posesion: antes eran todos mis miedos. Envié á llamar á algunas personas, deudos de una compañera que llevaba de mis hermanas, que eran principales del lugar, para que hablasen al provisor y le dijeren como tenia licencia del obispo. El lo sabia muy bien, segun lo dijo despues, sino que quisiera le diéramos parte, y creo yo que fuera muy peor. En fin, acabaron con él que nos dejase el monasterio, y quitó el santísimo Sacramento. Desto no se nos dió nada: estuvimos ansí algunos meses, hasta que se compró una casa y con ella hartos pleitos. Harto le habíamos tenido con los frailes Franciscos por otra que se compraba cerca: con estotra le hubo con los de la Merced y con el cabildo, porque tenia un censo la casa suyo. ¡O Jesús, qué trabajo es contender con muchos pareceres! Cuando ya parecia que estaba acabado, comenzaba de nuevo, porque no bastaba darles lo que pedian, que luego habia otro inconveniente: dicho ansí no parece nada, y el pasarlo fue mucho. Un sobrino del obispo hacia todo lo que podia por nosotras, que era prior y canónigo de aquella iglesia y un licenciado Herrera, muy gran siervo de Dios. En fin, con dar hartos dineros se vino acabar aquello. Quedamos con el pleito de los Mercenarios que para pasarnos á la casa nueva fue menester harto secreto: en viéndonos allá que nos pasamos uno ó dos dias antes de San Miguel, tuvieron por bien de concertarse con nosotras por dineros. La mayor pena que estos embarazos me daban era, que no faltaban ya sino siete ó ocho dias, para acabarse los tres años de la Encarnación, y habia de estar allá por fuerza á fin de ellos.

Fue Nuestro Señor servido, que se acabó todo tan bien, que no quedó ninguna contienda, y desde á dos ó tres dias me fuí á la Encarnacion. Sea su nombre por siempre bendito, que tantas mercedes me ha hecho siempre, y alábenle todas sus criaturas. Amen. Amen.

CAPITULO XXII

En que se trata de la fundacion del glorioso san Josef del Salvador en el lugar de Veas, año de 1575, dia de san Matia.

En el tiempo que tengo dicho, que me mandaron ir á Salamanca desde la Encarnacion, estando allí vino un mensajero de la villa de Veas con cartas para mí de una señora de aquel lugar, y del beneficiado del y de otras personas, pidiéndome fuese á fundar un monasterio, porque ya tenian casa para él, que no faltaba sino irle á fundar.

Yo me informé del hombre: díjome grandes bienes de la tierra, y con razón, que es muy deleitosa y de buen temple: mas mirando las muchas leguas que habia desde allí allá, parecíame desatino, en especial habiendo de ser con mandado del comisario apostólico, que como he dicho era enemigo, ó al menos no amigo de que fundase: y ansí quise responder que no podía sin decirle nada. Después me pareció que pues estaba á la sazón en Salamanca, que no era bien hacerlo sin su parecer, por el precepto que me tenía puesto nuestro reverendísimo Padre General de que no dejase fundacion. Como él vió las cartas, envióme á decir que no le parecia cosa desconsolarlas; que se habia edificado de su devocion, que les escribiese, que como tuviese la licencia de su órden, que se proveeria para fundar, que estuviese segura, que no se la darian, que él sabia de otras partes de los comendadores, que en muchos años no la habian podido alcanzar, y que no los respondiese mal. Algunas veces pienso en esto; y como lo que Nuestro Señor quiere, aunque nosotros no queramos, se viene á que sin entenderlo seamos el instrumento, comó aquí fue el P. M. Fr. Pedro Fernandez que era el comisario; y ansí cuando tuvieron la licencia no la pudo él negar, sino que se fundó desta suerte.

Fundóse este monasterio del bienaventurado San Josef de la villa de Veas, dia de santo Matía, año de 1575. Fue su principio de la manera que sigue, para honra y gloria de Dios. Habia en esta villa un caballero que se llamaba Sancho Rodriguez de Sandoval, de noble linaje, con hartos bienes tem-

porales. Fué casado con una señora llamada doña Catalina Godinez. Entre otros hijos que Nuestro Señor les dió, fueron dos hijas, que son las que han fundado el dicho monasterio, llamadas la mayor doña Catalina Godinez, y la menor doña María de Sandoval. Habría la mayor catorce años, cuando Nuestro Señor la llamó para sí; hasta esta edad estaba muy fuera de dejar el mundo, antes tenía una estima de sí, de manera que le parecía todo era poco lo que su padre pretendía en casamientos que la traían.

Estando un día en una pieza que estaba después de la en que su padre estaba, aun no siendo levantado, acaso llegó á leer en un Crucifijo que allí estaba el título que se pone sobre la cruz, y súbitamente en leyéndole la mudó toda el Señor, porque ella había estado pensando en un casamiento que la traían, que le estaba demasiado de bien y diciendo entre sí: ¡Con qué poco se contenta mi padre, con que tenga un mayorazgo, y pienso yo que ha de comenzar mi linaje en mí! No era inclinada á casarse, que le parecía era cosa baja estar sujeta á nadie, ni entendía por dónde la venía esta soberbia. Entendió el Señor por donde la había de remediar. Bendita sea su misericordia. Así como leyó el título, le pareció había venido una luz á su alma para entender la verdad, como si en una pieza escura entrara el sol; y con esta luz puso los ojos en el Señor, que estaba en la cruz corriendo sangre, y pensó cuán maltratado estaba, y en su gran humildad, y cuán diferente camino llevaba ella yendo por soberbia. En esto debía de estar algun espacio, que la suspendió el Señor. Allí le dió su Majestad un propio conocimiento grande de su miseria, y quisiera que todos lo entendieran: dióle un deseo de padecer por Dios tan grande, que todo lo que pasaron los mártires quisiera ella padecer, junto con una humillacion tan profunda de humildad y aborrecimiento de sí, que si no fuera por no haber ofendido á Dios, quisiera ser una mujer muy perdida para que todos la aborrecieran; y así se comenzó á aborrecer con grandes deseos de penitencia, que después puso por obra. Luego prometió allí castidad y pobreza, y quisiera verse tan sujeta, que á tierra de moros se holgara entonces la llevaran por estarlo.

Todas estas virtudes le han durado de manera, que se vió bien ser merced sobrenatural de Nuestro Señor, como adelante

se dirá para que todos le alaben. Seais Vos bendito, mi Dios, por siempre jamás, que en un momento deshaceis un alma y la tornais á hacer. ¿Qué es esto, Señor? Querria yo preguntar aquí lo que los Apóstoles, ¿cuándo sanásteis al ciego, os preguntaron diciendo, si lo habian pecado sus padres? Yo digo que ¿quién habia merecido tan soberana merced? Ella no, porque ya está dicho de los pensamientos que la sacastes cuando se la hicistes. ¡O grandes son vuestros juicios, Señor! Vos sabeis lo que haceis, y yo no sé lo que me digo, pues son incomprensibles vuestras obras y juicios. Seais por siempre glorificado, que teneis poder para mas: ¿qué fuera de mí, si esto no fuera? ¿Mas si fuera alguna parte su madre? Que era tanta su cristiandad, que seria posible quisiese vuestra bondad como piadoso, que viese en su vida tan gran virtud en las hijas. Algunas veces pienso haceis semejantes mercedes á los que os aman, y Vos les haceis tanto bien como es darles con que os sirvan.

Estando en esto vino un ruido tan grande encima en la pieza, que parecia toda se venia abajo: pareció que por un rincon bajaba todo aquel ruido á donde ella estaba, y oyó grandes bramidos que duraron algun espacio; de manera, que á su padre (que aunque como he dicho no era levantado) le dió tan gran temor, que comenzó á temblar, y como desatinado, tomó una ropa y su espada, y entró allá, y muy demudado le preguntó ¿qué era aquello? Ella le dijo que no habia visto nada. El miró otra pieza más adentro, y como no vió nada, díjola que se fuese con su madre, y á ella le dijo que no la dejase estar sola, y le contó lo que habia oido. Bien se da á entender de aquí lo que el demonio debe sentir, cuando ve perder un alma de su poder que él tiene ya por ganada: como es tan enemigo de nuestro bien no me espanto, que viendo hacer el piadoso Señor tantas mercedes juntas, se espantase él y hiciese tan gran muestra de su sentimiento, en especial que entenderia que con la riqueza que quedaba en aquella alma, habia de quedar él sin algunas otras que tenia por suyas. Porque tengo para mí, que nunca Nuestro Señor hace merced tan grande, sin que alcance parte á mas que la misma persona. Ella nunca dijo desto nada, mas quedó con grandísima gana de religion, y lo pidió mucho á sus padres: ellos nunca se lo consintieron.

Al cabo de tres años que mucho lo habia pedido, como vió que esto no querian, se puso en hábito honesto dia de san Josef: díjolo á su sola madre, con la cual fuera fácil de acabar que la dejara ser monja: por su padre no osaba; y fuése ansí á la iglesia, porque como la hubiesen visto en el pueblo no se la quitasen; y ansí fué que pasó por ello. En estos tres años tenia horas de oracion, y mortificarse en todo lo que podia, que el Señor la enseñaba. No hacia sino entrarse en un corral y mojarse el rostro, y ponerse al sol para que por parecer mal, la dejasen los casamientos, que todavía importunaban.

Quedó de manera en no querer mandar á nadie, que como tenía cuenta con la casa de sus padres, le acaecia de ver que habia mandado á las mujeres, que no podia menos de aguardar á que estuviesen dormidas y besarlas los piés, fatigándose porque siendo mejores que ella la servian. Como de dia andaba ocupada en sus padres, cuando habia de dormir era toda la noche gastarla en oracion tanto, que mucho tiempo se pasaba con tan poco sueño, que parecia imposible, si no fuera sobrenatural. Las penitencias y disciplinas eran muchas, porque no tenia quien la gobernase, ni lo trataba con nadie. Entre otras le dió una cuaresma traer una cota de malla de su padre á raíz de las carnes. Iba á una parte á rezar desviada, á donde le hacia el demonio notables burlas. Muchas veces comenzaba á las diez de la noche la oracion, y no se sentia hasta que era de dia.

En estos ejercicios pasó cerca de cuatro años, que comenzó el Señor á que le sirviesen en otros mayores, dándole grandísimas enfermedades y muy penosas, ansí de estar con calentura contina, y con hidropesía y mal de corazon; y un zaratan que le sacaron: en fin duraron estas enfermedades cási diez y siete años; que pocos dias estaba buena. Después de cinco años que Dios la hizo esta merced, murió su padre: y su hermana en habiendo catorce años, que fué uno después que su hermana hizo esta mudanza, se puso tambien en hábito honesto, con ser muy amiga de galas, y comenzó tambien á tener oracion, y su madre ayudaba á todos los buenos ejercicios y deseos; y ansí tuvo por bien que ellas se ocupasen en un acto virtuoso, y bien fuera de quien eran, que fue enseñar niñas á labrar y á leer sin llevarles nada, sino solo por enseñarlas á rezar y la doctrina. Haciase mucho provecho, porque acudian muchas,

que aun ahora se ve en ellas las buenas costumbres que deprendieron cuando pequeñas. No duró mucho, porque el demonio, como le pesaba de la buena obra, hizo que sus padres tuviesen por poquedad que les enseñasen las hijas de balde: esto, junto con que la comenzaron á apretar las enfermedades, hizo que cesase.

Cinco años después que murió su padre destas señoras, murió su madre, y como el llamamiento de la doña Catalina había sido siempre para monja, sino que no lo había podido acabar con ellos, luego se quiso ir á ser monja; porque allí no había monasterio en Veas, sus parientes la aconsejaron, que pues ellas tenían para fundar monasterio razonablemente, que procurasen fundarle en su pueblo, que sería más servicio de Nuestro Señor. Como es lugar de la encomienda de Santiago, era menester licencia del Consejo de las órdenes, y así comenzó á poner diligencia en pedirla. Fue tan dificultoso de alcanzar, que pasaron cuatro años á donde pasaron hartos trabajos y gastos, y hasta que se dió una petición suplicándolo al mesmo rey, ninguna cosa les había aprovechado: y fue desta manera, que como era la dificultad tanta, sus deudos la decían que era desatino, que se dejase dello. Y como estaba casi siempre en la cama con tan grandes enfermedades como está dicho, decían que en ningun monasterio la admitirían para monja. Ella dijo, que si en un mes la daba Nuestro Señor salud, que entenderían era servido dello, y que ella mesma iría á la corte á procurarlo. Cuando esto dijo, había más de medio año que no se levantaba de la cama, y había casi ocho que casi no se podía menear della. En este tiempo tenía calentura contina ocho años había, ética y tísica, hidrópica, con un fuego en el hígado que se abrasaba; de suerte, que aun sobre la ropa era el fuego, de suerte que se sentía, y le quemaba la camisa, cosa que parece no creerán, y yo mesma me informé del médico destas enfermedades que á la sazon tenía, que estaba harto espantado. Tenía tambien gota artética y ceática.

Una víspera de san Sebastian (que era sábado) la dió Nuestro Señor tan entera salud, que ella no sabía cómo encubrirlo para que no se entendiese el milagro. Dice que cuando Nuestro Señor la quiso sanar la dió un temblor interior, que pensó iba ya á acabar la vida su hermana, y ella vió en sí grandísi-

veinte años que se acostó una noche deseando hallar la mas perfeta religion que hubiese en la tierra, para ser en ella monja, y que comenzó á su parecer á soñar que iba por un camino muy estrecho y angosto, y muy peligroso para caer en unos grandes barrancos que parecian, y vió un fraile descalzo que en viendo á Fr. Juan de la Miseria (un frailecico lego de la órden, que fué á Veas estando yo allí) dice que le pareció el mesmo que habia visto, le dijo: Ven conmigo, hermana; y la llevó á una casa de gran número de monjas, y no habia en ella otra luz sino de unas velas encendidas que traian en las manos. Ella preguntó qué órden era, y todos callaron y alzaron los velos y los rostros alegres, y riendo. Y certifica que vió los rostros de las hermanas mesmas que ahora ha visto, y que la priora la tomó de la mano y la dijo: *Hija, para aquí es quiero yo*, y mostróle las constituciones y regla: y cuando despertó deste sueño, fué con un contento, que le parecia haber estado en el cielo, y escribió lo que se le acordó de la regla, y pasó mucho tiempo que no lo dijo á confesor, ni á ninguna persona, y nadie no le sabia decir desta religion.

Vino allí un Padre de la Compañía que sabia sus deseos, y mostróle el papel, y díjole: *que si ella hallase aquella religión, que estaria contenta, porque estaria luego en ella.* El tenia noticia destos monasterios, y díjole, como era aquella regla de la órden de Nuestra Señora del Carmen, aunque no dió (para dársela á entender) esta claridad, sino de los monasterios que fundaba yo; y ansí procuró hacerme mensajero como está dicho. Cuando trajeron la respuesta estaba ya tan mala, que le dijo su confesor que se sosegase, que aunque estuviera en el monasterio la echarian, cuanto mas tomarla ahora. Ella se afligió mucho, y volvióse á Nuestro Señor con grandes ansias, y díjole: *Señor mio, y Dios mio, yo sé por la fe que Vos sois el que todo lo podeis; pues mi vida de mi alma, ó haced que se me quiten estos deseos, ó dad medios para cumplirlos.* Esto decia con una confianza muy grande, suplicando á Nuestra Señora por el dolor que tuvo cuando á su hijo vió muerto en sus brazos, le fuese intercesora. Oyó una voz en lo interior, que le dijo: *Cree y espera, que yo soy el que todo lo puedo, tú tornás salud; porque el que tuvo poder para que de tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no murieses; y les mandó que no hiciesen su efecto, mas fácil les será quitarlas.* Dice que

agosto hasta san Sebastian, la olearon dos veces, sino antes. Sus hermanos y deudos como vieron la merced y el milagro que el Señor habia hecho en darla tan súbita salud, no osaron estorbarle la ida, aunque parecia desatino. Estuvo tres meses en la corte, y al fin no se la daban. Como dió esta peticion al rey, y supo que era de Descalzas del Cármen, mandóla luego dar.

Al venir á fundar el monasterio, se pareció bien que lo tenia negociado con Dios en querello aceptar los perlados, siendo tan lejos y la renta muy poca. Lo que su Majestad quiere no se puede dejar de hacer. Anal vinieron las monjas al princi-

pio de Cuaresma año de 1575. Recibiólas el pueblo con gran solemnidad, y alegría y procesion. En lo general fue grande el contento: hasta los niños mostraban ser obra de que se servia Nuestro Señor. Fundóse el monasterio llamado San Josef del Salvador esta mesma Cuaresma dia de santo Matía.

En el mesmo tomaron hábito las dos hermanas con gran contento: iba adelante la salud de doña Catalina. Su humildad, obediencia y deseo de que la desprecien, da bien á entender haber sido sus deseos verdaderos para servicio de Nuestro Señor. Sea glorificado por siempre jamás.

Díjome esta hermana entre otras cosas, que habrá cuasi

veinte años que se acostó una noche deseando hallar la mas perfeta religion que hubiese en la tierra, para ser en ella monja, y que comenzó á su parecer á soñar que iba por un camino muy estrecho y angosto, y muy peligroso para caer en unos grandes barrancos que parecian, y vió un fraile descalzo que en viendo á Fr. Juan de la Miseria (un frailecico lego de la órden, que fué á Veas estando yo allí) dice que le pareció el mesmo que habia visto, le dijo: Ven conmigo, hermana; y la llevó á una casa de gran número de monjas, y no habia en ella otra luz sino de unas velas encendidas que traian en las manos. Ella preguntó qué órden era, y todos callaron y alzaron los velos y los rostros alegres, y riendo. Y certifica que vió los rostros de las hermanas mesmas que ahora ha visto, y que la priora la tomó de la mano y la dijo: *Hija, para aquí os quiero yo*, y mostróle las constituciones y regla: y cuando despertó deste sueño, fué con un contento, que le parecia haber estado en el cielo, y escribió lo que se le acordó de la regla, y pasó mucho tiempo que no lo dijo á confesor, ni á ninguna persona, y nadie no le sabia decir desta religion.

Vino allí un Padre de la Compañía que sabia sus deseos, y mostróle el papel, y díjole: *que si ella hallase aquella religion, que estaria contenta, porque estaria luego en ella.* El tenia noticia destos monasterios, y díjole, como era aquella regla de la órden de Nuestra Señora del Carmen, aunque no dió (para darsela á entender) esta claridad, sino de los monasterios que fundaba yo; y ansí procuró hacerme mensajero como está dicho. Cuando trajeron la respuesta estaba ya tan mala, que le dijo su confesor que se sosegase, que aunque estuviera en el monasterio la echarian, cuanto mas tomarla ahora. Ella se afligió mucho, y volvióse á Nuestro Señor con grandes ansias, y díjole: *Señor mio, y Dios mio, yo sé por la fe que Vos sois el que todo lo podeis; pues mi vida de mi alma, ó haced que se me quiten estos deseos, ó dad medios para cumplirlos.* Esto decia con una confianza muy grande, suplicando á Nuestra Señora por el dolor que tuvo cuando á su hijo vió muerto en sus brazos, le fuese intercesora. Oyó una voz en lo interior, que le dijo: *Cree y espera, que yo soy el que todo lo puedo, tú ternás salud; porque el que tuvo poder para que de tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no muriese; y les mandó que no hiciesen su efecto, mas fácil les será quitarlas.* Dice que

fueron con tanta fuerza y certidumbre estas palabras, que no podía dudar de que no se había de cumplir su deseo, aunque cargaron muchas más enfermedades, hasta que el Señor le dió la salud que hemos dicho. Cierto parece cosa increible lo que ha pasado: á no me informar yo del médico, y de las que estaban en su casa, y de otras personas (segun soy ruin) no fuera mucho pensar, que era alguna cosa encarecimiento.

Aunque está flaca, tiene ya salud para guardar la regla, y buen sujeto: una alegría grande, y en todo (como tengo dicho) una humildad, que á todas nos hacia alabar á Nuestro Señor. Dieron lo que tenían de hacienda entrambas, sin ninguna condicion á la órden; que si no las quisieran recibir por monjas, no pusieron ningun premio. Es un desasimiento grande el que tiene de sus deudos y tierra; y siempre gran deseo de irse léjos de allí, y así importuna harto á los perlados, aunque la obediencia que tiene es tan grande, que así está allí con algun contento; y por lo mesmo tomó velo, que no había remedio con ella fuese del coro, sino freila, hasta que yo la escribí, diciéndola muchas cosas, y riñéndola porque quería otra cosa de lo que era voluntad del Padre provincial; que aquello no era merecer mas: y otras cosas, tratándola ásperamente. Y este es su mayor contento cuando así la hablan: con esto se pudo acabar con ella, harto contra su voluntad. Ninguna cosa entiendo desta alma, que no sea para ser agradable á Dios, y así lo es con todas. Plega á su majestad la tenga de su mano, y la aumente las virtudes y gracia que le ha dado para mayor servicio y honra suya. Amen.

CAPÍTULO XXIII

En que trata de la fundación del monasterio del glorioso San Josef del Cármen en la ciudad de Sevilla. Dijose la primera misa el dia de la santísima Trinidad, año de 1575.

Pues estando en esta villa de Veas esperando licencia del Consejo de las órdenes para la fundación de Caravaca, vino á verme allí un Padre de nuestra órden de los descalzos, llamado el M. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios Gracian, que había

pocos años que tomó nuestro hábito estando en Alcalá, hombre de muchas letras, entendimiento y modestia, acompañado de grandes virtudes toda su vida, que parece Nuestra Señora le escogió para bien desta orden primitiva. Estando en Alcalá, muy fuera de tomar nuestro hábito, aunque no de ser religioso; porque aunque sus padres tenían otros intentos, por tener mucho favor con el rey, y su gran habilidad, él estaba muy fuera de eso. Desde que comenzó á estudiar le quería su padre poner á que estudiase leyes, él con ser de harto poca edad, sentía tanto que á poder de lágrimas acabó con él que le dejase oir teología. Ya que estaba graduado de maestro, trató de entrar en la Compañía de Jesús, y ellos le tenían recibido; y por cierta ocasión, dijeron que se esperase unos días. Díceme él á mí, que todo el regalo que tenía le daba tormento, pareciéndole, que no era aquel buen camino para el cielo; y siempre tenía horas de oración, y su recogimiento y honestidad en gran extremo.

En este tiempo entróse un gran amigo suyo por fraile en nuestra órden en el monasterio de Pastrana, llamado Fr. Juan de Jesús, tambien maestro. No sé si por ocasion de una carta que le escribió de la grandeza y antigüedad de nuestra órden, ó qué fué el principio; porque le daba tan grande gusto leer todas las cosas della y probarlo con grandes autores, que dice que muchas veces tenía escrúpulo de dejar de estudiar otras cosas por no poder salir destas; y las horas que tenía recreacion, era ocuparse en esto. ¡Ó sabiduría de Dios y poder! ¡Cómo no podemos nosotros huir de lo que es su voluntad! Bien veía Nuestro Señor la gran necesidad que había en esta obra, que su Majestad había comenzado, de persona semejante: yo le alabo muchas veces por la merced que en esto nos hizo. Que si yo mucho quisiera pedir á su Majestad una persona, para que pusiera en órden todas las cosas de la órden en estos principios, no acertara á pedir tanto como su Majestad en esto nos dió. Sea bendito por siempre.

Pues teniendo él bien apartado de su pensamiento tomar este hábito, rogáronle que fuese á tratar á Pastrana con la priora del monasterio de nuestra órden (que aun no era quitado de allí) para que recibiese una monja. ¡Qué medios toma la divina Majestad! Que para determinarse á ir de allí á tomar el hábito tuviera por ventura tantas personas que se lo con-

tradjeran, que nunca lo hiciera. Mas la Virgen Nuestra Señora (cuyo devoto es en gran extremo) le quiso pagar con darle su hábito. Y así pienso que fué la medianera para que Dios le hiciese esta merced. Y aun la causa de tomarle él, y haberse aficionado tanto á la órden, era esta gloriosa Virgen, que no quiso que á quien tanto la deseaba servir, le faltase ocasion para ponerlo por obra; porque es su costumbre favorecer á los que della se quieren amparar.

Estando muchacho en Madrid, iba muchas veces á una imágen de Nuestra Señora que él tenia gran devocion, (no me acuerdo de dónde era) llamábala su enamorada: y era muy ordinario lo que la visitaba. Ella le debia de alcanzar de su Hijo la limpieza con que siempre ha vivido. Dice, que algunas veces le parecia que tenia hinchados los ojos de llorar, por las muchas ofensas que se hacian á su Hijo. De aquí le nació un ímpetu grande, y deseo del remedio de las almas, y un sentimiento (cuando veia ofensas de Dios) muy grande. A este deseo del bien de las almas tiene tan gran inclinacion, que cualquier trabajo se le hace pequeño, si piensa hacer con él algun fruto. Esto he visto yo por experiencia en hartos que ha pasado.

Pues llevándole la Virgen á Pastrana, como engañado, pensando él que iba á procurar el hábito de la monja, y llevábale Dios para dársele á él. ¡O secretos de Dios! y cómo (sin que lo queramos) nos va disponiendo para hacernos mercedes, y para pagar á esta alma las buenas obras que habia hecho, y el buen ejemplo que siempre habia dado, y lo mucho que deseaba servir á su gloriosa Madre; que siempre debe su Majestad de pagar esto con grandes premios. Pues llegado á Pastrana, fué á hablar á la priora para que tomase aquella monja, y parece que habló para que procurase con Nuestro Señor que entrase él. Como ella le vió, que es agradable su trato, de manera que (por la mayor parte) los que le tratan, le aman (es gracia que da Nuestro Señor) y así de todos sus súbditos y súbditas es en extremo amado; porque aunque no perdona ninguna falta, que en esto tiene extremo, en mirar el aumento de la religion, es con una suavidad tan agradable, que parece no se ha de poder quejar ninguno dél.

Pues acaeciéndole á esta priora lo que á las demás, dióle grandísima gana de que entrase en la órden: díjolo á las her-

manas, que mirasen lo que les importaba, (porque entonces habia muy pocos, ó cási ninguno semejante) y que todas pidiesen á Nuestro Señor, que no le dejase ir, sino que tomase el hábito. Es esta priora grandísima sierva de Dios, que aun su oracion sola pienso seria oida de su Majestad, cuanto mas las de las almas tan buenas como allí estaban. Todas lo tomaron muy á su cargo, y con ayuno, disciplina y oracion lo pedian continuo á su Majestad. Y ansí fué servido de hacernos esta mer ced: que como el P. Gracian fué al monasterio de los frailes, y vió tanta relijion y aparejo para servir á Nuestro Señor, y sobre todo ser órden de su gloriosa Madre, que él tanto deseaba servir, comenzó á moverse su corazon para no tornar al mundo. Y aunque el demonio le ponia hartas dificultades, en especial de la pena que habia de ser para sus padres que le amaban mucho y tenian gran confianza habia de ayudar á remediar sus hijos (que tenian hartas hijas y hijos) él, dejando este cuidado á Dios, por quien lo dejaba todo, se determinó á ser súbdito de la Virjen y tomar su hábito, y ansí se le dieron con gran alegria de todos, en especial de las monjas y priora, que daban grandes alabanzas á Nuestro Señor, pareciéndoles que las habia Dios hecho esta merced por sus oraciones. Estuvo el año de probacion con la humildad que uno de los mas pequeños novecios. En especial se probó su virtud en un tiempo, que faltando de allí el prior, quedó por mayor un fraile harto mozo y sin letras, y de poquísimo talento, ni prudencia para gobernar: experiencia no la tenia, porque habia poco que habia entrado. Era cosa excesiva de la manera que los llevaba, y las mortificaciones que les hacia hacer: que cada vez me espanto, cómo lo podian sufrir, en especial semejantes personas, que era menester el espíritu que le daba Dios para sufrirlo; y háse visto bien despues que tenia mucha melancolía, y en cualquier parte (aun por súbdito) hay trabajo con él, cuanto mas para gobernar; porque le sujeta mucho el humor: que él buen religioso es, y Dios permite algunas veces que se haga este yerro de poner personas semejantes, para perficionar la virtud de la obediencia en los que ama: ansí debió de ser aquí.

En mérito desto ha dado Dios al padre fray Gerónimo de la Madre de Dios grandísima luz en las cosas de obediencia, para enseñar á sus súbditos, como quien tan buen principio tuvo en ejercitarse en ella; y para que no le faltase experiencia en

todo lo que hemos menester, tuvo tres meses antes de la profesion grandísimas tentaciones; mas él (como buen capitan que habia de ser de los hijos de la Virgen) se defendia bien dellas: que cuando el demonio mas le apretaba para que dejase el hábito, con prometer de no le dejar y prometer los votos, se defendia. Dióme cierta obra que escribió con aquellas grandes tentaciones, que me puso harta devocion, y se ve bien la fortaleza que le daba el Señor.

Parecerá cosa impertinente haberme comunicado él tantas particularidades de su alma: quizá lo quiso el Señor, para que yo lo pusiese aquí porque sea él alabado en sus criaturas; porque sé yo que ni con confesor, ni con ninguna persona se ha declarado tanto. Algunas veces habia ocasion por parecerle, que con los muchos años, y lo que oia de mí, tenia yo alguna experiencia. Á vueltas de otras cosas que hablábamos, decíame estas y otras, que no son para escribir, que mas me alargara; fíome he cierto mucho á la mano, porque si viniese en algun tiempo á las suyas, no le dar pena. No he podido mas, ni me ha parecido, pues esto si se hubiese de ver, será á muy largos tiempos que se deje de hacer memoria de quien tanto bien ha hecho á esta renovacion de la regla primera. Porque aunque no fue el primero que la comenzó, vino á tiempo que algunas veces me pesara de que se habia comenzado, si no tuviera tan gran confianza de la misericordia de Dios. Digo las casas de los frailes, que las de las monjas, por su bondad siempre hasta ahora han ido bien: y las de los frailes no iban mal, mas llevaban principio de caer muy presto; porque como no tenian provincia por sí, eran gobernados por los calzados. A los que pudieran gobernar, que era el P. Fr. Antonio de Jesús el que lo comenzó, no le daban esa mano, ni tampoco tenian constituciones dadas por nuestro reverendísimo Padre General. En cada casa hacian como les parecia: hasta que vinieran ó se gobernaran dellos mesmos, hubiera harto trabajo, porque á unos les parecia uno, y á otros otro. Harto fatigada me tenia algunas veces. Remediólo Nuestro Señor por el P. M. Fr. Gerónimo dela Madre de Dios, porque le hicieron comisario apostólico, y le dieron autoridad y gobierno sobre los descalzos y descalzas, y hizo constituciones para los frailes, que nosotras ya las teníamos de nuestro reverendísimo Padre General, y así no las hizo para nosotras, sino para ellos, con el poder apos-

tólico que tenia, y con las buenas partes qne le ha dado el Señor, como tengo dicho. La primera vez que los visitó, lo puso todo en tanta razon y concierto, que se parecia bien ser ayudado de la divina Majestad, y que nuestra Señora le habia escogido para remedio de su órden, á quien suplico yo mucho acabe con su Hijo siempre le favorezca, y dé gracia para ir muy adelante en su servicio. Amen.

CAPITULO XXIV

Prosigue en la fundacion de San Josef del Cármen en la ciudad de Sevilla.

Cuando he dicho que el P. M. Fr. Gerónimo Gracian me fué á ver á Veas, jamás nos habíamos visto, aunque yo lo deseaba harto; escrito sí algunas veces: holgueme en extremo cuando supe que estaba allí, porque lo deseaba mucho, por las buenas nuevas que dél me habian dado: mas muy mucho mas me alegré cuando lo comencé á tratar; porque segun me contentó, no me parecia le habian conocido los que me le habian loado: y como yo estaba con tanta fatiga, en viéndole parece que me representó el Señor el bien que por él nos habia de venir: y así andaba aquellos dias con tan excesivo consuelo y contento, que es verdad que yo mesma me espantaba de mí. Entonces, aunque no tenia comision mas de para el Andalucía, que estando en Veas, le envió mandar el nuncio que le viese, y entonces se la dió para descalzos y descalzas de la provincia de Castilla, era tanto el gozo que tenia mi espíritó, que no me hartaba de dar gracias á Nuestro Señor aquellos dias, ni quisiera hacer otra cosa.

En este tiempo trajeron la licencia para fundar en Caravaca, diferente de lo que era menester para mi propósito; y así fue menester que tornasen á enviar á la corte, porque yo escribí á las fundadoras que en ninguna manera se fundaria, si no se pedia cierta particularidad que faltaba, y así fue menester tornar á la corte. A mí se me hacia mucho esperar allí tanto tiempo, y queríame tornar á Castilla; mas como estaba allí el P. Fr. Gerónimo, á quien estaba ya sujeto aquel monas-

terio, por ser comisario de toda la provincia de Castilla, no podia hacer nada sin su voluntad; y ansí lo comuniqué con él. Parecióle, que ida una vez, se quedaba la fundacion de Caravaca, y tambien que seria gran servicio de Dios fundar en Sevilla, que le parecia muy fácil, porque se lo habian pedido algunas personas que podian y tenian muy bien para dar luego casa; y el arzobispo de Sevilla favorecia tanto á la órden, que tuvo creido se le haria gran servicio: y ansí se concertó, que que la priora y monjas, que llevaba para Caravaca, fuese para Sevilla. Yo, aunque siempre habia rehusado mucho hacer monasterio destos en Andalucía por algunas causas, que cuando fuí á Veas, si entendiera que era provincia de Andalucía, en ninguna manera fuera; y fue el engaño, que la tierra aun no es del Andalucía, creo de cuatro ó cinco leguas adelante comienza, mas la provincia sí: como ví ser aquella la determinacion del perlado, luego me rendí, que esta merced me hace Nuestro Señor de parecerme que en todo aciertan; aunque yo estaba determinada á otra fundacion, y aun tenia algunas causas bien graves para no ir á Sevilla.

Luego se comenzó á aparejar para el camino, porque la calor entraba mucha, y el Padre comisario apostólico Cracian se fué á él llamado del nuncio, y nosotras á Sevilla, con mis buenos compañeros el P. Julian de Avila, y Antonio Gaytan y un fraile descalzo. Ibamos en carros muy cubiertas, que siempre era esta nuestra manera de caminar; y entrádose en la posada, tomábamos un aposento bueno ó malo, como le habia, y á la puerta tomaba una hermana lo que habiamos menester, que aun los que iban con nosotras no entraban allá. Por priesa que nos dimos, llegamos á Sevilla el jueves antes de la santísima Trinidad, habiendo pasado grandísimo calor en el camino; porque aunque no se caminaba las fiestas, yo os digo, hermanas, que como habia dado todo el sol á los carros, que era entrar en ellos como en un purgatorio.

Unas veces con pensar en el infierno, otras pareciendo se hacia algo, y padecia por Dios, iban aquellas hermanas con gran contento y alegría; porque seis que iban conmigo, eran tales almas, que me parece me atreveria á ir con ellas á tierra de turcos, y que tuvieran fortaleza, ó por mejor decir, se la diera Nuestro Señor para padecer por él, porque estos eran sus deseos y pláticas, muy ejercitadas en oracion y mortifica-

cion, que como habian de quedar tan lejos, procuré que fuesen de las que me parecian mas á propósito; y todo fue menester, segun se pasó de trabajos, que algunos y los mayores no los diré, porque podrian tocar en alguna persona.

Un dia antes de Pascua de Espíritu Santo les dió Dios un trabajo harto grande, que fue darme á mí una muy recia calentura: yo creo que sus clamores á Dios fueron bastantes para que no fuese adelante el mal, que jamás de tal manera en mi vida me ha dado calentura, que no pase muy mas adelante. Fué de tal suerte, que parecia tenia modorra, segun iba enajenada. Ellas á echarme agua en el rostro, tan caliente del sol, que daba poco refrigerio. No os dejaré de decir la mala posada que hubo para esta necesidad, que fue darnos una camarilla á teja vana: ella no tenia ventana, y si se abria la puerta, toda se henchia de sol. Habeis de mirar que no es como el de Castilla por allá, sino muy mas importuno. Hicieronme echar en una cama, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo; porque era de unas partes tan alta, y de otras tan baja, que no sabia cómo poder estar, porque parecia de piedras agudas. ¡Qué cosa es la enfermedad! Que con salud todo es fácil de sufrir. En fin, tuve por mejor levantarme y que nos fuésemos, que mejor me parecia sufrir el sol del campo, que no de aquella camarilla. ¿Qué será de los pobres que están en el infierno? Que no se han de mudar para siempre, que aunque sea de trabajo á trabajo parece de algun alivio. A mí me ha acaecido tener un dolor en una parte muy recio, y aunque me diese en otra otro tan penoso, me parece era alivio mudarse: ansí fué aquí. A mí ninguna pena, que me acuerde, me daba en verme mala; las hermanas lo padecian harto mas que yo. Fue el Señor servido, que no duró mas de aquel dia lo muy recio.

Poco antes (no sé si dos dias) nos acaeció otra cosa que nos puso en un poco de aprieto, pasando por un barco á Guadalquivir, que al tiempo de pasar los carros no era posible por donde estaba la maroma, sino que habian de torcer el rio, aunque algo ayudaba la maroma torciéndola tambien, mas acertó á que la dejasen los que la tenian (ó no sé cómo fue) que la barca iba sin maroma, ni vemos con el carro. El barquero me hacía mucha más lástima verle tan fatigado, que no el peligro: nosotras á rezar, todos voces grandes. Estaba un caballero mirándonos en un castillo que estaba cerca, y mo-

vido de lástima, envió quien ayudase, que aun entonces no estaba sin maroma, y tenian della maestros hermanos, poniendo todas sus fuerzas, mas la fuerza del agua los llevaba a todos de manera, que daba con alguno en el suelo. Por cierto que me puso gran devocion un hijo del barquero, que nunca se me olvida: parécemie debia haber como diez ó once años, que lo que aquel trabajaba de ver á su padre con pena, me hacia alabar á Nuestro Señor. Mas como su Majestad da siempre los trabajos con piedad, así fue aquí que acertó á detenerse la barca en un arenal, y estaba hácia una parte el agua poca, y así pudo haber remedio. Tuviéramosle malo de saber salir al camino, por ser ya noche, si no nos guiaran quien vino del castillo. No pensé tratar destas cosas que son de poca

importancia, que hubiera dicho hartas de malos sucesos de caminos: he sido importunada para alargarme mas en este.

Harto mayor trabajo fue para mí que los dichos, lo que nos aconteció el postrero dia de Pascua de Espíritu Santo. Dimonos mucha priesa por llegar de mañana á Córdoba para oir misa sin que nos viese nadie: guiábannos á una iglesia, que está pasada la puente, por mas soledad; y ya que íbamos á pasar, no habia licencia para pasar por allí carros, que la ha de dar el corregidor; de aquí á que se trajo pasaron mas de dos horas, por no estar levantados, y mucha gente que se llegaba á procurar saber quién iba allí. Desto no se nos daba mucho, porque no podian, que iban muy cubiertos. Cuando ya vino la licencia, no cabian los carros por la puerta de la puente, fue

menester aserrarlos no sé qué, se pasó otro rato, en fin, cuando llegamos á la iglesia que habia de decir misa el P. Julian de Avila, estaba llena de gente, porque era la advocacion del Espíritu Santo, lo que no habíamos sabido, y habia gran fiesta y sermon. Cuando yo esto ví, diéme mucha pena, y á mi parecer era mejor irnos sin oir misa, que entrar entre tanta barahunda. Al P. Julian de Avila no le pareció; y como era teólogo; hubimonos todas de allegar á su parecer, que los demás compañeros (quizá) siguieran el mio; y fuera mas mal acertado, aunque no sé si yo me fiara de solo mi parecer. Apeámonos cerca de la iglesia, que aunque no nos podia ver nadie los rostros, porque siempre llevábamos delante dellos velos grandes, bastaba vernos con ellos, y capas blancas de sayal, como traemos, y alpargatas para alterar á todos, y ansí lo fue. Aquel sobresalto me debia de quitar la calentura del todo, que cierto lo fue grande para mí y para todos. Al principio de entrar por la iglesia, se llegó á mí un hombre de bien á apartar la gente: yo le rogué mucho nos llevase á alguna capilla; hízolo ansí, y cerróla, y no nos dejó hasta tornarnos á sacar de la iglesia. Despues de pocos dias vino á Sevilla, y yo dije á un padre de nuestra órden, que por aquella buena obra que habia hecho, pensaba que habia Dios héchole merced, que le habian proveido de una grande hacienda, ó dado, de que él estaba descuidado. Yo os digo, hijas, que aunque esto no os parecerá quizá nada, que fue para mí uno de los malos ratos que he pasado; porque el alboroto de la gente era como si entraran toros: ansí lo ví la hora de salir de aquel lugar, aunque no le habia para pasar la siesta cerca: tuvímosla debajo de una puente. Llegadas á Sevilla á una casa que nos tenia alquilada el P. Fr. Mariano que estaba avisado dello, yo pensé que estaba todo hecho; porque como digo, era mucho lo que favorecia el arzobispo á los descalzos: y habíame escrito algunas veces á mí, mostrándome mucho amor; no bastó para dejarme de dar harto trabajo, porque lo queria Dios ansí. El es muy enemigo de monasterios de monjas con pobreza, y tiene razon. Fue el daño, ó por mejor decir, el provecho, para que se hiciese aquella obra; porque si antes que yo estuviera en el camino se lo dijeran, tengo por cierto no viniera en ello; mas teniendo por certísimo el Padre comisario y el P. Mariano, que tambien fue mi ida de grandísimo contento para él, que le hacian

grandísimo servicio en mi ida, no se lo dijeron antes; y como digo, pudiera ser mucho yerro, pensando que acertaban: porque en los demás monasterios, lo primero que yo procuraba era la licencia del ordinario, como manda el santo Concilio: acá no solo no la teníamos por dada, sino, como digo, porque se le hacía gran servicio, como á la verdad lo era, y ansí lo entendió después, sino que ninguna fundacion ha querido el Señor que se haga sin mucho trabajo mío, unos de una manera, otros de otra.

Pues llegadas á la casa, que como digo, nos tenían de alquiler, yo pensé luego tomar la posesion, como lo solía hacer, para que dijésemos oficio divino; y comenzóme á poner dilaciones el P. Mariano, que era el que estaba allí, que, por no me dar pena, no me lo quería decir del todo; mas no siendo razones bastantes, yo entendí en qué estaba la dificultad, que era en no dar licencia: y ansí me dijo que tuviese por bien, que fuese el monasterio de renta ú otra cosa ansí, que no me acuerdo. En fin me dijo, que no gustaba hacer monasterios de monjas por su licencia, ni desde que era arzobispo jamás la había dado para ninguno (que lo había sido hartos años allí y en Córdoba, y es harto siervo de Dios) en especial de pobreza, que no la daría. Esto era decir que no se hiciese el monasterio. Lo uno ser en la ciudad de Sevilla, á mí se me hiciera muy de mal, (aunque lo pudiera hacer) porque en las partes que he fundado con renta, es en lugares pequeños que, ó no se hacer, ó ha de ser ansí; porque no hay cómo se pueda sustentar. Lo otro porque sola una blanca nos había sobrado del gasto del camino, sin traer cosa ninguna con nosotras, sino lo que traíamos vestido, y alguna túnica y toca, y lo que venía para venir cubiertas bien en los carros: que para haberse de tornar los que venían con nosotras, se hubo de buscar prestado. Un amigo que tenía allí Antonio Guytan le prestó dello, y para acomodar la casa, el P. Mariano lo buscó; ni casa propia había, ansí que era cosa imposible. Con mucha importunidad debía ser del Padre dicho, nos dejó decir misa para el día de la santísima Trinidad, que fue la primera, y anvió á decir que ni se tañese campana, ni se pusiese (decía) sino que estaba ya puesta; y ansí estuve mas de quince días, que yo sé de mi determinacion, que si no fuera por el Padre comisario y el P. Mariano, que yo me tornara con

mis monjas con harto poca pesadumbre á Veas, para la fundacion de Caravaca. Harta mas tuve aquellos dias (que como tengo mala memoria no me acuerdo) mas creo fue mas de un mes; porque ya sufriase por la ida que luego luego, por publicarse ya el monasterio. Nunca me dejó el Padre Mariano escribirle, sino poco á poco le iba ablandando, y con cartas de Madrid del Padre comisario.

A mí una cosa me sosegaba para no tener mucho escrúpulo, y era haberse dicho misa con su licencia; y siempre decíamos en el coro el oficio divino. No dejaba de enviarme á visitar, y á decirme me veria presto, y un criado suyo envió á que dijese la primera misa: por donde veia yo claro, que no parecia servia de mas aquello que de tenerme con pena; aunque la causa de tenerla yo, no era por mí ni por mis monjas, sino por la que tenia el Padre comisario: que como él me habia mandado ir, estaba con mucha pena; y diérasela grandísima si hubiera algun desman; y tenia hartas causas para ello. En este tiempo vinieron tambien los Padres calzados á saber por dónde se habia fundado. Yo les mostré las patentes que tenia de nuestro reverendísimo Padre General; y con esto se sosegaron, que si supieran lo que hacia el arzobispo, no creo bastara, mas esto no se entendia, sino todos creian que era muy á su gusto y contento. Ya fue Dios servido, que nos fué á ver; yo le dije el agravio que nos hacia: en fin me dijo que fuese lo que quisiese, y como lo quisiese; y desde allí adelante siempre nos hacia merced en todo lo que se nos ofrecia, y favor.

CAPÍTULO XXV

Prosigue en la fundacion del glorioso San Josef de Sevilla, y lo que se pasó en tener casa propia.

Nadie pudiera juzgar, que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla, y de gente tan rica, habia de haber menos aparejo de fundar que en todas las partes que habia estado: húbole tan menos, que pensé algunas veces no nos era bien tener monasterio en aquel lugar. No sé si el mesmo clima de la tierra que he oido siempre decir, que los demonios tienen mas mano allí para tentar, que se la debe de dar Dios, y en esta

me tentaron á mí, que nunca me vi mas pusilánime y cobarde en mi vida, que allí me hallé, yo cierto á mí mesma no me conocía. Bien que la confianza que suelo tener en nuestro Señor no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener después que ando en estas cosas, que entendía apartaba en parte el Señor su mano, para que él se quedase en su ser, y viese yo que si había tenido ánimo no era mío.

Pues habiendo estado allí desde este tiempo que digo, hasta poco antes de Cuaresma, que ni había memoria de comprar casa, ni con qué, ni tampoco quién nos fiase como en otras partes; que las que mucho habían dicho al Padre visitador apostólico, que entrarían, y rogádole llevase allí monjas, después les debía parecer mucho el rigor, y que no lo podrían llevar, solo una que diré adelante entró. Ya era tiempo de mandarme á mí venir del Andalucía, porque se ofrecían otros negocios por acá. A mí dábame grandísima pena dejar las monjas sin casa, aunque bien veía que yo no hacía nada allí, porque la merced que Dios me hace por acá, de haber quien ayude á estas obras, allí no la tenía.

Fue Dios servido que viniese entonces de las Indias un hermano mío, que había mas de treinta y cuatro años que estaba allá, llamado Lorencio de Zepeda, que aun tomaba peor que yo en que las monjas quedasen sin casa propia. El nos ayudó mucho, en especial en procurar que se tomase en la que ahora están. Ya yo entonces ponía mucho mas con Nuestro Señor, suplicándole que no me fuese sin dejarles casa, y hacía á las hermanas se lo pidiesen, y al glorioso San Josef, y hacíamos muchas procesiones y oraciones á Nuestra Señora: y con esto y con ver á mi hermano determinado á ayudarnos, comencé á tratar de comprar algunas casas: y aunque parecía se iba á concertar, todo se deshacía. Estando un día en oración, pidiendo á Dios (pues eran sus esposas y le tenían tanto deseo de contentar) les diese casa, me dijo: *Ya os he oído, déjame á mí.* Yo quedé muy contenta, pareciéndome la tenía ya, y así fue; librónos su Majestad de comprar una, que contentaba á todos por estar en buen puesto, y era tan vieja, y malo lo que tenía, que se compraba solo el sitio en poco menos que la que ahora tienen. Y estando ya concertada, que no faltaba sino hacer las escrituras, yo no estaba nada contenta; parecíame que

no venia esto con la postrera palabra, que habia entendido en la oracion; porque era aquella palabra (á lo que me pareció) señal de darnos buena cosa; y ansí fue servido, que el mesmo que la vendia, con ganar mucho en ello, puso inconveniente para no hacer las escrituras cuando habia quedado, y pudimos, sin hacer ninguna falta, salirnos del concierto, que fué hasta merced de Nuestro Señor: porque en toda la vida de las que estaban, se acabara de labrar la casa, y tuvieran harto trabajo, y poco con qué.

Mucha parte fue un siervo de Dios, que casi desde luego que fuimos allí, como supo que no teníamos misa, cada dia nos la iba á decir, con tener harto lejos su casa, y hacer grandísimos soles; llámase García Alvarez, persona muy de bien, y tenida en la ciudad por sus buenas obras, que siempre no entiende en otra cosa; y á tener él mucho, no nos faltara nada. El como sabia bien la casa pareciale gran desatino dar tanto por ella; y ansí cada dia nos lo decia y procuró no se hablase mas en ella. Y fueron él y mi hermano á ver en la que ahora están: vinieron tan aficionados, y con razon, y Nuestro Señor que lo queria, que en dos ó tres dias se hicieron las escrituras. No se pasó poco en pasarnos á ella, porque quien la tenia no la queria dejar; y los frailes franciscos, como estaban junto, vinieron luego á requerirnos que en ninguna manera nos pasásemos á ella; que á no estar hechas con tanta firmeza las escrituras, alabara yo á Dios que se pudieran deshacer, porque nos vimos á peligro de pagar seis mil ducados que costaba la casa, sin poder entrar en ella. Esto no quisiera la priora, sino que alababa á Dios de que no se pudiese deshacer, que la daba su Majestad mucha mas fe y ánimo que á mí en lo que tocaba á aquella casa, y en todo le debe tener, que es harto mejor que yo. Estuvimos mas de un mes con esta pena: ya fue Dios servido, que nos pasamos la priora y yo, y otras dos monjas una noche, porque no lo entendiesen los frailes, hasta tomar posesion, con harto miedo. Decian los que iban con nosotras, que cuantas sombras veian les parecian frailes.

En amaneciendo, dijo el buen García Alvarez (que iba con nosotras) la primera misa en ella, y ansí quedamos sin temor. ¡O Jesús! ¡Qué dellos he pasado al tomar de las posesiones! Considero yo, si yendo á no hacer mal, sino en servicio de Dios, se siente tanto miedo, ¿qué será de las personas que le

van á hacer, siendo contra Dios y contra el prójimo? No sé qué ganancia pueden tener, ni que gusto puedes buscar con tal contrapeso. Mi hermano aun no estaba allí, que estaba retraído por cierto hierro que se hizo en la escritura, como fue tan apriesa; y era en mucho daño del monasterio, y como era fiador, queríanle prender; y como era extranjero, diéranos harto trabajo, y así nos le dió, que hasta que dió hacienda en que tomaron seguridad, hubo trabajo: despues se negoció bien, aunque no faltó algun tiempo de pleito, porque hubiese mas trabajo. Estábamos encerradas en unos cuartos bajos, y él estaba allí todo el dia con los oficiales, y nos daba de comer, y aun muchos dias antes; porque aun como no se entendia de todos ser monasterio, por estar en una casa particular, habia poca limosna, sino era de un santo viejo prior de las Cuevas, que es de los cartujos, gran siervo de Dios. Era de Avila, de los Pantojas: púsole Dios tan grande amor con nosotras, que desde que fuimos, y creo le durará hasta que se le acabe la vida el hacernos bien de todas maneras. Porque es razon, hermanas, que encomendeis á Dios á quien tan bien nos ha ayudado, si leyéredes esto (sean vivos ó muertos) lo pongo aquí: á este santo debemos mucho.

Estúvose mas de un mes (á lo que creo) que en esto de los dias tengo mala memoria, y así podria errar: siempre entended poco mas ó menos, pues en ello no va nada. Este mes trabajó mi hermano harto en hacer la iglesia de algunas piezas, y en acomodarlo todo, que no teníamos nosotras que hacer.

Después de acabado, yo quisiera no hacer ruido en poner el santísimo Sacramento, porque soy muy enemiga en dar pesadumbre en lo que se puede excusar, y así se lo dije al P. García Alvarez y él lo trató con el Padre prior de las Cuevas, que si fueran cosas propias suyas, no lo miraran mas que las nuestras: y parecióles, que para que fuese conocido el monasterio en Sevilla, no se sufria, sino ponerse con solemnidad, y fuéronse al arzobispo. Entre todos concertaron que sustrajese de una parroquia el santísimo Sacramento con mucha solemnidad, y mandó el arzobispo se juntasen los clérigos y algunas cofradías y se aderezasen las calles.

El buen García Alvarez aderezó nuestra claustra, y como he dicho servia entonces de calle, y la iglesia extremadísima-

mente, y con muy buenos altares é invenciones. Entre ellas tenia una fuente que el agua era de azahar, sin procurarlo nosotros, ni aun quererlo, aunque despues mucha devocion nos hizo; y nos consolamos se ordenase nuestra fiesta con tanta solemnidad, y las calles tan aderezadas, y con tanta música y menestriles, que me dijo el santo prior de las Cuevas que nunca tal habia visto en Sevilla, que conocidamente se vió ser obra de Dios. Fué él en la procesion, que no lo acostumbraba: el arzobispo puso el santísimo Sacramento. Veis aquí, hijas, las pobres descalzas honradas de todos, que no parecia aquel tiempo antes que habia de haber agua para ellas, aunque hay harto en aquel rio: la gente que vino fue cosa excesiva.

Acaeció una cosa de notar á dicho de todos los que la vieron. Como hubo tantos tiros de artillería y cohetes después de acabada la procesion, que era casi noche, antojóseles de tirar mas, y no sé cómo sea, prende un poco de pólvora, que tienen á gran maravilla no matar al que lo tenia; subió gran llama hasta lo alto de la claustra, que tenia los arcos cubiertos con unos tafetanes, que pensaron se habian hecho polvo, y no les hizo daño poco, ni mucho, con ser amarillos y de carmesí: y lo que digo que es de espantar, es, que la piedra que estaba en los arcos debajo del tafetan quedó negra del humo, y el tafetan que estaba encima sin ninguna cosa, que sino hubiera llegado allí el fuego. Todos se espantaron cuando lo vieron; las monjas alabaron al Señor, por no tener que pagar otros tafetanes. El demonio debia estar tan enojado de la solemnidad que se habia hecho, y ver ya otra casa de Dios, que se quiso vengar en algo, y su Majestad no le dió lugar. Sea bendito por siempre jamás. Amen.

CAPÍTULO XXVI

Prosigue en la misma fundacion del monasterio de San Josef de la ciudad de Sevilla. Trata de algunas cosas de la primera monja que entró en él, que son harto de notar.

Bien podeis considerar, hijas mias, el consuelo que teníamos aquel dia. De mí os sé decir que fue muy grande en espe-

cial me le dió ver que dejaba á las hermanas en casa tan buena, y en buen puesto, y conocido el monasterio, y en casa monjas que tenian para pagar la mas parte de la casa de manera, que con las que faltaban del número, por poco que trajesen podian quedar sin deuda; sobre todo me dió alegría haber gozado de los trabajos. Y cuando habia de tener algun descanso me iba, porque esta fiesta fué el domingo antes de Pascua del Espíritu Santo, año de 1576, y luego el lunes siguiente me partí yo, porque la calor entraba grande, y por si pudiese ser, no caminar la Pascua y tenerla en Malagon, que bien quisiera detenerme algun dia, y por esto me habia dado harta priesa. No fue el Señor servido que siquiera oyese un dia misa en la iglesia. Harto se les aguó el contento á las monjas con mi partida, que sintieron mucho, como habiamos estado aquel año juntas y pasado tantos trabajos, que como he dicho los mas graves no pongo aquí; que á lo que me parece, dejada la primera fundacion de Avila, que aquí no hay comparacion, ninguna me ha costado tanto como esta, por ser trabajos los mas interiores. Plega á la divina Majestad que sea siempre servido en ella, que con esto es todo poco, como yo espero que será, que comenzó su Majestad á traer buenas almas á aquella casa, que las que quedaron de las que llevé conmigo que fueron cinco, ya os he dicho cuán buenas eran, algo de lo que se puede decir, que lo menos es. De la primera que aquí entró quiero tratar, por ser cosa que os dará gusto. Es una doncella hija de padres muy cristianos, montañés el padre. Esta, siendo de muy pequeña edad (como de siete años) pidióla á su madre una tia suya para tenerla consigo, que no tenia hijos: llevada á su casa, como la debia regalar y mostrar el amor que era razon, unas sus mujeres debian tener esperanza que les habia de dar su hacienda, antes que la niña fuese á su casa, y estaba claro que tomándola amor, lo habia de querer mas para ella. Acordaron quitar aquella ocasion con un hecho del demonio, que fue levantar á la niña, que queria matar á su tia, y que para esto habia dado á la una no sé qué maravedís que la trajese de soliman. Dicho á la tia, como todas tres decian una cosa, luego las creyó, y la madre de la niña tambien, que es una mujer harto virtuosa.

Tomó la niña y llevóla á su casa, pareciéndole se criaba en ella una muy mala mujer. Díceme la Beatriz de la Madre de

Dios (que así se llama) que pasó mas de un año, que cada dia la azotaba y atormentaba, y hacíala dormir en el suelo, porque le habia de decir tan gran mal. Como la muchacha decia que no lo habia hecho, ni sabia qué cosa era soliman, parecíale muy peor viendo que tenia ánimo para encubrirlo. Afligíase la pobre madre de verla tan recia en encubrirlo, pareciéndole nunca se habia de enmendar. Harto fué no levantárselo la muchacha para librarse de tanto tormento, mas Dios la tuvo, como era inocente, para decir siempre verdad; y como su Majestad torna por los que están sin culpa, dió tan gran mal á las dos de aquellas mujeres, que parecia tenian rabia, y secretamente enviaron por la niña á la tia, y la pidieron perdon, y viéndose á punto de muerte se desdijeron; y la otra hizo otro tanto, que murió de parto. En fin, todas tres murieron con tormento, en pago del que habian hecho pasar aquella inocente. Esto no lo sé de sola ella, que su madre fatigada después que la vió monja de los malos tratamientos que le habia hecho, me lo contó con otras cosas, que fueron hartos sus martirios; y no teniendo su madre mas, y siendo harto buena cristiana, permitia Dios que ella fuese el verdugo de su hija, queriendola muy mucho. Es mujer de mucha verdad y cristiandad.

Habiendo la niña como poco mas de doce años, leyendo en un libro que trata de la vida de santa Ana, tomó gran devocion con los Santos del monte Carmelo, que dice allí, que su madre de santa Ana iba á tratar con ellos muchas veces (creo se llama Merenciana), y de aquí fue tanta la devocion que tomó con esta órden de Nuestra Señora, que luego prometió ser monja della, y castidad. Tenia muchos ratos de soledad cuando ella podia, y oracion. En esto la hacia Dios grandes mercedes y Nuestra Señora, y muy particulares. Ella quisiera luego ser monja, no osaba por sus padres, ni tampoco sabia á dónde hallar esta órden, que fue cosa para notar, que con haber en Sevilla monasterio della de la regla mitigada, jamás vino á su noticia, hasta que supo destos monasterios, que fue después de muchos años. Como ella llegó á la edad para poderla casar, concertaron sus padres con quien casarla siendo harto muchacha; mas como no tenian mas de aquella, que aunque tuvo otros hermanos, muriéronse todos, y esta, que era la menos querida, les quedó: que cuando le acaeció lo que he dicho, un

hermano tenia, que este tornaba por ella, diciendo no lo creyesen. Muy concertado ya el casamiento, pensando ella no hiciera otra cosa, cuando se lo vinieron á decir, dijo el voto que tenia hecho de no se casar, que por ningun arte, aunque la matasen, no lo haria.

El demonio que los cegaba, ó Dios que lo permitia, para que esta fuese mártir, que ellos pensaron que tenia hecho algun mal recaudo, y por eso no se queria casar; como ya habian dado la palabra, y ver afrentado á otro, diéronla tantos azotes, y hicieron en ellas tantas justicias, hasta quererla colgar, que la ahogaban, que fue ventura no la matar. Dios que la queria para mas, le dió la vida. Díceme ella á mí, que ya á la postre casi ninguna cosa sentia, porque se acordaba de lo que habia padecido santa Inés, que se lo trajo el Señor á la memoria, y que se holgaba de padecer algo por él, y no hacia sino ofrecérselo. Pensaron que muriera, que tres meses estuvo en la cama, que no se podia mencar.

Parece cosa muy para notar, una doncella que no se quitaba de par de su madre, con un padre harto recatado, segun yo supe, cómo podian pensar della tanto mal; porque siempre fue santa y honesta, y tan limosnera, que cuanto ella podia alcanzar, era para dar limosna. A quien Nuestro Señor quiere merced de que padezca, tiene muchos medios, aunque desde algunos años les fué descubriendo la virtud de su hija, de manera, que cuanto queria dar de limosna, la daban, y las persecuciones se tornaron en regalos. Aunque con la gana que ella tenia de ser monja, todo se le hacia trabajoso, y así andaba harto desabrida y penada, segun me contaba.

Acaeció trece ó catorce años antes que el P. Gracian fuese á Sevilla, que no habia memoria de descalzos carmelitas, estando ella con su padre y con su madre, y otras dos vecinas, entró un fraile de nuestra órden vestido de sayal (como ahora andan) descalzo. Dicen que tenia un rostro fresco y venerable, aunque tan viejo, que parecia la barba como hilos de plata, y era larga, y púsose cabe ella, y comenzóla á hablar un poco en lengua que ni ella ni ninguno lo entendió; y acabando de hablar, santiguóla tres veces, diciéndole: *Beatriz, Dios te haga fuerte*, y fuése. Todos no se meneaban mientras estuvo allí, sino como espantados. El padre la preguntó que quién era. Ella pensó que él le conocia. Levantáronse muy presto

para buscarle, y no pareció mas. Ella quedó muy consolada, y todos espantados, que vieron era cosa de Dios, y ansí ya la tenian en mucho, como está dicho. Pasaron todos estos años, que creo fueron catorce después desto, sirviendo ella siempre á Nuestro Señor, pidiéndole que la cumpliese su deseo.

Estaba harto fatigada, cuando fué allá el P. M. Fr. Gerónimo Gracian, y yendo un dia á oir un sermon en una iglesia de Triana, á donde su padre vivia, sin saber ella quién predicaba, que era el P. M. Gracian, vióle salir á tomar la bendicion. Como ella le vió el hábito y descalzo, luego se le representó el que ella habia visto, que era ansí el hábito, aunque el rostro y edad era diferente, que no habia el P. Gracian aun treinta años. Diceme ella, que de grandísimo contento se quedó como desmayada; que aunque habia oido que habian allí hecho monasterio en Triana, no entendia era dellos. Desde aquel dia fué luego á procurar confesarse con el P. Gracian, y aun esto quiso Dios que le costase mucho, que fue mas, ó al menos, tantas doce veces, que nunca la quiso confesar: como era moza y de buen parecer, que no debia de haber entonces veinte y siete años, él apartábase de comunicar con personas semejantes, que es muy recatado. Va un dia estando ella llorando en la iglesia (que tambien era muy escogida) díjole una mujer, que ¿qué habia? Ella le dijo, que habia tanto que procuraba hablar á aquel Padre, y que no tenia remedio, que estaba á la sazón confesando. Ella llevóla allá, y rogóle que oyese aquella doncella, y ansí se vino á confesar generalmente con él. El como vió alma tan rica, consolóse mucho, y consolóla con decirla que podria ser fuesen monjas descalzas, y que él haria que la tomasen luego; y ansí fue, que lo primero que me mandó fue, que fuese ella la primera que recibiese, porque él estaba satisfecho de su alma, y ansí se le dijo á ella. Cuando íbamos, puso mucho en que no lo supiesen sus padres, porque no tuviera remedio de entrar. Y ansí al mismo dia de la santísima Trinidad dejó unas mujeres que iban con ella, que para confesarse no iba su madre, y era léjos el monasterio de los descalzos á donde siempre se confesaba, y hacia mucha limosna, y sus padres por ella. Tenia concertado con una muy sierva de Dios, que la llevase, y dice á las mujeres que iban con ella (que era muy conocida aquella mujer por sierva de Dios en Sevilla, que hacia grandes obras) que

luego vernia y ansí la dejaron. Toma su hábito y manto de jerga, que yo no sé cómo se pudo menear, sino con el contento que llevaba todo se hizo poco. Solo temia, si la habian de estorbar y conocer como iba cargada, que era muy fuera de como ella andaba. ¡Qué hace el amor de Dios! Como ya no tenia honra, ni se acordaba sino de que no impidiesen su deseo, luego la abrimos la puerta. Yo lo envié á decir á su madre; ella vino como fuera de sí, mas dijo, que ya veia la merced que Dios hacia á su hija; y aunque con fatiga lo pasó, no con extremos de no hablarla como otras hacen, antes en un ser nos hacia grandes limosnas.

Comenzó á gozar de su contento tan deseado la esposa de Jesucristo, tan humilde y amiga de hacer cuanto habia, que teniamos harto que hacer en quitarle la escoba: estando en su casa tan regalada, todo su descanso era trabajar. Con el contento grande, fue mucho lo que luego engordó. Esto se le dijo á sus padres de manera, que ya no se holgaban de verla allí.

Al tiempo que hubo de profesar, dos ó tres meses antes (porque no gozase tanto bien sin padecer) tuvo grandísimas tentaciones, no porque ella se determinase á no la hacer, mas pareciale cosa muy recia: olvidados todos los años que habia padecido por el bien que tenia, la traia el demonio tan atormentada, que no se podia valer. Con todo, haciéndose grandísima fuerza, le venció de manera, que en mitad de los tormentos concertó su profesion. Nuestro Señor, que no debia de aguardar á mas de probar su fortaleza, tres dias antes de la profesion la visitó y consoló muy particularmente, y hizo huir al demonio. Quedó tan consolada, que parecia aquellos tres dias que estaba fuera de sí de contenta, y con mucha razon, porque la merced habia sido grande. Dende á pocos dias que entró en el monasterio, murió su padre, y su madre tomó el hábito en el mesmo monasterio, y le dió todo lo que tenia en limosna; y están con grandísimo contento madre y hija, y edificacion de todas las monjas, sirviendo á quien tan gran merced les hizo. Aun no pasó un año, cuando se vino otra doncella harto sin voluntad de sus padres, y ansí va el Señor poblando esta su casa de almas tan deseosas de servirle, que ningun rigor se les pone delante, ni encerramiento. Sea por siempre jamás bendito y alabado por siempre jamás. Amen.

CAPÍTULO XXVII

En que trata de la fundacion de la villa de Caravaca: pásase el santísimo Sacramento dia de año nuevo del mesmo año de 1570. Es la vocacion del glorioso San Josef.

Estando en San Josef de Avila, para partirme á la fundacion que queda dicha de Veas, que no saltaba sino aderezar en lo que habiamos de ir, llega un mensajero propio que le enviaba una señora de allí, llamada doña Catalina, porque se habian ido á su casa desde un sermon que oyeron á un Padre de la Compañía de Jesús tres doncellas, con la determinacion de no salir hasta que se fundase un monasterio en el mesmo lugar. Debia de ser cosa que tenian tratada con esta señora, que es la que les ayudó para la fundacion. Era de los mas principales caballeros de aquella villa. La una tenia padre, llamado Rodrigo de Moya, muy gran siervo de Dios, y de mucha prudencia. Entre todas tenian bien para pretender semejante obra. Tenian noticia desta que ha hecho Nuestro Señor en fundar estos monasterios, que se la habian dado Padres de la Compañía de Jesús, que siempre han favorecido y ayudado á ella.

Yo, como ví el deseo y hervor de aquellas almas, y que de tan lejos iban á buscar la órden de Nuestra Señora, hízome devocion, y púsome deseo de ayudar á su buen intento, é informada que era cerca de Veas, llevé mas compañía de monjas de las que llevaba, porque (segun las cartas) me pareció que no se dejaria de concertar, con intento de en acabando la fundacion de Veas ir allá.

Mas como el Señor tenia determinado otra cosa, aprovecharon poco mis trazas (como queda dicho en la fundacion de Sevilla) que trajeron la licencia del Consejo de las órdenes, de manera, que aunque ya estaba determinada á ir, se dejó. Verdad es, que como yo me informé en Veas, de á dónde era, y ví ser tan á tras mano, y de allí allá tan mal camino, que habian de pasar trabajo los que fuesen á visitar las monjas, y que á los perlados se les haria de mal, tenia bien poca gana de ir á fundarle. Mas porque habia dado buenas esperanzas,

pedí al P. Julian de Avila y á Antonio Gaytan, que fuesen allá para ver qué cosa era, y si les pareciese, lo deshiciesen. Hallaron el negocio muy tibio, no de parte de las que habian de ser monjas, sino de doña Catalina, que era el todo del negocio, y las tenia en un cuarto por sí, ya como cosa de recogimiento.

Las monjas estaban tan firmes, en especial las dos, (digo las que lo habian de ser) que supieron tan bien granjear al P. Julian de Avila y á Antonio Gaytan, que antes que se vinieron dejaron hechas las escrituras, y se vinieron dejándolas muy contentas, y ellos lo vinieron tanto dellas y de la tierra, que no acababan de decirlo, tambien como del mal camino. Yo, como lo vi ya concertado y que la licencia tardaba, torné á enviar allá al buen Antonio Gaytan (que por amor de mí todo el trabajo pasaba de buena gana) y ellos tenian aficion á que la fundacion se hiciese; porque á la verdad, se les puede á ellos agradecer esta fundacion, porque si no fueran allá y lo concertaran, yo pusiera poco en ella. Díjele que fuese para que pusiese torno y redes á donde se habia de tomar la posesion, y estar las monjas hasta buscar casa á propósito. Así estuvo allá muchos dias, que la de Rodrigo de Moya (que como he dicho, era padre de la una destas doncellas, le dió parte de su casa) de muy buena gana estuvo allí muchos dias haciendo esto. Cuando trajeron la licencia y yo estaba ya para partirme allá, supe que venia en ella, que fuese la casa sujeta á los comendadores y las monjas les diesen la obediencia: lo que yo no podia hacer, por ser la órden de Nuestra Señora del Cármen; y así tornaron de nuevo á pedir la licencia: que en esta y en la de Veas no hubiera remedio. Mas hízome tanta merced el rey, que en escribiéndole yo, mandó que se diese, que es al presente D. Felipe II, tan amigo de favorecer los religiosos que entiende que guardan su profesion, que (como hubiese sabido la manera del proceder destos monasterios, y ser de la primera regla) en todo nos ha favorecido: y así, hijas, os ruego yo mucho, que siempre se haga particular oracion por su Majestad, como ahora la hacemos. Pues como se hubo de tornar por la licencia, partíme yo para Sevilla por mandato del Padre provincial que era entonces, y es ahora el Padre maestro fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, (como queda dicho) y estuviéronse las pobres

doncellas encerradas hasta el dia de año nuevo adelante. Y cuando ellas enviaron á Avila era por febrero: la licencia luego se trajo con brevedad; mas como yo estaba tan lejos y con tantos trabajos, no podia remediarlas, y habíalas harta lástima; porque me escribian muchas veces con mucha pena: y ansí ya no se sufría detenerlas mas.

Como ir yo era imposible, y ansí por estar léjos, como por no estar acabada aquella fundacion, acordó el P. M. Fr. Gerónimo Gracian, que era visitador apostólico, como está dicho, que fuesen las monjas que allí habian de fundar (aunque no fuese yo) que se habian quedado en San Josef de Malagon.

Procuré que fuese priora de quien yo confiaba lo haria muy bien (porque es harto mejor que yo), y llevando todo recaudo, se partieron con dos padres descalzos de los nuestros, que ya el P. Julian de Avila y Antonio Gaytan habia dias que se habian tornado á sus tierras; y por ser tan lejos no quise viniesen, y tan mal tiempo, que era en fin de diciembre. Llegadas allá, fueron recibidas con gran contento del pueblo, en especial de las que estaban encerradas. Fundaron el monasterio, poniendo el santísimo Sacramento dia del nombre de Jesús, año de 1576. Luego tomaron las dos hábito; la otra tenia mucho humor de melancolía, y debíale de hacer mal estar encerrada, cuanto mas tanta estrechura y penitencia: acordó de tornarse á su casa con una hermana suya. Mirad, mis hijas, los juicios de Dios y la obligacion que tenemos de servirle las que nos ha dejado perseverar hasta hacer profesion, y quedar para siempre en la casa de Dios, y por hijas de la Vírgen, que se aprovechó su Majestad de la voluntad desta doncella y de su hacienda, y al tiempo que habia de gozar de lo que tanto habia deseado, faltóle la fortaleza, y sujetóla el humor, á quien muchas veces, hijas, echamos la culpa de nuestras imperfecciones y mudanzas.

Plega á su Majestad que nos dé abundantemente su gracia, que con esto no habrá cosa que nos ataje los pasos para ir siempre adelante en su servicio, y que á todas nos ampare y favorezca, para que no se pierda por nuestra flaqueza un tan gran principio, como ha sido servido que comience en unas mujeres tan miserables como nosotras. En su nombre os pido, hermanas y hijas mias, que siempre lo pidais á Nuestro Señor, y que cada una haga cuenta (de las que vinieren) que en ella

torna á comenzar esta primera regla de la órden de la Vírgen Nuestra Señora, y en ninguna manera se consienta en nada relajacion. Mirad que de muy pocas cosas se abre puerta para muy grandes, y que sin sentirlo se os irá entrando el mundo. Acordaos con la pobreza y trabajo que se ha hecho lo que vosotras gozais con descanso; y si bien lo advertis, vereis que estas cosas en parte no las han fundado hombres las mas dellas, sino la mano poderosa de Dios, y que es muy amigo su Majestad de llevar adelante las obras que él hace, sino queda por nosotras. ¿De donde pensais que tuviera poder una mujercilla como yo, para tan grandes obras, sujeta, sin solo un maravedí, ni quien con nada me favoreciese? Que este mi hermano que ayudó en la fundacion de Sevilla, que tenía algo y ánimo, y buena alma para ayudar algo, estaba en las Indias.

Mirad, mirad, mis hijas, la mano de Dios. Pues no seria por ser de sangre ilustre el hacerme honra; de todas cuantas maneras lo querais mirar, entenderéis ser obra suya. No es razon que nosotras la disminuyamos en nada, aunque nos costase la vida, la honra y el descanso, cuanto y mas que todo lo tenemos aquí junto; porque vida es vivir de manera que no se tema la muerte, ni todos los sucesos de la vida, y estar con esta ordinaria alegría, que ahora todas traeis, y esta prosperidad que no puede ser mayor, que es no temer la pobreza, antes desearla. ¿Pues á qué se puede comparar la paz interior y exterior con que siempre andais? En vuestra mano está vivir y morir con ella, como veis que mueren las que hemos visto morir en estas casas. Porque si siempre pedís á Dios lo lleve adelante, y no fiais nada de vosotras, no os negará su misericordia, si teneis confianza en él, y ánimos animosos, que es muy amigo su Majestad desto. No haya miedo que os falte nada: nunca dejeis de recibir las que vinieren á ser monjas (como os contenten sus deseos y talentos, y que no sea por solo remediarse, sino por servir á Dios con mas perfecion) porque no tengan bienes de fortuna, si los tienen de virtudes; que por otra parte remediará Dios lo que por esta os habiades de remediar con el diablo. Gran experiencia tengo dello: bien sabe su Majestad que (á cuanto me puedo acordar) jamás he dejado de recibir á ninguna por esta falta, como me contentase lo demás. Testigos son las muchas que están recibidas solo por Dios, como vosotras sabeis. Y puédoos certificar, que no me

daba tan gran contento cuando recibia á la que traia mucho, como á las que tomaba solo por Dios; antes las habia miedo, y las pobres me dilataban el espíritu, y daba un gozo tan grande, que me hacia llorar de alegría: esto es verdad. Pues si cuando estaban las casas por comprar, y por hacer, nos ayudó tambien con esto, despues de tener á donde vivir, ¿por qué no se ha de hacer? Creedme, hijas, que por donde pensais acrecentar, perderéis. Cuando la que viene lo tuviere, no teniendo otras obligaciones, como lo ha de dar á otros que no lo han por ventura menester, bien es que os lo dé en limosna; que yo confieso que me pareceria desamor si esto no hicieran. Mas siempre tened delante á que la que entrare haga de lo que tuviere conforme á lo que la aconsejaren letrados, que es mas servicio de Dios; porque harto mal seria que pretendiésemos bien de ninguna que entra, sino yendo por este fin. Mucho mas ganamos en que ella haga lo que debe á Dios (digo con mas perfecion) que en cuanto puede traer, pues no pretendemos todas otra cosa, ni Dios nos dé tal lugar, sino que sea su Majestad servido en todo y por todo. Y aunque yo soy miserable y ruin, para honra y gloria suya lo digo, y para que os holgueis de cómo se han fundado estas casas suyas; que nunca en negocios dellas, ni en cosa que se me ofreciese para esto, si pensara no salir con ninguna, sino era torciendo en algo este intento, en ninguna manera hiciera cosa, ni la he hecho (digo en estas fundaciones) que yo entendiese torcia de la voluntad del Señor un punto, conforme á lo que me aconsejaban mis confesores, que siempre han sido después que ando en esto grandes letrados y siervos de Dios, como sabeis, ni que me acuerde llegó jamás á mi pensamiento otra cosa.

Quizá me engaño, y habré hecho muchas que no entienda, é imperfecciones serán sin cuento. Esto sabe Nuestro Señor, que es verdadero Juez (á cuanto yo he podido entender de mí, digo), y tambien veo muy bien que no venia esto de mí, sino de querer Dios se hiciese esta obra, y como cosa suya me favorecia y hacia esta merced: que para este propósito lo digo, hijas mias, de que entendais estar mas obligadas, y sepais que no se han hecho con agraviar á ninguno hasta ahora. Bendito sea el que todo lo ha hecho, y despertado la caridad de las personas que nos han ayudado. Plega á su Majestad que siem-

pre nos ampare y dé gracia para que no seamos ingratas á tantas mercedes. Amen.

Ya habeis visto, hijas, que se han pasado algunos trabajos (aunque creo son los menos los que he escrito, porque si se hubieran de decir por menudo, era gran cansancio (ansí de los caminos, como con aguas y nieves, y con perderlos, y sobre todo muchas veces con tan poca salud, que alguna me

acaeció (no sé si lo he dicho) que era en la primera jornada que salimos de Malagon para Veas, que iba con calentura y tantos males juntos, que me pareció, mirando lo que tenía por andar, y viéndome ansí, acordarme de nuestro padre Elías, cuando iba huyendo de Jezabel, y decir: Señor, ¿cómo tengo yo de poder sufrir esto? Miradlo Vos. Verdad es, que como su Majestad me vió tan flaca, repentinamente me quitó la calentura y el mal, tanto que hasta despues que he caido en ello, pensé que era porque habia entrado allí un siervo de Dios clérigo (y quizá sería ello), al menos fué repentinamente quitarme el mal exterior é interior. En teniendo salud, con alegría pasaba los trabajos corporales, pues el llevar condiciones de muchas personas, que era menester en cada pueblo, no se trabaja poco; y

en dejar las hijas y hermanas mias, cuando me iba de una parte á otra, yo os digo, que como yo las amo tanto, que no ha sido la mas pequeña cruz, en especial cuando pensaba que no las habia de tornar á ver, y veia su gran sentimiento y lágrimas, que aunque están de otras cosas desasidas, esta no se lo ha dado Dios, por ventura para que me fuese á mí mas tormento, que tampoco lo estoy dellas, aunque me esforzaba todo lo que podia para no se lo mostrar, y las reñia; mas poco me aprovechaba, que es grande el amor que me tienen, y bien se ve en muchas cosas ser verdadero. Tambien habeis oido como era, no solo con licencia de nuestro reverendísimo Padre General, sino dada debajo de precepto ó mandamiento después; y no solo esto, sino que cada casa que se fundaba, me escribia recibir grandísimo contento, habiendo fundado las dichas, que cierto el mayor alivio que yo tenia en los trabajos era ver el contento que á él le daba, por parecerme que en dársele servia á Nuestro Señor, por ser mi perlado, y dejado de eso yo le amo mucho.

Ó es que su Majestad fué servido de darme ya algun descanso, ó que al demonio le pesó porque se hacian tantas casas á donde se servia Nuestro Señor. Bien se ha entendido no fue por voluntad de nuestro Padre General, porque me habia escrito (suplicándole yo no me mandase ya fundar mas casas) que no lo haria, porque deseaba fundase tantas como tengo cabellos en la cabeza, y esto no habia muchos años. Antes que me viniese de Sevilla de un capítulo general que se hizo, y donde parece se habia de tener en servicio lo que se habia acrecentado la órden, tràenme un mandamiento dado en el difinitorio, no solo para que no fundase mas, sino para que por ninguna via saliese de la casa que eligiese para estar, que es como manera de cárcel. Porque no hay monjas que para cosas necesarias al bien de la órden no las pueda mandar ir el provincial de una parte á otra (digo de un monasterio á otro), y lo peor era estar disgustado conmigo nuestro Padre General, que era lo que á mí me daba pena, harto sin causa, sino con informaciones de personas apasionadas. Con esto me dijeron otras dos cosas de testimonios bien graves que me levantaban.

Yo os digo, hermanas, (para que veais la misericordia de Nuestro Señor, y como no desampara su Majestad á quien desea servirle) que no solo no me dió pena, sino un gozo tan

accidental, que no cabia en mí, de manera que no me espanto de lo que hacia el rey David cuando iba delante del arca del Señor; porque no quisiera yo entonces hacer otra cosa, segun el gozo, que no sabia como le encubrir. No sé la causa, porque en otras grandes murmuraciones y contradiciones en que me he visto, no me acaeció tal, mas al menos la una cosa destas que me dijeron era gravísima. Que esto de no fundar, si no era por el disgusto del reverendísimo General, era gran descanso para mí, y cosa que yo deseaba muchas veces acabar la vida en sosiego; aunque no pensaban esto los que lo procuraban, sino que me hacian el mayor pesar del mundo, (y otros buenos intentos ternian quizá). Tambien algunas veces me daban contento las grandes contradiciones y dichos que en este andar á fundar ha habido, con buena intencion unos, otros por otros fines; mas tan gran alegria como desto sentí, no me acuerdo por trabajo que me venga haberla sentido. Que yo confieso, que en otro tiempo cualquiera cosa de las tres que me vinieron juntas, fuera harto trabajo para mí. Creo fué mi gozo principal, parecerme que pues las criaturas me pagaban ansí, que tenia contento al Criador. Porque tengo entendido que el que le tomare por cosas de la tierra ó dichos de alabanzas de los hombres, está muy engañado, dejado de la poca ganancia que en esto hay: una cosa les parece hoy, otra mañana: de lo que una vez dicen bien, presto tornan á decir mal. Bendito seais Vos, Dios y Señor mio, que sois inmutable por siempre jamás. Amen. Quien os sirviere hasta la fin, vivirá sin fin en vuestra eternidad.

Comencé á escribir estas fundaciones por mandado del Padre M. Ripalda de la Compañía de Jesús (como dije al principio), que era entonces el rector del colegio de Salamanca, con quien yo entonces me confesaba. Estando en el monasterio del glorioso San Josef, que está allí, año de mil y quinientos y setenta y tres, escribí algunas dellas, y con las muchas ocupaciones habíalas dejado, y no queria pasar adelante por no me confesar ya con el dicho, á causa de estar en diferentes partes; y tambien por el gran trabajo y trabajos que me cuesta lo que he escrito, (aunque como ha sido siempre mandado por obediencia, yo los doy por bien empleados) estando muy determinada á esto, me mandó el Padre comisario apostólico (que es ahora el M. Fr. Gerónimo Gracian de la Madre de Dios) que

las acabase. Diciéndole yo el poco lugar que tenía, y otras cosas que se me ofrecieron, (que como ruin obediente le dije) porque tambien se me hacía gran cansancio sobre otros que tenía, con todo me mandó que poco á poco, ó como pudiese, las acabase; ansí lo he hecho, sujetándome en todo á que quiten los que entienden lo que es mal dicho. Que por ventura lo que á mí me parece mejor, irá mal. Hase acabado hoy víspera de san Eugenio, á catorce dias del mes de noviembre, año de mil quinientos y setenta y seis, en el monasterio de San Josef de Toledo, á donde ahora estoy por mandado del Padre comisario apostólico el maestro fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios á quien ahora tenemos por perlado de descalzos y descalzas de la primitiva regla, siendo tambien visitador de los de la mitigada de la Andalucía, á gloria y honra de Nuestro Señor Jesucristo, que reina para siempre. Amen.

Por amor de Nuestro Señor pido á las hermanas y hermanos que esto leyeren, me encomienden á Nuestro Señor, para que haya misericordia de mí, y me libre de las penas del purgatorio, y me deje gozar de sí, si hubiere merecido estar en él: pues mientras fuere viva, no lo habeis de ver, séame alguna ganancia para despues de muerta lo que me he cansado en escribir esto, y el gran deseo con que lo he escrito de acertar á decir algo que os dé consuelo, si tuvieren por bien que lo leais.

CAPITULO XXVIII

De la fundacion de Villanueva de la Xara

Acabada la fundación de Sevilla, cesaron las fundaciones por mas de cuatro años: la causa fue, que comenzaron grandes persecuciones muy de golpe á los descalzos y descalzas, que aunque ya habia habido hartas, no en tanto extremo, que estuvo á punto de acabarse todo. Mostróse bien lo que sentia el demonio este santo principio que Nuestro Señor habia comenzado, y ser obra suya, pues fue adelante. Padecieron mucho los descalzos, en especial las cabezas, de graves testimonios y contradiciones de cási todos los Padres calzados. Estos

informaron á nuestro reverendísimo Padre General, de manera, que (con ser muy santo, y el que habia dado la licencia para que se fundasen todos los monasterios, fuera de San Josef de Avila, que fue el primero, que este se hizo, con licencia del Papa) le pusieron de suerte, que ponia mucho porque no pasasen adelante los descalzos (que con los monasterios de las monjas siempre estaba bien) y porque yo ayudaba á esto, le pusieron desabrido conmigo, que fue el mayor trabajo que yo he pasado en estas fundaciones, aunque he pasado hartos. Porque dejar de ayudar á que fuese adelante obra, á donde yo claramente veia servirse Nuestro Señor, y acrecentarse nuestra órden, no me lo consentian muy grandes letrados, con quien yo me confesaba, y aconsejaba, é ir contra lo que veia queria mi perlado, érame una muerte; porque dejada la obligacion que le tenia por serlo, amábale muy tiernamente, y debíaselo bien debido. Verdad es, que aunque yo quisiera en esto darle contento, no podia por haber visitadores apostólicos, á quien forzado habia de obedecer. Murió un Nuncio santo, que favorecia mucho la virtud y ansí estimaba los descalzos. Vino otro, que parecia le habia enviado Dios para ejercitarnos en padecer: era algo deudo del Papa, y debe ser siervo de Dios, sino que comenzó á tomar muy á pechos favorecer á los calzados, y conforme á la informacion que le hacian de nosotros, enteróse mucho en que era bien no fuesen adelante estos principios, y ansí comenzó á ponerlo por obra con grandísimo rigor, condenando á los que le pareció lo podrian resistir, encarcelándolos, desterrándolos.

Los que mas padecieron fue el P. Fr. Antonio de Jesús, que es el que comenzó el primer monasterio de descalzos, y el P. Pr. Gerónimo Gracian, á quien habia hecho el Nuncio pasado visitador apostólico de los del paño con el cual fue grande el disgusto que tuvo, y con el P. Mariano de San Benito. Destos padres he dicho ya quienes son en las fundaciones pasadas: otros de los mas graves penitenció, aunque no tanto. A estos ponia muchas censuras, que no tratasen de ningun negocio: bien se entendia venir todo de Dios, y que lo permitia su Majestad para mayor bien y para que fuese mas entendida la virtud destos Padres, como lo ha sido. Puso perlado del paño para que visitase nuestros monasterios de monjas y de los frailes, que á haber lo que él pensaba, fuera harto

trabajo, y ansí se pasó grandísimo, como se escribirá de quien lo sepa mejor que yo decir. No hago sino tocar en ello para que entiendan las monjas que vinieren, cuán obligadas están á llevar adelante la perfección, pues hallan llano lo que tanto ha costado á las de ahora, que algunas dellas han padecido muy mucho en estos tiempos de grandes testimonios, que me lastimaba á mí muy mucho mas de lo que yo pasaba, que esto antes me era gran gusto. Pareciame ser yo la causa de toda esta tormenta, y que si me echasen en la mar como á Jonás, cesaria la tempestad. Sea Dios alabado, que favorece la verdad. Y ansí sucedió en esto, que como nuestro católico rey D. Felipe supo lo que pasaba, y estaba informado de la vida y religion de los descalzos, tomó la mano á favorecernos de manera que no quiso juzgase solo el Nuncio nuestra causa, sino dióle cuatro acompañados, personas graves, y las tres religiosas, para que se mirase bien nuestra justicia. Era el uno dellos el Padre maestro fray Pedro Fernandez, persona de muy santa vida, y grandes letras y entendimiento: habia sido comisario apostólico y visitador de los del paño de la provincia de Castilla, á quien los descalzos estuvimos tambien sujetos, y sabia bien la verdad de cómo vivian los unos y los otros, que no deseábamos todos otra cosa sino que esto se entendiese. Y ansí en viendo yo que el rey le había nombrado, dí el negocio por acabado, como por la misericordia de Dios lo está. Plegue á su Majestad sea para honra y gloria suya. Aunque eran muchos los señores del reino y obispos que se daban priesa de informar de la verdad al Nuncio, todo aprovechaba poco, si Dios no tomara por medio al rey.

Estamos todas, hermanas, muy obligadas á siempre en nuestras oraciones encomendarle á Nuestro Señor, y á los que han favorecido su causa y la de la Virgen Nuestra Señora; ansí os lo encomiendo mucho. Ya veréis, hermanas, el lugar que habia para fundar: todas nos ocupábamos en oraciones y penitencias sin cesar, para que lo fundado llevase Dios adelante, si se habia de servir de ello.

En el principio destos grandes trabajos, que dichos tan en breve os parecerán poco, y padecidos tanto tiempo ha sido muy mucho; estando yo en Toledo, que venia de la fundacion de Sevilla año de 1576, me llevó cartas un clérigo de Villanueva de la Xara, del ayuntamiento de este lugar, que iba á

negociar conmigo admitiese para monasterio nueve mujeres, que se habian entrado juntas en una ermita de la gloriosa santa Ana que habia en aquel pueblo, con una casa pequeña cabe ella, algunos años habia, y vivian con tanto recogimiento y santidad, que convidaba á todo el pueblo á procurar cumplir sus deseos, que eran ser monjas. Escribióme tambien un doctor, cura que es deste lugar, llamado Agustin de Ervias, hombre docto y de mucha virtud. Esta le hacia ayudar cuanto podia á esta santa obra. A mí me pareció cosa que en ninguna manera convenia admitirla por estas razones. La primera, por ser tantas, y pareciame ser cosa muy dificultosa, mostradas á su manera de vivir, acomodarse á la nuestra. La segunda, porque no tenia casi nada para poderse sustentar, y el lugar no es poco mas de mil vecinos, que para vivir de limosna, es poca ayuda, y aunque el ayuntamiento se ofreció á sustentarlas, no me parecia cosa durable. La tercera, que no tenia casa. La cuarta, estar léjos de estotros monasterios. Y aunque me decian eran muy buenas, como no las habia visto, no podia entender si tenian los talentos que pretendemos en estos monasterios. Y así me determiné á despedirlo del todo. Para esto quise primero hablar á mi confesor, que era el doctor Velazquez, canónigo y catedrático de Toledo, hombre muy letrado y virtuoso, que ahora es obispo de Osma; por siempre tengo de costumbre no hacer cosa por mi parecer, sino de personas semejantes. Como vió las cartas y entendió el negocio, díjome que no le despidiese, sino que respondiese bien, porque cuando tantos corazones juntaba Dios en una cosa, se entendia se habia de servir della. Yo lo hice así, que ni lo admití del todo, ni lo despedí. En importunar por ello, y procurar personas por quien yo le hiciese, se pasó hasta este año de 1580, con parecerme siempre que era desatino admitirlo. Cuando respondia, nunca podia responder del todo mal.

Acertó á venir á cumplir su destierro el P. Fr. Antonio de Jesús al monasterio de Nuestra Señora del Socorro, que está tres leguas deste lugar de Villanueva, y viniendo á predicar á él, y el prior deste monasterio, que al presente es el P. fray Gabriel de la Asuncion, persona muy avisada y siervo de Dios, venia tambien mucho al mesmo lugar, que eran muy amigos del Dr. Ervias, y comenzaron á tratar con estas santas hermanas, y aficionados de su virtud, y persuadidos del

pueblo y del doctor, tomaron este negocio por propio, y comenzaron á persuadirme con mucha fuerza con cartas; y estando yo en San Josef de Malagon (que es veinte y seis leguas y mas de Villanueva) fué el mesmo Padre prior á hablarme sobre ello, dándome cuenta de lo que se podia hacer, y como después de hecho daria el Dr. Ervias trescientos ducados de renta sobre la que él tiene de su beneficio: que se procurase de Roma. Esto se me hizo muy incierto, pareciéndome habria flojedad después de hecho, que con lo poco que ellas tenian bien bastaba; y ansi dije muchas razones al Padre prior, para que viese no convenia hacerse, y á mi parecer bastantes, y dije que lo mirase mucho él y el P. Fr. Antonio, que yo lo dejaba sobre su conciencia, pareciéndome que lo que yo les decia bastaba para no hacerse. Después de ido consideré cuán aficionado estaba á ello, y que habia de persuadir al perlado que ahora tenemos, que es el M. Fr. Angel de Salazar, para que lo admitiese, y dime mucha priesa á escribirle, suplicándole que no diese esta licencia, diciéndole las causas, y segun él después me escribió, no la habia querido dar, sino pareciéndome á mi bien.

Pasaron como mes y medio (no sé si algo mas); cuando ya pensé lo tenia estorbado, enviáronme un mensajero con cartas del ayuntamiento, donde se obligaban que no les faltaria lo que hubiesen menester, y el Dr. Ervias, á lo que tengo dicho, y cartas destos dos reverendos Padres con mucho encarecimiento. Era tanto lo que yo temia el admitir tantas hermanas, pareciéndome habia de haber algun bando contra las que fuesen, como suele acaecer, y tambien en no ver cosa segura para su mantenimiento, porque lo que ofrecian no era cosa que hacia fuerza, que con haberme el Señor dado animo, me tenia con tanta pusilanimidad entonces, que no parece confiaba nada de Dios. Mas las oraciones de aquellas benditas almas, en fin, pudieron mas.

Acabando un dia de comulgar y estándolo encomendando á Dios (como hacia muchas veces) que lo que me hacia responderlos antes bien, era temer si estorbaba algun aprovechamiento de algunas almas (que siempre mi deseo es ser algun medio para que se alabase Nuestro Señor, y hubiese mas quien le sirviese), me hizo su Majestad una gran represion, diciéndome: *Que con qué tesoros se habia hecho lo que estaba hecho*

hasta aquí? que no dudase de admitir esta casa, que sería para mucho servicio suyo y aprovechamiento de las almas. Como son tan poderosas estas palabras de Dios, que no solo las entiende el entendimiento, sino que le alumbra para entender la verdad y dispone la voluntad para querer obrarlo; así me acaeció á mí, que no solo gusté de admitirlo, sino que me pareció había sido culpa tanto detenerme y estar tan asida á razones humanas, pues tan sobre razon he visto lo que su Majestad ha obrado por esta sagrada religion. Determinada en admitir esta fundacion, me pareció ir yo con las monjas que en ella habian de quedar, por muchas cosas que se me representaron, aunque el natural sentia mucho, por haber venido bien mala hasta Malagon, y andarlo siempre. Mas pareciéndome se serviria Nuestro Señor, lo escribí al perlado para que me mandase lo que mejor le pareciese, el cual envió la licencia para la fundacion y precepto para que me hallase presente, y llevase las monjas que me pareciese, que me puso en harto cuidado, por haber de estar con las que allá estaban. Encomendándolo mucho á Nuestro Señor, saqué dos del monasterio de San Josef de Toledo, la una para priora; y dos del de Malagon, y la una para superiora: y como tanto se había pedido á su Majestad, acertóse muy bien, que no lo tuve en poco; porque en las fundaciones que de solas nosotras comienzan, todo se acomoda bien.

Vinieron por nosotras el P. Fr. Antonio de Jesús, y el P. prior Fr. Gabriel de la Asuncion. Dado todo recaudo del pueblo, partimos de Malagon, sábado antes de cuaresma, á trece de febrero, año de 1580. Fue Dios servido de hacer tan buen tiempo y darme tanta salud, que parecia nunca haber tenido mal: que yo me espantaba, y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca disposicion, cuando entendemos se sirve el Señor, por contradicion que se nos ponga delante, pues es poderoso de hacer de los flacos fuertes, y de los enfermos sanos; y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos los ojos por su honra y gloria, olvidarnos á nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud sino para perderla por tan gran Rey y Señor? Creedme, hermanas, que jamás os irá mal en ir por aquí. Yo confieso que mi ruindad y flaqueza muchas veces me ha hecho temer y dudar; mas no me acuerdo ninguna, después que el Señor me

dió hábito de descalza, ni algunos años antes, que no me hiciese merced (por su sola misericordia) de vencer estas tentaciones, arrojarme á lo que entendia era mayor servicio suyo, por dificultoso que fuese: bien claro entiendo que era poco lo que hacia de mi parte, mas no quiero mas Dios desta determinacion, para hacerlo todo de la suya. Sea por siempre bendito y alabado. Amen.

Habíamos de ir al monasterio de Nuestra Señora del Socorro, que ya queda dicho está tres leguas de Villanueva, y detenernos allí para avisar como íbamos, que lo tenían así concertado, y no era razon obedeciese á estos padres con quien íbamos en todo. Está esta casa en un desierto y soledad harto sabrosa, y como llegamos cerca salieron los frailes á recibir á su prior con mucho concierto: como iban descalzos y con sus capas pobres de sayal, hiciéronnos á todos devocion, y á mí me enterneció mucho, pareciéndome estar en aquel florido tiempo de nuestros Santos Padres. Parecíanme en aquel tiempo unas flores blancas olorosas, y así creo yo lo son á Dios, porque á mi parecer es allí servido muy á las veras. Entraron en la iglesia con un *Te Deum*, y voces muy mortificadas. La entrada della es debajo de tierra, como por una cueva, que representaba la de nuestro padre Elías. Cierto yo iba con tanto gozo interior, que diera por muy bien empleado mas largo camino, aunque me hizo harta lástima ser ya muerta la santa por quien Nuestro Señor fundó esta casa, que no merecí verla, aunque lo deseé mucho.

Paréceme no será cosa ociosa tratar aquí algo de su vida, y por los términos que Nuestro Señor quiso se fundase allí este monasterio, que tanto provecho ha sido para muchas almas de los lugares de alrededor, segun soy informada, y para que viendo la penitencia desta santa, veais mis hermanas, cuán atrás quedamos nosotras, y os esforceis para de nuevo servir á Nuestro Señor, pues no hay por qué seamos para menos, pues no venimos de gente tan delicada y noble; que aunque esto no importe, dígolo porque habia tenido vida regalada, conforme á quien era, que venía de los duques de Cardona, y y así se llamaba ella doña Catalina de Cardona. Despues de algunas veces que me escribió, solo firmaba: *la Pecadora*. De su vida antes que el Señor la hiciese tan grandes mercedes, dirán los que escribieren su vida, y mas particularmente lo

mucho que hay que decir de ella: por si no llegara á vuestra noticia, diré aquí lo que me han dicho muchas personas que la trataban, y dignas de creer. Estando esta santa entre personas, y señora de mucha calidad, siempre tenia mucha cuenta con su alma, y hacia penitencia. Creció tanto el deseo della, y de irse á donde sola pudiese gozar de Dios, y emplearse en hacer penitencia, sin que ninguno la estorbase.

Esto trataba con sus confesores, y no se lo consentian. Que como está ya el mundo tan puesto en discusion, y casi olvidadas las grandes mercedes que hizo Dios á los Santos y Santas que en los desiertos le sirvieron, no me espanto les pareciese

desatino; mas como no deja su Majestad de favorecer á los verdaderos deseos para que se pongan en obra, ordenó que se viniese á confesar con un Padre francisco, que llaman fray Francisco de Torres, á quien yo conocí muy bien, y le tengo por santo, y con grande hervor de penitencia y oracion há mu-

chos años que vive, y con hartas persecuciones. Debe bien saber la merced que Dios hace á los que se esfuerzan á recibirla, y ansí le dijo, que no se detuviese, sino que siguiese el llamamiento que su Majestad le hacia (no sé si lo fueron estas las palabras), mas entiéndese, pues luego lo puso por obra.

Descubrióse á un ermitaño que estaba en Alcalá, y rogóle se fuese con ella, sin que jamás lo dijese á ninguna persona, y aportaron á donde está este monasterio, donde halló una covezuela que apenas cabia, aquí la dejó. Mas ¡qué amor debia llevar! pues ni tenia cuidado de lo que habia de comer, ni los peligros que le podian suceder, ni la infamia que podia haber, cuando no pareciese. ¡Qué borracha habia de ir esta santa alma, embebida en que ninguno la estorbase de gozar de su Esposo, y determinada de no querer mas mundo, pues ansí huia de todos sus contentos! Consideremos esto bien, hermanas, y miremos como de un golpe lo venció todo; porque aunque no sea menos lo que vosotras haceis en entraros en esta sagrada religion, y ofrecer á Dios vuestra voluntad, y profesar tan contino encerramiento, no sé si se pasan estos hervores del principio en algunas, y tornamos á sujetarnos en algunas cosas de nuestro amor propio. Plegue á la divina Majestad que no sea ansí, sino que ya que remedamos á esta santa en querer huir del mundo, estemos en todo muy fuera dél en lo interior.

Muchas cosas he oido de la grande aspereza de su vida, y débese de saber lo menos; porque en tantos años como estuvo en aquella soledad con tan grandes deseos de hacerla (no habiendo quien á ello le fuese á la mano) terriblemente debia de tratar su cuerpo. Diré lo que á ella mesma oyeron algunas personas, y las monjas de San Josef de Toledo adonde ella entró á verlas, y como con hermanas hablaba con llaneza, y ansí lo hacia con otras personas porque era grande su sencillez, y debíalo de ser la humildad. Y como quien tenia entendido, que no tenia ninguna cosa de sí, estaba muy léjos de vanagloria, y gozábase de decir las mercedes que Dios le hacia, para que por ellas fuese alabado y glorificado su nombre. Cosa peligrosa para los que no han llegado á este estado; que por lo menos les parece alabanza propia. Aquella llaneza y santa simplicidad la debia librar desto, porque nunca oí ponerle esta falta.

Dijo que habia estado ocho años en aquella cueva, y muchos dias pasándose con las yerbas del campo y raices; porque como se le acabaron tres panes que la dejó el que fué con ella, no lo tenia hasta que fué por allí un pastorcillo; este la proveia después de pan y harina, que era lo que ella comia, unas tortillas cocidas en la lumbre, y no otra cosa; esto á tercer dia. Y es muy cierto, que aun los frailes que están allí son testigos: y era ya despues que ella estaba muy gastada, algunas veces la hacian comer una sardina ú otras cosas, cuando ella fué á procurar como hacer monasterio; y antes sentia daño que provecho. Vino nunca lo bebió, que yo haya sabido: las disciplinas eran con una gran cadena, y duraban muchas veces dos horas y hora y media. Los cilicios tan asperísimos, que me dijo una persona mujer, que viniendo de romería, se habia quedado á dormir con ella una noche, y echóse dormida, y que la vió quitar los cilicios llenos de sangre y limpiarlos. Y mas era lo que pasaba (segun ella decia á estas monjas que he dicho) con los demonios, que le aparecian como unos alanos grandes, y se le subian por los hombros, y otras veces como culebras: ella no les habia ningun miedo. Después que hizo el monasterio, todavía se iba, y estaba y dormia á su cueva, si no era ir á los oficios divinos. Y antes que se hiciese iba á misa á un monasterio de mercenarios, que está un cuarto de legua, y algunas veces de rodillas. Su vestido era buriel y túnica de sayal, y de manera hecho, que pensaban que era hombre. Después destos años que aquí estuvo tan á solas, quiso el Señor se divulgase, y comenzaron á tener tanta devocion con ella, que no se podia valer de la gente. A todos hablaba con mucha caridad y amor. Mientras mas iba el tiempo, mayor concurso de gente acudia; y quien la podia hablar, no pensaba tenia poco: ella estaba tan cansada desto, que decia la tenian muerta. Venia dia de estar todo el campo lleno de carros; cási después que estuvieron allí los frailes, no tenian otro remedio sino levantarla en alto para que les echase la bendicion, y con eso se libraban. Despues de los ocho años que estuvo en la cueva (que ya era mayor, porque se la habian hecho los que allí iban) dióle una enfermedad muy grande, de que pensó morirse: y todo lo pasaba en aquella cueva.

Comenzó á tener deseos de que hubiese allí un monasterio

de frailes, y con este estuvo algun tiempo, no sabiendo de qué órden le haria. Y estando una vez rezando á un Crucifijo, que siempre traia consigo, le mostró Nuestro Señor una capa blanca, y entendió que fuese de los descalzos carmelitas, y nunca habia venido á su noticia que los habia en el mundo, y entonces estaban hechos solo dos monasterios, el de Mancera y Pastrana: debióse despues desto de informar; y como supo que le habia en Pastrana, y ella tenia mucha amistad con la princesa de Eboli, de tiempos pasados, mujer del príncipe Ruí Gomez, cuya era Pastrana, partióse para ellá á procurar cómo hacer este monasterio, que ella tanto deseaba. Allí en el monasterio de Pastrana, en la iglesia de San Pedro (que ansí se llama) tomó el hábito de Nuestra Señora, aunque no con intento de ser monja y profesar, que nunca á ser monja se inclinó, como el Señor la llevaba por otro camino: parecíale le quitarian por obediencia sus intentos de asperezas y soledad.

Estando presentes todos los frailes, recibió el hábito de Nuestra Señora del Cármen: hallóse allí el P. Mariano (de quien ya he hecho mencion en estas fundaciones), el cual me dijo, á mí mesma, que le habia dado una suspencion ó arrobamiento que del todo le enajenó. Yque estando ansí, vió muchos frailes y monjas muertos, unos descabezados, otros cortadas las piernas y brazos, como que los martirizaban, que esto se da á entender en esta visión: y no es hombre que dirá sino lo que viere, ni tampoco está acostumbrado su espíritu á estas suspensiones, que no le lleva Dios por este camino. Rogad á Dios, hermanas, que sea verdad, y que en nuestros tiempos merezcamos ver tan gran bien y ser nosotras dellas. De aquí de Pastrana comenzó á procurar la santa Cardona para hacer su monasterio: y para esto tornó á la corte, de donde con tanta gana habia salido (que no le seria pequeño tormento) adonde no le faltaron hartas murmuraciones y trabajo; porque cuando salia de casa no se podia valer de gente, esto en todas las partes que fué: unos le cortaban del hábito, otros de la capa. Entonces fué á Toledo, adonde estuvo con nuestras monjas. Todas me han afirmado que era tan grande el olor que tenia de reliquias, que hasta el hábito y la cinta (después que le dejó, porque le dieron otro y se le quitaron) era para alabar á Nuestro señor el olor: y mientras mas á ella

se llegaban, era mayor, con ser los vestidos de suerte, con la calor (que hacia mucha) que antes le habian de tener malo, (sé que no dirán sino toda verdad) y ansí quedaron con mucha devocion. En la corte y otras partes le dieron para poder hacer su monasterio, y llevando licencia se fundó.

Hízose la iglesia adonde era su cueva, y á ella le hicieron otra desviada, adonde tenia un sepulcro de bulto, y estaba noche y dia lo más del tiempo. Duróle poco, que no vivió sino cerca de cinco años y medio después que tuvo allí el monasterio, que con la vida tan áspera que hacia, aun lo que habia vivido parecia sobrenatural. Su muerte fué año de mil quinientos y setenta y siete (á lo que á mí me parece), hiciéronle las honras con grandísima solemnidad, porque un caballero que llaman D. Fr. Juan de Leon, tenia gran devoción con ella, y puso en esto mucho. Está ahora enterrada en depósito en una capilla de Nuestra Señora, de quien ella era en extremo devota, hasta hacer mayor iglesia de la que tienen para poner su bendito cuerpo, como es razon. Es grande la devocion que tienen en este monasterio por su causa, y ansí parece quedó en él y en todo aquel término, en especial mirando aquella soledad y cueva, donde estuvo antes que determinase de hacer el monasterio. Hanme certificado que estaba tan cansada y afligida de ver la mucha gente que la venía á ver, que se quiso ir á otra parte, donde nadie supiese della; y envió á llamar al ermitaño que la habia traido allí, para que la llevase, y era ya muerto. Y Nuestro Señor, que tenia determinado se hiciese allí esta casa de Nuestra Señora, no la dió lugar á que se fuese; porque (como he dicho) entiendo se sirve mucho allí. Tienen gran aparejo, y vese bien en ellos, que gustan de estar apartados de gente, en especial el prior, que tambien le sacó Dios para tomar este hábito de harto regalo, y ansí le ha pagado bien con hacérselos espirituales. Hízonós allí mucha caridad: diéronnos de lo que tenia en la iglesia, para la que íbamos á fundar, que como esta santa era querida de tantas personas principales, estaba bien proveida de ornamentos. Yo me consolé mucho lo que allí estuve, aunque con harta confusion, y me dura: porque veia que la que habia hecho allí la penitencia tan áspera, era mujer como yo, y mas delicada por ser quien era, y no tan gran pecadora como yo soy, y que en esto de la una á la otra no se sufre comparacion, y he recibido muy

mayores mercedes de Nuestro Señor de muchas maneras, y no me tener ya en el infierno (segun mis grandes pecados) es grandísima. Solo el deseo de remedarla (si pudiera) me consolaba, mas no mucho; porque toda mi vida se me ha ido en deseos, y las obras no las hago. Válame la misericordia de Dios, en quien yo he confiado siempre por su Hijo sacratísimo, y la Vírgen Nuestra Señora, cuyo hábito por la bondad del Señor traigo.

Acabando de comulgar un dia en aquella santa iglesia, me dió un recogimiento muy grande, con una suspensión que me enajenó. En ella se me representó esta santa mujer (por vision intelectual) como cuerpo glorificado y algunos Angeles con ella; díjome: *Que no me cansase, sino que procurase ir adelante en estas fundaciones.* Entiendo yo (aunque no lo señalo) que ella me ayudaba delante de Dios. Tambien me dijo otra cosa, que no hay para que la escribir. Yo quedé harto consolada, y con deseo de trabajar, y espero en la bondad del Señor, que con tan buena ayuda como estas oraciones, podré servirle en algo. Veis aquí, hermanas mias, como ya acabaron estos trabajos, y la gloria que tiene será sin fin. Esforcémonos ahora, por amor de Nuestro Señor, á seguir esta hermana nuestra: aborreciéndonos nosotras mesmas como ella se aborreció, acabaremos nuestra jornada, pues se anda con tanta brevedad y se acaba todo.

Llegamos el domingo primero de Cuaresma, que era víspera de la cátedra de san Pedro, dia de san Barbacian, año de 1580, á Villanueva de Xara. Este mesmo dia se puso el santísimo Sacramento en la iglesia de la gloriosa Santa Ana á la hora de misa mayor. Salióronnos á recibir todo el ayuntamiento, y otros algunos con el Dr. Ervias, y fuímonos á apear á la iglesia del pueblo, que estaba bien léjos de la Santa Ana.

Era tanta la alegría de todo el pueblo, que me hizo harta consolacion ver con el contento que recibian la órden de la sacratísima Vírgen Señora nuestra. Desde léjos oíamos el repicar de las campanas: entradas en la iglesia comenzaron el *Te Deum*, un verso la capilla de canto de órgano, y otro el órgano. Acabado, tenian puesto el santísimo Sacramento en unas andas, y Nuestra Señora en otras, con cruces y pendones: iba la procesion con harta autoridad: nosotras (con nuestras capas blancas, y velos delante del rostro) íbamos en mitad, cabe el san-

tísimo Sacramento, y junto á nosotras nuestros frailes descalzos, que fueron hartos del monasterio, y los franciscos (que hay monasterio en el lugar de san Francisco) iban allí, y un fraile dominico que se halló en el lugar, que aunque era solo, me dió contento ver allí aquel hábito.

Como era léjos, habia muchos altares: detenianse algunas veces, diciendo letras de nuestra órden que nos hacia harta devocion, y ver que todas iban alabando al gran Dios, que llevábamos presente, y que por él se hacia tanto caso de siete pobrecillas descalzas que íbamos allí. Con todo esto que yo consideraba, me hacia harta confusion, acordándome iba entre ellas, y como si se hubiera de hacer comó yo merecia, fuera volverse todos contra mí. Heos dado tan larga cuenta desta honra que se hizo al hábito de la Virgen, para que alabeis á Nuestro Señor, y le supliqueis se sirva desta fundacion; porque con mas contento estoy cuando es con mucha persecucion y trabajos, y con mas gana os los cuento. Verdad es que estas hermanas que estaban aquí los han pasado cási seis años, al menos mas de cinco y medio, que há que entraron en esta casa de la gloriosa santa Ana; dejada la mucha pobreza y trabajo que tenian en ganar de comer, porque nunca quisieron pedir limosna; la causa era porque no les pareciese estaban allí para que les diesen de comer, y la gran penitencia que hacian, ansí en ayunar mucho, comer poco y malas camas, y muy poquita casa; que para tanto encerramiento como siempre tuvieron, era harto trabajo. El mayor que me dijeron habian tenido era grandísimo deseo de verse con el hábito, que este de noche y de dia las atormentaba grandísimamente pareciéndoles nunca lo habian de ver; y ansí toda su oracion era porque Dios les hiciese esta merced, con lágrimas muy ordinarias. Y en viendo que habia algún desvio, se afligian en extremo, y crecia la penitencia. De lo que ganaban dejaban de comer para pagar los mensajeros que iban á mí, y mostrar la gracia que ellas podian con su pobreza á los que la podian ayudar en algo. Bien entiendo yo (después que las traté, y ví su santidad) que sus oraciones y lágrimas habian negociado para que la órden las admitiese; y ansí he tenido por muy mayor tesoro que estén en ellas tales almas, que si tuvieran mucha renta; y espero irá la casa muy adelante.

Pues como entramos en la casa estaban todos á la puerta

de adentro, cada una de su librea; porque como entraron se estaban, que nunca habian querido tomar traje de beatas, esperando esto, aunque el que tenian era harto honesto, que bien parecia en el el tener poco cuidado de si segun estaban mal alfiadas, y cási todas tan flacas, que se mostraba haber tenido vida de harta penitencia. Recibiéronnos con hartas lágrimas del gran contento, y hase parecido no ser fingidas, y su mucha virtud en el alegria que tienen, y la humildad y obediencia á la priora, y á todas las que vinieron á fundar, no saben placeres que les hacer. Todo su miedo era si se habian de tornar á ir, viendo su pobreza y poca cosa. Ninguna habia mandado sino con gran hermandad: cada una trabajaba lo mas que podia. Dos que eran de mas edad negociaban cuando era menester; las otras jamás hablaban con ninguna persona, ni querian. Nunca tuvieron llave á la puerta, sino una aldaba; y ninguna osaba llegar á ella, sino la mas vieja respondia. Dormian muy poco por ganar de comer, y por no perder la oracion, que tenian hartas horas, los dias de fiesta todo el dia. Por los libros de Fr. Luis de Granada, y de Fr. Pedro de Alcántara se gobernaban, el mas tiempo rezaban el oficio divino con un poco que sabian leer, que sola una lee bien, y no con Breviarios conformes: unos les habian dado del viejo romano algunos clérigos como no se aprovechaban dellos, otros como podian; y como no sabian leer, estábanse muchas horas; esto no lo rezaban donde de fuera las oyesen, (Dios tomaria su intencion y trabajo) que pocas verdades debian de decir. Como el P. Fr. Antonio de Jesús las comenzó á tratar, hizo que no rezasen sino el oficio de Nuestra Señora. Tenian su horno en que cocian el pan, y todo con un concierto, como si tuvieran quien las mandara. A mí me hizo alabar á Nuestro Señor, y mientras mas las trataba, mas contento me daba haber venido. Paréceme, que por muchos trabajos que hubiera de pasar, no quisiera haber dejado de consolar estas almas. Y las que quedan de mis compañeras me decian, que luego á los primeros dias les hizo alguna contradicion, mas que como las fueron conociendo, y entendiendo su virtud, estaban alegrísimas de quedar con ellas, y las tenian mucho amor. Gran cosa puede la santidad y virtud. Verdad es que eran tales, que aunque hallaran muchas dificultades y trabajos, lo llevaran bien con el favor del Señor, porque desean padecer en su servicio: y la

hermana que no sintiere en sí este deseo, no se tenga por verdadera descalza; pues no han de ser nuestros deseos descansar, sino padecer, por imitar en algo á nuestro verdadero Esposo. Plegue á su Majestad nos dé gracia para ello. Amen.

De donde comenzó esta ermita de santa Ana, fue desta

manera. Vivia aquí en este dicho lugar de Villanueva de la Xara un clérigo natural de Zamora, que habia sido fraile de Nuestra Señora del Cármen; era devoto de la gloriosa santa Ana; llamábase Diego de Guadalajara, y ansi hizo cabe su casa

esta ermita, y tenia por donde oir misa, y con la gran devocion que tenia fué á Roma y trajo una bula con muchos perdones para esta iglesia ó ermita. Era hombre virtuoso y recogido. Cuando murió mandó en su testamento, que esta casa, y todo lo que tenia fuese para un monasterio de monjas de Nuestra Señora del Cármen; y si esto no hubiese efeto, que lo tuviese un capellan que dijese algunas misas cada semana; y que cada y cuando que fuese monasterio, no se tuviese obligacion de decir las misas. Estuvo ansí con un capellan mas de veinte años, que tenia la hacienda bien desmedrada, porque aunque estas doncellas entraron en la casa, sola la casa tenian. El capellan estaba en otra casa de la mesma capellanía, que dejará ahora con lo demás, que es bien poco; mas la misericordia de Dios es tan grande que no dejará de favorecer la casa de su gloriosa abuela. Plegue á su Majestad que sea siempre servido en ella, y le alaben todas las criaturas por siempre jamás. Amén.

CAPITULO XXIX

Trátase de la fundacion de San Josef de Nuestra Señora de la Calle en Palencia, que fue año de 1580, dia del rey David.

Habiendo venido de la fundacion de Villanueva de la Xara, mandóme el perlado ir á Valladolid, á peticion del obispo de Palencia, que es D. Álvaro de Mendoza, que el primer monasterio (que fue San Josef de Avila) admitió y favoreció siempre y siempre en lo que toca á esta órden favorece; y como habia dejado el obispado de Avila, y pasádose á Palencia, púsole Nuestro Señor en voluntad que allí hiciese otro desta sagrada órden. Llegada á Valladolid dióme una enfermedad tan grande, que pensaron muriera. Quedé tan desganada y tan fuera de parecerme podria hacer nada, que aunque la priora de nuestro monasterio de Valladolid, que deseaba mucho esta fundacion, me importunaba, no podia persuadirme, ni hallaba principio; porque el monasterio habia de ser pobreza, y decianme no se podrian sustentar, que era lugar muy pobre.

Habia cási un año que se trataba hacerle junto con el de Burgos, y antes no estaba yo tan fuera dello; mas entonces

eran muchos los inconvenientes que hallaba, no habiendo venido á otra cosa á Volladolid. No sé si era el mucho mal y flaqueza que me habia quedado, ó el demonio que queria estorbar el bien que se ha hecho después. Verdad es que á mí me tiene espantada y lastimada (que hartas veces me quejo á Nuestro Señor) lo mucho que participa la pobre alma de la enfermedad del cuerpo, que no parece sino que ha de guardar sus leyes, segun las necesidades y cosas que le hacen padecer. Uno de los grandes trabajos y miserias de la vida me parece este, cuando no hay espíritu grande que lo sujete; porque tener mal, y padecer grandes dolores, aunque es trabajo si el alma está despierta, no lo tengo en nada, porque está alabando á Dios, y considera viene de su mano: mas por una parte padeciendo, y por otra no obrando, es terrible cosa, en especial si es alma que se ha visto en grandes deseos de no descansar interior y exteriormente, sino emplearse toda en servicio de su gran Dios: ningun otro remedio tiene aquí, sino paciencia, y conocer su miseria, y dejarse en la voluntad de Dios, que se sirva della en lo que quisiere, y como quisiere. Desta manera estaba yo entonces, aunque ya en convalecencia, mas la flaqueza era tanta, que aun la confianza que me solia dar Dios en haber de comenzar estas fundaciones, tenia perdida: todo se me hacia imposible, y si entonces acertara con alguna persona que me animara, hiciérame mucho provecho: mas unos me ayudaban á temer, otros (aunque me daban algunas esperanzas) no bastaban para mi pusilanimidad.

Acertó á venir allí un Padre de la Compañía, llamado el maestro Ripalda, con quien yo me habia confesado un tiempo, gran siervo de Dios: yo le dije cuál estaba, y que á él le queria tomar en lugar de Dios, que me dijese lo que le parecia. El comenzóme á animar mucho, y díjome, que de vieja tenia ya esta cobardía: mas bien veia yo que no era eso, que mas vieja soy ahora, y no la tengo; y aun él tambien lo debia de entender, sino para reñirme, que no pensase era de Dios. Andaba entonces esta fundacion de Palencia, y la de Burgos juntamente, y para la una ni la otra yo no tenia nada; mas no era esto, que con menos suelo comenzar. El me dijo, que en ninguna manera lo dejase: lo mesmo me habia dicho poco habia en Toledo un provincial de la Compañía, llamado Baltasar Álvarez, mas entonces estaba yo buena. Aquello me

bastó para determinarme, y aunque me hizo harto el caso, no acabé del todo de determinarme; porque ó el demonio, ó como he dicho, la enfermedad me tenia atada, mas quedé muy mejor. La priora de Valladolid ayudaba cuanto podia, porque tenia gran deseo de la fundacion de Palencia; mas como me veia tan tibia, tambien temia. Ahora vengo al verdadero calor, pues no bastan las gentes, ni los siervos de Dios, á donde se entenderá muchas veces no ser yo quien hace nada en estas fundaciones, sino quien es poderoso para todo.

Estando yo un dia acabando de comulgar, puesta en estas dudas, y no determinada de hacer ninguna fundacion, habia suplicado á Nuestro Señor me diese luz, para que en todo hiciese yo su voluntad; y la tibieza no era de suerte, que jamás un punto me faltaba este deseo: díjome Nuestro Señor con una manera de represion: *¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mesmo que he sido soy ahora, no dejes de hacer estas dos fundaciones.* ¡O gran Dios! ¡Y cómo son diferentes vuestras palabras de las de los hombres! Así quedé determinada y animada, que todo el mundo no bastara á ponerme contradicion, y comencé luego á tratar dello, y comenzó Nuestro Señor á darme medios. Tomé dos monjas para comprar la casa, y aunque me decian no era posible el vivir de limosna en Palencia, era como no me lo decir; porque haciéndola de renta, ya veia yo que por entonces no podia ser: y pues Dios decia que se hiciese, su Majestad lo proveeria. Y así, aunque no estaba del todo tornada en mí, me determiné á ir, con ser el tiempo recio, porque partí de Valladolid el dia de los Inocentes, en el año que he dicho, porque aquel año que entraba hasta san Juan, un caballero de allí nos habia dado una casa que él tenia alquilada, que se habia ido á vivir de allí. Yo escribí á un canónigo de la misma ciudad, aunque no le conocia, mas un amigo suyo me dijo que era siervo de Dios, y á mí se me asentó que nos habia de ayudar mucho, porque el mesmo Señor, como se ha visto en las demás fundaciones, toma en cada parte quien ayude, que ya ve su Majestad lo poco que yo puedo. Yo le envié á suplicar, que lo mas secretamente que pudiese se me desembarazase la casa, porque estaba allí un morador, y que no le dijese para ló que era; porque aunque habian mostrado algunas personas principales

voluntad, y el obispo la tenia tan grande, yo veia era lo mas seguro, que no se supiese.

El canónigo Reinoso (que así se llamaba á quien escribí) lo hizo tan bien, que no solo la desembarazó, mas teníamos camas, y muchos regalos harto cumplidamente: y habíamoslo menester, porque el frio era mucho, y el dia de antes habia sido trabajoso con una gran niebla que cási no nos veíamos. A la verdad poco descansamos, hasta tener acomodado donde decir otro dia la misa; antes que nadie supiese que estábamos allí, que esto he hallado ser lo que conviene en estas fundaciones, porque si comienza á andar en pareceres, el demonio lo turba todo, aunque él no puede salir con nada, mas inquieta. Así se hizo que luego de mañana (casi en amaneciendo) dijo misa un clérigo que iba con nosotras llamado Porras, harto siervo de Dios, y otro amigo de las monjas de Valladolid, llamado Agustin de Vitoria, que me habia prestado dineros para acomodar la casa, y regalado harto por el camino.

Ibamos conmigo cinco monjas, y una compañera que ha dias que iba conmigo, freila, mas tan gran sierva de Dios y discreta, que me puede ayudar mas que otras. Aquella noche poco dormimos, aunque, como digo, habia sido trabajoso el camino, por las aguas que habia habido. Yo gusté mucho se fundase aquel dia, por ser el rezado del rey David, de quien yo soy devota. Luego esta mañana lo envié á decir al ilustrísimo obispo, que aun no sabia iba aquel dia. Él fué luego allá con una caridad grande, que siempre la ha tenido con nosotras: dijo nos daria todo el pan que fuese menester, y mandó al provisor nos proveyese de muchas cosas. Es tanto lo que esta órden le debe, que quien leyere estas fundaciones está obligado á encomendarle á Nuestro Señor, vivo ó muerto, y así se lo pido por caridad. Fue tanto el contento que mostró el pueblo, y tan general, que fué cosa muy particular; porque ninguna persona hubo que le pareciese mal. Mucho ayudó saber que lo queria el obispo, por ser allí muy amado: mas toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto; y así cada dia me alegro mas de haber fundado allí.

Como la casa no era nuestra, luego comenzamos de tratar de comprar otra, que aunque aquella se vendia estaba en muy mal puesto, y con la ayuda que yo llevaba de las monjas que

habian de ir, parece podíamos hablar con algo, que aunque era poco, para allí era mucho: aunque si Dios no diera los buenos amigos que nos dió, aun no era nada: que el buen canónigo Reinoso trajo otro amigo suyo, llamado el canónigo Salinas, de gran caridad y entendimiento, y entre entrambos tomaron el cuidado como si fuera para ellos propios, y aun creo mas, y le han tenido siempre de aquella casa. Está en el pueblo una casa de mucha devocion de Nuestra Señora, como ermita, llamada Nuestra Señora de la Calle; en toda la comarca y ciudad es grande la devocion que se le tiene, y la gente que acude allí. Pareciéle á su señoría, y á todos, que allí estaríamos bien cerca de aquella iglesia. Ella no tenia casa, mas estaban dos juntas, que comparándolas, eran bastantes para nosotros, junto con la iglesia. Esta nos habia de dar el cabildo y unos cofrades della, y así se comenzó á procurar. El cabildo luego nos hizo merced della, y aunque hubo harto en que entender con los cofrades, tambien lo hicieron bien, que como he dicho es gente virtuosa la de aquel lugar, si yo lo he visto en mi vida.

Como los dueños de las casas vieron que las habíamos gana, comienzan á estimarlas mas, y con razon; yo las quise ir á ver y parecióronme tan mal, que en ninguna manera las quisiera, y á los que iban con nosotras. Después se ha visto claro, que el demonio hizo mucho de su parte, porque le pesaba de que fuésemos allí. Los dos canónigos que andaban en ello parecíales léjos de la iglesia mayor (como lo estamos) más es á donde hay mas gente de la ciudad. En fin, nos determinamos todos de que no convenia aquella casa, que se buscase otra. Esto comenzaron á hacer aquellos dos señores canónigos con tanto cuidado y diligencia, que me hacia alabar á Nuestro Señor, sin dejar cosa que les pareciese podia convenir: vinieron á contentarse de una que era de uno que se llamaba Tamayo: estaba con algunas partes muy aparejadas para venirnos bien, y cerca de la casa de un caballero principal llamado Sucro de Vega, que nos favorece mucho, y tenia gran gana de que fuésemos allí, y otras personas del barrio. Aquella casa no era bastante, más dabanos con ella otra, aunque no estaba de manera que nos pudiésemos una con otra bien acomodar.

En fin, por las nuevas que della me daban, yo lo deseaba

que se efectuase, mas no quisieron aquellos señores, sino que la viese primero. Yo siento tanto salir por el pueblo, y fiaba tanto dellos, que no habia remedio. En fin fuí, y tambien á las de Nuestra Señora, aunque no con intento de tomarlas, sino porque al de la otra no le pareciese no teníamos remedio sino la suya, y parecióme tan mal como he dicho, y á las que iban allí, que ahora nos espantamos cómo nos pudo parecer tan mal. Y con aquello fuimos á la otra; ya con determinacion que no habia de ser otra; y aunque hallábamos hartas dificultades, pasábamos por ellas, aunque se podian harto mal remediar, que para hacer la iglesia (y aun no buena) se quitaba todo lo que habia bueno para vivir. Cosa extraña es, ir ya determinada á una cosa, á la verdad dióme la vida para fiar poco de mí, aunque entonces no era yo sola la engañada. En fin nos fuimos ya determinadas de que no fuese otra, y de dar lo que habia pedido, que era harto, y escribirle, porque no estaba en la ciudad, mas cerca estaba.

Parecerá cosa impertinente haberme detenido tanto en el comprar de la casa, hasta que se vea el fin que debia de llevar el demonio, para que no fuésemos á la de Nuestra Señora, que cada vez que se me acuerda me hace temor. Idos todos determinados, como he dicho, á no tomar otra, otro dia en misa comiénzame un cuidado grande, de si hacian bien y con desasosiego, que casi no me dejó estar quieta en toda la misa; fuí á recibir el santísimo Sacramento, y luego en tomándole entendí estas palabras de tal manera, que me hizo determinar del todo á no tomar la que pensaba, sino la de Nuestra Señora. *Esta te conviene.* Yo comencé á parecerme cosa recia en negocio tan tratado; respondióme el Señor: *Ni entienden ellos lo mucho que soy ofendido allí, y esto será gran remedio.* Pasóme por pensamiento que no fuese engaño, aunque no para creerlo, que bien conocia en la operación que hizo en mí, que era espíritu de Dios. Díjome luego: *Yo soy.* Quedé muy sosegada y quitada la turbación que antes tenia, aunque no sabia cómo remediar lo que estaba hecho, y el mucho mal que habia dicho de aquella casa, y á mis hermanas, que les había encarecido cuán mala era, y que no quisiera hubiéramos ido allí, sin verla por nada, aunque desto no se me daba tanto, que ya sabia tenian por bueno lo que yo hiciese, sino de los demás que lo deseaban, parecia me tenian por vana y mo-

vible, pues tan presto mudaba, cosa que yo aborrezco mucho. No eran todos estos pensamientos para que se moviesen poco ni mucho en dejar de ir á la casa de Nuestra Señora; ni me acordaba ya que no era buena, porque á trueco de estorbar las monjas un pecado venial, era cosa de poco momento todo lo demás, y cualquiera dellas que supiera lo que yo, estuviera en esto, á mi parecer; tomé este remedio.

Yo me confesaba con el canónigo Reinoso, que era uno destos dos que me ayudaban, aunque no le habia dado parte de cosas de espíritu de esta suerte, porque no se habia ofrecido ocasion á donde hubiese sido menester: y como he acostumbrado siempre en estas cosas hacer lo que el confesor me aconsejare, por ir camino mas seguro, determiné de decírselo debajo de mucho secreto, aunque no me hallaba yo determinada en dejar de hacer lo que habia entendido, sin darme harta pesadumbre; mas en fin lo hiciera, que yo fiaba de Nuestro Señor lo que otras veces he visto, que su Majestad muda al confesor, aunque esté de otra opinion, para que haga lo que él quiere. Díjele primero las muchas veces que Nuestro Señor acostumbraba enseñarme ansí, y que hasta entonces se habian visto muchas cosas, en que se entendia ser espíritu suyo, y contéle lo que pasaba; mas que yo haria lo que á él le pareciese, aunque me seria pena. El es muy cuerdo y santo, y de buen consejo en cualquiera cosa, aunque es mozo; y aunque vió habia de ser nota, no se determinó á que dejase de hacer lo que se habia entendido. Yo le dije, que esperásemos al mensajero, y ansí le pareció, que ya yo confiaba en Dios que él lo remediaria; y ansí fue, que con haberle dado lo que queria y habia pedido, tornó á pedir otros trescientos ducados mas: que parecia desatino, porque se le pagaba demasiado. Con esto vimos lo hacia Dios, porque á él le estaba muy bien vender, y estando concertado, pedir mas no llevaba camino. Con esto se remedió harto, que dijimos que nunca acabaríamos con él, mas no del todo: porque estaba claro, que por trescientos ducados no se habia de dejar casa que parecia convenir á un monasterio. Yo dije á mi confesor, que de mi crédito no se le diese nada, pues á él le parecia se hiciese; sino que dijese á su compañero, que yo estaba determinada á que cara ó barata, ruin ó buena, se comprase de Nuestra Señora. El tiene un ingenio en extremo vivo, y aunque no se le dijo nada, de ver mudanza

tan presto, creó, lo imaginó; y así no me apretó mas en ello.

Bien hemos visto todos después el gran yerro que hacíamos en comprar la otra, porque ahora nos espantamos de ver las grandes dentajas que la hace; dejado lo principal, que se echa bien de ver, se sirve Nuestro Señor y su gloriosa Madre allí, y que se quitan hartas ocasiones, porque eran muchas las velas de noche, á donde, como no era sino solo ermita, podían hacer muchas cosas que al demonio le pesaba se quitasen, y nosotras nos alegrábamos de poder en algo servir á nuestra Madre, y Señora, y Patrona; y era harto mal hecho no lo haber hecho antes, porque no habíamos de mirar mas. Ello se ve claro ponía en muchas cosas ceguedad el demonio, porque hay allí muchas comodidades, que no se hallarán en otras partes, y grandísimo contento de todo el pueblo que lo deseaban, y aun á los que querían fuésemos á la otra, les parecía después muy bien. Bendito sea el que me dió luz en esto para siempre jamás; y así me la da si en alguna cosa acierto hacer bien, que cada día me espanta mas el poco talento que tengo en todo. Y esto no se entienda que es humildad, sino que cada día lo voy viendo más, que parece quiere Nuestro Señor, que conozca yo y todos, que solo es su Majestad el que hace estas obras, y que, como dió vista al ciego con lodo, quiere que á cosa tan ciega como yo, haga cosa que no lo sea. Por cierto en esto había cosas (como he dicho, de harta ceguedad, y cada vez que se me acuerda, querría alabar á Nuestro Señor de nuevo por ello; sino que aun para esto no soy, ni sé cómo me sufre: bendita sea su misericordia. Amen.

Pues luego se dieron priesa estos santos amigos de la Virgen á concertar las casas, y á mi parecer las dieron baratas; trabajaron harto, que en cada una quiere Dios haya que merecer en estas fundaciones á los que nos ayudan, y yo soy la que no hago nada, como otras veces he dicho, y nunca lo querría dejar de decir, porque es verdad: pues lo que ellos trabajaron en acomodar la casa, y dando también dineros para ello, porque yo no los tenía, fue muy mucho, junto con fiarla, que primero que en otras partes hallo un fiador (no de tanta cantidad) me veo afligida; y tienen razon, porque si no la fiasen de Nuestro Señor, yo no tengo blanca: mas su Majestad me ha hecho siempre tanta merced, que nunca por hacérmela perdieron nada, ni se dejó de pagar muy bien, que la tengo por

grandísima. Como no se contentaron los de las casas con ellos dos por fiadores, fuéronse á buscar al provisor (que habia nombre Prudencio, y aun no sé si me acuerdo bien, ansí me lo dicen ahora, que como le llamábamos provisor, no lo sabia), es de tanta caridad con nosotras, que era mucho lo que le debiamos y debemos. Preguntóles, que á dónde iban, dijeron que á buscarle, para que firmase aquella fianza. El se rió y dijo: ¿Pues á fianza de tantos dineros me decís desa manera? Y luego, desde la mula la firmó, que para los tiempos de ahora es de ponderar. Yo no queria dejar de decir muchos loores de la caridad que hallé en Palencia, en particular y en general. Es verdad que me parecia cosa de la primitiva Iglesia (al menos no muy usada ahora en el mundo) ver que no llevábamos renta, y que nos habian de dar de comer, y no solo no defenderlo, sino decir que les hacia Dios merced grandísima: y si se mirase con luz, decian verdad; porque aunque no sea sino haber otra iglesia a donde está el santísimo Sacramento mas, es mucha. Sea por siempre bendito. Amen.

Qué bien se va entendiendo se ha servido de que esté allí, y que debia de haber algunas cosas de impertinencias que ahora no se hacen; porque como velaba allí mucha gente, y la ermita estaba sola, no todos iban por devocion; ello se va remediando. La imágen de Nuestra Señora estaba puesta muy indecentemente. Hale hecho capilla por sí el obispo D. Alvaro de Mendoza, y poco á poco se van haciendo cosas en honra y gloria desta gloriosa Virgen, y de su Hijo. Sea por siempre alabado. Amen.

Pues acabada de aderezar la casa, para el tiempo de pasar allá las monjas, quiso el obispo fuese con gran solemnidad: y ansí fue un dia de la octava del santísimo Sacramento, que él mesmo vino de Valladolid, y se juntó con el cabildo, con las órdenes, y casi todo el lugar, y mucha música. Fuimos desde la casa adonde estábamos todas en procesion con nuestras capas blancas y velos delante del rostro, á una parroquia que estaba cerca de la casa de Nuestra Señora, que la mesma imágen vino tambien por nosotras, y de allí tomamos el santísimo Sacramento, y se puso en la iglesia con mucha solemnidad y concierto: hizo harta devocion. Iban mas monjas que habian ido allí para la fundacion de Soria, y con candelas en las manos. Yo creo que fue el Señor harto alabado aquel dia en aquel lu-

gar: plegue á él para siempre lo sea de todas las criaturas. Amen.

Estando en Palencia fué Dios servido se hizo el apartamiento de los descalzos y calzados, haciendo provincia por sí, que era todo lo que deseábamos para nuestra paz y sosiego. Trájose (por peticion de nuestro católico rey D. Felipe) de Roma un breve muy copioso para esto, y su Majestad nos favoreció mucho en extremo, como lo había comenzado. Hízose capítulo en Alcalá por mandado de un reverendo Padre llamado Fr. Juan de las Cuevas, que era entonces prior en Talavera; es de la órden de santo Domingo, que vino nombrando de Roma y señalado por su Majestad, persona muy santa y cuerda, como era menester para cosa semejante. Allí les hizo la costa el rey, y por su mandado los favoreció toda la universidad. Hízose en el colegio de descalzos que hay allí nuestro de San Cirilo, con mucha paz y concordia. Eligieron por provincial al Padre M. Fr. Gerónimo Gracian de la Madre de Dios. Porque esto escribirán estos Padres en otra parte como pasó, no había para qué tratar yo dello. Helo dicho, porque estando en esta fundacion acabó Nuestro Señor casa tan importante á la honra y gloria de su gloriosa Madre, pues es de su órden, como Señora y patrona que es nuestra, y me dió á mí uno de los grandes gozos y contentos que podía recibir en esta vida; que mas había de veinte y cinco años, que los trabajos y persecuciones y aflicciones que había pasado, sería largo de contar; y solo Nuestro Señor lo puede entender; y verlo ya acabado, sino es quien sabe los trabajos que se han padecido, no puede entender el gozo que vino á mi corazon, y el deseo que yo tenía que todo el mundo alabase á Nuestro Señor y le ofreciésemos á este nuestro santo rey D. Felipe, por cuyo medio lo había traido Dios á tan buen fin: que el demonio se había dado tal maña, que ya iba todo por el suelo, si no fuera por él.

Ahora estamos todos en paz, calzados y descalzos; no nos estorba nadie á servir á Nuestro Señor: por eso, hermanos y hermanas mías, pues tan bien ha oido sus oraciones, priesa á servir á su Majestad. Miren los presentes (que son testigos de vista) las mercedes que nos ha hecho, y de los trabajos y desasosiegos que nos ha librado, y los que están por venir, pues que lo hallan llano todo no dejen caer ninguna cosa de per-

fecion por amor de Nuestro Señor: no se diga por ellos lo que de algunas órdenes, que loan sus principios, que ahora comenzamos, y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor. Miren que por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros por donde entren las muy grandes; no les acaezca decir: En estos no va nada, que son extremos. O hijas mias, que en todo va mucho, como no sea ir adelante: por amor de Nuestro Señor les pido se acuerden cuán presto se acaba todo, y la merced que nos ha hecho Nuestro Señor en traernos á esta órden, y la gran pena que terná quien comenzare alguna relajacion; sino que ponga siempre los ojos en la casta de donde venimos de aquellos santos profetas. Santos tenemos en el cielo que trajeron este hábito. Tomemos una santa presuncion, con el favor de Dios, de ser nosotros como ellos. Poco durará la batalla, hermanas mias; el fin es eterno: dejemos estas cosas, que en fin no son, sino es las que nos allegan á este fin, para mas amarle y servirle, pues ha de vivir para siempre jamás. Amen. Amen. A Dios sean dadas las gracias.

CAPÍTULO XXX

Comienza la fundacion del monasterio de la Santísima Trinidad en la ciudad de Soria. Fundóse el año de 1581. Díjose la primera misa dia de nuestro Padre san Elíseo.

Estando yo en Palencia en la fundacion que queda dicha, allí me trajeron una carta del obispo de Osma, llamado el Dr. Velazquez, á quien siendo él canónigo y catedrático en la iglesia mayor de Toledo, y andando yo todavia con algunos temores, procuré tratar, porque sabia era muy gran letrado y siervo de Dios; y ansí le importuné mucho tomase cuenta por mi alma, y me confesase. Con ser muy ocupado, como se lo pedí por amor de Nuestro Señor, y vió mi necesidad, lo hizo de tan buena gana, que yo me espanté, y me confesó, y trató todo el tiempo que yo estuve en Toledo, que fué harto. Yo le traté con harta llaneza mi alma, como tengo de costumbre: hízome tan grandioso provecho, que desde entonces comencé

á andar sin tantos temores. Verdad es que hubo otra ocasion que no es para aquí. Mas en efecto me hizo gran provecho, porque me aseguraba con cosas de la sagrada Escritura, que es lo que mas á mí me hace al caso, cuando tengo la certidumbre de que lo sabe bien, que la tenia dél, junto con su buena vida. Esta carta me escribia desde Soria, á donde estaba al presente: decíame como una señora que allí confesaba, le habia tratado de una fundacion de monasterio de monjas nuestras que le parecia bien: que él habia dicho acabaria conmigo que fuese allá á fundarlo; que no le echase en falta. Y que como me pareciese era cosa que convenia se lo hiciese saber, que él enviaria por mí. Yo me holgué harto, porque, dejado de ser buena la fundacion, tenia deseo de comunicar con él algunas cosas de mi alma, y de verle, que del gran provecho que la hizo le habia yo cobrado mucho amor. Llámase esta señora fundadora doña Beatriz de Beamonte y Navarra, porque viene de los reyes de Navarra, hija de D. Francés de Beamonte, de claro linaje y muy principal; fue casada algunos años y no tuvo hijos, y quedóle mucha hacienda, y habia mucho que tenia por sí de hacer un monasterio de monjas.

Como lo trató con el obispo, y él le dió noticia desta órden de Nuestra Señora de descalzas, cuadróle tanto, que le dió gran priesa, para que se pusiese en efecto. Es una persona de blanda condicion, generosa, penitente, en fin, muy sierva de Dios. Tenia en Soria una casa buena, fuerte y en harto buen puesto, y dijo nos daria aquella con todo lo que fuese menester para fundar, y esta dió con quinientos ducados de Juro, de á veinte mil el millar. El obispo se ofreció á dar una iglesia harto buena, toda de bóveda, que era de una parroquia que estaba cerca, que con un pasadizo nos ha podido aprovechar, y pídolo hacer bien, porque era pobre, y allí hay muchas iglesias, y así la pasó á otra parte. De todo esto me dió relacion en su carta. Yo lo traté con el Padre provincial, que fué entonces allí, y á él y á todos los amigos les pareció que escribiese con un propio viniesen por mí, porque ya estaba la fundacion de Palencia acabada, y yo que me holgué harto dello por lo dicho.

Comencé á traer las monjas que habia de llevar allá conmigo, que fueron siete (porque aquella señora antes quisiera mas que menos) y una freila, y mi compañera y yo. Vino persona por

nosotras bien para el propósito en diligencia, porque yo le dije habia de llevar dos Padres conmigo descalzos; y ansí llevé al P. Fr. Nicolao de Jesús María, hombre de mucha perfecion y discrecion, natural de Génova. Tomó el hábito ya de mas de cuarenta años á mi parecer, al menos los ha ahora, y ha pocos que le tomó, mas ha aprovechado tanto en poco tiempo, que bien parece le escogió Nuestro Señor, para que en estos tan trabajosos de persecuciones ayudase á la órden, que ha hecho, porque los demás que podian ayudar, unos estaban desterrados, otros encarcelados: dél (como no tenia oficio, que habia poco, como digo, que estaba en la órden) no hacian tanto caso, y lo hizo Dios, para que me quedase tal ayuda. Es tan discreto, que se estaba en Madrid en el monasterio de los calzados, como para otros negocios, con tanta disimulacion, que nunca le entendieron trataba destos, y ansí le dejaban estar. Escribiamonos á menudo, que estaba yo en el monasterio de San Josef de Avila, y tratábamos lo que convenia, que esto le daba consuelo. Aquí se verá la necesidad en que estaba la órden, pues de mí se hacia tanto caso, á falta, como dicen, de hombres buenos. En todos estos tiempos experimenté su perfecion y discrecion; y ansí es de los que yo amo mucho en el Señor, y tengo en mucho desta órden.

Pues él y un compañero lego fueron con nosotras. Tuvo poco trabajo en este camino; porque el que envió el obispo, nos llevaba con harto regalo, y ayudó á poder dar buenas posadas, que en entrando en el obispado de Osma, querian tanto al obispo, que en decir que era cosa suya nos las daban buenas. El tiempo lo hacia bueno, las jornadas no eran grandes, y ansí poco trabajo se pasó en este camino, sino contento; porque en oir yo los bienes que decian de la santidad del obispo, me la daba grandísimo. Llegamos al Burgo antes del dia octavo del santísimo Sacramento. Comulgamos allí el jueves, que era la octava, otro dia como llegamos: y comimos allí, porque no se podia llegar á Soria otro dia: aquella noche tuvimos en una iglesia, que no hubo otra posada, y no se nos hizo mal. Otro dia oimos allí misa, y llegamos á Soria como á las cinco de la tarde. Estaba el santo obispo en una ventana de la casa, que pasamos por allí, de donde nos echó su bendicion, que no me consoló poco, porque de perlado y de santo, tiénese en mucho.

Estaba aquella señora nuestra fundadora esperándonos á la puerta de su casa, que era donde se habia de fundar el monasterio: no vimos la hora de entrar en ella, porque era mucha la gente. Esto no era cosa nueva, que en cada parte que vamos como el mundo es tan amigo de novedades, hay tanto, que á no llevar velos delante del rostro, seria trabajo grande, con esto se puede sufrir. Tenia aquella señora aderezada una sala muy grande, y muy bien, á donde se habia de decir la misa, porque se habia de hacer pasadizo para la que nos daba el obispo: y luego otro dia, que era de nuestro padre san Eliseo, se dijo.

Todo lo que habíamos menester tenia muy cumplido aquella señora, y dejónos en aquel cuarto, á donde estuvimos recogidas hasta que se hizo el pasadizo, que duró hasta la Transfiguracion. Aquel dia se dijo la primera misa en la iglesia con harta solemnidad y gente. Predicó un Padre de la Compañía, que el obispo era ya ido al Burgo, porque no pierde dia ni hora sin trabajar, aunque no estaba bueno, que le habia faltado la vista de un ojo, que esta pena tuve allí, que se me hacia gran lástima, que vista que tanto aprovechaba en el servicio de Nuestro Señor, se perdiese: juicios son suyos, para dar mas que ganar á su siervo debia de ser, porque él no dejaba de trabajar como antes, y para probar la conformidad que tenia con su voluntad. Deciame, que no le daba mas pena, que si lo tuviera su vecino, que algunas veces pensaba, que no le parecia le pesaria si se le perdia la vista del otro, porque se estaria en una ermita sirviendo á Dios sin mas obligaciones. Siempre fue este su llamamiento antes que fuese obispo, y me lo decia algunas veces, y estuvo casi determinado á dejarlo todo é irse. Yo no lo podia llevar, por parecerme que seria de gran provecho en la Iglesia de Dios, y ansí deseaba lo que ahora tiene, aunque el dia que le dieron el obispado, como me lo envió á decir luego, me dió un alboroto muy grande, pareciéndome le veia con una grandísima carga, y no me podia valer ni sosegar, y fuíle á encomendar al coro á Nuestro Señor, y su Majestad me sosegó luego, que me dijo, que seria muy en servicio suyo, y vase pareciendo bien. Con el mal de ojo que tiene, y otros algunos bien penosos, y el trabajo que es ordinario, ayuna cuatro dias en la semana, y otras penitencias: su comer es de bien poco regalo. Cuando anda á visitar, es á pié,

que sus criados no le pueden llevar, y se me quejaban; estos han de ser virtuosos, ó no estar en su casa. Fía poco de que negocios graves pasen por provisores (y aun pienso todos) sino que pasen por su mano. Tuvo dos años allí al principio las mas bravas persecuciones de testimonios, que yo me espantaba, porque en caso de hacer justicia, es entero y recto. Ya estas iban cesando, y aunque han ido á corte, y á donde pensaban le podian hacer mal, mas como se va ya entendiendo el bien en todo el obispado, tienen poca fuerza, y él lo ha llevado todo con tanta perfecion que los ha confundido, haciendo bien á los que sabia le hacian mal. Por mucho que tenga que hacer, no deja de procurar tiempo para tener oracion.

Parece que me voy embebiendo en decir bien deste Santo, y he dicho poco: mas para que se entienda quién es el principio de la fundacion de la Santísima Trinidad de Soria, y se consuelen las que hubiere de haber en él, no se ha perdido nada, que las de ahora bien entendido lo tienen. Aunque él no dió la renta, dió la iglesia, y fue, como digo, quien puso á esta señora en ello, á quien, como he dicho, no le falta mucha cristiandad, y virtud y penitencia.

Pues acabadas de pasarnos á la iglesia, y de aderezar lo que era menester para la clausura, habia necesidad que yo fuese al monasterio de San Josef de Avila, y ansi me partí luego con harto gran calor, y el camino que habia era muy malo para carro. Fue conmigo un racionero de Palencia, llamado Ribera, que fue en extremo lo que me ayudó en la labor del pasadizo, y en todo, porque el Padre Nicolao de Jesús María fuese luego en haciéndose las escrituras de la fundacion, que era mucho menester en otra parte. Este Ribera tenia cierto negocio en Soria cuando fuimos, y fué con nosotras. De allí le dió Dios tanta voluntad de hacernos bien, que se puede encomendar á su Majestad con los bienhechores de la órden. Yo no quise viniese otro conmigo, y mi compañera, porque es tan cuidadoso, que me bastaba, y mientras menos ruido, mejor me hallo por los caminos. En este pagué lo bien que me habia ido en la ida; porque aunque quien iba con nosotras sabia el camino hasta Segovia, no sabia el camino de los carros, y ansí nos llevaba este mozo por parte que veníamos á apearnos muchas veces, y llevaba el carro casi en peso por unos despeñaderos grandes: si tomábamos guias, llevábannos hasta donde

sabian habia buen camino, y un poco antes que viniese el malo dejábannos, que decian tenian que hacer. Primero que llegásemos á una posada, como no habia certidumbre, habiamos pasado mucho sol, y aventura de trastornarse el carro muchas veces: yo tenia pena por el que iba con nosotras, porque ya que nos habian dicho que íbamos bien, era menester tornar á desandar lo andado: mas él tenia la virtud tan de raíz, que nunca me parece le ví enojado, que me hizo espantar mucho, y alabar á Nuestro Señor, que á donde hay virtud de raiz, hacen poco las ocasiones. Yo le alabo de como fue servido sacarnos de aquel camino.

Llegamos á San Josef de Segovia víspera de San Bartolomé, á donde estaban nuestras monjas penadas por lo que tardaba, que como el camino era tal, fue mucho. Allí nos regalaron, que nunca Dios me da trabajo, que no le pague luego. Descansé ocho y mas dias, mas esta fundacion fue tan sin ningun trabajo, que deste no hay que hacer caso, porque no es nada. Vine contenta, por parecerme tierra á donde espero en la misericordia de Dios, se ha servir de que esté allí, como ya se va viendo. Sea para siempre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos. Amen. Deo gratias.

CAPÍTULO XXXI

Comiénzase á tratar en este capítulo de la fundacion del glorioso San Josef de santa Ana, en la ciudad de Burgos. Díjose la primera misa á 19 dias del mes de Abril, octava de Pascua de Resurreccion, año de 1582.

Habia mas de seis años, que algunas personas de mucha religion de la Compañía de Jesús, antiguas, y de letras y espíritu, me decian que se serviria mucho Nuestro Señor, de que una casa desta sagrada religion estuviese en Burgos, dándome algunas razones para ello, que me movian á desearlo. Con los muchos trabajos de la órden y otras fundaciones, no habia habido lugar de procurarlo. El año de mil y quinientos y ochenta estando yo en Valladolid, pasó por allí el arzobispo de Burgos, que habian dádole entonces el arzobispado (que lo era

antes de Canaria) y venia entonces: supliqué al obispo de Palencia D. Alvaro de Mendoza (de quien ya he dicho lo mucho que favorece esta órden; porque fue el primero que admitió el monasterio de San Josef de Avila, siendo allí obispo, y siempre despues nos ha hecho mucha merced, y toma las cosas desta órden como propias, en especial las que yo le suplico) le pidiese licencia para fundar en Burgos, y muy de buena gana dijo se la pediria; porque como le parece se sirve Nuestro Señor en estas casas, gusta mucho cuando alguna se funda. No quiso el arzobispo entrar en Valladolid, sino posó en el monasterio de San Gerónimo, á donde le hizo mucha fiesta el obispo de Palencia, y se fué á comer con él, y darle un cinto, ó no sé qué ceremonia, que lo habia de hacer obispo. Allí le pidió la licencia para que yo fundase el monasterio: él dijo la daria de muy buena gana, porque aun habia querido en Canaria, y deseado procurar tener un monasterio destos, porque él conocia lo que se servia en ellos á Nuestro Señor, porque era donde habia uno dellos, y á mí me conocia mucho, ansí me dijo el obispo, que por la licencia no quedase, que él se habia holgado mucho dello. Y como no trata el Concilio que sea por escrito, sino que sea con su voluntad, esta se podia tener por dada.

En la fundacion pasada de Palencia dejo dicho la gran contradicion que tenia de fundar por este tiempo, por haber estado con una gran enfermedad, que pensaron no viviera, y aun no estaba convalecida; aunque esto no me suele á mí caer tanto en lo que veo que es servicio de Dios, ansí no entiendo la causa de tanta desgana como yo entonces tenia. Porque si es por poca posibilidad, menos habia tenido en otras fundaciones; á mí paréceme era el demonio, despues que he visto lo que ha sucedido, y ansí ha sido ordinario, que cada vez que ha de haber trabajo en una fundacion, como Nuestro Señor me conoce por tan miserable siempre me ayuda con palabras y con obras. He pensado algunas veces, como en algunas fundaciones que no los ha habido, no me advierte su Majestad de nada; ansí ha sido en esta, que como sabia lo que se habia de pasar, desde luego me comenzó á dar aliento. Sea por todo alabado. Ansí fue aquí, como dejo ya dicho en la fundacion de Palencia, que juntamente se trataba; que con una manera de represion me dijo: *¿Que de qué temia? ¿Que*

cuándo me había faltado? El mesmo soy; no dejes de hacer estas dos fundaciones. Porque queda dicha en la pasada, el ánimo con que me dejaron estas palabras, no hay para que tornarlo á decir aquí, porque luego se me quitó toda la pereza, por donde no parece no era la causa la enfermedad, ni la vejez, y así comencé á tratar de lo uno y de lo otro, como queda dicho. Pareció que era mejor hacer primero la de Palencia, como estaba mas cerca, y por ser el tiempo tan recio, y Burgos tan frío, y por dar contento al buen obispo de Palencia, y así se hizo, como queda dicho. Y como estando allí se ofreció la fundacion de Soria, pareció (pues allí se estaba todo hecho) que era mejor ir primero, y desde allí á Burgos. Parecióle al obispo de Palencia, (y yo se lo supliqué) que era bien dar cuenta al arzobispo de lo que pasaba, y envió desde allí despues de ida yo á Soria, á un canónigo al arzobispo, no á otra cosa, llamado Juan Alonso, y escribióme á mí lo que deseaba mi ida con mucho amor, y trató con el canónigo, y escribió á su señoría, remitiéndose á él, y que lo que hacia, era porque conocia á Burgos, que era menester entrar con su consentimiento: en fin, la resolucion fue, que yo fuese allá y se tratase primero con la ciudad, y que si no diese licencia, que no le habian de tener las manos, para que él no me la diese, y que él se había hallado en el primer monasterio de Avila, que se acordaba del gran alboroto y contradicion que había habido; y que así había querido prevenir acá, que no convenia hacerse monasterio, sino era de renta ó con consentimiento de la ciudad, que no me estaba bien, que por esto lo decia.

El obispo túvolo por hecho, y con razon en decir que yo fuese allá, y envióme á decir que fuésemos. Mas á mí me pareció alguna falta de ánimo en el arzobispo, y escribíle agradeciéndole la merced que hacia; mas que me parecia ser peor, no lo queriendo la ciudad, que hacerlo sin decírselo, y poner á su señoría en mas contienda. Parece adiviné lo poco que tuviera en él, si hubiera alguna contradiccion, que yo la procuraria, y aun túvelo por dificultoso, por las contrarias opiniones que suele haber en cosas semejantes; y escribí al obispo de Palencia, suplicándole, que pues ya había tan poco de verano, y mis enfermedades eran tantas para estar en tierra tan fría, que se quedase por entonces. No puse duda en cosas

del arzobispo, porque él estaba ya desabrido de que ponia inconvenientes, habiéndole mostrado tanta voluntad, y por no poner alguna discordia, que son amigos; y ansí me fuí desde Soria á Avila, bien descuidada por entonces de venir tan presto, y fué harto necesaria mi ida á aquella casa de San Josef de Avila para algunas cosas.

Habia en la ciudad de Burgos, una santa viuda, llamada Catalina de Tolosa, natural de Vizcaya, que en decir sus virtudes me pudiera alargar mucho, ansí de penitencia como de oracion, de grandes limosnas y caridad, de muy buen entendimiento y valor. Habia metido dos hijas monjas en el monasterio de Nuestra Señora de la Concepcion, que está en Valladolid, (creo habia cuatro años) y en Palencia metió otras dos, que estuvo aguardando á que se fundase, y antes que yo me fuese de aquella fundacion, las llevó.

Todas cuatro han salido (como criadas de tal madre) que no parecen sino ángeles: dábales buenos dotes, y todas las cosas muy cumplidas, porque lo es ella mucho, y todo lo que hace muy cabal, y puédelo hacer, que es rica. Cuando fué á Palencia, tuvimos por tan cierta la licencia del arzobispo, que no parecia habia en qué reparar; y ansí la rogué me buscase una casa alquilada, para tomar la posesion, y hiciese unas rejas, y torno, y lo pusiese á mi cuenta, no pasándome por pensamiento, que ella gastase nada, sino que me lo prestase. Ella lo deseaba tanto, que sintió en gran manera que se quedase por entonces; y ansí despues de ido yo á Avila (como he dicho) bien descuidada de tratar dello por entonces, ella no lo quedó; sino pareciéndole no estaba en mas de tener licencia de la ciudad (sin decirme nada) comenzó á procurarla. Tenia ella dos vecinas, personas principales y muy siervas de Dios, que lo deseaban mucho, madre y hija: la madre se llamaba doña María Manrique, que tenia un hijo regidor, llamado don Alonso de Santo Domingo Manrique, la hija se llamaba doña Catalina: entrambas lo trataron con él para que lo pidiese en el Ayuntamiento, el que habló á Catalina de Tolosa diciendo, que ¿qué fundamento diria que teníamos? porque no lo darian sin ninguno: ella dijo, que se obligaria (y ansí lo hizo) de darnos casa si nos faltase, y de comer; y con esto dió una peticion firmada de su nombre. Don Alonso se dió tan buena maña, que la alcanzó de todos los regidores, y fué al arzobis-

po, y llevóle la licencia por escrito. Ella luego despues de comenzado á tratar, me escribió que lo andaba negociando. Yo lo tuve por cosa de burla, porque sé cuán mal admiten monasterios pobres, y como no sabia ni me pasaba por pensamiento que ella se obligaba á lo que hizo, parecióme era mucho mas menester.

Con todo, estando un dia de la octava de San Martin encomendándolo á Nuestro Señor, pensé que se podia hacer si la diese: porque ir yo á Burgos con tantas enfermedades (que les son los frios muy contrario siendo tan fria) parecióme que no se sufria, que era temeridad andar tan largo camino, acabada casi de venir de tan áspero como he dicho en la venida de Soria: ni el Padre provincial me dejaria. Consideraba que iria bien la priora de Palencia, que estando todo lleno, no habria que hacer. Estando pensando esto, y muy determinada de no ir, díceme el Señor estas palabras, por donde ví que era ya dada la licencia: *No hagas caso destos frios, que yo soy la verdadera calor: el demonio pone todas sus fuerzas para impedir aquella fundacion, ponlas tú de mi parte, porque se haga, y no dejes de ir en persona, que hará gran provecho.* Con esto torné á mudar parecer, aunque el natural en cosas de trabajo algunas veces repugna, mas no la determinacion de padecer por este gran Dios; y ansí le digo, que no haga caso destos sentimientos de mi flaqueza, para mandarme lo que fuere servido, que con su favor no lo dejaré de hacer. Hacia entonces nieves: lo que me acordaba mas, es la poca salud, que á tenerla, todo me parece que se haria nada. Esta me ha fatigado en esta fundacion muy de ordinario: el frio ha sido tan poco (al menos lo que yo he sentido) que con verdad me parecia sentia tanto cuando estaba en Toledo. Bien ha cumplido el Señor su palabra de lo que en esto dijo.

Pocos dias tardaron en traerme la licencia con cartas de Catalina de Tolosa, y de su amiga doña Catalina, dando gran priesa, porque temia no viniese algun desman, porque habia á la sazon venido allí á fundar la órden de los vitorianos, y la de los calzados del Cármen habia mucho que estaban allí procurando fundar, despues vinieron los basilios, que era harto impedimento, y cosa para considerar habernos juntado tantos en un tiempo, y tambien para alabar á Nuestro Señor de la gran caridad deste lugar, que les dió licencia la ciudad muy

de buena gana, con no estar con la prosperidad que solia. Siempre habia yo oido loar la caridad desta ciudad, mas no pensé llegaba á tanto; unos favorecian á unos, otros á otros: mas el arzobispo miraba por todos los inconvenientes que podia haber, y lo defendia, pareciéndole era hacer agravio á las órdenes de pobreza, que no se podian mantener, y quizá acudian á él los mesmos, ó lo inventaba el demonio para quitar el gran bien que hace Dios á donde trae muchos monasterios, porque poderoso es para mantener los muchos como los pocos.

Pues con esta ocasion era tanta la priesa que me daban estas santas mujeres, que á mi querer luego me partiera si no tuviera negocios que hacer; porque miraba yo cuán mas obligada estaba á que no se perdiese coyuntura por mí, que á los que veia poner tanta diligencia. En las palabras que habia entendido, daban á entender contradicion mucha, yo no podia saber á quién, ni por dónde, porque ya Catalina de Tolosa me habia escrito, que tenia cierta la casa en que vivia para tomar la posesion, la ciudad llana, el arzobispo tambien: no podia pensar de quién habia de ser esta contradicion que los demonios habian de poner (porque como eran de Dios las palabras que habia entendido, no dudaba). En fin, da su Majestad á los perlados mas luz, que como lo escribí al Padre provincial en que fuese, por lo que habia entendido, no me lo estorbó; mas dijo, ¿que si habia licencia por escrito del arzobispo? Yo le escribí de Burgos me lo habian escrito, que con él se habia tratado, y como se pedia á la ciudad la licencia, y lo habia tenido por bien esto, y todas las palabras que habia dicho en el caso, parece no habia que dudar.

Quiso el Padre provincial ir con nosotras á esta fundacion: parte debia ser estar entonces desocupado, que habia predicado el Adviento ya, y habia de ir á visitar á Soria, que después que se fundó no le habia visto, y era poco rodeo; y parte por mirar por mi salud en los caminos, por ser el tiempo tan recio, y yo tan vieja y enferma, y parecerles importa algo mi vida. Y fué cierto ordenacion de Dios, porque los caminos estaban tales (que eran las aguas muchas) que fue bien necesario ir él y sus compañeros para mirar por dónde se iba, y ayudar á sacar los carros de los trampales, en especial desde Palencia á Burgos, que fué harto atrevimiento salir de allí cuando salimos. Verdad es que Nuestro Señor me dijo: *Que bien po-*

diamos ir, que no temiese, que él sería con nosotros; aunque esto no lo dije yo al Padre provincial por entonces, mas consolábame á mí en los grandes trabajos y peligros en que nos vimos, en especial en un paso que hay cerca de Burgos, que llaman unos pontones, y el agua había sido tanta, y lo era muchos ratos, que ni se veía, ni parecía por dónde ir, sino todo agua, y de una parte y de otra está muy hondo. En fin, es gran temeridad pasar por allí, en especial con carros, que á trastornarse un poco, va todo perdido, y así el uno dellos se vió en peligro.

Tomamos una guía en una venta que está antes, que sabía aquel paso, mas cierto él es bien peligroso, pues las posadas, como no se podían andar jornadas á causa de los malos caminos, que era muy ordinario anegarse los carros en el cieno, y habían de pasar de unos las bestias al otro para sacarlos, gran cosa pasaron los Padres que iban allí, porque acertamos á llevar unos carreteros mozos y de poco cuidado. Ir con el Padre provincial lo aliviaba mucho, porque le tenía de todo, y una condición tan apacible, que no parece se le pega trabajo de nada, y así lo que era mucho lo facilitaba que parecía poco, aunque no los pontones, que no se dejó de temer harto. Porque verse entrar en un mundo de agua sin camino, ni barco, con cuanto Nuestro Señor me había esforzado, aun no dejé de temer, ¿qué harían mis compañeras? Íbamos ocho, dos que han de tornar conmigo, y cinco que han de quedar en Burgos, cuatro de coro, y una freila. Aun no creo he dicho cómo se llama el Padre provincial, es Fr. Gerónimo Gracián de la Madre de Dios, de quien ya otras veces he hecho mención. Yo iba con un mal de garganta bien apretado, que me dió en el camino llegando á Valladolid, y sin quitárseme calentura: como era con dolor tan grande, esto me hizo no gozar tanto del gusto de los sucesos de este camino. Este mal me duró hasta ahora que es á fin de junio, aunque no tan apretado con mucho, mas harto penoso. Todas venían contentas, porque en pasando el peligro, era recreación hablar en él. Es gran cosa padecer por obediencia, para quien tan ordinario la tiene, como estas monjas.

Con este mal camino llegamos á Burgos, por harta agua que hay antes de entrar en él. Quiso nuestro Padre fuésemos lo primero á ver el santo Crucifijo, para encomendarle el nego-

cio, y porque anocheciese, que era temprano. Cuando llegamos era viernes, un dia despues de la conversion de san Pablo, y veinte y seis dias de enero. Traíase determinado de fundar luego, y yo traia muchas cartas del canónigo Salinas, el que queda dicho en la fundacion de Palencia (que no menos le cuesta esta de aquí) y de personas principales, para que sus deudos favoreciesen este negocio, y para otros amigos muy encarecidamente, y ansí lo hicieron, que luego otro dia me vinieron á ver, y la ciudad, que nos dijo que ellos no estaban arrepentidos de lo que habian dicho sino que se holgaban que fuese venida, que viene en qué me podian hacer merced. Como si algun miedo traíamos era de la ciudad, tuvímoslo todo por llano, y aun sin que lo supiera nadie (á no llegar con agua grandísima á la casa de la buena Catalina de Tolosa) pensamos hacerlo saber al arzobispo, para decir la primera misa luego, como lo hago en casi las mas partes; mas por esto se quedó.

Descansamos aquella noche con mucho regalo que nos hizo esta santa mujer, aunque me costó á mí mas trabajo, porque tenia gran lumbre para enjugar el agua, y aunque era en chimenea, me hizo tanto mal, que otro dia no podia levantar la cabeza, que echada hablaba á los que venian por una ventana de reja, que pusimos un velo; que por ser dia, que por fuerza habia de negociar, se me hizo muy penoso. Luego de mañana fué el Padre provincial á pedir la bendicion al ilustrísimo, que no pensamos habia mas que hacer. Hallóle tan alterado y enojado, de que me habia venido sin su licencia, como si no me lo hubiera él mandado, ni tratádose cosa en el negocio, y ansí habló al Padre provincial enojadísimo de mí. Ya que concedió que él habia mandado que yo viniese, dijo que yo sola á negociarlo, mas venir con tantas monjas, Dios nos libre de la pena que le dió. Decirle que estaba negociado ya con la ciudad, como él pidió, que no habia mas que fundar, y que el obispo de Palencia me habia dicho habiéndole yo preguntado si seria bien que viniese sin hacerlo saber á su señoría, que no habia para qué, que ya él decia que lo deseaba, todo aprovechaba poco. Ello habia pasado ansí, y fué querer Dios se fundase la casa; y él mesmo lo dice despues, porque á hacérselo saber llanamente, dijera que no viniéramos. Con que despidió al Padre provincial, con que si no habia renta y casa propia, que en ninguna manera daria la licencia, que bien nos podía-

mos tornar. Pues bonitos estaban los caminos y hacia el tiempo. ¡O Señor mio! ¡Qué cierto es á quien os hace algun servicio, pagar luego con un gran trabajo! ¡Y qué precio tan precioso para los que de veras os aman, si luego se nos diese á entender su valor! Mas entonces no quisiéramos esta ganancia, porque parece lo imposibilitaba todo, que decia que lo que se habia de tener de renta y comprar la casa, que no habia de ser de lo que trajesen las monjas. Pues á donde no se traia pensamiento desto en los tiempos de ahora, bien se daba á entender no habia de haber remedio; aunque no á mí, que siempre estaba cierta que era todo para mejor, y enredos que ponia el demonio para que no se hiciese, y que Dios habia de salir con su obra. Vino con esto el provincial muy alegre, que entonces no se turbó. Dios lo proveyó, y para que no se enojase conmigo, porque no habia tenido la licencia por escrito, como él decia.

Habian estado ahí conmigo (de los amigos que habian escrito) el canónigo Salinas, como he dicho, y á él y sus deudos les pareció se pidiese licencia al arzobispo, para que nos dijesen misa en casa, por no ir por las calles, que hacian grandes lodos, y descalzas parecia inconveniente, y en la casa estaba una pieza decente que habia sido iglesia de la Compañía de Jesús, luego que vinieron á Burgos á donde estuvieron mas de diez años; y con esto nos parecia no habia inconveniente de tomar allí la posesion hasta tener casa. Nunca se pudo acabar con él, que nos dejase en ella oir misa, aunque fueron dos canónigos á suplicárselo. Lo que se acabó con él es, que tenida la renta, se fundase allí hasta comprar casa, y que para esto diésemos fiadores que se compraria, y que no saldriamos de allí. Estos hallamos luego, que los amigos del canónigo Salinas se ofrecieron á ello, y Catalina de Tolosa á dar renta con que se fundase. En qué tanto, y cómo y de dónde, se debian de pasar mas de tres semanas, y nosotras no oyendo misa sino las fiestas muy de mañana, y yo con calentura, y harto mala. Mas hízolo tan bien Catalina de Tolosa, que yo era tan regalada, y con tanta voluntad nos dió á todas un mes de comer, como si fuera madre de cada una, en un cuarto que estábamos apartadas. El Padre provincial y sus compañeros pasaban en casa de un su amigo, que habian sido colegiales juntos, llamado el doctor Manso, que era canónigo de púlpito en la iglesia mayor,

harto deshecho de ver que se detenia tanto allí, y no sabia cómo nos dejar.

Pues concertados los fiadores y la renta, dijo el arzobispo se diese al provisor, que luego se despacharia. El demonio no debia dejar de acudir á él, porque despues de muy mirado, que ya no pensábamos habia en qué se detener, y pasado casi un mes en acabar con el arzobispo se contentase con lo que se hacia, enviáme el provisor una memoria, y dice que la licencia no se dará hasta que tengamos casa propia: que ya no queria el arzobispo que fundásemos en la que estábamos, porque era húmeda, y habia mucho ruido en aquella calle: y para la seguridad de la hacienda, no sé qué enredos, y otras cosas, (como si entonces se comenzara el negocio) y que en esto no habia mas que hablar; y que la casa habia de ser á contento del arzobispo.

Mucha fué la alteración del Padre provincial cuando esto vió, y de todas; porque para comprar sitio para un monasterio, ya se ve lo que es menester de tiempo; y él andaba deshecho de vernos salir á misa, que (aunque la iglesia no estaba léjos, y la oíamos en una una capilla sin vernos nadie) para su reverencia y nosotras era grandísima pena lo que se habia estado: ya entonces (creo) estuvo en que nos tornásemos. Yo no lo podia llevar, cuando me acordaba que me habia dicho el Señor, que yo lo procurase de su parte, y teníalo por tan cierto que se habia de hacer, que no me daba ninguna casi pena; solo la tenia de la del Padre provincial, y pesábame harto de que hubiese venido con nosotros, como que no sabia lo que nos habian de aprovechar sus amigos, como despues diré. Estando en esta afliccion, y mis compañeras la tenian mucha mas (aunque desto no se me daba nada, sino del provincial) sin estar en oracion, me dijo el Señor estas palabras: *Ahora, Teresa, ten fuerte.* Con esto procuré con mas ánimo con el Padre provincial (y su Majestad se lo debia poner á él) que se fuese y nos dejase, porque era ya cerca de Cuaresma, y habia forzado de ir á predicar.

El y los amigos dieron órden de que nos diese unas piezas del hospital de la Concepcion, que habia santísimo Sacramento allí, y misa cada dia. Con esto le dió algun contento, mas no se pasó poco en dárnoslo; porque un aposento que habia bueno, habíales alquilado una viuda de aquí, y ella no

solo no nos le quiso prestar, (con que no habia de ir en medio año á él) mas pesóle que nos diesen unas piezas en lo mas alto á teja vana, y pasaba una á su cuarto. Y no se contentó con que tenia llave por de fuera, sino echar aldabas por de dentro. Sin esto los cofrades pensaron nos habíamos de alzar con el hospital (cosa bien sin camino, sino que quería Dios mereciésemos mas): hácennos delante de un escribano prometer al Padre provincial y á mí, que en diciéndonos que nos saliésemos de allí, luego lo habíamos de hacer. Esto se me hacia lo mas dificultoso, porque temia la viuda, que era rica y tenia parientes, que cuando le diese el antojo, nos habia de hacer ir. Mas el Padre provincial (como mas avisado) quiso se hiciese cuanto querian; porque nos fuésemos presto, no nos daban sino dos piezas y una cocina. Mas tenia cargo del hospital un gran siervo de Dios llamado Hernando de Matanza, que nos dió otras dos para locutorio y nos hacia mucha caridad, y él la tenia con todos, que hace mucho por los pobres. Tambien nos la hacia Francisco de Cuevas, que tenia mucha cuenta con este hospital, que es correo mayor de aquí; él ha hecho siempre para nosotras en cuanto se ha ofrecido.

Nombré á los bienhechores destos principios porque las monjas de ahora y las de por venir es razon se acuerden de ellos en sus oraciones: esto se debe mas á los fundadores; y aun que el primer intento mio no fué lo fuese Catalina de Tolosa, sí me pasó por pensamiento, mereciólo su buena vida con Nuestro Señor, que ordenó las cosas de suerte, que no se puede negar que lo es; porque dejado el pagar la casa, que no tuviéramos remedio, no se puede decir lo que todos estos desvíos del arzobispo le costaban; porque en pensar si no se habia de hacer, era su afliccion grandísima, y jamás se cansaba de hacernos bien. Estaba este hospital muy léjos de su casa, y casi cada dia nos veia con gran voluntad, y enviaba todo lo que habíamos menester, con que nunca cesaban de decirle dichos, que á no tener el ánimo que tiene, bastaban para dejarlo todo. Ver lo que ella pasaba me daba á mí harta pena; porque aunque las mas veces lo encubria, otras no lo podia disimular, en especial cuando la tocaban en la conciencia, porque ella la tiene tan buena, que por grandes ocasiones que algunas personas la dieron, nunca la oí palabra que fuese ofensa de Dios. Decíanla que se iba al infierno, que ¿cómo podia hacer lo que

hacia, teniendo hijos? Ella lo hacia todo con parecer de letrados, porque (aunque ella quisiera otra cosa) por ninguna de la tierra no consintiera yo hiciera cosa que no pudiera, aunque se dejaran de hacer mil monasterios, cuanto mas uno. Mas como el medio que se trataba era secreto, no me espanto se pensase mas. Ella respondia con una cordura, (que la tiene mucha) y lo llevaba, que bien parecia la enseñaba Dios á tener industria para contentar á unos y sufrir á otros; y la daba ánimo para llevarlo todo. Cuánto mas le tienen para grandes cosas los siervos de Dios, que los de grandes linajes, (si les falta esto) aunque á ella no le falta mucha limpieza en el suyo, que es muy hija-dalgo.

Pues tornando á lo que trataba, como el Padre provincial nos tuvo á donde oíamos misa, y con clausura, tuvo corazon para irse á Valladolid, á donde habia de predicar; aunque con harta pena de no ver en el arzobispo cosa para tener esperanza habia de dar la licencia, y aunque yo siempre se la ponia, no lo podia creer; y cierto habia grandes ocasiones para pensarlo, que no hay para qué las decir: y si él tenia poca, los amigos tenian menos, y le ponian mas mal corazon: Yo quedé mas aliviada de verlo ido, porque (como he dicho) la mayor pena que tenia era la suya. Dejónos mandado se procurase casa, porque si tuviese propia, lo que era bien dificultoso; porque hasta entonces ninguna se habia hallado que se pudiese comprar. Quedaron los amigos mas encargados de nosotras, (en especial los del Padre provincial) y concertados todos de no hablar palabra al arzobispo, hasta que tuviésemos casa, el cual siempre decia, que deseaba esta fundacion mas que nadie, y créolo, porque es tan buen cristiano, que no diria sino verdad: en las obras no se parecia, porque pedia cosas al parecer imposibles para lo que nosotras podíamos: esta era la traza que traia el demonio para que no se hiciese. Mas ¡ó Señor! ¡Cómo se ve que sois poderoso! Que de lo mesmo que él buscaba para estorbarlo, sacastes Vos como se hiciese mejor Seais por siempre bendito.

Estuvimos desde la víspera de santa María, que entramos en el hospital, hasta la víspera de san Josef, tratando de unas y de otras casas: habia tantos inconvenientes, que ninguna era para comprarse de las que querian vender. Habíanme hablado de una de un caballero, esta habia dias que la vendian, y con

andar tantas órdenes buscando casa, fue Dios servido que no les pareciese bien, que ahora se espanta todos, y aun están bien arrepentidos algunos: á mí me habian dicho della una de las dos personas, mas eran tantas las que decian mal, que ya (como cosa que no convenía) estaba descuidada della. Estando un dia con el licenciado Agular (que he dicho era amigo de nuestro Padre) que andaba buscando casa para nosotras con gran cuidado, diciendo como habia visto algunas, y que no se hallaba en todo el lugar, ni parecia posible hallarse, á lo que me decian, me acordé desta que digo que teníamos ya dejada, y pensé, aunque sea tan mala como dicen, socorrámonos en esta necesidad, que despues se puede vender; y díjelo al licenciado Agular que si queria hacerme merced de verla. A él no le pareció mala traza: la casa no habia visto, y con hacer un dia bien tempestuoso y áspero, quiso luego ir allá. Estaba un morador en ella, que habia poca gana que se vendiese, y no quiso mostrársela, mas en el asiento, y lo que pudo ver, le contentó mucho, y así nos determinamos de tratar de comprarla. El caballero cuya era no estaba aquí, mas tenia dado poder para venderla á un clérigo siervo de Dios, á quien su Majestad puso deseo de vendérnosla y tratar con mucha llaneza con nosotras. Concertóse que la fuese yo á ver: contentóme en tanto extremo, que si pidieran dos tantos mas de lo que entendia nos la darian, se me hiciera barata: y no hacia mucho, porque dos años antes lo daban á su dueño, y no la quiso dar. Luego otro dia vino allí el clérigo y el licenciado, el cual como vió con lo que se contaba, quisiera se atara luego. Yo habia dado parte á unos amigos, y habíanme dicho, que si lo daba, que daba quinientos ducados mas. Díjeselo, y él parecióle que era barata, aunque diese lo que pedia, y á mí lo mesmo, que yo no me detuviera, que me parecia de balde; mas como eran dineros de la órden, haciaseme escrúpulo. Esta junta era víspera del glorioso Padre san Josef antes de misa: yo les dije, que despues della nos tornásemos á juntar, y se determinaria. El licenciado es de muy buen entendimiento, y veia claro que si se comenzaba á divulgar, que nos habia de costar mucho mas, ó no comprarla; y así puso mucha diligencia, y tomó la palabra al clérigo tornarse allí despues de misa. Nosotras nos fuímos á encomendarlo á Dios, el cual me dijo: *¿En dineros te detienes?* Dando á entender nos estaba bien. Las hermanas

habian pedido mucho á san Josef, que para aquel dia tuviesen casa, y con no haber pensamiento de que la habria tan presto, se lo cumplió: todos me importunaron se concluyese, y ansí se hizo, que el licenciado se halló un escribano á la puerta, que parecia ordenacion del Señor; y vino con él, y me dijo que convenia concluirse, y trajo testigos, y cerrada la puerta de la sala, porque no se supiese (que este era su miedo) se concluyó la venta con toda firmeza, víspera, como he dicho, del glorioso san Josef, por la buena diligencia y entendimiento deste buen amigo.

Nadie pensó que se diera tan barata, y ansí en comenzándose á publicar, comenzaron á salir compradores, y á decir que la habia quemado el clérigo que la concertó, y á decir que se deshiciese la venta, porque era grande el engaño: harto pasó el buen clérigo. Avisaron luego á los señores de la casa, que como he dicho, era un caballero principal, y su mujer lo mesmo, y holgáronse tanto que su casa se hiciese monasterio, que por eso lo dieron por bueno, aunque ya no podian hacer otra cosa. Luego otro dia se hicieron escrituras, y se pagó el tercio de la casa, todo como lo pidió el clérigo, que en algunas cosas nos agraviaba del concierto, y por él pasámos por todo. Parece cosa impertinente ponerme en detenerme tanto encontar la compra desta casa, y verdaderamente á los que miraban las cosas por menudo, no les parecia menos que milagro, ansí en el precio tan de balde, como en haberse cegado todas las personas de religion, que la habian mirado, para no la tomar: y como sino hubieran estado en Burgos, se espantaban los que la veian, y los culpaban, y llamaban desatinados.

Y un monasterio de monjas que andaban buscando casa y aun dos dellos, el uno habia poco que se habia hecho, el otro venídose de fuera de aquí, que se les habia quemado la casa, y otra persona rica, que anda para hacer un monasterio, y habia poco que la habia mirado, y la dejó: todos están harto arrepentidos. Era el rumor de la ciudad de manera, que vimos claro la gran razon que habia tenido el buen licenciado, de que fuese secreto, y de la diligencia que puso, que con verdad podemos decir, que, despues de Dios, él nos dió la casa. Gran cosa hace un buen entendimiento para todo: como él le tiene tan grande, y le puso Dios la voluntad, acabó con él esta obra.

Estuvo mas de un mes ayudando, y dando traza á que se acomodase bien, y á poca costa. Parecía bien había guardado Nuestro Señor esta casa para sí, que casi todo parecía se hallaba hecho. Es verdad que luego que la vi (y todo como si se hiciera para nosotras) que me pareció cosa de sueño verlo tan presto hecho. Bien nos pagó Nuestro Señor lo que se había pasado, en traernos á un deleite, porque de huerta, vistas y agua, no parece otra cosa. Sea por siempre bendito. Amen.

Luego lo supo el arzobispo, y se holgó mucho se hubiese acertado tan bien, pareciéndole que su porfía había sido la causa, y tenía gran razon. Yo le escribí que me había alegrado le hubiese contentado, que yo me daría priesa á acomodar, para que del todo me hiciese merced. Con esto que le dije, me dí priesa á pasarme, porque me avisaron que hasta acabar no sé qué escrituras nos querían tener allí. Y así, aunque no era ido un morador que estaba en la casa, que tambien se pasó algo en echarle de allí, nos fuimos á un cuarto. Luego me dijeron estaba muy enojado dello el arzobispo: yo le aplaqué todo lo que pude, que como es bueno, aunque se enoja, pásasele presto. Tambien se enojó de que supo teníamos rejas y torno, que le parecía lo quería hacer absolutamente, y yo le escribí, que tal no quería, que en casa de personas recogidas había esto, que aun una cruz no había osado á poner, porque no pareciese esto, y así era la verdad. Con toda la buena voluntad que nos mostraba, no había remedio de querer dar la licencia.

Vino á ver la casa, y contentóle mucho, y mostrónos mucha gracia, más no para darnos la licencia, aunque dió mas esperanzas, y que se habían de hacer no sé qué escrituras con Catalina de Tolosa: harto miedo tenían que no la había de dar, mas el Dr. Manso (que es el otro amigo que he dicho del Padre provincial) era mucho suyo, para guardar los tiempos en acordárselo é importunarle, que le costaba mucha pena vernos andar como andábamos, que aun en esta casa (con tener capilla que no servía sino para decir misa á los señores della) nunca quiso que nos la dijesen en casa, sino que salíamos días de fiesta y domingos á oirla á una iglesia, que fué harto bien tenerla cerca, aunque despues de pasadas á ella, hasta que se fundó, que pasó de un mes, poco más ó menos, todos los letrados decían era causa suficiente: el arzobispo lo

es harto, que lo veia tambien, y ansí no parecia otra cosa la causa, sino querer Nuestro Señor que padeciésemos, aunque yo mejor lo llevaba; mas habia monja que en viéndose á la calle, temblaba de la pena que tenia.

Para hacer las escrituras no se pasó poco, porque ya se contentaban con fiadores, ya querian el dinero, y otras muchas importunidades. En esto no tenia tanta culpa el arzobispo, sino un provisor que nos hizo harta guerra, que si á la sazon no le llevara Dios á un camino, que quedó otro, nunca parece se acabara. ¡O lo que pasó en esto Catalina de Tolosa! No se puede decir: todo lo llevaba con una paciencia que me espantaba, y no se cansaba de proveernos. Dió todo el ajuar que tuvimos menester para sentar casa, de camas y otras muchas cosas, que ella tenia casa proveida, y de todo lo que habiamos menester, no parecia que (aunque faltase en la suya) nos habia de faltar nada. Otras de las que han fundado monasterios nuestros, mucha mas hacienda han dado, mas que las cueste de diez partes la una de trabajo, ninguna; y (á no tener hijos) diera todo lo que pudiera: y deseaba tanto verlo acabado, que le parecia todo poco lo que hacia para este fin.

Yo de que ví tanta tardanza, escribí al obispo de Palencia, suplicándole tornase á escribir al arzobispo, que estaba desabridísimo con él; porque todo lo que hacia con nosotras, lo tomaba por cosa propia; y lo que nos espantaba, que nunca al arzobispo le pareció nos hacia agravio en nada: yo le supliqué le tornase á escribir, diciéndole que pues teníamos casa, y se hacia lo que él queria, que acabase. Envióme una carta abierta para él de tal manera, que á dársela, lo echáramos todo á perder, y ansí el Dr. Manso (con quien yo me confesaba y aconsejaba) no quiso se la diese; porque aunque venia muy comedida, decia algunas verdades, que para la condicion del arzobispo bastaba á desabrirle; que ya él lo estaba de algunas cosas que le habia enviado á decir, y eran muy amigos: y deciame á mí, que como por la muerte de Nuestro Señor se habian hecho amigos los que no lo eran, que por mí los habia hecho á entrambos enemigos: yo le dije, que ahí veria lo que yo era. Habia yo andado con particular cuidado (á mi parecer) para que no se desabriesen: torné á suplicar al obispo por las mejores razones que pude, que le escribiese otra con mucha amistad, poniéndole delante el servicio que era de Dios.

El hizo lo que pedí, que no fué poco; mas como vió era servicio de Dios, y hacerme merced, que tan en un ser me las ha hecho siempre; en fin, se forzó y me escribió que todo lo que habia hecho por la órden no era nada, en comparacion desa carta. En fin, ella vino de suerte (junto con la diligencia del doctor Manso) que nos la dió, y envió con ella el buen Hernando de Matanza, que no venia poco alegre. Este dia estaban las hermanas harto mas fatigadas que nunca habian estado, y la buena Catalina de Tolosa, de manera, que no la podian consolar, que parece quiso el Señor, al tiempo que nos habia de dar el contento, apretar mas, que yo, que no habia estado desconfiada, lo estuve la noche antes. Sea para sin fin bendito su nombre, y alabado por siempre jamás. Amen.

Dió licencia al Dr. Manso para que dijese otro dia la misa, y pusiese el santísimo Sacramento: dijo él la primera, y el Padre prior de San Pablo, que es de los dominicos (á quien siempre esta órden ha debido mucho, y á los de la Compañía tambien) dijo la misa mayor el Padre prior con mucha solemnidad de menestriles, que sin llevarlos se vinieron. Estaban todos los amigos muy contentos; y casi se le dió á toda la ciudad, que nos habian mucha lástima de vernos andar así, y pareciales tan mal lo que hacia el arzobispo, que algunas veces sentia yo mas lo que oia dél, que no lo que yo pasaba. El alegría de la buena Catalina de Tolosa y de las hermanas era tan grande, que á mí me hacia devocion, y decia á Dios: *Señor, ¿qué pretenden estas vuestras siervas mas que serviros, y verse encerradas por Vos, á donde nunca han de salir?* Si no es por quien pasa, no se creerá el contento que se recibe en estas fundaciones, cuando nos vemos ya con clausura donde no puede entrar persona seglar, que por mucho que los queramos, no basta para dejar de tener este gran consuelo de vernos á solas. Paréceme que es como cuando en una red se sacan muchos peces del rio, que no pueden vivir si no los tornan al agua; así son las almas mostradas á estar en las corrientes de las aguas de su Esposo, que sacadas de allí á ver las redes de las cosas del mundo, verdaderamente no se vive hasta verse tornar allí. Esto veo en todas estas hermanas siempre, esto entiendo de experiencia, que las monjas que vieren en sí deseo de salir fuera entre seglares, ó de tratarlos mucho, teman que no han topado con el agua viva que dijo

el Señor á la Samaritana; y que se les ha escondido el Esposo: y con razon, pues ellas no se contentan de estarse con él. Miedo he que nace de dos cosas, ó que ellas no tomaron este estado por solo él, ó que despues de tomado no conocen la gran merced que Dios las ha hecho en escogerlas para sí, y librarlas de estar sujetas á un hombre que muchas veces las acaba la vida, y plegue á Dios no sea tambien el alma. ¡O verdadero hombre y Dios, Esposo mio! En poco se debe tener esta merced. Alabémosle, hermanas mias, porque nos la ha hecho, y no nos cansemos de alabar á tan gran Rey y Señor, que nos tiene aparejado un reino que no tiene fin, por un trabajillo envuelto en mil contentos que se acabarán mañana. Sea por siempre bendito. Amen. Amen.

Unos dias despues que se fundó la casa, pareció al Padre provincial y á mí, que en la renta que habia mandado Catalina de Tolosa á esta casa, habia ciertos inconvenientes, en que pudiera haber pleito, y á ella venir algun desasosiego; y quisimos mas fiar de Dios, que no quedar con ocasion de darle pena en nada; y por esto, y por otras algunas razones, dimos por ninguna delante de escribano, todas juntas en capítulo con licencia del Padre provincial, la hacienda que nos habia dado, y le tornamos todas las escrituras. Esto se hizo con mucho secreto, porque no lo supiera el arzobispo, que lo tuviera por agravio, aunque lo es para esta casa; porque cuando se sabe que es de pobreza no hay que temer, que todos ayudan: mas teniéndola por de renta, parece es peligro, y que se ha de quedar sin tener que comer por ahora, que para despues de los dias de Catalina de Tolosa, hizo un remedio, que dos hijas suyas, que aquel año habian de profesar en aquel monasterio de Palencia, hicieron que habian renunciado en ella cuando profesaron, hizo dar por ninguna aquella, y renunciar en esta casa; y otra hija que tenia, que quiso tomar hábito aquí, la deja su legítima de su padre y della, que es tanto como la renta que daba: sino que es el inconveniente, que no lo gozan luego, mas yo siempre he tenido que no les ha de faltar; porque el Señor, que hace en otros monasterios que son de limosna, que se la dén, despertará que lo hagan aquí, ó dará remedio con que se mantengan. Aunque como no se ha hecho ninguna desta suerte, algunas veces le suplicaba, pues habia querido se hiciese, diese órden como se remedia-

sen, y tuviesen lo necesario: y no me habia gana de ir de aquí, hasta ver si entraba alguna monja. Y estando pensando en esto una vez despues de comulgar, me dijo el Señor: *En qué dudas, que ya esté esto acabado, bien te puedes ir;* dándome á entender que no les faltaria lo necesario. Porque fue de manera, que como si las dejara muy buena renta, nunca mas me dió cuidado; y luego traté de mi partida, porque me parecia que ya no hacia nada aquí mas de holgarme en esta casa, que es muy á mi propósito, y en otras partes (aunque con mas trabajo) podia aprovechar más. El arzobispo y obispo de Palencia se quedaron muy amigos, porque luego el arzobispo nos mostró mucha gracia, y dió el hábito á su hija de Catalina de Tolosa, y á otra monja que entró luego aquí, y hasta ahora no nos dejan de regalar algunas personas, ni dejará Nuestro Señor padecer á sus esposas, si ellas le sirven como están obligadas: para esto las dé su Majestad gracia por su gran misericordia y bondad.

Hame parecido poner aquí, como las monjas de San Josef de Ávila, que fue el primer monasterio que se fundó (cuya fundacion está en otra parte escrita, y no en este libro), siendo fundado á la obediencia del Ordinario, se pasó á la de la órden. Cuando se fundó, era obispo D. Alvaro de Mendoza, el que lo es ahora de Palencia, y todo lo que estuvo en Ávila fueron en estremo favorecidas las monjas; y cuando se le dió la obediencia, entendí yo de Nuestro Señor que convenia dársela; y parecióse bien despues, porque en todas las diferencias de la órden tuvimos gran favor en él, y otras muchas cosas que se ofrecieron, á donde se vió claro; y nunca él consintió fuesen visitadas de clérigo, ni hacian en aquel monasterio mas de lo que yo le suplicaba. Desta manera pasó diez y siete años poco mas ó menos, que no me acuerdo, ni yo pretendia se mudase obediencia. Pasados estos, dióse el obispado de Palencia al obispo de Ávila: en este tiempo yo estaba en el monasterio de Toledo, y díjome Nuestro Señor que convenia que las monjas de San Josef diesen la obediencia á la órden, que lo procurase; porque á no hacer esto, presto vernia en relajamiento aquella casa. Yo, como habia entendido era bien darla al Ordinario, parecia se contradecia, no sabia que me hacer: díjelo á mi confesor, que era el que es ahora obispo de Osma, muy gran letrado: díjome que eso no hacia al caso, que para

entonces debia ser menester aquello, y para ahora estotro, (ya se ha visto muy claro ser verdad en muy muchas cosas), y que él veia estaria mejor aquel monasterio con estotros, que no solo. Hízome ir á Ávila á tratar dello. Hallé al obispo de bien diferente parecer, que en ninguna manera estaba en ello; mas como le dije algunas razones del daño que las podria venir, y él las queria muy mucho, fué pensando en ellas: y como tiene muy buen entendimiento, y Dios que ayudó, pensó otras razones mas pesadas que yo le habia dicho, y resolvióse á hacerlo: aunque algunos clérigos le iban á decir no convenia, no aprovechó. Eran menester los votos de las monjas; á algunas se les hacia muy grave, mas como me querian bien, llegáronse á las razones que les decia, en especial el ver que faltando el obispo á quien la órden debia tanto, y yo queria, que no me habian de tener mas consigo. Esto les hizo mucha fuerza, y así se concluyó cosa tan importante, que todas y todos han visto cuán perdida quedaba la casa en hacer lo contrario. ¡Ó bendito sea el Señor que con tanto cuidado mira lo que toca á sus siervas! Sea por siempre bendito. Amen.

AVISOS

DE LA

SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

PARA SUS MONJAS

La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil; ansí el entendimiento del hombre.

De todas las cosas espirituales decir bien, como de religiosos, sacerdotes y ermitaños.

Entre muchos, siempre hablar poco.

Ser modesta en todas las cosas que hiciere y tratare.

Nunca porfiar mucho, especial en cosas que va poco.

Hablar á todos con alegría moderada.

De ninguna cosa hacer burla.

Nunca reprender á nadie sin discreción y humildad, y confusión de sí mesma.

Acomodarse á la complexion de aquel con quien trata; con el alegre, alegre; y con el triste, triste: en fin, hacerse todo á todos, para ganarlos á todos.

Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho á Nuestro Señor, para que no hable cosa que le desagrade.

Jamás excusarse, sino en muy probable causa.

Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho; y entonces sea con humildad, y con consideracion, que aquellos dones son de la mano de Dios.

Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderacion decir lo que siente.

En todas las pláticas y conversaciones, siempre mezcle algunas cosas espirituales, y con esto se evitarán palabras ociosas y murmuraciones.

Nunca afirme cosa sin saberla primero.

Nunca se entremeta á dar su parecer en todas las cosas si no se lo piden, ó la caridad lo demanda.

Cuando alguno hablare cosas espirituales, óyalas con humildad, y como discípulo, y tome para sí lo bueno que dijere.

A tu superior y confesor descubre todas tus tentaciones, é imperfecciones, repugnancias, para que te dé consejo y remedio para vencerlas.

No estar fuera de la celda, ni salir sin causa; y á la salida, pedir favor á Dios, para no ofenderle.

No comer ni beber sino á las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias á Dios.

Hacer todas las cosas, como si realmente estuviese viendo á su Majestad, y por esta vía gana mucho una alma.

Jamás de nadie oigas ni digas mal, sino de tí misma; y cuando holgares desto, vas bien aprovechando.

Cada obra que hicieres, dirígela á Dios, ofreciéndosela, y pídele que sea para su honra y gloria.

Cuando estuvieres alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable y edificativa.

Siempre te imagina sierva de todos, y en todos considera á Cristo Nuestro Señor, y así le tenás respeto y reverencia.

Está siempre aparejada al cumplimiento de la obediencia, como si te lo mandase Jesucristo en tu prior ó prelado.

En cualquier obra y hora examina tu conciencia; y vistas tus faltas, procura la enmienda con el divino favor, y por este camino alcanzarás la perfeccion.

No pienses faltas ajenas, sino las virtudes, y tus propias faltas.

Andar siempre con grandes deseos de padecer por Cristo en cada cosa y ocasion.

Haga cada dia cincuenta ofrecimientos á Dios de sí, y esto haga con grande favor y deseo de Dios.

Lo que medita por la mañana, traiga presente todo el dia: y en esto ponga mucha diligencia, porque hay gran provecho.

Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare; y ponga por obra los deseos que en la oracion le diere.

Huya siempre la singularidad, cuanto le fuere posible, que es mal grande á la comunidad.

Las ordenanzas y regla de su religion, léalas muchas veces, y guárdelas de veras.

En todas las cosas criadas mire la Providencia de Dios y sabiduría, y en todas la alabe.

Despegue el corazon de todas las cosas, y busque y hallará á Dios.

Nunca muestre devocion de fuera que no haya dentro; pero bien podrá encubrir la indevocion.

La indevocion interior no la muestre, sino con grande necesidad: mi secreto para mi, dicen san Francisco y san Bernardo.

De la comida si está bien ó mal guisada, no se queje, acordándose de la hiel y vinagre de Jesucristo.

En la mesma no hable á nadie, ni levante los ojos á mirar á otra.

Considerar la mesma del cielo, y el manjar della, que es Dios, y los convidados, que son los Angeles: alce los ojos á aquella mesa, deseando verse en ella.

Delante de su superior (en el cual debe mirar á Jesucristo) nunca hable, sino lo necesario, y con gran reverencia.

Jamás hagas cosas que no puedas hacer delante de todos.

No hagas comparacion de uno á otro, porque es cosa odiosa.

Cuando algo te reprendieren, recíbelo con humildad interior y exterior, y ruega á Dios por quien te reprendió.

Cuando un superior manda una cosa, no digas que lo contrario mandó otro, sino piensa que todos tienen santos fines, y obedece á lo que te manda.

En cosas que no le va, ni le viene, no sea curiosa en hablarlas ni preguntarlas.

Tenga presente la vida pasada, para llorar, y la tibieza presente, y lo que le falta por andar de aquí al cielo para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

Lo que le dicen los de casa haga siempre, si no es contra la obediencia; y respóndales con humildad y blandura.

Cosa particular de comida, ó vestido, no la pida, sino con grande necesidad.

Jamás deje de humillarse, y mortificarse hasta la muerte en todas las cosas.

Use siempre á hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma.

Hagan actos de todas las demás virtudes.

Ofrezca todas las cosas al Padre eterno, juntamente con los méritos de su hijo Jesucristo.

Con todos sea mansa, y consigo rigurosa.

En las fiestas de los Santos piense sus virtudes, y pida al Señor se las dé.

Con el exámen de cada noche tenga gran cuidado.

El dia que comulgare, la oracion sea ver que siendo tan miserable ha de recibir á Dios, y la oracion de la noche, de que le ha recibido.

Nunca siendo superior reprenda á nadia con ira, sino cuando sea pasada, y ansí aprovechará la reprension.

Procure mucho la perfeccion y devocion y con ellas hacer todas las cosas.

Ejercitarse mucho en el temor del Señor, que trae el alma compungida y humillada.

Mirar bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar dellas, y ansí asirse bien de Dios, que no se muda.

Las cosas de su alma procure tratar con un confesor espiritual y docto, á quien las comunique, y siga en todo.

Cada vez que comulgare, pida á Dios algun don por la gran misericordia con que ha venido á su pobre alma.

Aunque tenga muchos Santos por abogados, séalo en particular de san Josef, que alcanza mucho de Dios.

En tiempo de tristeza y turbacion, no dejes las buenas obras que solias hacer de oracion y penitencia; porque el demonio procura inquietarte, porque las dejes: antes tengas mas que solias, y verás cuán presto el Señor te favorece.

Tus tentaciones é imperfecciones no comuniques con las mas desaprovechadas de casa, que harás daño á tí y á las otras, sino con las mas perfetas.

Acuérdate que nos tienes mas de una alma, ni has de morir mas de una vez, ni tienes mas de una vida breve, y una que es particular: ni hay mas de una gloria, y esta eterna, y darás de mano á muchas cosas.

Tu deseo sea de ver á Dios: tu temor, si le has de perder: tu dolor, que no le goras; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz.

DEO GRATIAS

VERSOS

DE LA

SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

NACIDOS

DEL FUEGO DEL AMOR DE DIOS QUE EN SÍ TENIA

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero

GLOSA

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazon:
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Solo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que solo te resta,
Para ganarte, perderte:
Venga ya la dulce muerte;
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no me seas esquiva:
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios que vive en mí,
Si no es perderte á ti
Para mejor á él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece:
A quien la muerte padece,
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar

Viéndote en el Sacramento,
Me hace mas sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para mas penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me debla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
O mi Dios, cuando será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero.

OTRA GLOSA SOBRE LOS MISMOS VERSOS

Vivo ya fuera de mí,
Despues que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazon le dí,
Puso en mí este letrero,
Que muero porque no muero.

Esta divina union,
Y el amor con que yo vivo,
Hace á mi Dios mi cautivo,
Y libre mi corazon;
Y causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel y estos hierros,
En que está el alma metida!
Solo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme;
Vida, no me seas molesta;
Porque muriendo, ¿qué resta,
sino vivir y gozarme?
No dejes de consolarme,
Muerte, que así te requiero,
Que muero porque no muero

OCTAVA

Dichoso el corazón enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento,
Por Él, renuncia todo lo criado,
y en Él halla su gloria y su contento;
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento;
y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestuoso.

CUARTETAS (1)

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
Decidme, ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os deteneis?

Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.
—¿Y qué temes más de tí?
—Lo que más temo es perderte.

Un amor que ocupe os pido,
Dios mío, mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.

Un alma en Dios escondida,
¿Qué tiene que desear,
Sino amar y más amar,
y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo á amar?

Al velo de la hermana Isabel de los Angeles en Salamanca, año de 1571.

GLOSA

Hermana, porque veleis

(1) La copia de Toledo dice «cuartillas», la última es quintilla.

Os han dado hoy este velo,
y no os va menos que el cielo:
Por eso no os descuideis.

Aquese velo gracioso
Os dice que estrís en vela,
Guardando la centinela
Hasta que venga el esposo,
Que, como ladron famoso,
Vendrá cuando no penseis:
Por eso no os descuideis.

No sabe nadie á cuál hora,
Si en la vigilia primera,
En la segunda ó tercera,
Todo cristiano lo ignora.
Pues velad, velad, hermana,
No os roben lo que teneis:
Por eso no os descuideis.

A Cristo crucificado

SONETO (1).

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios, muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido:
Muéveme ver tu cuerpo tan herido:
Muévenme las angustias de tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
Que, aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
Porque, si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Máximas

Nada te turbe:
Nada te espante:
Todo se pasa:
Dios no se muda.

(1) Atribuido tambien á san Francisco Javier.

La paciencia
Todo lo alcanza:
Quien á Dios tiene
Nada le falta:
Sólo Dios basta.

CARTAS ESCOGIDAS

AL PRUDENTÍSIMO SEÑOR, EL REY FELIPE II

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. M. Amen. A mi noticia ha venido un memorial, que á V. M. han dado contra el P. M. Gracian, que me espanto de los ardides del demonio y de sus ministros; porque no se contenta con infamar á este siervo de Dios (que verdaderamente lo es), y nos tiene tan edificadas á todas, que siempre me escriben de los monasterios que visita, que los deja con nuevo espíritu, sino que procura ahora deslustrar estos monasterios, á donde tanto se sirve á Nuestro Señor. Y para esto se han valido de los descalzos, que el uno, antes que fuese fraile, sirvió á estos monasterios, y ha hecho cosas á donde bien da á entender, que muchas veces le falta el juicio: y deste descalzo, y otros apasionados contra el P. M. Gracian (porque ha de ser el que los castigue) se han querido valer sus émulos, haciéndoles firmar desatinos, que si no temiese el daño que podria hacer el demonio, me daria recreacion lo que dice que hacen las descalzas; porque para nuestro hábito seria cosa monstruosa. Por amor de Dios suplico á V. M. no consienta que anden en tribunales testimonios tan infames; porque es de tal suerte el mundo, que puede quedar alguna sospecha en alguno (aunque mas se pruebe lo contrario) si dimos alguna ocasión. Y no ayuda á la reformación poner mácula en lo que está por la bondad de Dios tan reformado, como V. M. podrá ver, si es servido, por una probanza que mandó hacer el P. Gracian destos monasterios, por ciertos respetos de personas graves y santas, que á estas monjas tratan. Y pues de los que han escrito los memoriales se puede hacer información de lo que les mueve, por amor de Dios Nuestro Señor. V. M. lo mire, como cosa que toca á su gloria y honra. Porque si los contrarios ven que

se hace caso de sus testimonios, por quitar la visita levantarán á quien la hace, que es hereje; y donde no hay mucho temor de Dios, será fácil probarlo.

Yo he lástima de lo que este siervo de Dios padece, y con la rectitud y perfeccion que va en todo; y esto me obliga á suplicar á V. M. le favorezca, ó le mande quitar de la ocasion destos peligros, pues es hijo de criados de V. M., y él por sí no pierde; que verdaderamente me ha parecido un hombre enviado de Dios y de su bendita Madre, cuya devocion, que tiene grande, le trujo á la órden para ayuda mia; porque há mas de diez y siete años que padecia á solas, y ya no sabia cómo lo sufrir, que no bastaban mis fuerzas flacas. Suplico á V. M. me perdone lo que me he alargado, que el gran amor que tengo á V. M. me ha hecho atreverme, considerando, que pues sufre el Señor mis indiscretas quejas, tambien las sufrirá V. M. Plegue á él oiga todas las oraciones de descalzos y descalzas que se hacen, para que guarde á V. M. muchos años, pues

ningun otro amparo tenemos en la tierra. Fecha en Avila, á trece de septiembre de mil y quinientos y setenta y seis años.

Á LA MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ DE SEVILLA.—DESDE ÁVILA, OCTUBRE DE 1577

Jesús. Sea con vuestra reverencia siempre, hija mia. El mes pasado escribia á vuestra reverencia con un arriero de esta ciudad, con quien tambien escribió mi hermano, en la cual decia andaban los negocios algo revueltos, como ya vuestra reverencia sabrá del padre Gregorio, más por entero que yo los pude entonces escribir. Ahora, bendito Dios, van muy bien, cada dia mejor, y nuestro padre está bueno, y se tiene todavía su comisión; aunque yo le quisiera harto ver libre de esta gente, que son tantas las cosas que inventan, que no se pueden escribir, y lo bueno es que todo les llueve acuestas, y se vuelve en bien para nosotros.

Ya vuestra reverencia sabrá como fray Miguel y fray Baltasar se han desdicho, aunque jura fray Miguel que no escribió cosa del memorial, sino que por fuerzas y amenazas se lo hicieron firmar. Esto y otras cosas dijo con testigos delante de escribano y del Santísimo Sacramento. El Rey ha entendido ser todo maldad, y así lo hacen sino hacer mal para sí. Yo me ando ruin de mi cabeza: encomiéndenme á Dios y á estos hermanos, que Dios los dé luz para que sus ánimas se salven.

Yo digo á vuestra reverencia, que pasa aquí en la Encarnacion una cosa, que creo que no se ha visto otra de la manera. Por órden del Tostado vino aquí el provincial de los Calzados á hacer la elección, há hoy quince dias, y traia grandes censuras y descomuniones, para las que me diesen á mí voto, y con todo esto á ellas no se les dió nada, sino como si no las dijeran cosa, votaron por mí cincuenta y cinco monjas: y cada voto que daban al provincial las descomulgaba y maldecia, y con el puño machucaba los votos y les daba golpes y los quemaba, y dejólas descomulgadas, há hoy quince dias, y sin oir misa ni entrar en el coro, aun cuando no se dice el oficio divino, y que no las hable nadie, ni los confesores, ni sus mismos padres; y lo que mas cae en gracia es, que otro dia despues de esta eleccion machucada, volvió el provincial á lla-

marias, que viniesen á hacer eleccion, y en ellas respondieron, que no tenian para qué hacer más eleccion, que ya la habian hecho; y de que esto vió tornólas á descomulgar; y llamó á las que habian quedado, que eran cuarenta y cuatro, y sacó otra priora, y envió al Tostado por confirmacion. Ya la tienen confirmada, y las demás están fuertes, y dicen que no la quieren obedecer sino por vicaria.

Los letrados dicen que no están descomulgadas; y que los frailes van contra el Concilio en hacer la priora que han hecho con menos votos. Ellas han enviado al Tostado á decirle como me quieren por priora, él dice que no, que si yo quiero irme allá á recoger mas que por priora no lo pueden llevar á paciencia. No sé en qué parará.

Esto es en suma lo que ahora pasa, que están todos espantados de ver una cosa que á todos ofende, como esta, yo las perdonaria de buena gana, si ellas quisiesen dejarme en paz, que no tengo gana de verme en aquella Babilonia, y mas con la poca salud que tengo, y cuando estoy en aquella casa menos. Dios lo haga como mas me sirva, y me libre de ellas.

Teresa está buena, y se encomienda á vuestra reverencia. Está muy bonita, y ha crecido mucho: encomiéndemela á Dios, que la haga su sierva. Hágame vuestra reverencia saber si ha entrado la viuda, que lo deseo, y su hermana si volvió á las Indias. 1578.

Harto deseo me ha dado de poder tratar con vuestra reverencia muchas cosas, que me diera consuelo, mas algun dia terné espacio y mensajero cierto para tomarle, mejor que ahora. La señora doña Luisa nos ayuda mucho, y hace merced en todo. Encomiéndela á Dios, y al Arzobispo de Toledo, y del Rey nunca se olvide.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON TEUTONIO DE BRAGANZA, ARZOBISPO QUE FUÉ DE ÉBORA, EN SALAMANCA

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea con V. S. y venga muy en hora buena con salud, que ha sido harto contento para mí, aunque para tan largo camino, corta se me hizo la carta, y aun no me dice V. S. si se hizo bien á lo que V. S. iba. De que estará descontento de sí no es cosa nueva; ni V. S. se espante, de que con el trabajo del camino, y el no poder tener el tiempo tan ordenado, tenga alguna tibieza. Como V. S. torne á su sosiego, le tornará á tener el alma. Yo tengo ahora alguna salud, para como he estado; que á saberme quejar tambien como V. S. no tuviera en nada sus penas. Fué extraño los dos meses de gran mal que tuve; y era de suerte, que redundaba en lo interior, para tenerme como una cosa sin ser. Desto interior ya estoy buena; de lo exterior, con los males ordinarios bien regulada de V. S. Nuestro Señor se lo pague, que ha habido para mí y otras enfermas, que lo vinieron harto algunas de Pastrana, porque la casa era muy húmeda. Mejores están: son muy buenas almas, que gustaría V. S. de tratarlas, en especial la priora

Ya yo sabia la muerte del rey de Francia. Harta pena me da ver tantos trabajos, y como va el demonio ganando almas. Dios lo remedie, que si aprovechasen nuestras oraciones, no hay descuido en suplicarlo á S. M. A quien suplico, pague á V. S. el cuidado que tiene de hacer merced y favor á esta órden. El Padre provincial ha andado tan léjos (digo el visitador)

que aun por cartas no he podido tratar este negocio. De lo que V. S. me dice de hacer ahí casa destos descalzos, sería harto bien, si el demonio, por serlo tanto no lo estorbara: y es harta comodidad la merced que V. S. nos hace. Y ahora viene bien, que los visitadores se han tornado á confirmar y no por tiempo limitado; y creo que con mas autoridad, para cosas que antes, y pueden admitir monasterios y así espero en el Señor lo ha de querer. V. S. no lo despida por amor de Dios. Presto creo estará cerca el Padre visitador: yo le escribiré; y dícenme irá por allá. V. S. me hará la merced de hablarle, y decir su parecer en todo. Puede hablarle V. S. con toda llane-

za, que es muy bueno, y merece que se trate así con él; y por V. S. quizá se determinará á hacerlo. Hasta ver esto, suplico á V. S. no lo despida. La madre priora se encomienda en las oraciones de V. S. Todas han tenido cuenta, y la tienen de encomendarle á Nuestro Señor, y así lo harán en Medina,

y á donde me quisieren hacer placer. Pena me da la poca salud que trae nuestro Padre rector: Nuestro Señor se la dé, y á V. S. tanta santidad como yo le suplico. Amen. Mande V. S. decir al Padre rector, que tenemos cuidado de pedir al Señor su salud, y que me va bien con el P. Santander, aunque no con los religiosos vecinos; porque compramos una casa harto á nuestro propósito, y es algo cerca de ellos, y hannos puesto pleito: no sé en qué parará.

AL MISMO ILUSTRISIMO PERLADO DON TEUTONIO DE BRAGANZA, ARZOBISPO DE ÉBORA.

Jesus. La gracia del Espíritu Santo sea con V. S. I. Amen. Una carta de V. S. I. recibí mas ha de dos meses, y quisiera harto responder luego, y aguardando alguna bonanza de los grandes trabajos que desde agosto hemos tenido descalzos y descalzas, para dar á V. S. noticia dello, como me mandan en su carta me he detenido; y hasta ahora va cada dia peor, como después diré á V. S. Ahora no quisiera sino verme con V. S., que por carta podré citar mal el contento que me ha dado una que he recibido esta semana de V. S. por la via del Padre rector, aunque con mas claridad tenia yo nuevas de V. S. mas ha de tres semanas, y despues me las han dicho por otra parte: que no sé cómo piensa V. S. ha de ser secreta cosa semejante. Plegue á la divina Majestad, que sea para tanta gloria y honra suya, y ayuda de ir á V. S. creciendo en mucha santidad, como yo pienso que será.

Crea V. S. que cosa tan encomendada á Dios, y de almas que solo traen delante que sea servido en todo lo que piden, que no las dejará de oir: y yo, aunque ruin, es muy contino el suplicárselo, y en todos estos monasterios destas siervas de V. S. á donde hallo cada dia almas, que cierto me traen con harta confusion. No parece sino que anda Nuestro Señor escogiéndolas para traerlas á estas casas, de tieeras á donde no sé quién las da noticia.

Así que V. S. se anime mucho, y no le pase por pensamiento pensar, que no ha sido ordenado de Dios (que yo así lo tengo por cierto), sino que quiere su Majestad, que lo que V. S. ha deseado servirle, lo ponga ahora por obra: que ha

estado mucho tiempo ocioso, y Nuestro Señor está muy necesitado de quien le favorezca la virtud: que poco podemos la gente baja y pobre, si no despierta Dios quien nos ampare, aunque más queramos no querer cosa, sino su servicio: porque está la malicia tan subida, y la ambicion y honra, en muchos que la habian de traer debajo de los piés, tan canonizada, y aun el mesmo Señor parece se quiere ayudar de sus criaturas, con ser poderoso, para que venza la virtud sin ellas; porque le faltan los que habia tomado para ampararla, y assí escoge las personas que entiende le pueden ayudar.

V. S. procure emplearse en esto, como yo entiendo lo hará, que Dios le dará fuerzas y salud (y yo lo espero en su Majestad), y gracia para que acierte en todo. Por acá servirémos á V. S. en suplicárselo muy contino: y plegue al Señor le dé á V. S. personas inclinadas al bien de las almas, para que pueda V. S. descuidar. Harto me consuela, que tenga V. S. la compañía tan por suya, que es de grandísimo bien para todo.

Del buen suceso de mi señora la marquesa de Elche me he alegrado mucho, que me trujo con harta pena y cuidado aquel negocio hasta que supe era concluido tan bien. Sea Dios alabado. Siempre cuando el Señor da tanta multitud de trabajos juntos, suele dar buenos sucesos, que como nos conoce por tan flacos, y lo hace todo por nuestro bien, mide el padecer conforme á las fuerzas. Y assí pienso nos ha de suceder en estas tempestades de tantos dias; que si estuviese cierta viven estos descalzos y descalzas procurando llevar su regla con rectitud y verdad, habria algunas veces temido han de salir los émulos con lo que pretenden (que es acabar este principio, que la Vírgen sacratísima ha procurado se comience) segun las astucias trae el demonio, que parece le ha dado Dios licencia que haga su poder en esto.

Son tantas las cosas y las diligencias que ha habido para desacreditarnos, en especial al P. Gracian y á mí (que es á donde dan los golpes), y digo á V. S. que son tantos los testimonios que deste hombre se han dicho, y los memoriales que han dado al Rey, y tan pesados, y destos monasterios de descalzas, que le espantaria á V. S. si lo supiese, de cómo se pudo inventar tanta malicia Yo entiendo se ha ganado mucho en ello: estas monjas con tanto regocijo, como si no les tocara; el P. Gracian con una perfeccion que me tiene espantada. Gran

tesoro tiene Dios encerrado en aquella alma, con oración especial por quien se los levanta, porque los ha llevado con una alegría como un san Gerónimo. Como él las ha visitado dos años, y las conoce, no puedo sufrir, porque las tiene por ángeles, y ansí las llama.

Fue Dios servido, que de lo que nos tocaba se desdijeron los que lo habian dicho. De otras cosas que decian del padre Gracian, se hizo probanza por mandato del Consejo, y se vió la verdad. De otras cosas tambien se desdijeron, y vínose á entender la pasion de que andaba la corte llena. Y crea V. S. que el demonio pretendió quitar el provecho que estas casas hacen.

Ahora dejado lo que se ha hecho con estas pobres monjas de la Encarnacion, que por sus pecados me eligieron, que ha sido un juicio, está espantado todo el lugar de lo que han padecido y padecen, y aun no sé cuándo se ha de acabar; porque ha sido extraño el rigor del P. Tostado con ellas. Las tuvieron cincuenta y mas dias sin dejarles oir misa; que ver á nadie, tampoco ven ahora. Decian que estaban descomulgadas; y todos los teólogos de Ávila, que no: porque la descomunion era, porque no eligiesen de fuera de casa (que entonces no dijeron que por mí la ponian), y á ellas les pareció, que como yo era profesa de aquella casa, y estuve tantos años en ella, que no era de fuera; porque si ahora me quisiese tornar allí, podia, por estar allí mi dote, y no ser provincia apartada: y confirmaron otra priora con la menor parte. En el Consejo lo tienen, no sé en lo qué parará.

He sentido muy mucho ver por mí tanto desasosiego, y escándalo de la ciudad, y tantas almas inquietas, que las descomulgadas eran mas de cincuenta y cuatro. Solo me ha consolado, que hice todo lo que pude porque no me eligiesen. Y certifico á V. S. que es uno de los grandes trabajos que me pueden venir en la tierra, verme allí, y ansí el tiempo que estuve no tuve hora de salud.

Mas aunque mucho me lastiman aquellas almas, que las hay de muy mucha perfeccion, y hase parecido en como han llevado los trabajos; lo que he sentido muy mucho, es, que por mandado del P. Tostado ha mas de un mes que prendieron los dos descalzos que las confesaban, con ser grandes religiosos, y tener edificado á todo el lugar cinco años que ha que están

allí, que es lo que ha sustentado la casa en lo que yo la dejé. Al menos el uno que llaman Fr. Juan de la Cruz, todos le tienen por santo, y todas, y creo que no se lo levantan; en mi opinion es una gran pieza: y puestos allí por el visitador apostólico dominico, y por el Nuncio pasado, y estando sujetos al visitador Gracian. No sé en qué parará. Mi pena es, que los llevaron, y no sabemos á dónde; mas témese que los tienen apartados, y temo algun desman. Dios lo remedie.

V. S. me perdone, que me alargo tanto y gusto que sepa V. S. la verdad de lo que pasa, por si fuere por allá el P. Tostado. El Nuncio le favoreció mucho en viniendo, y dijo al P. Gracian, que no visitase. Y aunque por esto no deja de ser comisario apostólico (porque ni el Nuncio habia mostrado sus poderes, ni á lo que dice, le quitó) se fué luego á Alcalá, y allí y en Pastrana se ha estado en una cueva padeciendo, como he dicho, y no ha usado mas de su comision, sino estarse allí, y todo suspenso.

El desea en gran manera no tornar á la visita, y todos lo deseamos, porque nos está muy mal, si no es que Dios nos hiciese merced de hacer provincia, que si no, no sé en qué ha de parar. Y en yendo allí me escribió, que estaba determinado, si fuese á visitar el P. Tostado, de obedecerle, y que ansí lo hiciésemos todas. El ni fué allá, ni vino acá. Creo lo detuvo el Señor. Con todo, dicen los Padres, que él lo hace todo, y procura la visita, que esto es lo que nos mata. Y verdaderamente no hay otra causa de lo que á V. S. he dicho que en forma he descansado, con que sepa V. S. toda esa historia, aunque se canse un poco en leerlo, pues tan obligado está V. S. á favorecer esta órden. Y tambien para que vea V. S. los inconvenientes que hay para querer que vamos allá, con los que ahora diré, que es otra baraunda.

Como yo no puedo dejar de procurar por las vias que puedo, que no se deshaga este buen principio (ni ningun letrado que me confiese me aconseja otra cosa) están estos Padres muy disgustados conmigo, y han informado á nuestro Padre general de manera, que juntó un capítulo general, que se hizo: y ordenaron, y mandó nuestro Padre general, que ninguna descalza pudiese salir de su casa, en especial yo, que escogiese la que quisiese, so pena de descomunion. Vese claro, que es porque no se hagan mas fundaciones de monjas, y es lástima la

multitud dellas que claman por estos monasterios; y como el número es tan poco, y no se hacen mas, no se puede recibir. Y aunque el Nuncio pasado mandó que no dejase de fundar despues desto, y tengo grandes patentes del visitador apostólico para fundar, estoy muy determinada á no lo hacer, si nuestro Padre general, ó el Papa, no ordenan otra cosa: porque como no queda por mi culpa, háceme Dios merced, que estaba ya cansada. Puesto que para servir á V. S. no fuera sino descanso, que es recia cosa pensar de no verle mas; y si me lo mandasen, dariame gran consuelo. Y aunque esto no hubiera del capítulo general, las patentes que yo tenia de nuestro Padre general, no eran sino solo para los reinos de Castilla, por donde era menester mandato de nuevo. Yo tengo por cierto, que por ahora no lo dará nuestro Padre general. Del Papa fácil seria, en especial si le llevase una probanza, que mandó hacer el P. Gracian, de cómo viven en estos monasterios, y la vida que hacen, y provecho á otros á donde están, que dicen las podrian por ella canonizar, y de personas graves. Yo no la he leido, porque temo se alarguen en decir bien de mí, mas yo mucho querria se acabase con nuestro Padre general, hubiese de ser, y se pudiese, para que tuviese por bien se funde en España, que sin salir yo, hay monjas que lo pueden hacer: digo hecha la casa, enviarlas á ella, que se quita gran provecho de las almas. Si V. S. se conociese con el protector de nuestra órden, que dicen es sobrino del Papa, él lo acabaria con nuestro Padre general: y entiendo será gran servicio de Nuestro Señor, que V. S. lo procure, y hará gran merced á esta órden.

Otro inconveniente hay (que quiero esté advertido V. S. de todo) que el P. Tostado está admitido ya por vicario general en ese reino, y seria recio caso caer en sus manos, en especial yo; y creo lo estorbaria con todas sus fuerzas: que en Castilla, á lo que ahora parece, no lo será. Porque como ha usado de su oficio, sin haber mostrado sus poderes, en especial en esto de la Encarnacion, y ha parecido muy mal; hanle hecho dar los poderes, por una provision real, al Consejo (y otra le habia notificado el verano pasado), y no se los han tornado á dar, ni creo se los darán. Y tambien tenemos para estos monasterios cartas de los visitadores apostólicos, para que no seamos visitadas sino de quien nuestro Padre general mandare, con

que sea descalzo. Allá, no habiendo nada desto, presto irá la perfección por el suelo. V. S. verá como se podrán remediar todos estos inconvenientes, que buenas monjas no faltarán para servir á V. S. Y el P. Julian de Avila (que parece está ya puesto en el camino) besa las manos á V. S. Está harto alegre de las nuevas (que él las sabía, antes que yo se las dijese), y muy confiado que ha V. S. de ganar mucho con ese cuidado delante de Nuestro Señor. María de san Gerónimo, que es la que era superiora desta casa, tambien besa las manos de V. S. Dice que irá de muy buena gana á servir á V. S. si Nuestro Señor lo ordena. Su Majestad lo guie todo, como sea mas para su gloria, y á V. S. guarde con mucho aumento de amor suyo.

No es maravilla que ahora no pueda V. S. tener el recogimiento que desea con novedades semejantes. Darále Nuestro Señor doblado, como lo suele hacer cuando se ha dejado por su servicio, aunque siempre deseo que procure V. S. tiempo para sí, porque en esto está todo nuestro bien. Desta casa de San Josef de Avila, á diez y seis de enero de mil quinientos y setenta y ocho años.

Suplico á V. S. no me atormente con estos sobrescritos, por amor de Nuestro Señor.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ÁLVARO DE MENDOZA, OBISPO DE ÁVILA, EN OLMEDO

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea con V. S. siempre. Amen. Yo estoy buena del mal que tenía, aunque no de la cabeza, que siempre me tormenta este ruido. Mas con saber que tiene V. S. salud, pasaré yo muy bien mayores males. Beso á V. S. las manos muchas veces por la merced que me hace con sus cartas, que nos son harto consuelo: y así le han recibido estas madres, y me las vinieron á mostrar muy favorecidas, y con razon.

Si V. S. hubiera visto cuán necesaria era la visita de quien declare las constituciones, y las sepa de haberlas obrado, creo le diera mucho contento, y entendiera V. S. cuán grande servicio ha hecho á Nuestro Señor, y bien á esta casa, en no la dejar en poder de quien supiera mal entender por donde podía

y comenzaba á entrar el demonio: y hasta ahora sin culpa de nadie, sino con buenas intenciones. Cierto que no me harto de dar gracias á Dios. De la necesidad ni falta que nos hará, cuando el obispo no haga nada con ellas, no tenga V. S. pena, que se remediará mejor de unos monasterios á otros, que no de quien en toda la vida nos terná el amor que V. S. Como tuviéramos á V. S. aquí para gozarle (que esta es la pena) en lo demás ninguna mudanza parece que hemos hecho, que tan súbditas nos estamos; porque siempre lo serán todos los prelados de V. S., en especial el P. Gracian, que parece le hemos pegado el amor que á V. S. tenemos. Hoy le envié la carta de V. S. que no está aquí. Fué á despachar á los que van á Roma, á Alcalá. Muy contentas han quedado las hermanas dél. Cierto es gran siervo de Dios: y como ven que en todo seguirá lo que V. S. mandare, ayuda mucho.

En lo que toca á quella señora, yo procuraré lo que V. S. manda, si hubiera ocasion, porque no es persona que acostumbra venir á esta casa quien me lo vino á decir; y á lo que se dió á entender, no es cosa de casamiento. Despues que ví la carta de V. S. he pensado si es eso, y se pretendia atajar; aunque no puedo entender, que tenga persona que le toque en este caso, quien me lo dijo, sino con celo de la república y de Dios. Su Majestad lo guie como mas se sirva; que ya está de suerte, que aunque V. S. no quiera, le harán parte. Harto me consuelo yo, que esté tan libre V. S. para no tener pena. Mire V. S. si seria bien advertirlo á la abadesa, y mostrarse V. S. enojado con la parte, para si se pudiese remediar algo; que yo digo á V. S. que se me encareció mucho.

En el negocio del maestro Daza, no sé qué diga, que tanto quisiera que V. S. hiciera algo por él, porque veo lo que V. S. le debe de voluntad; que aunque no fuera despues nada, me holgara. Este dice tiene tanta, que si entendiese que da á V. S. pesadumbre en suplicar le haga merced, no por eso le dejaria de servir, sino que procuraria no decir jamás á V. S. le hiciese mercedes. Como tiene esta voluntad tan grande, y ve que V. S. las hace á otros, y ha hecho, un poco lo siente, pareciéndole poca dicha suya. En lo de la canonjía él escribe á V. S. lo que hay. Con estar cierto, que si alguna cosa vacare, antes que V. S. se vaya, le hará merced, queda contento, y el que á mí me daria esto, es, porque creo á Dios y al mundo

pareceria bien, y verdaderamente V. S. se lo debe. Plegue á Dios haya algo, porque deje V. S. contentos á todos, que aunque sea menos que canonjía, lo tomará á mi parecer. En fin, no tienen todos el amor tan desnudo á V. S. como las descalzas, que solo queremos que nos quiera, y nos le guarde Dios muy muchos años. Pues mi hermano bien puede entrar en esta cuenta, que está ahora en el locutorio: besa las manos muchas veces de V. S., y Teresa los piés. Todas nos mortificamos, de que nos mande V. S. le encomendemos á Dios de nuevo; porque ha de ser ya esto tan entendido de V. S., que nos hace agravio. Danme priesa por esta, y así no me puedo alargar mas. Parécemc que con que diga V. S. al maestro, si algo vacare se lo dará, estará contento.

AL MISMO ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ÁLVARO DE MENDOZA, OBISPO DE ÁVILA. ES LA QUE LLAMAN DEL VEJÁMEN.

Jesús. Si la obediencia no me forzara, cierto yo no respondiera, ni admitiera la judicatura por algunas razones, aunque no por las que dicen las hermanas de acá, que es entrar mi hermano entre los opositores, que parece la aficion ha de hacer torcer la justicia; porque á todos los quiero mucho, como quien me ha ayudado á llevar mis trabajos, que mi hermano vino al fin de beber él cáliz, aunque le ha alcanzado alguna parte, y alcanzará mas, con el favor del Señor.

El me dé gracia, para que no diga algo, que merezca denuncien de mí á la Inquisicion, segun está la cabeza de las muchas cartas y negocios que he escrito desde anoche acá. Mas la obediencia todo lo puede, y así haré lo que V. S. manda, bien, ó mal. Deseo he tenido de holgarme un rato con los papeles, y no ha habido remedio.

A lo que parece, el mote es del Esposo de nuestras almas, que dice: *Búscate en mí.* Pues señal es, que yerra el Sr. Francisco de Salcedo, en poner tanto en que Dios está en todas las cosas, que el sabidor es que está en todas las cosas.

Tambien dice mucho de entendimiento, y de union. Ya se sabe que en la union no obra el entendimiento, pues si no obra, ¿cómo ha de buscar? Aquello que dice David: *Oiré lo que hable el Señor Dios en mí*, me contentó mucho, porque

esto de paz en las potencias, es mucho de estimar, que entiende por el pueblo. Mas no tengo intencion de decir de cosa bien de cuanto han dicho, y ansí digo, que no viene bien, porque no dice la letra que *oigamos*, sino que *busquemos*.

Y lo peor de todo es, que si no se desdice, habré de denunciar de él á la Inquisicion, que está cerca. Porque despues de venir todo el papel diciendo: *Esto es dicho de san Pablo, y del Espíritu Santo*, dice que ha firmado necedades. Venga luego la enmienda, si no, verá lo que pasa.

El P. Julian de Avila comenzó bien, y acabó mal, y ansí no se le ha de dar la gloria, porque aquí no le piden que diga de la luz increada y criada cómo se junten, sino *que nos busquemos en Dios*. Ni le preguntemos lo que siente una alma, cuando está tan junta con su Criador, si está unida con él, ¿cómo tiene de sí diferencia, ó no? Pues no hay allí entendimiento para esas disputas, pienso yo: porque si le hubiera, bien se pudiera entender la diferencia que hay entre el Criador y la criatura.

Tambien dice: *Cuando está apurada*. Creo yo, que no bastan aquí virtudes, ni apuracion; porque es cosa sobrenatural, y dada de Dios á quien quiere, y si algo dispone, es el amor. Mas yo le perdono sus yerros, porque no fué tan largo como mi P. Fr. Juan de la Cruz. Harta buena doctrina dice en su respuesta, para quien quisiere hacer los ejercicios que hacen en la Compañía de Jesús, mas no para nuestro propósito.

Caro costaria, si no pudiéramos buscar á Dios, sino cuando estuviésemos muertos al mundo. No lo estaba la Magdalena, ni la Samaritana, ni la Cananea, cuando le hallaron. Tambien trata mucho de hacerse una mesma cosa con Dios en union: y cuando esto viene á ser, y hace esta merced al alma, no dirá que le busques, pues ya le ha hallado.

Dios me libre de gente tan espiritual, que todo lo quiere hacer contemplacion perfecta, dé donde diere. Con todo eso le agradecemos el habernos dado tan bien á entender lo que no preguntamos. Por eso es bien hablar siempre de Dios, que de donde no pensamos nos viene el provecho.

Como ha sido el señor Lorenzo de Cepeda, á quien agradecemos mucho sus coplas y respuesta. Que si ha dicho mas que entiende, por la recreacion que nos ha dado con ellas, le perdonamos la poca humildad en meterse en cosas tan subi-

das, como dice en su respuesta; y por el buen consejo que da, de que tengan quieta oracion (como si fuese en su mano) sin pedírsele: ya sabe la pena á que se obliga el que esto hace. Plegue á Dios se le pegue algo de estar junto á la miel, que harto consuelo me da, aunque veo que tuvo harta razon de correrse. Aquí no se puede juzgar mejoría, pues en todo hay falta sin hacer injusticia.

Mande V. S. que se enmienden. Quizá me enmendaré en no me parecer á mi hermano en poco humilde. Todos son tan divinos esos señores, que han perdido por carta de mas; porque (como he dicho) quien alcanzare esta merced de tener el alma unida consigo, no le dirá que le busque, pues ya le posee. Beso las manos de V. S. muchas veces, por la merced que me hizo con su carta. Por no cansar mas á V. S. con estos desatinos, no escribo ahora.

AL PADRE FRAY JUAN DE JESÚS ROCA, CARMELITA DESCALZO, ESCRITA DESDE LA CÁRCEL EN QUE SE HALLABA LA SANTA

Recibí la carta de V. R. en esta cárcel, donde estoy con sumo gusto, pues paso todos mis trabajos por mi Dios y por mi religion. Lo que me da pena, mi padre, es la que VV. RR. tienen de mí: esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mio, no tenga pena, ni los demás la tengan; que como otro Pablo (aunque no en santidad) puedo decir: que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religion, son regalos y mercedes para mí.

Nunca me he visto mas aliviada de los trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer á los afligidos y encarcelados con su ayuda y favor. Doy á mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos por la merced que me hace en esta cárcel. ¡Ay mi hijo y padre! ¿hay mayor gusto, ni mas regalo ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios? ¿Cuándo estuvieron los santos en su centro y gozo, sino cuando padecian por su Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios, y el más cierto: pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así, padre mio, cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abracemos; y el dia que nos faltaren ¡ay de la religión descalza! ¡ay de nosotros!

AL MUY ILUSTRE DON SANCHO DE ÁVILA QUE DESPUES FUÉ OBISPO DE JAEN

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. m. He alabado á Nuestro Señor, y tengo por gran merced suya, que V. m. tiene por falta, dejando algunos extremos de los que V. m. hacia por la muerte de mi señora la marquesa su madre, en que tanto todos hemos perdido. Su Señoría goza de Dios, y ojalá tuviésemos todas tal fin.

Muy bien ha hecho V. m. en escribir su vida, que fue muy santa, y yo soy testigo desta verdad. Beso á V. m. las manos, por la que me hace en querer enviármela, que tendré yo mucho que considerar, y alabar á Dios en ella. Esa gran determinacion, que V. m. no siente en sí de no ofender á Dios, como cuando se ofrezca ocasion de servirle, y apartarse de no enojarle, no le ofenda, es señal verdadera, de que lo es el deseo de no ofender á su Majestad. Y al llegarse V. m. al santísimo Sacramento cada dia, y pesarle cuando no lo hace, lo es de mas estrecha amistad.

Siempre vaya V. m. entendiendo las mercedes que recibe de su mano, para que vaya creciendo lo que le ama, y déjese de andar mirando en delgadezas de su miseria, que á bulto se nos repesentan á todas hartas, en especial á mí.

Y en eso de divertirse en el rezar el oficio divino en que tengo yo mucha culpa, y quiero pensar es flaqueza de cabeza; ansí lo piense V. m., pues bien sabe el Señor, que ya que rezamos, querríamos fuese muy bien. Yo ando mejor: y para el año que tuve el pasado, puedo decir que estoy buena, aunque pocos ratos sin padecer: y como veo que ya que se vive, es lo mejor, bien lo llevo.

Al señor marqués, y á mi señora la marquesa, hermanos de V. m., beso las manos de sus señorías, y que aunque he andado léjos, no me olvido en mis pobres oraciones de suplicar á Nuestro Señor por sus señorías; y por V. m. no hago mucho, pues es mi Señor, y padre de confesion. Suplico á V. m. dar un recado de mi parte, que no tengo cabeza para escribir á sus señorías, y perdóneme V. m. por amor de Dios. Su divina Majestad guarde á V. m. y dé la santidad que yo le suplico. Amen.

De Ávila diez de Octubre de mil quinientos y ochenta.

AL MESMO ILUSTRÍSIMO DON SANCHO DÁVILA

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. m. Si supiera que estaba V. m. en este lugar, antes hubiera respondido á la carta de V. m. que lo deseaba mucho, para decir el gran consuelo que me dió. Páguelo la divina Majestad á V. m. con los bienes espirituales, que yo siempre le suplico.

En la fundación de Burgos han sido tantos los trabajos, y poca salud, y muchas ocupaciones, que poco tiempo me quedaba para tomar este contento. Gloria sea á Dios, que ya queda acabado aquello, y bien. Mucho quisiera ir por donde V. m. está: que me diera gran contento tratar algunas cosas en presencia, que se pueden mal por cartas. En pocas quiere Nuestro Señor que haga mi voluntad: cúmplase la de su divina Majestad, que es lo que hace al caso. La vida de mi señora la marquesa deseo mucho ver. Debió de recibir tarde la carta mi señora la abadesa su hermana, y por leería su merced, creo no me la ha enviado. Con mucha razon ha querido V. m. quede por memoria tan santa vida. Plegue á Dios la haga V. m. de lo mucho que hay en ella que decir, que temo ha de quedar corto.

¡O Señor! ¡Y qué es lo que padecí, en que sus padres de mi sobrina la dejasen en Avila, hasta que yo volviese de Burgos! Como me vieron tan porfiada, salí con ello. Guarde Dios á V. m. que tanto cuida de hacerles merced en todo; que yo espero que ha de ser V. m. su remedio. Guarde Dios á V. m. muchos años, con la santidad que yo siempre le suplico. Amen. De Palencia, doce de agosto de mil quinientos y ochenta y dos.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ALONSO VELAZQUEZ, OBISPO DE OSMA.

Jesús. Reverendísimo Padre de mi alma: por una de las mayores mercedes que me siento obligada á Nuestro Señor, es por darme su Majestad deseo de ser obediente; porque en esta virtud siento mucho contento y consuelo, como cosa que mas encomendó Nuestro Señor.

V. S. me mandó el otro dia que le encomendase á Dios: yo me tengo en esto cuidado, y añadiómele mas el mandato de V. S. Yo lo he hecho, no mirando mi poquedad, sino ser cosa que mandó V. S., y con esta fe espero en su bondad, que V. S. recibirá lo que me parece representarle, y recibirá mi voluntad, pues nace de obediencia.

Representándole, pues, yo á Nuestro Señor las mercedes que le ha hecho á V. S., y yo le conozco, de haberle dado humildad, caridad y celo de almas, y de volver por la honra de Nuestro Señor; y conociendo yo este deseo, pedíle á Nuestro Señor acrecentamiento de todas virtudes y perfeccion para que fuese tan perfecto, como la dignidad en que Nuestro Señor le ha puesto pide. Fueme mostrado, que le faltaba á V. S. lo mas principal que se requiere para esas virtudes; y faltando lo mas, que es el fundamento, la obra se deshace y no es firme. Porque le falta la oración con lámpara encendida, que es la lumbre de la fe; y perseverancia en la oracion con fortaleza, rompiendo la falta de union, que es la Uncion del Espíritu Santo, por cuya falta viene toda la sequedad y desunion, que tiene el alma.

Es menester sufrir la importunidad del tropel de pensamientos, y las imaginaciones importunas, ímpetus de movimientos y naturales, ansi del alma, por la sequedad y desunion que tiene, como del cuerpo por la falta de rendimiento que al espíritu ha de tener. Porque aunque á nuestro parecer no haya imperfecciones en nosotros, cuando Dios abre los ojos del alma, como en la oracion lo suele hacer, parécense ll n estas imperfecciones.

Lo que me fue mostrado del órden que V. S. ha de tener en el principio de la oracion, hecha la señal de la cruz, es: acusarse de todas sus faltas cometidas despues de la confesion, y desnudarse de todas las cosas, como si en aquella hora hubiera de morir: tener verdadero arrepentimiento de las faltas, y rezar el psalmo del *Miserere*, en penitencia dellas. Y tras esto tiene de decir: *A vuestra escuela, Señor, vengo á aprender y no á enseñar. Hablaré con vuestra Majestad, aunque polvo y ceniza, y miserable gusano de la tierra.* Y diciendo: *Mostrad, Señor, en mí vuestro poder, aunque miserable hormiga de la tierra*, Ofreciéndose á Dios en perpétuo sacrificio de holocausto, pondrá delante de los ojos del entendimiento, ó corporales ó Je-

sucristo crucificado, al cual con reposo y afecto del alma, remire y considere parte por parte.

Primeramente considerando la naturaleza divina del Verbo eterno del Padre, unida con la naturaleza humana que de sí no tenía ser, si Dios no se le diera. Y mirar aquel inefable amor, con aquella profunda humildad con que Dios se deshizo tanto, haciendo al hombre Dios, haciéndose Dios hombre; y aquella magnificencia y largueza con que Dios usó de su poder, manifestándose á los hombres, haciéndoles participantes de su gloria, poder y grandeza.

Y si esto le causare la admiración que en una alma suele

causar, quédese aquí: que debe mirar una alta tan baja, y una baja tan alta. Mirarle á la cabeza coronada de espinas, á donde se considera la rudeza de nuestro entendimiento y ceguedad. Pedir á Nuestro Señor tenga por bien de abrirnos los ojos del alma, y clarificarnos nuestro entendimiento con la lumbre de la fe, para que con humildad entendamos quién es Dios, y quién somos nosotros; y con este humilde conocimiento, podamos guardar sus mandamientos y consejos, haciendo en todo su voluntad. Y mirarle las manos clavadas, conside-

vando su largueza y nuestra cortedad; confiriendo sus dádivas y las nuestras.

Mirarle los piés clavados, considerando la diligencia con que nos busca, y la torpeza con que le buscamos. Mirarle aquel costado abierto, descubriendo su corazon, y entrañable amor con que nos amó, cuando quiso fuese nuestro nido y refugio, y por aquella puerta entrásemos en el arca al tiempo del diluvio de nuestras tentaciones y tribulaciones. Suplicarle, que como él quiso que su costado fuese abierto en testimonio del amor que nos tenia, dé órden que se abra el nuestro, y le descubramos nuestro corazon, y le manifestemos nuestras necesidades, y acertemos á pedir el remedio y medicina para ellas.

Tiene de llegarse V. S. á la oracion con rendimiento y sujecion, y con facilidad ir por el camino que Dios le llevare, fiándose con seguridad de su Majestad. Oiga con atencion la leccion que le leyere: ahora mostrándole las espaldas ó el rostro, que es cerrándole la puerta y dejándoselo fuera, ó tomándole de la mano y metiéndole en su recámara. Todo lo tiene de llevar con igualdad de ánimo: y cuando le reprendiere, aprobar su recto y ajustado juicio, humillándose.

Y cuando le consolare, tenerse por indigno dello: y por otra parte aprobar su bondad que tiene por naturaleza manifestarse á los hombres, y hacerles participantes de su poder y bondad. Y mayor injuria se hace á Dios en dudar de su largueza en hacer mercedes, pues quiere mas resplandecer en manifestar su omnipotencia, que no en mostrar el poder de su justicia. Y si el negar su poderío para vengar sus injurias, seria grande blasfemia, mayor es negarle en lo que él quiere mas mostrarlo, que es en hacer mercedes. Y no querer rendir el entendimiento, cierto es querer enseñarle en la oracion, y no querer ser enseñado, que es á lo que allí se va; y seria ir contra el fin y el intento con que allí se ha de ir. Y manifestando su polvo y ceniza, tiene de guardar las condiciones del polvo y ceniza, que es de su propia naturaleza estarse en el centro de la tierra.

Mas cuando el viento le levanta, haria contra naturaleza si no se levantase, y levantado, sube cuanto el viento lo sube y sustenta: y cesando el viento, se vuelve á su lugar. Así el alma, que se compara con el polvo y ceniza, es necesario que tenga

las condiciones de aquello con que se compara: y así ha de estar en la oracion sentada en su conocimiento propio: y cuando el suave soplo del Espíritu Santo la levantare, y la metiere en el corazon de Dios, y allí la sustentarse descubriéndole su bondad, manifestándole su poder, sepa gozar de aquella merced con hacimiento de gracias, pues la entrañiza arrimándola á su pecho como á esposa regalada, y con quien su Esposo se regala.

Sería gran villanía y grosería la Esposa del Rey (á quien él escogió, siendo de baja suerte) no hacer presencia en su casa y corte el dia que él quiere que la haga, como lo hizo la reina Vasthi, lo cual el rey sintió, como lo cuenta la santa Escritura. Lo mesmo sacle hacer Nuestro Señor con las almas que se esquivan del; pues su Majestad lo manifiesta diciendo: *Que sus regalos eran estar con los hijos de los hombres.* Y si todos huyesen, privarian á Dios de sus regalos, segun este atributo, aunque sea debajo de color de humildad, la cual no sería sino indiscrecion y mala crianza, y género de menosprecio, no recibir de su mano lo que él da; y falta de entendimiento del que tiene necesidad de una cosa para el sustento de la vida, cuando se la dan no tomarla.

Dícese tambien, que tiene de estar como el gusano de la tierra. Esta propiedad es, estar el pecho pegado á ella humillado y sujeto al Criador y á las criaturas, que aunque le huellen ó las aves le piquen no se levanta. Por el *hollar* se entiende, cuando en el lugar de la oracion se levanta la carne contra el espíritu, y con mil géneros de engaños y desasosiegos, representándole que en otras partes hará mas provecho; como acudir á las necesidades de los prójimos, y estudiar, para predicar y gobernar lo que cada uno tiene á su cargo.

Á lo cual se puede responder, que su necesidad es la primera y de mas obligacion, y la perfecta caridad empieza de sí mesmo. Y que el pastor para hacer bien su oficio, se tiene de poner en el lugar mas alto, de donde pueda bien ver toda su manada, y ver si la acometen las fieras; y este alto es el lugar de la oracion.

Llámase tambien gusano de la tierra; porque aunque los pájaros del cielo le piquen, no se levanta de la tierra, ni pierde la obediencia y sujecion que tiene á su Criador, que es estar en el mesmo lugar que él le puso. Y así el hombre ha

de estar firme en el puesto que Dios le tiene, que es el lugar de la oracion; que aunque las aves, que son los demonios, le piquen y molesten con las imaginaciones y pensamientos importunos, y los desasosiegos que en aquella hora trae el demonio, llevando el pensamiento se va el corazon; y no poco es el fruto de la oracion sufrir estas molestias é importunidades con paciencia. Y esto es ofrecerse en holocausto, que es consumirse todo el sacrificio en el fuego de la tentación, sin que de allí salga cosa dél.

Porque el estar allí sin sacar nada, no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia; porque se trabaja sin interés, y por sola la gloria de Dios: que aunque de presto le parece que trabaja en balde, no es assi, sino que acontece como á los hijos, que trabajan en las haciendas de sus padres, que aunque á la noche no llevan jornal, al fin del año lo llevan todo.

Y esto es muy semejante á la oracion del huerto, en la cual pedia Jesucristo Nuestro Señor que le quitasen la amargura y dificultad que se hace para vencer la naturaleza humana. No pedia que le quitasen los trabajos, sino el disgusto con que los pasaba; y lo que Cristo pedia para la parte inferior del hombre, era, que la fortaleza del espíritu se comunicase á la carne, en la cual se esforzase pronta, como lo estaba el espíritu, cuando le respondieron que no convenia, sino que bebiese aquel cáliz: que es, que venciese aquella pusilanimidad y flaqueza de la carne; y para que entendiésemos que aunque era verdadero Dios, era tambien verdadero hombre, pues sentia tambien las penalidades como los demás hombres.

Tiene necesidad el que llega á la oracion de ser trabajador, y nunca cansarse en el tiempo del verano y de la bonanza (como la hormiga) para llevar mantenimiento para el tiempo del invierno y de los diluvios, y tenga provisión de que se sustente y no perezca de hambre, como los otros animales desapercibidos; pues aguarda los fortísimos diluvios de la muerte y del juicio.

Para ir á la oracion se requiere ir con vestidura de boda, que es vestidura de Pascua, que es de descanso y no de trabajo; para estos dias principales todas procuran tener preciosos atavíos, y para honrar una fiesta, suele uno hacer grandes gastos, y lo da por bien empleado cuando sale como él desea,

Hacerse uno gran letrado y cortesano, no se puede hacer sin grande gasto y mucho trabajo. El hacerse cortesano del cielo y tener letras soberanas, no se puede hacer sin alguna ocupación de tiempo y trabajo de espíritu.

Y con esto ceso de decir mas á V. S. á quien pido perdón del atrevimiento que he tenido en representar esto, que aunque está lleno de faltas é indiscreciones, no es falta de celo, que debo tener al servicio de V. S. como verdadera oveja suya en cuyas santas oraciones me encomiendo. Guarde Nuestro Señor á V. S. con muchos aumentos de su gracia. Amen.

A LA ILUSTRÍSIMA Y EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA MARÍA HENRIQUEZ, DUQUESA DE ALBA

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. Excelencia. Mucho he deseado hacer esto, despues que supe estaba V. Excelencia en su casa. Y ha sido tan poca mi salud, que desde el Jueves de la Cena, no se me ha quitado calentura hasta habra ocho dias, y tenerla era el menor mal, segun lo que he pasado. Decian los médicos se hacia una postema en el hígado: con sangrías y purgas ha sido Dios servido de dejarme en este piélago de trabajos. Plegue á su divina Majestad se sirva de darmelos á mí sola, y no á quien me ha de doler mas qué padecerlos yo. Por acá ha parecido, que se ha hecho muy bien el remate de los negocios de V. Excelencia.

Yo no sé qué decir, sino que quiere Nuestro Señor, que no gocemos de contento sino acompañado de pena; que así creo la debe V. Excelencia de tener en estar apartada de quien tanto quiere: mas será servido que su Excelencia gane ahora mucho con Nuestro Señor, y despues venga todo junto el consuelo: Plegue á su Majestad lo haga como yo se lo suplico, y en todas estas casas de monjas que con grandísimo cuidado se hace. Solo este buen suceso las he encargado tomen ahora muy á su cuenta; y yo, aunque ruin, ordinariamente le traigo delante; y así lo haremos hasta tener las nuevas que yo deseo.

Estoy considerando las romerías y oraciones en que V. Excelencia andará ocupada ahora; y como muchas veces le pa-

recerá era una vida mas descansada la prisión. ¡Ó válame Dios, qué vanidades son las deste mundo! ¡Y cómo es lo mejor no desear descanso ni cosa dél! sino poner todas las que nos tocaren en las manos de Dios, que él sabe mejor lo que nos conviene que nosotros lo pedimos.

Tengo mucho deseo de saber cómo le va á V. Excelencia de salud y de lo demás; y ansí suplico á V. Excelencia me mande avisar. Y no se le dé á V. Excelencia nada, que no sea de su mano; que como há tanto que no veo letra de V. Excelencia, aun con los recaudos que me escribia el P. M. Gracian

de parte de V. Excelencia, me contentaba. De á donde estaré cuando estuviere para partirme deste lugar, ni de otras cosas no digo aquí porque pienso irá por allá el P. Fr. Antonio de Jesús, y dará á V. Excelencia cuenta de todo.

Una merced me ha de hacer ahora V. Excelencia en todo caso, porque me importa se entienda el favor que V. Exce-

lencia me hace en todo. Y es que en Pamplona de Navarra se ha fundado ahora una casa de la Compañía de Jesús, y entró muy en paz. Despues se ha levantado tan gran persecucion contra ellos que los quieren echar del lugar. Hánse amparado del Condestable, y su Señoría los ha hablado muy bien y hecho mucha merced. La que V. Excelencia me ha de hacer es, escribir á su Señoría una carta, agradeciéndole lo que ha hecho, y mandándole lo lleve muy adelante, y los favorezca en todo lo que se les ofreciere.

Como ya sé, por mis pecados, la afliccion que es á religiosos verse perseguidos, helos habido lástima; y creo gana mucho con su Majestad quien los favorece y ayuda: y esto querria yo ganase V. Excelencia, que me parece será dello tan servido, que me atreveria á pedirlo tambien al duque si estuviera cerca. Dicen los del pueblo, que lo que ellos gastaren ternán menos: y hace la casa un caballero, y les da muy buena renta, que no es de pobreza; y cuando lo fuera, es harto poca fe, que un Dios tan grande les parezca que no es poderoso para dar de comer á los que le sirven. Su Majestad guarde á V. Excelencia, y la dé en esta ausencia tanto amor suyo, que pueda pasarlo con sosiego; que sin pena será imposible.

Suplico á V. Excelencia, que á quien fuere por la respuesta desta, mande V. Excelencia dar esta que le suplico. Y ha de ir que no parezca carta ordinaria de favor, sino que V. Excelencia lo quiere. ¡Mas qué importuna estoy! De cuanto V. Excelencia me hace padecer y ha hecho, no es mucho me sufra ser tan atrevida. Son hoy ocho de abril. Desta casa de San Josef de Toledo. Quise decir, de mayo ocho.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON DIEGO DE MENDOZA, DEL CONSEJO DE ESTADO DE SU MAJESTAD

Jesús. Sea el Espíritu Santo siempre con V. S. Amen. Yo digo á V. S. que no puedo entender la causa, por qué yo y estas hermanas tan tiernamente nos hemos regalado y alegrado con la merced que V. S. nos hizo con su carta. Porque aunque haya muchas, y estamos tan acostumbradas á recibir mercedes y favores de personas de mucho valor, no nos hace esta operacion, con que alguna cosa hay secreta que no entende-

mos. Y es ansí, que con advertencia lo he mirado en estas hermanas y en mí.

Solo una hora nos dan de término para responder, y dicen se va el mensajero: y á mi parecer ellas quisieran muchas; porque andan cuidadosas de lo que V. S. les manda, y en su casa, piensa su comadre de V. S. que han de hacer algo sus palabras. Si conforme á la voluntad con que ella las dice, fuera el efecto, ya estuviera bien cierta aprovecharan; mas es negocio de Nuestro Señor, y solo su Majestad puede mover: y harta gran merced nos hace en dar á V. S. luz de cosas y

deseos, que en tan gran entendimiento, imposible es, sino que poco á poco obren estas dos cosas.

Una puedo decir con verdad, que fuera de negocios que tocan al señor obispo, no entiendo ahora otra, que mas alegrase mi alma, que ver á S. señor de sí. Y es verdad que lo he pensado, que á persona tan valerosa, solo Dios puede henchir sus deseos; y ansí ha hecho su Majestad bien, que en la tierra se hayan descuidado los que pudieran comenzar á cumplir alguno.

V. S. me perdone, que voy ya necia. Mas que cierto es serlo los mas atrevidos y ruines, y en dándoles un poco de favor, tomar mucho.

El P. Fr. Gerónimo Gracian se holgó mucho con el recaudo de V. S., que sé yo tiene el amor y deseo que es obligado, y aun creo harto mas de servir á V. S., y que procura le encomienden personas de las que trato (que son buenas) á Nuestro Señor. Y él lo hace con tanta gana de que le aproveche, que espero en su Majestad le ha de oír; porque, segun me dijo un dia, no se contenta con que sea V. S. muy bueno, sino muy santo.

Yo tengo mas bajos pensamientos: contentarme hia con que V. S. se contentase con solo lo que ha menester para sí solo, y no se extendiese á tanto su caridad de procurar bienes ajenos; que yo veo que si V. S. con su descanso solo tuviese cuenta, le podia ya tener, y ocuparse en adquirir bienes perpetuos, y servir á quien para siempre le ha de tener consigo, no se cansando de dar bienes.

Ya sabiamos cuando es el santo que V. S. dice. Tenemos concertado de comulgar todas aquel dia por V. S., y se ocupará lo mejor que pudiéremos.

En las demas mercedes que V. S. me hace, tengo visto podré suplicar á V. S. muchas, si tengo necesidad; mas sabe Nuestro Señor, que la mayor que V. S. me puede hacer, es estar á donde no me pueda hacer ninguna desas, aunque quiera. Con todo, cuando me viere en necesidad, acudiré á V. S. como á señor desta casa.

Estoy oyendo la obra que pasan Maria, Isabel, y su comadre de V. S. para escribir: Isabelita, que es la de san Judas, calla, y como nueva en el oficio, no sé qué dirá. Determinada estoy á no enmendarles palabra, sino que V. S. las sufra, pues manda las digan. Es verdad que es poca mortificacion leer necedades: ni poca prueba de la humildad de V. S. haberse contentado de gente tan ruin. Nuestro Señor nos haga tales, que no pierda V. S. esta buena obra, por no saber nosotras pedir á su Majestad la pague á V. S. Es hoy domingo, no sé si veinte de agosto.

AL R. P. M. FR. LUIS DE GRANADA, DE LA ÓRDEN DE SANTO DOMINGO

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. Paternidad. Amen. De las muchas personas que aman en el Señor á V. Paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á su Majestad por haberle dado á V. Paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí, que por ningun trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oir sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado, y ser mujer. Porque sin esta causa la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el señor don Teutonio me ha mandado escribir esta; á lo que yo no hubiera atrevimiento. Mas fiada en la obediencia, espero en Nuestro Señor me ha de aprovechar, para que V. Paternidad se acuerde alguna vez de encomendarme á Nuestro Señor: que tengo dello gran necesidad por andar con poco caudal, puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer de verdad algo de lo que imaginan de mí.

Entender V. Paternidad esto, bastaria á hacerme merced y limosna, pues tan bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es para quien ha vivido una vida harto ruin. Conserlo tanto me he atrevido muchas veces á pedir á Nuestro Señor la vida de V. Paternidad sea muy larga. Plegue á su Majestad me haga esta merced, y vaya V. Paternidad creciendo en santidad y amor suyo. Amen.

El Sr. D. Teutonio, creo es de los engañados en lo que me toca. Dicenme quiere mucho á V. Paternidad. En pago desto, está V. Paternidad obligado á visitar á su Señoría, no se crea tan sin causa.

AL R. P. M. FR. PEDRO BAÑEZ DE LA ÓRDEN DE SANTO DOMINGO, CONFESOR DE LA SANTA

Jesús. El Espíritu Santo sea siempre con V. m. Amen. No seria malo encarecer á V. m. este servicio, por obligarle á te-

ner mucho cuidado de encomendarme á Dios, que segun lo que he pasado en verme escrita, y traer á la memoria tantas miserias mias, bien podia; aunque con verdad puedo decir, que he sentido mas en escribir las mercedes que Nuestro Señor me ha hecho, que las ofensas que yo á su Majestad.

Yo he hecho lo que V. m. mandó en alargarme, á condicion que V. m. haga lo que me prometió, en romper lo que mal le pareciere. No habia acabado de leerlo despues de escrito, cuando V. m. envia por él. Puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces; porque ha sido tan poco

el tiempo que he tenido, que no podia tornar á ver lo que escribia.

Suplico á V. m. lo enmiende, y mande trasladar, si se ha de llevar al P. M. Avila, porque podria conocer alguno la le-

tra. Yo deseo harto se dé orden como lo vea: pues con ese intento lo comenzé á escribir; porque como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es en mí.

En todo haga V. m. como le pareciere: y vea está obligado á quien ansí le fia su alma. La de V. m. encomendaré yo toda mi vida al Señor; por eso, dése priesa á servir á su Majestad, para hacerme á mí merced: pues verá V. m. por lo que aquí va, cuán bien se emplea en darse todo (como V. m. lo ha comenzado) á quien tan sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos verémos á donde mas claramente V. m. y yo veamos las grandes que ha hecho con nosotros, para siempre jamás le alabemos.

AL R. P. M. FR. DOMINGO BAÑEZ, DE LA ÓRDEN DE SANTO DOMINGO, CONFESOR DE LA SANTA

Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea con V. m. y con mi alma. No hay que espantar de cosa que se haga por amor de Dios, pues puede tanto el de Fr. Domingo, que lo que le parece bien, me parece, y lo que quiere, quiero; y no sé en qué ha de parar este encantamiento.

La su Parda no ha contentado. Ella está tan fuera de sí de contento después que entró, que nos hace alabar á Dios. Creo no he de tener corazon para que sea freila, viendo lo que V. m. ha puesto en su remedio; y ansí estoy determinada á que la muestren á leer, y conforme á como le fuere haremos.

Bien ha entendido mi espíritu el suyo, aunque no la he hablado; y monja ha habido que no se puede valer, desde que entró de la mucha oración que le ha causado: crea, Padre mio, que es un deleite para mí cada vez que tomo alguna que no trae nada, sino que se toma solo por Dios; y ver que no tienen con qué, y lo habian de dejar por no poder mas: veo que me hace Dios particular merced en que sea yo medio para su remedio. Si pudiese fuesen todas ansí, me sería gran alegría; mas ninguna me acuerdo contentarme que la haya dejado por no tener.

Hame sido particular contento ver cómo le hace Dios á V. m. tan grandes mercedes, que le emplee en semejantes

obras y ver venir á esta. Hecho está, Padre, de los que poco pueden: y la caridad que el Señor le da por esto me tiene tan alegre, que cualquier cosa haré para ayudarle en semejantes obras, si puedo. Pues el llanto de la que traia consigo, que no pensé que cabara. ¿No sé para qué me la envió acá?

Ya el Padre visitador ha dado licencia, y es principio para dar más con el favor de Dios: y quiza podré tomar ese lloraduelos si á V. m. le contenta, que para Segovia demasiado tengo.

Buen padre ha tenido la Parda en V. m. Dice, que aun no cree que está acá. Es para alabar á Dios su contento. Yo le he alabado de ver acá su sobrinito de V. m. que venia con doña Beatriz: y me holgué harto de verle. ¿Por qué no me lo dijo?

Tambien me hace al caso haber estado esta hermana con aquella mi amiga santa. Su hermana me escribe y envia á ofrecer mucho. Yo le digo que me ha enternecido. Harto más me parece la quiero, que cuando era viva. Ya sabrá que tuvo un voto para prior en San Estéban; todos los demás el prior; que me ha hecho devoción verlos tan conformes.

Ayer estuve con un Padre de su órden, que llaman Fr. Melchor Cano. Yo le dije, que á haber muchos espíritus como el suyo en la órden, que pueden hacer los monasterios de contemplativos.

A Avila he escrito para que los que le quieran hacer no se entibien, si acá no hay recaudo, que deseo mucho se comience. ¿Por qué no me dice lo que ha hecho? Dios le haga tan santo como deseo. Gana tengo de hablarle algun dia en esos miedos que trae, que no hace sino perder tiempo: y de poco humilde no me quiere creer. Mejor lo hace el P. Fr. Melchor que digo, que de una vez que le hable en Ávila, dice le hizo provecho; y que no le parece hay hora que no me trae delante. ¡Ó qué espíritu y qué alma tiene Dios allí! En gran manera me he consolado. No parece que tengo mas que hacer que contarle espíritus ajenos. Quede con Dios: y pídale que me le dé á mí, para no salir en cosa de su voluntad. Es domingo en la noche.

AL P. GONZALO DE ÁVILA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, CONFESOR DE LA SANTA

Jesús sea con V. m. Dias há que no me he mortificado tanto como hoy con letra de V. m. Porque no soy tan humilde, que

quiera ser tenida por tan soberbia; ni ha de querer V. m. mostrar su humildad tan á mi costa. Nunca letra de V. m. pensé romper de tan buena gana. Yo le digo, que sabe bien mortificar y darme á comprender lo que soy; ¿pues le parece á V. m. que creo de mí puedo enseñar? ¡Dios me libre! No querria se me acordase. Ya veo que tengo la culpa; aunque no sé si la tiene mas el deseo que tengo de ver á V. m. bueno, que desta flaqueza puede ser proceda tanta boberia como á V. m. digo, y del amor que le tengo, que me hace hablar con libertad, sin mirar lo que digo; que aun despues quedé con escrúpulo de algunas cosas que traté con V. m., y á no me quedar el de inobediente, no respondiera á lo que V. m. manda; porque me hace harta contradicion. Dios lo reciba. Amen.

Una de las grandes faltas que tengo, es juzgar por mí en estas cosas de oracion, y así no tiene V. m. que hacer caso de lo que dijere; porque le dará Dios otro talento, que á una mujercilla como yo. Considerando la merced que Nuestro Señor me ha hecho de tan actualmente traerle presente, y que con todo eso veo cuando tengo á mi cargo muchas cosas que han de pasar por mi mano, que no hay persecuciones ni trabajos que así me estorben. Si es cosa en que puedo dar prisa, me ha acaecido y muy de ordinario, acostarme á la una y á las dos, y mas tarde, porque no esté el alma despues obligada á acudir á otros cuidados, mas que al que tiene presente. Para la salud harto me ha hecho, y así debe de ser tentacion, aunque me parece queda el alma mas libre; como quien tiene un negocio de grande importancia y necesario, y concluye presto con los demás para que no le impidan en nada á lo que entiende ser lo mas necesario.

Y así todo lo que yo puedo dejar que hagan las hermanas me da gran contento, aunque en alguna manera se haria mejor por mi mano; mas como no se hace, por ese fin su Majestad lo suple, y yo me hallo notablemente mas aprovechada en lo interior, mientras mas procuro apartarme de las cosas. Con ver esto claro, muchas veces me descuido á no lo procurar, y cierto siento el daño: y veo que podria hacer mas y mas diligencia en este caso, y que se hallaria mejor.

No se entiende esto de cosas graves que no se pueden excusar, y en que debe estar tambien mi yerro; porque las ocupaciones de V. m. sonlo, y seria mal dejarlas en otro poder, que

ansí lo pienso, sino que veo á V. m. malo, querria tuviese menos trabajos. Y cierto que me hace alabar á Nuestro Señor, ver cuán de veras toman las cosas que tocan á su casa, que no

soy tan boba que no entiendo la gran merced que Dios hace á V. m. en darle ese talento, y el gran mérito que es. Harta envidia me hace, que quisiera yo ansí mi perlado. Ya que Dios me dió á V. m. por tal, querria la tuviese tanto de mi alma, como de la fuente que me ha caido en harta gracia, y es cosa tan necesaria en el monasterio, que todo lo que V. m. hiciere en él lo merece la causa.

No me queda mas que decir. Cierto que trato como con Dios toda verdad; y entiendo, que todo lo que se hace para hacer muy bien un oficio de superior es tan agradable á Dios, que en breve tiempo da lo que diera en muchos ratos cuando se han empleado en esto: y téngolo tambien por experiencia

como lo que he dicho, sino que como veo á V. m. tan ordinario tan ocupadísimo, ansí por junto me ha pasado por el pensamiento lo que á V. m. dije; y cuando mas lo pienso, veo que, como he dicho, hay diferencia de V. m. á mí. Yo me enmendaré de no decir mis primeros movimientos, pues me cuesta tan caro. Como veo yo á V. m. bueno, cesará mi tentacion. Hágalo el Señor como puede y deseo.

A SOR LEONOR DE LA MISERICORDIA, CARMELITA DESCALZA, EN EL CONVENTO DE SORIA

¡Ó cómo quisiera no tener mas cartas que escribir sino esta!... Créame, mi hija, cada vez que veo carta de V. m. me es particular consuelo: por eso no la ponga el demonio tentaciones para dejarme de escribir. En la que V. m. trae de parecerle anda desaprovechada, ha de sacar grandísimo aprovechamiento. El tiempo le doy por testigo, porque la lleva Dios como quien tiene ya en su palacio, que sabe no se ha de ir y quiérela ir dando mas y mas que merecer. Hasta ahora puede ser que tuviese mas ternuritas, como la queria ya desasir de todo; y era menester.

Heme acordado de una santa que conocí en Ávila: que cierto se entiende que lo fué en vida tal. Habíalo todo dado por Dios cuanto tenia; y habíale quedado una manta con que se cubria, y dióla tambien. Y luego dale Dios un tiempo de grandísimos trabajos, interiores y sequedades; y despues quejábasele mucho, y decíale: Donso sois, Señor, ¿despues que me habeis dejado sin nada, os me vais? Ansí que, hija, de esto es su Majestad, que paga los grandes servicios con trabajos, y no puede ser mejor paga: porque la de ellos es el amor de Dios.

Yo le alabo: que en las virtudes va V. m. aprovechada en lo interior. Deje á Dios en su alma y esposa; que él dará cuenta de ella, y la llevará por donde mas la conviene. Y tambien la novedad de la vida y ejercicios para hacer huir esa paz; mas despues viene por junto. Ninguna pena tenga. Preciese de ayudar á llevar á Dios la cruz, y no haga peso en los regalos: que es de soldados civiles querer luego el jornal. Sirva de balde como hacen los grandes al rey. El del cielo sea con ella.

AL SEÑOR LORENZO CEPEDA Y AHUMADA, HERMANO DE LA SANTA

Sea el Espíritu Santo siempre con V. m. Amen. Y páguenle el cuidado que ha tenido de socorrer á todos y con tanta diligencia. Espero en la Majestad de Dios, que ha de ganar V. m. mucho delante dél; porque es ansí cierto, que á todos los que V. m. envia dineros les vino á tan buen tiempo, que para mí ha sido harta consolación. Y creo que fue movimiento de Dios el que V. m. ha tenido para enviarme tantos; porque para una monjuela como yo, que ya tengo por honra (gloria á Dios) andar remendada, bastaban los que habian traido Juan, Pedro de Espinosa, y Varona (creo se llama el otro mercader) para salir de necesidad por algunos años.

Mas como ya tengo escrito á V. m. bien largo, por muchas razones y causas de que yo no he podido huir por ser inspiraciones de Dios, de suerte, que no son para carta, solo digo, que á personas santas y letradas les parece estoy obligada á no ser cobarde, sino poner lo que pudiere en esta obra: que es hacer un monasterio en donde ha de haber solas trece, sin poder crecer el número con grandísimo encarecimiento, ansí de nunca salir como de no ver sino con velo delante del rostro, fundadas en oracion y mortificacion, como á V. m. mas largo tengo escrito, y escribiré con Antonio Moran cuando se vaya.

Favoréceme esta señora doña Guiomar, que escribe á V. m. Fue mujer de Francisco de Ávila de los de la Sobralejo, si V. S. se acuerda. Há nueve años que murió su marido, que tenia un cuento de renta: ella por sí tenia un mayorazgo sin el de su marido; y aunque quedó de veinte y cinco años, no se ha casado, sino dádose mucho á Dios. Es espiritual harto. Há mas de cuatro que tenemos mas estrecha amistad que puedo tener con una hermana. Y aunque me ayuda, porque da mucha parte de la renta, por ahora está sin dineros; y cuanto toca á hacer y comprar la casa, hágolo yo con el favor de Dios. Hanme dado dos dotes antes que sea, y téngola comprada, aunque secretamente: y para labrar cosas que habia menester yo no tenia remedio. Y es ansí, que solo confiando (pues Dios quiere que lo haga) él me proveerá; concierto los oficiales

(ello parecia cosa de desatino), viene su Majestad, y mueve á V. m. para que la provea. Y lo que mas me ha espan'ado es, que los cuarenta pesos que añadió V. m. me hacian grandísima falta: y san Josef (que se ha de llamar ansí) creo hizo no la hubiese: y sé que lo pagará á V. m. En fin, aunque es pobre y chica, mas lindas vistas y campos tiene, y aun esto se acaba.

Han ido por las bulas á Roma; porque aunque es de mi mesma órden, damos la obediencia al obispo. Espero en el Señor será para mucha gloria suya, si lo deja acabar (que sin falta pienso será) porque van almas, que bastan á dar grandísimo ejemplo (que son muy escogidas) ansí de humildad, como de penitencia y oracion. V. m. lo encomiende á Dios, que para cuando Antonio Moran vaya, con su favor estará ya acabado.

El vino aquí con quien me he consolado mucho, que me pareció hombre de suerte y de verdad, y bien entendido; y de saber tan particularmente de V. m. que cierto una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho es, que le han dado á entender lo que es el mundo y se hayan querido sosegar, y que entiendo yo que llevan camino del cielo, que es lo que

mas deseaba saber; que siempre hasta ahora estaba en sobresalto. Gloria sea al que todo lo hace. Plegue á él siempre vaya V. m. adelante en su servicio; que pues no hay tasa en el galardonar, no ha de haber parar en procurar servir al señor, sino cada dia (un poquito siquiera) ir mas adelante y con fervor, que parezca (como es ansí) que siempre estamos en guerra, y que hasta haber victoria no ha de haber descanso ni descuido.

Todos los con quien V. m. ha enviado dineros, han sido hombres de verdad, aunque Antonio Moran se ha aventajado ansí en traer mas vendido el oro y sin costa (como V. m. verá) como en haber venido con harto poca salud desde Madrid aquí á traerlo, aunque hoy está mejor, que era un accidente: y veo que tiene de veras voluntad á V. m. Trajo tambien los dineros de Varona, y todo con mucho cuidado. Con Rodriguez vino tambien acá, y lo hizo harto bien. Con él escribiré á V. m. que por ventura será primero. Mostróme Antonio Moran la carta que V. m. le habia escrito. Crea que tanto cuidado, no solo creo es de su virtud, sino que se lo ponia Dios.

Ayer me envió mi hermana (1) doña María esa carta. Cuando la lleven esotros dineros, enviará otra. A harto buen tiempo le vino el socorro. Es muy buena cristiana y queda con hartos trabajos; y si Juan de Ovalle le pusiese pleito, seria destruir sus hijos. Y cierto no es tanto lo que él tiene entendido como le parece; aunque harto mal lo vendió todo y lo destruyó. Mas tambien Martin de Guzman llevaba sus intentos (Dios le tenga en el cielo) y se lo dió la justicia, aunque no bien: y tornar ahora á pedir lo que mi padre (que haya gloria) vendió, no me queda paciencia. Y lo demás, como digo, tenia mal parado doña María mi hermana; y Dios me libre de interés, que ha de ser haciendo tanto mal á sus deudos. Aunque por acá está de tal suerte, que por maravilla hay padre para hijo, ni hermano para hermano. Ansí no me espanto de Juan de Ovalle; antes lo ha hecho bien, que por amor de mí por ahora se ha dejado dello. Tiene buena condicion; mas en este caso, no es bien fiarse della, sino que cuando V. m. le enviare los mil reales, vengan á condicion y con escritura, que

(1) Su hermana doña María de Cepeda, mujer de Martin de Guzman.

el dia que tornare el pleito sean quinientos ducados de doña María.

Las casas de Juan de Centura aun no están vendidas, sino recibidos trescientos mil maravedís Martín de Guzman dellas, y esto es justo se le torne. Y con enviar V. m. estos mil pesos se remedia Juan de Ovalle, y puede vivir aquí, y tiene ahora necesidad, que para vivir contino no podrá si de allá no viene esto, sino á tiempos á mal.

Es harto bien casada. Mas digo á V. m. que ha salido (1) doña Juana mujer tan honrada y de tanto valor, que es para alabar á Dios; y un alma de un ángel. Yo salí la más ruin de todas, y á quien V. m. no había de conocer por hermana segun soy; no sé cómo me quieren tanto. Esto digo con toda verdad. Ha pasado hartos trabajos, y llevádolos harto bien. Si sin poner á V. m. en necesidad pudiere enviarla algo, hágalo con brevedad aunque sea poco á poco.

Los dineros que V. m. mandó se han dado, como verá por las cartas. Toribia era muerta y su marido; á sus hijos que los tienen pobres, ha hecho harto bien. Las misas están dichas; (dellas creo antes que viniesen los dineros) por lo que V. m. manda, y de personas las mejores que yo he hallado, que son harto buenas. Hízome devocion el intento, porque V. m. las decía.

Yo me hallo en casa de la señora doña Guiomar en todos estos negocios, que me ha consolado por estar mas con los que me dicen de V. m. Y digo mas á mi placer que salió una hija desta señora, que es monja de nuestra casa, y mandóme el provincial venir por compañera, á donde me hallo harto con más libertad para todo lo que quiero, que en casa de mi hermana. Es á donde hay todo trato de Dios y mucho recogimiento. Estaré hasta que me mande otra cosa, aunque para tratar en el negocio dicho, está mejor por acá.

Ahora vengamos á hablar en mi querida hermana la señora (2) doña Juana, que aunque á la postre, no lo está en mi voluntad, que es así cierto, que en el agrado que á V. m. la encomiendo á Dios. Beso á su merced mil veces las manos

(1) Su hermana doña Juana de Ahumada.

(2) Doña Juana de Fuentes y Guzman, mujer de su hermano el señor Lorenzo de Cepeda.

por tanta merced como me hace. No sé con qué lo servir sino con que al nuestro niño se encomiende mucho á Dios: y así se hace, que el santo Fr. Pedro de Alcántara lo tiene mucho á su cargo, que es un fraile descalzo de quien he escrito á V. m. y los teatinos y otras personas á quienes oirá Dios. Plegue á su Majestad lo haga mejor que á los padres, que aunque son buenos, quiero para él mas. Siempre me escriba V. m. del contento y conformidad que tiene, que me consuela mucho.

He dicho que le enviaré cuando vaya Antonio Moran, un traslado de la ejecutoria que dicen no puede estar mejor; y esto haré con todo cuidado. Y si desta vez se perdiere en el camino, hasta que llegue la enviaré, que por un desatino no se ha enviado; que porque toca á tercera persona que no la ha querido dar, no lo digo; y unas reliquias que tengo tambien se enviarán, que es de poca costa la guarnición. Por lo que á mí envia mi hermano, le beso mil veces las manos; que si fuera en el tiempo que yo traia oro, hubiera harta envidia á la Imágen, que es muy linda en extremo. Dios nos guarde á su merced muchos años, y á V. m. lo mesmo, y les dé buenos años; que es mañana la víspera del año de mil quinientos y sesenta y dos.

Por estarme con Antonio Moran comienzo á escribir tarde, que aun dijera mas, y quiérese ir mañana, y así escribiré con el mi Gerónimo de Cepeda: mas como he de escribir tan presto, no se me da nada. Siempre lea V. m. mis cartas. Harto he puesto en que sea buena la tinta. La letra se escribió tan apriesa, y es como digo tal hora, que no la puedo tornar á leer. Yo estoy mejor de salud que suelo. Désela Dios á V. m. en el cuerpo y en el alma como yo deseo. Amen. A los señores Hernando de Ahumada y Pedro de Ahumada por no haber gar no escribo; harélo presto. Sepa V. m. que algunas personas harto buenas, que saben nuestro secreto (digo del negocio) han tenido por milagro el enviarme V. m. tanto dinero á tal tiempo. Espero en Dios, que cuando haya menester de más, aunque no quiera, le pondrá en el corazon que me socorra.

AL MESMO SEÑOR LORENZO CEPEDA, HERMANO DE LA SANTA

Jesús sea con V. m. Da tan poco lugar Serna, que no quer-

ria alargarme, y no sé acabar cuando comienzo á escribir á V. m.; y como nunca viene Serna, es menester tiempo.

Cuando yo escribiere á Francisco, nunca se la lea V. m. que he miedo trae alguna melancolía, y es harto declararse conmigo. Quizá le da Dios esos escrúpulos, para quitarle de otras cosas; mas para su remedio, el bien que tiene es creerme.

El papel claro estaba lo habia enviado, aunque yo hice mal en no decirlo. Dílo á una hermana que lo trasladase, y no lo ha podido más hallar. Hasta que de Sevilla envien otro traslado, no hay remedio de llevarle.

Ya creo habrán dado á V. m. una carta, que por la via de Madrid le envié; mas por si se ha perdido, habré de poner aquí lo que decia, que me pesa harto de embarazarme en esto. Lo primero, que mire en la casa de Hernan Alvarez de Peralta, que ha tomado me parece oí decir que tenía un cuarto para caer: mírelo mucho.

Lo segundo, que me envie la arquilla, y si hay algunos papeles mas mios, fueron en los lios que me parece fué una talega con papeles, venga muy cosida. Si enviare doña Quiteria con Serna un envoltorio, que ha de enviar, dentro verná bien. Venga mi sello, que no puedo sufrir sellar con esta muerte, sino con quien querria que lo estuviese en mi corazon, como en el de san Ignacio. No abra nadie la arquilla (que pienso está aquel papel de oración en ella) si no fuere V. m., y sea de manera, que cuando algo viere, no lo diga á nadie. Mire que no le doy licencia para ello, ni conviene; que aunque á V. m. le parece seria servicio de Dios, hay otros inconvenientes por donde no se sufre, y basta; que si yo entiendo que lo dice V. m. guardaré de leerle nada.

Hame enviado á decir el Nuncio que le envie traslado de las patentes con que se han fundado estas casas, y cuántas son, y á dónde; y cuántas monjas, y de dónde, y la edad que tienen, y cuántas me parece serán para prioras: y están estas escrituras en esa arquilla, ó no sé si talega: en fin he menester todo lo que ahí está. Dicen que lo pide para que quiere hacer la provincia. Yo he miedo, no quiera que reformen nuestras monjas otras partes, que se ha tratado otra vez, y no nos está bien; que ya en los monasterios de la órden súfrese. Diga eso V. m. á la supriora, y que me envie los nombres de las que son de esa casa, y los años de las que ahora están, y

lo que ha que son monjas, de buena letra, en un cuadernillo de á cuartilla, y firmada de su nombre.

Ahora me acuerdo que soy priora de ahí y que lo puedo yo hacer, y ansi no es menester firmar ella, sino enviarme lo demás, aunque sea de su letra, que yo lo trasladaré. No hay para que os entiendan las hermanas. Mire V. m. cómo los envia, no se mojen los papeles, y envie la llave.

Lo que digo está en el libro, es en el del *Pater noster*. Allí hallará V. m. harto de la oracion que tiene, aunque no tan á la larga, como está en el otro. Paréceme está en *Adveniat regnum tuum*. Tórnele V. m. á leer, al menos el *Pater noster*, quizá hallará algo que le satisfaga.

Antes que se me olvide, ¿cómo hace promesa sin decírmelo? Donosa obediencia es esa. Hame dado pena, aunque contento, la determinación. Mas me parece cosa peligrosa. Pregúntelo; porque de pecado venial, podria ser mortal, por la promesa. Tambien lo preguntaré yo á mi confesor, que es gran letrado. Y boberia me parece; porque lo que yo tengo prometido, es con otros aditamentos: eso no lo osara yo prometer, porque sé que los Apóstoles tuvieron pecados venialés. Solo Nuestra Señora no los tuvo. Bien creo yo que habrá tomado Dios su intencion: mas paréceme cosa acertada, que se lo conmutasen luego en otra cosa; que con tomar burla, si no la tiene, se puede hacer. Hágalo luego: este jubileo fuera bueno. Cosa tán fácil, que aun sin advertir mucho se puede hacer. Dios nos libre: pues Dios no puso más culpa en ello. Bien conoce nuestro natural. A mi parecer conviene remediarse luego, y no le acaezca mas cosa de promesa, que es peligrosa cosa. No me parece es inconveniente tratar alguna vez de su oracion, con los que se confiesa: que en fin están cerca y le advertirán mejor de todo, y no se pierde nada.

El pesarle de haber comprado la Serna, hace el demonio, porque no agradezca á Dios la merced que le hizo en ello, que fué grande. Acabé de entender, que es por muchas partes mejor, y ha dado mas que hacienda á sus hijos, que es honra. Nadie lo oye que no le parezca grande ventura. ¿Y piensa que en cobrar los censos no hay trabajo? Un andar siempre con ejecuciones. Mire que es tentacion. No le acaezca mas, sino alabar á Dios por ello. Y no piense que cuando tuviera mucho tiempo, tuviera mas oracion. Desengáñese deso, que

tiempo bien empleado, como es mirar por la hacienda de sus hijos, no quita la oración. En un momento da Dios mas hartas veces, que con mucho tiempo; que no se miden sus obras por los tiempos.

Luego procure tener alguno en pasando estas fiestas, y entienda en sus escrituras, y póngalas como han de estar. Y lo que gastare en la Serna, es bien gastado, y cuando venga el verano, gustará de ir allá algun dia. No dejaba de ser santo Jacob, por entender en sus ganados, ni Abrahan, ni san Joaquin, que como queremos huir de trabajo, todo nos causa: que ansí hace á mí, y por eso quiere Dios que haya bien en que me estorbe. Todas estas cosas trate con Francisco Salcedo, que en eso temporal yo le doy mis veces.

Harta merced de Dios es, que le canse lo que á otro sería descanso. Mas no se ha de dejar por eso, que hemos de servir á Dios como él quiere, y no como nosotros queremos. Lo que me parece que se puede excusar, es esto de granjerías: y por eso me he holgado en parte, que se lo deje á Dios en esto destas ganancias; que aun para eso del mundo, se debe perder algun poco. Creo vale mas irse V. m. á la mano en dar, pues Dios le ha dado para que pueda comer, y dar, aunque no sea tanto. No llamo granjerías lo que quiere hacer en la Serna, que está muy bien, sino en estotro de ganancias. Ya le digo, que en todas estas cosas siga el parecer de Francisco de Salcedo, y no andará en esos pensamientos; y siempre me le encomiende mucho, á quien mas quisiere. Y á Pedro de Ahumada que bien quisiera tener tiempo para escribirle, porque me respondiera que me huelgo con sus cartas.

A Teresa diga V. m. que no haya miedo quiera á ninguna, como á ella: que reparta las imágenes, y no las que yo aparté para mí, y que dé alguna á sus hermanos. Deseo tengo de verla. Devocion me hizo lo que escribió V. m. della á Sevilla, que enviaron acá las cartas, que no se holgaron poco las hermanas que las leyeron en recreacion, y yo tambien. Que quien saca á mi hermano de ser galán, será quitarle la vida; y como es con santas, todo le parece bien. Yo creo lo son estas monjas. En cada cabo me hacen confusion.

Gran fiesta tuvimos ayer con el nombre de Jesús: Dios se lo pague á V. m. No sé qué le envíe por tantas como me hace, sino esos villancicos que hice yo, que me mandó el confesor

las regocijase, y he estado estas noches con ellas, y no supe cómo sino ansí. Tienen graciosa tonada si la atinare Francisquito para cantar. Mire si ando bien aprovechada. Con todo me ha hecho el Señor hartas mercedes estos dias.

De las que hace á V. m. estoy espantada. Sea bendito para siempre. Ya entiendo por lo que se desea la devocion, que es buena. Una cosa es desearlo, y otra pedirlo; mas crea, que es lo mejor lo que hace, el dejarlo todo á la voluntad de Dios, y poner su causa en sus manos. El sabe lo que nos conviene. Mas siempre procure ir por el camino que le escribí: mire que es mas importante de lo que entiende.

No será malo, cuando alguna vez despertare con esos ímpetus de Dios, sentarse sobre la cama un rato, con que mire siempre tomar el sueño que ha menester su cabeza, que aunque no se siente, puede venir á no poder tener oracion. Y mire, que procure no sufrir mucho frio, que para ese mal de ijada, no conviene. No sé para qué desea aquellos terrores y miedos, pues le lleva Dios por amor. Entonces era menester aquello. No piense, que siempre estorba el demonio la oración, que es misericordia de Dios quitarla algunas veces. Y estoy por decir, que casi es tan gran merced, como cuando da mucha, por muchas razones que no tengo lugar de decir. La oracion que Dios le da, es mayor sin comparacion, que el pensar en el infierno; y ansí no podrá, aunque quiera, ni lo quiera, que no hay para qué.

Hecho me han reir algunas de las respuestas de las hermanas. Otras están extremadas, que me han dado luz de lo que es; que no piense que yo lo sé. No hice mas que decírselo acaso á V. m. sobre lo que le diré, de que le vea, si Dios fuere servido.

La respuesta del buen Francisco de Salcedo me cayó en gracia. Es su humildad por un término extraño, que le lleva Dios de suerte con temor, que aun podria ser no le parecer bien hablar en estas cosas desta suerte. Hémonos de acomodar con lo que vemos en las almas. Yo le digo que es Santo; mas no le lleva Dios por el camino que á V. m. En fin, llévale como á fuerte y á nosotros como á flacos. Harto para su humor respondió.

Torné á leer su carta. No entendí el quererse levantar la noche que dice, sino sentado sobre la cama. Ya me parecia

mucho; porque importa el no faltar el sueño. En ninguna manera se levante, aunque sienta fervor; y si duerme mas, no se espante del sueño. Si oyera lo que decia Fr. Pedro de Alcántara sobre eso, no se espantara, aun estando despierto.

No me cansan sus cartas, que me consuelan mucho, y ansi me consolara poderle escribir mas á menudo; mas es tanto el trabajo que tengo, que no podrá ser mas á menudo; y aun esta noche me ha estorbado la oracion. Ningun escrúpulo me hace, si no es pena de no tener tiempo. Dios nos le dé, para gastarle siempre en su servicio. Amen.

Terrible lugar es este para no comer carne. Con todo pensaba yo, que há años que no me hallo tan buena como ahora: y guardo lo que todas, que es harto consuelo para mí. Hoy es segundo dia del año.

Pensé que nos enviara á V. m. el villancico suyo; porque estos ni tienen piés, ni cabeza, y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno, que hice una vez, estando con harta oracion, y parecia que descansaba mas. Eran (ya no sé si eran ansi) y porque vea que desde acá le quiero dar recreacion.

¡O hermosura que excedeis
A todas las hermosuras!
Sin herir, dolor haceis;
Y sin dolor deshaceis
El amor de las criaturas.

¡O fiudo, que ansi juntais
Dos cosas tan desiguales!
No sé por qué os desatais:
Pues atado, fuerza dais
A tener por bien los males.

Quien no tiene sér, juntais
Con el sér que no se acaba;
Sin acabar, acabais:
In tener que amar, amais:
Engrandeceis nuestra nada.

No se me acuerda mas. ¡Qué seso de fundadora! Pues yo le digo que me parecia estaba con harto, cuando dije esto. Dios se lo perdone, que me hace gastar tiempo: y pienso le ha de enternecer esta copla, y hacerle devocion; y esto no lo diga á nadie. Doña Guiomar y yo andábamos juntas en este tiempo. Déla mis encomiendas.

ALOCUCION Á LAS MONJAS DE LA ENCARNACION DE ÁVILA CUANDO HABIENDO RENUNCIADO Á LA REGLA MITIGADA FUÉ Á SER PRELADA EN AQUEL CONVENTO, AÑO DE 1571.

Señoras, madres y hermanas mias: Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuán lejos de merecerlo.

Háme dado mucha pena está eleccion, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque á vuesas mercedes les hayan quitado la mano que tenian para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora tal, que haria harto si acertase á aprender de la menor que aquí está, lo mucho bueno que tiene.

Solo vengo para servirlas y regalarlas en todo lo que yo pudiere, y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mias, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad.

Hija soy de esta casa, y hermana de todas vuesas mercedes. De todas ó de la mayor parte, conozco la condicion y las necesidades, no hay para qué vuesas mercedes se extrañen de quien es tan propia suya.

No teman mi gobierno, que, aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es, que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor, á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande: pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras igualen con la intencion y deseo.

ALOCUCION DE SANTA TERESA DE JESÚS Á LAS MONJAS DE ALBA POCO ANTES DE MORIR

Hijas y Señoras mias: perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora

del mundo, y la que mas mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfeccion y obedezcan á sus superiores.

ORACION DE SANTA TERESA

Dios mio, pues sois la misma caridad y amor, haced que esta virtud se perfeccione en mí, de manera que su fuego consuma todos los resabios de mi amor propio. Améos yo tesoro único y cumplida gloria mia, sobre todo lo criado, y á mí en Vos, por Vos y para Vos y á mi prójimo de la misma manera, llevando sus cargas como quiero que me lleven las mias, y á todo lo que fuera de Vos, sólo en cuanto me ayudare á ir á Vos, gozándome como me gozo de que me ameis perfectamente y de que os amen continuamente vuestros ángeles y bienaventurados en la gloria, corrido el velo, y visto á la clara, y los justos en esta vida conocidos por hombres de fe, teniéndoos por único y sumo bien, fin y centro de su aficion y amor. Y quisiera yo que todos los imperfectos y pecadores del mundo hicieran lo mismo. Con vuestro favor tengo que ayudar á lo que hagan ansi.

INDICE

	Págs.
Santa Teresa de Jesús en la literatura patria	v
Camino de perfección	1
Castillo interior ó Las Moradas	133
Libro de las fundaciones de las hermanas descalzas carmelitas	277
Avisos de la santa madre Teresa de Jesús para sus monjas	467
Veracs	473
Cartas escogidas	477
Alocuciones	522
Oración	525

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

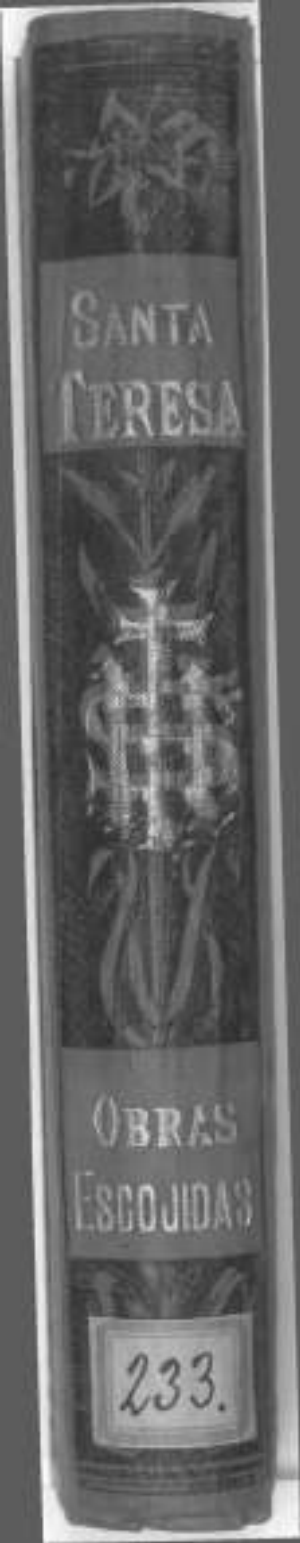
BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	233	Precio de la obra.....	Ptas
Estante.....	1	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	6	Valoración actual.....	»

BIBLIOTECA
SALVATELLI


SANTA
TERESA
OBRAS
ESCOJIDAS
233.